

La Maga
Trudi Canavan

Traducción de
Carlos Abreu Fetter

PLAZA  JANÉS

www.megustaleer.com

Índice

[Cubierta](#)

[La Maga](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera Parte](#)

[Cuarta parte](#)

[Quinta parte](#)

[Epílogo](#)

[Glosario](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori](#)

La historia la escriben los vencedores.

WINSTON CHURCHILL

PRIMERA PARTE

No existía una forma rápida e indolora de practicar una amputación. Tessia lo sabía. Al menos si se realizaba correctamente. Una amputación bien hecha requería que se recortara una capa de piel para que cubriese el muñón, y eso llevaba tiempo.

Cuando su padre empezó a tajar hábilmente la piel en torno al dedo del muchacho, Tessia se fijó en las caras de los presentes. El padre del joven estaba de pie con los brazos cruzados y la espalda recta. Su expresión ceñuda no disimulaba del todo los signos de preocupación, aunque Tessia no tenía claro si era porque se compadecía de su hijo o porque tenía no poder acabar la cosecha a tiempo sin su ayuda. Seguramente por ambas cosas.

La madre sujetaba con fuerza la otra mano del chico, mirándolo a los ojos en todo momento. El rostro del muchacho estaba congestionado y perlado de sudor. Tenía los dientes apretados y, pese a que el padre de Tessia se lo había desaconsejado, observaba atentamente la operación. Había permanecido quieto hasta entonces, sin mover la mano herida o retorcerse. No había emitido un solo sonido. Tessia estaba impresionada ante aquella exhibición de autocontrol, sobre todo por parte de alguien tan joven. Los campesinos tenían fama de duros, pero ella sabía por experiencia que no todos lo eran. Se preguntó si el chico aguantaría hasta el final. Al fin y al cabo, lo peor estaba por llegar.

Unas arrugas de concentración surcaban el rostro de su padre. Había desprendido con todo cuidado la piel del dedo del muchacho hasta el nudillo. En cuanto se lo indicó con la mirada, ella retiró el pequeño escalpelo articular del quemador y se lo dio a cambio del escoriador número cinco, que lavó y colocó delicadamente sobre el quemador para que el fuego lo purificara.

Cuando alzó la vista, vio que el muchacho tenía el rostro crispado en una masa de arrugas. El padre de Tessia había empezado a seccionar la articulación. Dirigió la mirada hacia el padre del chico, que se había puesto de un color gris pastoso. La madre estaba blanca.

—No mire —le advirtió Tessia en voz baja.

La mujer apartó la vista bruscamente.

La hoja de metal chocó contra la tabla de cirugía con un golpe seco y definitivo. Tras coger el pequeño escalpelo de manos de su padre, Tessia le alargó una aguja curva previamente enhebrada con hilo de tripa fino. La aguja se deslizó con facilidad a través de la piel del muchacho y Tessia sintió una chispa de orgullo; la había afilado con esmero antes de la operación, y aquel hilo de tripa era el mejor que había elaborado jamás.

Contempló el dedo amputado, que descansaba sobre un extremo de la tabla de cirugía. Aunque la punta era un amasijo ennegrecido y purulento, la parte cortada estaba rodeada de una piel tranquilizadamente sana. El dedo había quedado aplastado hacía días en un accidente durante la cosecha, pero como era habitual entre los aldeanos y campesinos a quienes el padre de Tessia prestaba sus servicios, ni el chico ni su padre habían acudido a él hasta que la herida había empezado a supurar. Hacía falta tiempo, y un dolor insoportable, para que una persona aceptara que le cortaran una parte del cuerpo, y más aún para que lo pidiera.

Si se tardaba mucho en remediarlo, la pus a veces envenenaba la sangre, lo que causaba fiebre e incluso la muerte. El hecho de que una herida pequeña pudiera resultar mortal fascinaba a Tessia y también la asustaba. Había visto a un hombre llevado a la locura y la automutilación por una simple muela podrida, a mujeres robustas que habían muerto desangradas después de dar a luz, a bebés sanos que habían dejado de respirar sin razón aparente y a un par de personas que habían fallecido como consecuencia de fiebres que no habían causado más que molestias leves al resto de los vecinos de la aldea.

Por trabajar con su padre, había visto más heridas, enfermedades y muertes a sus dieciséis años que la mayoría de las mujeres en toda su vida. Por otro lado, también había visto cómo su padre curaba enfermedades, aliviaba males crónicos y salvaba a personas de la muerte. Conocía a todos los hombres, mujeres y niños de la aldea y de todo el señorío, así como a unos cuantos forasteros. Tenía conocimientos que estaban al alcance de muy pocos. A diferencia de la mayoría de los lugareños, sabía leer y escribir, razonar y...

Su padre alzó la vista, le tendió la aguja y cortó el hilo que sobraba. Unos puntos de sutura esmerados sujetaban la capa de piel sobre el muñón del dedo del chico. Tessia, que sabía cuál era el siguiente paso, extrajo gasas y vendas de la bolsa de sanador de su padre y se las alargó.

—Coja esto —pidió él a la madre.

Tras soltar la otra mano del muchacho, la mujer dejó pasivamente que el padre de Tessia le extendiera una venda sobre la palma y dispusiera la gasa encima. Colocó la mano del chico sobre la de su madre de manera que el muñón del dedo descansara sobre el centro de la gasa, y a continuación asió el torniquete en el brazo del joven.

—Cuando afloje esto, la sangre en el brazo recuperará su ritmo —le explicó a la madre—. Empezará a sangrarle el dedo. Debe envolverlo con la gasa y sujetarla con fuerza hasta que la sangre encuentre una nueva vía de pulso por donde circular.

La mujer se mordió el labio y asintió. Conforme el padre de Tessia aflojaba el torniquete, el brazo y la mano del chico recobraron un saludable tono sonrosado. Comenzó a brotar sangre entre los puntos, y la madre se apresuró a apretarle el muñón con la mano. Al ver la mueca de dolor del muchacho, ella le acarició el pelo cariñosamente.

Tessia contuvo una sonrisa. Su padre le había enseñado que era aconsejable permitir que los familiares aportaran su granito de arena al proceso de curación. Esto les infundía cierta sensación de control, y era menos probable que sus métodos despertaran sus sospechas o su escepticismo si los dejaba participar en su aplicación.

Tras una breve espera, el padre de Tessia echó un vistazo al muñón y lo vendó con firmeza mientras daba instrucciones a la familia sobre la frecuencia con que debían cambiar el vendaje, la manera de mantenerlo limpio y seco si el chico volvía al trabajo (se guardó de aconsejarles que lo dejaran quedarse en casa), el momento

en que debían quitárselo y las señales de supuración a las que debían estar atentos.

Mientras él enumeraba las medicinas y vendas adicionales que necesitarían, Tessia las iba sacando de su bolsa y colocándolas sobre la zona más limpia de la mesa que encontró. En cuanto al dedo amputado, lo envolvió y lo dejó a un lado. Los pacientes y sus familiares preferían enterrar o quemar los miembros cortados, tal vez porque les preocupaba el uso que alguien podía darles si no se deshacían de ellos personalmente. Sin duda habían oído las historias inquietantes y absurdas que se contaban sobre sanadores de Kyralia que experimentaban en secreto con extremidades amputadas, molían los huesos para elaborar pociones antinaturales o les devolvían la vida de alguna manera.

Tras lavar y someter la aguja a la acción purificadora de las llamas, Tessia la guardó junto con los otros utensilios. La tabla de cirugía habría que limpiarla más tarde, en casa. Apagó el quemador y esperó a que la familia empezara a darles las gracias.

Aquello también era una parte bien ensayada de su rutina. Su padre detestaba quedarse atrapado mientras los pacientes se deshacían en agradecimientos. Era algo que lo abochornaba. Después de todo, no ofrecía sus servicios gratis. Lord Dakon les proporcionaba a él y a su familia un techo y unos ingresos a cambio de que cuidara de los habitantes de su señorío.

No obstante, su padre sabía que aceptar las muestras de gratitud con humildad y paciencia era una forma de ganarse la estima de los lugareños. Sin embargo, nunca aceptaba obsequios. Todos los vasallos de lord Dakon pagaban un diezmo a su señor, lo que significaba que, a efectos prácticos, ya habían retribuido al padre de Tessia.

El papel de ella consistía en aguardar el momento oportuno para interrumpir y recordar a su padre que tenían más trabajo que hacer. La familia pediría disculpas, su padre pediría disculpas, y los familiares los acompañarían a ambos hasta la puerta.

Pero cuando el momento oportuno se avecinaba, llegó hasta sus oídos el golpeteo de unos cascos procedente del exterior. Todos guardaron silencio para escuchar. El golpeteo de los cascos cesó y en su lugar sonaron unas pisadas seguidas de unos golpes en la puerta.

—¿Sanador Veran? ¿Está ahí el sanador Veran?

El granjero y el padre de Tessia echaron a andar a la vez, pero este se detuvo para dejar que el campesino abriera su propia puerta. Al otro lado estaba un hombre de mediana edad y bien vestido, con la frente brillante de sudor. Tessia lo reconoció: era Keron, el mayordomo de lord Dakon.

—Está aquí—le informó el granjero.

Keron escrutó el interior oscuro de la casa con los ojos entornados.

—Se requieren sus servicios en la Residencia, sanador Veran. Con cierta urgencia.

El padre de Tessia frunció el ceño, se volvió hacia ella y le indicó que lo siguiera. La joven cogió la bolsa y el quemador y salió apresuradamente tras él a la luz del día. Uno de los hijos mayores del campesino, que estaba esperando junto al carro que lord Dakon había puesto a disposición del padre de Tessia para cuando visitara pacientes que vivían fuera de la aldea, se levantó con rapidez y descolgó de la cabeza de la vieja yegua el morral con comida. El sanador asintió en señal de agradecimiento, cogió la bolsa que llevaba Tessia y la colocó en la parte trasera del carro.

Mientras se encaramaban en el asiento del vehículo, Keron pasó a galope junto a ellos y se alejó en dirección a la aldea. El padre de Tessia tomó las riendas y les dio una sacudida. La yegua soltó un resoplido, agitó la cabeza y comenzó a caminar.

Tessia miró a su padre.

—¿Crees que...? —empezó a decir, pero se interrumpió al percatarse de que su pregunta carecía de sentido.

«¿Crees que esto tiene algo que ver con el sachakano?», quería preguntar, pero habría sido un gasto inútil de saliva. Ya lo averiguarían cuando llegaran allí.

Le costaba no imaginar lo peor. Los aldeanos no habían dejado de murmurar sobre el mago extranjero que se alojaba en casa de lord Dakon desde el día que había llegado, y resultaba difícil no contagiarse de su recelo y su temor reverencial. Aunque lord Dakon era un mago, era una cara conocida, una figura respetada, un kyaliano. Si lo temían era solo por la magia que sabía utilizar y el control que ejercía sobre sus vidas: no era uno de aquellos terratenientes que abusaban de uno u otro poder. Los magos sachakanos, por otro lado, habían sometido y esclavizado a los kyalianos hacía solo unos siglos, y, según se decía, siempre que se presentaba la ocasión les gustaba recordar a la gente cómo eran las cosas antes de que se concediera la independencia a Kyralia.

«Piensa como una sanadora —se dijo Tessia mientras el carro avanzaba dando tumbos por el camino—. Analiza la información de que dispones. Deja que la razón se imponga sobre la emoción.»

Ni el sachakano ni lord Dakon podían estar enfermos. Ambos eran magos y por tanto resistentes a prácticamente todas las dolencias. No eran inmunes a la peste, aunque rara vez sucumbían a causa de ella. Lord Dakon habría mandado llamar a su padre mucho antes de que cualquier enfermedad requiriese su atención con urgencia, aunque era posible que el sachakano no hubiese mencionado que estaba enfermo si no quería que lo atendiera un sanador kyaliano.

Ella sabía que los magos podían morir a consecuencia de una herida. Quizá lord Dakon se había hecho daño. De pronto, a Tessia se le ocurrió una posibilidad aún más aterradora. ¿Y si lord Dakon y el sachakano se habían enzarzado en un combate?

«En ese caso, la casa del lord, y tal vez la aldea entera, hayan quedado reducidas a una pila de escombros humeantes —pensó—, si lo que cuentan sobre las batallas mágicas es cierto.» Desde el camino que descendía de la cabaña del granjero se divisaban las hileras de casas que flanqueaban la calle principal en aquella orilla del río. Todo parecía tan tranquilo y apacible como cuando habían salido.

Tal vez el paciente o los pacientes que estaban corriendo a socorrer eran criados de la casa del lord. Además de Keron, seis sirvientes domésticos y de las caballerizas mantenían en orden la casa de lord Dakon. Ella y su padre los habían atendido en muchas ocasiones. Los trabajadores del campo que vivían fuera de la aldea se trasladaban a veces a la Residencia cuando estaban enfermos o heridos, aunque por lo general acudían directamente al padre de Tessia.

«¿Quién más vive allí? Ah, por supuesto: está Jayan, el aprendiz de lord Dakon —recordó—. Pero hasta donde yo sé, goza de la misma protección contra la enfermedad que un mago superior. A lo mejor se ha enzarzado en una pelea con el sachakano. Para el sachakano, Jayan sería lo más parecido a un esclavo, y...»

—Tessia.

Miró a su padre, expectante. ¿Había llegado a una conclusión sobre quién necesitaba sus servicios?

—Esto... Tu madre no quiere que sigas ayudándome.

La expectación dio paso a la exasperación.

—Lo sé —dijo ella, haciendo una mueca—. Quiere que me busque un buen marido y me dedique a tener hijos.

Él no sonrió como solía hacer cuando surgía el tema.

—¿Tan terrible sería? No puedes llegar a ser sanadora, Tessia.

Al advertir el tono de seriedad en su voz, ella lo miró con una mezcla de sorpresa y desencanto. Si bien su madre había manifestado esta opinión muchas veces, su padre nunca se había mostrado de acuerdo con ella. Sintió que algo en su interior se convertía en piedra, caía hasta su estómago y permanecía allí, frío, duro e incómodo. Era imposible, evidentemente. Los órganos humanos no se convertían en piedra y desde luego no se desplazaban hacia el estómago.

—Los aldeanos no te aceptarán —continuó su padre.

—Eso no puedes saberlo —protestó ella—, hasta que yo lo intente y fracase. ¿Qué motivo tendrían para desconfiar de mí?

—Ninguno. Te aprecian bastante, pero para ellos resulta tan increíble que una mujer pueda sanar a alguien como que a un reber le salgan alas y eche a volar. Creen que la sensatez no está en la naturaleza de las mujeres.

—Pero las comadronas... De ellas sí que se fían. ¿Por qué distinguen entre lo que hacen ellas y lo que hace un sanador?

—Porque lo que nosotros... Las comadronas hacen un trabajo especializado y restringido. No olvides que me piden ayuda cuando sus conocimientos resultan insuficientes. Un sanador lleva sobre sus espaldas un saber y una experiencia a los que ninguna comadrona tiene acceso. La mayoría de ellas ni siquiera sabe leer.

—Y a pesar de eso los aldeanos confían en ellas. En ocasiones, se fían más de ellas que de ti.

—Los partos son una actividad femenina —replicó él, visiblemente disgustado—. La sanación, no.

Tessia no podía hablar. El enfado y la frustración crecían en su interior, pero sabía que un arrebato de ira sería contraproducente. Tenía que resultar persuasiva, y su padre no era un sencillo campesino que se dejara convencer con facilidad. Seguramente era el hombre más inteligente de la aldea.

Cuando el carro llegó a la calle principal, ella soltó una maldición por lo bajo. No era consciente de que su padre hubiera llegado a estar tan firmemente de acuerdo con su madre. «He de hacerle cambiar de idea de nuevo —comprendió—. No le gusta obrar en contra de los deseos de mamá, así que tengo que debilitar la confianza de ella en sus propios razonamientos y al mismo tiempo reducir las dudas de papá respecto a seguir instruyéndome.» Tenía que sopesar los argumentos favorables y contrarios a que ella se convirtiera en sanadora, y pensar el modo de aprovecharlos en beneficio propio. Además, necesitaba informarse con todo detalle de los planes de sus padres.

—¿Qué harás sin mi ayuda? —preguntó.

—Tomaré a mi servicio a un muchacho de la aldea —respondió su padre.

—¿A cuál?

—Al pequeño de los Miller, tal vez. Es un niño brillante.

La calle principal estaba bien cuidada y tenía menos baches que el camino del granjero, así que su padre dio una sacudida a las riendas para estimular a la yegua a avivar el paso. El aumento de la vibración del carro arrebató a Tessia su capacidad de pensar. Veía rostros que se asomaban a las ventanas conforme se adentraban en la aldea. Las pocas personas que caminaban por la calle se paraban para saludar a su padre con gestos de la cabeza y sonrisas.

Se agarró a la barra cuando su padre tiró de las riendas para que la yegua aminorase la marcha y girase hacia las puertas laterales en la verja de la Residencia del lord. En la penumbra de las sombras proyectadas por el edificio, Tessia vislumbró a unos mozos de las caballerizas que se acercaban para coger las riendas mientras el coche se detenía. Su padre bajó de un salto. Keron dio unos pasos hacia él para coger su bolsa de sanador. Ella se apeó de un brinco y los siguió a toda prisa al interior de la casa.

Tessia alcanzó a ver fugazmente la cocina, la despensa, el cuarto de baño y otros espacios prácticos a través de las puertas del pasillo por el que caminaban a grandes zancadas. Sus pisadas rápidas resonaron en la estrecha escalera mientras subían a la planta superior. Tras doblar unas cuantas esquinas, Tessia se encontró en una parte del edificio que nunca había visto antes. La elegante decoración de las paredes y los muebles de calidad parecían indicar que se trataba de unas habitaciones privadas, pero aquellas no eran las estancias que ella había conocido unos años antes, cuando había acudido con su padre para atender a una joven de apariencia más bien anodina que sufrió un desmayo. Había unos pocos dormitorios y una sala de estar, y Tessia supuso que eran los aposentos de invitados.

Así pues, se llevó una sorpresa cuando Keron abrió una puerta y los hizo pasar a un cuarto pequeño que no contenía más que una cama sencilla y una mesa estrecha. Como no había ventanas por las que entrara la luz, una lámpara diminuta ardía en la habitación. Tenía un aspecto lúgubre y miserable. En cuanto Tessia dirigió la vista a la cama, todo pensamiento sobre la decoración se esfumó de su mente.

En ella yacía un hombre con el rostro tan magullado e hinchado que un ojo le había quedado reducido a una rendija ensangrentada. El blanco del otro ojo estaba teñido de un color oscuro. Tessia supuso que en un lugar mejor iluminado ese color se revelaría como rojo. Los labios del hombre no estaban bien alineados entre sí, lo que quizá denotaba que tenía la mandíbula rota. La cara parecía ancha y de forma extraña, aunque esto tal vez se debiera a las lesiones.

Tenía la mano derecha encogida contra el pecho, y ella advirtió de inmediato que el antebrazo estaba doblado de un modo antinatural. Varias manchas amoratadas le cubrían también el pecho. La única prenda que llevaba eran unos pantalones cortos hechos jirones y toscamente remendados en varios lugares. Tenía la piel muy curtida y era de complejión delgada. Iba descalzo, y sus pies estaban negros a causa de la suciedad. Uno de sus tobillos presentaba una hinchazón considerable. La pantorrilla de la otra pierna parecía ligeramente torcida, como si no hubiera soldado bien después de una fractura.

En la habitación reinaba un silencio roto únicamente por la respiración agitada y trabajosa del hombre. Cuando reconoció ese sonido, a Tessia se le cayó el alma a los pies. Su padre había tratado en una ocasión a un hombre con los pulmones perforados por unas costillas rotas. Ese hombre había muerto.

El sanador no había movido un músculo desde que había entrado en la habitación. Estaba de pie, muy quieto, con la espalda levemente inclinada, contemplando la figura maltrecha y destrozada que yacía en la cama.

—Padre —se atrevió a decir Tessia.

Él se enderezó de golpe, dando un respingo, y se volvió hacia ella. Cuando sus miradas se encontraron, ella tuvo la sensación de que se leían el pensamiento el uno al otro. Se dio cuenta de que estaba sacudiendo la cabeza ligeramente y vio que él hacía lo mismo. Entonces ella sonrió. Sin duda en momentos como aquel, cuando se entendían mutuamente sin necesidad de hablar, él tenía que reconocer para sus adentros que Tessia estaba destinada a seguir sus pasos.

Su padre frunció el entrecejo y bajó la vista antes de volverse de nuevo hacia la cama. Una repentina y dolorosa sensación de pérdida se apoderó de ella. Él debía haber sonreído, asentido con la cabeza o haberle dado a entender con alguna otra señal que seguirían trabajando juntos.

«Tengo que ganarme su confianza otra vez», pensó Tessia. Cogió la bolsa de su padre de las manos de Keron, la colocó encima de la mesa estrecha y la abrió. Tras extraer el quemador, lo encendió y reguló la intensidad de la llama. Se oyeron pasos al otro lado de la puerta.

—Necesitamos más luz —farfulló su padre.

De pronto, un resplandor blanco y deslumbrante inundó la habitación. Tessia se agachó, y una bola luminosa pasó volando por encima de su cabeza. La miró fijamente, pero enseguida se arrepintió de haberlo hecho. Era demasiado brillante. Cuando apartó la mirada, una sombra circular le nublabla la vista.

—¿Suficiente? —preguntó una voz de acento extraño.

—Os lo agradezco, mi señor —oyó que decía su padre respetuosamente.

¿«Mi señor»? Tessia sintió que se le contraía el estómago. Solo había una persona alojada en la Residencia a quien su padre daría aquel tratamiento. Sin embargo, al mismo tiempo que tomaba conciencia de ello, sintió una punzada de rebeldía. «No mostraré el menor temor ante este sachakano —decidió—. Aunque supongo que no hay peligro de que me eche a temblar ante la visión de alguien cuando en realidad apenas puedo ver.» Se frotó los ojos. La mancha negra se encogía a medida que sus ojos se recuperaban. Al mirar hacia la puerta con los párpados entornados, advirtió que había dos figuras.

—¿Qué probabilidades cree que tiene, sanador Veran? —preguntó una voz más conocida.

Su padre titubeó antes de responder.

—Pocas, milord —admitió—. Tiene los pulmones perforados. Estas heridas suelen ser mortales.

—Haga lo que pueda —le ordenó lord Dakon.

Tessia alcanzaba ahora a distinguir los rostros de los dos magos. Lord Dakon tenía una expresión adusta. Su acompañante sonreía. Ella había recobrado la vista lo bastante para entrever sus anchas facciones sachakanas, la chaqueta y los pantalones primorosamente adornados y el cuchillo enjoyado que los sachakanos llevaban al cinto para indicar que eran magos. Lord Dakon dijo algo por lo bajo, y los dos se marcharon. Tessia oyó sus pasos alejarse por el pasillo.

De pronto, la luz parpadeó y se apagó, dejándolos a oscuras. Su padre maldijo entre dientes. La habitación se iluminó de nuevo, aunque con menor intensidad. Ella alzó la mirada y vio a Keron entrar con dos lámparas de tamaño normal.

—Ah, gracias —dijo el padre de Tessia—. Coloque una aquí, y la otra aquí.

—¿Necesita alguna cosa más? —preguntó el criado—. ¿Agua, paños?

—Por el momento lo que necesito por encima de todo es información. ¿Qué le ha pasado a este hombre?

—No... no estoy seguro. Yo no estaba presente.

—¿Hay algún testigo? Es fácil pasar por alto una lesión cuando hay tantas. Una descripción de dónde ha recibido cada golpe...

—Nadie lo ha visto —se apresuró a decir el hombre—. Solo lord Dakon, este esclavo y su amo.

¿Esclavo? Tessia bajó la vista hacia el herido. Claro. La piel curtida y los rasgos anchos eran típicos de los sachakanos. De repente comprendió el interés del mago sachakano.

Su padre suspiró.

—Entonces tráiganos un poco de agua, y mientras escribiré una lista del material que deberás ir a pedirle a mi esposa.

El mayordomo se marchó a paso veloz. El padre de Tessia la miró con gesto sombrío.

—Será una noche larga para ti y para mí. —Esbozó una sonrisa—. En momentos como este me pregunto si te sientes tentada por los planes que tu madre tiene para tu futuro.

—En momentos como este, ni siquiera se me pasa por la cabeza —repuso ella, y añadió en voz baja—: Esta vez quizá lo logremos.

Él abrió mucho los ojos y echó los hombros ligeramente hacia atrás.

—Manos a la obra, entonces.

Hospedar y atender a un mago sachakano nunca era fácil, y rara vez resultaba agradable. De todas las tareas que los criados de lord Dakon debían realizar, la de dar de comer al invitado era la que más angustia les provocaba. Si el ashaki Takado reconocía un plato como algo que ya había comido antes, lo rechazaba, aunque le hubiera gustado originalmente. Como le disgustaba la mayor parte de los platos y tenía un apetito voraz, antes de cada comida había que preparar muchos, muchos más guisos de los que solían hacer falta para dos personas.

La recompensa por soportar el grado de exigencia extremo del huésped era un exceso de alimentos que el servicio doméstico compartía después. «Si Takado se queda muchas semanas más, no me sorprendería que mis criados engordaran un poco —reflexionó Dakon—. Aun así, no me cabe la menor duda de que estarían mucho más contentos si el sachakano prosiguiese su camino.»

«Yo también lo estaría —añadió para sí mientras su invitado se reclinaba en su asiento, se daba unas palmaditas en el abultado vientre y dejaba escapar un eructo—, sobre todo si regresa a su patria, que es a donde supongo que se dirige, pues ha recorrido gran parte de Kyralia y esta es la residencia más cercana a la frontera.»

—Una comida excelente —dictaminó Takado—. El último plato tenía un toque de cascavea, ¿verdad?

Dakon asintió.

—Una de las ventajas de vivir cerca de la frontera es que los mercaderes sachakanos pasan por aquí de vez en cuando.

—Me extraña. La ruta directa a Imardin no pasa por Mandryn.

—No, pero las crecidas de primavera ocasionalmente inundan el camino principal, y la mejor ruta alternativa trae a los mercaderes a la aldea. —Se limpió los labios con una pieza de tela—. ¿Nos retiramos al salón?

Cuando Takado asintió, Dakon oyó un leve suspiro de alivio salir de boca de Cannia, que estaba de servicio en el comedor aquella noche. «Al menos los sufrimientos de los criados han terminado por hoy —pensó Dakon, cansado, mientras se ponía de pie—. Los míos no acabarán hasta que el hombre se vaya a dormir.»

Takado se levantó y se alejó de la mesa. Le sacaba una cabeza entera a Dakon, y sus amplias espaldas y su rostro ancho contribuían a darle un aspecto voluminoso. Bajo una capa de grasa blanda estaba la figura de un sachakano típico: fuerte y corpulenta. Dakon sabía que, al lado de Takado, debía de parecer patéticamente bajo y enclenque. Y pálido. Aunque la tez de los sachakanos no era tan oscura como la de los lonmarians del norte, tenían un saludable tono bronceado que las mujeres de Kyralia llevaban siglos intentando conseguir por medio de pinturas.

Aún lo hacían, de hecho, pese a que, por lo demás, detestaban y temían a los sachakanos. Dakon fue el primero en salir del comedor. «Deberían sentirse orgullosas de su color de piel, pero no es fácil invertir la tendencia que tenemos desde hace siglos a creer que nuestra palidez evidencia que somos una raza débil y bárbara.»

Entró en el salón, seguido por Takado, que se dejó caer en el sillón del que se había adueñado para el resto de su estancia. El salón estaba iluminado por dos lámparas. Aunque no le habría costado ningún esfuerzo inundarla de una luz mágica, Dakon prefería el fulgor cálido de las llamas. Le recordaba a su madre, que carecía de poderes mágicos y prefería hacer las cosas «a la antigua usanza». Además, ella había decorado y amueblado el salón. Después de que otro visitante de Sachaka, impresionado con la biblioteca, decidiera que el padre de Dakon iba a obsequiarlo con varios libros valiosos, ella había decretado que, a partir de ese momento, se recibiera a dichas visitas en un salón repleto de tesoros que parecieran de valor incalculable pero que en realidad fuesen reproducciones, imitaciones o baratijas.

Takado estiró las piernas y observó a Dakon servir vino de una jarra que los criados habían dejado allí para ellos.

—Y bien, lord Dakon, ¿creéis que vuestro sanador puede salvar a mi esclavo?

Dakon no percibió el menor deje de preocupación en su voz. No esperaba que demostrara inquietud por la salud del esclavo, solo el interés que siente alguien por un objeto que le pertenece cuando se ha roto y alguien está reparándolo.

—El sanador Veran hará todo lo posible.

—Y si fracasa, ¿cómo pensáis castigarlo?

Dakon le tendió una copa a Takado.

—No pienso castigarlo.

Takado enarcó las cejas.

—Entonces, ¿por qué estáis tan seguro de que hará todo lo posible?

—Porque confío en él. Es un hombre de honor.

—Es kyraliano. Mi esclavo es valioso para mí, y yo soy sachakano. ¿Quién me garantiza que no acelerará la muerte del hombre para fastidiarme?

Dakon se sentó y tomó un sorbo de vino. No era de una buena añada. Sus señoríos no gozaban de un clima favorable para la producción de vino. Sin embargo, era un caldo fuerte, lo que propiciaría que el sachakano se retirase a dormir antes. Por otro lado, Dakon dudaba que el alcohol le soltara la lengua a Takado. Esto no había ocurrido en ninguna de las noches anteriores.

—Porque es un hombre de honor —repitió Dakon.

El sachakano soltó un resoplido.

—¿Honor? ¿Entre criados? Yo, en vuestro lugar, me quedaría con la hija. No es fea, para tratarse de una kyraliana. Además, seguro que ha aprendido algunos trucos de sanación, así que sería una esclava útil.

Dakon sonrió.

—Sin duda os habréis percatado en el transcurso de vuestros viajes de que la esclavitud está prohibida en Kyralia.

—Oh —dijo Takado, arrugando la nariz—, no he podido evitar percatarme. A nadie le pasaría inadvertido el pésimo servicio que vuestros criados prestan a sus amos. Son hoscos, estúpidos, torpes. No siempre fue así, ¿sabéis? En otro tiempo vuestro pueblo practicaba la esclavitud con tanto entusiasmo como si la hubieran inventado ellos. Podrías reinstaurarla. De este modo tal vez recuperaríais la prosperidad de la que disfrutaban vuestros bisabuelos. —Apuró el vino en unos pocos tragos y exhaló un suspiro de satisfacción.

—Hemos disfrutado de más prosperidad después de abolir la esclavitud que en toda nuestra historia —informó Dakon a su invitado mientras se levantaba para servirle más vino al sachakano y llenar su propia copa—. Mantener esclavos no resulta rentable. Si se les maltrata, mueren antes de ser productivos, o bien se rebelan o huyen. Si se les trata bien, son tan caros de alimentar y de controlar como los sirvientes libres, pero carecen de motivación para trabajar como es debido.

—La única motivación es el miedo al castigo o la muerte.

—Un esclavo herido o muerto no resulta útil para nadie. Dudo mucho que matar a un esclavo a palos por haberos pisado el pie lo anime a tener más cuidado en el futuro. Su muerte ni siquiera servirá de ejemplo a otros, pues aquí no hay esclavos que puedan aprender la lección.

Takado removió el vino en su copa con expresión inescrutable.

—Seguramente se me fue un poco la mano. El problema es que, tras viajar con él durante meses, estoy más que harto de su compañía. A vos también os pasaría, si tuvierais que viajar a un país y estuvierais limitado a llevar un solo criado. Estoy seguro de que el único propósito del rey de Kyralia al que se le ocurrió esa ley era castigar a los sachakanos.

—Los criados contentos son mejores acompañantes —afirmó Dakon—. Me gusta conversar y tratar con mis sirvientes, que no parecen tener inconveniente en hablar conmigo o trabajar para mí. Si no me apreciaran, no me alertarían de posibles problemas en el señorío, ni me darían consejos para obtener mejores cosechas.

—Si mis esclavos no me alertaran de problemas en mis dominios ni sacaran el máximo rendimiento de mis cosechas, los mandaría matar.

—Y entonces sus habilidades se perderían para siempre. Mi gente vive más años, con lo que alcanzan un alto grado de excelencia en su trabajo. Se enorgullecen de ello y tienden a ser innovadores e inventivos..., como el sanador que se ocupa de vuestro esclavo.

—Pero no como su hija —dijo Takado—. Su habilidad va a quedar desaprovechada, ¿no? Es mujer, y en Kyralia las mujeres no ejercen como sanadoras. En mi país, sabríamos aprovechar sus habilidades. —Se inclinó hacia Dakon—. Si dejáis que os la compre, me aseguraré de que llegue a utilizarlas. Algo me dice que ella agradecería esta oportunidad. —Bebió un trago de vino, observando a Dakon por encima del borde de la copa.

«Para tratarse de un hombre codicioso y cruel con demasiado poder y demasiado poco dominio de sí mismo, Takado puede ser perturbadoramente perspicaz», reflexionó Dakon.

—Aunque eso no me obligara a infringir la ley y además ella estuviese de acuerdo, no creo que lo que os interese en realidad sean sus dotes de sanadora.

Takado se rió y se relajó en su sillón.

—Me habéis calado de nuevo, lord Dakon. Imagino que no habéis probado aún ese plato..., ¿me equivoco?

—Por supuesto que no. Le doblo la edad.

—Eso solo la hace más atractiva.

Dakon sabía que Takado estaba provocándolo otra vez.

—Y aumenta las probabilidades de que semejantes amoríos me hicieran quedar como un tonto.

—No tiene nada de vergonzoso procurarse un poco de diversión mientras buscáis una esposa digna de vos —alegó Takado—. Me sorprende que no hayáis encontrado una todavía. Una esposa, me refiero. Supongo que no hay féminas en el señorío de Aylen que estén a la altura de vuestra posición social. Deberíais viajar a Imardin más a menudo. Al parecer, todo aquello en lo que vale la pena participar sucede allí.

—Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita —convino Dakon, tomando un sorbo de vino—. ¿Disfrutasteis de vuestra estancia allí?

Takado se encogió de hombros.

—No sé si la palabra «disfrutar» es la más adecuada. Me pareció un lugar tan primitivo como me esperaba.

—Si no esperabais pasarlo bien, ¿por qué fuisteis allí?

Los ojos del sachakano relampaguearon cuando le tendió de nuevo su copa vacía.

—Para satisfacer mi curiosidad.

Dakon se levantó para volver a llenársela. Cada vez que intentaba averiguar el motivo del viaje de Takado por Kyralia, el sachakano adoptaba una actitud displicente o cambiaba de tema. Era un asunto que había puesto nerviosos a varios magos, sobre todo porque habían oído rumores de que algunos de los magos sachakanos más jóvenes se habían reunido en Arvice, capital de Sachaka, para discutir si era posible recuperar las antiguas colonias del imperio. El rey de Kyralia había enviado en secreto a todos los terratenientes la petición de que todo señor o señora que diera alojamiento a Takado intentara sonsacarle el porqué de su visita.

—¿Y bien? ¿Se ha visto satisfecha vuestra curiosidad? —preguntó Dakon cuando regresó a su asiento.

Takado hizo un gesto vago.

—Me quedan cosas por ver, pero ¿sin un esclavo...? No.

—Todavía es posible que vuestro esclavo sobreviva.

—Aunque os estoy muy agradecido por vuestra hospitalidad, no voy a quedarme aquí solo para ver si un esclavo del que me he hartado se recupera. Seguramente ya he consumido una parte importante de vuestros recursos. —Hizo una pausa para beber—. No: si sobrevive, quedaos con él. Sin duda quedará tullido y no servirá para nada.

Dakon pestañeó, sorprendido.

—De modo que si sobrevive y yo le permito instalarse aquí, ¿le otorgáis la libertad?

—Claro, por supuesto. —Takado agitó la mano, como para restar importancia al asunto—. No puedo forzaros a vulnerar vuestras propias leyes.

—Os agradezco vuestra consideración. En fin, ¿adónde iréis después? ¿Volveréis a casa?

El sachakano asintió y sonrió de oreja a oreja.

—No puedo permitir que los esclavos de mis dominios empiecen a concebir ideas absurdas sobre quién está al mando, ¿verdad?

—Dicen que la ausencia debilita los lazos de afecto.

Takado se rió.

—Los kyralianos tenéis unos proverbios de lo más curiosos, como aquel de «dormir es el tónico más barato». —Se puso de pie y, mientras Dakon lo imitaba, le entregó su copa de vino vacía—. No os habéis terminado la vuestra —señaló.

—Como sin duda ya sabéis, los cuerpos menudos se emborrachan deprisa. —Dakon dejó su copa medio llena en la bandeja, junto a la vacía—. Y mientras haya un hombre herido en mi casa, me siento obligado a permanecer sobrio, aunque ese hombre no sea más que un humilde esclavo sachakano.

Takado le dedicó una mirada entre inexpresiva y divertida.

—Los kyralianos sois un pueblo verdaderamente extraño. —Giró sobre sus talones—. No hace falta que me acompañéis a mi habitación. Recuerdo el camino. —Se tambaleó ligeramente—. Al menos, eso creo. Buenas noches, lord Dakon, como decís los extraños kyralianos.

—Buenas noches, ashaki Takado —respondió Dakon.

Observó al sachakano, que echó a andar por el pasillo a paso tranquilo, y escuchó las pisadas que se alejaban. Entonces lo siguió lo más silenciosamente posible. Su intención no era cerciorarse de que su invitado llegara efectivamente a su dormitorio, sino comprobar los progresos de Veran. La habitación del esclavo, como es natural, no estaba lejos de la de su amo, y Dakon no quería que el sachakano descubriese adónde se dirigía y decidiera acompañarlo.

Tras recorrer varios pasillos y subir una escalera, Dakon vio que Takado pasaba junto a la puerta de su esclavo sin echarle siquiera un vistazo y desaparecía en sus aposentos. De la habitación del esclavo salían sonidos ahogados. La luz que se derramaba por debajo de la puerta parpadeaba. Dakon se detuvo por unos instantes, pensando si debía interrumpir.

«El esclavo se salvará o morirá —se dijo—. Que yo lo visite no influirá en el resultado.» Sin embargo, no era capaz de verlo con el sentido práctico con que Takado trataba a todos los seres humanos excepto los más poderosos. El recuerdo del esclavo inmovilizado contra la pared, sacudido por los golpes invisibles que le asestaba despiadadamente el mago sachakano, estremeció a Dakon. El chasquido de los huesos al romperse y el restallido de los impactos sobre la piel desprotegida todavía resonaban en sus oídos.

Dio media vuelta y se encaminó a sus aposentos, luchando contra sus deseos de que Veran fracasara.

Y es que, en el nombre de la magia superior, ¿qué haría con un esclavo sachakano liberado?

La luz del alba iluminaba la aldea cuando Tessia y su padre salieron de la casa de lord Dakon. Aunque era un resplandor tenue y frío, cuando ella se volvió hacia su padre supo que el tono ceniciento de su rostro no era solo un efecto de la luz. Estaba agotado.

Su hogar estaba al otro lado de la calle, a unos cien pasos, pero la distancia parecía enorme. Habría sido absurdo pedir a los mozos de cuadra que engancharan un caballo al carro para un trayecto tan ridículamente corto, pero ella estaba tan cansada que deseaba que alguien se lo hubiera pedido. Su padre tropezó con una piedra, y ella lo sujetó por el brazo para ayudarlo a recobrar el equilibrio, al tiempo que aferraba el asa de la bolsa con la otra mano. Le pareció más pesada que nunca, pese a que gran parte de las vendas y una cantidad considerable de las medicinas que solía contener estaban aplicadas a varias partes del cuerpo del esclavo sachakano.

«Pobre hombre.» Su padre lo había abierto para extraer la costilla rota del pulmón, y luego había cosido el corte. En circunstancias normales, semejante operación habría matado al sachakano, pero por alguna razón continuaba vivo y respirando. Su padre había dicho que era pura cuestión de suerte que la incisión que había practicado no hubiera seccionado una de las principales vías de pulso.

Había hecho el corte más pequeño posible y se había guiado sobre todo por el tacto, explorando el interior del cuerpo del hombre con los dedos. Había sido algo increíble de observar.

Cuando llegaron frente a la puerta de su casa, Tessia se adelantó para abrirla. Sin embargo, cuando extendió el brazo hacia el tirador, la puerta se abrió hacia dentro. Su madre los hizo pasar con la preocupación marcada en el rostro.

—Cannia me ha dicho que estabais atendiendo a un sachakano. Al principio he creído que se refería a él. He pensado: «¿Cómo puede acabar tan malherido un mago?», pero ella me ha aclarado que se trataba del esclavo. ¿Está vivo?

—Sí —dijo el padre de Tessia.

—¿Lo seguirá estando?

—Lo dudo. Pero es un tipo duro, todo sea dicho.

—Apenas ha gritado —añadió Tessia—, aunque sospecho que era porque temía atraer la atención de su amo.

Su madre clavó la mirada en ella. Abrió la boca, la cerró de nuevo y sacudió la cabeza.

—¿Os han dado de comer? —preguntó.

Su padre tenía un aspecto pensativo.

—Keron nos ha llevado un tentempié —respondió Tessia en su lugar—, pero no hemos tenido tiempo de comérmolo.

—Calentaré un poco de sopa. —La mujer los hizo pasar a la cocina, y Tessia y su padre se dejaron caer en sendas sillas frente a la mesa. Su madre removió las brasas del hogar hasta que la leña fresca prendió y acto seguido colgó una olla pequeña sobre las llamas.

—Tenemos que visitarlo con regularidad —murmuró el padre de Tessia, más para sí que para que lo oyeran Tessia o su madre—. Cambiarle los vendajes. Comprobar si tiene fiebre.

—¿Te ha explicado Camia el motivo de la paliza? —preguntó Tessia a su madre.

La mujer negó con la cabeza.

—¿Qué motivo necesitan esos salvajes sachakanos? Seguro que lo hizo por diversión, pero le pegó un poco más fuerte de lo que pretendía.

—Lord Yeven siempre decía que no todos los sachakanos son crueles —señaló su padre.

—Pero la mayoría lo son —concluyó Tessia, con una sonrisa. El padre de lord Dakon había muerto cuando ella era niña. Lo recordaba vagamente como un hombre bondadoso que siempre llevaba consigo caramelos para dar a los niños de la aldea.

—Bueno, evidentemente estamos hablando de uno de los crueles. —La madre de Tessia miró a su marido, y su expresión ceñuda apareció de nuevo—. Preferiría que no tuvierais que volver allí.

Él le sonrió con tristeza.

—Lord Dakon no permitirá que nos ocurra nada.

La mujer dirigió la mirada hacia Tessia antes de posarla de nuevo en él. La arruga de su entrecejo se hizo más profunda, y la preocupación en su semblante dio paso a la irritación. Se volvió hacia el fuego, probó la sopa con la punta del dedo y asintió para sí. Descolgó la olla y vertió su contenido en dos tazas. Tessia cogió las dos y le alargó una a su padre. El caldo estaba caliente y delicioso, y ella notó que la somnolencia la invadía conforme bebía. A su padre se le cerraban los ojos.

—Y ahora, a la cama, los dos —dijo su madre en cuanto terminaron de cenar.

Ninguno de ellos protestó cuando les ordenó que subieran a sus respectivas habitaciones. Un cansancio profundo se adueñó de Tessia mientras se ponía su ropa de dormir. Se acurrucó bajo las mantas y exhaló un suspiro de satisfacción.

Justo cuando empezaba a conciliar el sueño, el sonido de unas voces la despertó.

Procedía del otro lado del pasillo, del dormitorio de sus padres. Al recordar la conversación que había mantenido con su padre el día anterior, sintió una punzada de angustia. Se incorporó, ayudándose con los brazos, y giró las piernas para apoyar los pies en el suelo.

Su puerta emitió solo un chirrido leve y agudo cuando la abrió. No había escuchado a escondidas una conversación entre sus padres a altas horas de la noche desde hacía muchos años, cuando era niña. Tras acercarse con sigilo a la puerta de ellos, aplicó la oreja a la madera.

—Tú también quieres tenerlos —dijo su madre.

—Por supuesto, pero nunca esperaría eso de Tessia si ella no quisiera —replicó su padre.

—Pero sería una desilusión para ti.

—Y un alivio. Siempre supone un riesgo. He visto morir a demasiadas mujeres sanas.

—Es un riesgo que todas debemos asumir. Negarse a tener hijos por miedo es un error. Sí, supone un riesgo, pero tiene muchas compensaciones. Estaría renunciando a un placer inmenso. ¿Y quién cuidará de ella cuando sea vieja?

Siguió un silencio.

—Si tuviera un hijo varón, podrías instruirlo —añadió su madre.

—Es tarde para eso. Cuando yo fuera demasiado mayor para trabajar, el chico seguiría siendo demasiado joven e inexperto para cargar con la responsabilidad.

—¿Por eso estás instruyendo a Tessia? Ella no puede ocupar tu lugar. Lo sabes.

—Podría, si compartiera el trabajo con otro sanador. Podría ser... no sé cómo llamarlo... una mezcla entre sanadora y comadrona. Una... una «cuidadora», tal vez.

O al menos una ayudante.

A Tessia le entraron ganas de interrumpirlos, de decirles que estaba capacitada para ser más que media sanadora, pero se quedó callada y quieta. Irrumpir en la habitación dejando patente que había estado escuchando lo que no debía no la ayudaría precisamente a conseguir que su madre cambiara de idea.

—Tienes que tomar a un mozo del pueblo a tu servicio —dijo su madre con firmeza—, y debes dejar de adiestrarla a ella. Le has llenado la cabeza de ideas imposibles. Ni siquiera se planteará la posibilidad de casarse o de formar una familia mientras siga intentando convertirse en sanadora.

—Si doy empleo a un nuevo aprendiz, me llevará un tiempo adiestrarlo. Necesitaré la ayuda de Tessia mientras tanto. La aldea está creciendo y no dejará de hacerlo. Para cuando yo haya conseguido formar a ese chico, tal vez necesitemos a dos sanadores aquí. Tessia podría seguir trabajando... y tal vez incluso casarse.

—Su esposo no lo permitiría.

—Tal vez sí, si ella escoge a la persona adecuada, a un hombre inteligente...

—Un hombre tolerante. Un hombre al que no le importen ni los rumores ni romper la tradición. ¿Dónde encontrará ella a alguien así?

El padre de Tessia guardó silencio durante largo rato.

—Estoy cansado. Necesito dormir —dijo al fin.

—No eres el único. Me he pasado casi toda la noche preocupándome por vosotros, sobre todo al pensar que Tessia estaba bajo el mismo techo que ese salvaje sachakano.

—No corríamos peligro alguno. Lord Dakon es un hombre bueno.

Las pocas palabras que siguieron sonaron apagadas. Cuando la pareja llevaba un buen rato sin hablar, Tessia regresó a su cama con cautela.

«Anoche le demostré mi valía —pensó con soberbia—. Ahora no puede pedirme que deje de ayudarlo. Sabe que ninguno de los jovencitos bobos del pueblo tendría las agallas ni los conocimientos para tratar las heridas de aquel esclavo.

»En cambio, yo he demostrado tenerlos.»

El aprendiz Jayan sonrió al oír el golpecito en la puerta. Se volvió e hizo girar la manija enviándole una pequeña descarga de magia. Con un chasquido, la puerta se abrió hacia dentro. Al otro lado, una joven hizo una reverencia con toda la gracia que le permitió la bandeja grande que llevaba.

—Saludos, aprendiz Jayan —dijo con voz cantarina mientras entraba en la habitación. Se acercó a él con su carga, la apoyó sobre su cadera y comenzó a colocar cuencos, platos y tazas sobre el escritorio.

—Saludos, Malia —respondió él—. Hoy te veo especialmente alegre.

—Lo estoy —dijo ella—. El invitado del señor se marcha hoy.

Él enderezó la espalda.

—¿De veras? ¿Estás segura?

—Totalmente. Supongo que no soporta estar sin un esclavo que atienda a todas sus necesidades. —Lo miró de reojo, pensativa—. Me pregunto cómo te las arreglarías tú sin mí.

Jayan hizo caso omiso de su comentario y de la evidente incitación a lanzarle un piropo.

—¿Por qué no tiene un esclavo? ¿Qué ha pasado con el que trajo consigo?

Malia abrió mucho los ojos.

—Ah, claro. No podías saberlo. Seguro que no te has enterado de nada, aquí escondido en la parte de atrás de la Residencia. Takado casi mató a su esclavo a golpes ayer por la tarde. El sanador Veran se pasó toda la noche tratándolo. —A pesar de su tono desenfadado, sus gestos rápidos delataban su intranquilidad. Él supuso que el comportamiento del sachakano había puesto nerviosos a todos los criados. Sabían que para él había poca diferencia entre ellos y un esclavo.

Sin embargo, la sonrisa de Malia volvió rápidamente a sus labios, esta vez cargada de picardía. Sabía lo que la marcha del sachakano significaría para él. Jayan la miró con expectación.

—¿Y bien?

La sonrisa se ensanchó.

—¿Y bien qué?

—¿Está vivo o muerto?

—Ah. —Arrugó el entrecejo y se encogió de hombros—. Supongo que sigue vivo, pues de lo contrario habríamos oído algo.

Jayan se puso de pie y se acercó a la ventana. Tenía ganas de buscar a Dakon para informarse mejor, pero su patrón le había ordenado que se quedara en su habitación mientras el sachakano estuviera en la Residencia. Mirando a través de la ventana las puertas cerradas de las caballerizas y el jardín desierto, se mordió el labio.

«Si no puedo averiguarlo por mí mismo, Malia estaría más que dispuesta a obtener esa información para mí.»

El problema era que ella siempre quería algo más que las gracias a cambio de sus favores. Si bien era bastante bonita, Dakon le había advertido hacía tiempo que las doncellas tenían la costumbre de encapricharse de los aprendices de mago jóvenes —o de su influencia y su fortuna—, y que él no debía aprovecharse de ellas, ni permitir que ellas se aprovecharan de él. Aunque Jayan sabía que su patrón perdonaba los errores o malas conductas ocasionales, también había descubierto en los últimos cuatro años que el mago tenía formas sutiles y desagradables de castigar los comportamientos inaceptables. No creía que Dakon fuera a sancionar aquella mala conducta con el castigo más extremo —enviar a un aprendiz de vuelta a casa con su familia sin haber completado su formación y sin haber adquirido los conocimientos de magia superior que necesitaría para ejercer como mago independiente—, pero Malia no lo atraía tanto como para correr ese riesgo. Ni Malia ni ninguna otra joven, de hecho.

El truco con Malia consistía en no pedirle nada de manera directa, sino simplemente expresar el deseo de saber algo. Si ella le facilitaba información que Jayan le hubiera pedido, la chica consideraba que él le debía algo a cambio.

—Me pregunto cuándo se marchará el sachakano —murmuró él.

—Oh, seguramente no se pondrá en camino antes del anochecer —comentó Malia con desenfado.

—¿El anochecer? ¿Por qué quiere viajar de noche?

Ella sonrió y se colocó la bandeja bajo el brazo.

—No lo sé, pero me gusta la idea de que te quedes aquí encerrado y solo durante todo un día más. Al fin y al cabo, no querrás arriesgarte a que se quede prendado de ti y te lleve a casa consigo para sustituir a su esclavo, ¿verdad? Que pases un buen día.

Con una risita salió de la habitación y cerró la puerta detrás de sí. Jayan se quedó contemplando la parte interior de la puerta, preguntándose si ella le había adivinado las intenciones o simplemente estaba aprovechando la oportunidad para tomarle el pelo.

Después suspiró, regresó a su escritorio y comenzó a desayunar.

Al principio, a Jayan no le había molestado la decisión de Dakon de que se quedara en su habitación mientras durase la visita del sachakano. Tenía muchos libros para leer y estudiar, y no le importaba estar solo. No le preocupaba que Takado intentara secuestrarlo, como Malia había insinuado, pues los sachakanos no

esclavizaban a nadie que tuviera acceso a sus dotes mágicas. Preferían esclavos con un talento poderoso pero latente, que no supieran utilizar la magia pero poseyeran una gran energía mágica que su amo pudiera absorber.

No, si surgía algún conflicto entre Takado y Dakon, era más probable que el sachakano intentara matar a Jayan. Una de las funciones de un aprendiz era proporcionar a su maestro una fuente de fuerza mágica adicional, tal como hacían los esclavos, con la diferencia de que los aprendices adquirían conocimientos de magia a cambio. Y eran hombres o mujeres libres.

Por otro lado, que surgiera un conflicto entre Takado y Dakon era improbable. Tendría repercusiones diplomáticas en Sachaka y Kyralia que ninguno de los dos magos querría afrontar. Aun así, cabía la posibilidad de que Takado armase algún lío de poca importancia, sabiendo que estaba a poco más de un día de viaje de su tierra, solo para demostrar la superioridad y el poder de los sachakanos.

¿Algo como dar una paliza de muerte a su propio esclavo?

«Supongo que ya ha demostrado lo que quería. Nos ha dejado claro que sigue teniendo poder sobre otras vidas humanas, y lo ha hecho sin vulnerar una sola ley de Kyralia.»

Este pensamiento le infundió una extraña sensación de alivio. Ahora que el sachakano había demostrado lo que quería, se marcharía —estaba a punto de marcharse—, y pronto Jayan estaría fuera de peligro. Podría salir de la habitación, incluso de la Residencia, si le apetecía. La vida volvería a la normalidad.

Jayan se sintió más alegre. Aunque había creído que nunca se hartaría de su propia compañía o de leer, resultó que era capaz de llegar a un punto en el que empezaría a echar de menos la luz del sol y el aire fresco. Había sobrepasado ese punto hacía días, y desde entonces estaba muy inquieto.

La magia que podía aprenderse en los libros era limitada. Para desarrollar una habilidad era necesario practicar. Hacía semanas que no recibía una clase de lord Dakon. Cada día que pasaba era una lección aplazada. Cada lección aplazada implicaba retrasar el momento en que lord Dakon le enseñaría magia superior y Jayan se convertiría en un mago hecho y derecho.

Entonces gozaría del respeto y el poder que le corresponderían como mago superior, y empezaría a amasar una fortuna por su cuenta. Tendría un título al igual que lord Velan, su hermano mayor, si bien el de «mago» nunca superaría en importancia al de «lord». En Kyralia nadie era más respetado que un terrateniente, aunque sus propiedades se redujeran a una de las viejas casas señoriales de la ciudad.

Sin embargo, poseer un señorío se valoraba más que poseer una casa, lo que resultaba irónico, pues los magos que vivían en el campo tenían fama de atrasados e ignorantes. Mientras Jayan estuviera en buenas relaciones con su maestro, y Dakon no se casara y engendrara un heredero, existía la posibilidad de que el lord lo nombrase su sucesor. No era insólito que un mago concediera este honor a un antiguo aprendiz.

No obstante, la perspectiva de aventajar a su hermano como terrateniente no era lo único que seducía a Jayan. La idea de retirarse a Mandryn algún día también era muy atractiva. Había descubierto que le gustaba aquella vida tranquila, alejada de los juegos sociales de la ciudad que antes le agradaba presenciar, y de la influencia de su padre y su hermano.

«Pero Dakon no es demasiado viejo para casarse y tener hijos —pensó—. Su padre hizo ambas cosas a una edad bastante avanzada. Además, aunque Dakon no encuentre una esposa, le quedan muchos años de vida, así que dispongo de tiempo de sobra para explorar el mundo primero. Y cuanto antes aprenda lo que necesito para convertirme en mago superior, antes seré libre para viajar a donde me plazca.»

La luz que se colaba en torno a las contraventanas de la habitación de Tessia no tenía sentido. Entonces le vino a la memoria el trabajo de la noche anterior y se acordó de que ella y sus padres se habían ido a dormir cuando era casi de día. Claro que la luz no tenía sentido. Era mediodía.

Permaneció un rato tumbada, suponiendo que el sueño volvería a apoderarse de ella, pero no fue así. Aunque solo había dormido unas horas y todavía sentía un cansancio abrumador, siguió despierta. Le hacían ruido las tripas. Tal vez era el hambre lo que le impedía dormir. Se levantó de la cama, se vistió y se peinó. Cuando salió silenciosamente de su habitación, vio que la puerta de sus padres todavía estaba cerrada. Alcanzaba a oír unos ronquidos débiles.

Llegó al pie de la escalera y se dirigió hacia la cocina. El hogar estaba frío, pues el fuego de la mañana se había extinguido. Se sirvió frutos de pachi en un cuenco que depositó sobre la mesa. Entonces reparó en que la bolsa de su padre estaba en el suelo.

«El esclavo —pensó—. Papá dijo que el primer día de cuidados después de la cura era el más importante. Hay que cambiar los vendajes y limpiar las heridas. Además, debe de estarse pasando el efecto de los remedios para el dolor.»

Alzó la vista al techo, hacia el dormitorio de sus padres, planteándose si debía interrumpir el sueño de su padre. «Aún no —decidió—. A su edad, necesita dormir más que yo.»

Así que esperó. Pensó en cocinar algo, pero dudaba que pudiera hacerlo sin despertar a sus padres. En vez de eso, revisó la bolsa de su padre. Entró en su despacho, llenó los frascos de medicamentos, y repuso hilo y vendas. A continuación, limpió y afiló con cuidado todos sus instrumentos, mientras el sol que entraba a raudales por las ventanas se desplazaba lentamente por la habitación.

El trabajo la mantuvo atareada durante unas horas. Como no se le ocurrió ninguna otra tarea de la que ocuparse, regresó a la cocina tras dejar la bolsa de su padre junto a la puerta principal. Subió con sigilo la escalera y se puso a deliberar mientras escuchaba los ronquidos.

«Tenemos que ir a ver al paciente pronto —pensó—. Debería despertar a papá..., pero entonces despertaría a mamá también. Otra opción es ir yo sola.»

Esta última posibilidad le provocó un escalofrío de emoción. Si atendía al esclavo por su cuenta —si los criados de la casa de lord Dakon se lo permitían—, ¿no demostraría que los aldeanos confiaban en ella como sanadora? ¿No sería una prueba de que, con el tiempo, podría ocupar el lugar de su padre?

Bajó la escalera de nuevo y se acercó a la puerta principal. Al ver la bolsa de su padre, la asaltó la duda.

«Papá podría enfadarse. Por otro lado, hacer algo que él no me ha pedido no es tan malo como desobedecer una orden. Tampoco voy a hacer nada más que encargarme de los sencillos cuidados de rutina posteriores a la cura. —Sonrió para sí—. Y si le pido a uno de los criados de la Residencia que permanezca a mi lado, demostraré que he tenido en consideración las preocupaciones de mamá sobre mi seguridad.»

Cogió las asas de la levanta, la levantó, abrió la puerta lo más silenciosamente posible y se escabulló al exterior.

Advirtió que había varios aldeanos por los alrededores. Los dos hijos del panadero estaban reclinados contra la pared de su casa, disfrutando de aquella tarde soleada. La saludaron con un movimiento de la cabeza y ella correspondió con una sonrisa. «¿Estarán en la lista de mi madre de posibles maridos?», se preguntó. No estaba interesada en ninguno de ellos. Aunque se habían vuelto bastante educados, ella no podía evitar acordarse de lo mal que la trataban cuando eran niños, insultándola y dándole tirones en el pelo.

La viuda del herrero avanzaba con pasos lentos y pausados por la calle principal, apoyándose en dos bastones. Siempre que hacía sol, caminaba de un lado a otro de la aldea desde que Tessia tenía memoria. Cuando Tessia era niña y la viuda estaba menos marchita, otras mujeres mayores del pueblo se unían a ella y se entregaban a los chismorreos durante el paseo. Ahora las otras mujeres decían que eran demasiado viejas para salir de casa, pues les daba miedo tropezar o que los niños de la aldea las tiraran al suelo.

Unos gritos y risas infantiles algo distantes atrajeron la atención de Tessia hacia el río, donde unas figuras menudas se arremolinaban en torno a la orilla extensa y llana del meandro, en la que ella jugaba de pequeña. Entonces oyó que alguien pronunciaba su nombre, y se volvió a tiempo para ver a un granjero de la localidad, que movió la cabeza a modo de saludo mientras se cruzaba con ella.

El hombre procedía de la casa de lord Dakon, que estaba a solo unas docenas de pasos de distancia de allí. Tessia enfiló el callejón que discurría junto a la Residencia, se acercó a la puerta lateral por la que había entrado con su padre el día anterior y llamó.

Cannia abrió la puerta. Tras sonreír a Tessia, la mujer escrutó el callejón con la mirada.

—Mi padre todavía está descansando —explicó Tessia—. Tengo que examinar al esclavo y volver para informarle de su estado.

Cannia asintió e hizo señas para que entrara.

—Le he llevado un poco de caldo esta mañana. He intentado darle de comer en la boca, pues no está en condiciones de alimentarse por sí mismo. No ha tomado más que unas cucharadas.

—O sea que está despierto.

—Ya lo creo, aunque me parece a mí que preferiría no estarlo.

—¿Podría usted u otra persona ayudarme mientras lo atiendo?

—Por supuesto. —Encendió una lámpara y se la dio a Tessia—. Adelántate y enviaré a alguien a que te ayude.

Tessia notó un leve cosquilleo en la piel mientras subía las escaleras hacia la habitación del esclavo. No podía evitar preguntarse dónde estaba el sachakano, y esperaba no toparse con él. Cuando llegó al cuarto del esclavo y no encontró en él más que a su paciente, suspiró aliviada.

El hombre clavó en ella sus pupilas dilatadas. Ella no alcanzaba a distinguir si su expresión era de miedo o de sorpresa. En ese momento cayó en la cuenta de que nadie le había dicho cómo se llamaba el esclavo.

—Te saludo de nuevo —dijo—. He venido a cambiarte los vendajes y a comprobar si estás sanando debidamente.

Por toda respuesta, él siguió mirándola con fijeza. Bueno, ella no podía esperar que hablara, pues tenía la mandíbula rota y la cabeza vendada de forma que no pudiera moverla. No participaría mucho en la conversación.

—Debe de dolerte mucho —prosiguió ella—. Puedo darte medicinas para calmar el dolor. ¿Te gustaría?

El hombre parpadeó y asintió.

Sonriente, Tessia rebuscó en la bolsa de su padre y extrajo un jarabe que Veran utilizaba con los niños. Al esclavo le costaría tragar, y un bebedizo de polvo disuelto en agua seguramente le dejaría partículas amargas en la boca si no conseguía bebérselo con facilidad. Ella tendría que rebajar el jarabe con un poco de agua, y administrárselo gota a gota a través de un sifón que le insertaría entre los labios.

Cuando el medicamento entró en la boca del hombre, este se puso muy rígido y luego tragó. En vez de relajarse de nuevo, miró a un punto situado detrás de Tessia, con los ojos desorbitados.

«Parece aterrorizado», pensó ella.

Una ligera corriente de aire le indicó que la puerta estaba abierta.

Retiró el sifón, retrocedió unos pasos y alzó la vista para ver quién era la persona que Cannia le había enviado. El hombre que le devolvió la mirada era alto, corpulento y llevaba ropa de aspecto exótico.

A Tessia el corazón se le heló de terror.

—Veo que has vuelto para echarle un vistazo a Hanara —comentó el sachakano con una sonrisa carente de gratitud auténtica—. Qué detalle por tu parte. ¿Sobrevivirá?

Ella tomó una bocanada de aire y de alguna manera consiguió que su voz resultara audible.

—No lo sé..., mi señor.

—Da igual si no sobrevive —le aseguró él en tono tranquilizador.

A Tessia no se le ocurrió nada que responder a esto, de modo que guardó silencio. «¿Dónde está el criado que Cannia ha dicho que enviaría? —se preguntó—. ¿Dónde está lord Dakon, a todo esto? Me extrañaría que dejara al sachakano deambular por la casa sin nadie que lo vigile...»

—Supongo que es un buen paciente con el que experimentar —añadió el sachakano, mirando a su esclavo—. Tal vez aprendas algo nuevo. —El esclavo rehuyó la mirada de su amo. El sachakano se volvió de nuevo hacia ella—. Que te diviertas.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Tessia soltó un suspiro de alivio y oyó otra exhalación que siguió a la suya. Miró al esclavo y le dedicó una sonrisa velada.

—Tu amo tiene un concepto extraño de la diversión —murmuró, y a continuación comenzó a cambiar los vendajes.

Mientras trabajaba, él no emitió sonido alguno; se limitaba a contener la respiración cuando ella retiraba las vendas que se habían pegado un poco a las heridas. Sus lesiones presentaban un aspecto sorprendentemente bueno; la inflamación era mínima, y no supuraban. Tessia las limpió todas a conciencia con un purificador y

sustituyó las vendas por otras nuevas.

Cuando al fin terminó, la visita del sachakano no era más que un recuerdo lejano y desagradable. Guardó el material en la bolsa de su padre y la recogió. Se detuvo ante la puerta y se despidió del esclavo con un gesto de la cabeza.

—Que descanses, Hanara.

Se formaron arrugas en torno a los ojos del hombre, lo más parecido a una sonrisa que pudo esbozar. Satisfecha con su trabajo, Tessia salió de la habitación y echó a andar por el pasillo en dirección a las escaleras de servicio, preguntándose si sus padres se habrían despertado ya.

—¿Has terminado, Tessia?

La voz, que salía de una de las puertas, hizo que el alma le cayera a los pies.

El sachakano. Ella se detuvo y al instante se maldijo a sí misma por haberlo hecho. De haber seguido caminando, podría haber fingido que no lo había oído, pero ahora sería una grosería no responder. Respiró hondo, retrocedió dos pasos y miró al interior de la habitación. Era un salón amueblado con sillones cómodos y mesitas sobre las que un invitado podía colocar una bebida o un libro. El sachakano estaba sentado en una silla grande de madera.

—Así es, maestro —contestó ella.

—Acércate —indicó él en voz baja, pero con el tono firme de un hombre que esperaba que lo obedecieran.

Con el corazón desbocado, Tessia se aproximó a la puerta. El sachakano sonrió y agitó la mano.

—Más cerca —dijo.

Ella entró en la habitación, se detuvo a unos pasos de él y se concentró en mantener el semblante lo más inexpresivo posible.

De detrás de ella le llegó el sonido de la puerta que se cerraba con fuerza. Se sobresaltó y el corazón le dio un vuelco. Entonces masculló una maldición, pues sabía que su rostro había delatado el miedo que sentía. «Espero que crea que solo ha sido por la sorpresa», se dijo. Al percatarse de que tenía la respiración agitada, intentó respirar más despacio.

El sachakano se levantó y se dirigió hacia ella, mirándola a los ojos en todo momento. Alguien le había dicho a Tessia alguna vez que sostener la mirada de un sachakano era una forma de demostrarle que uno se consideraba su igual. A menos que uno fuera un mago poderoso, era posible que el sachakano intentara demostrarle la gravedad de su error. Ella bajó la vista.

—Hay un asunto privado que quisiera tratar contigo —le dijo él en voz baja.

Ella asintió.

—Vuestro esclavo. Está...

—No. Me refiero a otra cosa. He estado observándote. Tienes cualidades muy especiales, para ser una kyaliana. Me he fijado en que aquí nadie sabe apreciar tu auténtica valía. ¿Estoy en lo cierto? Yo podría remediar eso.

Se colocó un poco más cerca de ella. Demasiado cerca. Ella retrocedió un paso. «¿A qué está jugando? —se preguntó—. ¿Se cree lo bastante poderoso para cambiar la forma en que vivimos aquí en Kyalia? ¿O es que piensa que me dejaría engañar por algo tan absurdo como la oferta de una vida mejor en Sachaka?»

—Si aquí no soy capaz de convencer a nadie de que puedo ser sanadora, la situación no será distinta en un sitio donde nadie me conozca —replicó ella.

Él guardó silencio por unos instantes y luego se rió.

—Oh, la capacidad de sanar a otros es solo una de tus cualidades. Las demás están aún más desaprovechadas. Fíjate en ti... —Se le acercó de nuevo, extendiendo el brazo, y le tocó un lado de la cara. Ella se apartó, estremeciéndose—. Qué huesos tan perfectos. Qué cabello tan lacio y brillante, qué tez tan pálida. Cuando llevaba poco tiempo aquí, las mujeres kyalianas me parecían feas, pero de vez en cuando veía alguna que me hacía cambiar de opinión. Como tú. Los hombres de aquí son tan bobos... —Había ido bajando la voz, al tiempo que su tono se tornaba más vehemente, y ella reculó, intentando eludir las manos que se alargaban hacia ella para tocarle el pelo... y ceñirle la cintura, como serpientes.

—¡Basta! —exclamó Tessia, dejando caer la bolsa y apartando las manos del sachakano.

Él se detuvo, con expresión sombría.

—Nadie quiere lo que tú tienes, muchacha. Así que a nadie le importará si te lo arrebato.

Algo empezó a apretarla desde todas direcciones. Ella miró alrededor, pero no vio señales de la fuerza que la oprimía. Una presión implacable en la espalda la empujó hacia delante, contra el sachakano, que soltó una carcajada.

—Lord Dakon —tosió ella— no os permitirá...

—No está aquí. ¿Y qué hará cuando se entere? ¿Castigarme? Para entonces ya estaré a medio camino de mi tierra. De todos modos, ¿cuántas personas quieres que se enteren?

Mientras él le tiraba de la parte delantera del vestido, ella intentó mover los brazos, pero una fuerza invisible los mantenía inmobilizados. Tampoco podía mover las piernas. No podía mover nada, ni siquiera la cabeza. Cuando abrió la boca para gritar, sintió que algo invisible la envolvía y forzaba sus mandíbulas a cerrarse. El rostro sonriente y lascivo del sachakano se acercaba, amenazador. A Tessia se le erizó el vello, y le palpitaba el cráneo como si estuviera a punto de estallar.

«¿Es que se ha metido en mi cabeza?» Cerró los ojos, se concentró en la sensación e intentó ahuyentarla.

«Suéltame suéltame suéltame ¡SUÉLTAME!»

De pronto, la fuerza que la sujetaba se disipó, y ella cayó hacia atrás. Al mismo tiempo, sintió que algo manaba de su interior. A un destello muy intenso bajo sus párpados siguió un fuerte estrépito.

Tessia sintió que su espalda chocaba contra el suelo. El impacto le dolió, y sus ojos se abrieron de repente. Se incorporó con dificultad y se quedó paralizada al contemplar el cuadro que tenía ante sus ojos. En un rincón de la habitación se alzaba una pila de muebles rotos. Las paredes estaban agrietadas. Vio unas marcas negras que se extendían de forma radial en torno a ella, y percibió un olor acre a humo.

Unos pasos rápidos resonaron en el pasillo, al otro lado de la puerta.

El sachakano se levantó de entre los restos destrozados del rincón. La miró con expresión ceñuda y luego bajó la vista hacia su propio cuerpo. Su ropa estaba tan chamuscada como las paredes, y las costuras y el bordado con cuentas, ennegrecidos. Tras intentar en vano quitarse las manchas con la mano, torció el gesto y soltó un gruñido.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente. Tessia dio un respingo cuando lord Dakon entró. Este se detuvo, y su mirada pasó de ella al sachakano y después al estropicio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en tono imperioso.

Sin decir una palabra, el sachakano sonrió, pasó por encima de una silla rota y salió de la habitación con aire resuelto.

Lord Dakon se volvió hacia ella. Sus ojos se posaron en su rostro y luego en su pecho. Al bajar la mirada, ella advirtió que llevaba la pechera del vestido desabrochada hasta la cintura, lo que dejaba al descubierto su nagua. Se levantó a toda prisa y le dio la espalda a lord Dakon para que no la viera mientras se abotonaba el vestido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él de nuevo, esta vez con más suavidad.

Tessia respiró hondo para responder, pero no le salían las palabras. «Vuestro invitado ha intentado forzarme», le dijo en silencio. Sin embargo, había descubierto que el sachakano tenía razón. Ella no quería que nadie más lo supiera, mientras existiera una posibilidad remota de que su madre se enterase. Como siempre decía su padre, era imposible guardar un secreto en aquella minúscula comunidad.

Además, no había ocurrido nada en realidad. «Bueno, nada parecido a lo que el sachakano parecía querer que ocurriera —pensó Tessia mientras echaba un vistazo a las paredes socarradas—. No tengo idea de por qué lo ha hecho.»

Se volvió hacia Dakon, sin mirarlo a los ojos.

—He... he sido un poco grosera. Él se ha ofendido. Lamento... lo del destrozo, lord Dakon. —Recogió la bolsa de su padre y se dispuso a marcharse, pero se detuvo para añadir—: El esclavo está sanando correctamente.

Lord Dakon la observó en silencio mientras pasaba junto a él y salía al pasillo. Aunque ella no se atrevió a escrutarle el rostro por miedo a que sus miradas se encontraran, había algo extraño en su expresión. Se alejó a paso veloz y bajó por la escalera de servicio. Cannia estaba en la puerta de la cocina. La mujer le dijo algo al pasar, pero Tessia no la oyó bien y no tenía ganas de detenerse.

La luz del atardecer era demasiado intensa. De pronto, Tessia no sintió nada más que un cansancio inmediato. Recorrió rápidamente el camino de vuelta a su casa, se quedó parada unos instantes frente a la puerta para armarse de valor y la abrió.

Sus padres estaban en la cocina. Alzaron la vista cuando ella entró. Su madre frunció el entrecejo, y le dio la impresión de que su padre contenía una sonrisa cuando ella dejó caer la bolsa a sus pies.

—El esclavo se está recuperando. Voy a echarme una siesta —les anunció, y antes de que ellos pudieran rechistar, salió de la cocina y subió la escalera apresuradamente.

Nadie la siguió. Oyó voces apagadas procedentes de la cocina, pero no hizo ningún esfuerzo para entender lo que decían. Entró en su habitación, se desplomó en la cama y, para su sorpresa, se le escapó un sollozo.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Voy a ponerme a llorar como una niña? —Se dio la vuelta y respiró hondo, luchando por contener las lágrimas—. No ha pasado nada.»

Sin embargo, algo podría haber pasado. Apartó esa posibilidad de su mente y se centró en el recuerdo de las paredes ennegrecidas. Algo más había sucedido; no lo que el sachakano pretendía. Algo impresionante y destructivo. Pero... ¿qué?

¿Magia?

De pronto, todo cobró sentido. Lord Dakon. Sin duda él había oído algo y había acudido en su ayuda.

«Pero él llegó después de que ocurriera...»

Lo que no significaba que no pudiera haber actuado desde dondequiera que estuviese. Esto explicaría la destrucción. El mago no habría dejado la habitación en aquel estado si hubiera podido ver hacia dónde dirigía su poder. Había obrado a ciegas.

«Estoy en deuda con él por haberlo hecho —pensó—. Ha roto un montón de objetos caros para salvarme. No me sorprende que me lanzara esa mirada tan extraña. Esperaba mi agradecimiento, y en cambio yo me marché a casa a toda prisa.»

Tras inspirar profundamente, exhaló despacio. Al menos había conseguido atender al esclavo primero. La próxima vez, no iría sola a la Residencia. Permanecería junto a su padre en todo momento mientras estuviera allí. Cerró los ojos, se rindió al agotamiento y se durmió.

Cuando el dolor remitió un poco, Hanara recuperó la capacidad de pensar, aunque con lentitud y dificultad debido a la droga que le había administrado la sanadora. Por otro lado, no estaba seguro de que el hecho de poder pensar supusiera una ventaja para él. Daba igual el rumbo que tomara su mente: siempre encontraba miedo y dolor.

Nunca le gustó mirar atrás. El pasado estaba repleto de malos recuerdos, y los buenos lo dejaban lleno de amargura. No resultaba fácil encontrar un pensamiento agradable que lo distrajera de su situación en aquellos momentos. Aunque no lo recorriera un dolor lacerante cada vez que se movía, no habría podido levantarse de la cama. Tenía los vendajes tan apretados que era como si estuviera atado y amordazado.

Cavilar sobre el futuro era aún más desagradable. La criada que le daba de comer le había dicho en su última visita que su amo se había marchado. Según ella, Takado se había ido, tras declarar que tenía la intención de regresar a su ciudad, en Sachaka.

Le había asegurado a Hanara que ahora estaba a salvo.

«No tiene la menor idea —pensó él—. Ninguno de estos kyalianos la tiene, salvo tal vez lord Dakon, el mago. Takado volverá. No le queda otro remedio.»

Los magos sachakanos nunca liberaban a los esclavos corrientes, y menos aún a los que utilizaban como fuente de energía. Jamás los dejaban en territorio enemigo. Al menos si seguían con vida.

«Cuando regrese, o me llevará consigo o me matará.»

Si para entonces Hanara no había sanado lo suficiente para resultar útil a Takado, la segunda opción era la más probable. Ningún mago sachakano estaría dispuesto a perder el tiempo curando las heridas de un esclavo, a esperar mientras este luchaba por sobrevivir o a mantener un esclavo demasiado débil o lisiado para servir a su amo debidamente.

«¿Se habrían esforzado tanto los sanadores si hubieran sabido que había una posibilidad de que sus desvelos fueran inútiles?»

Al acordarse de la joven, Hanara sintió una extraña opresión en su interior. Su tacto era delicado, y sus palabras amables. En su país no podía existir una persona así. Solo en Kyalia era concebible que una mujer de su edad estuviese libre de malicia y amargura.

Ella era como todas las cosas buenas que había visto en aquella tierra y que despertaban en él un hondo anhelo pese a que las despreciaba. Deseaba que Takado nunca hubiera visitado Kyalia. La sanadora era como aquel país: joven, libre, dichosamente ignorante de la suerte que tenía. Costaba imaginar que ella fuera capaz de defenderse del poder cruel de la magia sachakana, pero incluso su amo había reconocido que los kyalianos podían ser «irritantemente combativos» cuando los amenazaba un peligro.

«Takado. Seguro que vuelve.»

Si bien los esclavos valiosos como Hanara no abundaban, tampoco eran insustituibles. Takado realizaría una prueba a todos sus esclavos cuando llegara a casa, y sin duda encontraría alguno con la suficiente energía latente para convertirse en su nueva fuente principal de magia. Después de todo, en cuanto había descubierto el poder latente de Hanara, se había asegurado de que su esclavo fuente tuviera una prole numerosa.

«De todos modos, ¿qué más me da quién vaya a sustituirme? Cuando estás muerto, estás muerto —pensó—. Y si Takado encuentra otro esclavo fuente, será más probable que me mate cuando regrese aquí si no me he recuperado lo bastante o con la suficiente rapidez.»

Pero no podía evitar que eso ocurriera. Apenas podía moverse. No podía hacer otra cosa que yacer inmóvil, preguntándose, como había hecho durante toda su vida, si sobreviviría al día siguiente.

Las miniaturas eran asombrosas. Jayan las observó con detenimiento, pensando por qué no se había fijado en ellas antes. Los ojos diminutos de la mujer del retrato incluso estaban bordeados de pestañas, y Jayan se preguntó qué clase de pincel trazaba líneas tan finas. Se apreciaba un rubor sutil en la mejilla de la mujer. Era bastante bonita, decidió.

«¿De dónde habrá sacado tiempo lord Dakon para comprar obras de arte mientras agasajaba a Takado? ¿O es que esto ha estado aquí siempre y no me había dado cuenta hasta ahora?»

Empujó con el dedo uno de los cuadros, que se balanceó suavemente de un lado a otro en la pared. Debajo había una ligera sombra oscura allí donde la pintura no se había desvaído tanto como la zona expuesta en torno a la miniatura.

«Llevan años aquí —reflexionó—. Es como si me hubiera ausentado durante un tiempo. Estoy reparando en cosas a las que me había acostumbrado tanto que ya no las veía.»

Pero no había estado viajando por el país, sino encerrado en su habitación. Ahora, según Malia, el motivo de su reclusión había desaparecido. Takado, el mago sachakano, había recogido sus escasas pertenencias, había ordenado que ensillaran su caballo y acomodaran los fardos sobre su bestia de carga, y había partido.

Tan pronto como a Jayan le habían comunicado la noticia, había ido en busca de lord Dakon. Mientras recorría la casa, se percató de que los criados charlaban animadamente, lo que contribuyó a darle la impresión de que el lugar se había librado por fin de una fuerza opresiva. En una sala, vio que estaban guardando la vajilla

de plata en una vitrina ornamentada, frente a otra habitación de invitadas, se cruzó con varias doncellas que llevaban la ropa de cama a lavar.

Una de ellas señaló una puerta cerrada con un movimiento de la cabeza y formó con la boca la palabra «esclavo».

Jayan se había quedado mirando la puerta. De modo que todavía se cernía sobre la Residencia una sombra siniestra. Le había sorprendido enterarse de que el sachakano había dejado allí a aquel hombre. Quizá la información que Malia le había dado sobre la mejoría del esclavo era errónea.

Había reservado la planta de invitados para el final. Era posible que Malia estuviera equivocada respecto a la partida del sachakano. También era posible que Takado hubiera regresado a buscar algo que hubiese olvidado.

«No estaré del todo tranquilo hasta que Dakon confirme que Takado se ha ido de verdad y de forma definitiva.»

Un olor a quemado llegó hasta su nariz cuando avanzaba por el pasillo, lo que aumentó su ansiedad. Echó una ojeada por una puerta abierta... y se paró en seco.

—¿Qué...? —farfulló.

Un rincón de la habitación estaba hecho un caos. Había grietas en las paredes, y el suelo y los muebles estaban chamuscados. Se acercó al umbral y contempló aquel escenario de destrucción.

—¿Qué dirías tú que ocasionó esto?

Al reconocer la voz, Jayan se volvió hacia lord Dakon, que estaba sentado en un sillón de cara al estropicio, con la cabeza apoyada en una mano y el codo en el brazo del sillón. Parecía totalmente absorto en sus pensamientos.

Jayan advirtió que el lado de la habitación en que se encontraba el mago no había sufrido el menor daño. Se volvió para hacer un examen crítico de los desperfectos.

—Takado —respondió Jayan. Los destrozos debían de tener un origen mágico, y Dakon no le habría formulado aquella pregunta si los hubiera causado él.

—A mí también me lo pareció en un primer momento, pero no tiene sentido.

—¿No? Entonces, ¿no estabas aquí cuando sucedió?

—No. —Dakon se puso de pie y bajó la vista a la alfombra de la habitación. Tenía una esquina chamuscada. Se acercó a la zona quemada hasta pisarla y giró en redondo. A continuación, señaló un punto del suelo situado a pocos pasos—. Ponte allí.

Perplejo, Jayan obedeció.

—Ahí es donde estaba tumbada Tessia.

—¿Tessia? —preguntó Jayan—. ¿La hija del sanador? —Acto seguido, añadió—: ¿Tumbada?

—Sí. —Dakon reculó, mirando hacia atrás mientras pasaba por encima de una silla rota. Cuando estaba a punto de llegar al rincón más ennegrecido de la habitación, se detuvo—. Aquí es donde estaba Takado cuando yo llegué.

Jayan arqueó las cejas.

—¿Qué hacía Tessia en la habitación con Takado?

—Había venido a atender a Hanara.

—¿Hanara?

—El esclavo.

—¿El esclavo estaba aquí?

—No, unas puertas más adelante, en el cuarto de servicio.

—Entonces, ¿por qué estaba ella aquí, en el suelo? Y... ¿por qué estaba Takado aquí, con ella? —Jayan bajó la vista a sus pies, luego miró a lord Dakon y sintió que un escalofrío le erizaba la piel cuando se dio cuenta de la dirección en que apuntaban todas las marcas de quemaduras—. Ah.

Dakon sonrió y pasó de nuevo por encima de la silla.

—Sí. La respuesta a estas preguntas tal vez sea menos relevante que sus consecuencias. Fuera cual fuese el motivo por el que esos dos estaban aquí a solas, con la puerta cerrada, el resultado fue inesperado para ambos.

—Ella acabó tendida en el suelo y... —Jayan lanzó una mirada significativa por encima del hombro de Dakon—... la habitación acabó patas arriba. A juzgar por el aspecto que tiene esto, diría que ella no estaba muy a gusto en compañía de Takado.

«Lo que significa que Tessia usó magia —pensó—. Dudo mucho que...»

El mago suspiró.

—No podemos descartar la posibilidad de que el sachakano lo dispusiera todo de manera que sacáramos conclusiones precipitadas sobre ella. No se me ocurre ninguna razón para ello, excepto la de gastarnos una broma. Pero si no lo hizo él... —Se encogió de hombros y dejó la frase en el aire.

«Si no lo hizo él, eso significa que Tessia es una nata.»

Jayan miró fijamente a su maestro, intentando leer en su semblante qué sensación le producía aquel giro inesperado de los acontecimientos. Por ley, los magos de Kyalia estaban obligados a adiestrar a los natos, con independencia de quiénes fueran y de su posición social. Aunque Dakon no parecía consternado, tampoco parecía especialmente complacido. Más bien se le veía preocupado. Unas arrugas en las que Jayan nunca se había fijado le surcaban la frente y las comisuras de la boca. Esto molestó al aprendiz por razones que no guardaban relación alguna con el asunto que traían entre manos. Siempre se había sentido orgulloso y aliviado de que su maestro fuera lo bastante joven para seguir en activo en vez de... en fin, un viejo aburrido y dado a sermonear. Aunque Dakon era dieciocho años mayor que Jayan, tenía una mentalidad lo suficientemente juvenil para resultar interesante y a la vez poseía los conocimientos necesarios para ser un buen mentor. Jayan disfrutaba tanto con la compañía de Dakon como con sus clases.

«¿Y qué opino yo de que Tessia se una a nosotros?» Intentó imaginarse a sí mismo en el salón, manteniendo una conversación similar con una mujer —plebeya, por más señas—, pero no fue capaz.

Tessia no pertenecía a la misma clase social que Dakon, por lo que tal vez no participaría siempre en sus veladas. «No —decidió—. Recibirá sus lecciones por separado, pues serán tan elementales que no tendrá sentido que asista yo también. Pero le robará mucho tiempo a Dakon.» De pronto, Jayan cayó en la cuenta de que

aquel giro de los acontecimientos le disgustaba en muchos aspectos. Si Dakon tenía dos aprendices, se vería obligado a repartir su tiempo entre ambos. A menos que...

—No tienes por qué tomarla a tu servicio —dijo Jayan adoptando un tono tranquilizador—. Podrías enviársela a otra persona.

Dakon alzó la vista hacia Jayan y sonrió haciendo una mueca.

—¿Y alejarla de su familia? No, se quedará aquí —dijo con firmeza—. Aunque es posible que a su familia no le guste. Hay que darles la noticia con cierto tacto. Salta a la vista que su padre le profesa mucho cariño. Asustarla tendría consecuencias catastróficas. Sobre todo, no debemos infundirles grandes esperanzas para luego truncarlas. Tengo que realizarle una prueba para asegurarme de que es lo que parece.

Jayan asintió y apartó la mirada para disimular su contrariedad. «Supongo que si alguien de la aldea tiene que ser un nato, más vale que se trate de alguien que ya sabe leer y escribir.» Se acercó al sillón que había ocupado Dakon y se sentó.

—Me encantaría haberle visto la cara —comentó con una sonrisa.

—¿A Veran?

—No, a Takado.

Dakon soltó una risita y se dirigió hacia otro sillón ligeramente chamuscado.

—No estaba muy contento. No, parecía indignado.

Jayan sabía que los sachakanos detestaban a los natos. No encajaban en la estructura social de Sachaka, lo que por lo general suponía un mayor peligro para el nato que para el maestro. Aunque los poderes de una persona tenían que ser especialmente grandes para manifestarse por sí solos, ningún mago común, por muy poderoso que fuera, podía aspirar a igualar la fuerza de un mago superior, que habían absorbido y almacenado la energía de sus esclavos o aprendices en numerosas ocasiones. Sin embargo, era mucho más arriesgado tener como esclavo a un mago entrenado que a un latente que no hubiera recibido adiestramiento. Los natos sachakanos daban demasiados problemas y, por tanto, si no los mataba un mago, morían cuando finalmente perdían el control sobre sus poderes.

—Es una suerte que los pudiera descubrir a tiempo —añadió Dakon—. Me imagino que, de lo contrario, él la habría matado y esperado que yo le agradeciera el favor.

Jayan se estremeció.

—¿No temía exponerse a la energía incontrolada que liberaría Tessia al morir?

—Eso no ocurriría si él la despojaba antes de su energía. —Dakon suspiró—. Takado sabe que yo ya me habría ocupado de ella si hubiera dado muestras de poseer dotes innatas, así que podía suponer, sin temor a equivocarse, que su poder apenas empezaba a manifestarse y por lo tanto no era particularmente peligroso.

Jayan miró la pared ennegrecida y agrietada.

—¿Eso no es peligroso?

—Lo sería para un no-mago —convino Dakon—. Pero es más efectista que otra cosa. No hay mucha fuerza detrás, pues de lo contrario ella habría abierto un boquete en el muro.

—¿Qué estragos habría ocasionado si hubiera llegado al extremo de perder el control por completo?

—Hubiera arrasado la casa entera, tal vez la aldea. Los natos son normalmente más poderosos que el mago medio. Hay incluso quien sostiene que aquellos que nunca habríamos accedido a nuestro poder sin la ayuda de nuestros maestros no estábamos destinados a ser magos.

—La aldea entera. —Jayan tragó saliva al notar que la garganta se le había secado de golpe—. ¿Cuándo le realizarás la prueba?

Dakon exhaló un suspiro y se puso de pie.

—Cuanto antes, mejor. Le daré unas horas para que se recupere de la impresión por lo ocurrido, y luego haré una visita a su familia, seguramente después de la cena. Supongo que consideraría una negligencia por mi parte que no me presentara al menos para comprobar que se encuentre bien. —Se encaminó a la puerta con grandes zancadas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. —Dakon sonrió, agradecido—. Cuantos menos magos aterradores vea en su casa, mejor.

Acto seguido, dio media vuelta y echó a andar por el pasillo.

La casa en que vivía el sanador Veran con su familia era una de las tres que el padre de Dakon había mandado construir más de treinta años atrás con el fin de atraer a la aldea a profesionales preparados. Al contemplar el edificio sencillo pero sólido con ojo crítico, Dakon se alegró de ver que el exterior no presentaba señales de deterioro. Contaba con que los ocupantes lo avisaran cuando fuera necesario hacer reformas. A veces los aldeanos eran demasiado tímidos, orgullosos o incluso ignorantes para pedir que se realizaran obras y, como resultado, algunas de las casas no se encontraban en un estado de mantenimiento óptimo.

El padre de Dakon y el de Veran habían sido buenos amigos durante muchos años. Lord Yerven había conocido al inflexible sanador Berin en Imardin y había quedado tan impresionado que le había ofrecido un puesto en su señorío. Dakon había crecido sin tomar conciencia de que aquella amistad entre dos hombres de posiciones y edades distintas era poco común. Los doce años que se llevaban constituía la menor de las barreras, pues ambos eran hombres en edad madura, pero era raro que una relación estrecha entre un mago local y un subordinado durase tanto.

El padre de Dakon había muerto cinco años atrás, a la edad de setenta y siete, y Berin había fallecido menos de un año después. Aunque Yerven había tenido hijos en la madurez, y la diferencia de edad entre Dakon y Veran era menor que entre sus respectivos padres, nunca habían llegado a ser más que conocidos.

«Aunque no seamos amigos íntimos, nos respetamos mutuamente —pensó Dakon—. Por lo menos espero que sepa cuánto lo valoro. —Alzó la mano para llamar a la puerta, pero se detuvo de pronto—. ¿Debo contarle la causa que sospecho que impulsó a Tessia a utilizar la magia?»

»No —resolvió—. No puedo saber con certeza qué estaban haciendo Takado y ella, aunque dudo que Tessia lo haya propiciado o aceptado. Aun así, debo dejar que ella decida hasta qué punto deben enterarse los demás de lo sucedido. Además, puede que me equivoque. Es posible, aunque sumamente improbable, que ella lo haya abordado a él.»

Llamó, y al cabo de unos instantes la puerta se abrió. Al otro lado estaba Lasia, la madre de Tessia, que sostenía en alto una lámpara pequeña.

—Lord Dakon —dijo—. ¿Queréis pasar?

—Sí, gracias —respondió él.

Entró, echó un vistazo por una puerta abierta que tenía a su derecha y vio una cocina de aspecto acogedor con platos recién lavados sobre la mesa. La puerta situada enfrente estaba cerrada, pero por sus visitas anteriores Dakon sabía que al otro lado se encontraba el despacho de Veran. Berin daba el mismo uso a la habitación. Lasia dio unos golpecitos en la puerta y llamó a su marido en voz alta. Se oyó una respuesta apagada procedente del interior.

—Pasad al salón, lord Dakon —lo instó ella, guiándolo al fondo del corto pasillo, donde abrió otra puerta y retrocedió para dejarlo pasar.

El mago entró en una habitación pequeña que olía ligeramente a humedad y que contenía unas sillas viejas y unos arcones y mesas de madera maciza. Lasia entró tras él, le indicó que tomara asiento y encendió otra lámpara. Unas pisadas en el pasillo anunciaron la llegada de Veran.

—¿Está Tessia en casa? —preguntó Dakon.

Lasia asintió.

—Está dormida. He ido a verla antes de la cena, pero no se ha despertado. Es evidente que está agotada.

Dakon asintió. «¿Debo pedirle que la despierte? Si se lo digo a ellos cuando Tessia no esté, tendré que explicárselo todo a ella de nuevo.» Por otro lado, seguramente necesitaba dormir, después de una noche entera de trabajo y de las sorpresas del día.

—Tessia ha estado hoy en la Residencia —comenzó.

—Sí, lo sentimos mucho —lo interrumpió Lasia—. Debería haber esperado a su padre, pero estábamos durmiendo y supongo que ella creía que estaba haciéndole un favor a Veran. A veces me da la impresión de que no sabe comportarse como es debido o, peor aún, de que sí sabe pero prefiere...

—No me molesta en absoluto que haya acudido sola a la Residencia —le aseguró Dakon—. No es ese el motivo de mi visita.

Veran, que había posado la mano sobre el brazo de su esposa durante su arrebato, se volvió hacia Dakon con las cejas enarcadas.

—¿Es por el esclavo? ¿Ha empeorado su estado?

—No. —Dakon sacudió la cabeza—. Está despierto y ha conseguido comer un poco de caldo. Tessia ha dicho que estaba sanando bien. —Hizo una pausa—. Es de lo que ha ocurrido después de lo que quiero hablarles.

La pareja se miró y clavó la vista en Dakon, expectante.

—Cuando Tessia se dirigía a la salida de la Residencia, mi invitado la ha... sorprendido —prosiguió Dakon—. El sachakano. Creo que le ha dado un buen susto. Es posible que ella haya reaccionado de una forma extraordinaria.

Lasia abrió mucho los ojos. Veran frunció el entrecejo.

—¿A qué os referís?

—Creo que ha utilizado la magia.

El matrimonio se quedó un buen rato mirándolo, hasta que una sonrisa iluminó el rostro de Veran, cuando lo entendió todo. Lasia había palidecido, pero de pronto sus mejillas se tiñeron de un rojo brillante y sus ojos centellearon de emoción. Para entonces, Veran había borrado la sonrisa de su rostro y adoptado una expresión seria.

—No estáis seguro, ¿verdad? —preguntó.

Dakon negó con la cabeza.

—No. Cabe la posibilidad de que Takado nos haya hecho creer que ella ha usado magia, para gastarnos algún tipo de broma extraña. Pero es...

—¡Creía que lo habíais hecho vos! —Todos pegaron un brinco. Aquella voz, femenina y sorprendida, provenía del pasillo. Al volverse, vieron a Tessia allí, de pie, con la vista clavada en lord Dakon—. ¿De modo que ha sido él?

—¡Tessia! —exclamó Lasia—. Llama a lord Dakon por su nombre cuando te dirijas a él.

La joven se volvió hacia su madre por un instante y dedicó a Dakon una mirada de disculpa.

—Lo siento, lord Dakon.

—Disculpa aceptada —dijo con una risita—. De hecho, estoy aquí para esclarecer si tú has utilizado la magia esta mañana o no.

De repente, ella pareció sentirse incómoda.

—No he sido yo..., ¿verdad?

—Es posible. Lo sabremos con seguridad si te hago una prueba.

—¿Cómo... cómo se hace eso?

—Un mago nato sin formación no puede evitar que la magia se escurra de su mente. Seguramente puedo detectarla con una ligera búsqueda.

—¿Leyéndome la mente? —inquirió con los ojos desorbitados.

—No, no hay necesidad de que penetre en tu mente. Basta con que me quede a las puertas de tu mente y busque una fuga.

—¿Una fuga? —Veran miró a su hija—. Los magos empleáis términos interesantes, pero no especialmente tranquilizadores.

—No tienen por qué serlo en este caso —declaró Dakon—. Hay otra manera de saber si Tessia es capaz de hacer magia: aguardar a que la utilice de nuevo. Es muy probable que después haya que gastar mucho dinero en arreglos y en la redecoración del hogar, así que no lo recomiendo.

Tessia bajó la vista al suelo.

—Siento haberlo hecho..., si es que he sido yo.

—Nunca me gustaron los colores de esa habitación, de todos modos —dijo él, sonriendo—. El rosa era demasiado... naranja.

Ella no le devolvió la sonrisa, y Dakon advirtió que estaba demasiado nerviosa para encontrarle la gracia a la situación.

—Entonces... ¿qué tengo que hacer? —preguntó.

Él paseó la vista alrededor y, valiéndose de la magia, atrajo una de las sillas más pequeñas hasta colocarla frente a la suya. Veran se rió y dirigió a Dakon una mirada de complicidad. Aquel pequeño recordatorio de lo que Tessia podría llegar a hacer si colaboraba con el mago no le había pasado inadvertido.

—Estarás más cómoda si te sientas —la invitó Dakon, y Tessia obedeció—. Cierra los ojos e intenta apaciguar y calmar tu mente. Seguramente no te resultará fácil, pero debes intentarlo. Respirar despacio te ayudará.

Ella siguió sus recomendaciones. Consciente de que los padres de Tessia lo observaban, Dakon se llevó los dedos a las sienes y cerró los párpados. Proyectó la mente.

Tardó solo un momento en encontrar lo que buscaba. La magia fluía del interior de la joven, suavemente pero con débiles ráfagas ocasionales que parecían indicar la presencia de una energía más intensa. En realidad, el término «fuga» era adecuado para describir lo que percibía. No hacía referencia al goteo de un recipiente pequeño, sino al escape de agua a través de las grietas de una presa, grietas que alertaban de una rotura inminente, y de las inundaciones y la destrucción que el agua sembraría a su paso.

Soltó a Tessia y abrió los ojos. Los de ella se abrieron rápidamente y se posaron en él, expectantes. Como siempre, a Dakon le sorprendía que una simple persona, un ser humano, fuese capaz de contener tanta energía. Como todos los principiantes, no tenía conciencia de su potencial. Ni siquiera el aprendiz más instruido y ambicioso sabía apreciar de verdad las posibilidades ilimitadas que le ofrecía, ni las limitaciones inevitables que entrañaba.

—Sí, tienes dotes mágicas —la informó—. Muy grandes, por lo que he visto.

Sus padres soltaron el aire que habían estado aguantando, y entonces Lasia se puso a parlotear de forma incontenible.

—¿Quién lo iba a decir? ¡Vaya suerte! No podría haber ocurrido en mejor momento. No está preparada para el matrimonio, pobrecilla mía, y esto le dará tiempo para... Y menudos pretendientes tendrá ahora. ¡Oh! Pero ¿dentro de cuánto tiempo podrá casarse? Supongo que antes tiene que llegar a ser maga. ¿Qué...?

—¡Mamá! —estalló Tessia—. ¡Deja de hablar de mí como si no estuviera aquí!

Lasia se interrumpió y dio unas palmaditas en la mano a su hija, como disculpándose.

—Lo siento, cariño. Es que estoy muy emocionada por ti. Se acabó... —Miró a su marido—. Se acabó la idea absurda de que algún día serás sanadora.

Veran frunció el ceño y se volvió hacia Dakon.

—Imagino que Tessia tendrá que mudarse a la Residencia.

Dakon reflexionó y luego asintió con la cabeza.

—Sería lo más conveniente, sobre todo al principio, porque apenas controla su poder. Si estoy presente cuando ella lo utilice, puedo minimizar los daños.

—Por supuesto —dijo Veran—. Pero quisiera pedirlos un favor. Estaba acariciando la idea de tomar a mi servicio a un muchacho de la aldea. Ahora no me queda otro remedio, por lo visto. Sin embargo, me llevará un tiempo adiestrarlo para que llegue a tener la mitad de la destreza, el conocimiento y la experiencia que ha alcanzado Tessia. ¿Puedo pedirlosla prestada de vez en cuando?

—Desde luego —contestó Dakon con una sonrisa—. Después de los excelentes servicios que me ha proporcionado usted, no podría negarle lo que me pide.

—¿Es posible...? —empezó a preguntar Tessia, pero titubeó ante la mirada severa que le lanzó su madre. Dakon la alentó a continuar con un gesto. Ella suspiró—.

¿Es posible para un mago seguir estudiando y practicando la sanación?

—No, Tessia, no es... —comenzó su madre.

—Por supuesto —respondió Dakon—. La mayoría de los magos tiene intereses y proyectos personales. No obstante —agregó—, tu máxima prioridad en este

momento debe ser aprender a poder. Es lo que los magos llaman el precio de la magia. Debes aprender las técnicas de control, o tu magia acabará matándote. Y entonces no te destruirá únicamente a ti, sino también una buena parte de lo que te rodee. Dada la fuerza de tu poder, dudo que sea solo una habitación.

Tessia abrió mucho los ojos. Sus padres intercambiaron una mirada sombría. Ella tragó en seco y asintió.

—Entonces más vale que aprenda cuanto antes.

Dakon sonrió.

—Estoy seguro de que lo conseguirás, pero me temo que no tendrás muchas oportunidades de cultivar tus intereses o proyectos personales hasta que seas una maga de verdad, y por lo general eso requiere años de estudio.

Ella encorvó un poco la espalda, pero sus labios se apretaron en una sonrisa de determinación.

—Se me da bien estudiar —aseveró—. Y aprendo con rapidez. ¿Verdad que sí, padre?

Veran se rió.

—Eres bastante buena, pero creo que si supieras cuánto tiene que estudiar un alumno de nuevo ingreso en la universidad de sanadores, no estarías tan segura de ti misma. Ignoro si un aprendiz de mago debe trabajar tanto. —Dirigió a Dakon una mirada inquisitiva.

—Lo dudo —admitió Dakon—. Preferimos seguir un ritmo lento pero constante. Es esencial para asegurarnos de que el alumno haya entendido perfectamente cada lección antes de pasar a la siguiente. Un aprendizaje apresurado puede llevarnos a cometer errores, y los errores de los magos son habitualmente más espectaculares que los de los sanadores. Mi padre recurría a este razonamiento para explicar por qué los aprendices de magia beben mucho menos que los de sanación.

Veran desplegó una gran sonrisa.

—«Los sanadores se despiertan con dolor de cabeza», solía decir. «Los magos despertamos con dolor de cabeza, los dedos de los pies quemados y el techo en el suelo.»

—Madre mía —dijo Lasia, poniendo los ojos en blanco—. Ya empiezan. Son como sus padres.

Tessia miraba alternadamente a Dakon y a su padre, desconcertada. Dakon se puso serio. La chica seguramente seguía aturdida por la noticia de que iba a ser maga. Necesitaba tiempo para pensar en su futuro, y seguramente agradecería que le dejara pasar un tiempo con su familia antes de empezar su nueva vida.

—Bueno, ¿cuándo queréis llevaros a mi hija de mi lado? —preguntó Veran, cuyo pensamiento discurría obviamente por el mismo camino.

—¿Mañana? —propuso Dakon.

Veran se volvió hacia Lasia, que asintió.

—¿A alguna hora en particular?

—No. Cuando les venga bien a todos. —Dakon hizo una pausa—. Aunque creo que sería una buena excusa para celebrar un banquete. ¿Por qué no la llevan a la Residencia unas horas antes del anochecer? Tessia podrá instalarse en su nuevo hogar, y después podrán cenar con Jayan y conmigo.

Los ojos de Lasia brillaron cuando miró a Veran, ansiosa. El sanador hizo un gesto afirmativo.

—Sería un honor para nosotros.

Dakon se levantó.

—Entonces les dejo para que hagan sus preparativos. Debo comunicar a la servidumbre que a partir de mañana habrá una alumna nueva en la Residencia, y a Cannia le gusta que le avise con mucha antelación cuando tengo invitados para cenar. —Sonrió mientras los demás se levantaban—. Todo ha sucedido de forma inesperada, pero espero que haya sido también una sorpresa grata para todos. No se preocupen por el aprendizaje que Tessia debe llevar a cabo para controlar sus poderes. Forma parte del adiestramiento con el que empezamos todos, tanto si nuestros poderes se han desarrollado de manera natural o con la ayuda de otros. —Posó la vista en Tessia—. Dominarás la técnica enseñada.

Sentada en el alféizar, Tessia observó a su madre, que doblaba ropa con cuidado y la guardaba junto con muchas otras cosas en un baúl. El olor de la madera aromática y resinosa del arcón inundaba la habitación, y aunque no era desagradable, a Tessia le resultaba extraño, como si un desconocido hubiera invadido su espacio privado.

Su madre se enderezó para contemplar el resultado de su trabajo, y luego resopló y agitó las manos por algo que se le había ocurrido. Salió a toda prisa de la habitación sin dar explicaciones.

Tessia miró al exterior. El mundo relucía, bañado por el sol de la tarde, que arrancaba destellos a las gotitas que había dejado la lluvia reciente. Más abajo, el huerto parecía casi vacío, pero si aguzaba la vista, alcanzaba a ver la fina capa verde de brotes nuevos que cubría los bancales de cultivos de invierno, y las futuras plantas parecían alegrarse de estar empapadas.

Al oír unos pasos que subían por la escalera, Tessia se volvió hacia la puerta. Su padre sonrió y entró en la habitación. Ella reparó en las arrugas que le rodeaban los ojos y la boca, y en la ligera inclinación de su espalda. No era la primera vez que se fijaba en ello y, como siempre, una tristeza nostálgica se apoderó de ella. «Los años pasan. Pero no solo para él.»

Veran dirigió la mirada hacia el baúl.

—¿Crees que está todo listo?

Ella se encogió de hombros.

—Solo mamá podría responderte a eso.

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—Cierto. Pero ¿estás lista tú? ¿Te has hecho a la idea de convertirte en maga?

Con un suspiro, ella se levantó del alféizar y se acercó a la cama.

—Sí. No. No lo sé. ¿De verdad tengo que vivir en la Residencia?

Él la contempló en silencio por un momento antes de contestar.

—Sí. Si tu magia es tan peligrosa como dice lord Dakon, seguramente querrá alojarte en un lugar donde no supongas una amenaza para los demás. Le será más fácil protegernos a todos si te tiene cerca.

—Pero no regresaré a casa hasta que haya aprendido a controlarla —dijo ella.

Su padre la miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—No, creo que no. Tienes mucho que aprender.

—Podría seguir viviendo aquí e ir a tomar clases a la Residencia.

—Ahora eres aprendiz de mago —repuso otra voz. Tessia alzó la mirada y vio a su madre, que estaba de pie frente a la puerta de la habitación—. Lo más acorde con tu nueva posición social es que te mudes a la Residencia.

Tessia apartó la vista. Le daba igual la posición social, pero sabía que era inútil discutir. A otras personas sí les importaba esa cuestión, así que había que tenerla en cuenta. Por eso se dirigió de nuevo a su padre.

—Enviarás a alguien a buscarme si me necesitas, ¿verdad? No te lo pensarás dos veces por temor a interrumpir mis clases o algo así, ¿no?

—Claro que no —le aseguró él y sonrió—. Prometo que te mandaré llamar cuando te necesite, siempre y cuando confíes en mi criterio para decidir si te necesito de verdad o no.

—¡Papá! —protestó Tessia—. Ya no soy una niña.

—No, pero sé que encontrarás razones perfectamente adultas para considerar más prioritario el ayudar a la gente que el aprender magia. —Su expresión se tornó seria—. Hay otras maneras de ayudar a la aldea, Tessia, y la magia es una de ellas. Es más importante porque es poco común y porque vivimos muy cerca de la frontera. Tal vez un día salves a más gente de aquí defendiéndola que sanándola.

—Lo dudo —replicó ella con sarcasmo—. Los sachakanos no se tomarían la molestia de conquistar Kyralia de nuevo.

—No mientras haya magos poderosos protegiendo nuestras fronteras.

Tessia hizo una mueca.

—No creo que pueda llegar a ser una luchadora por mucho que entrene, padre. No tengo aptitudes para eso.

«Tengo aptitudes para sanar —deseaba añadir, pero, contrariamente a lo que habría imaginado, no estaba abatida por haber descubierto que debía convertirse en maga—. Tal vez sea porque eso no frustra del todo mis expectativas de llegar a ser sanadora —pensó—. Tan solo la aplaza. Lo único que tengo que hacer es aprender todo lo que necesito para convertirme en maga, y entonces seré libre para formarme como sanadora. Mucho más libre que antes, pues los magos pueden hacer lo que les plazca. Bueno, excepto infringir las leyes.»

Tal vez aprender magia le enseñaría otras formas de ayudar a la gente. Quizá la magia podía utilizarse para sanar. La diversidad de posibilidades la ilusionaba.

—No eres tú quien debe decidir qué es lo que se te da bien —la reprendió su madre—. Lo último que esperaba lord Dakon era tener que hacerse cargo de otra aprendiz. No debes malgastar su tiempo ni sus recursos, ¿me has oído?

—Sí, madre —respondió Tessia, sonriente.

Su padre se aclaró la garganta.

—¿Podemos bajar el baúl ya?

—No. —La expresión ceñuda de su madre desapareció—. Falta meter esto. —Sostenía en la mano una caja plana, del tamaño de un libro delgado. En vez de guardarla en el arcón, se la entregó a Tessia.

Al cogerlo, la joven, sorprendida, reconoció aquel objeto.

—¿Tu collar? ¿Por qué? ¿Para que lo ponga a buen recaudo?

—Para que lo luzcas —la corrigió su madre—. Pensaba dártelo cuando mostraras algún interés por atraer a un marido..., pero por lo visto tendré que esperar. Necesitarás llevar algún adorno ahora que vas a codearte con personas ricas e influyentes.

—Pero... es tuyo. Papá te lo regaló. —Se volvió hacia su padre y advirtió que él la miraba con aprobación, casi con engreimiento.

—Pues ahora es tuyo —dijo su madre con firmeza—. Además, yo estoy ridícula cuando me lo pongo. Casa mejor con un rostro más joven. —Cogió la caja de manos de Tessia, la colocó en el baúl y cerró la tapa.

Tessia abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo. Sabía que no ganaría esa discusión. Quizá en otro momento, cuando su madre estuviese de un humor más propicio, la dejaría devolverle el collar. Aquella idea de que necesitaría impresionar a las personas ricas e influyentes le parecía absurda. No había nadie en la aldea que reuniese esas cualidades excepto el propio lord Dakon.

De pronto la asaltó una sensación incómoda.

«Mamá no estará pensando... No puede ser... Es imposible que lo piense... La diferencia de edad es...»

Sin embargo, conocía a su madre demasiado bien.

«Es demasiado evidente para negarlo. —Cerró los ojos y maldijo para sus adentros—. Mi madre espera que me case con lord Dakon.»

—¡Pero qué elegante estás! —Al volverse, Jayan vio a Malia de pie junto a la puerta de su habitación. Ella miró su atuendo de arriba abajo y arqueó las cejas—.

¿O sea que eso es el último grito de la moda en Imardin?

Él se alisó la ropa, riendo por lo bajo. La túnica era tan larga que prácticamente llegaba al suelo y cubría casi por completo los pantalones a juego que llevaba debajo. Ambas prendas eran de color verde oscuro, y la tela fina con la que estaban confeccionadas brillaba ligeramente.

—Esto se lleva allí desde hace veinte años —le dijo a Malia—. Difícilmente puede considerarse el último grito.

—¿Lo llevan tanto hombres como mujeres?

—No, solo los hombres.

Ella consiguió que sus cejas se elevaran aún más.

—Entonces me encantaría ver lo que llevan las mujeres.

—No darías crédito a tus ojos. Y no me pidas que te lo describa. Tendría que aprender todo un nuevo vocabulario para ello.

Las cejas de Malia recuperaron al fin su altura normal cuando ella sonrió.

—Si no hubiera visto a lord Dakon con una ropa muy parecida, me habrían asaltado dudas sobre ti, aprendiz Jayan. No salgas a dar una vuelta por la aldea así vestido, o serás la comidilla de todos, desde aquí hasta las montañas. En cuanto a tus invitados..., han disimulado muy bien la sorpresa cuando han visto a lord Dakon.

—Tras una pausa, añadió—: Están todos en el comedor, por cierto.

«En otras palabras, “vas a llegar tarde”», pensó él.

—Estaba a punto de reunirme con ellos —dijo—, pero una criada entrometida me ha entretenido.

Ella puso los ojos en blanco antes de captar la indirecta y marcharse.

Jayan se miró, se colocó bien el fajín, dio unos tirones leves a la túnica para quitar algunas arrugas y la siguió por el pasillo, con la vista fija en la puerta del fondo. Aquella mañana, los criados habían abierto las ventanas de la habitación desocupada que había al otro lado, la habían limpiado, habían sacado unos muebles y llevado otros. Más tarde, Jayan había oído voces a través de la puerta cerrada de su dormitorio. No había salido a recibir a Tessia y a su familia. Tenían asuntos más inmediatos de los que ocuparse que conocer al aprendiz de Dakon. El otro aprendiz de Dakon.

Lo cierto era que Jayan no tenía ganas de salir a recibirlos. No sabía muy bien por qué. «No tengo nada personal contra Tessia o su familia. Tampoco me caen especialmente bien, ni me interesa ganarme su simpatía.» Había llegado a la conclusión de que era más importante que se consagrara al estudio que a ser sociable. Cuanto antes se convirtiera en mago, más tiempo tendría Dakon para dedicarle a Tessia.

Tampoco es que ella perteneciera a una familia destacada y poderosa con la que él quisiera entablar y mantener una relación amistosa. Ella no era la hija de un campesino ni de un artesano, gracias a Dios, pero tampoco una mujer con influencias ni contactos. Al convertirse en maga ascendería socialmente, pero nunca podría tratar de igual a igual a los otros magos.

«Por eso la situación es injusta para Dakon. Al adiestrarla a ella no conseguirá contactos ni ganarse favores, como cuando se hizo cargo de mi formación... En todo caso despertará en los demás cierto respeto hacia él por lo que podría parecer un acto de caridad, o bien compasión por tener que obedecer la ley sobre los natos.»

¿Sería la gente igual de comprensiva con Tessia? Sin el apoyo de una familia influyente o rica, le resultaría muy difícil conseguir que los hombres y mujeres poderosos de Kyralia la valorasen. Era poco probable que el rey o cualquier otra persona le asignara un cargo o tarea importante. Sin un trabajo bien retribuido, no podría hacer fortuna, por lo que no sería deseable como esposa y tampoco conseguiría un marido que gozara de influencia o riqueza.

Quizá, con el tiempo y con mucho esfuerzo, llegaría a tener algunos aliados y amigos, y demostraría poco a poco que era digna de recibir un salario decente. Entonces tal vez alguien se casaría con ella con la esperanza de que sus hijos heredaran su fuerza mágica.

Sin embargo, ninguna de las dos cosas sucedería si ella se quedaba en un sitio tan aislado como Mandryn.

De pronto, a Jayan se le ocurrió otra posibilidad. A lo largo de la historia se habían dado casos de aprendices que no habían llegado a ser magos superiores. Ella podía decidir permanecer al servicio de Dakon, proporcionándole energía mágica a cambio de un lugar donde vivir y posiblemente una pequeña suma con la que seguir subsistiendo tras la muerte del mago.

Jayan sintió una compasión inesperada hacia ella. La chica seguramente no tenía idea de adónde la conducirían sus dotes naturales. Acabaría aprisionada en un limbo social, atrapada entre las ventajas de la magia y sus inevitables limitaciones.

Bajó las escaleras y recorrió un pequeño trecho de un pasillo para llegar al comedor. Cuando entró, Jayan, divertido, comprobó que sentía un gran alivio al ver a lord Dakon con un atuendo muy similar al suyo. La túnica de Dakon era negra y de costura delicada. El mago estaba de pie con sus invitados. Alzó la vista y saludó a Jayan con un movimiento de la cabeza mientras terminaba de decirle algo a la familia de Veran.

El sanador Veran llevaba un jubón sencillo y pantalones típicos de los hombres del lugar, pero de una tela más fina. Su esposa —¿cómo se llamaba?— iba ataviada con un vestido azul marino liso que no acentuaba en modo alguno su femineidad. La indumentaria de Tessia era casi igual de fea, aunque el hecho de que fuera de un rojo oscuro más llamativo le daba un aspecto un poco menos austero. El collar de la joven, aunque modesto, también mitigaba en parte la impresión desfavorable que causaba su atuendo.

Dakon señaló a Jayan.

—Les presento a mi aprendiz, Jayan de Drayn. Jayan, ya conoces al sanador Veran. Esta es Lasia, su esposa. Y esta es Tessia, la nueva aprendiz, tu compañera.

Jayan hizo una ligera reverencia a modo de cortesía.

—Bienvenida, aprendiz Tessia —dijo—. Sanador Veran, Lassia... Es un placer contar con su compañía esta noche.

Dakon sonrió en señal de aprobación y acompañó a los invitados a sus asientos. Lasia y Tessia se sobresaltaron cuando de pronto sonó un gong instalado sobre una mesa lateral.

La sala no tardó en llenarse de criados que llevaban platos y cuencos, jarras y copas. La mesa quedó cubierta con una gran abundancia de alimentos. Dakon empuñó un par de cuchillos de trinchar y comenzó a cortar tajadas de carne para sus invitados.

Jayan advirtió que los sirvientes de la cocina habían hecho un buen trabajo. Dakon, al hundir el cuchillo en un rollo de piel asada y dorada, dejó al descubierto varias capas circulares de carnes y verduras diferentes. Cuando terminó, animó a sus invitados a servirse solos y luego se volvió hacia una enorme pierna de enka. La carne poco hecha rezumaba gotas de salsa oscura de marín. A continuación, cortó con destreza unos pasteles de raíces distintas dispuestas en capa de manera que aparecieran formas decorativas en los cortes, y unas cabas verdes rellenas de una mezcla espumosa de pan y huevo con hierbas.

«Qué costumbre tan extraña —reflexionó Jayan—. Me pregunto si la introdujeron los sachakanos, o si se originó en Kyralia en una época más antigua. Se supone que es una muestra de humildad por parte del anfitrión, pero sospecho que en realidad lo hace para lucir su habilidad con los cuchillos.»

En efecto, Dakon daba la impresión de haber adquirido mucha práctica, lo que resultaba sorprendente teniendo en cuenta que rara vez organizaba cenas formales. Al observar a su maestro con detenimiento, Jayan descubrió que en realidad el hombre disfrutaba con la tarea. Se preguntó si esa afición a trinchar cosas afloraría si alguna vez Dakon se veía envuelto en una pelea.

Dakon por fin terminó. Mientras comían, la conversación era escasa y se centraba en la calidad de los productos tanto locales como importados, el tiempo y otros temas generales. Jayan miraba a Tessia de vez en cuando. No era bonita, decidió, pero tampoco fea. Las mozas del señorío tendían a ser delgadas y de músculos duros por el trabajo, o bien de busto generoso y de amplias proporciones, como algunas de las criadas de la Residencia o las esposas de algunos artesanos. Tessia no era ni flaca ni curvilínea, por lo que alcanzaba a ver.

No hablaba; se limitaba a escuchar y observar a lord Dakon con curiosidad mal disimulada. El mago debió de reparar en ello, pues comenzó a hacerle preguntas directas.

—Si hay algo que alguno de ustedes desee saber —dijo cuando la cena tocaba a su fin—, ya sea sobre la magia, los magos o el aprendizaje, no duden en consultarme. Les responderé lo mejor que pueda.

El sanador y su familia intercambiaron miradas. Veran abrió la boca para hablar, pero acto seguido la cerró y posó la vista en Tessia.

—Creo que mi hija debe ser la primera en preguntar, pues es ella quien va a aprender magia.

Tessia sonrió débilmente a su padre y arrugó el entrecejo mientras ponía en orden sus pensamientos.

—¿En qué parte del cuerpo se genera la magia? —inquirió—. ¿Se almacena en el cerebro o en el corazón?

Dakon soltó una risita.

—Ah, es una pregunta que se hace con frecuencia pero para la que no hemos encontrado una respuesta adecuada. Creo que la fuente es el cerebro, si bien algunos están convencidos de que está en el corazón. Puesto que el cerebro genera pensamientos, y el corazón emociones, tiene más sentido que la magia provenga del cerebro. La magia está sujeta a las órdenes y el control de nuestra mente. Nos resulta prácticamente imposible controlar lo que sentimos, aunque sí podemos controlar el modo en que reaccionamos a nuestros sentimientos. Si la magia dependiera de las emociones, no tendríamos control alguno sobre ella.

Tessia se inclinó hacia delante.

—Entonces... ¿cómo genera magia el cuerpo?

—Es un misterio aún mayor —le dijo Dakon—. Algunos creen que es el resultado de la fricción causada por todos los ritmos del cuerpo: la sangre que palpita a través de las vías de pulso, la respiración a través de los pulmones.

Tessia frunció el ceño.

—¿Significa eso que las personas con dotes mágicas tenemos el pulso y la respiración más rápidos que los demás?

—No —respondió Veran, en lugar de Dakon—, pero como algunas sustancias crean fricción con más facilidad que otras, quizá la sangre de un mago sea en cierto modo distinta y tenga una mayor tendencia a crear fricción. —Se encogió de hombros—. Es una idea extraña, que nunca acabó de convencer a mi padre.

—Como la teoría de las estrellas —dijo Dakon, sonriendo.

—Esa le convencía menos todavía —convino Veran con una risita—. Lo que estuvo a punto de costarle la expulsión del Gremio de Sanadores.

—¿Por qué? —preguntó Jayan al caer en la cuenta de que todos compartían una sonrisa de complicidad. O bien dejar de ser miembro del Gremio de Sanadores no era una desgracia tan grande como creía, o había algo más detrás de aquella historia.

Dakon miró a Jayan.

—El sanador Berin declaró que los ritmos de las estrellas y las estaciones no tenían incidencia alguna en la salud, la enfermedad o la muerte, y que no eran más que una excusa útil para los sanadores incompetentes.

—Entiendo que eso pudiera molestar a unas cuantas personas —comentó Jayan.

—Así fue, y algunas de ellas le hicieron la vida imposible a Berin, hasta tal punto que cuando mi padre le ofreció un puesto aquí, lo aceptó gustoso.

—También tuvo que ver que fueran amigos —añadió Veran.

Lasia carraspeó.

—Hay algo que me gustaría saber.

Dakon se volvió hacia ella.

—¿De qué se trata?

—¿Hay alguna diferencia entre un mago nato y uno normal?

—Aparte del hecho de que el poder del nato se desarrolla espontáneamente y suele ser más grande que el del mago promedio, no hay ninguna diferencia. La aptitud de la mayoría de los magos se descubre cuando se les realiza una prueba a una edad temprana y luego se desarrolla con la ayuda de otro mago. Nunca sabremos si entre dichos magos hay algún nato, pues su poder no llega a desarrollarse sin ayuda. Para que las dotes mágicas se manifiesten sin la intervención de otra persona, deben ser muy fuertes, pero a la larga esa fuerza no resulta decisiva. La magia superior incrementa el poder innato de un mago, de modo que, al final, lo que determina la fuerza de un mago es el número de aprendices de los que ha absorbido energía y el número de veces que lo ha hecho, no su aptitud innata.

—¿O sea que normalmente no sabéis si una persona tiene aptitudes mágicas hasta que le hacéis una prueba? —preguntó Veran.

Dakon negó con la cabeza.

—Y la magia no distingue entre ricos y pobres, poderosos y humildes. Cualquier persona con la que se cruce en el camino puede ser un mago latente.

—Entonces, ¿por qué no los formáis? —quiso saber Lasia—. Sin duda si Kyralia contara con más magos, estaría en mejores condiciones para defenderse.

—¿Y quién los formaría? No hay bastantes magos para adiestrar a todos los latentes que hay entre los ricos, y menos aún entre los plebeyos.

—Además, tal vez no convendría adiestrarlos a todos —agregó Veran con expresión pensativa—. Estoy seguro de que tenéis en cuenta el carácter cuando elegís a un o una aprendiz, aunque proceda de una familia poderosa. —Miró por un instante a Tessia—. Cuando tenéis la posibilidad de elegir, claro.

—Tiene razón —dijo Dakon con una sonrisa—. Por fortuna, Tessia posee un carácter excelente, y estoy convencido de que será un placer instruírla.

Todas las miradas se posaron en Tessia. Jayan vio que se sonrojaba y bajaba la vista.

—No me cabe la menor duda —afirmó Lasia—. Ha ayudado mucho a su padre. —Se volvió hacia Dakon—. ¿En qué consiste exactamente ser una fuente para un mago?

Al observar a Dakon, Jayan vio que el buen humor se esfumaba de los ojos del mago, aunque él seguía sonriendo.

—No puedo darle detalles, por supuesto, pues la magia superior es un secreto que solo compartimos los magos. Sí puedo decirles que es un rito breve basado en la cooperación, en el que se transfiere magia del aprendiz al mago, que la almacena.

—¿Esta donación de energía es la única manera en que Tessia pagará por su formación?

—Sí, y como ya se imaginarán, es un pago más que suficiente. Para cuando un aprendiz está preparado para convertirse en mago, habrá proporcionado a su maestro muchos cientos de veces más energía de la que él tendría sin su ayuda. Naturalmente, por lo general no somos cientos de veces más fuertes para entonces, pues habremos gastado parte de esa energía durante ese tiempo, pero nos permite hacer muchas cosas.

—¿Por qué no tienen varios aprendices los magos? —inquirió Tessia—. Así dispondrían de aún más energía.

—Porque les llevaría todavía más tiempo entrenar a cada uno de ellos —respondió Dakon—. Los magos solo podemos dedicar un tiempo limitado a la enseñanza y tenemos la obligación de impartir a nuestros aprendices una formación completa y rigurosa. No olvides que la mayoría de nuestros aprendices procede de familias poderosas que pueden influir en que se nos concedan trabajos bien remunerados o en que se nos permita seguir siendo señores de nuestras tierras. Por lo general, nos interesa no disgustarlos. —Guardó silencio por unos instantes e hizo una mueca—. Además, creo que tener varios aprendices, por muy bien que los instruyera, me haría sentir como un mago sachakano, con una multitud de esclavos de los que abusar. —Se volvió hacia Jayan—. No, prefiero mil veces el método kyraliano, basado en el respeto y los beneficios mutuos.

Los demás asintieron en señal de que estaban de acuerdo. Dakon los miró a todos, uno tras otro.

—¿Alguna otra pregunta?

Tessia se removió en su asiento, lo que atrajo su atención.

—¿Sí? —dijo él.

Ella dirigió la mirada a su padre y se sonrojó de nuevo.

—¿Puede utilizarse la magia para sanar?

Dakon le sonrió con afabilidad.

—Solo como ayuda para realizar las tareas físicas que requiere la sanación. Puede emplearse para sujetar, calentar o cauterizar, para contener el flujo de sangre sin necesidad de un torniquete, y he oído que incluso se ha utilizado para provocar una sacudida en un corazón parado a fin de que vuelva a latir. Pero no puede ayudar al organismo a sanar directamente. Eso es algo que el cuerpo debe hacer por sí solo.

Tessia asintió, y a Jayan le pareció percibir desilusión en sus ojos. «Me sorprende que siga interesada en la sanación, ahora que va a aprender magia.»

—Por otro lado, tal vez es posible y simplemente no hemos encontrado aún la manera —añadió Dakon. Tessia lo contempló con expresión meditabunda—. Creo que nunca deberíamos dejar de intentarlo.

Jayan miró a Dakon, sorprendido. «No puedo creer que le esté dando alas. ¿Qué sentido tiene que lo haga?»

Advirtió que los hombros de Tessia se relajaban y ella le dedicaba una sonrisa de gratitud a Dakon. Entonces se le ocurrió a Jayan que quizá Dakon solo pretendiera facilitar la transición a Tessia con la promesa de que encontraría algo familiar en el mundo extraño en el que iba a adentrarse; algo que la interesara.

Pero seguramente no había necesidad de ello. Sin duda ella estaba tan emocionada por iniciarse en la magia como cualquier aprendiz nuevo. La idea de que quizá no lo estuviera hizo que lo recorriera una ligera oleada de rabia. «Eso sería una muestra de ingratitud increíble, tanto hacia la naturaleza, que le ha brindado esta oportunidad, como a lord Dakon, que la ha tomado bajo su protección. —Al darse cuenta de que tenía el entrecejo fruncido, se apresuró a relajar el rostro—. En cuanto ella empiece a usar la magia y descubra lo maravillosa que es, se olvidará enseguida de su vida anterior. La sanación no es en absoluto comparable.»

Unos árboles de altura descomunal rodeaban a Hanara. Él alzó la mirada. Los troncos rectos y delgados se mecían, lentos y majestuosos, a causa de los

vientos que soplaban muy por encima de sus cabezas. Un grito de alerta. Uno de ellos se estaba viniendo abajo. Alguien soltó un alarido cuando, tras romper varias ramas de árboles vecinos, se estrelló contra el suelo del bosque, entre astillas que salían despedidas de los tajos de las hachas, que no habían atravesado el tronco por completo. Los gritos seguían sonando. Él se acercó corriendo. Cuando apartó unas ramas, lo vio. Un esclavo —su amigo—, inmovilizado en el suelo, con las piernas aplastadas. Haciendo caso omiso del hombre herido y de sus aullidos de dolor, los otros esclavos pusieron manos a la obra y comenzaron a cortar.

Hanara despertó sobresaltado. Se quedó parpadeando en la oscuridad por un momento. Notó un olor extraño en el aire.

«Kyalia —recordó—. Estoy en Kyalia, en casa de un mago. Debo sanar deprisa para que Takado no me mate cuando regrese.» Cerró los ojos.

Estaba desbastando y dando forma a la madera. Le encantaba cómo la capa superficial se desprendía bajo la cuchilla. Cuando uno llegaba a comprender la veta de la madera, el modo en que se resistía a ciertos cortes y aceptaba otros, la tarea resultaba sencilla. Toda la información que uno necesitaba estaba ahí, escrita en la vena. Suponía que leer era algo parecido.

Oyó que el maestro carpintero se aproximaba por detrás para observar. Aunque no alcanzaba a ver al hombre, Hanara sabía que era él. Si se paraba a mirar, el maestro lo azotaría, así que siguió trabajando. Tal vez si Hanara le demostraba que sabía leer la madera, el hombre le enseñaría a realizar las labores decorativas en la mansión y él podría dejar de construir empalizadas para el alojamiento de los esclavos.

Unos cortes más, y la estaca estuvo terminada. Era perfecta, demasiado buena para una simple cerca para esclavos. Se volvió para mostrársela al maestro carpintero.

No era el maestro carpintero quien estaba detrás de él, sino el ashaki Takado. Hanara se quedó paralizado, con el corazón latiéndole a toda velocidad, hasta que se desplomó en el suelo. El mago, propietario de la casa y de los esclavos, del bosque y de los campos, se acercó, ordenó a Hanara que se pusiera de pie y lo miró fijamente a la cara. Hanara bajó la vista. El mago lo agarró de la barbilla y se la levantó, con los ojos clavados en él. Sin embargo, no dirigía la mirada hacia sus ojos, sino más allá, a su interior. Los ojos de Takado relampaguearon.

Entonces el mago se marchó. A Hanara le quitaron la estaca de la mano y se lo llevaron del patio de los esclavos. Le dolían los brazos. El mundo daba vueltas a su alrededor. Al bajar la vista, vio que tenía innumerables cicatrices y cortes sangrantes entrecruzados en la piel. Takado se alzaba amenazador ante él, riéndose.

—¿Eres un buen esclavo? —preguntó—. ¿Lo eres? —Levantó el brazo, con un arma brillante y curva en la mano...

Hanara despertó bruscamente de nuevo, pero esta vez agarrotado de dolor y con la respiración agitada. «Kyalia. La casa de un mago. Duele. Debo sanar antes de que Takado...» Oyó voces, y un escalofrío le bajó por la espalda. Las voces se acercaron y se detuvieron al otro lado de la puerta.

Intentó respirar hondo y despacio, y obligar a su corazón a latir a un ritmo normal. El corazón se negó.

La puerta se abrió con un chirrido, y la luz del exterior entró a raudales. Hanara reconoció al sanador, a la joven que lo había ayudado y a lord Dakon. Se tendió en la cama, aliviado.

—Siento haberte despertado, Hanara —dijo el sanador—. Ya que estaba aquí, he pensado en venir a echarte un vistazo. ¿Cómo te encuentras?

Hanara se fijó en los rostros expectantes, y respondió de mala gana, con la voz ronca.

—Mejor.

El sanador asintió. Su hija sonrió. Al ver la calidez de su mirada, Hanara sintió que se le encogía el corazón de nuevo. Ella le recordaba en cierto modo a un niño esclavo recién nacido, vulnerable e ignorante. Pero cuando contemplaba a un niño esclavo, también sentía compasión y tristeza. Sabía que tendría que hacer frente a muchas dificultades y sinsabores, y esperaba que tuviera la fuerza y la suerte suficientes para poder alcanzar algo parecido a una larga-vida.

Hanara no tenía la sensación de haber llegado aún a la largavida. Según los esclavos, era un estado en que uno estaba satisfecho con los años que había vivido; en que uno no se sentía estafado si se enteraba de que su muerte estaba próxima. En estos casos, aunque uno no hubiera llevado una existencia fácil o feliz, sentía que había vivido bastante, o bien que por haber existido había dejado huella en el mundo, aunque fuera pequeña.

Había conocido a esclavos que aseguraban haber alcanzado ese estado antes de los veinte años, y ancianos que aún no creían haber llegado a él. Unos decían que el momento clave se había producido cuando habían engendrado o tenido un hijo. Otros afirmaban que les había ocurrido después de completar la mejor obra de su vida con madera. Él solo había ayudado a otros esclavos en asuntos de poca importancia, lo que no le proporcionaba una satisfacción muy profunda. Trabajar al servicio de Takado seguramente era su único medio de alcanzar la sensación de largavida. Irónicamente, también era probable que le costara la vida antes de que se le presentara la oportunidad.

¿Y qué posibilidades tenía ahora que estaba atrapado en Kyalia?

Mientras el sanador toqueteaba y clavaba los dedos a Hanara, lo asediaba a preguntas. Hanara hablaba lo menos posible. Aunque todas las preguntas eran relativas a sus heridas y su salud, él temía revelar algo que no debiera. Takado le había advertido al respecto antes de que viajaran a Kyalia.

Finalmente, el sanador se dirigió al mago.

—Está sanando con rapidez. Mejor de lo que esperaba. Ya no me cabe duda de que se recuperará. Es algo extraordinario.

El mago apretó los labios en una sonrisa sardónica.

—Hanara era el esclavo fuente de Takado. Aunque no es capaz de utilizar su magia, esta le proporciona la misma capacidad de sanación rápida y recuperación de las que gozan todos los magos.

—Un hombre con suerte —comentó el sanador.

—Entonces, ¿esta sanación es automática? —preguntó la joven—. ¿Inconsciente?

El mago le sonrió.

—Sí. Tú también posees este don. ¿No es verdad que siempre has sanado deprisa y que rara vez has caído enferma?

Ella se quedó callada por un momento al oír esto, como si nunca antes hubiera pensado en ello, y a continuación hizo un gesto de afirmación.

—Entonces, si encontráramos una manera de sanar conscientemente, ¿podríamos aplicarla a otros?

—Tal vez —respondió Dakon—. Más de un mago debe de haberlo intentado antes, sin éxito, así que dudo que sea fácil, suponiendo que sea posible.

Ella posó la vista en Hanara. El esclavo vio con claridad que estaba más centrada en los pensamientos estimulados por aquella conversación que en él. Al seguir la dirección de su mirada, el mago topó con los ojos de Hanara.

—Todo apunta a que pronto estarás totalmente curado, Hanara —señaló—. Takado me dijo que si te restablecías, yo podía hacer lo que quisiera contigo. La esclavitud está prohibida aquí, lo que significa que dejarás de ser un esclavo. —Sonrió—. Eres libre.

Un escalofrío recorrió a Hanara. ¿Libre? ¿De verdad podría quedarse allí, en aquel país de ensueño, de gente amable? ¿Le darían dinero a cambio de su trabajo, y le dejarían decidir en qué gastarlo? ¿Podría viajar, aprender a leer, forjar lazos con otras personas..., tener amigos, una esposa que no se mostrara indiferente con él, hijos a quienes pudiera inculcar valores positivos, intentando protegerlos de...?

No. Un pensamiento sobrecogedor lo hizo volver a la realidad. «Takado solo le dijo a lord Dakon que hiciese lo que quisiera conmigo porque si le hubiera revelado que regresaría por mí, lord Dakon tal vez habría intentado esconderme.»

Aún podía hacerlo, si Hanara le explicaba la verdad.

«No lo haría a conciencia, porque no conoce bien a Takado. A Takado le encanta la caza. Seguirá mi rastro. Me encontrará. Me leerá la mente y descubrirá que intenté huir de él. Entonces me matará. No. Prefiero aguardar a que vuelva.»

Y mientras tanto disfrutar de la libertad. Sin embargo, al pensar esto se le hizo otro nudo en el estómago.

«¿O espera que yo regrese a casa en cuanto esté en condiciones de hacerlo? ¿Piensa venir a buscarme solo si no regreso? ¿Me castigará únicamente si me quedo aquí?»

Entonces las visitas se marcharon. Hanara los observó alejarse, envidiándolos por su libertad, y a la vez despreciándolos por su ignorancia. No sabían nada. Eran unos necios. Takado volvería.

A la mañana siguiente, después de abrir los ojos, Tessia se pasó un rato largo tumbada en la cama, contemplando la habitación en que había dormido.

Le costaba creer que fuera suya.

Las paredes estaban pintadas del color del cielo de verano. Un postigo de madera de noche cubría la enorme ventana. Los arcones, los armarios, el escritorio, la silla y la cama eran de la misma madera poco común y cara. El cubrecama, acolchado, estaba confeccionado con la tela más suave que ella jamás había tocado, y el colchón era ligeramente mullido y de superficie regular.

Había cuadros enmarcados en las paredes. Todos eran paisajes, y ella los reconoció casi todos, pues representaban lugares de la zona. Había un jarrón pequeño con hierbas del campo cuyo aroma vivificante perfumaba el aire.

El hogar era tan grande como el de la cocina de su casa.

«Ahora, esta es mi casa. —Que tuviera que recordárselo a sí misma le pareció terriblemente previsible, pero increíble a la vez—. Seguro que tendré que repetírmelo muchas, muchas mañanas más antes de que empiece a sentirme como en casa aquí.»

Se incorporó en la cama. Nadie le había explicado cuál sería su rutina ni qué debía esperar. Lord Dakon ni siquiera le había dicho cuándo debía presentarse para su primera clase.

Como no estaba acostumbrada a holgazanear en la cama, se levantó y se paseó por la habitación en camisón, examinó la decoración y sacó algunas de sus pertenencias de su baúl. Uno de los arcones de la habitación contenía libros, una carpeta de pergamino y utensilios de escritura. Entre los volúmenes había libros de historia, textos de magia e incluso algunas de las novelas que servían como distracción y que su padre le había descrito alguna vez.

Veran no tenía muy buena opinión de este tipo de libros. Ella nunca había leído uno, así que abrió el primero y comenzó a leer.

Cuando oyó los golpes en la puerta, se percató de que ya iba por la cuarta parte del libro. Si bien era tan frívolo como su padre le había dicho, estaba disfrutándolo. Aunque las aventuras de los personajes eran inverosímiles, la descripción detallada de la vida en la ciudad de Imardin le pareció fascinante. El bienestar de aquellos hombres y mujeres no dependía del éxito de la cosecha o de la salud del ganado, sino de alianzas provechosas con hombres y mujeres honorables, del favor del rey y de un buen matrimonio.

Tras guardar el libro en el arcón, Tessia se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. La entreabrió lo justo para ver quién estaba al otro lado. Una doncella joven de busto voluminoso le sonrió y entró en la habitación cuando Tessia abrió la puerta del todo.

—Que tenga usted buenos días, aprendiz Tessia —la saludó—. Me llamo Malia. Llevo unos cuantos años cuidando de su nuevo amigo, el del otro extremo del pasillo, así que conozco bien las costumbres y necesidades de los aprendices jóvenes. Le traigo agua para su aseo. —Malia llevaba una jarra grande en una mano y una jofaina ancha en la otra, además de un lío de ropa sujeto bajo el brazo. Lo depositó todo encima de uno de los arcones—. Enseguida le traigo el desayuno —continuó—. ¿Desea usted algo en especial?

—¿Qué hay habitualmente?

Tessia eligió algo sencillo de una larga lista de alimentos, algunos de los cuales no había oído nunca que se comieran a primera hora de la mañana, y la doncella se marchó. Tessia se lavó, se vistió y a continuación se peinó y se trenzó el cabello.

—Lord Dakon la recibirá en la biblioteca cuando haya terminado —le informó Malia cuando volvió con una bandeja cargada de comida—. No hay prisa. Se pasa las mañanas ahí, leyendo.

Al pensar en esa reunión inminente, tal vez su primera clase, Tessia perdió el apetito, pero se obligó a comer lo que la doncella le había llevado, pues sabía que de lo contrario se sentiría culpable por desperdiciarlo. Cogió la bandeja y, cuando salió con ella de la habitación, se topó con Malia en el pasillo.

—Oh, debería haberla dejado ahí —exclamó la doncella—. Llevarla abajo es mi obligación. —Cogió la bandeja de manos de Tessia.

—¿Dónde está...? —empezó a decir esta.

—Baje las escaleras hasta la planta principal, y gire a la derecha —respondió Malia—. No tiene pérdida.

Tessia siguió las instrucciones de la criada, llegó frente a una puerta abierta y se quedó atónita. Al otro lado había una estancia el doble de grande que el comedor de la Residencia, que era casi del mismo tamaño que la casa entera de su padre. Las paredes de la estancia estaban recubiertas de estanterías atestadas de libros. Lord Dakon estaba sentado en un sillón grande y acolchado, pasando la mirada por las páginas de un pesado tomo encuadernado en piel. Alzó la vista hacia ella y sonrió.

—Buenos días, Tessia —dijo—. Pasa. Esta es mi biblioteca.

—Ya lo veo, lord Dakon —murmuró ella, recorriendo la habitación con la vista mientras entraba.

—He pensado que podríamos empezar hoy con tus ejercicios de control —dijo él—. Cuanto antes alcances ese control, antes podremos evitar otras manifestaciones de magia no deseadas, y concentrarnos en asuntos más interesantes. Trabajaremos por las mañanas, y te daré libros para que leas por las tardes.

Ella se sintió como si tuviera mariposas en el estómago.

—Sí, lord Dakon.

Él señaló con un movimiento de la cabeza el sillón más próximo al suyo.

—Toma asiento. Aprender siempre resulta más fácil cuando uno está cómodo y relajado. —Hizo una pausa—. Bueno, lo más relajado que uno puede estar cuando

se enfrenta a algo nuevo y extraño.

Ella se acercó al sillón, se sentó y respiró hondo para tranquilizarse. Lord Dakon dejó su libro a un lado y la miró, pensativo.

—Nunca he instruido a un nato —le confesó—, pero nada de lo que he leído u oído indica que deba impartir las clases de forma distinta, lo que me lleva a pensar que si nos encontramos con algo fuera de lo normal, será un obstáculo pequeño y fácil de superar. ¿Estás lista?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. No sé qué significa estar listo cuando se trata de la magia. Pero digamos que no me siento «no-lista».

—Me conformo con eso —dijo él con una risita—. Y ahora, reclínate en tu asiento, cierra los ojos y respira despacio.

Ella siguió sus indicaciones. El ancho respaldo del sillón estaba ligeramente inclinado hacia atrás, lo que invitaba a recostarse en él. Apoyó las manos en los brazos del sillón, y los pies en el suelo.

—Deja vagar tus pensamientos —murmuró Dakon—. No estés demasiado ansiosa por que la lección salga bien. Ocurrirá cuando llegue el momento oportuno. Dentro de una, dos o tal vez tres semanas, y entonces estarás preparada para aprender a utilizar la magia. —Siguió hablando, con voz suave y pausada—. Ahora voy a poner la mano sobre la tuya. Esto permitirá que mi mente se comunique con la tuya con menos esfuerzo.

Ella notó que unos dedos se posaban encima de los suyos. No estaban fríos ni calientes, y el contacto no era demasiado firme ni demasiado leve. Era una sensación un poco extraña e íntima que el mago del señorío le tocara la mano de ese modo. Por un momento, el recuerdo fugaz de un rostro sachakano de mirada lasciva le vino a la mente. Ella lo arrinconó, irritada. «Esto no tiene nada que ver. Lord Dakon no es en absoluto como Takado.»

Entonces se acordó de su sospecha de que su madre pretendía casarla con lord Dakon. Le parecía inconcebible que él pudiera considerarla una esposa potencial. Sin duda preferiría desposarse con alguien más importante que con una plebeya como ella. Tampoco poseía una belleza que compensara su baja posición social. Daba igual lo que pensara su madre; ella no intentaría seducir al mago. Para empezar, no tenía idea de cómo. Y, lo que era aún más importante, ni siquiera sabía si..

—Piensa en lo que ves —le pidió Dakon en un tono sereno—. No ves nada, ¿verdad? No hay más que oscuridad detrás de tus párpados. Imagina que estás en un sitio sin paredes, suelo o techo. Aunque esté oscuro, es un lugar cómodo. Tú estás de pie dentro de él.

Entonces ella notó algo. Una sensación que no era física. Una intuición de una personalidad..., de la personalidad de lord Dakon. Le infundía tranquilidad y aliento, pero no irradiaba el menor interés romántico. A Tessia le sorprendió el alivio que sintió. No necesitaba distracciones de ese tipo cuando estaba intentando aprender algo tan importante.

—Estoy detrás de ti. Vuélvete.

No estaba segura de si ella había dado media vuelta o de si aquel lugar oscuro en su imaginación había girado a su alrededor, pero lord Dakon estaba allí, a unos pasos de distancia. La imagen era borrosa, hasta que Tessia fijó la vista en él: su rostro, sus pies, sus manos. Su sonrisa.

Bien hecho, Tessia.

Ella comprendió que lord Dakon le había hablado a través de la mente. ¿Podría responderle de la misma manera?

¿Lord Dakon?

Sí. Lo estás haciendo bien.

Oh, bueno. ¿Y ahora qué?

¿Ves lo que llevo? Es una caja.

Levantó los brazos, y Tessia vio que sostenía algo entre las manos. Cuando pronunció la palabra «caja», el objeto adquirió de inmediato la forma de un pequeño cofre de madera de noche con cantoneras y cierre de oro.

Sí.

Esto contiene mi magia. Si quieres utilizarla, abriré la caja. El resto del tiempo la mantendré cerrada. Tú también tienes una caja. Mira tus manos y deja que la caja cobre forma.

Al bajar la mirada, ella advirtió que podía verse las manos. Las colocó con la palma hacia arriba y pensó en la palabra «caja».

Un estuche delgado y plano apareció. Era viejo y sin adornos, y estaba un poco polvoriento. Era idéntico a la caja en que su madre guardaba su collar.

Ábrelo, le indicó Dakon.

Ella abrió el cierre y levantó la tapa. Dentro estaba el collar, que relucía débilmente bajo la luz mortecina. Por algún motivo, esto le causó una honda decepción. Alzó la vista hacia él, desconcertada.

¿El collar de mi madre es mi magia?

El mago frunció el ceño.

Lo dudo, dijo él lentamente. Lo más probable es que el recuerdo de esta caja esté fresco en tu memoria. Déjalo atrás. Intentémoslo de nuevo.

Ella obedeció, depositando la caja en el suelo invisible, detrás de sí. Se enderezó y bajó de nuevo la mirada hacia sus manos.

Intenta imaginar una caja digna de la magia. De tu magia.

La magia era especial. Traía consigo poder e influencia. Y fortuna. Era magnífica. Una caja grande se materializó. Era toda ella de oro y despedía un brillo intenso. Las paredes eran gruesas, y su peso, considerable. Ella miró a Dakon, que parecía divertido.

Mejor. Dudo que ninguno de nosotros confunda eso con algo que no sea una caja de magia, aseveró. Y ahora, ábrela.

Temblando de expectación y temor, descorrió el pestillo de la tapa. ¿Qué encontraría dentro? ¿Energía? Una energía descontrolada, con toda seguridad. Cuando la tapa se levantó sobre sus bisagras, una luz blanca deslumbrante castigó sus ojos.

Era demasiado fuerte. Tessia sintió que una fuerza se derramaba, haciendo que la caja se le cayera de las manos. Un estrépito hizo que cobrara conciencia bruscamente de su entorno real, y ella abrió los ojos. Parpadeó mientras buscaba con la vista el origen del ruido. Entonces vio los trozos de vidrio que cubrían una mesa cercana.

—Oh.
Lord Dakon se removió, abrió los párpados y dirigió la mirada hacia el objeto roto, fuera lo que fuese.

—Lo siento —dijo ella.

Él arrugó el entrecejo.

—Creo que tal vez deberíamos dar estas clases en un lugar menos... delicado.

—Lo siento mucho —repitió ella.

—No te disculpes —dijo él con firmeza—. Debería haber pensado que existía la posibilidad de que se desatara magia mal dirigida. Supongo que lo pensé, pero no lo tomé lo bastante en serio. Nunca había entrenado a un nato. ¿Qué te parece si...?

Alguien llamó a la puerta. Lord Dakon se volvió hacia allí. Al seguir su mirada, Tessia vio que Keron asomaba la cabeza por la abertura.

—Lord Dakon —anunció el criado—. Lord Narvelan del señorío de Loran está aquí.

Dakon arqueó las cejas, sorprendido, y se puso de pie.

—Es suficiente por hoy —le dijo a Tessia—. Siempre que puedas, practica el entrar en ese estado mental, y la visualización de la caja, pero no la abras.

Ella sonrió.

—No hay ningún peligro de eso.

—He dejado unos libros en aquella mesa, junto a la puerta, para que los leas —señaló—. Si hay algo que no entiendas, no dudes en consultarme.

Tessia asintió.

Lord Dakon giró sobre sus talones y salió de la biblioteca con aire decidido. Al fijarse en la prisa que tenía, Tessia no pudo evitar sentir una gran curiosidad. ¿Era un hábito de lord Narvelan presentarse en casa de lord Dakon sin avisar? Ella había visto muy pocas veces al mago del señorío vecino, y siempre desde lejos. Se comentaba en la aldea que era un hombre apuesto. Tal vez se quedaría a cenar aquella noche.

«Algo me dice que si mantengo los ojos bien abiertos y los oídos atentos, tal vez aprenda aquí algo más que a hacer magia. Quizá aprenda mucho más sobre el mundo de los magos y de las personas acomodadas e influyentes.»

En cierto modo, eso era algo con lo que ya contaba, aunque no esperaba empezar a aprender tan pronto.

Dakon envidiaba la juventud del hombre que caminaba de un lado a otro de la biblioteca. Tras recibir el mensaje de Dakon en el que le comunicaba que Takado se había marchado el día anterior, lord Narvelan había cabalgado durante toda la noche hasta Mandryn, y sin embargo estaba alerta e inquieto. Por otro lado, la política siempre vigorizaba al mago. Si Dakon no hubiera estado bien informado, habría atribuido el interés de Narvelan por el sachakano al aburrimiento que le provocaba el hecho de ser un joven que vivía en un lugar tan relativamente poco estimulante como el campo. Pero estaba bien informado.

Tres años atrás, a Dakon lo había divertido y sorprendido que su vecino quisiera «reclutarlo». Narvelan y varios otros propietarios de señoríos, así como unos cuantos lords de la ciudad que simpatizaban con su causa, habían acordado reunirse unas veces al año para tratar asuntos que afectaban a los señoríos. Todo había empezado como un arreglo informal, con el fin tanto de fortalecer las relaciones entre los magos que vivían en sus señoríos aislados como de firmar pactos vinculantes. Se hacían llamar el Círculo de Amigos.

Como las reuniones eran informales y no del todo secretas, habían llegado a conocimiento del rey Errik al cabo de unos meses. Narvelan se encontraba entre los miembros que habían viajado a la ciudad para convencer al monarca de que sus intenciones no entraban en conflicto con los intereses de la corona. Dakon no sabía qué se había discutido ni qué decisiones se habían tomado. A veces Narvelan se refería en broma al grupo como «los cotillas de campo favoritos del rey».

Sin embargo, tanto el grupo como su finalidad habían evolucionado hasta convertirse en otra cosa cuando habían oído rumores de que los magos jóvenes de Sachaka querían reconquistar Kyrália. Dakon no compartía sus preocupaciones hasta que había recibido la orden del rey, unas semanas antes, de que intentara sonsacar al ashaki Takado el motivo de su visita a Kyrália si pasaba por Mandryn. Narvelan había recibido instrucciones parecidas.

Por desgracia, el joven mago se había pasado la noche cabalgando en vano. Dakon no tenía información que transmitirle, como había dejado claro en su mensaje.

—Lo sé, lo sé —dijo Narvelan cuando Dakon se lo recordó—. Quiero que me lo cuentes todo sobre él, de cualquier modo. ¿Ha sobrevivido el esclavo?

—Sí... y ya no es un esclavo —declaró Dakon—. Takado me pidió que concediera la libertad a Hanara en cuanto él se marchara del país.

—¿Le has leído la mente?

—No. No sería una introducción a la libertad demasiado convincente.

El mago más joven apartó la vista de la ventana y miró a Dakon con expresión ceñuda.

—No te fiarás de él, ¿verdad?

Dakon se encogió de hombros.

—Tanto como de cualquier hombre que no conozco.

—Es más que eso. Más que un mero desconocido. Es sachakano y un antiguo esclavo. Lo criaron para ser leal, si no a su amo, a su país.

—No voy a encerrarlo ni leerle la mente sin una buena razón para ello.

Narvelan frunció los labios y asintió.

—Ya me lo imagino, pero yo en tu lugar no le quitaría ojo, para que no se haga daño a sí mismo ni a otros. No creo que adaptarse a la vida como hombre libre después de haber sido un esclavo resulte fácil.

—No pienso echarlo de mi casa antes de que esté preparado —le aseguró Dakon—, pero no sería apropiado que se quedara aquí para siempre en calidad de invitado. Le buscaré un empleo en algún sitio donde pueda mantenerlo vigilado.

El otro mago asintió.

—¿Crees que Takado tenía algún motivo aparte de visitar Kyralia?

—No estoy seguro. —Dakon hizo una mueca—. No sé si algo en su comportamiento lo delató, o si simplemente su actitud equívoca me causó una impresión errónea, pero me cuesta no sospechar que albergaba malas intenciones. ¿Recibiremos una confirmación cuando él haya salido del país?

—No lo sé. —Narvelan arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza—. El rey debe de haber apostado a unos cuantos guardias en la frontera para controlar quién entra y quién sale.

—Por si sirve de consuelo, dudo que Takado quiera pasar un día más de lo imprescindible sin un esclavo a su servicio. —Dakon se rió entre dientes y luego se puso serio—. Sin embargo, sí que intentó cometer una fechoría antes de marcharse. Trató de forzar a una mujer, pero le pararon los pies antes de que pudiera hacer otra cosa aparte de asustarla.

La expresión de Narvelan se ensombreció.

—¿Por eso se marchó?

Dakon sacudió la cabeza.

—No, aquello sucedió después de que decidiera marcharse. Creo que quería recordarnos que los sachakanos ejercieron ese poder sobre nosotros en otra época..., como si no nos lo hubiera recordado ya al propinar una paliza a su esclavo que estuvo a punto de matarlo.

—No sé por qué los dejamos entrar en el país —farfulló Narvelan. Soltó un suspiro y se sentó—. No, sí que entiendo por qué. En aras de la diplomacia y el buen entendimiento, el comercio y todo eso. Solo desearía que no tuviéramos que hacerlo. Sobre todo cuando... —Miró a Dakon, con su rostro juvenil repentinamente surcado por las arrugas de un hombre mayor—. Supongo que debería contarte el chisme de una vez.

—Por favor, cuéntamelo —pidió Dakon con una sonrisa irónica.

Narvelan descansó los codos sobre los brazos del sillón y juntó las puntas de los dedos de ambas manos.

—¿Por dónde empezar? Por la historia de lord Ruskel, creo. Ruskel había oído varios testimonios de personas que aseguraban haber visto extranjeros en el extremo sur de la cordillera. Por lo general se trataba de grupos pequeños de jóvenes. Investigó un poco y descubrió una partida formada por tres sachakanos y sus esclavos acampados en nuestro lado de la frontera. Ellos aseguraron que se habían perdido en las montañas.

Dakon no pudo evitar que un escalofrío le bajara por la espalda. Encontrarse solo frente a tres magos sachakanos no debía de ser agradable para ningún mago de Kyralia, si no tramaban nada bueno.

—Se disculparon y se marcharon por donde habían venido —prosiguió Narvelan—. Lord Ruskel fue a pedir la ayuda de algunos vecinos y salió en pos de ellos unos días después. Encontró un sendero que en un principio era natural y seguramente utilizado por cazadores, pero a medida que se adentraban en las montañas, se hacía más evidente que se habían realizado actos mágicos para prolongar el camino. Cosas tan obvias como excavar una cavidad en la pared de un precipicio o mover rocas enormes para construir un puente.

—Es decir, un camino para no-magos. O para magos que no quieren consumir demasiada energía —dijo Dakon.

—Sí. Varios cazadores con sus familias se acercaron también a lord Ruskel y a sus acompañantes para hablarles de la desaparición de hombres que habían cazado durante décadas en las montañas, en días de buen tiempo.

—¿Han sido vistos los sachakanos desde entonces?

—No, y tampoco ha habido más denuncias sobre personas desaparecidas. Tal vez a los jóvenes sangretambor se les han quitado las ganas de seguir con sus incursiones. —Narvelan sonrió con aire lúgubre—. Lo que me lleva al tema siguiente: lo que está sucediendo en Sachaka. El amigo que tenemos allí ha conseguido contactar con nosotros de nuevo.

A Dakon se le escapó una sonrisa. No tenía idea de si dicho «amigo» era kyraliano o sachakano, pero Narvelan respondía de la honestidad del hombre —o la mujer— y de la veracidad de sus informes.

—Nuestro amigo dice que se está produciendo un distanciamiento entre los magos sachakanos jóvenes y mayores. Hay demasiados magos jóvenes sin tierra, que dependen del hermano a quien su padre nombró heredero para que los mantenga. El número de magos sin patrimonio ha aumentado lentamente desde hace años, pero es ahora cuando han empezado a unirse y a causar problemas. Da la impresión de que la situación se le está yendo de las manos al emperador Vochira.

»Se sabe de magos sin tierra que han torturado y matado esclavos que no les pertenecían. Esto por sí solo no tiene nada de raro, así que deben de estar causando muchos daños económicos con sus actos para levantar tantas protestas. Algunos se han convertido en ladrones, y en algún caso han llegado a atacar y a robar a otros magos. Otros han allanado casas de magos terratenientes, agredido a sus familias y asesinado a sus esclavos.

»Los peores delincuentes han sido desterrados y declarados «ichani», es decir, forajidos. A algunos les dieron caza y los mataron, pero fueron demasiado pocos como para que cambiara la situación, porque el emperador necesita ayuda para reducir a los delincuentes, y son escasos los magos mayores que pueden correr el riesgo de romper su alianza con las familias a las que pertenecen los malhechores. —Narvelan suspiró y sacudió la cabeza—. Me produce cierta satisfacción saber que a los sachakanos les está costando tanto como a nosotros conseguir que los magos se unan y se apoyen mutuamente.

Dakon se rió, pues sabía que el joven se refería a la costumbre de algunos magos de guardarse sus conocimientos de magia para sí. Lord Jilden, por ejemplo, había descubierto una manera de endurecer la piedra por medio de la magia, pero se negaba a compartir ese conocimiento con nadie. Alegaba que solo resultaba útil para las esculturas pequeñas —exquisitas y frágiles— que él creaba, y que, al igual que la mayoría de los artesanos, no tenía por qué divulgar sus métodos. El rey Errik no se atrevía a ordenar a lord Jilden que revelara su secreto, pues la mayoría de los magos no lo respaldaría. Aunque les interesaba adquirir aquel conocimiento, su libertad para hacer lo que quisieran, siempre y cuando no perjudicaran a su país, era mucho más valiosa para ellos. El rey solo podía forzar a lord Jilden a desvelar su secreto si conseguía demostrar que no darlo a conocer suponía un peligro.

—Nuestro amigo sachakano dice que los magos más jóvenes hablan del pasado —añadió Narvelan—. Glorifican la época en que el Imperio sachakano se extendía de costa a costa y explotaba las riquezas de otras tierras. Tienen la sensación de que el imperio está en decadencia y creen que pueden devolverle el esplendor si reconquistan los territorios perdidos.

Dakon frunció el ceño.

—Eso no suena muy prometedor.

—Ah —continuó Narvelan, sonriendo—, pero los magos mayores tildan a los jóvenes de insensatos e ilusos. Recuerdan que el imperio renunció a Elyne y Kyralia porque ninguno de los dos territorios le proporcionaba tantas riquezas como antes. Es lo que suele ocurrir cuando se expolia un país —añadió Narvelan crípticamente—. También dicen que conquistar Kyralia ahora resultaría muy costoso y no valdría la pena.

—Pero los magos jóvenes quieren tierras —conjeturó Dakon—. El hecho de no tenerlas los impulsa a ver Kyralia como un objetivo más valioso de lo que es en realidad. Su intención no es saquear y marcharse, sino quedarse y gobernar.

El mago joven adoptó una expresión meditabunda.

—Temo que estés en lo cierto. La pregunta es si los magos mayores conseguirán convencer y controlar a sus adversarios jóvenes, o si dejarán que invadan Kyralia.

—Siempre parece más fácil cruzarse de brazos cuando los problemas están lejos —dijo Dakon—. Ellos saben que sus jóvenes aprenderán la lección y regresarán a casa con el rabo entre las piernas, o morirán y dejarán de ser un motivo de preocupación... o bien triunfarán. Lo peor que podría ocurrir es que se produjera un contratiempo diplomático sin mayor trascendencia histórica.

—¿Tienen razón los jóvenes? —preguntó Narvelan, más para sí que para Dakon—. ¿Somos tan débiles como ellos creen? ¿Ganaríamos o perderíamos una guerra así?

Dakon reflexionó.

—Los maestros de la guerra del rey deben de saberlo mejor que nosotros. —Miró al joven—. Pero tus amigos ya estarán intentando averiguarlo por sí mismos, ¿verdad?

Narvelan sonrió de oreja a oreja.

—Lo intentan. Pero hay otra incógnita, tan importante como las otras dos.

—¿Sí?

—¿Nos uniríamos nosotros para hacerles frente?

—Por supuesto. Lo hicimos hace unos siglos, para obligar al emperador a concedernos la independencia.

—Pero ¿cuánto tiempo nos llevaría? ¿Cuál sería el precio? ¿Cuántas tierras conseguirían invadir los sachakanos antes de que los magos de ciudad decidieran actuar? ¿Un señorío? ¿Dos o tres?

—Solo si los sachakanos lanzaran un ataque fulminante.

Narvelan sacudió la cabeza.

—No conoces a los magos de ciudad tan bien como yo. Su miedo al conflicto es mucho mayor que su interés por el destino de unos señoríos remotos de la zona fronteriza. —Dirigió la mirada a la ventana y arrugó el entrecejo—. Estamos cerca del paso principal, tú más que yo. Aunque tuvieras razón, nuestra tierra y nuestra gente serían las primeras en caer.

A Dakon se le erizó la piel, como si estuviera sentado al aire libre y una nube acabara de tapar el sol. No tenía argumentos para refutar lo que decía Narvelan. Solo le quedaba esperar que los sachakanos nunca llegaran a convencerse de que valía la pena invadir Kyralia, o bien que sus intentos de organizarse y establecer alianzas fracasaran.

«Y si mis esperanzas se ven frustradas, ojalá consiga evacuar las aldeas del señorío de Ayles a tiempo y poner a mi gente a salvo. Estoy seguro de que Narvelan se equivoca respecto a los magos de ciudad. Además, estas decisiones no les corresponden a ellos.»

—El rey no permitiría que los magos de ciudad demorasen la defensa del país —afirmó, sintiéndose más animado por unos instantes—. No querrá que un trozo de su territorio, y menos aún unos cuantos señoríos, acaben en manos sachakanas.

Narvelan lo miró y asintió con la cabeza.

—Espero que tengas razón. Creo..., al igual que nuestro círculo de amigos..., que podemos mejorar nuestras posibilidades. Es más probable que el rey actúe con rapidez si se reúne antes con nosotros y nos asegura que lo hará. Debería conocer a las personas que correrían más peligro si se produjera dicha crisis. Personas como tú. Es mucho más difícil dejar que muera gente si la conoces, la aprecias y le has prometido tu ayuda.

—¿Quieres que pida audiencia al rey? —exclamó Dakon, con una carcajada—. ¿Por qué iba a concedérmela? Dudo que lo hiciera solo para que me quedara más tranquilo. Seguramente pensaría que soy un rasuk que salta ante el menor atisbo de peligro y que la mitad de las amenazas son inventadas.

—No pensará eso —replicó Narvelan con un encogimiento de hombros y un brillo de picardía en los ojos—, sobre todo dada tu reputación. Además, en cuanto te conozca, sabrá que no te asustas con facilidad.

—¿Reputación? —Dakon clavó la vista en el joven—. ¿Qué reputación?

Narvelan comenzó a pasear la mirada por la habitación.

—¿Tú crees que es demasiado temprano para tomar un poco de vino?

—Solo para quien menciona la reputación de un hombre y después se niega a dar detalles.

El joven desplegó una gran sonrisa.

—¿Eso es un soborno o un castigo?

—Depende totalmente de cómo afecte a mi reputación.

Narvelan se rió.

—De acuerdo. Nos hemos asegurado de que se te conozca como un hombre perseverante a quien no le impresionan las frivolidades. Por eso no tienes esposa, o al menos esa es la conclusión a la que ha llegado el conjunto variopinto de esposas e hijas de nuestros amigos.

Dakon abrió la boca y la cerró enseguida.

—Desde luego espero que esta reputación que me habéis labrado no me impida casarme algún día.

—Estoy seguro de que no —dijo el mago joven con una sonrisa. De pronto, abrió mucho los ojos y se le escapó una risotada—. Puedes decirle a la gente que tu motivo para visitar la ciudad es que quieres encontrar una esposa. Esto desviaría mucho la atención de...

—No —dijo Dakon con firmeza.

—¿Por qué no? Los magos solemos casarnos a una edad tardía, aunque tú lo estás dejando para un poco más tarde que la mayoría.

—No es que lo esté dejando para más tarde —repuso Dakon, encogiéndose de hombros—, ni que no haya conocido a la mujer adecuada. Aunque he tratado con algunas mujeres con las que me habría gustado casarme (y en más de una ocasión el sentimiento era recíproco), aún no he conocido a ninguna a quien la idea la seduzca lo suficiente para dejar la ciudad, a sus amigos y familiares, para trasladarse a Mandryn. Tú no has tenido que descubrir esto por ti mismo, pues te casaste antes de venir a vivir aquí. Las mujeres jóvenes del campo están desesperadas por mudarse a la ciudad, y las de la ciudad no se mueren de ganas por abandonarla. Dudo mucho que tu idea sirva para distraer la atención. Lo más probable es que se pongan de acuerdo para ignorarme.

—Ah. —Narvelan pareció decepcionado—. Ahora que lo mencionas, Celia se queja a menudo de lo mucho que se aburre en el campo.

—Viajo a la ciudad cada año para visitar amigos y ocuparme de asuntos mercantiles. No hay necesidad de hacer creer a nadie que tengo otras intenciones.

Narvelan asintió.

—En fin, ¿cuándo piensas partir?

—No antes de unas semanas. —Al ver que el mago joven se disponía a protestar, Dakon alzó la mano para atajarlo—. La semana pasada ocurrió algo más. Tengo un nuevo aprendiz.

—Ah. Un aprendiz. Supongo que tendré que empezar a pensar en conseguir uno pronto. ¿Debo sondear a una familia que me parezca apropiada? ¿Es así como has conseguido tú al tuyo?

—No, es un caso especial. Se trata de una persona nata.

La expresión del mago demostró que entendía la magnitud de lo que acababa de oír.

—¡Un nato! ¡Qué emocionante!

—En efecto, así ha sido.

Narvelan hizo un gesto de afirmación.

—Estás obligado a quedarte aquí. No puedes dejarlo sin haberlo entrenado antes, y llevarlo contigo sería injusto para quienes te hospeden. Bueno, ¿y me lo vas a presentar?

—Ya la conocerás a la hora de la cena, si decides quedarte.

—¿Una mujer? —Narvelan enarcó las cejas.

—Sí. Es la hija de mi sanador.

—Entonces me quedo a cenar, definitivamente.

—Espero que sea su encantadora personalidad y no un estallido accidental de magia lo que nos entretenga. No me importa tener que arreglar y redecorar uno de los salones, pero hacerlo con el comedor me saldría un poco caro.

Narvelan puso los ojos como platos.

—¿Arreglar uno de los salones?

—Sí. Las huellas de su primer uso de la magia no pasan inadvertidas.

—¿Puedes enseñármelas, o ya han arreglado los desperfectos?

Dakon sonrió.

—No del todo. Todavía resultan bastante impresionantes. Te las enseñaré esta noche.

—Aunque la mayoría de la gente dice que la ley permite a los magos hacer lo que les plazca, lo cierto es que estamos sujetos a ciertas restricciones —dijo lord Dakon.

Tessia observó cómo caminaba de un lado a otro de la biblioteca, como era su costumbre cuando impartía clase. Las lecciones de las últimas semanas habían consistido en intentos breves de alcanzar el control, como el primer día, y también en sesiones más largas en que le enseñaba las leyes de Kyralia, un poco de historia con la que ya estaba familiarizada gracias a su padre pero que le interesaba conocer desde la perspectiva de los magos, y la estructura que tendrían sus estudios a lo largo de los años siguientes. Solía desviarse del tema que estaba tratando para hablar de la cultura y la política de Sachaka, del comercio que practicaba con otros señoríos y con la ciudad, o del intrincado mundo de las familias más poderosas de Kyralia.

—La primera restricción es que nada de lo que hagamos debe perjudicar a Kyralia —prosiguió—. Ahora bien, la distinción entre lo perjudicial y lo que no lo es puede ser subjetiva. Construir una presa puede solucionar problemas de almacenamiento de agua, pero inunda las tierras de arriba y reduce la cantidad de agua que fluye por las tierras de abajo. Una mina, un horno o una forja situados río arriba pueden llevar prosperidad a la zona, pero también ensuciar el agua y envenenar a los peces, las cosechas, el ganado y las personas que viven río abajo. —Dakon dejó de caminar para fijar la vista en ella—. En última instancia, el rey decide lo que debe considerarse perjudicial. Sin embargo, antes de informar al rey hay que realizar una larga serie de trámites, así como intentar que el reclamante y el mago lleguen a un acuerdo. De no ser por este procedimiento previo, el monarca tendría que dirimir un número imposible de disputas. —Hizo una mueca—. No entraré en detalles sobre el procedimiento ahora mismo, porque explicártelo me llevaría toda la tarde. ¿Alguna pregunta?

Tessia estaba lista para el interrogatorio. Si no le hacía preguntas, Dakon le daría un sermón sobre lo necesario que era que se las hiciera. Le había asegurado que no había preguntas tontas ni inoportunas.

Pero era evidente que el aprendiz Jayan no estaba de acuerdo. Cuando ella tenía que asistir a clase con él por la tarde por haber tenido que ayudar a su padre por la mañana —cosa que por fortuna solo había ocurrido tres veces hasta ese momento—, el buen humor con el que volvía se evaporaba tras pasar una incómoda tarde soportando las risitas burlonas mal disimuladas, los suspiros y las miradas desdeñosas de Jayan.

Por eso Tessia era renuente a formular preguntas y estaba resuelta a plantear únicamente las que no le parecieran ridículas.

—El rey es mago —dijo—. ¿Está sujeto a las mismas restricciones? ¿Quién decide si lo que hace él es perjudicial o no?

Dakon sonrió.

—Es un mago, en efecto, y sí, está sujeto a las mismas restricciones. Si alguna vez se le acusa de perjudicar a su reino, los señores de Kyralia deben decidir si la acusación tiene fundamento, y debemos determinar entre todos si es necesario tomar medidas.

—¿Qué medidas tomaríais?

—Las que correspondan al delito, supongo. La ley no establece medidas o castigos concretos para estos casos.

—El rey es un mago poderoso, ¿verdad?

Oyó un resoplido procedente del sitio donde Jayan estaba sentado, pero resistió el impulso de volverse hacia él.

—Eso es un rumor, y es falso —respondió Dakon—. Las dotes innatas de un mago pueden ser pequeñas o grandes, pero eso resulta irrelevante cuando se ha aprendido la magia superior. Entonces la fuerza del mago se basa exclusivamente en la magia que haya absorbido de sus aprendices. Un mago, claro está, puede renunciar a tener aprendiz y depender únicamente de su fuerza innata; no todos los magos tienen tiempo o ganas de enseñar. El rey no dispone de tiempo para entrenar aprendices porque su primera responsabilidad es preocuparse del estado del país. Se le permite recibir energía de otros magos, por lo general un pequeño grupo de amigos leales, a veces como pago de una deuda o un favor.

Tessia meditó sobre esto en silencio. A veces le daba la impresión de que la ciudad era un mundo totalmente distinto en vez de la capital de su país.

Una tosecilla de Jayan captó la atención de Dakon, que sonrió con desagrado.

—Ya seguiremos con este tema en otro momento. Por ahora, creo que hemos hablado suficiente de leyes y de historia. Es hora de poner a prueba tu capacidad de control otra vez. No, quédate donde estás.

Tessia, que estaba levantándose de su asiento, se detuvo.

—¿No vamos a salir al campo?

Él sacudió la cabeza.

—Creo que ya has superado la fase más peligrosa. ¿Recuerdas haber utilizado la magia involuntariamente la semana pasada?

Ella hizo memoria y negó con un gesto.

—Bien. Entonces pongámonos en una postura más cómoda.

Se sentó junto a ella, y los dos colocaron las sillas de manera que estuvieran orientadas la una hacia la otra. Tessia vio entonces a Jayan, que estaba sentado en el rincón, observándolos, con una pequeña arruga en el entrecejo.

Ella tendió las manos a lord Dakon. Cuando el mago se las tomó con delicadeza, Tessia cerró los ojos. Los abrió enseguida, mirando a Jayan, y lo sorprendió con una mueca descarada en los labios, una expresión de desprecio o disgusto que él se apresuró a borrar de su rostro. Ella sintió una punzada de aflicción, seguida de

cierta curiosidad.

«No le caigo nada bien —pensó—. Me pregunto por qué.»

Le vinieron a la mente varias razones posibles, lo que minó su capacidad de tranquilizarla y concentrarse. ¿Era por su origen humilde? ¿Por ser mujer? ¿Tenía ella alguna costumbre que le producía asco o irritación?

¿O tal vez, pensó de pronto, se trataba de resentimiento? ¿Había perdido algo cuando Dakon la había tomado como aprendiz? ¿Posición social? No, la presencia de Tessia en la Residencia no le impediría convertirse en mago ni pondría en peligro los contactos o la influencia que tuvieran él o su familia.

Fuera cual fuese el motivo, debía de tener algo que ver con Dakon. El mago era la única persona en Mandryn que podía tener algo que interesara a Jayan. De pronto, a Tessia se le ocurrió por fin una solución al enigma. Dakon no tenía hijos. Ella había supuesto que, si nunca llegaba a tenerlos, el señorío pasaría a manos de algún pariente, como en el caso de lord Gempel, el predecesor de Narvelan. Pero tal vez los aprendices podían heredar señoríos.

Aun así, Jayan, por ser mayor que ella y de noble linaje, tenía sin duda más posibilidades de ser nombrado heredero. La idea de que ella pudiera recibir un señorío en herencia se le antojaba tan extraña y ridícula que estuvo a punto de soltar una carcajada. «El motivo no puede ser ese —pensó—. Debe de haber algo más.»

Tendría que reflexionar sobre ello más tarde. Por lo pronto, lo único que podía hacer era ignorarlo. Salvo si él adoptaba una actitud abiertamente hostil, decidió. Entonces le plantaría cara. Al fin y al cabo, se había enfrentado a un mago sachakano. Había lidiado con adultos alterados por el dolor y la enfermedad. No se dejaría intimidar por un simple aprendiz kyaliano.

Una vez tomada esta decisión, estuvo en condiciones de despejar su mente y concentrarse en la lección de control de Dakon. Como de costumbre, visualizó una caja y la abrió con nerviosismo. Dentro estaba su poder, una esfera de luz brillante que giraba sin cesar. La tocó, la sostuvo en la mano, incluso le dio un apretón, antes de guardarla en la caja y bajar la tapa.

Cuando abrió los ojos, Dakon se reclinó en su asiento y le sonrió. Acto seguido se puso de pie, se acercó a un estante y bajó de él un pesado cuenco de piedra que estaba sujeto entre dos hileras de libros. Lo depositó en el suelo, delante de ella, rasgó un trozo de papel y lo dejó caer en el cuenco.

—Fíjate en el papel —le indicó—. Quiero que recuerdes qué sentías cuando sostenías tu poder entre las manos. Luego, quiero que tomes una pequeña parte, solo una pizca, y la proyectes hacia el papel. Al mismo tiempo, debes pensar en un calor intenso. Piensa en el fuego.

Esto era muy diferente de las clases que ella había recibido antes. Lo miró con aire inquisitivo, pero él se limitó a señalar el cuenco con la cabeza.

Tessia respiró hondo, se inclinó hacia delante y fijó la vista en el papel. Recordó lo que había sentido al sujetar y apretar su magia. La sensación seguía allí, pese a que ella tenía los ojos abiertos.

No era muy distinta de la sensación que había experimentado cuando su poder se había desatado de forma incontrolada, aunque le parecía... menos escurridiza.

No se atrevió a pestañear.

Sin dejar de contemplar el recipiente de piedra, tomó un pellizco de la magia que percibía y notó que esta respondía. Temerosa de que si esperaba demasiado aquella porción de magia se le escaparía de las manos, la lanzó hacia el papel rasgado.

Sintió calor en la frente cuando el aire que tenía delante se calentó de golpe. El cuenco se deslizó por el suelo, alejándose de ella, y unas llamas parpadeantes empezaron a arder en su interior.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Dakon, con una mezcla de sorpresa y satisfacción—. Ya me imaginaba que estarías preparada.

—Sí, lo ha conseguido.

Tessia se sobresaltó al percatarse de que Jayan estaba de pie junto a su silla, mirando el papel en llamas por encima de su hombro. El olor a humo le picaba en la nariz. Con una mueca, Jayan movió ligeramente el dedo.

Al volver la vista de nuevo hacia el cuenco, ella advirtió que ahora el humo estaba contenido por un escudo invisible. Al cabo de unos momentos, las llamas se redujeron hasta apagarse. Tessia sintió una vaga desilusión al ver que el resultado de su primer uso controlado de la magia se extinguía.

Se percató de que Dakon observaba a Jayan con expresión pensativa. El joven aprendiz se encogió de hombros, regresó a su asiento y cogió de nuevo el libro que había estado leyendo. Sin decir nada, Dakon se volvió hacia Tessia.

—Bien. Creo que puedo declarar oficialmente que has alcanzado el control sobre tu poder, Tessia —anunció—. Ya no tenemos por qué temer nuevos destrozos, aunque he de reconocer que el salón que tuvimos que redecorar tiene mucho mejor aspecto ahora que antes.

Al notar que se ruborizaba, ella apartó la mirada.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a celebrarlo —dijo él. Al otro lado de la habitación, sonó un gong pequeño colocado en una hornacina—. Después de todo, nunca había oído que un mago fuera capaz de alcanzar el control en solo dos semanas. Yo tardé tres, y Jayan, cuatro.

—Tres y media —lo corrigió Jayan, sin alzar la vista de su libro—. Y perdimos tres días cuando lord Gempel se presentó para charlar y decidió quedarse por aquí, saqueando tu bodega.

Dakon se rió.

—Era un anciano. ¿Cómo iba a negarle descanso y un poco de compañía de vez en cuando?

Jayan no respondió. Dakon se volvió hacia la puerta al oír que alguien llamaba. Tessia advirtió que su mirada se volvía más penetrante cuando utilizaba la magia. La puerta se abrió sola, y Cannia entró en la habitación.

—Tráenos una botella de vino, Cannia. De vino bueno. Ahora que las lecciones sobre control han finalizado para Tessia, es el momento de que aprenda algo que todo kyaliano respetable debe saber: cuáles son nuestros mejores vinos.

Cuando la criada esbozó una sonrisa y se marchó, Tessia centró de nuevo su atención en su magia. Esta conciencia que acababa de adquirir de algo en su interior que había descubierto durante las primeras clases y que había reforzado con numerosos ejercicios le resultaba familiar. Entonces se acordó de lo consciente que estaba de la ubicación y los ritmos de su corazón y sus pulmones después de que su padre le enseñara esquemas de un cuerpo con estos órganos marcados y empezara a

explicarle cómo funcionaban.

Sin embargo, la magia era distinta. Ella no necesitaba controlar su corazón ni sus pulmones. Podía olvidarse de ellos y confiar en que siguieran latiendo y respirando. Aunque Dakon le había asegurado que con el tiempo llegaría a controlar su poder sin darse cuenta, no debía dejar de ejercer ese control en ningún momento.

Por primera vez, esta perspectiva no le dio miedo.

Jayan bostezó mientras atravesaba el patio en dirección a las caballerizas. La hierba de los prados circundantes estaba blanca a causa de la escarcha, y su aliento se condensaba en el aire. Al notar que el frío le atravesaba la ropa, creó un escudo a su alrededor y caldeó el aire del interior.

La magia era útil para combatir el frío, pero no servía para hacer nada respecto a la hora intempestiva. ¿Por qué lo había mandado llamar Dakon? Malia no había podido o querido decirle nada salvo que encontraría a Dakon en las caballerizas.

Cuando un hombre emergió del oscuro interior de las cuadras conduciendo a un caballo ruano, a Jayan se le nubló aún más el ánimo. Dakon le había dado trabajo a Hanara en las caballerizas, y Jayan tenía que reconocer que había sido una jugada astuta. De ese modo, mantenía al antiguo esclavo fuera de la casa pero no lo perdía de vista. No obstante, esta situación obligaba a Jayan a tratar con él cada vez que quería o necesitaba montar a caballo.

Hanara mantenía la vista baja y la espalda encorvada. Esta aparente mansedumbre solo puso más nervioso a Jayan.

—Para vos, maestro —dijo el hombre.

Jayan estuvo a punto de recordarle que ese título no era apropiado. Nadie debía llamarlo «maestro» excepto su aprendiz, cuando lo tuviera, una vez que fuese mago. La única vez que había intentado explicárselo a Hanara, este se había quedado mirando el suelo, en silencio, y después había vuelto a nombrarlo así.

Hanara hizo girar la yegua para orientar hacia Jayan el costado por el que debía montarla y se situó junto a su cabeza. Tras hacer una pausa, Jayan cogió las riendas que le tendía el hombre y las sujetó mientras se aupaba sobre su lomo. Oyó a su derecha unos sonidos de cascos que preludiaron la salida de Dakon de la caballeriza, conduciendo a Aguanieve, su caballo castrado preferido.

—Buenos días, aprendiz Jayan —saludó Dakon—. ¿Te apetece dar un paseo?

—¿Acaso tengo elección? ¿Puedo desmontar y volver dentro para estudiar? —preguntó Jayan, en un tono ligeramente más cortante de lo que pretendía.

Los labios de Dakon se curvaron en una sonrisa.

—Sería una pena, teniendo en cuenta que Hanara ha pasado tanto rato aparejando a Ámbar para ti.

—Sí, una auténtica pena —respondió Jayan con sarcasmo—. Bueno, ¿adónde vamos tan temprano?

—A hacer nuestro recorrido habitual de la aldea —dijo Dakon, apoyando un pie en el estribo de Aguanieve.

Montó sobre él, se acomodó en la silla del rucio y le picó los costados con suavidad para que echara a andar. Con un suspiro, Jayan espoleó a su montura y lo siguió.

Cuando salieron del recinto de la Residencia, Jayan vio que ya había algunos aldeanos despiertos y entregados a sus quehaceres. El panadero, por supuesto, estaba llevando a cabo sus entregas matutinas habituales. Unos cuantos chicos cargaban con fajos de leña desde un carro hasta las puertas de las casas y los dejaban junto al umbral.

Al cabo de poco rato, Dakon y Jayan llegaron al límite de la aldea. Tras cruzar el puente, se dirigieron hacia el sur.

—No te fíes de Hanara, ¿verdad? —preguntó Dakon.

Jayan sacudió la cabeza.

—No. Y creo que tú tampoco deberías.

—No me fío, aunque tal vez mi desconfianza no sea tan grande como la tuya. —Se volvió hacia Jayan—. No espero su lealtad ni le confío información secreta (aunque no la tengo), pero sí confío en que sujetará la cabeza de mi caballo mientras yo me subo a él. Sería mezquino y estúpido por su parte intentar espantar a un caballo mientras montamos en él. Sabe que yo lo expulsaría de la aldea si pensara que ha sido un acto deliberado.

—¿Y si no estuvieras seguro? —inquirió Jayan.

—Le daría otra oportunidad. Seguramente dos. La primera vez puede ser un error; la segunda, fruto de la mala suerte o de una coincidencia; la tercera, una prueba de mala fe o de torpeza que como mínimo demostraría que no sirve para el trabajo que le he dado.

—¿Y si alguien resultara herido?

—Me vería obligado a leerle la mente.

Jayan frunció el entrecejo.

—¿Todavía no lo has hecho?

—No. No soy un ashaki sachakano. —Dakon arqueó una ceja—. ¿No sientes la menor compasión hacia él?

Jayan apartó la vista y suspiró.

—Un poco. Bueno, supongo que más que un poco, pero eso no significa que me fie de él. Si Takado regresara, estoy convencido de que Hanara se pondría a su servicio sin dudar.

—¿Tú crees? Ahora es un hombre libre. Takado me dijo que podía hacer lo que quisiera con él. Hanara lo sabe. ¿Aceptaría de nuevo la esclavitud voluntariamente?

—Sí, si no ha conocido nada más. Si le diera miedo hacer otra cosa.

—Nadie le obliga a quedarse. Podría marcharse y volver a Sachaka si así lo deseara. —Dakon sonrió—. Está adaptándose a una vida distinta. Probablemente le guste más cuanto más tiempo viva en libertad. Y le gustará aún más si todos los kyalianos con los que se relaciona no lo miran con recelo.

Jayan asintió de mala gana.

—Pero eso no servirá de nada si no te respeta —señaló—. Si Hanara vuelve a encontrarse frente a frente con Takado, su reacción dependerá de a quién tema y respete más, a Takado o a ti.

—Cierto.

—Y es posible que nunca llegue a respetar a un hombre a quien no teme, si este es su único elemento de juicio. Quizá el miedo sea mucho más importante para él que la confianza.

Dakon, con el ceño arrugado, se sumió en un silencio, absorto en sus pensamientos. Dejaron la carretera y enfilaron un camino de carros que ascendía con una pendiente constante a lo largo de una cordillera que dominaba la aldea. Jayan bajó la vista hacia la doble hilera de casas que se extendía desde el río hasta el final del pequeño valle. La residencia de Dakon tenía un piso más y era varias veces más grande que las otras construcciones. Cada vez que Jayan contemplaba la aldea desde lo alto, se preguntaba cómo se las arreglaban sus habitantes para vivir y trabajar en casas tan diminutas.

—Tu desconfianza hacia Hanara me parece razonable —dijo Dakon. Jayan contuvo un suspiro de exasperación. «¿Sigue dándole vueltas a este tema?», pensó con impaciencia—. Pero no acabo de entender el problema que tienes con Tessia.

A Jayan el estómago le dio un vuelco desconcertante.

—¿Tessia? No tengo ningún problema con ella.

—Oh, desde luego que lo tienes —rió Dakon en voz baja—. Tu antipatía hacia ella es casi tan evidente como tu recelo hacia Hanara. La verdad es que no se te da demasiado bien disimular tus sentimientos, Jayan.

«Debería volverme hacia él, sostenerle la mirada y asegurarle que me alegro de que Tessia sea ahora uno de nosotros y que estoy deseando gozar de su compañía durante muchos años», se dijo Jayan. Pero todavía no. No estaba preparado. Dakon lo había pillado por sorpresa.

—Si tan mal se me da disimular mis sentimientos, ¿no debería ser evidente también la naturaleza de mi «problema»? —replicó—. Tal vez no lo entiendas porque no hay nada que entender.

—Entonces explícame por qué suspiras o pones mala cara cada vez que hace una pregunta, por qué atiendes a sus clases cuando dices que quieres leer, por qué la ignoras a menos que te hable directamente, y en esos casos por qué le das la respuesta más escueta y a menudo menos útil que se te ocurre. —Dakon soltó una risita—. A juzgar por la expresión que adoptas cuando está presente, cualquiera diría que te provoca dolor de estómago.

Jayan lanzó a Dakon una mirada fugaz y la desvió de nuevo, concentrado. ¿Qué explicación creíble podía darle? Quedaba descartado, desde luego, confesar que se sentía agraviado por cada segundo de entrenamiento que Tessia le robaba.

—Es que es tan... tan ignorante... —dijo—, tan lenta... Sé que está aprendiendo deprisa, pero no es la impresión que da. —Contrajo el rostro en una mueca, consciente de que su respuesta no era lo bastante astuta ni evasiva. «Haz que parezca que por alguna razón quieres que ella siga en la Residencia»—. Pasará mucho tiempo antes de que podamos mantener una conversación sobre magia, o practicar juntos, o jugar a algo o... lo que sea. —«Ahora, míralo»—. Se volvió hacia Dakon, clavó los ojos en él y se encogió de hombros con un gesto de impotencia.

Dakon sonrió y dirigió la vista hacia el camino que tenían delante, que conducía a la entrada de una verja.

—Seguro que al observarla te vienen a la memoria tus propios inicios, las preguntas incómodas y los intentos fallidos de hacer magia, los errores y las dificultades. ¿Sabes? —Miró de nuevo a Jayan—. Estoy convencido de que ella agradecería que la ayudaras. La has puesto un poco nerviosa, pero si le echas una mano de vez en cuando se tranquilizará. Eso no significa que debas intentar enseñarle algo nuevo totalmente por tu cuenta —añadió Dakon con severidad—. Los aprendices no deben actuar como maestros. Se considera un abuso de las obligaciones que mago y aprendiz tienen el uno para con el otro.

Jayan asintió, esperando que Dakon lo interpretara como una señal de conformidad y no como un compromiso. La conversación se interrumpió mientras se acercaban a la puerta. Cuando la hubieron cruzado, Dakon fijó la vista en Jayan, expectante.

—Prométeme que serás más amable con Tessia.

Jayan reprimió el impulso de suspirar aliviado. Podría haber sido peor. Dakon podría haberle pedido que dedicara parte de su tiempo a ayudar a Tessia.

—Prometo que seré más amable con ella —dijo—. E intentaré no «ponerla nerviosa», como tú dices.

—Bien. —Aparentemente satisfecho, Dakon espoléo a Aguanieve, que empezó a trotar.

Al ver que su maestro se alejaba, Jayan dejó escapar el suspiro. A continuación, con una mueca, picó a Ámbar en los ijares para que lo siguiera.

«Si es verdad que soy tan transparente, necesito esforzarme por dejar de serlo. Tal vez debería ver a Tessia como una oportunidad para ejercitar mis habilidades en este terreno. Después de todo, lo que aquí es un defecto sin importancia podría ser una debilidad letal en Inardin.»

Más valía que intentara sacar provecho de la situación. Dakon no parecía tener la menor intención de enviársela a otro maestro. Tessia había llegado para quedarse, y él simplemente tendría que acostumbrarse a ello.

Tessia contempló el agua de la jofaina e intentó acceder a su magia. Notó que su energía respondía, obediente, y fluía hacia fuera para adoptar la forma que ella quería y dirigirse hacia donde ella le ordenaba. Surgieron burbujas que crecieron hasta estallar y salpicarla con gotas diminutas. Dio un respingo y se frotó la piel. Estaban demasiado calientes.

Dakon le había sugerido que, para practicar, probara a transformar la magia en calor todas las mañanas calentando el agua para su aseo. Le había asegurado que utilizar la magia para realizar tareas cotidianas era un buen ejercicio y mantenía ágil la mente del mago. Aun así, ella no podía evitar pensar que los magos eran una panda de vagos cada vez que veía que él o Jayan se servían de la magia para abrir puertas o coger algún objeto situado al otro extremo de la habitación.

Sin embargo, había aprendido a no calentar el agua antes de lavarse. Su error más frecuente cuando hacía algo por medio de la magia era que empleaba demasiada energía, por lo que al principio había habido varias mañanas en que había tenido que esperar un rato a que el agua se enfriara lo suficiente.

Unos golpes en la puerta atrajeron su atención.

—Adelante —dijo.

Malia, la doncella, entró muy decidida, y sus ojos pasaron de la jofaina humeante a los platos vacíos del desayuno de Tessia apilados sobre el escritorio. Se acercó a los platos, sacándose de debajo del brazo la bandeja que casi siempre llevaba.

—Buenos días, Tessia.

Tessia se levantó y se desperezó.

—Buenos días, Malia.

—¿Haciendo ejercicios otra vez?

—Sí. Espera un momento a que se enfríe la jofaina antes de llevártela.

—Así lo haré. —Malia se rió, algo avergonzada—. Créeme, no desoiré tu advertencia por segunda vez. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Primero, voy a las cuadras. —Tessia cogió la bolsa pequeña de vendas y ungüentos que su padre le había dejado para cuando atendiera a Hanara—. Luego, a clase.

Tessia se encaminó hacia la puerta pero se detuvo por un momento y volvió la vista hacia Malia. Suponía que le preguntaría por el estado de Hanara, pero la mujer estaba callada.

—Malia, ¿sabes si Hanara se está integrando bien? ¿Qué opinan de él los mozos de cuadra? ¿Y los aldeanos?

Malia, que estaba agachada alisando la colcha, se enderezó, con aire pensativo.

—Bueno, en general a la gente le parece un poco raro, pero eso era de esperar, ¿no? Más extraño sería que se comportara como un kyaliano.

—Sí, lo sería —convino Tessia con una sonrisa—. ¿Y los criados de las caballerizas?

—Dicen que trabaja bastante, más de lo que le toca, teniendo en cuenta que todavía no está curado del todo. Dicen que es un tipo duro. Casi parece que lo admiren. —Malia titubeó—. Pero es muy suyo y no siempre responde a lo que se le pregunta. —Se encogió de hombros para indicar que no tenía nada que añadir.

—Gracias. —Tessia sonrió y reanudó su camino.

Al pensar en lo que Malia le había contado, decidió que al antiguo esclavo las cosas le iban tan bien como cabía esperar. Seguramente no estaba acostumbrado a las charlas amistosas y tardaría un tiempo en aprender a congeniar con la gente.

Tras salir de la casa, Tessia caminó hacia las caballerizas y entró por la puerta abierta. Entonces se paró en seco, sorprendida por la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Dos de los mozos de cuadra estaban orinando en un cubo.

Antes de que ella pudiera apartar la mirada, los jóvenes alzaron la vista. Una expresión de espanto asomó a sus rostros, y ambos chorros de orina se desviaron de la trayectoria planeada —sobre el pantalón del otro— mientras se tapaban apresuradamente.

—Qué, ¿deleitando las pupilas? —se mofó Birren, reponiéndose lo bastante del bochorno para intentar bromear sobre ello.

—Sí —le siguió el juego Ullan—. A mí me parece que nos estaba dando un buen repaso. ¿Te has quedado impresionada, Tess? ¿Quieres mirar más de cerca?

Ella reprimió una carcajada. Estas chanzas eran típicas de muchachos de su edad, y es lo que ella habría esperado de una situación así... antes de convertirse en aprendiz. No fue tan cruel como para aumentar su incomodidad recordándoles que ya no era simplemente Tessia, la hija del sanador.

—Me preguntaba si es verdad que a todos los chicos les crece cuando se hacen mayores. No parece que os haya crecido mucho desde aquella vez que mi padre y yo os tratamos... ¿qué era aquello? ¿Verrugas?

Los dos torcieron el gesto.

—Podemos hacer que crezcan —repuso Birren con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te asustarías.

Tessia soltó una risotada burlona.

—Al ayudar a mi padre he visto cosas que dan mucho más miedo. ¿Dónde está Hanara?

Ullan se disponía a contestarle algo subido de tono, pero Birren lo hizo callar con un siseo bajo y señaló hacia el fondo de la caballeriza a un movimiento de la cabeza. Hanara estaba sentado a una mesa, limpiando y puliendo una silla de montar. Tessia se acercó a él. Estaba rodeado de herramientas y arreos que aguardaban a que los arreglara o los limpiara. Hanara levantó la mirada hacia ella, y su expresión ceñuda se suavizó ligeramente.

Aunque el hombre tenía un rostro típicamente sachakano, ancho y de tez oscura, era muy distinto del de su amo, de facciones más finas y angulosas, juvenil pero surcado de cicatrices. Tessia se alegraba de ello, pues si bien le resultaba imposible no acordarse de Takado cada vez que pensaba en Hanara, al menos cuando veía al antiguo esclavo no le venían a la memoria recuerdos desagradables de su amo mirándola con expresión lasciva.

—Vengo a cambiarte los vendajes —le informó.

Él asintió.

—Usted no ha visto nada que dé miedo —le dijo, poniéndose de pie y quitándose el manto—. Nada que dé miedo de verdad.

Al comprender que había escuchado las palabras de los dos muchachos, ella suspiró y comenzó a retirarle las vendas que le cubrían el pecho y el hombro.

—Es probable, pero yo no sacaría esa conclusión tan rápidamente. He visto más entrañas de personas que la mayoría de los kyalianos, además de heridas muy feas, unas cuantas mortales, que dudo que pueda olvidar nunca.

—Los muertos no dan miedo. No pueden hacerte nada.

—Pero huelen casi tan mal como esos dos de ahí atrás.

Él esbozó una sonrisa, pero enseguida recobró la seriedad.

—No debería dejar que le hablen así. Ahora es usted una maga.

—Aprendiz —lo corrigió—. Seguramente tienes razón. Por otro lado, debería haber llamado o gritado para avisar que estaba aquí, en vez de entrar sin más.

—No tenía por qué llamar.

Lo miró sin inmutarse.

—Estamos en Kyalia. Se supone que hasta los magos deben mostrar buenos modales.

La miró a los ojos durante un instante fugaz antes de bajar la vista rápidamente.

Sus heridas, incluido el corte que había tenido que practicar su padre para recolocarle las costillas rotas, se habían cerrado y convertido en cicatrices rojizas y abultadas. Ella palpó uno tras otro los puntos en que se habían fracturado los huesos y le preguntó si le dolía. Él sacudió la cabeza en todas las ocasiones y no dio la impresión de que intentara ocultar reacción alguna.

—Me parece que estás totalmente curado —le dijo ella—. No creo que necesites vendajes nuevos. Procura no levantar cosas pesadas, o forzar los huesos que te rompiste. —Sacudió la cabeza—. Es increíble la rapidez con que sanas. Ni siquiera estoy segura de que necesitaras nuestra ayuda.

—Los huesos habrían soldado mal, torcidos. Tu padre impidió que eso ocurriera. —Hizo una pausa—. Gracias.

Tessia sonrió, notando que se le levantaba el ánimo.

—Le transmitiré tu agradecimiento a mi padre.

—A usted también —dijo él, señalando las vendas desechadas—. Usted no es... —Con el entrecejo fruncido, hizo un ademán vago en dirección a la puerta de las caballerizas—... no es como...

¿Se refería a los mozos de cuadra, o su gesto abarcaba a más personas? La aldea, tal vez. Tessia sintió una punzada de inquietud.

—¿Te tratan bien los aldeanos? —inquirió.

—Soy un forastero —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Sí, pero eso no justifica... comportamientos inadecuados. Hanara. —Esperó a que él alzara la vista y la mirase a los ojos—. Si alguien se porta contigo de una manera cruel..., eh, antikyaliana, avísame. Es importante. Del mismo modo que tú debes vivir como un kyaliano, rigiéndote por nuestras leyes y valores, ellos no deben empezar a comportarse como... como sachakanos. ¿Lo entiendes? No tienes que soportarlo simplemente porque lo soportabas antes.

Él le devolvió la mirada.

—Me has entendido, ¿verdad? —insistió ella.

Él asintió.

Con un suspiro de alivio, Tessia recogió las vendas usadas y formó un rejujo con ellas.

—Debo irme. Tengo que ir a clase.

Hanara asintió de nuevo y de pronto pareció ensombrecerse.

—Vendré a charlar contigo de vez en cuando, si quieres —se ofreció ella.

Aunque la expresión del hombre no cambió, un brillo cálido apareció en sus ojos. Mientras salía de las cuadras, ella se figuró que sentía la mirada de él fija en la espalda.

«Espero que no esté alimentando esperanzas amorosas —pensó—. Me imagino el horror que eso le produciría a mi madre. Ya le costará bastante perdonarme por no intentar enamorar a lord Dakon, pero si un antiguo esclavo sachakano acaba escribiéndome poemas, me repudiará.»

Mientras entraba de nuevo en la casa y se dirigía hacia su habitación para dejar allí las vendas y su bolsa, reflexionó sobre la probabilidad de que Hanara le escribiera poemas. Seguramente ni siquiera sabía escribir. Pero, si lo hiciera, ¿cómo se lo tomaría ella?

«Es bastante guapo, tiene cierto atractivo exótico —decidió—. Sobre todo ahora que ha desaparecido la hinchazón. Pero... no. Creo que ni siquiera lo conozco lo suficiente para tener claro si me cae bien. Es demasiado hermético respecto a muchas cosas. —Se rió entre dientes—. Supongo que esas novelas que tengo en mi cuarto se equivocan de medio a medio. Los hombres herméticos con un pasado misterioso no son irresistibles en absoluto.»

Cuando llegó a las escaleras, oyó que alguien la llamaba y al volverse vio que Malia se le acercaba velozmente.

—Tu padre está aquí, aprendiz Tessia —le comunicó la doncella—. Dice que necesita tu ayuda urgentemente, por algo que ha pasado en la aldea. —Arrugó la

frente—. Espero que no sea nada grave.

—Dile que voy enseguida. Y ¿puedes avisar a lord Dakon?

—Por supuesto.

Tras subir la escalera a toda prisa, Tessia dejó rápidamente sus cosas en su habitación y salió de nuevo. Tuvo que aminorar el paso para no chocar con Jayan en lo alto de la escalera. El joven se detuvo y la miró, con una expresión que pasó de la irritación a la afabilidad fingida con que la trataba últimamente.

—Sí que estás ansiosa por llegar a clase —comentó.

—Tendré que saltármela hoy —dijo ella, deseando que él se apartara para dejarla pasar—. Ha venido mi padre por una urgencia.

—Ah, con que haciendo novillos otra vez, ¿eh? —Sonrió y sacudió la cabeza con desaprobación simulada... ¿o era un gesto burlón? ¿Se apreciaba un deje de desdén auténtico en su voz? Tessia notó que la ira crecía en su interior.

—Al menos estoy dando un buen uso a mis conocimientos —espetó, clavando la vista en él como retándolo a contradecirla.

Jayan abrió mucho los ojos, sorprendido. Retrocedió para franquearle el paso y la observó mientras bajaba las escaleras apresuradamente. Ella lo oyó farfullar algo y alcanzó a distinguir la palabra «idiota».

«De modo que me considera una idiota —reflexionó—. Necio arrogante. Seguro que no conoce más que a un puñado de personas de la aldea, y no le importa si viven o mueren, si están enfermas o sufren. Mientras se encarguen del trabajo del señorío, todo le da igual. No es mejor que un sachakano.» Decidió desterrarlo de su mente.

Por más que Dakon le insistía a su padre en que no lo hiciera, Veran siempre entraba por la puerta de servicio, y aquel día no fue una excepción. Tessia lo encontró yendo y viniendo por el pasillo al que daba la cocina. Cuando la vio, frunció el entrecejo, y ella cayó en la cuenta de que seguía con mala cara por su encuentro con Jayan.

—¿Vas a perderte una clase especialmente importante hoy? —preguntó él, recogiendo su bolsa.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—No. No te preocupes. No estoy así por Dakon o por las clases de magia. He tenido un disgusto sin importancia. ¿Dónde está Aran? —Se había habituado a la presencia del nuevo ayudante de su padre, un muchacho callado a quien le faltaba una parte de una pierna y que se había criado en una de las granjas más retiradas. La deformidad del chico le impedía participar en las labores más arduas del campo, a pesar de lo ágilmente que se movía con la pata de palo que su padre le había fabricado, pero tenía la mente despierta, y Tessia tenía que reconocer a su pesar que estaba demostrando ser un buen ayudante.

—En casa de su abuela —respondió su padre—. Se ha roto el brazo y él ha ido a atenderla.

—Ah. Bueno, ¿a quién vamos a tratar hoy?

Veran esperó a que hubieran salido de la Residencia para contestar.

—A Yaden, el hijo de Jormen. Ha amanecido con dolores en el vientre. Ahora está peor. Sospecho que tiene inflamado el apéndice.

Tessia asintió. Una dolencia peligrosa. Quizá su padre tendría que intentar extirpar el órgano, y el riesgo de infección era alto. Era muy posible que el chico muriese.

Cuando llegaron a la calle principal, se dirigieron a paso veloz hacia una de las últimas casas del pueblo, la de Jormen, el herrero. Su taller estaba a corta distancia de la parte trasera de su casa, a la orilla de uno de los arroyos que afluían al río. Por lo general, la brisa alejaba de las casas el humo de la forja, pero de vez en cuando soplaba lo que los vecinos conocían como «el viento humeante», que envolvía la aldea en una nube de un olor metálico característico.

El padre de Tessia se acercó a la puerta y llamó. Oyeron en el interior pasos de alguien que corría, y la puerta se abrió, revelando a un niño y una niña de corta edad que alzaron la mirada hacia ellos.

—¡Están aquí, están aquí! —gritó la muchacha, adentrándose en la casa a la carrera.

El niño, mientras tanto, tomó a Veran de la mano y lo guió a la planta de arriba, donde los esperaban Jormen y Possa, su mujer. El bebé que ella acunaba en brazos gimoteó débilmente para demostrar su desagrado.

—Está ahí dentro —dijo el herrero, señalando un dormitorio.

Era una habitación diminuta ocupada casi por completo por una litera de tres camas con armazón metálica. Yaden, un muchacho de unos doce años, estaba en el colchón inferior, hecho un ovillo, soltando fuertes quejidos.

Tessia observó a su padre mientras examinaba a Yaden, palpándole el abdomen con delicadeza, midiendo el ritmo de su corazón y su respiración, haciéndole preguntas. Los dos niños que les habían abierto la puerta aparecieron, seguidos de dos chicos mayores. Uno de los recién llegados conducía al otro tirando de una cuerda que llevaba al cuello.

—¿Qué es esto? —inquirió Possa con la voz tensa—. ¿Qué hacéis con esa cuerda?

—Jugamos al amo y el esclavo —dijo uno de los chicos.

Tessia y la madre intercambiaron una mirada de consternación.

—Quítate eso —ordenó Possa—. Nosotros no somos sachakanos. No esclavizamos a la gente. Eso está mal.

Tessia reparó divertida en lo desencantados que parecían los chicos mientras se despojaban de la cuerda.

—¿Y el esclavo que tiene lord Dakon? —preguntó el que había estado atado.

—Ya no es un esclavo —explicó Tessia con suavidad—. Ahora es libre.

—Pero sigue portándose de forma extraña —dijo el otro chico.

—Eso es porque no se ha habituado a la libertad y todavía no conoce nuestras costumbres. Pero ya aprenderá. En realidad es bastante agradable cuando uno llega a conocerlo mejor.

Los chicos se quedaron pensativos. Tessia oyó un resoplido y, al volverse, vio una expresión de escepticismo en la cara de Possa. La mujer apartó la mirada rápidamente. Veran emitió un gruñido de preocupación. Se enderezó y se golpeó la cabeza con la litera de en medio.

—No tengo suficiente espacio para trabajar aquí. ¿Podríamos trasladarlo a una habitación más amplia?

—¿La cocina? —sugirió el herrero, mirando a su esposa.

Ella sacudió la cabeza.

—Demasiado sucia. Hay más espacio en el sótano.

Su marido entró en el dormitorio, levantó a su hijo en brazos y bajó las escaleras, con su numerosa familia a la zaga. Tessia y Veran los siguieron a la planta baja y a lo largo del pasillo hacia la parte de atrás de la casa.

Al echar una ojeada por una puerta abierta, Tessia vio la mesa de la cocina atestada de utensilios, recipientes y cestas repletas de lo que ella reconoció enseguida como setas comestibles. Asintió, aplaudiendo para sus adentros la renuencia de Possa a llevar a Yaden a un sitio lleno de tierra y estiércol. Tal vez los esfuerzos de su padre y su abuelo por inculcar a los aldeanos cierto respeto por la higiene no habían sido tan inútiles como ellos sospechaban a menudo.

«Lo más probable es que ella no quiera que estorben su trabajo habiendo otro lugar adonde llevar a su hijo.»

La larga fila de personas descendió por otra escalera. Llegaron a una habitación fría que olía a moho y humedad, con una mesa de madera mugrosa y ennegrecida por el tiempo en el centro, y a Tessia le cayó el alma a los pies. Aquello apenas resultaba más saludable que la mesa sucia de la cocina.

—Trae la lámpara —ordenó el herrero, aunque en aquella penumbra Tessia no pudo distinguir a qué niño se lo pedía.

Notó que alguien más bajo que ella tropezaba con su zapato y oyó una exclamación de dolor. Retrocedió un paso y alguien protestó porque le había pisado el pie.

«¡Arrg! ¡Necesitamos luz ahora mismo! —pensó, exasperada—. Bueno, yo misma puedo remediar eso...»

Se concentró, y de pronto un resplandor inundó el sótano. Todos se quedaron callados. Tessia suponía que la familia y su padre estaban tan deslumbrados como ella, por lo que redujo la intensidad de la bola de luz que flotaba cerca del techo.

Al mirar alrededor, se percató de que el herrero y su familia la observaban fijamente. Hasta su padre parecía estupefacto. Notó que se le encendían las mejillas. Entonces Yaden soltó un gemido de dolor, y todos los ojos se posaron de nuevo en él. Tessia suspiró aliviada. Tendieron al muchacho sobre la mesa. El padre de Tessia le entregó su bolsa y se colocó junto a Yaden. Ella extrajo el quemador y comenzó a prepararlo sobre un taburete viejo. La esposa del herrero la observó con recelo antes de reunir a todos los niños y llevárselos del sótano.

«Da la impresión de que se los lleva para apartarlos del peligro, y no para que no estorben.»

Durante las horas siguientes, aplicaron los métodos y rutinas de siempre, pero también técnicas de cirugía, con las que ella no estaba tan familiarizada. En cierto momento, su padre alzó la vista hacia el globo de luz y pidió a Tessia que lo acercara a la mesa. Que él aceptara su uso de la magia le infundió ánimos. Al herrero se le escapó un grito ahogado cuando Veran practicó el primer corte, y salió a toda prisa del sótano.

Finalmente terminaron. Tessia guardó en la bolsa de su padre el último instrumento después de purificarlo con el fuego. Yaden yacía inconsciente, pero el ritmo de su respiración y de la sangre era constante y vigoroso. Tras echar un último vistazo al chico, absorto, Veran se volvió hacia Tessia.

Sonrió y lanzó una mirada significativa al globo de luz.

—Ha sido un truco muy práctico. Me alegra comprobar que has estado prestando atención en clase.

Ella se encogió de hombros.

—Es como aprender a poner bien las vendas. Cuando sabes cómo hacerlo, no piensas demasiado en ello. Estoy segura de que hay aplicaciones de la magia mucho más difíciles de aprender.

Algo cambió en la expresión de su padre, y el buen humor se desvaneció de su sonrisa por un momento.

—Sin embargo... imagino que podría resultar inquietante para los aldeanos que siguieras dándoles esta clase de sorpresas.

—Sí —asintió ella—. Creo que tal vez los he asustado. Ahora que he visto su reacción... me parece que intentaré no volver a llamar la atención de ese modo.

—A menos que sea necesario. —Veran se encogió de hombros—. Estoy seguro de que si tuvieras que defender la aldea o salvar una vida, lo comprenderían. Más vale que comuniqués a la familia que hemos terminado.

Ella le pasó su bolsa y se dirigió a la puerta. En el suelo del pasillo había una lámpara. La recogió, la dejó junto al chico y apagó su globo de luz, de manera que la habitación quedó iluminada únicamente por el brillo reconfortante de la lámpara.

—Había forasteros.

Tessia y su padre se quedaron inmóviles y se miraron. Ella levantó la lámpara y la sujetó junto a un lado de la cara de Yaden. Tenía los ojos abiertos. Los clavó en Veran.

—Forasteros en las montañas —susurró el chico—. Los hijos de los cazadores nos lo contaron. Papá no quería que molestáramos a lord Dakon, pero podría ser importante. ¿Se lo dirán?

El padre de Tessia se volvió hacia ella por un instante, luego miró de nuevo a Yaden y asintió.

—Por supuesto. Seguramente ya lo sabe.

El chico hizo una mueca.

—Duele.

—Lo sé. Ahora le daré a tu madre algo que sirve para aliviar el dolor. Ten paciencia. Pronto te lo traerá. —Dio unas palmaditas suaves en el hombro al muchacho, hizo una seña con la cabeza a Tessia y la siguió hasta la puerta.

—Podría estar delirando. Aun así, si su padre sabe algo, significa que lo que nos ha dicho no tiene nada que ver con la enfermedad. En ese caso, ¿podrías...?

—Se lo comentaré a lord Dakon —respondió ella con un gesto de afirmación.

Veran sonrió y devolvió su atención al chico. Cuando Tessia echó a andar por el pasillo, la esposa del herrero asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Está...?

—Está bien —le informó Tessia—. ¿Podría traer más agua limpia?

Mientras los criados retiraban los platos sucios, lord Dakon descorchó la segunda botella de vino y sirvió de nuevo a Tessia y Jayan. Los aprendices, con aspecto sorprendido, alzaron su copa en señal de agradecimiento. Los dos habían estado más callados de lo normal durante la cena. Por lo común, uno u otro conversaban con él cuando estaban sentados a la mesa. Tessia adquiriría más confianza con él a medida que transcurrían las semanas, si bien rara vez hablaba con Jayan.

La distancia que había entre ellos contrariaba a Dakon. Jayan era el primer responsable. Aunque el joven no se caracterizaba por su extroversión, era lo bastante sociable y alegre para llevarse bien con la mayoría de la gente. No obstante, saltaba a la vista que le tenía ojeriza a Tessia desde el momento en que ella había llegado.

Ella había tardado un par de semanas en darse cuenta. Jayan no se comportaba de un modo cruel o mezquino. Sin embargo, su actitud impaciente y desdenosa acabó por delatarlo, y desde entonces Tessia se había mostrado discretamente desafiante, ignorándolo cuando podía y soltándole algún que otro comentario deliciosamente mordaz cuando la provocaba.

Dakon casi disfrutaba al observarlos a los dos. Casi.

Aquella noche, Tessia parecía preocupada por algo. Jayan, por su parte, demostraba un interés poco habitual en Tessia, y la contemplaba con aire meditabundo de vez en cuando. Era una suerte que Tessia estuviera tan distraída, pues Dakon estaba seguro de que, de lo contrario, el comportamiento del aprendiz mayor le habría parecido irritante y sospechoso.

—Tengo algo que anunciaros —les dijo. Ellos enderezaron la espalda y lo miraron con curiosidad expectante—. Dentro de una semana, viajaremos a Imardin.

Tessia puso los ojos como platos. Jayan, en cambio, se repantigó en su silla, sonriendo con evidente satisfacción.

—¿A Imardin? —repitió Tessia.

—Sí. Viajo allí una vez al año —explicó Dakon— por asuntos de negocios, para comprar lo que no se puede conseguir aquí en Mandryn y visitar a algunos amigos.

Ella asintió. Dakon sabía que esta información no la sorprendería demasiado. Al igual que todos los aldeanos, debía de haber reparado en que se ausentaba cada año, sobre todo porque cuando volvía traía consigo remedios e ingredientes para su padre. Lo que la sorprendió fue la noticia de que ella viajaría con él, cosa que quedó confirmada por su pregunta siguiente.

—¿Iremos los dos con vos? —preguntó, mirando de reojo a Jayan, que frunció el ceño al oírla.

—Por supuesto. Jayan suele ir para ver a su familia. El rey exige que los magos le notifiquen sus intenciones de tomar un aprendiz. Aunque tú eres una nata y nadie puede impedir que aprendas magia, ni siquiera el rey, debo darle al menos la oportunidad de conocerte.

Ella echó otra mirada a Jayan.

—Espero que esto sea una pregunta tonta, pero ¿qué pasaría si alguien atacara la aldea mientras Jayan, vos y yo estamos fuera?

No era la pregunta que Dakon esperaba, pero si a Tessia le preocupaba la seguridad de su familia, era lógico que esto la tuviera más intranquila que la perspectiva de conocer al rey.

Dakon advirtió que Jayan ya no tenía el ceño fruncido. Daba la impresión de estar esforzándose por no dejar que asomara a su rostro expresión alguna.

—Lord Narvelan se ocupará de ello —le aseguró Dakon—, del mismo modo que yo me ocupo de cualquier problema que pueda surgir en su señorío durante su ausencia.

Ella movió la cabeza afirmativamente, pero seguía teniendo una arruga entre las cejas. Tamborileó suavemente con los dedos sobre la mesa, antes de respirar hondo y alzar la vista hacia él de nuevo.

—Hoy, cuando estábamos tratando al chico del herrero, nos ha dicho que los hijos de los cazadores afirmaban haber visto forasteros en las montañas... y que vos debíais saberlo. —Extendió las manos a los lados—. Quizá sea un disparate. El herrero cree que no es más que un cuento inventado por los niños para asustarse entre sí.

Dakon mantuvo una expresión neutra mientras meditaba sobre sus palabras. Era posible que se tratara únicamente de una habladuría o de un cuento de miedo, como había aventurado ella. O tal vez los forasteros no eran otra cosa que viajeros kyralianos, o incluso bandoleros. Quizá el temor de Narvelan a una invasión fuera lo que daba un toque siniestro a la noticia.

O la creencia de Hanara de que Takado regresaría a buscarlo. Dakon le había leído la mente aquella mañana, tras decidir que sería una imprudencia dejar la aldea sin asegurarse al menos de que el antiguo esclavo no tramara algo. Por fortuna, el hombre se había sometido voluntariamente a la lectura mental. Dakon no estaba seguro de qué habría hecho si se hubiera negado. Lo había reconfortado comprobar que estaba en lo cierto: Hanara no abrigaba intenciones terribles respecto a Mandryn. De hecho, el miedo de Hanara a que su amo volviera ponía de manifiesto las ganas que tenía de quedarse en Kyralia y lo improbable que era que volviese corriendo al lado de Takado. Dakon no encontró indicio alguno en los recuerdos del antiguo esclavo de que el mago sachakano hubiera mencionado o insinuado la posibilidad de regresar.

«Aun así, estos rumores hacen que me alegre de que Narvelan sea tan diligente. Debería investigarlos y comunicarle cualquier novedad al respecto.»

—Enviaré a alguien a hablar con los cazadores para ver si esa historia tiene algún fundamento —le dijo a Tessia.

Ella asintió y desvió la mirada. Por un momento, Dakon esperó a que Tessia diera alguna señal de que se acordaba de lo que él había dicho sobre el rey, pero ella se quedó callada, como si no lo hubiera oído o lo hubiese olvidado.

—¿Alguna otra pregunta? —dijo él.

Tessia frunció el entrecejo de nuevo.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—Un mes por lo menos. Se tarda una semana en llegar a la ciudad en esta época del año porque los caminos todavía están mojados.

La arruga entre las cejas de Tessia se hizo más profunda. Dakon, que sabía que la corroían las dudas respecto a cómo se las arreglaría su padre sin ella, sonrió. Según todos los testimonios, el nuevo ayudante del sanador aprendía deprisa. El mago decidió cambiar de tema.

—Nunca has estado fuera de Mandryn, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Será una experiencia nueva para ti, entonces. Proseguiremos con las clases durante el viaje. De ese modo nos distraeremos y tú seguirás avanzando en tu educación. Me temo que Jayan y yo hemos recorrido el trayecto tantas veces que seguramente solo nos fijaremos en la lluvia y el frío.

»Nos alojaremos en casa de dos lords del campo cuando pasemos por sus señoríos. Por lo demás, pernoctaremos en los pueblos a los que consigamos llegar antes del anochecer, en la residencia del burgomaestre. En Imardin nos hospedarán lord Everran, un amigo mío, y lady Avaria, su esposa. Heredó una de las grandes Casas de la ciudad, un edificio enorme y medio vacío. Los dos son magos; tal vez te resulte interesante conversar con otra mujer maga, aunque probablemente lady Avaria preferirá llevarte de compras por la ciudad y a visitar a sus amigas, que te incitarán a gastarte toda la asignación que voy a darte y más.

Tessia abrió mucho los ojos.

—No tenéis por qué...

—Oh, créeme, tengo que hacerlo —le aseguró él—, o de lo contrario Avaria me cantará las claras. Además, no sería justo que le diera a Jayan un poco de dinero para sus gastos sin hacer lo mismo por ti. —Se volvió hacia Jayan, que se encogió de hombros—. ¿Tienes alguna pregunta?

Jayan sacudió la cabeza y luego titubeó.

—¿Queda algo de vino?

Dakon se rió y extendió la mano hacia la botella.

—Creo que lo que queda alcanzará para llenar las tres copas hasta la mitad. Luego podríamos contar algunas anécdotas de nuestros viajes.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —inquirió Jayan, mirando a Tessia de soslayo—. ¿O es que quieres quitarle las ganas de acompañarnos?

Dakon restó importancia al asunto con un movimiento de la mano.

—Oh, nunca nos ha pasado nada verdaderamente peligroso o desagradable.

—¿No? —preguntó Jayan, con una expresión de claro desacuerdo.

—Nada que no sea material para una buena historia, quiero decir.

Tessia arqueó las cejas mientras Dakon desplegaba una gran sonrisa.

—Bueno, me acuerdo de aquella vez que yo estaba ayudando a Jayan a perfeccionar su técnica para crear bolas de fuego...

Tessia cruzó sigilosamente por la puerta principal de la casa de lord Dakon y entró en el recibidor bien iluminado. Últimamente el mago le insistía en que utilizara la entrada delantera, alegando que tanto Jayan como él la usaban, y que si ella se empeñaba en entrar y salir por la puerta de servicio, los aldeanos creerían que él se resistía a concederle todos los derechos que traía consigo su nueva condición.

Todo era mucho más elegante en aquella parte de la casa. Una escalera lo bastante ancha para que dos o incluso tres personas subieran una al lado de otra, con una barandilla primorosamente tallada, ascendía a la primera planta. Amplias aberturas a izquierda y derecha invitaban al visitante a internarse por pasillos laterales, desde donde podían acceder al comedor y a un salón formal.

Cuando Tessia cerró la puerta, una cabeza asomó por uno de los pasillos. Keron sonrió, saludó cortésmente con un movimiento de la cabeza y desapareció de nuevo. Tessia cruzó el vestíbulo hacia las escaleras.

Al llegar arriba se detuvo. Dakon le había propuesto que cenara con sus padres el día antes de partir hacia Imardin. Veran y Lasia habían expresado su entusiasmo por su viaje inminente, cada uno a su manera: su madre con exclamaciones de deleite, y su padre con consejos discretos sobre cómo debía comportarse en la ciudad. Había sido agradable pero agotador. Estaba deseando subir a su habitación y meterse en la cama.

Salía luz de la puerta de la biblioteca, y unas voces llegaron hasta sus oídos. Casi sin darse cuenta, Tessia se encaminó hacia la puerta en vez de dirigirse a su dormitorio. Dudaba que pudiera conciliar el sueño, a pesar de su cansancio. Seguramente se quedaría despierta en la cama, como las dos noches anteriores, pensando en el viaje que le esperaba y en lo que podía suceder en la ciudad. Por otra parte, tal vez Dakon tuviera instrucciones de última hora que darle.

Cuando apareció en la puerta, Dakon y Jayan alzaron la vista. Ella vio que ambos tenían libros entre las manos, pero por las voces que había oído Tessia supuso que habían interrumpido la lectura para hablar. El mago sonrió, pero una arruga surcó la frente del aprendiz por un instante.

—Ah, Tessia —dijo Dakon—. ¿Cómo ha ido la cena con tus padres?

—Bien, lord Dakon. Me han prodigado consejos. —Se encogió de hombros—. No estoy segura de que sean muy útiles, aunque me los han dado con la mejor de las intenciones.

—Estoy seguro de ello —dijo él, riéndose entre dientes—. Tu madre no conoce Imardin, ¿verdad?

—No. Mi padre sí, pero hace más de diez años que no viaja allí. Al parecer esto es algo que le molesta ahora. Me temo que le habéis metido ciertas ideas en la cabeza.

—Hmmm. Tal vez debería haberlo invitado a acompañarnos. Supongo que ya es demasiado tarde para eso.

Ella contuvo el aliento. Habría sido maravilloso viajar a Imardin con su padre. Estaba convencida de que a él le habría gustado. Sin embargo, era probable que Veran hubiera rechazado la oportunidad por temor a dejar la aldea sin un sanador.

Se impuso un silencio breve. Ella intentó pensar algo que decir.

—¿Hay algo más que deba hacer antes de que partamos por la mañana?

Dakon sacudió la cabeza, pero la contempló con expresión pensativa.

—Sí, hay una cosa. —Hizo una pausa—. Ahora que has alcanzado el control sobre tu energía, ha llegado el momento de que iniciemos el ritual de la magia superior.

Tessia parpadeó y se estremeció con una mezcla de emoción y miedo.

—¿Esta noche? —Notó que se le aceleraba el corazón—. ¿Ahora?

—Sí.

—Bien, de acuerdo. —Entró en la habitación—. ¿Y cómo... funciona?

—Tal vez sería más fácil mostrárselo —sugirió Jayan.

Tessia se sobresaltó. Casi se había olvidado de que él estaba allí.

Dakon se volvió hacia el aprendiz. Tras intercambiar una mirada indescifrable, Dakon asintió despacio.

—Tal vez tengas razón.

Se levantó de su asiento y se situó en el espacio comprendido entre los sillones. Jayan dejó su libro a un lado, bostezó y se puso de pie. Esbozó una sonrisa, y de pronto una expresión que Tessia nunca había visto serenó su rostro y le confirió una dignidad que lo hizo parecer mayor.

Se acercó a Dakon y se detuvo frente a él, con la vista fija en el suelo. A continuación se arrodilló y levantó las manos, con las palmas hacia arriba, a la altura de su cabeza.

A Tessia le bajó un escalofrío por la espalda. Jayan ya no era el joven desdenoso de siempre, sino un aprendiz obediente y sumiso. Dakon ya no era el benévolo gobernante del señorío y la aldea, sino el maestro de magia. «Este es el mundo de los magos que la gente de a pie no llega a conocer», pensó ella. Era un mundo que ellos habían mantenido en secreto hasta entonces. Un mundo del que ella formaba parte. Esta idea se le antojó irreal. Inverosímil. Pero tal vez participar en el ritual reforzaría su sensación de pertenecer a ese mundo.

Dakon llevó la mano al interior de su chaqueta y extrajo un objeto pequeño y delgado. Cuando deslizó una pieza del objeto para abrirlo, Tessia cayó en la cuenta de que era una navaja pequeña. Dakon tocó ambas palmas de Jayan con la punta de la hoja. Si a Jayan le dolió, lo disimuló bien. A continuación, el mago guardó la

navaja, posó las manos sobre las de Jayan y cerró los ojos.

Tessia aguantó la respiración, con el corazón latiéndole aún a toda prisa. Al cabo de un momento, Dakon apartó las manos de las de su aprendiz, sonrió y murmuró algo. El rito había concluido.

«¿Eso es todo? —pensó ella—. No, claro que no. Siempre hay algo más cuando se trata de la magia.»

Jayan se levantó, se sacudió el polvo de las rodillas con aire reflexivo y sacó un trapo de su vestidura para limpiarse las manos. La miró y se encogió de hombros.

—¿Lo ves? No tiene mayor secreto.

«Que salte a la vista, no», pensó ella con sarcasmo. Sin embargo, ver que él había sobrevivido al ritual tan campante la tranquilizó. Conteniendo una aprensión repentina y luchando por dominar sus nervios, dio un paso al frente. Jayan se apartó mientras ella se acercaba, y Dakon le dedicó a Tessia su sonrisa de aliento habitual. Una vez se encontró frente a él, alzó la mirada pero la desvió enseguida al comprender que sería más incómodo cuanto más prolongara la parte del rito que seguía. Se arrodilló rápidamente y levantó las palmas, sin despegar los ojos del suelo e intentando no imaginarse a sí misma con un aspecto tan sumiso como el que había mostrado Jayan.

«Sumiso pero respetuoso —pensó de repente—. Supongo que el rito reviste cierta dignidad. Me pregunto cómo lo harán los sachakanos. Probablemente ni siquiera siguen un ritual. Deben de arrancar la energía a sus esclavos sin más cuando les apetece. Así que el hecho de que los magos kyalianos tengan un ritual es algo positivo, una muestra de respeto hacia los aprendices...»

Al notar un dolor agudo y localizado en la palma, resistió el impulso de mirar hacia arriba. Hubo un segundo pinchazo. Entonces la mano de Dakon entró en contacto con la suya.

Empezó a sentir un leve mareo. Después no tan leve. Se percató de que se estaba inclinando hacia un lado e intentó recuperar el equilibrio, pero no consiguió que su cuerpo la obedeciera. Unas manos la aferraron por los hombros para sostenerla. La sensación de debilidad se tornó más definida cuando ella notó que otra voluntad absorbía su energía. Aunque reconoció la presencia de Dakon asociada a aquella voluntad, se resistió instintivamente..., en vano. Por primera vez desde que había aprendido a encauzar su energía, no tenía control sobre ella.

De pronto, el control le fue devuelto. Ella sintió que una sacudida le recorría el cuerpo como reacción exagerada a su deseo de recuperar el equilibrio. Unas manos la sujetaron de nuevo.

—No te preocupes. Ya aprenderás el truco para dejar de caerte.

Era la voz de Jayan, procedente de detrás de ella. Era él quien la estaba sosteniendo. De repente, lo único que ella deseaba era levantarse para dejar de estar arrodillada en el suelo sin nada que le impidiera caer al suelo excepto Jayan. Se soltó y se puso de pie, extendiendo la mano hacia una silla para estabilizarse mientras la invadía otra vez una sensación de mareo.

—Despacio —dijo Dakon—. Te has manejado bien, pero puede ser duro para el organismo hasta que se acostumbra.

Tessia se volvió hacia él.

—Entonces, ¿ha dado resultado? ¿No he hecho algo mal?

—No —respondió él con una sonrisa—. Ha dado resultado. Como dice Jayan, tu cuerpo encontrará la manera de sostenerse solo. Tu mente se adaptará también. ¿Cómo te encuentras?

Ella se encogió de hombros.

—Bien. Ha sido... interesante. Soportable. —Echó una mirada a Jayan, que la observaba con una leve sonrisa en los labios—. Sobreviviré.

Dakon llevó de nuevo la mano a su chaqueta, pero esta vez sacó un pequeño paño blanco y se lo tendió. Al cogerlo, ella se percató de que tenía un hilillo de sangre en la palma de la mano.

—¿Alguna pregunta? —inquirió él con aire expectante.

—¿Por qué es necesario hacer los cortes? —preguntó ella mientras se enjugaba las manos, apretándose las incisiones que tenía en las palmas. Ya no le sangraban.

—La piel de los humanos y los animales es una especie de límite —explicó él—. Todo lo que tenemos debajo de la piel está bajo nuestro control. Por eso un mago no puede acceder al interior del cuerpo de otro humano para dañarlo, por muy poderoso que sea. Puede atacarlo desde fuera, pero no influir en nada de lo que hay dentro. —Dakon regresó a su sillón a sentarse, y Jayan lo imitó—. Para hacernos con el control, debemos traspasar la barrera.

Tessia reflexionó sobre esta información mientras se acercaba a su asiento habitual.

—¿El mago que absorbe la energía siempre tiene el control? ¿Qué pasa si la persona a quien intenta controlar es un mago superior también?

—El que absorbe energía sigue teniendo la barrera intacta —señaló Dakon—. Y aunque no fuera así, una vez que empieza a asimilar energía también puede debilitar el cuerpo del otro. El grado en que lo haga depende de la habilidad y el propósito del mago que utiliza la magia superior. Si se trata de un intercambio benévolo, debilitará al otro lo menos posible. Si es malévol, el mago superior puede paralizar a su víctima, impidiéndole incluso pensar.

Tessia se estremeció. Aunque el rito de la magia superior era simple, parecía una versión suavizada de un acto de violencia y muerte. Era algo análogo a pedir a los aprendices que expusieran su garganta al agudo filo de la espada de su maestro, confiando en que no los degollaría.

Pero no había espada que arrebatara las fuerzas a sus víctimas. No había espada, por muy delicadamente que se utilizara, que pudiera beneficiar tanto a su dueño como la magia superior. El rito no solo consistía en un trasvase de energía, sino en una demostración de confianza y respeto. A cambio, los aprendices se instruían en el uso de la magia. Con ello pagaban años de entrenamiento y conocimientos que de otra manera tendrían que adquirir por medio de la experimentación. También se les proporcionaba comida y un techo bajo el que vivir mientras durase su formación, además de ropa bonita... y una que otra visita a Imardin para codearse con los poderosos y los influyentes. Tal vez incluso con el rey.

De pronto, no daba la impresión de que Dakon recibiera mucho a cambio de su tiempo y energía. Solo magia. A menos que necesitara esa magia adicional por algún motivo en especial, debía de tener la sensación de que invertir tanto tiempo y esfuerzo no valía la pena. No era de extrañar que algunos magos optaran por no tener aprendices.

Sin embargo, los cortes en las manos de Tessia empezaron a escocerle ligeramente, reconoció para sí, de mala gana, que habría ocasiones en que ella pagaría con creces por su entrenamiento, y tomó nota mentalmente de conseguir un bálsamo para heridas antes de partir.

A la luz de una lámpara de aceite y de la media luna, Hanara y dos de los mozos de cuadra más jóvenes engrasaban con esmero el cuero de los arreos y daban brillo a la tapicería del carruaje de lord Dakon.

Desde que había aceptado la oferta de trabajo de lord Dakon y se había instalado en las habitaciones de las caballerizas, Hanara se sentía mucho más cómodo con su entorno. Sin embargo, no se encontraba tan a gusto con los mozos de cuadra. Intercambiaban de continuo chanzas y pullas que ningún amo sachakano habría toterado. Hanara no sabía cómo actuar frente a ello, así que había decidido fingir que le costaba entender su acento y sus costumbres más de lo que le costaba en realidad. Cada vez que le gastaban una de sus ridículas bromas, él hacía caso omiso de las risotadas. Había soportado vejaciones mucho peores, y su resignación cargada de cansancio parecía despertar en ellos un respeto extraño.

«Yo era el esclavo fuente de un ashaki —se recordó a sí mismo—. Ellos nunca entenderán lo que eso suponía. No saben que muy pocos esclavos alcanzan esa posición.»

Solo uno de cada mil tenía la posibilidad de conseguirlo. Era algo que estaba a medio camino entre ser el sirviente personal favorito de un lord kyaliano y ser su aprendiz. Con la salvedad de que uno seguía siendo un esclavo.

Se había convertido en un plebeyo más. Pero era libre. Sin duda había ganado mucho más de lo que había perdido.

Al igual que los otros mozos de cuadra, todas las semanas recibía una moneda de lord Dakon, aunque se la entregaba Keron, el mayordomo. Al principio, Hanara no sabía qué hacer con el dinero. Las criadas de la casa le llevaban comida por la mañana y por la noche, de modo que él no tenía que comprarla. Le habían facilitado botas y ropa el día que se había mudado a las caballerizas. Las prendas abrigaban más que su viejo atuendo de esclavo, pero eran más ásperas que la tela fina que le proporcionaba Takado. Por suerte, dormía en un camastro en el pajar de las cuadras, apartado de los otros trabajadores —a quienes por lo visto les gustaba dormir cerca de los caballos—, así que tampoco tenía que pagar por su alojamiento.

Finalmente, al observar a los demás, Hanara descubrió que a los mozos de cuadra les gustaba gastar su sueldo en frivolidades en la aldea. El panadero hacía dulces, además de pan. La esposa del herrero vendía confituras, frutos secos, velas aromáticas, aceites y bálsamos. Uno de los ancianos tallaba utensilios y recipientes de madera que habrían sido mejores si hubieran estado hechos de metal o cerámica, así como piezas para juegos, cuentas para collares y figuritas extrañas de animales y personas.

Al principio, Hanara no veía razón alguna para gastar su dinero en aquellos objetos. Miraba cómo los otros peones comparaban sus compras cuando regresaban a las cuadras y se fijaba en si conservaban el artículo o se lo regalaban a otra persona, normalmente una de las mujeres de la aldea.

Poco a poco comprendió que salir a comprar le serviría de excusa para explorar mejor la aldea, así que un día siguió a algunos de los trabajadores en una de sus excursiones. Cuando repararon en él, le insistieron en que se uniera a ellos. Tal vez lo habían aceptado y querían incorporarlo al grupo, o quizá pretendían mantenerlo vigilado. Se había dado cuenta de que nunca lo dejaban solo, y a veces los sorprendía observándolo.

Los aldeanos trataban con cordialidad a los mozos de cuadra, pero cuando veían a Hanara, sus sonrisas se volvían forzadas. Seguían mostrándose amables cuando él se acercaba a comprar algo, pero en el momento en que desviaban la mirada su expresión pasaba a reflejar miedo, recelo o antipatía.

Camino de regreso a las caballerizas, advirtió que unos niños lo miraban escondidos tras las casas. Algunos echaron a correr cuando él los vio. Era una ironía que le tuvieran miedo a él, que había sido un humilde esclavo.

Los mozos de cuadra pasaron junto a un grupo de cuatro mujeres jóvenes, que cuchichearon entre sí e hicieron muecas de desagrado al fijarse en Hanara. Dos muchachos que se percataron de ello clavaron en Hanara sus ojos entornados mientras se alejaba con sus compañeros.

A Hanara no le sorprendió el modo en que los aldeanos reaccionaban a su presencia. Era un forastero. Procedía de un país que había conquistado el suyo en otro tiempo. Pertenecía a una raza que ellos tenían.

Tessia le había dicho que si alguien del pueblo lo molestaba, debía avisarla. Le había asegurado que había leyes y normas que lo protegían. Hanara sonrió al recordar las visitas de la joven. De todos los aldeanos, ella era quien menos lo tenía y desconfiaba de él. La persona que más cerca estaba de comprenderlo no lo odiaba.

Allí, en las caballerizas, era fácil sonreír ante la altanería de algunos de los vecinos de la aldea. No eran esclavos, pero tampoco eran tan libres como creían. La mayoría trabajaba mucho de todos modos. Aunque gozaran de un sueldo y de su supuesta libertad, estaban sometidos al señor al que servían porque él era el propietario de la tierra que labraban y de las casas en que vivían. Estaban a merced de sus caprichos, tanto como si fueran sus esclavos. No tenían la sensación de serlo simplemente porque lord Dakon era un hombre benévolo y generoso.

«Incluso me pidió que le dejara leerme la mente. Creo que se sentía culpable por ello. ¿Cómo puede alguien ser tan escrupuloso, tan remilgado?» Se había sentido tentado de negarse, para ver si Dakon insistía o por el contrario pedía perdón y se marchaba, pero Hanara había querido que el mago estuviera enterado del peligro. Takado volvería a buscarlo.

«Dudo que lo creyera. Buscó pruebas de ello. Yo no necesito pruebas. Conozco a Takado. ¿De qué me sirve que me conceda la libertad un hombre incapaz de protegerme porque no me cree cuando digo que estoy en peligro?»

Tal vez le habría convenido más trabajar para un mago más curtido. O tal vez no. Mientras acompañaba a Takado en sus viajes por Kyalia, había visto a varios sirvientes desdichados y temerosos. Había oído historias y rumores. Algunos magos kyalianos llegaban a ser desalmados, y no había gran cosa que sus criados pudieran hacer al respecto.

«No todos los ashakis son tan crueles como Takado —se dijo—. Algunos son mucho peores, por supuesto. Pero también se dice que hay ashakis que tratan bien a sus esclavos.»

Takado era un hombre que actuaba con crueldad, pero rara vez sin motivo. No hería o mataba esclavos que no le hubieran fallado u ofendido de alguna manera. El

castigo solía ser proporcional a la falta. Que Hanara supiera, Takado nunca había hecho daño a un esclavo por diversión, aunque no era una práctica inusual entre otros ashakis.

Hanara se removió en su asiento, presa de una súbita incomodidad ante la inquietud con la que ya estaba familiarizado y que se había apoderado de él otra vez, como todas las noches desde que había despertado en la Residencia, vendado de pies a cabeza.

No entendía por qué Takado lo había castigado con tanta saña y se había marchado sin él, cuando su error había sido tan leve. «Si Takado no ejerce la crueldad sin motivo, lo que ocurre es que no he descubierto el motivo todavía.»

Pero si Hanara no merecía un castigo tan brutal, ¿qué otra razón tenía Takado para maltratarlo? ¿Intentaba impresionar a lord Dakon? ¿Quería que Hanara quedara demasiado malherido para acompañarlo de vuelta a su país?

¿De qué podía servirle a Takado que Hanara estuviera atrapado en Kyralia?

La respuesta más obvia era que su amo esperaba que espíara a lord Dakon, aunque Hanara no podía imaginar por qué a lord Dakon y no a alguno de los magos más poderosos.

«¿Y cómo se supone que voy a espíarlo si estoy aquí fuera, en las cuadras, y él siempre está en la Residencia? Si me pongo a deambular por dentro de la casa, despertaré sospechas. Como si no hubiera despertado ya bastantes.»

Dakon pronto se marcharía también. ¿Cómo iba a espíar al mago si no estaba?

¿Cómo iba lord Dakon a proteger a Hanara si no estaba? Se le aceleró el corazón, como cuando se había enterado de que el mago partiría de viaje a Imardin.

«¿Puedo convencer a lord Dakon de que me lleve consigo?»

Sacudió la cabeza y suspiró. Lord Dakon se había mostrado amable y generoso con él, pero Hanara sabía que el hombre no era un tonto. El último sitio al que llevaría a un posible espía era la ciudad, donde Hanara podría averiguar algo útil. El mago querría que Hanara se quedara allí, vigilado por su gente, donde no supusiera una amenaza.

«No soy un espía. No tengo nada que contarle a Takado. Pronto ni siquiera sabré dónde está lord Dakon.»

Sin embargo, en el momento mismo en que lo estaba pensando se percató de que se equivocaba. Sabía dónde no estaría lord Dakon. También sabía que un mago que vivía cerca protegería la aldea en caso necesario.

Era consciente de que, si bien Takado podía extraer esta información de su mente, para ello tenía que ponerse en contacto con Hanara. Por lo pronto, no podía hacer otra cosa que esperar que las precauciones que había tomado lord Dakon fueran suficientes.

SEGUNDA PARTE

El escudo mágico que rodeaba el carruaje lo resguardaba de la lluvia y el viento, pero los únicos métodos que se conocían para allanar el camino por medio de la magia eran demasiado lentos o laboriosos para que valiera la pena aplicarlos. Aquel barro lleno de surcos, baches y charcos era un suplicio tanto para los caballos como para los humanos, pues los cascos de los primeros se hundían en él, y los segundos tenían que soportar sacudidas y bandazos.

«Alguien debería inventar un carruaje más cómodo», pensó Dakon. Había ordenado que quitaran la capota de aquel porque estar encerrado en un vehículo en movimiento le provocaba náuseas. Tanner, el cochero, lo había guardado por si lo necesitaban más tarde.

Proteger a los demás y a sí mismo con magia requería poco esfuerzo, por lo que a lord Dakon apenas le costaba dedicar parte de su atención a impartir clases. Dos objetos se movían en el aire entre los cuatro viajeros. Uno era un disco de metal, el otro un cuchillo pequeño. El cuchillo salía proyectado una y otra vez hacia el centro del disco, que lo esquivaba. Malia emitió un gemido y se encogió cuando el cuchillo pasó rozándole la oreja a toda velocidad.

—¿No sería más seguro practicar con otra cosa que no fuera un cuchillo? —preguntó Tessia, con la voz tensa.

Jayan fijó la mirada en el disco.

—Es un estímulo para que te concentres.

La arruga en el entrecejo de Tessia se hizo más profunda, y de pronto Dakon vio que se relajaba. Los ojos de la joven se posaron rápidamente en Jayan. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. El cuchillo zigzagueó en el aire y repentinamente salió disparado directamente hacia el disco.

Se oyó un tintineo metálico seguido de una palabrota masculada por Jayan.

Dakon se rió de la expresión de sorpresa de su aprendiz mayor.

—¿Qué has hecho, Tessia? —preguntó.

—Me he imaginado lo que vería Jayan si el disco estuviera entre él y el cuchillo. Le impediría verlo.

Dakon asintió.

—Bien hecho. Te has valido de un razonamiento y de la imaginación. Aún no eres rival para él en lo que se refiere al control y la reacción, y mientras no lo seas esta manera de pensar es la que te permitirá ganar el juego. O eso o su pereza. —Jayan miró a Dakon con el ceño fruncido en señal de desaprobación—. Pero es destreza lo que debes adquirir. Ahora, cambios de lugar.

Tessia mantuvo la vista clavada en el disco para esquivar y eludir el cuchillo perseguidor. Para entonces, habían jugado a eso muchas veces. Jayan empezaba a quedarse sin trucos con los que sorprenderla, y ella era cada vez más hábil para manipular objetos con la magia y su voluntad.

Dakon reprimió una sonrisa. Viajar solo resultaba emocionante cuando uno exploraba territorios desconocidos, no cuando tenía que recorrer los mismos caminos impracticables que le sacudían los huesos en cada trayecto. ¿En cuántas ocasiones había viajado a Imardin? Había perdido la cuenta.

Como siempre, sus aprendices le proporcionaban distracción y aliviaban su aburrimiento. Sin embargo, Dakon echaba de menos las conversaciones que había disfrutado en viajes anteriores, pues Jayan adoptaba una actitud reservada en presencia de Tessia, que no llenaba precisamente el silencio. Por fortuna no era el tipo de mujer que parloteaba sin cesar, pero tampoco se sentía inclinada a hablar delante de su compañero aprendiz.

En realidad, pensó Dakon, ambos eran de lo más ariscos cuando estaban juntos.

Por eso los mantenía ocupados con sus clases. Hasta Malia parecía divertirse un poco con sus ejercicios, que observaba fascinada y a veces con un gesto de preocupación, pues ante sus ojos se estaba haciendo más magia de la que la mayoría de la gente del campo veía en toda su vida.

Dakon advirtió que la doncella se mostraba cada vez más comedida y respetuosa con el paso de los días. Tal vez aquella exhibición de poder la intimidaba. O quizá estuviera exhausta. Era la única criada doméstica que los acompañaba; Carnia le había pedido al mago que se llevara a Malia en vez de a ella, alegando que estaba haciéndose demasiado mayor para semejantes periplos y que a la chica le vendría bien viajar un poco «para madurar».

Un grito de triunfo de Jayan le indicó a Dakon que el aprendiz había conseguido por fin que el cuchillo tocara el centro del disco. A una señal de Dakon, los dos intercambiaron de nuevo los papeles.

Jayan soltó una risita. Su disco se detuvo bruscamente, suspendido en el aire entre Tessia y él, y comenzó a dar vueltas en torno a su eje. Cuando ella intentó lanzar el cuchillo hacia el objeto, el borde del disco lo golpeó al girar y desvió su trayectoria. Tessia miró a Dakon.

—¿Eso está permitido?

El mago se encogió de hombros.

—Ninguna ley lo prohíbe.

—Pero no es justo. ¿Cómo se supone que voy a clavar el cuchillo así?

Por toda respuesta, él le dirigió una mirada expectante. Ella se volvió de nuevo hacia el disco giratorio.

—Me imagino que si hago que el cuchillo gire alrededor del disco a la misma velocidad...

—Veamos si eres capaz —dijo Dakon con una sonrisa.

El cuchillo empezó a dar vueltas en torno al disco, apuntando en todo momento a su objetivo. Sin embargo, por más que aceleraba, no alcanzaba la velocidad del disco, que giraba tan rápidamente que parecía una esfera borrosa.

—No puedo —declaró Tessia con frustración, desistiendo de su intento—. Si no puedo ver a qué velocidad gira, ¿cómo voy a igualarla?

Dakon se percató de que Jayan estaba esforzándose al máximo por no parecer demasiado pagado de sí mismo.

—No se puede —respondió Dakon.

—Entonces, ¿por qué me habéis pedido que...? —Se contuvo y adoptó un aire pensativo—. Para que aprendiera que es imposible —concluyó.

—En efecto —confirmó él—. El mago más poderoso de la historia también sería vulnerable si se quedara ciego. Nuestra forma física constituye nuestra mayor limitación.

Ella se frotó las sienes.

—No necesitaba una demostración de eso —dijo ella con sarcasmo, pero sin rencor—. Tengo un dolor de cabeza que me recuerda mi forma física de manera muy eficaz.

—Entonces, es mejor que descanses —dijo él—. Pronto se te pasará.

Miró a Jayan, pensando qué actividad proponer a continuación. Jayan necesitaba perfeccionar sus habilidades de lucha, tanto mágicas como estratégicas. Era demasiado fácil saltarse los ejercicios de combate cuando uno estaba cómodamente instalado en un entorno apacible y seguro. Los de magia podían resultar peligrosos, no solo para el mago y el aprendiz, sino también para los edificios y personas de la zona. Ahora que había indicios de una amenaza por parte de Sachaka, Dakon debía asegurarse de que por lo menos Jayan estuviera preparado. Sin embargo, era evidente que no podían ponerse a lanzar descargas de magia de un lado a otro mientras viajaban.

Había un brillo de esperanza en los ojos del joven.

—¿Kyrima?

Dakon asintió.

Mientras Jayan rebuscaba en el equipaje la caja que contenía las piezas del juego, el mago sonrió. Se acordaba de las partidas que había jugado con su maestro. Los sachakanos, tras ocupar Kyralia, habían prohibido el Kyrima, lo que demostraba su eficacia como medio de aprendizaje de estrategias de batalla. Una vez reconquistada la independencia, el juego volvió a salir a la luz, aunque después de trescientos años de práctica clandestina, hubo que reformular las reglas, pues habían evolucionado muchas variantes. La mayoría de los magos aprovechaba la ocasión de medirse contra un adversario nuevo siempre que podía, ya que el jugador acababa por aprender los hábitos y tácticas de aquellos contra quienes jugaba con regularidad.

Malia y Jayan se cambiaron los asientos en el carruaje, de modo que Dakon y su aprendiz quedaron sentados uno frente a otro. Eligieron sus piezas; un mago para cada uno, y un número de «fuentes» determinado por tres tiradas de un dado. Otra tirada decidía la fuerza del mago. Jayan miró a Tessia y le tendió una tablilla encerada y un estilo.

—¿Llevas la cuenta de los puntos?

Con un suspiro, ella cogió los utensilios.

—¿Por qué muchos de vuestros juegos tienen que ver con la guerra y con peleas?

—La lucha nos empuja a expandirnos, a forzar los límites de nuestras habilidades y nuestros poderes —respondió Dakon.

—Ser capaces de defender a nuestro pueblo y nuestro país forma parte de nuestra responsabilidad como magos —terció Jayan—. Si no aprendiéramos a luchar..

Bueno, nos convertiríamos en los parásitos inútiles y pretenciosos que algunos dicen que somos.

Dakon pestañeó y fijó la vista en Jayan, con ganas de preguntarle a quién había oído decir semejante cosa, pero como no quería dejar de responder a la pregunta de Tessia, le devolvió su atención.

—Lo que aprendemos en estos juegos puede aplicarse a otros ámbitos. El control que se adquiere con el juego del disco y el cuchillo puede resultar útil si estás ocupada con algo que requiere más de dos manos y no cuentas con un ayudante, o si tu ayudante carece de la destreza necesaria para la tarea.

Tal como él esperaba, una expresión de comprensión que ya conocía apareció en el rostro de Tessia, seguida por otra más reflexiva, casi hermética. Dakon sabía que estaba pensando cómo valerse de esta habilidad para la sanación. Esa misma expresión había asomado a su cara cuando sus conversaciones tocaban el tema de la sanación y la magia en demasiadas ocasiones como para que él no la reconociera.

¿Perdería alguna vez su interés —obsesión, tal vez— por la sanación? ¿Tenía algo de malo? Dakon esperaba que la respuesta a ambas preguntas fuera negativa. Si bien su aprendizaje se habría visto beneficiado por una fascinación similar hacia la magia en sí, ella absorbía los conocimientos y desarrollaba su destreza a un ritmo aceptable. Más que aceptable, como le complacía comprobar. Para tratarse de una aprendiz que tenía que aprender mientras viajaba, compartiendo el tiempo y la atención de su maestro con otro, estaba progresando con una rapidez impresionante.

Lo más sorprendente era su forma de hacerlo. Lo visualizaba todo en relación con su ser físico. Aunque al principio él creía que esto se debía a que había aprendido a pensar desde la perspectiva de una sanadora, tenía la incómoda sensación de que había algo más. Cuando se le enseñaba a usar la magia de una forma determinada, ella asimilaba el concepto de inmediato y comprendía todas las variantes, casi tan instintivamente como un enka recién nacido aprendía a caminar, a correr y luego a saltar.

A Dakon no le cabía duda de que un día ella lo superaría no solo en fuerza, sino también en habilidad. Sería interesante observar el proceso.

No obstante, cuando llegaba el momento de entrenarse para el combate, ella oponía una resistencia considerable. Tal vez era natural que a una persona tan preocupada por curar la repelieran las acciones concebidas para hacer daño. Necesitaba conocer el valor de las habilidades defensivas. Era mejor evitar las heridas desde un principio que tener que tratarlas.

Centrándose de nuevo en el juego, dotó a cada una de sus piezas de un escudo protector diminuto y las suspendió en el aire. Jayan siguió su ejemplo. Colocaron varios objetos entre ellas para que sirvieran de obstáculos, y se turnaron para tapar la vista del otro con una esterilla de viaje mientras disponían sus piezas. Por último, bajaron la esterilla y la partida dio comienzo.

Al final de la primera mano, los dos habían gastado casi todo el valor de sus piezas fuente. Dakon se arriesgó a elevar una de sus fuentes a la categoría de mago.

Esto implicaba que había perdido un día completo, pero al principio de una mano las fuentes contaban con toda su energía, pues representaba que habían descansado durante una noche.

—¿Cómo es que vuestros magos disponen de tantas fuentes? —preguntó Tessia—. Los magos kyralianos no tienen tantos aprendices.

—Es cierto —convino Dakon—, pero en tiempos de guerra hay personas que se ofrecen voluntarias para que las utilicen como fuentes.

—¿Alguna vez disponen sus piezas ambos jugadores o uno de ellos como si fueran magos sachakanos?

—Sí.

—¿Y qué diferencia hay? ¿Está obligado el jugador a retirar las fuentes de la partida una vez que las utiliza?

—No necesariamente, aunque cuando uno juega al estilo sachakano le está permitido matar fuentes para dar puntos extra a su mago. Los magos sachakanos no son tan propensos a matar a sus fuentes como se dice. En una batalla prolongada, las fuentes son más valiosas si siguen con vida y pueden utilizarse de nuevo al día siguiente.

—Pero no en las batallas cortas.

—Ni en las situaciones desesperadas —añadió Dakon.

—¿Por qué los no-magos no están representados en el juego? No hay personas o guerreros comunes.

—Las armas comunes no sirven de mucho al luchar contra un mago —señaló Jayan.

—A menos que el enemigo esté agotado —dijo ella—. Si las armas siempre son ineficaces, ¿por qué la gente normal las fabrica y aprende a utilizarlas?

—Las personas comunes son una fuente potencial de energía durante la batalla —le explicó Dakon—. Por eso más vale mantenerlas fuera del alcance del enemigo.

Los no-magos que usan armas comunes suelen ser guardias, y su propósito principal es proteger o controlar a las personas normales. Hace muchos cientos de años que Kyralia no cuenta con soldados como parte de sus fuerzas defensivas. Desde la época en que los magos eran escasos y caros de contratar. ¡Eh!

Aprovechando que Dakon estaba distraído, Jayan había atacado a uno de los magos del lord. Como Dakon no consiguió reforzar su escudo a tiempo, la pieza empezó a brillar y a fundirse. Con un suspiro y pasando por alto la enorme sonrisa triunfal de Jayan, la retiró de la partida, le devolvió cuidadosamente su forma original mientras todavía estaba caliente y la dejó a un lado para que se enfriara antes de meterla en la caja.

—Lord Dakon.

Era Tanner quien había hablado. Dakon alzó la vista. El cochero señaló con la cabeza algo que estaba más adelante, en el camino. Cuando dirigió la mirada más allá del hombre y contempló la escena a la que se acercaban, a Dakon le cayó el alma a los pies. Jayan se volvió hacia atrás y miró de nuevo a Dakon. Sin mediar palabra, guardaron las piezas en la caja, desecharon los «obstáculos» y, mientras el carruaje reducía la velocidad, se apearon.

Una vez que el carro se detuvo, Tessia se levantó para ver mejor el panorama que se presentaba más adelante. Un arroyo o río pequeño, crecido por la lluvia, se interponía en su camino. El agua corría deprisa, arremolinándose en torno a los pilares de madera de un puente y los restos de los vehículos que debían de estar cruzándolo cuando se vino abajo.

Numerosas personas iban y venían por ambas orillas, lo que parecía indicar que el puente se había hundido hacía ya un tiempo y que muchos viajeros habían llegado posteriormente y habían encontrado el camino cortado. Tessia supuso que en su mayoría eran gente de la zona. Todos miraban fijamente a Dakon y a Jayan, cuya ropa cara sin duda les llamaba la atención. A lo largo del camino había varios carros colocados uno detrás de otro, casi todos en la margen opuesta, cargados de artículos diversos. Incluso había un pequeño rebaño de reberes, con el pelaje lanudo goteando y la panza manchada de barro.

De pronto, la joven notó un golpeteo suave pero insistente en los hombros y la cabeza. Mientras una humedad fría traspasaba su vestido, ella se apresuró a crear un escudo para resguardar a Tanner, a Malia y a sí misma de la lluvia. Dakon y Jayan caminaban a grandes zancadas hacia el puente derrumbado, cada uno con su propio escudo.

¿Debía ella seguirlos? No había nada que pudiera hacer para lo que ellos no estuvieran mejor preparados. Por otro lado, era posible que hubiese algún herido. Tras cerciorarse de que Malia seguía protegida por un escudo, Tessia se dispuso a bajar del carruaje.

—Oh, aprendiz Tessia, ¿crees que haces bien en alejarte el carro? —preguntó Malia, nerviosa—. ¿Y si alguien intenta llevarse algo?

Tessia se quedó quieta, miró en torno a sí y sonrió.

—¿Cómo? ¿Contigo y Tanner encima? No se atreverían.

No le resultó fácil apearse del carruaje con el vestido que llevaba, al menos de un modo mínimamente digno. El dobladillo se le enganchó en un trozo de madera que sobresalía, y ella se detuvo para soltarlo.

—Pero si el sitio está hecho un barrizal —insistió Malia, preocupada.

—Razón de más para echar una ojeada —repuso Tessia, estirando una pierna hacia el suelo. No llegaba a tocarlo, pero casi. Se dejó caer.

Entonces sintió que el pie se le hundía en el fango.

Bajó la vista, se levantó la falda lo suficiente para ver que el lodo le llegaba bastante por encima de sus botas elegantes, que Malia había rescatado de una especie de guardarropa femenino de la Residencia; posiblemente el de la madre de Dakon. Habían sido una solución intermedia: Tessia quería unas botas resistentes para el viaje, mientras que Malia quería que llevara unos zapatos delicados dignos de una corte palaciega.

Agarrándose del carruaje, Tessia tanteó el suelo con su otro pie, buscando tierra más firme. Por fortuna, la encontró a solo un paso de distancia. Ahora que tenía una pierna apoyada en una base sólida, logró sacar el pie del barro.

Y también de la bota elegante, que se quedó en el suelo, de modo que el fango entró en ella poco a poco hasta cubrirla por completo. Malia suspiró.

—¿Ves por qué te lo decía? —se lamentó—. Seguramente las has estropeado. ¿Quieres que la saque de ahí?

Tessia alzó la vista hacia Malia y sintió una punzada de culpabilidad. La pobre chica seguramente las pasaría negras aquella noche, limpiando de barro la ropa y los zapatos. Entonces miró el agujero que se hacía cada vez más pequeño. El miedo a embarrarse los zapatos no era un buen motivo para dejar de ayudar a otros. Aun así, no había por qué complicarle la vida a Malia más de lo necesario.

Sin hacer caso del dolor de cabeza que le habían causado las clases de Dakon, Tessia centró su mente en el suelo y esforzó su voluntad. El lodo comenzó a fluir desde el agujero hacia afuera. Cuando asomó el ribete de piel, ella se concentró para generar una fuerza mágica que rodeara el zapato por abajo y lo empujara hacia arriba. La bota salió del barro con un sonido de succión. Tessia la cogió y, al comprobar que estaba llena de líquido, la colocó boca abajo para vaciarla antes de calzársela de nuevo. Malia protestó sin pronunciar una palabra.

Tessia levantó la mirada y se encogió de hombros.

—Si voy andando por ahí con un pie descalzo, se me ensuciará la media de todos modos.

Por toda respuesta, Malia arrugó la nariz.

Tessia dio media vuelta y se encaminó hacia el puente. Un caballo corpulento estaba atado cerca de allí, con el aparejo roto colgándole todavía de los ijares y el cuello. Jayan y Dakon se hallaban a un lado del puente, con los brazos en jarras y, a juzgar por su expresión, discutían. Ella captó palabras sueltas mientras se acercaba.

—... que lo haga yo.

—No, podrías romperle una costilla o...

Al rodear los restos del puente, vio por qué discutían. Un hombre se aferraba a uno de los pilares rotos, en medio de la corriente. Llevaba el típico chaleco de cuero de un herrero. «No puedo creer que estén perdiendo el tiempo en discusiones. El hombre podría caer al agua en cualquier momento.»

—¿Cuánto rato lleva allí? —preguntó, tras situarse rápidamente junto a Dakon—. Se le ve cansado.

Jayan cerró la boca con un chasquido audible y desvió la mirada. Dakon posó la vista en ella, luego en el herrero en dificultades. Entornó los párpados.

El hombre abrió los ojos como platos cuando una fuerza empezó a apartarlo del pilar del puente. Profirió un grito e intentó agarrarse al poste desesperadamente; luego, cuando estaba demasiado lejos para alcanzarlo, comenzó a agitar los brazos en el aire. Cuando por fin se percató de que estaba elevándose y no cayendo, relajó el cuerpo. Resultaba extraño ver a aquel hombre empapado y perplejo flotando despacio en el aire hacia la orilla del río.

En cuanto sus pies tocaron el suelo, sus piernas cedieron y él se desplomó. Tessia se le acercó. El hombre no presentaba heridas visibles. Tenía la mirada perdida, la respiración agitada y la piel fría. Necesitaba entrar en calor y ponerse ropa seca.

Al alzar la vista, Tessia vio un círculo de personas que la rodeaban con curiosidad y desconcierto en la mirada. Dakon, de pie en el interior del círculo, la observaba con expresión inescrutable.

—Está aturdido —dijo ella—. Hay que llevarlo a un sitio seco y caliente. ¿Hay alguien aquí que lo conozca? ¿Un pariente o un amigo?

—Lo acompañaba un muchacho —dijo un hombre del gentío, dando un paso al frente—. La corriente lo ha arrastrado río abajo y lo ha dejado en la orilla. Se ha ahogado.

¿Su hijo? ¿Un aprendiz? Ella hizo una mueca y bajó la mirada hacia el herrero, cuya expresión distante no había cambiado. Tal vez no había oído aquello. Eso esperaba ella. Era lo último de lo que debía enterarse en aquel momento.

—Yo lo llevaría a su casa con su esposa. —El hombre miró el puente—. Voy hacia allí, pero... —Señaló la construcción destrozada con un gesto.

«Su casa está al otro lado», supuso ella.

—De eso me encargo yo —dijo Dakon—. Quedaos aquí.

Echó a andar y la pequeña multitud se apartó para dejarlo pasar. Jayan salió tras él a toda prisa. Los dos se acercaron a los árboles que se erguían a un lado del camino, parte de un bosque que pertenecía al lord local, y desaparecieron entre la maleza.

Tessia dirigió la vista hacia el hombre que había hablado y luego hacia el herrero tumbado.

—¿Lo conoce?

El hombre se encogió de hombros.

—Le compro cosas de vez en cuando. Vive en Villahumada la Chica, no muy lejos del arroyo, al otro lado.

—Se lo tiene merecido —comentó alguien de la multitud—. Estaba cruzando el puente con demasiado peso.

—Además, no ha querido esperar. Se supone que solo puede pasar un carro por vez —añadió otro—. Lo ha dicho lord Gilar.

—¿Cómo íbamos a saber eso? —terció otro—. Si vuestro lord sabía que el puente podía venirse abajo, debería haberlo arreglado.

—Ahora no le quedará otro remedio —dijo el primero en voz baja.

—No lo hará —intervino un hombre bajo y fornido que se había acercado a echarle un vistazo al herrero—. Es demasiado avaro. Nos obligará a usar el puente del sur.

Varios de los presentes prorrumpieron en quejidos, y algunos mascullaron palabrotas. El gentío se había aproximado poco a poco, atraído por la curiosidad y la conversación.

—Para lord Dakon, este camino es la ruta más directa a la ciudad —les informó Tessia—. Si lord Gilar se resiste a escuchar a la gente de la zona, tal vez la necesidad que tiene mi maestro de un puente seguro lo convenza.

La muchedumbre guardó silencio, y Tessia supuso que estaban preguntándose si ella le contaría a lord Dakon lo que había oído. El recelo se reflejó en sus rostros. Ella no pudo evitar pensar que quizá los habitantes del señorío de Dakon hablaban de él con el mismo resentimiento. ¿Sería capaz de dejar en pie un puente peligroso? Por otro lado, lord Gilar había dado instrucciones para evitar que el puente se derrumbara, y tal vez estaba buscando la manera de solucionar el problema. Quizá estaba esperando la llegada de material o trabajadores cualificados, o a que el estado del tiempo fuera más seguro.

Un golpe sordo y lejano atrajo la atención de todos hacia el bosque. Ella lo notó en el suelo, a través de sus botas mojadas. La gente se volvió hacia allí, expectante. Unos árboles pequeños temblaban como si algo los agitara al pasar por debajo, cada vez más cerca del camino. Finalmente, de entre la maleza surgió un tronco enorme deslizándose sobre el barro.

Su grosor era igual a la altura de un hombre, y su longitud mayor que la de tres carrmatos con sus caballos colocados uno detrás de otro. La madera fresca,

brillante y pálida de las bases de las ramas cortadas contrastaba con el color más oscuro de la corteza mojada. Dakon y Jayan salieron del bosque. Interrumpieron su discusión por un momento, y a continuación Dakon se acercó al tronco y se quedó mirándolo atentamente.

Un chasquido restalló en el aire, y el tronco se partió en dos longitudinalmente.

Tessia oyó gritos ahogados a su alrededor. Quizá uno de ellos había salido de su boca. «Vaya, qué impresionante», pensó.

Todos contemplaron al mago y al aprendiz mientras empujaban las mitades del tronco con la parte curva hacia abajo, como cascos de barco. Los colocaron atravesados sobre el arroyo crecido, uno junto al otro, formando una plataforma plana con un pequeño espacio en medio. La tierra se abombó alrededor del extremo de los troncos, permitiendo que el nuevo puente se incrustara en el suelo y elevando el nivel del camino para que estuviera a la misma altura que la superficie plana de los troncos.

Jayan cruzó el flamante puente y, haciendo equilibrios en el extremo opuesto, repitió el proceso de incrustación en la otra orilla.

«Algún día seré capaz de hacer eso —pensó Tessia—. Es evidente que se han servido de sus poderes para mover el tronco, pero ¿qué clase de magia han utilizado para partirlo, o, antes de eso, para cortarlo?» Los extremos del tronco no estaban rajados ni quemados. Saltaba a la vista que le quedaba mucho por aprender. De pronto, la idea de que algún día sabría usar la magia de manera tan espectacular y útil le pareció emocionante y atractiva. «No todo tiene que ver con el combate, después de todo.»

Jayan regresó junto a Dakon, y los dos se volvieron hacia ella. Dakon movió la cabeza en dirección al carruaje con un gesto significativo. Ella comprendió que pretendía ser el primero en cruzar el puente nuevo con un vehículo para demostrar que era seguro. La gente había empezado a caminar hacia sus carros, y pronto se formarían colas a ambos lados del puente.

Bajó la vista hacia el herrero. Podía secarlo y hacerlo entrar en calor por medio de la magia, pero en el estado en que se encontraba esto solo lo aterrorizaría aún más. Tessia miró al hombre que se había ofrecido voluntario para llevarlo a su casa.

—¿Tiene alguna manta?

El voluntario le devolvió la mirada y asintió.

—Será mejor que vaya a buscar mi carro. —Contempló el río con una mueca—. Y supongo que más vale que vaya a buscar al muchacho también —agregó.

Ella le dedicó una sonrisa triste de agradecimiento.

—Si se da prisa, tal vez pueda encargarme de que le dejen cruzar el puente justo después de nosotros.

El hombre se marchó a toda velocidad. Tessia se encaminó hacia el carruaje. Aunque habría preferido acompañar al herrero a su casa para asegurarse de que recibiera el tratamiento adecuado, le pareció que lo dejaba en buenas manos. Ella no era la sanadora local, y el hombre no estaba herido de gravedad. Su padre siempre sabía cuándo insistir y cuándo dejar que las personas cuidaran de sí mismas.

Aun así, si Dakon accedía a esperar un poco, tal vez el herrero llegaría antes a casa. Y si el voluntario cruzaba el puente tras ellos, seguramente los seguiría hasta que se saliera del camino. De ese modo, si el estado del herrero empeoraba, ella estaría cerca y podría socorrerlo.

Los únicos objetos que Tessia alcanzaba a ver eran la esfera de luz que flotaba justo encima de ellos, el carruaje, sus ocupantes, los caballos que tiraban de él y un círculo de suelo que cambiaba constantemente debajo de ellos. Nada interrumpía la oscuridad a ambos lados, aunque de vez en cuando se apreciaba el brillo fugaz de un par de ojos diminutos. De no ser por el terreno irregular que fluía incesante por debajo, ella no habría estado segura de si avanzaban de verdad o simplemente daban tumbos arriba y abajo sin moverse del mismo sitio.

Los juegos de Dakon habían terminado hacía horas. Se habían despedido mucho antes del hombre que estaba ayudando al herrero, cuando detuvo su carro frente a una tienda en una pequeña aldea. Tessia tenía la sensación de que el incidente del puente se había producido hacía mucho tiempo, días antes.

Llegó a la conclusión de que viajar no era tan emocionante como debería. Comportaba largos períodos de incomodidad y aburrimiento. Y hambre. Para compensar el retraso provocado por el hundimiento del puente, tenían que viajar a oscuras, mucho después de la hora en que acostumbraban a cenar.

Las tardes solían ser mucho más agradables. La primera noche la habían pasado en la residencia de un burgomaestre. En todos los pueblos y aldeas había un encargado de supervisar el trabajo de sus habitantes, y las casas en que vivían tenían algunas habitaciones suplementarias para cuando recibían la visita del propietario del señorío o de algún otro lord que estuviera de paso. La noche siguiente los había acogido un burgomaestre de lord Gilar, y aquella noche se alojarían en la residencia del mismo lord Gilar.

De repente, Jayan se enderezó en su asiento. Unos momentos antes, había estado roncando con suavidad, a punto de reclinarsse contra Dakon; Tessia estaba deseando en parte que lo hiciera, solo para verlo avergonzado, aunque esperaba que no avergonzara también a Dakon. Ahora tenía los ojos muy abiertos y llenos de esperanza.

—Una luz —dijo—. Casi hemos llegado..., al fin.

Al volverse, Tessia vio una luz solitaria más adelante, que titilaba en el aire brumoso. Cuando se acercaron advirtió que se trataba de una simple lámpara de aceite colgada de un poste en la intersección de la carretera principal con otro camino. Tanner condujo los caballos hacia el camino lateral.

Mientras observaba la luz que dejaban atrás, Tessia se preguntó si habrían encontrado el desvío si no hubiera estado señalizado de forma tan eficaz. Supuso que su anfitrión había enviado a un criado a encender la farola.

El nuevo camino tenía menos roderas y baches. Los caballos aflojaron el paso a medida que el terreno ascendía de forma lenta pero constante por la ladera de una colina. Aunque ella estaba deseando llegar a la casa de su anfitrión, no tenía tantas ganas de conocerlo a él. ¿Y si el puente se había hundido a causa de su negligencia? Tessia llevaba las últimas horas armándose de valor para mostrar un respeto que no sentía y contener el impulso de decir lo que pensaba.

El carruaje tomó una curva cerrada y un valle arbolado se abrió ante ellos. Al volverse, Tessia vio que en el fondo del valle una amplia fachada de piedra relucía a la luz de numerosas lámparas.

Era más grande que la Residencia; más grande que cualquier edificio que ella hubiera visto antes. Una muralla alta se extendía entre las dos vertientes del valle, interrumpida por dos torres, cuyas únicas ventanas eran unas troneras diminutas situadas en lo alto. En medio de la muralla había dos enormes puertas de madera.

—La residencia de lord Gilar —dijo lord Dakon—. Fue construida antes de que los sachakanos conquistaran Kyralia, cuando había pocos magos y valía la pena gastar tiempo y recursos en edificar fortificaciones como esta, que en realidad solo sirven para repeler ataques no mágicos.

Cuando el carruaje se encontraba cerca, las puertas empezaron a abrirse. Entraron en un patio estrecho. Otro muro se alzaba imponente ante ellos. Atravesaron una abertura sin puerta y llegaron a una zona cubierta y adoquinada.

Allí, un hombre menudo con el cabello negro entreverado de gris salió cruzando otro par de puertas de madera más pequeñas que las delanteras pero aun así de tamaño considerable.

—Lord Gilar —dijo Dakon, bajándose del vehículo.

—Lord Dakon —respondió el hombre.

Se aferraron el uno al otro brevemente por la parte superior de los brazos a modo de saludo. Mientras Jayan, Tessia y Malia se apeaban, unos criados surgieron de una puerta lateral. Uno de ellos se acercó a murmurarle a algo a Tanner, que sujetaba el ronzal de uno de los caballos. Otra le hizo señas a Malia, que sonrió y se dirigió hacia ella.

—Ya conocéis al aprendiz Jayan —dijo Dakon.

—En efecto —asintió Gilar con una voz ligeramente ronca—. Bienvenido de nuevo, joven. ¿Y esta es vuestra nueva aprendiz? —Se volvió hacia Tessia con una sonrisa—. ¿La que mencionabais en vuestra carta?

—Os presento a la aprendiz Tessia —dijo Dakon—. Es una nata, hija de Veran, el sanador de Mandryn.

—Bienvenida, aprendiz Tessia —dijo Gilar.

—Gracias, lord Gilar.

El lord miró de nuevo a Dakon e hizo un gesto en dirección a la puerta doble. Ambos magos pasaron al interior, seguidos por Jayan. Tessia, que iba a la zaga, advirtió que Malia había desaparecido con los criados. De pronto, se sintió insegura respecto a dónde estaba su sitio.

«Nunca he formado parte del mundo de la servidumbre, obligada a atender las necesidades de personas más importantes y ricas que yo. Tampoco he pertenecido al

mundo de los poderosos.» De repente se sintió afortunada por haberse criado en el cómodo punto medio entre los dos extremos, a las órdenes de un hombre poderoso, pero gozando de una posición social superior y más libertad que una criada. Por otra parte, bien pensado, el objetivo de un sanador era atender a todo aquel que lo necesitara, incluidos los criados. Estaban al servicio de los sirvientes. Sin duda eso los situaba en el escalón más bajo de la jerarquía de la servidumbre.

—¿Habéis tenido algún contratiempo? —preguntó lord Gilar.

—Sí. Os he construido un puente temporal. Cuando hemos llegado al segundo puente después del puesto fronterizo, nos hemos encontrado con que se había venido abajo.

Gilar asintió despacio.

—Sé a cuál os referís. Llevaba un tiempo indeciso respecto a si debía construir uno nuevo o no. Era lo bastante resistente para un uso moderado, pero ese camino se ha vuelto más transitado en los últimos años.

—La lluvia y la crecida del arroyo seguramente han tenido también algo que ver. La carreta de un herrero ha caído al agua cuando el puente se ha derrumbado. Un muchacho se ha ahogado.

Gilar hizo una mueca.

—Tendré que informarme sobre los detalles. He de confesar que esperaba que la debilidad del puente fuera una ventaja a nuestro favor si algún día nos atacaban.

«¿Si los atacaban? —pensó Tessia—. ¿Quién querría atacarlos?»

Dakon enarcó las cejas.

—Más bien habría impedido que los aldeanos huyeran, seguramente. —Se encogió de hombros—. El puente temporal que he improvisado es tosco y estrecho. Tendréis que remplazarlo por un puente más sólido y lo bastante amplio para que los vehículos puedan adelantarse entre sí, y con una barandilla de seguridad.

Gilar hizo un gesto de indiferencia.

—Desde luego. Pero dejemos los planes para después. En este momento, probablemente a vuestros acompañantes y a vos os vendría bien un baño y una cena. He pedido a los criados que preparen habitaciones para todos.

Se encontraban en un vestíbulo que, en contraste con las dimensiones del lugar, era de un tamaño modesto. Gilar los guió escaleras arriba hacia un pasillo y les indicó cuáles eran las habitaciones de lord Dakon, Tessia y Jayan.

—Os dejo para que os aseéis —dijo—. Nos vemos a la hora de la cena.

Una doncella aguardaba junto a la puerta de la habitación de Tessia. Cuando esta se acercó, la joven la abrió para que pasara. Dentro, aparte de los muebles típicos de un dormitorio, estaban el baúl de viaje de Tessia y una bañera llena de agua. Dos criadas se encontraban agachadas sobre la bañera; una vertía agua de una jarra grande y la otra sujetaba una vasija similar. Las mujeres se volvieron, dedicaron una reverencia a Tessia, recogieron sus jarras y salieron de la habitación una detrás de la otra.

La doncella le enseñó a Tessia los cepillos, aceites, peines y paños para secarse que habían llevado a su habitación.

—¿Desea que alguien la ayude, aprendiz Tessia? —preguntó.

—No, gracias.

—Salga cuando esté lista y yo la llevaré al comedor.

Cuando la chica se marchó, Tessia calentó el agua del baño por medio de la magia y se despojó una a una de sus prendas de viaje. Tenía el dobladillo del vestido recubierto de barro seco y endurecido. Sus medias estaban manchadas, y sus botas no eran más que una sombra de lo que habían sido. El agua tibia le relajó los músculos, que le dolían por las sacudidas del carruaje, y permaneció tumbada tranquilamente durante un rato corto, contenta de poder estar quieta de nuevo, antes de salir de la bañera y secarse. Al fijarse en el agua, vio que había quedado de un color marrón caldoso y que la tierra se había sedimentado en el fondo de la bañera.

«No tenía idea de que estuviera tan sucia —se dijo—. ¿Y cómo he conseguido embarrarme hasta los codos?»

Se puso un vestido limpio y acto seguido se peinó y se recogió el cabello pulcramente hacia atrás. A continuación abrió la puerta de su habitación y echó un vistazo al exterior. La doncella estaba fuera, esperándola. Saludó a Tessia con un movimiento de la cabeza.

—Sígueme, aprendiz Tessia.

—¿Han salido ya de sus habitaciones lord Dakon y el aprendiz Jayan?

—Sí, aprendiz Tessia.

Se embarcaron en otro recorrido de la casa, hasta la planta baja. La criada se detuvo frente a una puerta y, con un ademán elegante, indicó a Tessia que entrara.

—Lady Pimia y su hija Faynara la aguardan dentro —le comunicó.

Al cruzar la puerta, Tessia vio a dos mujeres sentadas a una pequeña mesa redonda. Una era mayor, aunque quizá no tanto como lord Gilar. Tessia supuso que se trataba de lady Pimia. La más joven de las dos era baja y curvilínea, y tenía un rostro hermoso. Las dos alzaron la vista hacia Tessia y se levantaron para recibirla.

—¿Eres la aprendiz Tessia? —preguntó la mujer mayor y, sin esperar respuesta, continuó—: Soy lady Pimia, y esta es Faynara. Toma asiento, por favor. Debes de estar hambrienta. Los criados están listos y traerán el primer plato de inmediato.

Tessia se dejó guiar a una silla. Mientras se sentaba, las otras dos mujeres regresaron a sus asientos. Tessia paseó la vista por el comedor, más para confirmar sus sospechas que para examinar la estancia. No había otras mesas o sillas.

—Os agradezco que tuvierais el baño preparado, lady Pimia —dijo Tessia—. ¿Nos acompañarán lord Gilar y lord Dakon?

—No, no —respondió lady Pimia, agitando la mano—. Los hombres cenarán por separado. Tienen asuntos importantes que tratar. Magia. Política. Historia. —Se encogió de hombros como para restar importancia, y Faynara torció el gesto—. Apenas nos dejarían meter baza si cenáramos juntos.

Tessia sintió una punzada de desilusión. ¿Era habitual que se excluyera a las aprendices —o incluso a las magas— de las conversaciones «importantes»? Notó que la envidia y la irritación crecían en su interior. ¿Por qué tenía derecho Jayan a hablar de magia, y ella no? «Bueno, no estoy segura de que Jayan esté allí. Tal vez estén solos Gilar y Dakon, dos magos charlando de lo que sea que charlen los magos, mientras Jayan come aparte en algún otro sitio.»

—Bien, ¿cómo llegaste a ser aprendiz de mago? —inquirió Faynara.

Sin previo aviso, la cara lujuriosa de Takado apareció en la mente de Tessia. Ella la apartó de su pensamiento junto con la repugnancia que le provocaba.

—Por casualidad. Ni siquiera sabía que había hecho magia hasta que lord Dakon me lo dijo, y él mismo no estaba seguro hasta que me realizó una prueba.

—¡Eres una nata! —exclamó Faynara, sonriendo fascinada—. Qué suerte tienes. ¿A qué te dedicabas antes?

Una arruga diminuta se había formado entre las cejas de lady Pimia.

—Ayudaba a mi padre, que es sanador.

—Ah —dijo Pimia con aprobación—. Eso explica por qué hablas tan bien.

—Tengo dotes mágicas —dijo Faynara, llena de orgullo.

Tessia miró a la chica con interés.

—¿Cuántos años llevas estudiando?

—Oh, no soy más que una latente. —Faynara se encogió de hombros.

Tessia frunció el ceño.

—¿Una latente?

—Decidimos no desarrollar los poderes de Faynara —explicó lady Pimia, sonriendo a su hija—. No le interesaba ser maga, pero sus dotes sin duda atraerán a un grupo selecto de pretendientes. Su hermano mayor es aprendiz de lord Ruskel, del señorío de Felgar.

—O sea que... ¿aprender magia ahuyenta a los pretendientes? —titubeó Tessia.

Las dos mujeres rieron en voz baja.

—Tal vez —dijo Pimia—. Más que nada, aprender magia habría ocupado gran parte del tiempo de Faynara y no le habría reportado ningún beneficio, aparte de un par de trucos útiles. Le conviene más aprender el arte de llevar un hogar y ser una buena esposa.

—Una no puede convertirse en maga solo para aprender un par de trucos útiles —añadió Faynara, con una mueca—. Hay que seguir el proceso hasta el final. Eso lleva años. No tiene sentido casarse y tener hijos antes de terminar, y una está obligada a acompañar a su maestro allá donde vaya.

Tessia pensó en la opinión de Jayan de que un mago tenía la responsabilidad de proteger a su pueblo y su país. Se preguntó qué le parecería la negativa de Faynara a aprovechar la oportunidad de convertirse en maga. La hija de Gilar no podría defender Kyralia en caso de un ataque enemigo.

¿O sí? Como maga latente, constituiría una poderosa fuente de magia. Al escuchar a la joven enumerar las ventajas de no aprender magia, entre las que estaba la posibilidad de ir de compras o de visitar a sus amigas de Imardin cada vez que le apeteciera, a Tessia le costó imaginar a Faynara como una alumna aplicada.

Entonces recordó la lección de lord Dakon sobre las limitaciones físicas que restringían lo que un mago podía hacer con sus poderes. Quizá existieran también limitaciones mentales. Si bien instruir a alguien que no ponía interés en los estudios sería difícil, instruir a alguien que sencillamente no se tomaba en serio sus poderes podía resultar peligroso.

—Gilar me ha informado de que os quedaréis un día y os marcharéis a la mañana siguiente —dijo Pimia—. Tendremos que discurrir algún entretenimiento con el que puedas disfrutar mañana.

Tessia sonrió y asintió. «Me pregunto a qué llaman entretenimiento estas mujeres.»

—¿Es la primera vez que visitas Imardin? —quiso saber Faynara.

—Sí.

—¡Oh! —Faynara juntó las manos con una palmada—. Debes de estar muy emocionada. ¡Te daré las señas de los mejores joyeros, zapateros y sastres!

Pese a que dudaba que la asignación de Dakon le alcanzara para semejantes lujos, Tessia decidió escuchar los consejos de la joven de todos modos. Aunque no los necesitara para sí, tal vez se relacionaría con mujeres que concedieran importancia a esas cosas.

«Al fin y al cabo, si van a excluirme de las conversaciones sobre asuntos importantes, quizá tenga que mantener charlas intrascendentes con mujeres como Pimia y Faynara. Será útil saber qué temas consideran interesantes... y qué consideran entretenido.»

La noche anterior a su partida hacia Imardin, Dakon le había hablado a Jayan del Círculo de Amigos y del verdadero propósito de su viaje. Aquella información había impactado a Jayan y a la vez lo había llenado de orgullo. Le complacía que Dakon hubiera decidido revelarle el secreto, pero lo horrorizaba la posibilidad de que sus temores resultaran justificados, y Sachaka volviera a invadir Kyralia. Le irritaba no poder disfrutar con su nueva condición de confidente porque cada vez que pensaba en ello acababa preocupándose inevitablemente por el futuro. ¿Estaba preparado para entrar en combate, si llegaba el momento? ¿Estaba preparada Kyralia?

Cuando cavilaba sobre la posibilidad de que mataran a Dakon, sentía una opresión en el pecho. Hasta ese momento no era consciente de cuánto había llegado a respetar y a apreciar a su mentor y maestro. Se percató de que se preocupaba también por Tessia. Si se producía un ataque, Dakon necesitaría la ayuda de Jayan. Sin embargo, Tessia era demasiado inexperta en la magia para convertirse en una guerrera eficiente. Además, no tenía ni el tiempo ni la vocación para llegar a serlo. Necesitaría protección. Pero Jayan debía su lealtad a Dakon ante todo. Tenía que confiar en que el mago protegería a Tessia o, si esto no era posible, la enviaría a un lugar seguro.

Dakon no quería que Tessia conociera el motivo auténtico de su viaje a Imardin. Alejarse tanto de sus padres ya era lo bastante duro para ella como para encima infundirle el temor a un ataque por parte de los sachakanos. Su primer viaje a Imardin debía resultarle agradable.

Por tanto, no era de extrañar que no la hubiesen dejado participar en la conversación de la cena. Al parecer, había cenado con la esposa y la hija de lord Gilar. «Sin duda ha sido una experiencia nueva para ella. Es obvio que Gilar eligió a Pimia como esposa porque procede de una familia con dotes mágicas, no por su inteligencia, y Faynara no es mucho más lista que ella. Aun así, son educadas. No hay peligro de que traten a Tessia con desprecio indisimulado o de que intenten manipularla o engañarla.»

El diálogo entre Dakon y Gilar se había centrado casi exclusivamente en la amenaza que representaba Sachaka y en la entrevista que Dakon iba a mantener con el rey. Lord Gilar había pasado de declarar que ningún sachakano se atrevería a invadir Kyralia a creer que todos estaban condenados, antes de cambiar de opinión de nuevo. Este oscilar entre la seguridad y el desaliento había desconcertado a Jayan primero, y luego lo había decepcionado.

«Sospecho que lord Gilar no está totalmente en sus cabales. Vive fuera de la realidad. Dudo que resulte muy útil en batalla; más bien sería un estorbo.» Dakon había tenido que disuadir a Gilar de que entrenara a sus campesinos para el combate o de que los convenciera de que abandonaran sus tierras y sus animales para pasarse meses construyendo murallas en las fronteras del señorío. Jayan se preguntó si Gilar había estudiado algo de estrategia militar en su vida. El hombre sobrevaloraba el tiempo durante el que una barrera física podía contener el avance de un mago. En un momento dado era incapaz de ver el valor de sus vasallos como fuentes, y al momento siguiente le preocupaba exageradamente que el enemigo pudiera utilizarlos como recursos.

Al final de la cena, Jayan estaba agotado por el esfuerzo de reprimir el impulso de decirle al hombre lo idiota que era, e inmensamente agradecido por tener un maestro tan sensato como lord Dakon. «Compadezco al aprendiz que reciba clases de lord Gilar.»

Terminaron a altas horas de la noche, mucho después de que las mujeres de la casa se retirasen a dormir. En vez de dirigirse a su habitación, Dakon indicó a Jayan que lo siguiera a la pequeña sala contigua.

—¿No estás cansado? —preguntó Jayan.

Dakon hizo un mohín.

—Por supuesto, pero ahora mismo no tenemos muchas oportunidades de hablar en privado. ¿Qué te ha parecido lord Gilar?

Jayan se sentó.

—Me sorprende que sea miembro del Círculo de Amigos.

—¿Ah, sí? Es un mago rural. ¿Por qué no iba a ser miembro?

—No es precisamente un individuo fiable. Cambia de opinión constantemente.

Dakon soltó una risita.

—Creo que si se disiparan todas las dudas sobre una invasión, él tendría una actitud mucho más... decidida.

—¿Que se disipen todas las dudas significa que la invasión se produzca?

—Sí.

—Y hasta que eso ocurra, ¿podrás contar con su apoyo?

—Oh, sí. Pero es un hombre a quien le resulta más fácil seguir las instrucciones de otros que tomar decisiones por sí mismo. El problema radica en que, dentro del Círculo, las opiniones respecto a si debemos realizar preparativos y en qué deben consistir están divididas. —Dakon se desperezó, bostezando—. Las intenciones de Gilar son buenas, lo que ocurre es que no es muy constante a la hora de ponerlas en práctica.

Jayan asintió, pensando en el puente.

—En cambio, en Imardin se da justo el caso contrario —prosiguió Dakon—. Personas con intenciones no tan buenas y con la astucia suficiente para llevarlas a cabo. Tendremos que andarnos con pies de plomo.

—Pero sin duda a ellos les conviene ayudarnos. No les beneficiará en nada dejar que el enemigo nos invada, a menos que... ¿Crees que algunos de ellos son traidores? Por la mayoría de las familias de Kyralia corre sangre sachakana, si nos remontamos unas generaciones.

—No. Al menos por el momento, y dudo que existan traidores por esa razón. No creo que haya alguien que no se considere kyraliano doscientos años después. Prefieren considerarse descendientes de los kyralianos que conquistaron la independencia que de los sachakanos que vencieron y sometieron a las generaciones anteriores.

—Deberías oír a mi padre. —Jayan hizo una mueca—. Dice que el mestizaje con los sachakanos ha sido lo único que ha fortalecido un poco a la raza kyraliana. A veces me da la impresión de que le gustaría agradecerse en persona.

—Pero ¿está orgulloso de ser kyraliano a pesar de ello? —preguntó Dakon con una sonrisa.

—Hasta un extremo sofocante —respondió Jayan. Suspiró—. No creo que le gustara que Kyralia sufriese una invasión. Permitir semejante cosa se consideraría un acto de traición, ¿no?

—Algunos alegarían que si solo se apoderasen de los señoríos de campo, esto no les afectaría. Se sentirán tentados de llegar a un acuerdo con los sachakanos, de cederles tierras a cambio de evitar una guerra. Debemos convencerlos de que, a la larga, eso sería contraproducente para ellos.

—¿Crees que nos esperan, que se han preparado para nuestra llegada?

—Tal vez. No es ningún secreto que los magos rurales hemos establecido una especie de alianza por temor a una invasión.

«Ningún secreto.»

—Gilar no me ha parecido especialmente discreto. Tessia se ha quedado un poco desconcertada cuando ha dicho que el puente podía servir como barrera contra la invasión.

Dakon frunció el entrecejo y suspiró.

—Al final tendré que explicárselo. Lo que pasa es que... me parece un poco cruel, teniendo en cuenta que acaba de descubrir sus poderes. Apenas se está haciendo a la idea de que posee un don maravilloso, y ahora resulta que quizá tenga que utilizarlo pronto para luchar en una guerra.

Jayan se alarmó al oír esto.

—¿Luchar?

—Bueno..., prestarse como fuente, no luchar literalmente. Pero eso entraña ciertos riesgos. —Dakon se volvió hacia Jayan adoptando de pronto una expresión pensativa—. Me he dado cuenta de que, aunque tú la estás tratando de forma más amable, ella sigue sin fiarse de ti.

Jayan torció el gesto.

—Sí, creo que no me ha perdonado por ser tan duro con ella cuando llegó.

—¿Has cambiado de parecer respecto a ella?

—Un poco —reconoció Jayan de mala gana.

—¿Y a qué se debe el cambio?

Jayan rehuyó la mirada de Dakon y se removió en su asiento.

—Ocurrió... algo. Antes de que partiéramos. Yo intentaba ser cordial con ella, pero en cambio quedé como un idiota. Se puso a la defensiva. No recuerdo exactamente qué... —Hizo una pausa mientras rememoraba el momento, con una reminiscencia de la comprensión y la admiración que había sentido entonces—. No fue lo que dijo, sino el modo en que lo dijo. —Sacudió la cabeza—. Y entonces fue como si pudiera ver el futuro. Cuando sabe de lo que habla, muestra una gran convicción. Me imaginaba cómo sería con unos años más, cuando estuviera más segura de sí misma, y casi... sentí miedo.

Dakon rió entre dientes.

—Tienes razón, por supuesto. Es una nata. Quizá llegue a ser más poderosa que nosotros dos, y posee la capacidad de concentración y la disciplina de alguien acostumbrado al estudio.

Jayan se quedó callado. Dakon no había captado del todo lo que intentaba decirle. «Ojalá se me diera mejor explicar cosas como esta.» Pero no sabía muy bien cómo. Ahora que había descubierto algo de Tessia que le gustaba, su fijación con la sanación y el hecho de que absorbiera parte del tiempo de Dakon de pronto carecían de toda importancia. Y Jayan había empezado a descubrir más cosas que le gustaban de ella: su sentido práctico y su sencillez; su tendencia a disimular su incomodidad hasta el punto de preferir pasarlo mal a quejarse; los indicios que él había percibido de un gran cúmulo de conocimientos de sanación, lo que por sí solo resultaba asombroso en alguien tan joven.

Sin embargo, no tenía idea de cómo expresar esto, o de cómo disculparse por su comportamiento anterior. Por eso ella seguía dando por sentado que él la odiaba, y lo odiaba a su vez. «¿Cómo se supone que debo darle a entender que ya no estoy resentido con ella sin tener que confesar por qué lo estaba en un primer momento? Además, no me hace el menor caso de todos modos.»

—¿Crees que algún día perderá su interés por la sanación? —inquirió.

—Espero que no. Muchos magos malgastan su tiempo libre en cosas peores.

—¿La admitiría el Gremio de Sanadores? —se preguntó Jayan en voz alta.

No tenía conocimiento de ningún mago que se hubiese formado a través del Gremio de Sanadores, o de ningún otro gremio, en realidad. Quizá dieran asesoramiento a los magos, pero la idea de que pudieran aceptar a uno como alumno era cuando menos ridícula.

—Tal vez. Es posible que ella no quiera unirse a ellos, pues no necesitará su aprobación para ganarse la vida.

Jayan arrugó el entrecejo mientras meditaba de nuevo sobre el futuro de la joven. Dudaba que le asignaran tareas mágicas bien pagadas debido a su origen humilde y a su falta de contactos entre las familias poderosas. Quizá pudiera ayudarla cuando llegara el momento. Tal vez ella entablaría amistad con personas influyentes mientras estuvieran en Imardin.

—Bueno, ¿y cómo mantendrás ocupada a Tessia mientras te reúnas con el Círculo y con el rey?

—Ah —dijo Dakon con una sonrisa—. Estoy seguro de que la esposa de Everran no dejará que se aburra ni por un momento.

Jayan se estremeció.

—¿Vas a dejarla en manos de Avaria?

—Estará bien. —Dakon suspiró y se puso de pie—. Más vale que durmamos un poco. Probablemente lady Pimia nos ha preparado alguna actividad absurda para mañana, y sin duda Gilar querrá continuar con la conversación.

Jayan se levantó y se dirigió hacia la puerta de su habitación. ¿Aceptarían a Tessia las mujeres con las que conviviría en Imardin? Podían ser crueles cuando le cogían tierra a alguien.

«Entonces dejaré muy claro que no estoy de acuerdo. Ser el hijo de un patriarca kyaliano antipático pero influyente tiene sus ventajas, después de todo. Quizá sea una manera de compensarla por haberme portado mal con ella al principio.»

Entró en su alcoba y cerró la puerta.

«Sobre todo, tengo que aprender a no decir cosas que ella pueda malinterpretar.»

Al principio, Tessia avistó una extraña zona plana en el espacio comprendido entre dos montañas y se preguntó qué sería. Parecía un segundo cielo, pero más oscuro, y ocupaba un espacio en el que debía haber tierra.

Entonces el carruaje salió de la curva que rodeaba una colina, y se abrió ante ellos una enorme extensión azul. Ella sabía que debía de tratarse del mar. ¿Qué otra cosa podía ser? Era llano, pero se movía sin cesar, como si estuviera vivo. Rizado como la superficie de un estanque acariciado por el viento, de vez en cuando formaba espuma como un río impetuoso. Además, en el agua flotaban unos objetos que ella solo había visto en pinturas: buques diminutos y barcas incluso más pequeñas.

No se había acostumbrado aún a la majestuosidad de la vista cuando Imardin apareció ante sus ojos.

Era evidente que se estaban acercando. El camino estaba cada vez más transitado, en un flujo constante de personas con sus carretas, carruajes y bestias de tiro. La carretera serpenteaba a lo largo del ancho río Tarali hacia una cordillera del sur. A Tessia le habían dicho que la ciudad yacía al pie de la primera montaña, en el punto en que el río desembocaba en el mar, lo que les proporcionaba un refugio natural donde amarrar sus embarcaciones.

El carruaje dejó atrás la colina, y Tessia contempló asombrada la masa de piedra y tejas que se desplegaba ante ellos.

—Pareces sorprendida, Tessia —observó Jayan, sonriendo con petulancia.

—Es más grande de lo que suponía —reconoció, reprimiendo su irritación.

—Imardin es tres veces más pequeña que Arvice, la ciudad principal de Sachaka —le informó Dakon—, pero los sachakanos prefieren mansiones extensas de una sola planta. Los kyalianos construyen viviendas de dos o tres plantas, muy juntas entre sí para que quepan más en un espacio más reducido.

Tessia se volvió hacia él.

—¿Habéis estado en Arvice?

Dakon sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No, pero me la describió un amigo muy poco dado a la exageración.

Tessia dirigió de nuevo la mirada hacia la ciudad e intentó identificar los lugares clave que había visto en mapas y grabados. La carretera por la que circulaban, que había sido pavimentada hacía ya un tiempo, atravesaba la ciudad describiendo una curva suave y después discurría por la costa.

«En el lado desde el que nos acercamos se llama Vía Norte, dentro de la ciudad se llama Vía Principal y al otro lado se convierte en la Vía Sur», recordó. Todo resultaba muy sencillo y lógico.

Había cinco calles amplias paralelas a la Vía Principal, cada una situada a mayor altura en la falda de la montaña. Desde el puerto ascendía otra arteria que cruzaba las seis calles y llegaba hasta el Palacio Real. Se trataba del Paseo del Rey, y en su confluencia con la Vía Principal se encontraba la extensa plaza del Mercado.

La maraña de edificios que se alzaban ante ella ocultaba casi todos estos detalles. Tessia alcanzaba a ver unos tejados alineados con las calles, pero por lo general componían un batiburrillo de formas y tamaños. Solo las torres del Palacio Real, en la zona alta de la ciudad, se distinguían con claridad. Cuando el carruaje pasó entre las primeras estructuras que bordeaban el camino, resultó aún más evidente que aquella no era la ciudad ordenada y limpia que se perfilaba en los mapas.

Las primeras viviendas eran casuchas claramente construidas con materiales de desecho. Estaban ocultas en parte tras muchedumbres de personas sucias y delgadas vestidas con harapos. Una mujer cuya sonrisa dejaba a la vista los pocos dientes emnegrecidos que le quedaban se acercó cojeando al carruaje, sosteniendo en alto una cesta con fruta arrugada. Tessia reparó en que guardaba cierta distancia. Otros salieron al paso del carruaje, ofreciendo productos con un aspecto no mucho más fresco o atractivo. Al mirar detrás de ellos, Tessia vio los brazos alzados de una hilera interminable de personas apiñadas contra las paredes de las casuchas, en una especie de saludo continuo al vehículo en marcha. Cayó en la cuenta de que eran mendigos que tendían hacia ellos la mano o algún recipiente, pidiendo una moneda. Cuando miró con mayor detenimiento, vio llagas que había que lavar y vendar, signos de enfermedades causadas por una mala nutrición, bultos que un cirujano experto habría podido extirpar con facilidad. Le llegaban olores a basura y excrementos, infecciones y sudor rancio.

Se sentía paralizada. Horrorizada. Aquella gente necesitaba ayuda. Necesitaba un ejército de sanadores. Tenía ganas de bajar del carruaje de un salto y hacer algo, pero ¿qué? No llevaba consigo una bolsa con medicinas y utensilios, ni un quemador con el que purificar una cuchilla, ni una cuchilla que purificar. Además, ¿por dónde empezaría?

Una oleada de abatimiento la recorrió y la caló hasta los huesos como una lluvia helada. Mientras se hundía en su asiento notó unos ojos cercanos clavados en ella. Lord Dakon. Tessia no alzó la vista. Sabía que vería compasión en ellos, y en aquel momento era lo último que necesitaba.

«Debería estar agradecida hacia él por comprenderme. Sabe que deseo sanar a esa gente pero no puedo. No quiero su compasión, sino sus conocimientos, recursos y libertad para poder ayudarlos. Y una explicación de por qué viven así y por qué nadie ha hecho nada al respecto.»

El camino se ensanchó de pronto y llegaron a un espacio abierto. A un lado, ella vio buques y barcas amarrados a largos muelles de madera que se extendían sobre el río. Al otro lado, una calle amplia ascendía entre casas grandes de piedra. Tessia dedujo que aquello era la plaza del Mercado.

—¿No debería haber puestos instalados? —preguntó.

—Solo en día de mercado, una vez cada cinco días —respondió Dakon.

El carruaje giró y se incorporó despacio al flujo de otros vehículos que avanzaban hacia el Paseo del Rey. La circulación era lenta. De vez en cuando se abría paso

un carruaje grande y pequeño sobre el que iban hombres vestidos con colores chillones que obligaban a los otros viajeros a apartarse a golpes de fusta. Tessia se preguntó por qué nadie protestaba por esa brutalidad gratuita. La pareja bien vestida que había vislumbrado en el interior de uno de aquellos carruajes en compañía de sus tres hijos no parecía haber reparado en ello. Aunque lord Dakon no hacía ni decía nada, ella se sintió aliviada al ver que tampoco pedía a Tanner que aligerase la marcha valiéndose de su látigo.

También advirtió que buena parte del tráfico evitaba la zona central de la calzada. Incluso los carruajes más elegantes apenas se atrevían a circular por el centro, y se alejaban de él en cuanto podían. Cuando dos jinetes de uniforme idéntico se acercaron a medio galope por la franja de en medio, ella supuso que eran lacayos de algún tipo que se dirigían al palacio. Debía de estar prohibido entorpecer el paso a quien utilizara la calle para ocuparse de asuntos reales, y la pena o castigo debía de ser severo si incluso quienes iban en carruajes lujosos estaban ansiosos por evitarlos.

—¿Ves esos edificios de la izquierda? —dijo Dakon, desviando su atención del tráfico a las grandes paredes de piedra clara que se alzaban cerca de allí—. Los construyeron los sachakanos cuando gobernaban Kyralia. Aunque hicieron suya la costumbre kyraliana de edificar casas de varios pisos, importaron la piedra de canteras situadas en las montañas de su país.

—¿Cómo? —inquirió ella y, acto seguido, cuando cayó en la cuenta de que la respuesta era obvia, sacudió la cabeza—. Esclavos.

—Así es.

—¿Quién vive en ellas ahora?

—Aquellos lo bastante afortunados para heredarlas o lo bastante ricos para comprarlas.

—¿La gente quiere vivir en casas construidas por los sachakanos?

—Están bien diseñadas. Cálidas en invierno, frescas en verano. Las mejores cuentan con tuberías de agua caliente en los cuartos de baño. —Se encogió de hombros—. Del mismo modo que nosotros consideramos a los sachakanos unos bárbaros por esclavizar a otros, ellos nos consideran unos bárbaros por ser sucios y poco refinados.

—Al menos nosotros aprendimos de ellos cuando estuvimos en contacto con sus costumbres. Adoptamos su tecnología, mientras que ellos siguieron siendo unos esclavistas —aseveró Jayan.

—Nos devolvieron la independencia —señaló Dakon— tras un proceso de negociación y no de una guerra, algo que Sachaka nunca había hecho antes. ¿Esa disposición a conversar en vez de luchar fue fruto de nuestra influencia?

Jayan se quedó pensativo.

—Tal vez.

—¿Cómo era Kyralia antes de la llegada de los sachakanos? —preguntó Tessia.

—Un cúmulo de señoríos independientes que tan pronto convivían en paz como guerreaban entre sí —le dijo Dakon—. No había un soberano que los gobernara a todos, aunque el lord del señorío del sur era el más poderoso con diferencia. Todos los mercaderes acudían a Imardin a hacer negocios, y controlar el centro de comercio le permitió amasar una fortuna.

—¿El rey Errik descende de aquel lord?

—No, el lord del sur murió durante la invasión. Nuestro rey descende de uno de los hombres que negociaron nuestra independencia.

—¿Cómo vivían los magos antes de la invasión?

—No había muchos, y la mayoría vendía sus servicios a los lords de los señoríos. En los pocos documentos que se conservan de aquella época solo se menciona a siete. Tampoco existe una descripción de la magia superior. Algunos creen que los sachakanos la descubrieron y que gracias a ello conquistaron muchos países con tanta facilidad. Acabaron por perderlos cuando el conocimiento de la magia superior se propagó por aquellos países y los magos locales empezaron a igualarlos en fuerza.

El carruaje enfiló una calle lateral. Al percatarse de que había olvidado contar las calles, Tessia miró alrededor en busca de alguna pista que le permitiera identificar aquella por la que circulaban. En la pared de uno de los edificios de la esquina había una placa de metal pintada.

«Calle Cuarta», rezaba.

Por las clases sobre Imardin que había recibido, Tessia sabía que las personas que vivían más cerca del palacio eran por lo general más importantes y poderosas que las que residían colina arriba, aunque esta norma no siempre se cumplía. Había familias poderosas que vivían cerca de la plaza del Mercado porque ellos o sus predecesores habían perdido su fortuna pero no su influencia, o simplemente porque les gustaba su casa y no querían mudarse a otro sitio. En cambio, el caso contrario no se daba: no había familias pobres o insignificantes que residieran por encima de la Calle Tercera.

Cuando Dakon le había explicado la estructura social de Imardin, Tessia le había preguntado si las casas pasaban constantemente de unas manos a otras conforme la riqueza y la influencia aumentaban o decrecían. Él le había respondido que las viviendas rara vez cambiaban de propietario. Las familias poderosas de Kyralia habían aprendido a aferrarse a sus posesiones, y solo las circunstancias más dramáticas podían arrebatarlas.

Si los anfitriones de Dakon vivían en la Calle Cuarta, debían de ser importantes. Casi todas las casas que Tessia alcanzaba a ver eran de construcción sachakana, o quizá imitaciones. El carruaje se detuvo ante una puerta de madera grande con un porche remetido en la fachada. Un hombre uniformado dio un paso al frente e hizo una reverencia.

—Bienvenido, lord Dakon —dijo. Saludó a Jayan con un movimiento rígido de la cabeza—. Aprendiz Jayan. —A continuación, para sorpresa de Tessia, se dirigió a ella—. Aprendiz Tessia. Lord Everran y lady Avaria les esperan y les ruegan que pasen y se unan a ellos para el refrigerio de la tarde.

—Gracias, Lerran —dijo Dakon, apeándose del carruaje—. ¿Cómo están el lord y su esposa?

—Lady Avaria ha estado un poco fría y lenta, pero este último mes se encuentra mucho mejor.

Tessia sonrió. La expresión «fría y lenta» aludía a la creencia de que alguien con aspecto pálido y cansado seguramente tenía bajo el ritmo del corazón y también la temperatura del cuerpo. No siempre era así, y el dicho tenía más que ver con ideas que se había formado algún lego en la materia al oír de pasada el comentario de un

sanador.

Cuando todos hubieron bajado del vehículo, el cochero se lo llevó y lo hizo pasar por una abertura mucho más grande en la fachada de la casa. Lerran los guió a través de las puertas. Al otro lado, en vez de un suntuoso recibidor, encontraron un pasillo amplio. Dakon volvió la vista atrás, hacia Tessia.

—En las casas sachakanas esto se conoce como el «acceso» —le explicó—. A la habitación del fondo se le llama «sala maestra», y es el lugar donde el propietario de la casa recibe, entretiene y sirve las comidas a sus visitas.

La estancia en la que entraron era enorme. Había bancos cubiertos con cojines diseminados por la sala, y en las zonas de las paredes que no estaban tapadas por armarios voluminosos colgaban cuadros, tapices y figuras talladas. Había puertas orientadas en todas direcciones. Como Tessia no veía ninguna escalera por allí, supuso que el acceso a la planta superior estaba en otra parte de la casa.

De pie en el centro de la sala, una pareja sonreía a sus invitados. «Deben de ser lord Everran y lady Avaria.» Eran más jóvenes de lo que había imaginado Tessia; probablemente tenían menos de treinta años. Lord Everran era un hombre alto y delgado con el cabello negro típico de los kyalianos, pero tenía la piel más oscura de lo normal, con un agradable tono dorado. Era bastante apuesto dentro de su estilo acicalado y pulcro, decidió ella.

Tessia nunca había visto una mujer como lady Avaria. Su anfitriona era atractiva, pero de una sobriedad extrema. «Es el vivo ejemplo de lo que mamá quería decir cuando intentaba describirme lo que es la “elegancia”», reflexionó Tessia. Pero había algo en el rostro de Avaria —un brillo de picardía en los ojos, un toque extraño en su sonrisa— que parecía indicar que bajo aquella fachada de compostura se escondía un espíritu travieso. «Y además es una maga», se recordó.

La expresión de Everran reflejaba una franca alegría cuando recibió a Dakon, palmeándole la parte superior de los brazos en lo que Tessia dedujo que era una forma de saludo entre hombres importantes. Se percató de que no honraba a Jayan con el mismo gesto. Recordaba que lord Gilar tampoco lo había saludado así. Quizá Jayan no sería considerado importante hasta que se convirtiera en un mago superior.

Lady Avaria no siguió el ejemplo de su esposo. Sonrió y rozó la mejilla de Dakon con los dedos.

—Me alegro de verte de nuevo, Dakon —dijo con voz afectuosa y suave. Se volvió hacia Jayan—. Bienvenido de nuevo, aprendiz Jayan de Drayn.

Tessia percibió en ambos anfitriones una mirada alerta. Cuando posaron la vista en ella, tuvo la clara sensación de que la examinaban con sagaz detenimiento. «Menos mal que no soy una de esas personas que balbucean cuando se ponen nerviosas —pensó mientras respondía a sus preguntas—, y que no tengo nada que ocultar. Algo me dice que no pasarían por alto el menor desliz que cometiera al hablar.»

—¿Ayudante de un sanador? —dijo Avaria—. Tengo una amiga que está formándose como sanadora. Debería concertar una cita entre vosotras, para almorzar o algo así.

Tessia pestañeó, sorprendida.

—Yo no era más que una simple ayudante. Seguramente le pareceré más bien..., eh, poco interesante.

—Oh, estoy segura de que te encontrará fascinante —le aseguró Avaria—. Además, yo estaba deseando tener una nueva compañera de compras. —Se volvió hacia Dakon—. Vamos a ver, ¿les has dado a tus aprendices la asignación habitual?

—Lo haré en cuanto nos hayamos instalado en nuestros aposentos —respondió él, riendo entre dientes.

—Los precios han subido considerablemente desde tu última visita —lo previno Avaria—. Como es la primera vez que Tessia viene a la ciudad, tendrá que hacer algo más que renovar su vestuario.

Tessia notó que se le encendía el rostro.

—No tengo que... —empezó a decir pero calló cuando Jayan extendió la mano para interrumpirla.

—Oh, sí, tienes que hacerlo —le dijo Jayan por lo bajo— si quieres sobrevivir en compañía de Avaria durante más de cinco minutos.

La señora lo miró con los ojos entornados.

—Te he oído.

—También tiene el oído muy fino —le advirtió Jayan a Tessia.

—Cinco minutos. —Avaria hizo chasquear la lengua, con un destello de diversión en la mirada—. Cinco minutos enteros. Tengo que hacer algo para recuperar mi reputación.

—¡Hanar!

Reprimiendo una mueca, Hanara se enderezó y dirigió la vista hacia el dueño de la voz. Ningún hombre kyaliano respetable tendría un nombre que acabara en *a*, como sus mujeres —al menos eso le habían dicho los mozos de cuadra—, por lo que habían acertado el suyo.

Ravern, el jefe de las caballerizas, estaba de pie frente a la puerta. Le indicó con señas que se acercara, así que Hanara dejó la pala a un lado y se encaminó hacia él.

—Llévale esto a Bregar, el jefe del almacén —ordenó Ravern, tendiéndole a Hanara una tablilla encerada con palabras garabateadas en ella—. Tráeme lo que él te dé a cambio. Y date prisa, o lo pillarás a medio cenar.

Hanara asintió con la cabeza como hacían otros criados para demostrar respeto al hombre, y salió con paso rápido a la luz del atardecer. Se guardó la tablilla en la parte interior del manto, con la cara encerada hacia fuera, sujeta por el cinturón. Bajó velozmente por el camino de carretas en dirección a las puertas y se detuvo por unos instantes para recorrer la aldea con la vista.

No había nadie en la calle. No era de extrañar; había refrescado, lo que preludiaba una nevada nocturna.

Tras enfilar el camino principal, se dirigió con zancadas resueltas hacia el enorme edificio del almacén. No solo era el lugar donde se guardaban los productos del señorío y los artículos que importaban para consumo del pueblo, sino también una tienda. El jefe de las caballerizas ya lo había enviado en varias ocasiones a hacer recados parecidos. Hanara sospechaba que estaba poniendo a prueba su fiabilidad. Y su utilidad.

Cuando llegó al almacén, Hanara entró y sacó la tablilla de su manto. Como el jefe del almacén no estaba, tocó la campanilla. Bregar salió por una puerta del fondo,

arrastrando los pies, y su cara de pocos amigos se suavizó cuando vio a Hanara. No se fiaba de Hanara, pero nunca se burlaba de él. Extendió la mano para coger la tablilla.

Bregar era muy corpulento para tratarse de un kyaliano. Hanara suponía que tenía algún antepasado sachakano. Mientras él esperaba, el hombre apiló sobre una mesa unos cubos sólidos de una sustancia brillante y luego colocó al lado unos sacos de grano y una pesada jarra de cerámica con el tapón generosamente sellado con cera. Todos los artículos eran para las caballerizas, lo que no tenía nada de raro, pero Hanara se había percatado de que, a diferencia de otros mozos de cuadra, nunca le habían encargado que fuera a buscar comida para la Residencia ni que llevara al herrero objetos que necesitaban que los afilara.

Bregar le devolvió la tablilla. Ahora que había un montón de tamaño considerable sobre la mesa, el jefe del almacén comenzó a meterlo todo en una caja de madera. Al ver esto, Hanara se guardó de nuevo la tablilla bajo la parte delantera del manto. Necesitaría las dos manos para cargar con la caja. Cuando Bregar levantó la caja, Hanara se agachó y le indicó que la colocara sobre su espalda. Se enderezó, y el hombre emitió un gruñido interrogativo con el ceño fruncido.

Hanara asintió. El jefe del almacén se encogió de hombros y abrió la puerta.

En el exterior, la luz del sol se extinguía. Mientras echaba a andar hacia la Residencia, Hanara pensó que aquel gruñido era lo más parecido a una conversación que había mantenido con Bregar. No le importaba. Los esclavos tendían a ser igual de reservados. Hablar de más podía meterlos en líos.

A medio camino de la Residencia, Hanara notó un dolor punzante en el brazo. Dio un respingo pero siguió andando. Esto le ocurría a menudo cuando paseaba solo por la aldea. Sobre todo cuando los dos jóvenes patanes estaban cerca.

Un poco más adelante, oyó unas pisadas que se acercaban. Al ver a los dos jóvenes, sintió que el alma se le caía a los pies. Casi siempre eran un incordio, pero si se le caía la caja por su culpa y se rompía algo, tendría problemas cuando volviera a las cuadras.

Siguió caminando. Los otros dos le dieron alcance y se situaron uno a cada lado, avanzando a la misma velocidad que él.

—Hanara —dijo uno de ellos—. ¿Tienes esposa en Sachaka?

Él guardó silencio como siempre y continuó andando.

—¿La echas de menos? ¿Echas de menos llevártela al catre?

—¿Lo hace ahora tu amo sachakano?

Un pie delante del otro. Sus provocaciones no significaban nada. Ellos sabían demasiado poco sobre él para hacerle daño. La ventaja de que no lo dejaran encariñarse con nadie era que no había nada que pudieran utilizar contra él.

—¿O lo hacía él contigo?

Era una expresión rara, aquella de «llevarse al catre» a alguien. Como si el acto de la reproducción humana se llevara a cabo con muebles y no con partes del cuerpo.

—Apuesto a que se meterá en un buen aprieto si se le cae esa caja.

—Son cosas para la Residencia —observó el otro.

—¿Y qué? Lord Dakon puede permitirse comprar más si se rompen. En cambio, aquí Hanara no puede permitirse cometer un error, o lo echarán a patadas.

La entrada para carros estaba a solo unos cientos de pasos de allí. Hanara sintió que le propinaban un empujón desde un lado. Se tambaleó, pero logró mantener su carga equilibrada. Recibió un empujón desde el otro lado. Esta vez le pisó el pie a uno de los patanes al dar un bandazo. El joven soltó una palabrota.

—Estúpido esclavo —gruñó. Se plantó delante de Hanara, y le descargó un puñetazo en el estómago.

Se oyó un crujido. El joven reculó, boquiabierto y con el rostro crispado por el dolor. Hanara notó que los trozos de la tablilla resbalaban hasta quedar apoyados contra su cinturón.

Oyó detrás de sí que el otro patán preguntaba qué había pasado.

—No lo sé. Es como si llevara una armadura. ¡Ay! Me parece que se me ha roto el pulgar.

Hanara sonrió. Salió al camino de carros y no pudo resistir la tentación de mirar de nuevo hacia la aldea. Sin embargo, antes de que alcanzara a distinguir a los dos patanes en la penumbra, otra cosa captó su atención.

Al otro lado de la aldea, sobre la cima que se elevaba detrás, una luz azul se encendía y se apagaba.

Se le heló la sangre.

Se volvió y bajó por el camino a toda prisa hacia las caballerizas con el corazón desbocado. Aunque no era capaz de leer el texto escrito en la tablilla rota que tenía bajo el manto, sí sabía descifrar el código de la luz parpadeante en la montaña. Representaba una palabra. Una orden.

«Informa.»

Takado había vuelto.

La sala maestra de la casa de Everran olía a flores de marín, un aroma fresco pero intenso que dotaba a la estancia de una atmósfera tan animada como propicia para la reflexión. Dakon y Jayan se habían acomodado en uno de los bancos. No habían visto a Tessia ni a Avaria en todo el día. Las dos mujeres habían salido temprano para explorar la ciudad y planeaban pasar la tarde con una de las amigas de Avaria.

Everran había desaparecido, pero en aquel momento entró en la sala frotándose las manos con entusiasmo.

—Nuestras visitas empezarán a llegar pronto.

Dakon asintió. Su padre y el abuelo de Everran eran primos, por lo que los unía un vínculo familiar, aunque algo lejano. Dakon había mantenido la costumbre de su padre de alojarse en casa del padre de Everran cada vez que viajaba a Imardin. Cuando, cinco años atrás, el hombre murió de un ataque al corazón, su hijo insistió en adoptar el papel de anfitrión de Dakon en sus visitas a la ciudad.

Everran era un joven simpático e inteligente. Aunque había recibido su herencia a una edad demasiado corta, había sobrellevado la carga con una madurez admirable, y estaba especialmente dotado para la política. A Dakon le había alegrado que Everran se incorporara al Círculo de Amigos, y no solo porque el joven mago le cayera bien. Resultaba alentador que algunos magos urbanos estuvieran tan preocupados por la amenaza sachakana como los lords rurales, y dispuestos a apoyar su causa.

—¿Qué esperan de la reunión? —preguntó Dakon—. ¿Quieren información, noticias?

Everran se encogió de hombros.

—No. Es poco probable que sepas algo que ellos no sepan ya. Hablaremos de cómo enfocar tu entrevista con el rey.

—Agradeceré cualquier consejo. —Dakon hizo un gesto sarcástico—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi al rey, y no fue para tratar asuntos oficiales.

—Nos interesa a todos que consigas tu propósito. Ellos..., ah, aquí llega el primero.

El sonido de unos pasos atrajo su atención hacia el pasillo que conducía hasta allí desde la entrada principal de la casa. Everran se levantó, y Dakon y Jayan siguieron su ejemplo. Un hombre de baja estatura, con un ligero sobrepeso y el cabello negro entrecano, entró acompañado por Lerran, el ujier. Se detuvo para sonreír y saludar con una inclinación de cabeza a Everran y luego a Dakon, cuando el primero los presentó.

—Este es el mago Wayel, de la familia Paren, el nuevo jefe de comercio.

—Enhorabuena. Espero que la transición haya sido poco accidentada.

Wayel se encogió de hombros.

—No ha ido mal, dentro de lo que cabe.

—¿A qué se dedica lord Gregar últimamente? —preguntó Dakon.

—Está en casa, guardando reposo. —A instancias de Everran, se trasladaron a los bancos y se sentaron de nuevo—. He oído que no se encuentra bien. Hay quien dice que renunció a su cargo demasiado pronto y ahora agoniza a causa del aburrimiento, pero tengo entendido que dimitió porque estaba enfermo. Tal vez de muerte.

Al pensar en el anciano lleno de energía que se encargaba de resolver disputas comerciales entre los señoríos, Dakon sintió una punzada de tristeza. No era fácil encontrar hombres como lord Gregar, eficientes y lúcidos. Dakon esperaba que el mago Wayel supiera estar a la altura de su predecesor, aunque no lo envidiaba en absoluto, pues era bien consciente de las exigencias del puesto.

Unas carcajadas resonaron en el pasillo. Dos hombres entraron en la sala, precedidos por el ujier. Todos se pusieron de pie para recibir a los recién llegados.

—Lord Prinan está aquí en representación de su padre, lord Ruskel —le explicó Everran a Dakon—. Lord Bolvin es del señorío de Eyren.

El señorío de lord Ruskel estaba situado en el extremo suroriental de las montañas que se extendían a lo largo de la frontera con Sachaka. Ruskel había sido quien se había topado con los tres sachakanos «perdidos» en su territorio, según recordaba Dakon. Prinan era un mago joven recién emancipado, entrenado por su padre. Saludó a Dakon con deferencia fruto del nerviosismo. Dakon se percató de que Everran había adquirido el hábito de emplear el título de «lord» para referirse tanto al heredero de un señorío como de una casa, una manera de señalar a los vástagos que recibirían la herencia. Era una costumbre cada vez más popular, tal como había comprobado durante sus últimas visitas a la ciudad. No estaba seguro de que le gustara.

Aunque había conocido a Bolvin unos años atrás, el hombre había cambiado considerablemente. Varios años mayor que Prinan, a quien sacaba una cabeza, Bolvin desprendía un aire de madurez poco común en alguien tan joven. Al igual que Everran, había tenido que suceder a su padre a corta edad cuando el buque en que viajaba este había desaparecido durante una tormenta; tenía un señorío entero que administrar, además de la fortuna familiar.

El señorío de Eyren se hallaba en la costa occidental, lejos de cualquier peligro inmediato en caso de invasión, pero aun así lord Bolvin tenía una expresión seria y comprensiva cuando saludó a Dakon. «Él entiende que los sachakanos no se conformarían con conquistar algunos señoríos fronterizos», pensó Dakon.

Antes de que los saludos concluyeran, sonó otra voz procedente de la puerta de la sala.

—Ah, menos mal, no soy el único que llega temprano.

Un hombre de mediana edad alto y esbelto entró en la estancia con un andar elegante. Dakon lo reconoció, sorprendido.

Everran se rió.

—De hecho, llegas puntual por una vez en tu vida, lord Olleran.

Olleran era un lord urbano de pies a cabeza que había reconocido (al rechazar invitaciones de otros lords a alojarse en casas de fuera de la ciudad) que el campo le parecía sucio y aburrido. Pero no era eso lo que hacía que su presencia en aquella reunión resultara tan sorprendente. Estaba casado con una sachakana. Se acercó a Dakon para tomarlo del brazo.

—Bienvenido de nuevo a Imardin, lord Dakon —dijo—. Por si acaso eres demasiado cortés para preguntar, te diré que ha sido mi esposa quien me ha convencido de que me uniera a vuestra causa. Dice que Kyralia le gusta tal como es y me ha ordenado que localice y ayude a todos aquellos que estén haciendo lo posible por que las cosas sigan igual.

Dakon sonrió. Había oído que los fracasos anteriores de lord Olleran en materia de cortejos se debían a su preferencia por las mujeres difíciles. Cuando el hombre se casó con una sachakana, la mayoría de la gente creyó que por fin había superado esa tendencia. Sin embargo, resultó que no se trataba de una sachakana común y corriente. Aunque la habían educado para ser una mujer callada y obediente, se había despojado de este bagaje sofocante después de llegar a Kyralia y trabajar en una serie de proyectos benéficos. Dakon no la conocía, pero ella era popular entre las amigas de Avaria.

—¿O sea que cree que existe una amenaza por parte de Sachaka?

—Su familia lo cree. Le han ordenado que regrese a casa. Ella se ha negado, claro está. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Así que no me queda otro remedio que alegrarme de que sea una esposa tan desobediente.

Llegaron más invitados. Dakon conocía a algunos, como lord Gilar. Había otros de los que había oído hablar pero a quienes no había visto en persona antes. Unos pocos eran desconocidos para él. Entre ellos figuraba un puñado de lords rurales o de enviados suyos, así como otros dos lords de la ciudad. Dakon conocía la reputación de uno de ellos, el mago Sabin. Era un diestro espadachín que había estudiado a fondo el arte de la guerra. «Será un buen asesor si alguna vez tenemos que entrar en combate —decidió Dakon—. Pero no estoy seguro de que ahora mismo me resulte útil.»

Al poco rato, una confusión de voces reinaba en la sala y nadie se molestaba en volver a sentarse tras saludar a un recién llegado. Los presentes conversaban divididos en grupos pequeños. Cuando el último mago fue acompañado al interior de la estancia y presentado, Everran hizo sonar un pequeño gong para captar la atención de todos. Los invitados guardaron silencio y volvieron la mirada hacia su anfitrión.

—Como ya saben, no he convocado esta reunión únicamente para que gocemos de una buena conversación y una buena cena, que será servida en breve, por cierto. Lord Dakon ha viajado a Imardin desde el lejano señorío de Aylen para entrevistarse con el rey en nuestro nombre. Lo que tenemos que decidir hoy es lo siguiente: ¿qué debe decirle al rey? ¿Qué no debe decirle? ¿Qué pretendemos conseguir? ¿Qué queremos evitar?

Se hizo un silencio breve mientras los hombres se miraban entre sí, indecisos respecto a quién sería el primero en hablar.

—Necesitamos que nos garantice que enviará a un ejército de magos a reconquistar y proteger los señoríos fronterizos en caso de invasión —dijo Prinan—. Al menos, es lo que pide mi padre.

Everran asintió.

—Y tiene razón. —Se volvió hacia Dakon—. ¿Son estas las instrucciones que te dio lord Narvelan?

—Sí —dijo Dakon.

—Pero ¿no es un insulto para el rey insinuar que no tiene la intención de reconquistar los señoríos? —inquirió Bolvin.

Unos magos reaccionaron a esta pregunta encogiéndose de hombros, y otros con gestos de afirmación. Dakon advirtió que varios habían vuelto la cabeza hacia Sabin. Por alguna razón lo consideraban la mayor autoridad en asuntos relacionados con el rey.

—Es la impresión que se llevaría él —convino Sabin—. Sabría que detrás de la petición hay más de lo que parece, y le irritaría que lo considerases tan necio como para no darse cuenta.

—Todo depende del modo en que se lo plantees —terció Olleran, mirando en torno a sí—. Tendrías que decir: «Se rumorea que en la ciudad hay quien opina que no vale la pena luchar en defensa de los señoríos exteriores si sufren una invasión. ¿Qué opináis vos, majestad?».

Sabin soltó una risita y fijó la vista en Olleran.

—¿Cuántas veces has ensayado ese pequeño discurso? —preguntó en voz baja.

Olleran se encogió de hombros con modestia.

—Unos pocos... cientos.

—¿Y si quiere saber quién ha expresado esa opinión, qué le digo? —inquirió Dakon—. ¿Tendré que darle nombres?

—Dile que son lords que no actuarán a menos que obtengan un beneficio directo de ello —gruñó Wayel—. Magos que, por egoísmo o cobardía, no están dispuestos a poner su vida en peligro.

—Tenemos que hacerles comprender que la pasividad les saldría más cara a la larga —dijo Bolvin—. Los sachakanos no se detendrán cuando hayan tomado unos cuantos señoríos exteriores. Interpretarán la falta de resistencia como un signo de debilidad, y se apoderarán de todo.

—Algunos no se lo creerán hasta que sea demasiado tarde —predijo Sabin—. La habilidad mágica no es exclusiva de los clarividentes.

—Ni de las personas con sentido común —añadió Everran—, pero la mayoría de los renuentes cambiarían de idea si se produjera un ataque. Por el momento tienen un gran concepto de sus aliados más poderosos porque creen que es su obligación, pero ante la noticia de una agresión, tal vez llegarían a la conclusión de que si estábamos en lo cierto respecto a una invasión de los señoríos exteriores, quizá también estemos en lo cierto respecto a las consecuencias de no expulsar a los sachakanos.

—Más vale que cambien de idea —murmuró Bolvin.

Otros asintieron, y se impuso un breve silencio. Dakon se mordió la lengua. No habían respondido a su pregunta, pero tal vez la digresión volvería al punto de partida si esperaba lo suficiente.

—¿Nos ayudarían los más reacios a cambio de dinero? —preguntó Prinan.

La sala vibró con exclamaciones de protesta.

—¡El rey no lo aprobaría! —declaró Bolvin.

Dakon se estremeció.

—Si permite que los sachakanos se adueñen de nuestras tierras sin encontrar la menor resistencia, habrá caído tan bajo que permitir que otros exijan dinero por ayudarnos a liberarnos parecería un delito menor.

—Solo compraremos ayuda si la situación es desesperada —le aseguró Everran.

—Si llegamos a ese extremo, no estoy seguro de que siga sintiendo algún respeto por mis compatriotas —comentó Sabin con un suspiro.

Gilar movió la cabeza afirmativamente.

—¿Son un problema los sachakanos de la ciudad? —Dedicó una sonrisa a Olleran—. Y no me refiero a tu maravillosa mujer, por supuesto.

—Oh, ella es un problema, pero no en ese sentido —dijo Olleran con una mueca poco convincente—. Más bien es mi problemilla privado.

—Representas muy mal el papel de marido sufrido, Olleran —observó Sabin, sacudiendo la cabeza con desilusión fingida.

—En su mayoría son comerciantes —dijo Wayel, haciendo caso omiso de las bromas—. Y también está el representante del emperador Vochira, además de algunas mujeres casadas con kyalianos. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Olleran—. Supongo que si constituyen un peligro, será solo por las razones habituales: podrían ser espías e intentar sobornar o engañar a ciudadanos kyalianos para que perjudiquen nuestro país de alguna manera.

—Las personas que deberían ser objeto de nuestra preocupación —dijo Sabin— son las familias kyalianas más poderosas, sobre todo las que atraviesan dificultades que podrían solucionarse con una oferta generosa de los sachakanos; deudas, poca demanda de sus productos, competidores...

«Ah, bien —pensó Dakon—. Volvemos al tema de quién podría pronunciarse contra nosotros...»

—¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Se trata de las mismas personas que nos critican en la actualidad?

Wayel negó con la cabeza.

—No me parece conveniente empezar a señalar con el dedo a nadie en particular. No sería un enfoque prudente.

Sabin asintió.

—Lo que piensen los lords es irrelevante. No serán ellos quienes tomen la decisión de reconquistar los señoríos fronterizos si son invadidos, sino el rey.

—¿O sea que Dakon debe intentar convencer al rey de que vale la pena conservar los señoríos? —preguntó Prinan.

Everran sacudió la cabeza.

—Solo si tenemos la certeza de que él no lo cree así. Wayel está en lo cierto: mencionar las opiniones adversas sería una justificación peligrosa para pedirle que nos garantice su protección. Probablemente nos preguntaría quién ha expresado dichas opiniones y quién nos ha facilitado esa información, y se resistirá a creerlo si no le ofrecemos pruebas, pues suena como un cotilleo. —Suspiró—. No, para justificar lo que vamos a pedirle, tenemos que presentarle las últimas pruebas.

Los demás dieron muestras de conformidad. Dakon reprimió un suspiro de alivio. Al menos estaban de acuerdo entre sí.

—De forma clara y sencilla, para que no crea que estamos sacando conclusiones precipitadas —agregó Wayel en voz baja.

—Dudo que haya peligro de que crea eso respecto a Dakon. —Everran sonrió y le dedicó una inclinación de la cabeza a su invitado—. Y aunque al rey le dé la impresión de que Dakon solo busca su confirmación por su propio interés y no por el de todos nosotros, quizá baste con eso para arrancarle una promesa a su majestad.

—Una promesa a Dakon, no a nosotros —señaló uno de los magos rurales.

—¿Supone eso alguna diferencia, a efectos prácticos? —preguntó otro.

—Es dudoso que el rey Errik haga una promesa semejante al mago de un señorío sin hacérsela también a los demás —dijo Sabin con tranquilidad—. A menos, claro está, que quiera demostrar cierto favoritismo, pero en ese caso sería absurdo arriesgarse a sembrar celos entre los magos rurales. Le interesa que estén unidos, no que compitan entre sí.

—¿Estás seguro? —preguntó Wayel—. Quizá quiera utilizar un ardid similar para dividimos, a fin de que dejemos de importunarlo.

—No lo hará —dijo Sabin.

Los demás asintieron en señal de aprobación, dejando claro una vez más ante Dakon el respeto que sentían hacia el espadachín.

—De modo que, si hace una promesa, ¿nos la hará a todos? —inquirió Prinan.

Sabin hizo un gesto de afirmación.

—Pero me sorprendería que hiciera ninguna promesa. Nunca cede terreno si no es imprescindible. Al menos en un combate de entrenamiento.

De pronto, la causa del respeto que los demás demostraban hacia el espadachín resultó evidente. «Sabin debe de entrenar al rey —pensó Dakon—. Eso le permitiría obtener información privilegiada sobre el intelecto y la personalidad del soberano. —De pronto, se le ocurrió otra posibilidad—. Me pregunto si es uno de los magos que proporciona energía mágica al rey.»

Everran suspiró.

—Supongo que sería demasiado pedir, pero si Dakon consiguiera que el rey le diera detalles sobre la forma y el momento en que nos prestará su ayuda, nos facilitaría la tarea de hacer planes. ¡Ah! Ya seguiremos hablando de ello más tarde. ¡Aquí llega la cena!

Mientras varios criados entraban con bandejas de comida, copas y jarras de vino y agua, los invitados se sentaron en los bancos. Algunos entablaron conversaciones con sus vecinos mientras comían para repasar los asuntos ya tratados. Dakon meditó sobre lo que había oído por el momento. No tenía la sensación de haberse formado una idea más precisa de cómo debía abordar el tema ante el rey. La discusión no parecía llevar a ninguna parte.

Miró a Everran, que sonrió y ladeó ligeramente la cabeza hacia sus amigos, como para preguntar: «¿Estás escuchando esto?».

De repente, Dakon supo exactamente qué esperaba Everran de él. A aquellos hombres poderosos no les gustaba que los presionaran o interrumpieran, sobre todo cuando estaban enzarzados en un debate acalorado. No, correspondía a Dakon tomar nota de lo que se decía y quién lo decía, con el fin de seleccionar a aquellos a

los que pediría más retos concretos para la reunión.

¿Y qué les preguntaría? Lo que necesitaba saber era cómo podía reaccionar el rey Errik a ciertos planteamientos o propuestas. Contra todo pronóstico, Sabin parecía ser el hombre más allegado al rey. En un principio, Dakon habría elegido a Wayel, pero este había hecho algunas preguntas cuya respuesta Dakon había esperado que él conociera, así que quizá llevaba demasiado poco tiempo en el cargo. ¿Y los demás?

Cuando las discusiones se reanudaran, Dakon decidió que dejaría caer algunos comentarios y preguntas pensados para que aquellos hombres revelaran más de sí mismos. Rechazó el vino y en cambio pidió que le sirvieran agua.

Como en todas las visitas anteriores de Dakon a la ciudad, necesitaba un tiempo para acostumbrarse a la sutileza con que se trataban los temas allí. Esta vez tenía que adaptarse deprisa, pues el rey se movía en un terreno político complicado y tortuoso, y Dakon pronto se reuniría con él en persona.

A través de una abertura en el toldo del carruaje, Tessia contemplaba una escena aterradora y a la vez emocionante. Una gran multitud de personas y carros que se abrían paso en direcciones distintas atestaba las calles. Había más personas que carros, y eso que los vehículos eran muy numerosos. Ella nunca había visto tal aglomeración de gente. La masa, la fuerza concentrada que irradiaba, el vocerío ensordecedor, todo ello le aceleraba el pulso.

La razón de que el paseo estuviera tan concurrido se encontraba en el extremo más bajo de la calle. Una muchedumbre se había reunido allí, y el vago sonido de la música se elevaba por encima del gentío. Destellos de color prometían espectáculos extraños.

El mercado.

—Deberíamos haber salido antes —dijo Avaria por cuarta vez, suspirando y atusándose el cabello cuidadosamente recogido.

Habían charlado sobre la infancia y la educación de Tessia, el motivo por el que su padre se había mudado a Mandryn, el modo en que Tessia había descubierto sus poderes (Avaria no había puesto en duda su afirmación de que Takado simplemente le había «dado un susto») y todos los incidentes interesantes que se sucedieron durante el viaje a Imardin. Tessia empezaba a preguntarse si había agotado todos los relatos interesantes de su vida antes de que terminara su primer día en la ciudad.

También tenía la sensación de estar hablando demasiado de sí misma. Sin embargo, cuando le hacía a Avaria preguntas parecidas, la mujer empezaba a referir alguna anécdota de su infancia o de sus estudios, pero invariablemente se interrumpía al acordarse de otra cosa que quería preguntarle a Tessia.

—Tal vez llegaríamos antes a pie. —Tessia echó un vistazo a la multitud que pasaba junto al carruaje.

—Me temo que no es una buena idea. Aparte de sufrir unos cuantos empujones, nos robarían antes de que llegáramos —dijo Avaria con un gracioso encogimiento de hombros.

—¿Nos robarían? —Tessia miró alarmada a su anfitriona.

Avaria le dedicó una sonrisa amarga.

—En efecto, aunque probablemente no nos daríamos cuenta enseguida. Los carteristas son muy hábiles en Imardin. En su mayoría son niños; su pequeño tamaño les permite escabullirse rápidamente entre la gente. Aunque uno los vea a tiempo, los criados no tienen ninguna posibilidad de alcanzarlos.

—¿Niños? —Tessia observó más atentamente la multitud. El día anterior había visto algunos críos terriblemente delgados y sucios. No le sorprendía que estuvieran lo bastante desesperados para recurrir al hurto.

Su padre le había hablado de los pobres de Imardin. Cuando ella le había preguntado por qué no tenían dinero, la explicación había sido larga y complicada. Él le había enumerado una serie de razones: había demasiado poco trabajo para tanta gente, nadie estaba dispuesto a tomar a su servicio a personas tullidas o con problemas mentales, algunos no tenían a nadie que cuidara de ellos cuando caían enfermos, y si perdían su empleo a causa de su dolencia, podían morir de hambre antes de recuperarse; otros resultaban heridos mientras trabajaban, y si sus empleadores no se ocupaban de ellos, acababan en una situación similar.

No era la primera noticia que tenía Tessia, ni desde luego sería la última, de que, a diferencia de lord Dakon y su padre, muy pocos lords se preocupaban por sus subordinados o eran plenamente conscientes de sus responsabilidades. Algunos eran unos necios. Otros veían a sus subordinados como meras mercancías. Y otros eran directamente perversos.

—Pobrecillos —comentó Avaria—. Nacen en la pobreza y los educan para que se conviertan en ladrones. Si la ciudad padece esta lacra, se lo tiene merecido por no cuidar mejor de su gente.

Tessia asintió, extrañada ante aquella manera de referirse a la ciudad como si fuera una persona.

—Pero no debe de ser tan fácil cuidar de una ciudad entera como de una aldea.

—No. —Avaria sonrió y sus ojos centellearon cuando miró a Tessia, tal vez en señal de aprobación, aunque la joven no estaba segura de ello.

El carruaje empezó a moverse. Tessia se preparó para cuando se detuviera de nuevo, pero el vehículo continuó avanzando. A continuación dobló una esquina y se paró una vez más.

—¡Hemos llegado! —anunció Avaria alegremente. Se puso de pie, retiró la capota del carruaje y se apeó. Uno de los dos criados que viajaban en la parte posterior del carro ya estaba allí para ayudarla a bajar. Mientras Tessia descendía por la escalera pequeña empotrada en un costado del vehículo, el segundo criado se acercó para tenderle la mano. Aunque ella no aceptó su ayuda, le sonrió para mostrarle su agradecimiento.

Él le devolvió la sonrisa cortésmente y la siguió cuando ella echó a andar al lado de Avaria, que enlazó el brazo con el suyo.

Tessia miró en torno a sí y parpadeó sorprendida. No estaban en el mercado, como ella había supuesto, sino en una bulliciosa calle lateral, más estrecha que las vías principales y bordeada de comercios pequeños.

—Bienvenida a la calle de la Vanidad —dijo Avaria, dándole unas palmaditas en el brazo—, donde pueden encontrarse las mejores tiendas de Imardin.

—¿O sea que no están en el mercado?

—Oh, no. El mercado está lleno de verduras, cereales y animales apestosos. La única tela que se vende allí es la que sirve para hacer sacos de grano o sillas de montar, y lo más parecido que tienen a un libro son las tablillas enceradas en las que llevan la contabilidad.

Avaria guió a Tessia a un lado de la calle. La proximidad de la otra mujer, aunque inesperada, le resultaba reconfortante. Hombres y mujeres elegantemente vestidos atestaban la calle. Dúos y tríos de músicos tocaban y cantaban a un lado de la calzada y de vez en cuando un transeúnte dejaba caer una moneda en las tazas de hierro que descansaban a sus pies. Tessia advirtió que estas tenían números pintados en los lados.

—Ven, vamos a entrar aquí—dijo Avaria, y atravesó con ella la puerta de una tienda.

En el interior, los sonidos de la calle llegaban amortiguados. Dos mujeres examinaban rollos de tela colocados sobre una mesa. Había otros rollos apoyados en las paredes, en una gama deslumbrante de colores vivos. Un hombre estaba de pie en el vano de una puerta que comunicaba con otra habitación. Cuando Tessia lo miró, él sonrió e inclinó la cabeza educadamente.

—Oh, fíjate—exclamó Avaria de pronto—. ¿No es preciosa?

Guió a Tessia hacia una de las paredes y se quitó un guante para deslizar los dedos con suavidad sobre una tela lisa de un color azul intenso y vibrante.

—Tengo que comprar algo de esto. ¿Qué colores te gustan, Tessia?

Al pasear la vista por la variedad de colores brillantes, Tessia no pudo evitar pensar que eran un poco chillones para su gusto. Intentó imaginar prendas confeccionadas con cada uno de ellos por separado, y se inclinó por el verde oscuro. Le recordaba uno de los ingredientes del bálsamo para heridas favorito de su padre, un aceite de un árbol que crecía en las montañas y que despedía un olor delicioso.

Avaria levantó el rollo y lo sostuvo frente a la cara de Tessia.

—Tienes buen ojo—le dijo—. Esto te favorecerá mucho.—Se volvió hacia el dependiente—. Nos llevamos los dos. Ah, y esto le sentará de maravilla a Everran.—Cogió un rollo de tela color rojo oscuro y le guiñó el ojo a Tessia—. Por fortuna, los pocos rasgos que conserva de sus antepasados sachakanos son los buenos: tiene un cutis envidiable.

«Eso explica el tono dorado de su piel», pensó Tessia. Había advertido diferencias físicas interesantes entre los hombres y mujeres ricos y poderosos de la ciudad y los plebeyos. Los primeros presentaban una diversidad considerable en cuanto a la estatura y la complexión, mientras que los plebeyos tendían a ser menudos y de piel clara, las características típicas de los kyalianos.

Avaria hizo señas al hombre para que se acercara y entabló con él un largo regateo; finalmente extrajo dinero del bolsito bordado que llevaba remetido en la cintura del vestido y contó una suma que estuvo a punto de dejar a Tessia sin aliento. El dependiente envolvió las telas y las entregó a los criados para que cargaran con ellas. Con un suspiro de satisfacción, Avaria salió de la tienda, con Tessia a la zaga, la tomó del brazo de nuevo y reanudó su camino por la calle de la Vanidad.

—¿Qué más podemos comprar? ¡Ya sé! Unos zapatos.

Varias tiendas más tarde, Avaria había adquirido más telas, unos zapatos que harían que Malia soltara chillidos de admiración, un bolsito para que Tessia guardara su dinero en él porque «esa cosa que te ha dado Dakon es demasiado varonil» y unos cuantos espejos de mano. Cuando Tessia vaciló ante un escaparate repleto de instrumentos de escritura, papeles y libros, Avaria, sin mediar palabra, la arrastró al interior de la tienda. Tessia compró unas plumas, tinta y una caja taraceada con maderas distintas para su padre. Avaria elogió su buen gusto.

—Tu padre pensará en ti cada vez que use esto.

A continuación, una tienda repleta de libros llamó la atención de Tessia, que se alegró al ver que Avaria se dirigía hacia allí. Sin embargo, un vistazo rápido bastó para comprobar que entre los tomos sobre sanación no había nada que su padre no tuviera ya. Lord Yerven siempre le llevaba a su abuelo uno o dos libros cuando regresaba de sus viajes a Imardin.

—¿Lees novelas?—preguntó Avaria.

—Encontré algunas cuando me mudé a la casa de lord Dakon—respondió Tessia, acercándose a ella.

Había una hilera pequeña de volúmenes delgados dispuestos dentro de una estrecha caja de exposición.

—¿Y te gustaron?

—Sí. Son un poco... fantasiosas.

Avaria se rió.

—Por eso resultan tan divertidas. ¿Qué has leído?

—*La luna en el lago. La hija del embajador. Cinco rubíes.*

—Son viejas.—Avaria agitó la mano con desdén—. Honarand ha escrito otras mucho mejores desde entonces. Su serie sobre la isla te resultará de lo más cautivadora.

—¿El autor es un hombre?

—Sí. ¿Por qué te extraña tanto?

—Todas están escritas desde el punto de vista de una mujer.

Avaria sonrió.

—Eso no te parecería tan raro si lo conocieras. Ten.—Le entregó dos libros—. Estos son los mejores que ha escrito.

Tessia cogió los volúmenes y se volvió hacia el librero.

—¿Cuánto cuestan?

—Veinte piezas de plata los dos, por tratarse de usted—respondió él.

Ella lo miró fijamente, atónita.

—¿Veinte piezas de plata? Eso es más que un mes de sueldo para un...

Avaria le puso una mano enguantada sobre el brazo y se inclinó hacia ella con expresión seria.

—Esos libros están transcritos a mano. Se tardan semanas en hacer uno. Los libros son caros porque implican un gasto de tiempo y de papel, cuya fabricación también resulta lenta y laboriosa.

Tessia bajó la vista hacia los delgados volúmenes.

—¿Incluso algo tan... en fin, tan frívolo como esto?

La mujer sonrió y se encogió de hombros.

—Todo aquello para lo que existe un mercado es digno de hacerse. En Imardin hay numerosas mujeres a quienes les sobra el dinero y que tienen el corazón solitario pues viven atrapadas en matrimonios concertados por sus padres. —Volví a encogerse de hombros—. ¿Cuánto vale el consuelo de una fantasía? Aun así, no pagues más de diez piezas de plata por los dos. Yo ofrecería cinco de entrada para empezar a regatear.

Tessia, poco acostumbrada a negociar, solo consiguió que el hombre rebajara el precio a doce piezas de plata, pero compró los libros de todos modos. Esto complació a su anfitriona. Avaria ya le había comprado varios artículos caros, y Tessia sospechaba que también le compraría los libros si no los pagaba ella misma. Por otro lado, quizá habría ocasiones en que Avaria no estaría disponible para entretener a Tessia mientras Dakon y Jayan estaban ocupados con sus importantes reuniones.

Cuando salieron de la tienda, Avaria soltó un grito ahogado.

—¡Oh, mira! ¡Allí está Falia! —De pronto, arrastró a Tessia por el brazo, convirtiendo su paso tranquilo en unas zancadas apresuradas—. ¡Falia, cielo!

Una mujer rubia con un vestido rosa pálido y color crema se volvió, y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa cuando vio a Avaria.

—¡Avaria, cielo!

—Te presento a la aprendiz Tessia, que está pasando unos días con nosotros junto con lord Dakon del señorío de Aylen y el aprendiz Jayan de Drayn. Es la primera vez que Tessia visita Imardin.

Falia enarcó las cejas.

—Bienvenida a Imardin, aprendiz Tessia. —Sin dejar de sonreír, ladeó la cabeza y entornó los ojos—. ¿Eres aprendiz de lord Dakon?

—Sí.

—Y Jayan es tu co-aprendiz. —La mujer arrugó la nariz—. ¡Te compadezco! Era un mocoso malcriado. Espero que haya mejorado con el tiempo. —Miró a Tessia con expectación.

—En realidad no puedo juzgar, pues no lo conocí cuando era un mo..., esto, un niño —balbució Tessia.

Falia se rió.

—Nuestras familias estaban muy unidas en ese entonces. Ya no lo están. —Hizo un gesto de indiferencia—. Así es la vida en la ciudad. Bueno, ¿y cómo es, ahora que han pasado unos años?

Tessia intentó dar con una palabra adecuada pero no la encontró.

—Mayor.

Tanto Avaria como Falia soltaron una risotada, esta vez con complicidad.

—Supongo que no ha cambiado mucho —concluyó Avaria—. Aunque no está de mal ver.

—¿En serio? —Falia arqueó de nuevo sus expresivas cejas—. Entonces no todo está tan mal. ¿Asistiréis las dos a la fiesta de Darya?

—Por supuesto.

—Yo iba a dirigirme hacia allí, en cuanto comprara unos pastaconos. ¿Me acompañáis? Hay sitio de sobra en mi carruaje.

—¿Por qué no? —Avaria le dedicó una sonrisa a Tessia—. Yo diría que ya hemos gastado lo suficiente por hoy, ¿no crees?

Tessia asintió. Aún no había comprado un regalo para su madre, pero no le cabía duda de que habría más salidas de compras.

Siguieron a Falia por la calle hasta una tienda que vendía especias y otros alimentos, así como un gran surtido de dulces. Los pastaconos resultaron ser unos bizcochos esponjosos en forma de cono y espolvoreados con azúcar muy fino. Falia le explicó que dentro llevaban una pequeña sorpresa de puré de frutas endulzado. Uno nunca sabía de qué fruta se trataba hasta que le daba un bocado.

De alguna manera, Tessia acabó con una bolsa de tiros con sal entre las manos mientras aguardaban a que llegara el carruaje de Falia. Cuando este apareció al fin, Avaria envió a uno de sus criados a decirle a su cochero, que al parecer estaba esperando en la Calle Primera, que regresara a casa sin ellas y las recogiera en casa de Falia más tarde. El otro criado apiló las compras en el carruaje de Falia y se encaramó a la parte trasera.

Durante el trayecto a casa de Darya, las dos mujeres de la ciudad charlaron sobre personas a quienes Tessia no conocía. Fue un alivio para ella, pues estaba agotada. Aunque solo había recorrido a pie una distancia que según sus cálculos era equivalente a atravesar Mandryn dos o tres veces, se sentía como si hubiera cruzado un señorío entero.

Aun así, el cansancio no le impidió darse cuenta cuando enfilaron la Calle Cuarta y avanzaron por el lado opuesto del Paseo del Rey hacia la calle en la que se encontraba la casa de Avaria. Al poco rato, el carruaje se detuvo y las dos mujeres se apearon con tal garbo que bajar por la escalera de mano parecía tan sencillo como descender por la escalinata de una mansión. Tessia las siguió hasta la puerta.

Una vez dentro, Avaria la tomó del brazo de nuevo. Por un momento, Falia pareció ofendida, pero entonces se encogió levemente de hombros y se adentró en la casa, con ellas a la zaga.

El hogar de Darya tenía una distribución que Tessia empezaba a reconocer como típicamente kyraliana, al igual que la Residencia de lord Dakon. La puerta se abría a un recibidor desde el que arrancaba la escalera que subía a la primera planta y con aberturas a ambos lados que daban acceso a las habitaciones de la planta baja.

Un criado las condujo hasta un salón de la primera planta con unos ventanales que tenían vistas a la calle. Tres mujeres que estaban sentadas a una mesa redonda se pusieron en pie para recibir a las recién llegadas. A Tessia le sorprendió ver que la anfitriona era baja, regordeta y de un aspecto inconfundiblemente sachakano. Sin embargo, cuando lady Darya sonrió, sus ojos verdes brillaron con simpatía.

—¡Avaria! ¡Falia! —Rozó las mejillas de ambas mujeres con las yemas de los dedos antes de volverse hacia Tessia—. Y esta debe de ser la aprendiz Tessia. Bienvenida. Sentaos. Poneos cómodas. ¡Oh! ¡Habéis traído pastaconos!

Las otras mujeres emitieron exclamaciones de aprobación como depositaron los pasteles sobre la mesa. Los criados llevaron más sillas, así como una fuente de plata para que dispusieran en ella los pasteles.

La conversación que siguió era tan ruidosa, animada y confusa como el ambiente que reinaba en el mercado. Tessia se limitó a escuchar, y durante un rato fue como si todas las demás se hubieran olvidado de su presencia. Las otras dos mujeres eran Kendaria y lady Zakia. Darya se había casado con el hijo mago de un rico mercader... y con toda su familia, añadió en broma. El esposo de Zakia era un lord urbano y también un mago. El marido de Kendaria era primo del rey, y el matrimonio vivía con el hermano mayor de él y su familia. Tessia se percató de que dedicaban mucho tiempo a reírse de sus esposos.

Cuando ya no se podía sacar más jugo del último cotillo y todas se habían sumido en un silencio especulativo, Avaria señaló a su invitada con la cabeza.

—El padre de Tessia es sanador, y ella era su ayudante antes de descubrir sus poderes por casualidad.

—¡Eres una nata! —Zakia asintió en señal de aprobación—. Debes de ser muy poderosa.

Tessia se encogió de hombros.

—Aún no lo sé, pero me han dicho que así es como funcionan las cosas.

—Kendaria está estudiando para ser sanadora —dijo Avaria, lanzándole a Tessia una mirada significativa.

Tessia parpadeó, sorprendida, y se volvió hacia la mujer menuda que estaba sentada a su lado.

—¿De verdad? —Hizo una pausa—. Creía que... ¿No se supone que las mujeres...?

Kendaria rió con suavidad.

—Dinero —dijo—. Influencia. Y el hecho de que no existe ninguna norma o ley que nos prohíba estudiar para ser sanadoras. En cuanto a la posibilidad de ejercer como tal... —Levantó los hombros, aunque sus ojos expresaban una firme determinación—. Ya veremos cuando llegue el momento, aunque solo he empezado porque quería utilizar mis conocimientos para ayudar a amigos y familiares.

Una mezcla de esperanza y amargura invadió a Tessia. Si su padre hubiera sido rico e influyente, ¿habría podido estudiar ella también? ¿Era Kendaria la primera mujer que desafiaba la tradición?

La mujer se inclinó hacia ella.

—Si lo deseas, te llevaré a ver una disección. ¿Te gustaría?

Tessia sintió un escalofrío. Se acordó de cuando su padre le había descrito con nostalgia lo que había visto y aprendido al presenciar disecciones, las pocas veces que había visitado Imardín y el Gremio de Sanadores para ampliar sus conocimientos. Sus descripciones eran tan aterradoras como fascinantes, y Tessia siempre se había preguntado si, de encontrarse en la misma situación, ella se desmayaría o se embebería en los misterios del cuerpo humano, como había hecho él. Le gustaba pensar que no se desmayaría, y cada vez que trataban una herida sangrienta o se encontraban con un cadáver se preguntaba si aquello era una prueba suficiente de su temple.

—¡Puaj! —exclamó Zakia—. No sé cómo eres capaz de soportarlo. No vayas si no quieres, Tessia. Nadie te lo reprochará.

Tessia sonrió y miró a Kendaria.

—Me encantaría.

El carruaje de Dakon se detuvo frente al imponente edificio de piedra gris, hogar de la familia Drayn desde hacía cuatro siglos. Jayan suspiró e hizo un esfuerzo para levantarse de su asiento. Como ocurría siempre que visitaba la casa en que había pasado su infancia, lo asaltaban sentimientos encontrados al posar los ojos en ella. Le venían a la memoria recuerdos de los juegos infantiles que inventaba con su hermano, las bromas que gastaba a sus hermanas menores, el cariño y el olor de su madre, las celebraciones tanto formales como informales. Provocaban en él una añoranza teñida de afecto, seguida inevitablemente de un rencor profundo y el regusto que le habían dejado el miedo, el dolor y el resentimiento causados por los castigos que aún le parecían demasiado severos, la terrible sensación de pérdida y de estar perdido y solo tras la muerte de su madre, el amargo momento en que descubrió lo que significaba ser el segundón.

La magia le había ofrecido una vía de escape en más de un sentido. Lo había alejado de un hogar que se había tomado sofocante y humillante para él y le había proporcionado medios para independizarse de la fortuna familiar, en caso necesario.

«¿Fortuna? ¿O más bien caridad?»

A pesar de todo, no era tonto. No había roto todos los lazos con ellos. Quizá el carácter de su padre nunca se suavizaría, pero con la debilidad de los años se había convertido en un arma sin filo. La arrogancia de su hermano en su juventud también se había atenuado un poco con la madurez, quizá porque sabía que Jayan como mago no sería el hermano menor dependiente y sumiso que había confiado en manejar durante el resto de su vida, o quizá porque había descubierto que a otras personas —personas a quienes deseaba impresionar— les repelía su malicia.

El ujier hizo una reverencia y abrió la puerta. Después de entrar, Jayan paseó la vista por el recibidor. Nada había cambiado. Los mismos cuadros colgaban en las paredes. Los mismos marcos bordeaban las ventanas. Otro criado acudió a recibirlo y lo guió hacia el otro extremo de la casa. Jayan asimiló las imágenes y aspiró el olor de la familiaridad. Era como polvo rociado con perfume rancio.

Finalmente llegaron a una habitación pequeña amueblada con dos sillas viejas. Era la sala preferida de su padre, a la que solía retirarse «a pensar». Era un sitio vedado para los niños pequeños, donde se propinaban reprimendas y castigos a los niños mayores, y se impartían órdenes a los hijos adultos. Jayan comprendió el simbolismo que había detrás de la elección de aquella sala. Su padre albergaba la intención de imponerle su voluntad. Jayan tendría que andarse con cuidado.

Sin embargo, lord Karvelan, cabeza de la familia Drayn, estaba más encogido y arrugado de lo que Jayan recordaba, como si se hubiera ajado ligeramente desde la última vez que su hijo lo había visto, hacía un año. Aun así, la postura de sus hombros y su mirada penetrante aún rezumaban fuerza. Jayan sostuvo aquella mirada, sonrió cortésmente y esperó a que su padre hablara. Todo el mundo esperaba a que lord Karvelan hablara. Era su prerrogativa, y él exigía que se respetara.

—Bienvenido a casa, aprendiz Jayan —dijo Karvelan.

—Gracias, padre —respondió Jayan—. ¿Recibiste mi mensaje?

Karvelan asintió.

—Creo que nuestras misivas se cruzaron.

—Eso parece —respondió Jayan, sosteniendo en alto la severa citación que había recibido aquella mañana, no mucho después de haber enviado una nota para informar a su padre de su presencia en la ciudad y para preguntarle si debía visitarlo.

—Siéntate —dijo Karvelan, señalando la otra silla con un movimiento de la cabeza.

Jayan obedeció. Karvelan guardó silencio por unos instantes con expresión pensativa. «Es curioso, pero no lo llamo “padre” en mi mente, sino siempre “Karvelan”. En cambio, mi madre siempre fue “madre”.»

—¿Cómo va tu entrenamiento? —preguntó Karvelan al fin.

—Bien.

—¿Ya te falta menos para terminar?

—Sí, pero no sé cuánto. Solo lord Dakon puede responder a esa pregunta.

—Casi habías terminado cuando viniste la última vez. —Karvelan frunció el entrecejo—. ¿Es verdad que ha tomado otra aprendiz?

—Lo es —asintió Jayan.

La arruga en el entrecejo se hizo más profunda.

—Esto sin duda retrasará tu entrenamiento. Él debería haber esperado a que concluyera el tuyo.

—No tenía elección. Ella es una nata y representaría un peligro si no recibiese entrenamiento. La ley lo obliga a entrenarla.

Su padre entornó los ojos, y Jayan casi temió que le echara una regañina. En cambio, el viejo hizo una mueca.

—Entonces debería haberla enviado a otro lugar.

Jayan se encogió de hombros.

—Seguramente lo habría hecho si yo no hubiera estado a punto de emanciparme. En todo caso, no acostumbro a poner en tela de juicio las decisiones de mi maestro. Suele saber qué es lo más conveniente.

La expresión de Karvelan pasó de reflejar su aprobación por la obediencia de Jayan a mostrar su disgusto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de ese grupo al que se ha unido, ese «Círculo de Amigos»? ¿No te parece una equivocación? Huele a rebelión.

Jayan clavó los ojos en su padre, sorprendido, y al darse cuenta de que lo estaba mirando directamente, apartó la vista.

—No sabías que yo lo sabía, ¿verdad? —Había un deje de satisfacción en la voz de Karvelan.

—Oh, lo del grupo no es ningún secreto.

—Entonces, ¿qué?

—Que alguien... Esta idea de que... —Jayan se interrumpió y sacudió la cabeza. No era prudente expresar las cosas de manera que pudieran interpretarse como una crítica de la opinión de su padre—. «Rebelión» es una palabra demasiado fuerte. Te aseguro que el grupo cuenta con el beneplácito y el apoyo del rey. ¿O es que tal vez... te refieres a una rebelión contra otra persona?

Una mirada sombría había asomado a los ojos de su padre; una mirada que Jayan conocía demasiado bien. Era la expresión que Karvelan adoptaba cada vez que tenía motivos para estar molesto con su hijo menor.

—Una rebelión contra la ciudad es una rebelión contra el rey —gruñó. Se removió en su asiento y se quedó con la mirada perdida por un instante fugaz—. No quiero que tengas tratos con ese Círculo —declaró—. La relación con esa gente daría mala imagen a tu familia.

Jayan abrió la boca para protestar, pero se contuvo. Tenía ganas de explicarle a su padre que al Círculo de Amigos solo le interesaba la defensa del país —de todo el país— y que su conciencia no le permitía oponerse a la defensa de su patria. Sin embargo, habría sido inútil discutir.

—Mientras no sea un mago superior, debo obedecer a lord Dakon. Si se relaciona con el Círculo, no me queda más remedio que imitarlo. Pero... haré lo posible por mantenerme al margen, como un mero observador.

—Deberías buscarte un maestro nuevo —dijo Karvelan, sin demasiada convicción. Sabía que la decisión estaba de nuevo en manos de su hijo. Jayan prefirió no poner a prueba su paciencia subrayando este punto.

—Haré lo que pueda —repitió.

—Termina tu entrenamiento —dijo su padre—. No dejes que esa chica acapare toda la atención de lord Dakon. No tiene una reputación ni alianzas que perder. —Sacudió la cabeza—. Es una irresponsabilidad por parte de tu maestro arrastrarte a esto.

Jayan permaneció callado. El silencio se impuso entre ellos, y cuando le pareció que había transcurrido el tiempo suficiente para cambiar de tema, preguntó cómo le iban las cosas a su hermano. Mientras su padre describía con orgullo las conquistas de Velan en el comercio y entre mujeres que podían ser candidatas aceptables al matrimonio, Jayan se sorprendió a sí mismo pensando en Tessia.

«¿Que no tiene una reputación que perder? —reflexionó—. No tiene engorrosos compromisos familiares de los que zafarse, más bien. En cuanto a las alianzas..., por el modo en que conversaba con Avaria anoche, después de la fiesta, me da la impresión de que no le está costando mucho hacer amistades aquí, y con mujeres especialmente poderosas de la ciudad, por si fuera poco.»

Y pensar que le había preocupado que ella no se integrara...

De pronto, entendió la atracción que Tessia podía ejercer sobre los miembros de la alta sociedad urbana. Al cultivar su amistad no ponían en peligro alianza alguna. Por su condición de hija de un sanador rural, era lo bastante culta para resultar una compañía aceptable, y lo bastante distinta para proporcionarles diversión. Incluso entendía que el interés de Tessia por la sanación, y su determinación por dedicarse a ello, la convirtieran en una persona fascinante y digna de contemplación y admiración por parte de personas distinguidas.

Aunque fracasara, seguiría siendo una fuente de entretenimiento para los ricos y aburridos. Y, como en el caso de Jayan, su magia garantizaba al menos que su caída no sería demasiado dura o irreversible.

«Tenemos más en común de lo que yo creía —pensó con ironía. Le gustaba la idea de que si uno de los dos caía en desgracia, el otro estaría allí para ofrecer su apoyo—. Siempre resulta más fácil hacerte amigo de alguien con quien tienes algo en común. Solo espero que no sea necesario que ella sufra un descalabro social para que se plantee la posibilidad de tenerme como amigo.»

La universidad de sanadores era tal y como Tessia la había imaginado. Su padre la había descrito como «un edificio antiguo pero extraño que ha ido incorporando y anexionándose las casas circundantes conforme las circunstancias y los fondos se lo permitían». Parecía algo confuso e intrigante, y lo era.

Aunque consistía en un batiburrillo de edificios interconectados, todos estaban contruidos al estilo kyaliano, lo que confería cierto aspecto uniforme al exterior. Recorrerlo por dentro era como caminar por la casa de alguien sin encontrar jamás la puerta trasera. Unos pasillos estrechos desembocaban en otros pasillos estrechos. Prácticamente todas las puertas que los flanqueaban estaban cerradas, por lo que había muy poca luz natural en los corredores. En cambio, estaban iluminados por el suave resplandor de unas lámparas de aceite. Las pocas habitaciones a las que Tessia conseguía echar un vistazo no eran más grandes que la cocina en la casa de sus padres y estaban amuebladas de forma parecida, con estantes en las paredes, una mesa en el centro y una chimenea al fondo.

Kendaria estaba llevándola a la sala de disecciones. Tessia no pudo evitar preguntarse si los sanadores habían encontrado en aquel lugar una habitación lo bastante grande para dar cabida a un público tan numeroso como el que su amiga le había descrito, además de a una mesa de disección.

Entonces cruzaron una puerta y llegaron a un espacio extraño. Era como la parte de abajo de una escalera de madera muy ancha. Oía pasos y voces procedentes de arriba.

Más adelante, una abertura estrecha entre las «escaleras» les permitió pasar al otro lado, y Kendaria la guió en aquella dirección. Salieron a una sala espaciosa. Al mirar en torno a sí, Tessia se percató de que las escaleras anchas eran en realidad asientos escalonados que ascendían hasta unas sencillas paredes de ladrillo, algunas de ellas con ventanas tapiadas. Varios jóvenes estaban sentados ya en los escalones. Contemplaron a Tessia y a Kendaria con interés.

«Las paredes parecen fachadas de casas —pensó Tessia. Alzó la vista. Unas vigas de madera y un techo de tejas se extendían encima de su cabeza—. Esto debía de ser antes una calle pequeña o un jardín. Simplemente construyeron los asientos y una cubierta.» Lo cual explicaba por qué hacía tanto frío.

En medio de la sala había un banco de piedra de tamaño considerable. Al ver los surcos que había grabados en él para conducir los fluidos hasta unos cubos, dedujo

que se trataba de la mesa de disección. Sobre una mesa más pequeña situada cerca de la otra había dispuestos varios instrumentos. Tessia los identificó casi todos y se preguntó si los que no conocía eran especiales para disecciones.

—No tenemos que quedarnos si te están entrando dudas —murmuró Kendaria.

Al comprender que la mujer seguramente la había visto mirar los instrumentos, Tessia sonrió.

—No, estoy deseando que empiece. ¿Dónde nos sentamos?

—Primero tengo que presentarte al sanador Orran. No creo que suponga un problema que te haya traído aquí, sobre todo teniendo en cuenta que tu padre es sanador y tú has sido su ayudante, y que hemos pagado por asistir. De todos modos, la buena educación exige que se lo pregunte y que te lo presente.

Guió a Tessia hasta donde se encontraban dos hombres que tenían aproximadamente la misma edad que su padre. Por lo que Tessia alcanzó a entender, estaban hablando del embarazo de la esposa de un colega. No era más que una charla insustancial, pero aunque ambos miraron a Kendaria y a Tessia cuando se acercaron, continuaron con su conversación como si ellas no estuvieran presentes.

Kendaria aguardó, sin apartar la vista del hombre más alto, con una expresión que denotaba paciencia y determinación. Los dos hombres siguieron cotilleando, que es lo que Tessia concluyó que estaban haciendo cuando quedó claro que no había nada en aquel embarazo que revistiera un interés profesional para los sanadores. Repetían lo mismo una y otra vez, formulándolo con frases distintas.

¿Al hacer caso omiso de Kendaria por aquel parloteo sin sentido estaban siendo deliberadamente descorteses? Cuanto más prolongada y absurda se tornaba la conversación, más convencida estaba Tessia de ello. No obstante, la mujer permanecía tranquila y expectante, con los ojos clavados en el rostro del sanador Orran. Ante aquel trato, Tessia pasó del desconcierto a la rabia y luego a la fascinación. Saltaba a la vista que allí se estaba jugando una partida social, y ella no podía evitar preguntarse por qué y en qué consistían las reglas.

Finalmente el diálogo entre los dos hombres se volvió tan inane que fue apagándose hasta dar paso a un silencio incómodo. El más alto de los dos suspiró y se volvió hacia Kendaria con una sonrisa fría.

—Ah, veo que has decidido unirme hoy a la multitud, Kendaria de Foden —observó.

Tessia reprimió una carcajada. No había una multitud allí cuando llegaron, pero ahora resonaban en la sala las voces de mucha más gente.

—En efecto, sanador Orran —respondió ella, y señaló a Tessia con un gesto de la cabeza—. He traído a una nueva amiga de fuera de la ciudad: la aprendiz Tessia, del señorío de Aylen. Su padre es el sanador de lord Dakon, y ella ha trabajado como ayudante suya durante los últimos años. —Sonrió—. Hasta que, hace poco tiempo, lord Dakon la tomó como aprendiz.

Ambos sanadores arquearon las cejas.

—Una maga con conocimientos elementales de sanación —comentó el sanador Orran—. Qué interesante. ¿Quién es tu padre?

—El sanador Veran —contestó Tessia.

Los dos hombres arrugaron el entrecejo, pensativos.

—No lo había oído nombrar —dijo el otro sanador.

—No tiene por qué —le dijo Tessia—. No estudió aquí, aunque de vez en cuando viene de visita. Su abuelo era miembro del gremio. Era el sanador Berin, aunque trabajó aquí hace tanto tiempo que supongo que usted no...

Las bocas de ambos hombres se abrieron, formando círculos idénticos.

—Aah —dijeron a coro.

El sanador Orran soltó una risita.

—Ahora encaja todo. El bueno del sanador Berin. Causó todo un revuelo en el gremio y luego desapareció en el campo.

—Estamos un poco en deuda con tu abuelo por poner de relieve nuestra confianza excesiva en el código de estrellas y encarrilarnos de nuevo hacia la observación racional —dijo el otro sanador—. Conque la nieta de Berin, ¿eh? —Su mirada se deslizó por encima del hombro de Tessia, y sus ojos se iluminaron—. ¡Ah! ¡He aquí nuestro cadáver!

Al volverse, Tessia vio entrar a unas personas que portaban una camilla sobre la que yacía una figura pálida. Sintió un escalofrío de emoción. Casi todos los cadáveres que había visto eran de ancianos. Aquel era de un varón joven, con la piel blanca del pecho desgarrada por una herida.

—¿Has presenciado una disección alguna vez, aprendiz Tessia? —preguntó el sanador Orran.

—No, pero he visto unos cuantos cadáveres, y más cuerpos abiertos que la mayoría de la gente —respondió—. Estoy segura de que esto será muy interesante —se apresuró a añadir.

Oyó que Kendaria reía entre dientes.

—Muy bien —dijo el sanador Orran—. Entonces más vale que busquéis un lugar donde sentaros. Casi todos los asientos están ocupados, y si os quedáis de pie al fondo os podéis marear. ¡Eh, vosotros! —Agitó el brazo en dirección a dos jóvenes sentados en la primera fila—. Tened un mínimo de educación y dejad sitio a las señoras.

Se oyeron risas generalizadas mientras los dos jóvenes abandonaban sus asientos a regañadientes y se dirigían con resignación al fondo de las gradas. Kendaria sonrió y le guiñó un ojo a Tessia mientras se sentaban.

—Creo que le has caído bien. Siempre que quieras asistir a una disección, avísame.

Unas personas entraron en la sala con sábanas que repartieron entre quienes se encontraban en la primera fila. Kendaria enseñó a Tessia cómo ponerse la suya atravesada sobre los hombros y encima de las rodillas.

—A veces salpica un poco —susurró.

Levantaron ligeramente el cadáver y lo hicieron rodar de la camilla a la mesa. El sanador Orran se acercó al instrumental y alzó la vista hacia el público.

—Hoy examinaremos el corazón y los pulmones...

Cuando comenzó a explicar el objetivo de la disección y a indicar a los asistentes en qué debían fijarse, Tessia suspiró, satisfecha. «A papá esto le habría encantado. ¿Qué dirá cuando se entere de que he estado aquí? ¡Le asombrará saber que aún recuerdan al abuelo con gratitud! —Su entusiasmo se enfrió—. ¿Podré contarle algo que le resulte útil? No lo sé... Más vale que preste mucha atención.»

Desde su camastro en el pajar de las caballerizas, Hanara alcanzaba a ver la luz parpadeante. Era la tercera noche que aparecía, alternando lentamente entre un brillo más intenso y otro más suave de acuerdo con un código que todos los esclavos estaban obligados a aprender. La luz se encendía cada vez en una ubicación distinta, de manera que si alguien de la aldea reparaba en ella y la buscaba en el mismo lugar la noche siguiente, no la divisaba. Transmitía el mismo mensaje una y otra vez.

«Informa.» «Informa.»

Desde que la había visto por primera vez, Hanara pasaba aterrorizado todas sus horas de vigilia, que eran muchas, pues dormía muy poco. Aquel mensaje solo podía tener un destinatario en la aldea: él. Y solo había una persona que podía esperar que Hanara se comunicara con él: Takado.

Hanara no había obedecido aún. Se había pasado tres noches hecho un ovillo en el camastro, incapaz de conciliar el sueño hasta que el agotamiento se apoderaba de él, intentando fingir que no había visto la señal o que no sabía cómo interpretarla.

«Pero la he visto, y sí que sé. Cuando Takado me lea la mente, sabrá que lo he desobedecido.»

Se recordó a sí mismo que ya no pertenecía a Takado y no tenía por qué dejarse dominar por él. Era un hombre libre. Ahora estaba al servicio de lord Dakon.

«Pero lord Dakon no está aquí. No puede evitar que Takado venga por mí.»

Era posible que Takado dedujera que la falta de respuesta a su señal significaba que Hanara había sido puesto efectivamente en libertad. O que se había marchado de la aldea. Tal vez se daría por vencido y se iría.

A Hanara por poco se le escapó una carcajada.

«En serio, ¿qué hará?», se preguntó.

A Takado no le gustaba desperdiciar la magia, por lo que intentaría evitar el conflicto. Se presentaría en la aldea con la intención de pedir a lord Dakon que le devolviera a Hanara.

Lord Dakon diría que la decisión correspondía a Hanara. Le resultaba muy fácil imaginar la escena. Entonces Takado miraría a Hanara. Lord Dakon también. La aldea entera posaría en él la mirada. Todos sabrían que una posible negativa de Hanara tendría consecuencias nefastas. Si Takado atacaba el pueblo y alguien moría como consecuencia de ello, todos culparían a Hanara.

Pero lord Dakon no estaba en la aldea. No aparecería para recibir a Takado. Cuando Takado descubriera que ningún mago protegía Mandryn en aquel momento, ¿qué haría?

«Me matará por haberlo desobedecido.»

¿Se marcharía entonces o, habiendo matado a uno de los criados de lord Dakon, atacaría también a los aldeanos? Cabía la posibilidad de que, pese a su antipatía hacia Hanara, los vecinos intentaran protegerlo en nombre de lord Dakon. En cuyo caso, morirían.

«La única alternativa que me queda es acudir al encuentro de Takado.»

Entonces Takado le leería la mente y se enteraría de la ausencia de lord Dakon. ¿Atacaría el pueblo igualmente? No si deseaba evitar el conflicto.

«Por otro lado, también leería en mi mente que hay otro mago cerca dispuesto a defender Mandryn en caso necesario.»

Hanara consiguió esbozar una sonrisa, aunque esta se le borró enseguida. El problema residía en que Takado no averiguaría esto si no leía la mente de Hanara. La única información que disuadiría a Takado de ir a buscar a Hanara era la única información que solo podía averiguar a través del propio Hanara.

«Eso no es del todo cierto. Podría averiguarlo a través de otros aldeanos, si tuviera motivos para hablar con ellos o leerles la mente.»

Sin embargo, Takado nunca se dignaría hablar con plebeyos, y leerle la mente a cualquiera de los habitantes del pueblo se consideraría una agresión. Solo lo haría si hubiera decidido atacar la aldea, en cuyo caso actuaría deprisa y no perdería el tiempo leyéndole la mente a nadie.

Hanara suspiró y resistió el impulso de incorporarse y echar un vistazo por la ventana del pajar para comprobar si la señal seguía parpadeando a lo lejos.

«¿Es que nadie más se ha dado cuenta?» No había oído a los mozos de cuadra o a la gente de la aldea comentar nada al respecto. Si la hubieran visto, sin duda alguien habría ido a investigar. No se toparía con Takado a menos que él así lo quisiera. Si no encontraban nada, ¿enviarían de todos modos un aviso al otro mago que debía proteger Mandryn? «¿Dónde está ese otro mago, a todo esto?» La señal procedía de las cumbres y las colinas que rodeaban la aldea. Según sabía Hanara por haber acompañado a Takado en sus viajes, las poblaciones de los señoríos exteriores solían estar a un día de trayecto en carruaje unas de otras. En medio no había más que cabañas pequeñas y chozas de granjeros.

Dudaba que el otro mago viviera en una cabaña. ¿Dónde vivía, entonces? Y si alguien lanzaba un ataque contra Mandryn, ¿cuánto tardaría él en llegar?

Debía de haber alguna forma de averiguarlo. Se acercó al borde del pajar y bajó la vista hacia las cuadras. Había una lámpara sobre una mesa en torno a la que los criados habían estado jugando con unas fichas pequeñas de cerámica y un tablero. Los hombres se habían marchado, dejando la partida inconclusa.

Oyó unas voces apagadas procedentes de algún lugar situado detrás de las caballerizas.

—¡Hanar!

Dio un brinco y miró hacia las puertas de las cuadras. El jefe de las caballerizas estaba allí de pie.

—Baja —ordenó Ravens.

Respirando hondo para tranquilizarse, Hanara se levantó, se sacudió las briznas de paja de la ropa y bajó por la escalera de mano hasta el suelo de las cuadras.

Cruzó la puerta del jefe de las caballerizas. Ravern estaba detrás del edificio, donde había tres figuras conocidas de pie: los dos mozos de cuadra y Keron, el mayordomo. Observaban atentamente algo que estaba al otro lado de las caballerizas.

El estómago se le contrajo al darse cuenta de que estaban mirando la señal. Keron se volvió hacia él. Estaba demasiado oscuro para que Hanara alcanzara a distinguir la expresión del hombre. Un brazo se alzó y señaló la luz con el dedo.

—¿Qué opinas, Hanar? ¿Sabes qué es?

Aunque el tono del mayordomo era amigable, tenía un dejo de preocupación.

Hanara dirigió la mirada hacia la señal.

«¡Informa.» «¡Informa.»

Si les explicaba lo que era, mandarían llamar al otro mago. Por otro lado, si habían visto la señal en noches anteriores, quizá se preguntarían por qué él no los había avisado antes. Tal vez se enfadarían y lo expulsarían de la aldea.

Ya estaban preocupados. Era posible que mandaran llamar al mago de todos modos, si los incitaba a ello.

—No lo sé —les dijo—. ¿No es normal?

Se hizo un silencio interrumpido por un suspiro de Keron.

—No. No es normal. Alguien debería ir a echar un vistazo —les dijo a los demás.

Un silencio más largo. Hanara veía lo suficientemente bien en la penumbra para advertir que los dos jóvenes intercambiaban una mirada. El jefe de las caballerizas suspiró de nuevo.

—De acuerdo. Por la mañana.

«¡Necios —pensó Hanara—. Y cobardes. Tienen demasiado miedo para hacer nada. Van a aparentar que no existe con la esperanza de que desaparezca sola.»

Tal como había hecho él.

No irían en busca del otro mago a menos que estuvieran seguros de que era necesario. Lo malo era que, en cuanto se enteraran de que Takado estaba allí y representaba una amenaza, tendrían poco tiempo para pedir ayuda al otro mago. ¿Habría alguna manera de convencerlos de que fueran a pedir ayuda antes? Tal vez sí.

—¿Existe algún peligro? —preguntó al jefe de las caballerizas en voz baja.

—No lo sé —reconoció el hombre.

—Usted dijo que vendría otro mago a protegernos. ¿Sabría él diferenciar si se trata de algo malo o no?

El hombre lo miró fijamente y asintió con la cabeza.

—Sí. No te preocupes por eso. Vete a dormir.

Mientras se alejaba captó fragmentos de la conversación. Uno de los peones jóvenes se quejó. Después de trepar por la escalera del pajar, Hanara aguzó el oído. En efecto, cuando los hombres volvieron sacaron y aparejaron un caballo.

—Está oscuro, así que cabalga despacio al principio, pero pronto saldrá la luna y podrás avivar el paso —aconsejó el jefe de las caballerizas—. Entrega el mensaje y vuelve enseguida. Lord Narvelan te dará una montura fresca. Te espero aquí mañana por la noche.

A Hanara se le heló el corazón. «¿Mañana por la noche? ¡El otro mago debe de vivir a una jornada entera a caballo de aquí!»

Takado estaba más cerca. Mucho más cerca.

Cuando el golpeteo de los cascos se extinguió a lo lejos, Hanara se tendió boca arriba con el corazón desbocado. «¡Eso lo cambia todo! —¿Sabía Takado que el único otro mago de la zona vivía a un día de viaje de distancia?—. Seguramente —pensó Hanara—. Prestó atención a ese tipo de detalles a lo largo del trayecto hacia aquí. Seguramente tomó nota de dónde viven todos los magos kyalianos.»

Así pues, lo único que le impedía presentarse en Mandryn y matar o llevarse a Hanara era la creencia de que lord Dakon se encontraba allí.

Acabaría por descubrir que esto no era así. Hanara podía quedarse, esperando que no lo descubriera antes de que llegara el otro mago o lord Dakon regresara. O bien podía marcharse e ir al encuentro de Takado. Este tal vez no lo mataría si Hanara acudía a él por su propia voluntad.

Sin embargo, Hanara no se atrevía a moverse. Se resistía a abandonar la esperanza de que si aguardaba un poco no tendría que enfrentarse a Takado. Después de todo, también existía la posibilidad de que Takado lo matara de todos modos por haber desobedecido su señal durante tanto tiempo. Permaneció inmóvil, esperando, mientras el tiempo transcurría con una lentitud insoportable.

De pronto, un sonido proveniente de abajo atrajo su atención. Rodó hasta el borde y miró hacia abajo. Ravern estaba de pie, con los brazos cruzados, mientras el otro mozo de cuadra joven salía de un compartimento vacío. Los dos contemplaban un caballo empapado en sudor que caminaba de un lado a otro de las caballerizas. El mismo animal en el que se había marchado el mensajero había regresado sin jinete.

El terror invadió a Hanara, dejándolo sin aliento. «Está aquí. Takado está aquí. ¡Y ahora lo sabe todo!» Apenas oyó al jefe de las caballerizas cuando ordenó que ensillaran a dos monturas más, maldiciendo y mascullando que el mensajero debía de haberse caído del caballo. Le faltó valor para mirar a los hombres mientras se preparaban con armas que no les servirían de nada y salían de las cuadras.

No obstante, cuando se hubieron ido, él descendió la escalera temblando y salió a la oscuridad de la noche. Intentó convencerse de que se marchaba para salvar la aldea, pero sabía, con una certeza que le resultaba familiar, que se marchaba para salvarse a sí mismo.

A Tessia la había sorprendido e impresionado ver que Evertan y Avaria tenían dos carruajes, uno para uso diario y el otro reservado para visitas al Palacio Real. Puesto que el palacio estaba a menos de dos calles de distancia, parecía una frivolidad poseer un vehículo especial para desplazarse hasta allí.

Sin embargo, tenía que admitir que el carruaje para el palacio era espectacular, y utilizarlo para trayectos normales en los que toparía contra los peatones y otros vehículos requeriría reparaciones constantes. Hecho de madera bien pulida con accesorios de oro, una capota de piel fina que llevaba impreso y pintado el incal de la

familia —una moda anterior a la época anterior a la invasión sachakana que se había implantado—, el carruaje proclamaba a los cuatro vientos que sus ocupantes eran ricos e importantes. Los cuatro guardias uniformados y con látigos en las manos también dejaban claro que nadie debía retrasar la marcha de aquel vehículo.

En el interior del carruaje, un pequeño globo de luz mantenía a raya el frío del aire nocturno además de proporcionar iluminación. Everran y Avaria estaban sentados enfrente de Dakon, Jayan y Tessia. Todos iban elegantes y a la última moda. Everran se había puesto una sobretúnica del mismo estilo de las que llevaban Jayan y Dakon cuando Tessia había ido a cenar con su familia a la Residencia, confeccionada con la tela roja que Avaria había comprado en la calle de la Vanidad. Avaria lucía un vestido morado muy ajustado por la cintura, con un escote estrecho por debajo del cuello abotonado que habría resultado escandalosamente atrevido si hubiera dejado al descubierto piel en vez de una capa de tela roja. La falda tenía asimismo una raja a cada lado que revelaba la tela roja de la enagua.

Tessia se había enfundado un vestido ceñido hecho de la tela verde que su anfitriona había adquirido unos días antes. Para su gran alivio, era liso por delante y, aunque también tenía aberturas estrechas a los lados de la falda y a lo largo de las mangas, la tela que llevaba debajo era de un recatado color negro.

Dakon y Jayan llevaban sobretúnicas también, en negro y azul marino. Aunque en la aldea estas vestimentas parecían extravagantes y un poco ridículas, ahora presentaban un aspecto digno y apropiado. Tessia decidió que les sentaban bien a los dos, y se preguntó si eso significaba que estaban mejor adaptados a la vida urbana que a la vida en Mandryn.

«Tal vez Jayan —pensó—, pero quizá Dakon no.» Su maestro no parecía particularmente relajado. La combinación de su ropa negra y su expresión ceñuda daba una impresión de ensimismamiento y mal humor. En cambio, Jayan, con su atuendo de ciudad, parecía tranquilo y seguro de sí mismo, y Tessia incluso intuía por qué Avaria y sus amigas lo encontraban apuesto.

Al sentirse observado, Jayan se volvió hacia ella.

«El hecho de que reconozca que es guapo no significa que no sea también irritante y arrogante», se recordó a sí misma, devolviéndole la mirada con frialdad antes de dirigirla hacia otro lado.

El carruaje redujo la velocidad hasta detenerse, y uno de los guardias abrió la portezuela.

—Lord Everran y lady Avaria, de la familia Korin —anunció.

Everran se levantó de su asiento y bajó del carruaje, seguido por Avaria, que se sujetaba la falda cuidadosamente para evitar que se enganchara con algo o se le subiera por encima de los tobillos al apearse. Cuando el guardia pronunció su nombre, Dakon se puso de pie, y Jayan siguió su ejemplo. Tessia, la última en dejar el vehículo, descendió con cuidado. Como no estaba acostumbrada al vestido, tomó agradecida la mano que Dakon le tendía y consiguió llegar al suelo sin exhibir demasiado los tobillos, o al menos eso esperaba. Por lo visto mostrar la piel desnuda de cualquier parte de los pies o las piernas se consideraba vulgar y ordinario.

Cuando alzó la vista hacia Avaria, se sintió aliviada al ver que la mujer asentía en señal de aprobación. Entonces Tessia posó la mirada en el Palacio Real y se le cortó la respiración.

Lo había visto antes varias veces, pero nunca tan de cerca y sin que algún otro edificio tapara parte de la vista. Delante de ellos había una puerta enorme suspendida de gruesas cadenas por encima de los hombres y mujeres que se dirigían a paso tranquilo hacia el interior del palacio. La puerta estaba flanqueada por dos torres elevadas, con lámparas encendidas en las angostas ventanas, entre las almenas que coronaban los edificios y a lo largo de los muros que se extendían a ambos lados.

Everran y Avaria fueron los primeros en pasar bajo la puerta suspendida para llegar a un puente que salvaba un foso abierto entre la muralla exterior y la interior, lleno de un agua que reflejaba las luces de alrededor. En la muralla interior había otra entrada, esta vez adornada con un par de puertas de hierro pesadas que estaban abiertas, brindándoles una bienvenida majestuosa pero sobria. Tessia se fijó en los grabados de las puertas, que representaban el nombre de familia y el incal del rey Errik.

Una vez al otro lado, entraron en el vestíbulo del palacio, semejante al de la Residencia de Dakon, pero más suntuoso y grande. Unos criados recibían a cada visitante y les indicaban que enfilaran un pasadizo que discurría entre dos escaleras. Tessia vio que unas mamparas de papel flanqueadas por dos guardias impedían el acceso a dichas escaleras.

En el pasadizo, Everran repitió el nombre de cada miembro del grupo al criado que los recibió y luego los hizo pasar. Cuando entró en la sala que había al otro lado, Tessia sintió que el corazón le daba un vuelco.

Nunca había visto una estancia tan grande. Calculó que la Residencia entera habría cabido allí dentro. Quizá dos Residencias. Dos hileras de columnas de piedra delgadas ayudaban a sustentar el techo cóncavo y oscuro. En vez de lámparas, unos globos flotantes de luz mágica iluminaban la sala.

Cuadros y tapices descomunales cubrían las paredes, pero lo que más llamó la atención de Tessia fueron las personas. En la estancia bullían cientos de hombres, mujeres e incluso algunos niños, en parejas, familias, grupos pequeños y círculos más grandes. Todos llevaban ropa a la moda, cara y en algunos casos extravagante. Las joyas centelleaban a la luz de los globos. Cuando se adentró en la sala, siguiendo a los demás, divisó a más personas y perdió a otras de vista. «Es como un paisaje humano. Cuando te desplazas, tu perspectiva cambia, ofreciéndote un panorama distinto con detalles que no has visto antes.»

Incluso mientras pensaba esto, el panorama cambió de nuevo, y apareció un individuo elegante de la edad de Jayan, rodeado por un semicírculo de hombres. Los acompañantes de Tessia se detuvieron y ella advirtió que todos miraban al grupo.

—Ahí tienes al rey Errik —murmuró Jayan, inclinándose hacia ella.

Tessia asintió. Mientras ella lo miraba, el joven dirigió la vista hacia ellos y paseó la mirada por sus rostros antes de devolver su atención a los hombres que tenía al lado.

—Bueno, nos ha visto —dijo Everran y se volvió hacia Dakon—. Si quiere hablar con nosotros, nos mandará llamar. Mientras tanto, tú y yo deberíamos tener una conversación con lord Olleran.

Dakon asintió. Mientras Everran y él se alejaban, con Jayan a la zaga, Avaria enlazó su brazo con el de Tessia.

—Que hablen de política y comercio entre ellos, si quieren —susurró al oído de Tessia—. Acabo de localizar a Kendaria. Ven, por aquí.

Tessia tuvo que disimular su contrariedad y su decepción. Aunque estaba ansiosa por volver a hablar con Kendaria, iba a verse excluida una vez más de los asuntos que Dakon se traía entre manos. Seguramente se trataba de cuestiones que el oficio de mago llevaba aparejadas y que por tanto ella necesitaba saber, por muy

aburridas que fueran. Además, a Tessia podía interesar temas que a Avaria le parecieran aburridos, o viceversa.

Kendaria estaba observando a un acróbata que realizaba contorsiones ágiles e impresionantes. El joven llevaba unos pantalones holgados, apretados por los tobillos y la cintura, pero tenía el pecho musculoso al descubierto. Tessia se percató de que su actuación estaba atrayendo una atención femenina considerable. Kendaria le guiñó el ojo.

—No me importaría diseccionar ese cuerpo —musitó—. Me pregunto si sus articulaciones serán distintas de las del cadáver típico. Parecen muy flexibles.

—¡Kendaria! —la reprendió Avaria—. ¡Haz el favor de no decir cosas tan grotescas!

Sin embargo, Tessia no pudo evitar mirar al acróbata con otros ojos, fijarse en las costillas que se le marcaban en la piel y acordarse del aspecto que tenía por dentro una cavidad torácica, de la posición del corazón y de la masa esponjosa de los pulmones. Había aprendido mucho, y estaba deseosa de que Kendaria la invitara a más disecciones antes de que Dakon partiera de Imardin.

Pero Avaria estaba decidida a atajar toda conversación sobre anatomía, y, en cuanto Darya y Zakia se unieron a ellas, se entregaron por completo al cotilleo. El tiempo transcurría muy despacio. Mientras escuchaba cortésmente, Tessia observaba cómo la enorme sala se llenaba de gente y reparó en que el volumen de las voces aumentaba exponencialmente a medida que resultaba más necesario elevar el tono para hacerse oír por encima del barullo. El acróbata se marchó, y una mujer que se encontraba cerca comenzó a cantar, acompañada por un hombre que pulsaba las cuerdas de un instrumento extraño en forma de caja que tenía apoyado sobre la rodilla. Las amigas de Avaria se embarcaron en una valoración detallada del atuendo, las joyas y los enredos amorosos de otras mujeres. Casi sin darse cuenta, Tessia se puso a escuchar las conversaciones de los hombres que tenía cerca.

—... el sanador le ordenó que lo dejara, pero él sigue bebiendo, y con eso solo va a conseguir...

—Sarrin dice que deberíamos subir los precios, pero me temo que eso...

—Mandryn, creo, pero...

Oír el nombre de su aldea despertó su interés, pero el comentario siguiente quedó ahogado por las carcajadas de sus acompañantes. Se desplazó disimuladamente hacia la derecha para acercarse al hombre que estaba hablando y a quienes lo escuchaban.

—... siento por los... señoríos de la frontera. No me gustaría vivir allí ahora mismo.

Alguien le respondió algo inaudible.

—Ah, desde luego. Alguien tiene que hacerlo. De lo contrario, esos sachakanos sanguinarios estarán más cerca de nosotros, ¿no? Quizá pronto lo estén, de todos modos, si lo que se rumorea últimamente resulta ser...

De pronto, el hombre bajó la voz, de modo que Tessia ya no alcanzaba a oírlo. Ella notó cierta agitación entre la multitud que los rodeaba. Las cabezas se habían vuelto en la misma dirección. Tessia echó un vistazo por encima del hombro de Avaria, buscando la fuente de aquella distracción.

El rey caminaba hacia ellas. Se detuvo para hablar con alguien, sonrió y siguió andando, con la mirada fija en Avaria y las otras mujeres.

Tessia se inclinó para acercarse a la oreja de su anfitriona.

—Lady Avaria —murmuró—, mire a su derecha.

La mujer echó un vistazo despreocupadamente en aquella dirección y se volvió de nuevo hacia Tessia.

—¿El rey?

—Sí. Viene hacia aquí.

—Sabía que tarde o temprano lo haría —dijo Avaria, encogiéndose de hombros—, para charlar con la nueva y joven aprendiz que está deseando conocerlo.

A Tessia el corazón le dio un brinco.

—No estoy... —empezó a decir, pero se interrumpió. El rey estaba lo bastante cerca de ella para oírlo. «Es imposible que esté aquí solo por mí —se dijo—. Avaria me toma el pelo.»

El rey recorrió el círculo de mujeres, sonriendo y llamándolas por sus nombres. A cada una le hacía una pregunta, normalmente relacionada con la salud o la marcha de los negocios de un pariente. Cuando le tocó el turno a Tessia, el rey ensanchó su sonrisa y cruzó el círculo para situarse frente a ella.

—Y tú debes de ser la aprendiz Tessia, la nueva alumna de lord Dakon.

—Así es, majestad —respondió ella, consciente de que las otras mujeres habían dado media vuelta y se alejaban en parejas y tríos. Incluso Avaria. ¿Les había hecho el rey alguna señal para que lo dejaran hablar a solas con ella?

La miró con ojos atentos. «Espero no decir nada que rompa el protocolo.»

—Eres una nata, ¿verdad?

—Sí —asintió ella.

—Debe de haberte parecido un poco aterrador, tal vez un mal augurio, descubrir tu don en el momento y el lugar en que lo descubriste.

Tessia frunció el ceño. ¿Se refería a su deseo de convertirse en sanadora? A menos que hubiera oído hablar del incidente con Takado... No, Dakon no le contaría eso.

—No —respondió despacio—. Bueno, en el momento me asusté. No sabía qué había hecho. Pero más tarde me resultó... emocionante, debo reconocerlo.

Él se quedó callado, con una arruga en el entrecejo que desapareció cuando sonrió de nuevo.

—¿Te referías a la primera vez que utilizaste tus poderes, y no al hecho de vivir cerca de la frontera?

—Sí..., pero supongo que vivir cerca de la frontera siempre me ha... preocupado un poco. A no ser que... —Se le aceleró el pulso—. ¿Hay alguna razón concreta por la que deberíamos estar preocupados ahora mismo, majestad?

El rey parpadeó, y una expresión de comprensión asomó a su rostro.

—Ah. Debo disculparme. No pretendía dar a entender semejante cosa. Para quienes residimos en la ciudad, la idea de vivir en la frontera con Sachaka siempre nos atemoriza un poco, pero tú debes de estar acostumbrada.

Hablaba en un tono tranquilizador, y de pronto Tessia supo con certeza que ocultaba algo.

—¿Hay posibilidades de que Sachaka lance una invasión? —le preguntó a bocajarro, y se arrepintió de inmediato. Él parecía totalmente desconcertado. Tessia se dispuso a pedir perdón.

—No lo hagas —la cortó él—. Soy yo quien debería pedirte perdón a ti. Tendría que haber sido más cuidadoso para no alarmarte. —Se acercó a su lado, la tomó del brazo y la guió lentamente a través de la sala—. Ha habido rumores —le dijo en voz baja— de una posible amenaza. Sin duda llegarían hasta tus oídos aunque yo no te dijese nada al respecto. No es ningún secreto por aquí. Pero no temas: no hay grandes ejércitos aguardando al otro lado de la frontera. Lo que nos preocupa es que un puñado de magos sachakanos descontentos decidan crearle problemas al emperador.

—Ah —dijo ella, volviéndose hacia él. Incluso un puñado de magos sachakanos podía causar auténticos estragos en una aldea como Mandryn, sobre todo en ausencia de Dakon—. ¿Está a salvo mi pueblo? ¿Y mi familia?

El rey la miró a los ojos con una expresión recelosa y escrutadora que suavizó al momento con una sonrisa.

—Están a salvo. Te lo garantizo.

Ella respiró hondo y exhaló despacio, intentando obligar a su corazón a latir a un ritmo normal.

—Eso es un alivio para mí, majestad —dijo.

—Sí. —El rey soltó una risita—. Lo es. Lamento haberte alarmado con estas habladurías. Por desgracia, los que pasamos mucho tiempo en la ciudad tendemos a cotillear demasiado sin pensar en las consecuencias. Incluso yo caigo en esa mala costumbre de vez en cuando.

Tessia sonrió ante esta confesión.

—Es verdad que lady Avaria me advirtió que no me tomara demasiado en serio los cotilleos urbanos..., pero los cotilleos y los rumores son cosas muy distintas.

Él se rió y se volvió hacia ella.

—En efecto, así es. Ahora tengo que darte un recado para que se lo transmitas a lord Dakon. —Adoptó una expresión seria—. Dile que se reúna conmigo mañana en el campo de entrenamiento, una hora después del mediodía.

Ella asintió.

—El campo de entrenamiento, una hora después del mediodía —repitió.

El rey hizo una reverencia, y ella tardó unos instantes en reaccionar y corresponder con la zalema femenina que Avaria le había enseñado.

—Estoy encantado de haberte conocido, aprendiz Tessia. Espero que vuelvas a Imardin pronto.

—Ha sido un honor y un placer conoceros, majestad —contestó ella.

Él sonrió y dio media vuelta. Mientras atravesaba la estancia, un hombre uniformado se le acercó con paso decidido para hablar con él.

—¿Cómo ha ido? —preguntó una voz conocida y jadeante detrás de ella.

Tessia se volvió hacia Avaria.

—Bien. Creo. Tal vez. Tengo un mensaje para lord Dakon.

La mujer hizo un gesto afirmativo y sonrió.

—Pues más vale que se lo transmitamos..., lo más discretamente posible.

Aunque en el Palacio Real reinaba la tranquilidad, Dakon detectaba señales de actividad por doquier. De vez en cuando llegaban hasta sus oídos sonidos débiles de pisadas, o voces que hablaban en susurros apagados. Los criados aparecían y se perdían de vista rápidamente.

Cuanto más se internaba en el palacio, acompañado por su guía, más evidentes eran los signos de actividad. Al oír los golpes repetidos de un cuchillo contra una tabla y percibir unos aromas deliciosos, supuso que se encontraban cerca de la cocina. Luego, el relincho de un caballo le indicó que las cuadras estaban a su derecha. Finalmente, el entrecocar del metal contra el metal y unas órdenes proferidas a gritos le advirtieron que se hallaba cerca del campo de entrenamiento.

Dakon, siguiendo al guía, dejó el camino adoquinado que discurría entre dos edificios y salió a un espacio extenso y cubierto de grava. Dos hombres estaban allí de pie, situados a unos cuantos pasos el uno del otro. Dakon los reconoció a ambos al instante: eran el mago Sabin y el rey Errik. En torno a ellos, a una distancia segura de varios pasos, había un puñado de hombres que observaban a los combatientes.

Dos de ellos eran guardias uniformados, cuya función parecía ser la de sujetar las armas. Otros dos eran criados; uno llevaba una jofaina y toallas, y el otro sostenía en equilibrio una bandeja con una jarra y varias copas. A los otros dos hombres Dakon los había conocido la noche anterior: eran amigos del rey, ambos pertenecientes a familias influyentes.

El guía le indicó que se colocara junto a este último y acto seguido se marchó. Dakon intercambió una inclinación cortés de la cabeza con los hombres, pero cuando ellos se volvieron de nuevo hacia el rey sin hablar, él captó la indirecta y guardó silencio.

Primero el rey, y luego Sabin, pronunciaron con voz ronca una palabra que Dakon no entendió, y empezaron a avanzar el uno hacia el otro. Aunque ambos sudaban ya, ninguno de los dos estaba sin resuello o cansado. Mientras los contemplaba, Dakon pensó en la reunión de la víspera.

«Sin contar algunos intentos de cortejo fallidos, tiene que haber sido la noche más frustrante de mi vida», se dijo. El rey había hecho caso omiso de ellos, y en cierto momento incluso dio la impresión de que hacía todo lo posible por evitarlos. Algunos detractores del Círculo lo habían interpretado como un indicio de que Dakon y su anfitrión habían perdido su apoyo. Se habían cebado en ellos como aves de rapiña, formulando meticulosamente sus burlas con el lenguaje más exquisito. Everran, aparentemente estimulado por el reto, había replicado con malicia e ingenio equivalentes. Dakon, que sabía que no tenía la menor posibilidad de ganar ese juego, se había quedado callado, tomando nota mentalmente de la posición que parecía ocupar cada uno de sus adversarios e intentando adivinar si hablaban en serio o si estaban representando un papel por intereses políticos.

Lord Hakkin, el cabecilla, era quien más había intrigado a Dakon. Aunque sus comentarios eran los más incisivos con diferencia, no los soltaba con tanta convicción como los demás. En ocasiones incluso parecía desdeñar las pullas de sus partidarios y las repetía adornándolas como si no resultaran lo bastante ocurrentes o hirientes.

Más tarde, mientras subía al carruaje con los demás para regresar a la casa de Everran, Dakon estaba exhausto, abatido y enfadado.

Cuando Avaria le había señalado a Tessia que era un momento prudente para transmitirle el mensaje del rey, Dakon apenas la había escuchado. La pobre Tessia había tenido que repetírselo dos veces para que él se diera por enterado.

«El campo de entrenamiento. Una hora después del mediodía. —O sea que el rey Errik sí quería entrevistarse con él, pero no delante de varios cientos de testigos—. Y Jayan debe de alegrarse de ello», pensó. Durante la reunión, el aprendiz había mantenido una actitud circunspecta y nerviosa muy impropia de él. Al final —quizá con demasiada lentitud—, Dakon había deducido por qué. Entre los detractores figuraba un hombre a quien Dakon no había visto desde hacía años: Karvelan de la familia Drayn, el padre de Jayan.

Jayan no le había comentado nada de su visita a su padre, y Dakon había supuesto que esto se debía simplemente a que no habían tratado ningún asunto de interés. Ahora comprendía el conflicto al que se enfrentaba el joven. Se debatía entre la lealtad a su maestro y los deseos de su familia poderosa y pudiente. Dakon sabía lo poco que Jayan tenía en cuenta a su familia, y estaba bastante seguro de que contaba con el respeto e incluso el afecto de su aprendiz, pero estas cosas no siempre prevalecían sobre el dinero y la política.

«Apuesto a que el viejo Karvelan desea que yo exima a su hijo de todo compromiso conmigo cuanto antes. —Dakon arrugó el entrecejo—. Me pregunto si Jayan también lo desea. Entonces sería libre de decidir a quién debe su lealtad. Por otro lado, quizá prefiere tener una excusa para no tomar esa decisión todavía.»

Un gruñido de contrariedad atrajo su atención de nuevo hacia los contendientes. Sabin y Errik estaban apartándose el uno del otro.

—Has vuelto a ganar —reconoció el rey en un tono animado para disimular su irritación.

Sabin hizo una reverencia. Riendo entre dientes, el rey entregó su espada a uno de los guardias, llenó una copa con el agua cristalina de la jarra y la apuró de un tirón. A continuación cogió una toalla y se acercó a Dakon, enjugándose la frente.

—Lord Dakon de la familia Aylendin. ¿Qué os ha parecido?

—¿Os referís al combate, majestad? —Dakon intentó dar con una respuesta adecuada. No sabía nada sobre el manejo de la espada—. Me ha parecido enérgico.

—¿Os gustaría probar un asalto? —propuso Errik.

—¿A mí? —Dakon pestañeó, sorprendido—. Esto... Me temo que no sería un buen adversario.

—Tenéis la esgrima un poco oxidada, ¿no?

—No. Es que... esto... nunca he empuñado una espada en mi vida —admitió Dakon.

El rey arqueó las cejas.

—¿Nunca? ¿Qué narfais en una guerra de verdad si se os agotara la magia?

Dakon meditó sobre ello por un instante y decidió que prefería no hacerlo.

—¿Hacer trampas?

Errik se rió.

—¡Eso no es muy honorable!

Dakon se encogió de hombros.

—Por lo que he oído, la guerra no es una actividad particularmente honorable.

—No. —La sonrisa se desvaneció de los labios del rey. Se volvió hacia los demás e hizo un ademán con la mano. Todos le dedicaron una reverencia y se marcharon. Los guardias se llevaron las armas, seguidos por Sabin. Los cortesanos desaparecieron por una puerta, mientras que los criados se apostaron junto a otra entrada, sosteniendo sus respectivas cargas, pero lo bastante lejos para no oír la conversación. Al cabo de unos momentos, Dakon se había quedado prácticamente a solas con el rey—. En fin, lord Dakon —dijo Errik—. Queréis saber qué haré si los magos sachakanos revoltosos y rebeldes que tanta irritación están causando al emperador vecino deciden lanzar una pequeña ofensiva sobre Kyralia.

Dakon miró al rey a los ojos y asintió. Sabin le había advertido que al monarca no le gustaba andarse por las ramas. Errik esbozó una sonrisa irónica antes de ponerse serio de nuevo.

—No sois el único. A todos les digo exactamente lo mismo que os diré ahora: cualquier invasión o ataque contra un señorío es una invasión o un ataque contra Kyralia. No pienso tolerarlo.

—Me alegra oír eso —dijo Dakon—. Sin embargo, tengo la impresión de que otros no se alegrarán tanto.

Los ojos del rey relampaguearon.

—El problema de que unos kyralianos se unan en apoyo de una causa es que otros kyralianos se creen obligados a unirse para oponerse a dicha causa. No estoy insinuando que hicisteis mal al fundar vuestro Círculo. —Se encogió de hombros, aunque mantuvo una expresión severa—. Solo digo que las consecuencias eran inevitables.

—¿Seguirían oponiéndose si apareciera un enemigo más poderoso? —preguntó Dakon.

—Sí, si la oposición contra ellos es demasiado fuerte. Es algo que ha ocurrido más de una vez a lo largo de nuestra historia.

—O sea que no podéis apoyar abiertamente a uno de los bandos, pues de lo contrario no unirían sus fuerzas cuando llegara el momento. —Dakon asintió al comprender el dilema del rey.

La mirada del monarca reflejó su aprobación.

—Estoy asegurándome de que pueda defender mi reino cuando surja la necesidad, en caso de que surja.

Dakon reprimió una sonrisa.

—¿Son vuestros planes demasiado secretos para compartirlos con un humilde mago rural?

—¿Humilde? —Errik puso los ojos en blanco y miró a Dakon con serenidad—. No demasiado secretos. Os expondré algunos de ellos, para que me digáis si veis algún fallo en ello.

—Haré lo posible, majestad.

—Bien. Si unos sachakanos planean lanzar una ofensiva, querrán cerciorarse de ser lo bastante numerosos para ganar. Sin embargo, no establecen alianzas con facilidad. Es probable que al principio sean pocos, por lo que es probable que elijan un objetivo pequeño. Por desgracia, contamos con muchos objetivos pequeños: las aldeas de los señoríos fronterizos, protegidos por uno o dos magos, demasiado alejadas unas de otras para poder ayudarse entre sí.

»La evacuación es la única opción para aquellos señoríos —prosiguió—. En cuanto caiga un señorío, debemos reconquistarlo de inmediato. Los sachakanos cuentan con que las noticias de sus victorias les sirvan para conseguir más aliados. Debemos contrarrestar esto con noticias de sus fracasos, lo más rápidamente posible.

Dakon asintió, complacido por el razonamiento del rey.

—¿Cómo pienso hacer esto? —planteó Errik—. La rapidez será importante, por lo que ordenaré a los magos más próximos al señorío que intervengan. Pero al mismo tiempo enviaré hacia allí a algunos magos urbanos, por si el primer contraataque resulta insuficiente.

Errik se interrumpió y miró a Dakon con las cejas enarcadas.

—¿Alguna pregunta?

—¿Por qué no apostáis magos en las fronteras ahora? —preguntó Dakon—. Podrías disuadir a los sachakanos de que nos atacaran y evitar así que conquisten los señoríos exteriores de entrada.

—A los magos —dijo el rey, con la voz cargada de ironía— no les gusta que les digan lo que deben hacer. Si sois capaz de convencer a algunos de vuestros seguidores de la ciudad de que se vayan con vos, no dudéis en hacerlo. Pero no os sorprendáis si están demasiado ocupados vigilando a sus adversarios de aquí como para marcharse. Ordenar a algunos que se dirijan a las fronteras podría ocasionarme problemas si no se produce ataque alguno que lo justifique y ellos sufren algún contratiempo.

Dakon no pudo evitar fruncir el ceño. El rey asintió.

—Es una actitud mezquina, lo sé. Tened por seguro que si tiene lugar una invasión, ningún mago osará negarse a defender su país. Vuestra nueva aprendiz, no obstante —añadió, entornando los párpados—, consiguió arrancarme anoche una promesa que me siento obligado a cumplir.

—¿Tessia? —Dakon frunció el ceño, consternado—. ¿Os exigió una promesa?

Errik soltó una risita.

—No. Debo reconocer que la culpa es mía. Quise ponerla a prueba, y en cambio cometí un desliz.

La alarma de Dakon iba en aumento. «¿Qué le habrá dicho ella? —Intentó leer la expresión de Errik—. Bueno, el rey no parece demasiado disgustado. Tal vez

consigo mismo, en caso.»

—Mencioné la amenaza, de la que ella evidentemente no tenía noticia —explicó Errik—, y acabé por prometerle que su aldea estaría a salvo.

—Oh. Os pido disculpas por ello —dijo Dakon—. He intentado evitar que se entere de la amenaza sachakana, para que la preocupación no estropeará su primer viaje a Imardin.

Errik sonrió con cinismo.

—Eso ha sido muy considerado por vuestra parte. Me temo que no me queda más remedio que mantener mi palabra, así que pediré a mis amigos magos más leales que os acompañen a vuestro señorío. —Se volvió hacia el edificio en el que habían entrado los cortesanos y agitó el brazo.

Uno de los hombres salió y echó a andar hacia ellos.

—Es lord Werrin. Vivirá con vos por el momento, oficialmente para inspeccionar las defensas de Kyralia, pero también, según el rumor que haremos circular convenientemente, para mantener en su sitio a los magos de campo. De ese modo cumpliré lo que todo el mundo espera de mí, espero.

El hombre, de baja estatura y delgado, tenía el cabello entrecano pero el rostro tan terso como el del rey, por lo que resultaba imposible determinar su edad. Se detuvo junto a Errik mirando fijamente a Dakon con sus ojos negros y astutos pero una cara desprovista de toda expresión.

—Estaré encantado de ser vuestro anfitrión, lord Werrin —afirmó Dakon.

—Y será un placer para mí explorar los señoríos del campo en primavera, lord Dakon —respondió el hombre con una sonrisa.

Por un momento, el pánico y la inquietud se apoderaron de Dakon. ¿El rey creía que necesitaba mantener vigilados a Dakon y sus vecinos? Apartó esta sensación de su mente. No tenía nada que ocultar. Además, contar con un mago adicional en Mandryn ayudaría en gran medida a proteger la aldea y el señorío en caso de invasión.

Entonces sintió compasión por Werrin. El hombre tendría poca cosa que hacer aparte de recorrer los señoríos fronterizos por caminos accidentados, sin ninguno de los entretenimientos o comodidades de la ciudad. «Tengo que averiguar qué tipos de libros le gustan y hacer una buena provisión de ellos —pensó Dakon—. Y también preguntarle qué clase de...»

¡HEMOS SIDO ATACADOS! ¡HAN ATACADO MANDRYN!

Por un momento, Dakon, Werrin y el rey se miraron unos a otros, parpadeando sorprendidos. Entonces Werrin posó la mano en el hombro del rey como para evitar que perdiera el equilibrio y no la retiró. Era un gesto notablemente personal que denotaba lo unidos que estaban.

—Era lord Narvelan —dijo Werrin. Miró a Dakon—. ¿Estoy en lo cierto?

Dakon asintió. Se le había hecho un nudo en el estómago al oír la voz y la noticia. Mandryn. Su hogar. Atacado. Se sintió mareado cuando cobró auténtica conciencia de lo que ocurría.

¿Quién ha lanzado el ataque?, preguntó el rey.

Son sachakanos, respondió Narvelan. *Uno de los vecinos ha reconocido al mago, que ha pasado por aquí hace un rato.*

—Takado —siseó Dakon, y el terror cedió el paso a la rabia.

¿Cuántos supervivientes hay?, preguntó.

No muchos. Todavía estamos contando...

Interrumpid la comunicación, ordenó el rey con firmeza.

Se volvió hacia Dakon.

—Si la ley prohíbe comunicarse mentalmente es por una buena razón —dijo—. ¿Queréis que más sachakanos se enteren del éxito de la ofensiva lanzada por el que fuera vuestro invitado? —Dakon sacudió la cabeza. Errik fijó la vista en lord Werrin, que dejó caer la mano desde el hombro del rey—. Dudo que Narvelan tuviera la intención de revelar que está ahí ahora, seguramente solo e indefenso. —Hizo una mueca y miró a Dakon—. Imagino que querréis regresar lo antes posible. ¿Os marcharéis esta misma noche? —Dakon asintió—. Lord Werrin se irá con vos. Se reunirá con vos en casa de lord Everran dentro de una hora. —Errik clavó la mirada en su amigo, que asintió, y luego se dirigió a Dakon—. Convocaré a otros magos para que os sigan en cuanto pueda ocuparme de ello. Marchaos... y tened cuidado. Y... por favor, transmitidle mis disculpas a la aprendiz Tessia, así como mi esperanza de que su familia se encuentre entre los supervivientes.

Tanto el rostro como la voz del joven monarca expresaban una preocupación auténtica. Dakon hizo una reverencia.

—Así lo haré. Gracias, majestad —dijo.

Se alejó a toda prisa, incapaz de detener el flujo de imágenes de muerte y destrucción que le venían a la cabeza. ¿Cuántos habían muerto? ¿Quiénes? No lo sabría hasta que llegara a su tierra. Y su tierra estaba a tres o cuatro jornadas de allí, por lo menos, si cambiaba de montura y cabalgaba de noche y el camino no se encontraba en peor estado...

Entonces se acordó de la última comunicación de Narvelan. El rey había dicho que Narvelan estaba en Mandryn. «Todavía estamos contando...» La última palabra era «contando», sin duda. Contando a los muertos. Dakon se estremeció.

Sin embargo, aquello significaba también que Takado —si el aldeano que había reconocido al atacante estaba en lo cierto— se había marchado después del ataque. Era algo imprevisto. El Círculo siempre había dado por sentado que los sachakanos no atacarían a menos que tuvieran la intención de tomar una aldea o un señorío.

Aquello era muy extraño, y Dakon dispondría de mucho tiempo para reflexionar sobre ello durante el viaje de regreso, aunque no encontraría respuestas hasta que llegara a su destino.

—¿Qué ocurre, Tessia?

La joven dio un respingo y paseó la vista por los rostros de las mujeres, que la miraban fijamente. Ella titubeó, temerosa de que si les contaba lo que había ocurrido

la tomarían por loca.

Sin embargo, el contenido del mensaje que había captado era demasiado espantoso. Tenía que decir algo.

—Acabo... acabo de oír hablar a alguien —explicó—. En mi cabeza.

Las cejas de Kendaria se elevaron.

—Mal asunto. La comunicación mental está prohibida por ley. Los magos solo pueden valerse de ella si el rey los autoriza o se lo ordena. ¿Has reconocido al emisor?

—Era... —Tessia arrugó el entrecejo—. No lo ha dicho, pero me ha parecido que era lord Narvelan. Y lord Dakon ha contestado. Y luego otro hombre... ¿el rey? Creo que era su voz. —Sacudió la cabeza—. Narvelan ha dicho que Takado, el sachakano que nos visitó hace unos meses, había atacado Mandryn. —Contempló a las mujeres, que intercambiaron miradas horrorizadas. Era evidente que creían lo que les decía—. ¿O sea que todo esto es real?

—Sí. —Kendaria posó la vista en Avaria—. ¿Es este el principio?

Avaria se encogió de hombros.

—No me atrevo a hacer conjeturas. —Miraba a Tessia con expresión de intranquilidad—. Supongo que lord Dakon no te ha enseñado a hablar con la mente, pues en teoría es algo que no se debe hacer. Pero si lord Narvelan ha utilizado esta técnica, es porque debía de tener una necesidad imperiosa. Más vale que volvamos a casa.

Las demás murmuraron unas palabras cordiales de despedida y Kendaria, su anfitriona de aquel día, les ofreció su carruaje para que no tuvieran que mandar a buscar el de Avaria. Aturdida, Tessia, siguiendo a Avaria, salió de la casa y subió al vehículo.

—¿De modo que han atacado Mandryn? —preguntó cuando el carruaje empezó a moverse.

—Sí —respondió Avaria con expresión grave.

«¿Cuántos supervivientes hay?», había preguntado Dakon. «No muchos», había contestado Narvelan. La recorrió una oleada de frío y terror. «¿Y mis padres? ¿Estarán vivos?»

Le vino a la memoria la imagen fugaz del rostro lascivo de Takado y ella sintió un escalofrío. «Ha regresado. —¿Había vuelto para castigarla por haberlo humillado al repelerlo con magia? Entonces se acordó de Hanara—. ¿Habrá regresado para reclamar lo que le pertenece?»

—Tessia, tengo que decirte algo.

Alzó la vista hacia Avaria y el miedo se adueñó de ella. ¿Sabía algo aquella mujer? ¿Se había enterado de que los padres de Tessia habían muerto? ¿Cómo lo había averiguado?

No era tan descabellado. Todo parecía tan irreal, que daba la sensación de que cualquier cosa era posible.

—Lord Dakon no ha venido a Imardin solo para ocuparse de asuntos comerciales y para ver a sus amistades —le dijo Avaria—. Pertenece a un grupo conocido como el Círculo de Amigos, integrado por magos rurales y los magos de ciudad que los apoyan. Todos estamos preocupados por una posible invasión de Kyralia por parte de magos sachakanos. Vino para pedir garantías al rey de que si uno de los señoríos exteriores sufría una invasión, los magos urbanos ayudarían a recuperarlo.

Tessia asintió en señal de que entendía. Descubrió que aquella noticia no la sorprendía. Explicaba la conversación que el rey había mantenido con ella la noche anterior, así como por qué la habían excluido de las reuniones a las que habían asistido Dakon y Jayan. Dakon sin duda quería que el menor número de personas posible estuviera al tanto de la amenaza. Había intentado evitar que ella se preocupara por la seguridad de Mandryn y de sus padres mientras estuviera en Imardin sin poder hacer nada al respecto.

«Mis padres. Tal vez debería haberme preocupado. Tal vez no debería haberme marchado...»

¿Estaba su padre tratando a los aldeanos heridos en aquel momento, o estaba él mismo herido... o muerto? «No.» Lo imaginaba decidido y agotado, trabajando sin descanso. Se aferró a esa imagen. Sería cierta hasta que se demostrara lo contrario.

—Nadie de nosotros creía que se produciría un ataque tan pronto —continuó Avaria, mirando al exterior por una abertura en el toldo del vehículo. Entonces soltó una maldición—. El rey debe de estar preguntándose si se trata de un montaje urdido por nosotros.

Tessia permaneció callada. Cada palabra que pronunciaba Avaria reforzaba aquella nueva realidad. Le confería sentido. Tessia no quería que fuera real. Quería regresar a la casa de Kendaria, sentarse en el mismo sitio, retroceder a ese momento y empezar otra vez desde ese punto.

«Pero no puedo.»

De pronto, le daba igual si no volvía a ver jamás a Kendaria, a Avaria o a cualquiera de las mujeres que la habían acogido y con quienes había trabado amistad. Le daba igual no volver a presenciar una disección. Solo quería regresar a casa. Volver a toda prisa a Mandryn y conocer la verdad, ya fuera buena o terrible.

«Y Dakon también querrá volver cuanto antes —pensó de pronto—. Seguramente partiremos esta noche. Será un viaje rápido y extenuante. Seguramente a caballo y no en carruaje.»

Cuando el vehículo se detuvo al fin, ella tuvo que contener el impulso de saltar por encima de Avaria y correr al interior de la casa en busca de Dakon. Con los dientes apretados, se apeó decorosamente. Una vez dentro, Avaria se dirigió con paso resuelto hacia la sala maestra. Dakon, Jayan y Everran estaban allí, hablando.

—... voluntarios —decía Everran—. No les llevaréis más de un día de ventaja.

Levantaron la mirada cuando aparecieron Avaria y Tessia. Dakon abrió la boca.

—Tranquilo, Dakon —dijo Avaria—. Le he contado a Tessia el motivo real por el que has venido a Imardin. Supongo que os marcharéis lo antes posible.

—Sí. —Dakon miró a Tessia, con una expresión llena de inquietud y arrepentimiento—. Lo siento, Tessia. No sé si tus padres están vivos o no. Así lo espero.

Ella asintió, habiéndose quedado sin habla de repente.

—Jayan y yo partiremos en cuanto llegue lord Werrin, el mago a quien el rey ha pedido que nos acompañe. Tú te quedarás aquí.

Ella se disponía a protestar, pero él alzó la mano para atajarla.

—Será un viaje muy pesado, Tessia. Tenemos permiso para utilizar los caballos de los mensajeros reales, así que cabalgaremos todos los días desde el alba hasta

que esté demasiado oscuro para continuar. Cuando llegemos allí, no sabemos si Takado y sus aliados estarán esperándonos. Será peligroso, especialmente para una aprendiz principiante.

—No soy una mujer blanda de ciudad —replicó ella—. Puedo ir a caballo durante muchas horas, si hace falta. Y vos me enseñasteis que los aprendices, principiantes o no, no deben apartarse de su maestro en tiempos convulsos. Necesitaréis la fuerza adicional de un segundo aprendiz.

Dakon permaneció en silencio por un momento, luego frunció el entrecejo y comenzó a hablar, pero Avaria lo interrumpió.

—Llévate a la chica contigo, necio. Tiene conocimientos de sanación. Aunque esperamos que no resulten necesarios, no podemos saberlo.

Tessia hizo un gesto de dolor. Si resultaran necesarios sería porque su padre... No, no debía pensar en ello. No debía perder la esperanza.

Dakon clavó la vista en Avaria antes de volverse hacia Everran y Jayan. Los dos asintieron. El mago suspiró y encorvó la espalda.

—Muy bien, de acuerdo. Te esperan unos días muy duros, Tessia. Si en algún momento te ves incapaz de soportarlo, avísame y ya me encargaré de... de solucionarlo de alguna manera.

—No será tan duro como lo que acaba de pasarles a los habitantes de Mandryn —repuso ella en voz baja.

Cuando él la miró a los ojos, Tessia vio en su expresión el mismo desasosiego que ella sentía, y de pronto el corazón se le inundó de afecto hacia aquel hombre. Se preocupaba de verdad por su pueblo, y ella había aprendido a apreciar lo poco común que era eso.

Solo esperaba que todavía quedara alguien con vida por quien preocuparse.

Jayan estaba convencido de que no existía una palabra que describiera adecuadamente el cansancio que sentía. «Cansado» se quedaba corta. Incluso «agotado» se quedaba corta. No le cabía duda de que estaba al borde del desmayo. Tenía que echar mano de toda su fuerza de voluntad para obligar a sus piernas a continuar aferrándose a la silla de montar, y a su espalda a mantenerse recta.

En algún momento del día, su conciencia había empezado a desvanecerse. Primero, dejó de fijarse en su entorno a menos que alguien llamara su atención sobre él. Luego comenzó a percibir a Dakon, Tessia y Werrin únicamente como unas sombras que siempre estaban cerca; solo despertaba de este estado cuando no lo estaban. Después, cuando el dolor de su cuerpo se hizo tan intenso que él tenía que esforzarse por ignorarlo, acabó por encerrarse en sí mismo durante las largas horas de viaje, confiando en que su caballo siguiese a los demás sin que él lo guiara.

Una sensación extraña lo asaltó mientras descendían hacia el valle que había sido su hogar durante tanto tiempo. Una premonición, tal vez. Tenía la certeza de que algo malo estaba a punto de suceder. Sin embargo, cuando Dakon, que encabezaba la marcha, cruzó el puente y entró en Mandryn, Jayan se dio cuenta de que no podía hablar. No podía moverse ni tirar de las riendas para que su caballo se detuviera. No podía evitar contemplar los cadáveres desperdigados por todas partes: en el camino, en los portales, colgando de las ventanas. Miraba, pero no alcanzaba a distinguir los detalles. La extenuación le nublaba la vista y la conciencia. Tenía los oídos sordos. O quizá imperaban la quietud y el silencio de una aldea cuyos habitantes estaban todos muertos.

Entonces oyó algo al fin. Pasos. El sonido sensual y metálico de una espada al desenvainarse. Miró a Dakon, que caminaba delante de él (¿cuándo habían desmontado? Estaba tan cansado que sin duda había echado pie a tierra de forma maquinal). El mago no parecía haber oído nada. Jayan abrió la boca para gritar una advertencia, pero no consiguió emitir sonido alguno. «¡Es una emboscada! —quería exclamar—. ¡Cuidado!» Unas figuras borrosas surgieron de las sombras. Hubo un destello cegador y...

—Jayan.

Sobresaltado, Jayan abrió los ojos y miró en torno a sí, parpadeando. Volvía a estar montado a horcajadas sobre el caballo. No se encontraba en Mandryn. El camino ascendía ante él por una ladera, pero su montura se había detenido.

—¡Jayan, despierta!

Tessia. La primera voz había sido distinta. Era la de Dakon. Jayan se enderezó y al volverse sobre su silla los vio a los dos, varios pasos por detrás, mirándolo fijamente. Werrin, el mago del rey, tenía el entrecejo fruncido.

«Me he quedado dormido en la silla —pensó—. Es una suerte que no me haya caído. —Sonrió con ironía—. Cuando por fin domino el arte de dormir en la silla, no se me ocurre nada mejor que tener la misma pesadilla.»

Dio la vuelta a su cabalgadura y bajó por el camino para unirse a los demás. Dakon tenía una expresión sombría y ojeras oscuras. Tessia estaba pálida, pero le brillaban los ojos.

Durante los primeros días del viaje, Jayan se preocupaba constantemente por Tessia, cosa que lo irritaba profundamente. Tal como esperaba, ella no se había quejado una sola vez y cabalgaba en silencio durante toda la jornada, con aire resuelto. Ahora que la conocía, a Jayan le inquietaba que ella no exteriorizara su sufrimiento y que se quedara rezagada. Sin embargo, en los últimos días estaba demasiado absorto en su propio agotamiento para hacer nada aparte de comprobar de vez en cuando que ella siguiera allí, lo que lo hacía sentir culpable.

—Lord Werrin y yo seguiremos adelante —dijo Dakon—. Tessia y tú esperaréis aquí.

Jayan arrugó el entrecejo, echó una ojeada alrededor y se llevó una impresión al reconocer el sitio. Era un trecho del camino cercano a Mandryn que Dakon y él recorrían ocasionalmente a caballo en sus paseos matinales. La aldea no estaba lejos.

Tessia parecía tener ganas de protestar, pero estaba demasiado cansada para discutir. Jayan se sentía igual. Si había más de uno o dos sachakanos vigilando la aldea, listos para atacar a cualquier mago que se acercara, era improbable que los cuatro sobrevivieran. Sin duda Dakon consideraba que era inútil poner en peligro la vida de Jayan y Tessia además de la suya y la de Werrin. Tal vez quería asegurarse también de que Tessia no se encontrara con un cuadro demasiado desagradable. Jayan observó cómo Werrin espoleaba a su caballo en pos del de Dakon y los dos ascendían por la ladera antes de desaparecer por el otro lado.

—Se supone que tengo que permanecer cerca, ¿no? —preguntó Tessia en voz baja—. De ese modo, tanto él como yo estaremos más seguros, o algo por el estilo.

—Quizá —respondió Jayan, pensando en su pesadilla—. Pero no servirá de nada si hay sachakanos aguardando emboscados.

Ella no respondió y se limitó a quedarse sentada mirando la colina.

—Supongo que podríamos dar una vuelta por aquí a pie —propuso él al cabo de un rato—, para estirar y desentumecer las piernas.

Ella bajó la vista hacia su montura y dedicó una sonrisa lánguida a Jayan.

—Me temo que, si lo hiciera, no podría montar de nuevo. Cuando Dakon regresara, me encontraría tumbada a un lado del camino, con las piernas inutilizadas.

Jayan asintió para mostrar su conformidad.

—Además, deberíamos estar preparados para huir en caso de que aparezcan los sachakanos.

—Bueno, al menos esta vez puedo estar segura de que ninguno de ellos querrá seducirme. —Deslizó los dedos por el cabello que se le había soltado de la trenza e hizo una mueca—. Estoy sucia, y tengo llagas encima de las llagas por el roce de la silla.

Jayan le dirigió una mirada cansina, sorprendido de que aún fuera capaz de tomarse a broma la situación cuando su hogar y la confirmación del destino de sus padres estaban a pocos minutos a caballo de allí. Cuando Tessia le devolvió la mirada, su sonrisa se esfumó y desvió la vista.

«Está avergonzada —comprendió él—. Debería decirle algo ingenioso y reconfortante.» Pero todo lo que se le ocurría eran frases trilladas o que le darían la impresión de que sentía un interés romántico por ella, algo que deseaba evitar a toda costa.

De modo que no dijo nada. La expresión de angustia que había asomado a los ojos de Tessia tantas veces durante el viaje volvía a estar allí. Definitivamente era mejor quedarse callado, decidió Jayan.

Cuando Dakon y Werrin aparecieron en la cima de la colina, Tessia sintió náuseas. Una parte de ella estaba desesperada por obtener una respuesta, por liberarse de la incertidumbre de no saber qué había sido de sus padres. La otra parte no quería oír noticias si eran malas.

Los dos magos tenían una expresión lúgubre. Cuando aminoraron el paso para reunirse con ella y con Jayan, Dakon la miró directamente con conmiseración. Sacudió la cabeza.

Por un momento, ella intentó pensar en otro significado posible, en otra cosa que él hubiera querido comunicarle. Luego respiró hondo y se obligó a afrontar la verdad. Dakon no era tan tonto para hacer un gesto así sin saber cómo lo interpretaría ella.

«Están muertos —se dijo—. Mi padre. Mi madre. Se han ido. Así, sin más. —Le producía una sensación irreal, como la noticia del ataque hacía tantos días—. ¿Qué hará falta para que lo asimile? ¿Tengo el menor deseo de asimilarlo?»

—Podemos ir a la aldea sin correr peligro —les informó Dakon—. La gente de la zona dice que los sachakanos se dirigieron hacia las montañas después del ataque. Casi todos los edificios están quemados o dañados, así que no os aconsejo que entréis en ellos, pues podrían venirse abajo. Los muertos... —Hizo una pausa para aspirar profundamente—. Los muertos han sido enterrados. La gente de Narvelan no sabía cuánto tardaríamos en llegar. Los pocos supervivientes, unos niños que consiguieron ocultarse, han facilitado los nombres para las lápidas.

Llegaron a la cima de la colina. Tessia no se había percatado de que estaban avanzando. A lo lejos, una columna de humo emborronaba el cielo.

—Narvelan ha regresado a su aldea para evacuar a su gente —prosiguió Dakon—. Debemos reunirnos con él cuando hayamos terminado aquí. Es posible que, a pesar de lo que nos han dicho, los sachakanos hayan vuelto a escondidas para esperar nuestro regreso.

Siguieron adelante en silencio. A Tessia le resultaba más fácil concentrarse en la tensión y el miedo de los demás que pensar en sus padres. Escrutó los bosquecillos y cúmulos de casas lejanos en busca de algún movimiento o de formas humanas. ¿Estaba observándolos Takado? La imagen fugaz de su rostro lascivo le vino una vez más a la memoria, y la invadió una oleada de miedo.

Entonces recordó el error que había cometido hacía un rato, su ocurrencia sobre los sachakanos y sus intentos de seducirla. Jayan la había mirado de un modo extraño y ella se había percatado de lo que había revelado... «Esta vez puedo estar segura de que ninguno de ellos querrá seducirme.» Esta vez. A diferencia de la otra vez. Él debió de comprender qué la había impulsado a utilizar la magia por primera vez. ¿Pensaba que ella había provocado a Takado? ¿Se preguntaba hasta dónde había llegado la «seducción» de Takado?

«Al menos no tengo que preocuparme de que mis padres se enteren.»

Sintió que algo se le desgarraba por dentro al pensar esto. De pronto le vinieron a la mente todas las cosas que ellos nunca llegarían a saber. Jamás la verían convertirse en una maga superior. Su madre nunca asistiría a su boda, si algún día se casaba. Su padre nunca la oiría relatar su visita al Gremio de Sanadores o la disección que había presenciado. Ella nunca volvería a ayudarlo a sanar pacientes.

El dolor era casi insoportable. Notó que las lágrimas asomaban y, consciente de la presencia de los tres hombres que cabalgaban a su lado, tragó saliva y parpadeó para secarse los ojos. Se obligó a pensar en otra cosa y acabó preocupándose en cambio por los peligros que tal vez los aguardaban en la aldea.

Tras coronar otra colina, los magos frenaron a sus caballos. Tessia y Jayan los alcanzaron poco después. Ella bajó la vista hacia la aldea y se quedó sin aliento.

Dakon tenía razón. Casi todo el pueblo estaba en ruinas. Muchos edificios parecían juguetes destrozados por un niño de dos años gigantesco, y algunos humeaban todavía. Allí donde antes se alzaba la Residencia no había más que un montón de escombros. Ella buscó con la mirada la casa de sus padres. Costaba localizar entre las ruinas el lugar donde estaba situada.

Dakon espoleó a su caballo para reanudar la marcha, y los demás lo siguieron hacia el fondo del valle. No fue sino hasta que llegaron a donde antes se encontraba el puente cuando Tessia descubrió que Takado lo había echado abajo. Avanzaron a lo largo de la orilla junto a los restos de los arcos, y los caballos vadearon fácilmente el río por aquel trecho en que era poco profundo. Cuando llegaron al otro lado, un muchacho a quien Tessia reconoció como uno de los hijos mayores del herrero salió de detrás de un muro derruido y se dirigió a paso veloz hacia ellos.

—Lord Dakon —dijo, agachando la cabeza en señal de respeto.

—Tiken. Lleva a los aprendices Tessia y Jayan a las tumbas, por favor —le pidió Dakon.

«Las tumbas.» Tessia sintió que se le contraía el estómago y se estremeció.

El chico asintió antes de alzar la mirada hacia Tessia y dedicarle una sonrisa de condolencia.

—Bienvenida a casa, Tess. Sígueme.

Tessia y Jayan cabalaron en silencio detrás de Tiken, que los guió hacia la calle principal. Tessia finalmente reconoció la pila de cascotes que había sido su hogar. Se detuvo a escrutarla en busca de restos de algún mueble conocido.

—He encontrado la bolsa de tu padre —dijo Tiken—, y otras cosas que no estaban rotas. He ido guardando todo lo que pudiera ser valioso o útil en un lugar donde la lluvia no lo estropee.

Ella lo miró.

—Gracias. Necesitaré la bolsa, y si las otras cosas son remedios y utensilios me las llevaré también. Podrían resultar necesarios si se produce otro ataque.

Tiken hizo un gesto de asentimiento. Jayan tenía una expresión ceñuda. Ella le indicó al muchacho que siguiera adelante.

Tiken avanzó entre dos edificios de cuyas ventanas salía humo hasta llegar a un pequeño campo de cultivo. Varios montículos alargados de tierra removida se alzaban sobre la hierba. Cada uno de ellos tenía al lado una tabla gruesa y corta que sobresalía del suelo, con nombres toscamente tallados en la superficie.

Jayan soltó una maldición entre dientes.

—Son muchas... —masculló.

Tessia no lo miró. Se sentía vulnerable, y de pronto le molestaba su presencia. Desmontó, hizo una pausa para estirarse y dejar que las piernas recobraran un poco de su movilidad, y echó a andar rígidamente hacia las tumbas. Eran muchas. Dakon había dicho que solo unos pocos niños habían sobrevivido. Todos los demás habían muerto. Neslie, la anciana viuda. Jormen, el herrero, y su esposa. Cannia, la criada que trabajaba en la cocina de la Residencia. Familias enteras habían perecido. Madres, padres e hijos. Mujeres y hombres jóvenes con los que ella había crecido. Los frágiles y los débiles junto con los robustos y los fuertes. Ninguno de ellos representaba una amenaza para Takado, pero todos constituían una pequeña fuente de magia.

Tiken se acercó a un extremo del campo. Ella lo siguió. Tal como suponía y temía, dos de las tablas llevaban grabados los nombres de sus padres.

«De modo que es verdad. Es imposible seguir negándolo.»

—No les hicieron nada antes —la informó el muchacho.

Tessia se volvió hacia él, desconcertada por ese comentario. El chico mostraba una mirada grave y angustiada. Aparentaba el doble de la edad que ella sabía que tenía. Tessia sintió un escalofrío. «¿Qué habrá visto?»

—Seguramente porque eran viejos —dijo él—. Y tal vez..., tal vez porque tu padre ayudó al esclavo.

Ella oyó a Jayan maldecir de nuevo, pero hizo caso omiso de él. Vio en su mente el rostro enjuto de Hanara y sus ojos asustados. Paseó la vista por las otras tumbas.

—¿Acaso está...?

—No. No está aquí. —La expresión del muchacho se ensombreció—. No lo hemos encontrado.

Ella arrugó el entrecejo, con la sensación de que la suspicacia se incubaba en su interior como un parásito. «El chico cree que Hanara nos traicionó —pensó—. ¿Por qué habría de renunciar a su libertad? No, solo se habría vuelto contra la aldea si creyera que no le quedaba otro remedio.»

—¿Qué les hicieron a los demás? —preguntó Jayan en voz baja, detrás de ella.

El muchacho titubeó.

—Lo que hacen los sachakanos —respondió vagamente.

«No le des más vueltas —le dijo Tessia a Jayan en su fuero interno—. Enterarte de los detalles te atormentará tanto como no conocerlos. Yo prefiero no saberlo.»

Jayan repitió la pregunta. Ella se alejó en dirección a la tumba de sus padres, para no oír la respuesta. Arrodillada en el suelo, posó la mano en la tierra que cubría el cuerpo de su padre y dejó que la pena la invadiese y ahogase las voces de Jayan y Tiken.

«Debería haber huido —pensó Hanara—. Pero ¿cómo podía saber lo que iba a ocurrir?»

Nada había salido exactamente como él esperaba ni tampoco como temía. Tras dejar atrás las caballerizas, el antiguo esclavo había corrido por campos y caminos en una búsqueda incesante. Aunque la señal luminosa había desaparecido, él había explorado la zona donde había aparecido..., sin encontrar nada. Había rodeado la aldea, había buscado en todos los lugares donde había visto brillar la señal, todo en vano.

Cuando por fin había dado con Takado, el mago estaba sentado en un tocón, junto a un camino, en una intersección por la que Hanara había pasado varias veces durante su búsqueda. Takado se había reído cuando Hanara se había arrojado a sus pies. Después de reírse, le había leído la mente a Hanara. Y entonces se había reído de nuevo.

«¿De modo que no te gusta la libertad? —le había preguntado Takado—. ¿Me echabas de menos? Reconócelo, te gusta ser mi esclavo. La humilde tarea de recoger estiércol de caballo no es para ti, Hanara. Muy en el fondo sabes que mereces algo mejor. Eres un hombrecillo presuntuoso. Solo profesas lealtad al amo más poderoso.»

En ese momento, Hanara había pensado en Tessia. Inesperadamente. ¿Era por eso por lo que Takado había atacado la aldea? ¿Lo enfurecía que Hanara hubiera creído que otra persona, una kyaliana, podía ser digna de su lealtad? Pero Hanara solo había pensado en ella brevemente, y de forma poco convincente. No había hecho otra cosa que darse cuenta de que le habría sido posible sentir lealtad hacia ella..., en otra vida..., si no hubiera tenido ya un amo, Takado.

Cuando este había cargado contra la aldea, Hanara se había quedado horrorizado y confundido. Sin embargo, su amo nunca hacía nada sin motivo. ¿Por qué lo había hecho, entonces?

Hanara alzó la vista hacia los hombres sentados en torno a la hoguera y notó acidez en su estómago vacío. Ichanis. Desterrados y marginados. No eran dignos de la compañía de su amo, que poseía tierras y era un ashaki respetado. Algunos le resultaban familiares. Todos habían sido amigos de Takado durante años. Al principio no eran marginados, pero después de que uno de ellos acabara en la calle tras una disputa con su hermano que había terminado mal, los demás habían perdido su respetabilidad uno tras otro, a veces por su propia culpa, a veces no. Takado los había ayudado en secreto, enviándoles provisiones y ocultándolos de sus enemigos.

Un silbido suave que sonó cerca hizo que todos irguieran la cabeza y escudriñaran la oscuridad. Unas pisadas les indicaron hacia dónde mirar. Entonces unos globos mágicos de luz salieron zigzagueando al claro, flotando cerca del suelo y proyectando un brillo fantasmagórico sobre la parte inferior del rostro de los hombres que se acercaban.

Takado. Como siempre, una mezcla de temor y alivio invadió a Hanara. Nunca se sentía a salvo junto a los otros señores sachakanos si Takado no se hallaba presente, pero por otro lado también temía a Takado. Su amo no lo había castigado aún por desoir su llamada durante tanto tiempo. Todavía podía hacerlo. Quizá aún planeaba matar a Hanara o enviarlo a una muerte segura.

Hanara habría supuesto que Takado no lo había matado porque necesitaba a un esclavo fuente, de no ser porque su amo había regresado a Kyralia con un esclavo fuente nuevo. Volvió la vista atrás, hacia el joven delgado que aguardaba junto a la tienda de campaña de Takado. Aunque Jochara no le había dicho una palabra a Hanara, sus miradas hostiles dejaban claro que no tenía intención de compartir sus funciones con su predecesor.

Cuando Takado y sus dos acompañantes se unieron a los ichanis, Hanara se le acercó a toda prisa y colocó en el suelo el taburete bajo de madera que sujetaba hasta ese momento. Su amo se sentó sin siquiera mirarlo.

Los sachakanos que habían ido con Takado a ver las ruinas de Mandryn eran desconocidos para él. Al igual que los ichanis, llevaban al cinto cuchillos en vainas incrustadas de joyas que indicaban su condición de magos. Sus esclavos respectivos les llevaron taburetes para que se sentaran.

—¿Y bien? —preguntó Rokino, uno de los desterrados—. ¿Qué opinas, Dachido?

—Me ha parecido un objetivo muy fácil —respondió el recién llegado.

Kochavo, su acompañante, asintió en señal de que estaba de acuerdo.

Todos se volvieron hacia Takado, que sonrió.

—No hay ningún objetivo que no sea fácil. Algunos lo son más que otros. Podríamos apoderarnos de la cuarta parte del país sin encontrar una resistencia real. Al menos de forma inmediata.

—¿Podríamos conservarla? —inquirió Dachido.

—Para hacerlo de forma permanente tendríamos que ocupar el país entero, cosa que me parece factible si lo planeamos todo con cuidado.

Kochavo parecía abstraído en sus pensamientos.

—El país entero. Reconquistar Kyralia. Si estos fueran los deseos del emperador, ya los habría llevado a cabo.

Takado hizo un gesto afirmativo.

—El emperador cree que no es posible. Se equivoca.

Dachido frunció el ceño.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Yo mismo he examinado las defensas de Kyralia —le dijo Takado—. Cuentan tal vez con unos cien magos, muchos de los cuales no han recibido nunca

entrenamiento para el combate, aparte de un juego ridículo que pasan casi todo el rato discutiendo entre ellos, nunca se ponen de acuerdo respecto a nada. Los que viven en la ciudad desprecian a los que viven en los señoríos, que a su vez desconfían de los primeros. Su rey es joven e inexperto y tiene más o menos la misma autoridad sobre sus súbditos que el emperador sobre nosotros. Los plebeyos detestan a la clase dominante, y mantienen una actitud mezquina y desafiante. La ley solo permite a sus magos absorber energía de aprendices, y muchos de ellos ni siquiera tienen. —Sonrió—. Son estúpidos y débiles.

—Algunos dirían más o menos lo mismo de nosotros —observó Dachido con una risita. Luego se puso serio—. Nos estás pidiendo que obremos contra los deseos del emperador. Ha dejado muy claro que castigará a quien ponga en peligro la paz entre Sachaka y sus vecinos.

Takado guardó silencio. Se levantó, se puso a caminar alrededor del fuego con el entrecejo fruncido, hasta que se detuvo ante los dos recién llegados.

—El emperador sabe que Sachaka está al borde de una guerra civil. Más vale que los desheredados y los desposeídos de tierras se unan para dominar un territorio nuevo en vez de luchar entre sí por el antiguo. Si obtenemos apoyo suficiente y demostramos que la victoria es posible, el emperador Vochira se verá obligado a dar su aprobación a la conquista de Kyralia. Quizá incluso se una a nosotros.

—Lo más probable es que mande a alguien a matarnos —dijo Dachido con aire lúgubre.

—Solo si somos demasiado pocos. Cuantos más de nosotros mate, más veces tendrá que pedir disculpas y compensar a sus aliados, y más débil parecerá. —Los dientes de Takado relumbraron a la luz de las llamas—. Algunos se incorporarán a nuestras filas sin necesidad de insistirles mucho, porque no tienen nada mejor que hacer o porque les encanta un buen combate. Otros se unirán a nosotros cuando se enteren del apoyo que hemos conseguido. Y otros más vendrán cuando podamos preciarnos de unas cuantas victorias. Muchos querrán una parte del botín: tierras, riquezas, fama, poder.

El rostro de Dachido reflejaba su intranquilidad. Hanara advirtió que era mayor que los otros desterrados. Sus ojos no centelleaban de emoción al pensar en batallas o en la conquista de poder. Saltaba a la vista que la sugerencia de desacatar al emperador le preocupaba.

El hombre bajó la mirada hacia el fuego y suspiró.

—No soy el único que cree que Sachaka corre el peligro de volverse contra sí misma —dijo en tono cansino—. Independientemente de si actuamos o no, nos encontraremos con un conflicto interno. Esto... puede ser lo que necesitamos para minimizarlo.

—¿Entiendes ahora por qué yo, un ashaki, hago esta propuesta? —preguntó Takado con suavidad—. No es por codicia de tierras o de riquezas; tengo las mías propias. No soy un desterrado, aunque no me avergüenza luchar codo con codo con desterrados.

Dachido asintió.

—Tienes mucho que perder.

—No lo hago solo por mis amigos —Takado hizo un gesto en dirección a los dos ichanis—, sino por Sachaka entera.

—Ahora lo veo claro —reconoció Dachido—. Hablaré de ello con Kochavo. —Alzó la vista hacia Takado—. Te comunicaremos nuestra decisión mañana por la mañana.

Takado movió la cabeza afirmativamente y se volvió hacia Hanara.

—Entonces dejad que os ofrezca una taza de raka para refrescar vuestros cuerpos y mentes.

Incluso antes de que terminara de hablar, Hanara ya se dirigía rápidamente hacia el equipaje de Takado. Pero se paró en seco. Ya había otra persona allí. Jochara sostenía en la mano el raka en polvo. Con un brillo de petulancia en los ojos, el joven se apresuró a servir a las visitas. Takado no dijo nada; le daba igual quién lo atendiera mientras satisficiera sus necesidades.

Hanara observó al otro esclavo. Era joven, ágil, y estaba libre de la rigidez de las heridas y los músculos sanados. También era un esclavo fuerte, a juzgar por las marcas que tenía en las palmas de las manos, pero demasiado mayor para formar parte de la prole de Hanara.

Mientras miraba al otro, Hanara sintió que la preocupación y el resentimiento crecían en su interior.

La marcha a caballo para encontrarse con Narvelan pareció durar toda la noche. No disponían de más luz que la de la luna, que se ocultaba una y otra vez tras las nubes, y la de un globo luminoso diminuto creado por lord Werrin que flotaba sobre el suelo delante de ellos. Cuando unas luces aparecieron repentinamente a lo lejos, un alivio tan grande se apoderó de Tessia que los ojos se le llenaron de lágrimas. Pestañeó para contenerlas, irritada consigo misma. Había cosas más apropiadas por las que llorar que la perspectiva de comer algo y bajarse por fin del caballo.

Las luces procedían de las lámparas que sujetaban cuatro jinetes. Uno de ellos avanzó, sosteniendo en alto su linterna.

—Lord Dakon —dijo.

—Sí —respondió Dakon—. Estos son lord Werrin y los aprendices Jayan y Tessia.

—Lord Narvelan nos ha indicado que os aguardásemos aquí. Debo escoltaros hasta el campamento.

—Gracias.

Siguiendo a su guía, salieron del camino y se internaron en un bosque. Después de recorrer varios pasos agachándose para esquivar ramas y haciendo eses entre la maleza, llegaron a un sendero y empezaron a avanzar por él.

El tiempo se dilataba, ralentizado por la expectación.

De pronto, sin previo aviso, salieron a un claro. Un círculo de hogueras pequeñas rodeaba un puñado de tiendas de campaña improvisadas. Carretas cargadas hasta los topes descansaban entre las tiendas, y varios animales atados a estacas o encerrados en corrales hechos con postes y cuerdas pacían en la zona cubierta de hierba. En los bordes del claro había hombres y mujeres de pie que escrutaban el bosque en todas direcciones. Tessia supuso que montaban guardia. Nadie se mostró sorprendido de ver a lord Dakon.

Una sombra imponente emergió de una tienda y se dirigió a toda prisa hacia ellos.

—Lord Dakon. —Narvelan tenía la voz tan tensa que Tessia tardó un momento en reconocerla. Cuando acercó su rostro a la luz, ella apreció en él signos

inconfundibles de dolor y culpabilidad—. Lo siento mucho, me fue posible, pero era demasiado tarde.

Dakon pasó una pierna por encima de la silla para desmontar.

—Hiciste cuanto pudiste, amigo mío. No pidas perdón cuando la culpa no es tuya. En todo caso, es mía por no haber visto venir el peligro ni haber tomado medidas más eficaces.

—Éramos conscientes de la amenaza mucho antes de que yo te reclutara para la causa. Deberíamos haber apostado guardias en el paso fronterizo. Deberíamos...

—Y lo habríais hecho, de haber sabido que esto pasaría —dijo Dakon con firmeza—. No lo hicisteis. No malgastes tu energía ni tu lúcida mente en lamentaciones. No podemos cambiar el pasado, pero podemos aprender de él. Y sospecho que tendremos que hacerlo rápidamente. —Se volvió hacia Werrin, que descabalgó mientras Dakon lo presentaba.

Al observar a Narvelan, Tessia, pese a su cansancio, quedó impresionada por el joven mago. Estaba visiblemente afectado por lo sucedido en Mandryn. Tessia asimiló en silencio las implicaciones de la sincera respuesta de Dakon. Lo había llamado «amigo mío». ¿Qué más había dicho? «... tu energía y tu lúcida mente.» Y Narvelan había dicho «antes de que yo te reclutara para la causa».

O sea que Narvelan había sido quien había incorporado a Dakon al Círculo de Amigos. Y era inteligente. Tessia almacenó estos datos en su mente para reflexionar sobre ellos cuando no estuviera tan agotada, y obligó a su cuerpo dolorido a desmontar y luego a mantenerse de pie.

—Vos no tenéis aprendices, ¿verdad? —le preguntó Werrin a Narvelan.

—No —respondió este—. Tendré que hacer algo al respecto.

Tessia advirtió cierta renuencia en la expresión del mago joven y se preguntó a qué se debía. La conversación entre los magos se vio interrumpida por la llegada de un joven jinete que salió de entre los árboles y se acercó a ellos.

—Lord Narvelan —dijo, deteniéndose a corta distancia del mago.

Narvelan se volvió hacia el joven.

—¿Sí, Rovin? ¿Los has encontrado?

—Yo no, Dek. Ha divisado a tres de ellos, que se dirigían hacia el norte, y los ha seguido. Los ha perdido en el bosque del Valle Alto. Iban a pie y no llevaban provisiones, por lo que él supone que han acampado allí arriba, en algún lugar.

—¿Ha regresado Hannel?

—No, pero... —El joven hizo una pausa, con un gesto de consternación—. Dek ha encontrado el cuerpo de Garrell. No tenía heridas profundas, solo el tipo de cortes que nos pedisteis que buscáramos.

Narvelan asintió con expresión sombría.

—Informaré a su familia. ¿Alguna cosa más?

El joven negó con la cabeza.

—Vete a descansar, entonces. Y gracias.

Los hombros de Rovin se elevaron por un momento, y luego se alejó a lomos de su caballo. Narvelan exhaló un suspiro.

—No es el primer explorador que matan —les dijo—. Bien, ¿os gustaría comer algo? Llevamos el menor equipaje posible, pero hay alimentos que se estropean rápidamente, así que lo mejor será aprovecharlos ahora.

—Te lo agradeceríamos mucho. No hemos probado bocado desde esta mañana —le dijo Dakon.

A una orden de Narvelan, dos hombres del campamento se acercaron para hacerse cargo de los caballos. Tessia pidió al que cogió las riendas del suyo que tuviera cuidado al manipular la bolsa de su padre y que procurara no volcarla. A continuación, siguió a los magos hasta unas mantas extendidas frente a una de las hogueras. Les llevaron un poco de carne fría y carbonizada, pan ligeramente rancio y verduras frescas; una cena sencilla, pero que fue muy bien recibida. Tessia notó que su atención se desviaba de la conversación de los magos; Dakon hablaba del viaje y de la negativa del muchacho del herrero a marcharse de Mandryn; Narvelan de lo que llevaba y no llevaba en las carretas, así como de lo inflexible que había tenido que mostrarse con los aldeanos respecto al número y el tipo de pertenencias que podían llevarse consigo.

El pensamiento de Tessia se desviaba hacia el recuerdo de dos tumbas. «Ni siquiera tuve la oportunidad de verlos muertos —pensó—. No es que me hubiera resultado agradable. Es solo que... la última vez que los vi estaban sanos y llenos de vida. Me cuesta mucho aceptar que están...»

—Sé lo que sientes.

Tessia parpadeó sorprendida y al volverse vio a Jayan observándola con expresión seria y franca.

—Si necesitas hablar de ello, en fin... —dijo él.

Sonrió, y una rabia súbita e inesperada acometió a Tessia. Era la última persona del mundo con la que querría hablar de algo tan... tan... Él simplemente se reiría de su carácter débil, o lo utilizaría contra ella más adelante, aunque no estaba segura de cómo. Tal vez lo consideraría un favor que Tessia tendría que devolverle.

—No sabes lo que siento —replicó ella, casi sin darse cuenta—. ¿Cómo vas a saberlo? ¿Tus padres han muerto asesinados?

Él se estremeció, luego frunció el entrecejo y ella vio un brillo de ira en sus ojos.

—No. Pero mi madre murió porque mi padre no permitió que la viera un sanador, y se negaba a pagar por los remedios que necesitaba. ¿Que tu padre deje morir a tu madre vale?

Ella clavó la mirada en él, y todo su enfado se disipó, dejando tras de sí una sensación desagradable de vergüenza y espanto.

—Ah. —Sacudió la cabeza—. Lo siento.

Él abrió la boca para responder, pero se lo pensó mejor. Ambos miraron hacia otro lado. Se hizo un silencio incómodo, roto al fin por la voz de Narvelan, que les preguntó si les importaba dormir junto al fuego. Todas las tiendas estaban ocupadas, y aquellos dotados para la magia al menos podían crear un escudo para resguardarse en caso de que lloviera. Dakon le aseguró que no tendrían inconveniente.

Poco después, Tessia estaba arrebujada en varias mantas, acostada en el duro suelo, contemplando las estrellas y preguntándose con ironía cómo se las había arreglado para sentirse incluso peor que antes. La vergüenza por lo que le había dicho a Jayan prevalecía sobre el dolor constante de la pena.

«¿Su padre dejó morir a su madre por falta de un sanador? —se preguntó—. ¿Por eso no aprueba que yo quiera ser sanadora? Pero sería más lógico que una tragedia así tuviera el efecto contrario.»

Unas nubes taparon la luna, y la oscuridad se cernió en torno a las hogueras. «Estaba intentando ser amable. Tal vez no debería recelar de él todo el rato, pero ¿cómo se supone que he de saber cuándo pretende ser simpático?» Hizo una mueca al recordar su explicación. «Su madre murió por culpa de su padre.

»Aunque su padre siga vivo, aquel día perdió a sus dos progenitores.»

La ventaja de la extenuación fue que trajo consigo un sueño del que Tessia no despertó, a pesar de la pena, la vergüenza y el miedo, sino hasta mucho después de que saliera el sol. La actividad que reinaba en el campamento interrumpió su descanso y ella se entregó a la tarea de ayudar a la gente de Narvelan con los preparativos para el viaje del día. Iban a desplazarse, según les dijo Dakon a ella y a Jayan, hasta una aldea del señorío de Narvelan que tenía fama de ser difícil de encontrar, incluso para quienes habían sido invitados. Por su pequeño tamaño y poca importancia, era improbable que Takado y sus aliados la consideraran un objetivo estratégico —si sabían de su existencia siquiera— a menos que descubrieran que estaba utilizándose como lugar de reunión. Allí, otros magos del Círculo se encontrarían con Narvelan, Dakon y Werrin para discutir el siguiente paso.

Emprendieron la marcha la noche siguiente, después del atardecer. De vez en cuando unas figuras emergían de las sombras para informar a los magos de que el siguiente trecho del camino estaba libre de peligro. Imperaba un silencio casi absoluto, en la medida en que lo permitían los crujidos de las viejas carretas, los quejidos de los animales domésticos aguijados y algún que otro balbuceo de un bebé inquieto.

Aunque la mayoría de los aldeanos eran desconocidos para Tessia, en la oscuridad no dejaba de asaltarla la impresión de que estaba rodeada de gente de Mandryn. Los refunfuños de una anciana, las risas de dos niños que habían olvidado la orden de no hacer ruido, la severa reconvencción de su madre..., todo le recordaba a las personas entre las que se había criado. Personas que ahora estaban todas muertas, con la excepción de unos pocos.

Salvo por Tiken, el hijo del herrero, que se había quedado en Mandryn, todos los supervivientes se habían unido al séquito de Narvelan. Entre ellos se encontraban Ullan, uno de los jóvenes mozos de cuadra, que había huido cuando Takado había empezado a atacar a los aldeanos, y algunos de los niños que habían conseguido esconderse. Salía, la hija del panadero, había ido a ver a su hermana a una de las granjas. Había tenido suerte por partida doble, pues Takado y sus aliados habían matado a muchos de los campesinos de la zona y a sus familias después de arrasarse la aldea.

Tessia volvió la vista atrás y localizó a Salía, que caminaba junto a una carreta cargada con barriles y sacos. La muchacha bajó la mirada al suelo rápidamente, mordiéndose el labio. Era como si se sintiera culpable, pero eso no tenía sentido. Aunque Salía hubiera estado en la aldea, no habría podido evitar lo que pasó. Ullan, en cambio, no parecía arrepentirse en absoluto de haber echado a correr.

«¿Y por qué iba a arrepentirse? —pensó Tessia—. Habría muerto también si se hubiera quedado. De no haber montado en un caballo y cabalgado para avisar a Narvelan, habríamos tardado más en recibir la noticia del ataque.»

No obstante, juzgaba con dureza a Hanara, pues estaba convencido de que el hombre se había ido a toda prisa a reunirse con su amo. Sin embargo, nadie había visto a Hanara regresar a la aldea con Takado, por lo que Tessia suponía que su conducta no había sido peor que la del mozo de cuadra y que simplemente había huido para salvarse. Se preguntó dónde estaría él en aquel momento. Dado que la noticia de un ataque sachakano estaba extendiéndose, era poco probable que alguien estuviera dispuesto a darle albergue.

Habían estado subiendo por una pendiente suave, pero pronto el terreno se niveló para descender abruptamente de nuevo poco más adelante. Dakon miró a Tessia y sonrió.

—Casi hemos llegado —murmuró.

Alguien que iba unos pasos por detrás oyó estas palabras y las comunicó en susurros a quienes lo seguían. Un chirrido rasgó la noche cuando los carreteros se vieron obligados a bajar los frenos para contrarrestar el ángulo pronunciado de la cuesta. Tessia iba inclinada hacia atrás en la silla, con la espalda apoyada en la sólida bolsa de su padre, que llevaba firmemente atada tras ella.

La pendiente terminó tan bruscamente como había empezado, y el bosque se hizo menos denso a ambos lados para revelar un puñado de casas pequeñas con las ventanas iluminadas dándoles la bienvenida. Hombres y mujeres con lámparas esperaban de pie para recibirlos. Tessia oyó suspiros y murmullos de alivio.

Algunos de los seguidores de Narvelan se habían adelantado a caballo para avisar a los aldeanos de su llegada inminente y ayudarlos con los preparativos. De forma silenciosa y eficiente, repartieron a los visitantes entre las casas, que estaban repletas de camas improvisadas. Encerraron a los animales en corrales. Guardaron las carretas en las cuadras.

Los magos y los aprendices se alojaron con Crannin, el burgomaestre, que tenía una casa no mucho más grande que aquella en la que se había criado Tessia. Tras una cena abundante pero sencilla, todos se retiraron a dormir. Crannin y su esposa Nivia cedieron su habitación a los magos. El burgomaestre y Jayan durmieron en el suelo del salón, y Tessia compartió la habitación de los niños con la mujer de Crannin. No vio el menor rastro de los niños. Tal vez los estaba cuidando algún vecino.

Aunque estaba cansada, Tessia tardó mucho rato en dormirse. Yacía despierta escuchando la respiración de la mujer que tenía cerca y pensando en todo lo que había ocurrido desde que había acudido sola a la Residencia de Dakon y había hecho magia sin proponérselo para ahuyentar a Takado.

Si no hubiera salido de casa a escondidas con la esperanza de impresionar a su padre, ¿habría descubierto su poder de todos modos? Lord Dakon creía que sí. Pero tal vez lo habría descubierto mucho más tarde. Tal vez se habría encontrado en la aldea en el momento en que Takado lanzó su ataque. Tal vez estaría muerta.

«Y, a juzgar por la descripción de Tiken, seguramente Takado o uno de sus aliados me habría apresado y utilizado antes de matarme. Pero supongo que quizá yo habría reaccionado de la misma manera y empleado la magia para defenderme. La diferencia es que él no me habría dejado con vida después de usar la magia contra él, y yo habría sido demasiado débil e inexperta para salvarme.»

De no haber descubierto la magia en el momento en que lo había hecho, probablemente habría muerto, al igual que sus padres. Todos habrían muerto de cualquier

modo, aunque ella se hubiera estado en Mandryn en vez de acompañar a Dakon a la ciudad.

Entonces se preguntó qué habría pasado si Dakon no se hubiera marchado. Tiken no estaba seguro de cuántos magos habían atacado Mandryn, pero Takado no estaba solo. El muchacho había corrido a esconderse tras haber visto a dos de ellos, pero tenía la certeza de que había más.

Dakon era solo un mago. Dos magos sachakanos podrían haberlo derrotado con facilidad si previamente hubieran absorbido gran cantidad de energía de sus esclavos. Después de matarlo, Takado y sus aliados habrían procedido a masacrar a los aldeanos. Ella y su familia estarían muertos de todos modos.

Tenía que alegrarse, muy a su pesar, de que el ataque se hubiera producido cuando ella se encontraba lejos. No se le ocurría otra situación hipotética en que ella hubiera sobrevivido. Y no había una sola situación hipotética en la que sus padres se hubieran salvado.

A menos, claro, que lord Dakon y algunos otros magos hubieran estado prevenidos del ataque a tiempo para preparar una defensa contra él. Pero era inútil imaginar aquella posibilidad. Nadie podía adivinar el futuro. Ni siquiera los magos.

Cuando por fin concilió el sueño durmió profundamente, y cuando despertó, la esposa de Crannin ya no estaba allí, y un olor a comida que se estaba cocinando inundaba la casa. La penumbra parecía indicar que era de madrugada. Su estómago emitió un gruñido. Había una jofaina de agua en el suelo, a unos pocos pasos, y un vestido limpio, y ella sintió una oleada de alivio y gratitud. Una vez limpia y enfundada en el vestido, que le venía grande, se recogió el cabello por detrás y siguió el rastro de los olores hasta la cocina.

Encontró allí a Nivia, que ayudaba a una criada a preparar el desayuno. No la dejaron echarles una mano, pero le hicieron preguntas sobre lo sucedido en Mandryn. Tessia obvió los detalles más truculentos y en cambio les habló de la llamada mental de Narvelan, del viaje subsiguiente y del estado en que se encontraba la aldea cuando llegaron.

—¿Qué cree que harán los magos? —preguntó la criada.

—No estoy segura —admitió Tessia—. Matar a los sachakanos, con toda probabilidad. Supongo que tendrán que localizarlos, y luego combatir contra ellos.

—¿Luchará usted también? —inquirió la mujer, abriendo mucho los ojos.

Tessia reflexionó.

—No exactamente, pero lo más seguro es que estaré allí. Lord Dakon probablemente luchará, y nos necesitará a Jayan y a mí para incrementar su fuerza. No podemos separarnos demasiado de...

Se interrumpió al oír un grito procedente de fuera. Nivia soltó el cuchillo con el que había estado picando verdura, se secó las manos y salió a toda prisa de la cocina. Tessia la siguió hasta la puerta principal. La mujer la abrió ligeramente y echó un vistazo al exterior antes de abrirla del todo para salir. Tessia avistó entonces a varios jinetes que entraban en la aldea. Kyralianos, a juzgar por su aspecto. Y por sus vestimentas y gestos, Tessia supuso que se trataba de magos que habían acudido en su ayuda.

Unas pisadas resonaron por el pasillo a su espalda, y Dakon, Werrin y Narvelan se abrieron paso entre Tessia y Nivia, salieron de la casa y se dirigieron hacia los recién llegados dando grandes zancadas.

—Así que ya están aquí, ¿no?

Tessia se volvió para ver a Jayan salir del salón, atusándose el pelo despeinado. Hizo una mueca y comenzó a frotarse el hombro.

—Supongo —respondió Tessia—. ¿Los reconoces?

Retrocedió un paso para dejarlo acercarse a la puerta.

—Ah. Lord Prinan, lord Bolvin, lord Ar dalen y lord Sudin. Con sus aprendices, por lo que parece. Y sus respectivos criados.

Al mirar por encima del hombro de Jayan, Tessia vio que los hombres estaban desmontando. Los jinetes que llevaban ropa más sencilla tomaron de inmediato las riendas de los caballos. Los jóvenes se quedaron atrás mientras sus maestros saludaban a Dakon, Werrin y Narvelan.

—Bueno, ¿vamos a conocer a nuestros nuevos aliados? —preguntó Jayan. Sin esperar una respuesta, salió y caminó hacia el grupo con paso tranquilo.

Tessia lo siguió, de mala gana. De pronto había cobrado una conciencia muy clara de lo distinta que era. Una mujer entre muchos hombres. Una nata de origen humilde entre jóvenes ricos procedentes de familias poderosas. Una principiante entre magos bien entrenados. Resultaba demasiado fácil imaginar que todos eran como Jayan.

Los magos apenas los miraron a ella y a Jayan, pero los aprendices observaron a este último con interés. Unos pocos fijaron en ella una mirada de extrañeza, antes de dirigir su atención hacia otras cosas. No fue sino hasta que los magos terminaron de saludarse que Dakon hizo una pausa para presentarles a Jayan y a Tessia. Todos la contemplaron sorprendidos.

Ella cayó en la cuenta, demasiado tarde, de que el vestido demasiado grande que Nivia le había dejado les había dado la impresión de que era una aldeana. «La mujer no posee un vestuario tan suntuoso y elaborado como el que gusta a las señoras de ciudad.» Tessia enderezó la espalda y respondió con toda la dignidad que fue capaz de mostrar, esperando que nadie se percatara de lo avergonzada y cohibida que se sentía de repente.

Para entonces, Crannin, que ya había salido de su casa, invitó a los magos a comer con él mientras discutían los planes. Pidió disculpas porque con tanta gente no había espacio suficiente para los aprendices, pero aseguró que llevarían fuera una mesa y comida lo antes posible.

«O sea que otra vez me excluirán de las conversaciones importantes —pensó Tessia divertida—, pero al menos esta vez no seré la única.»

Cuando los magos entraron en la casa de Crannin, los aprendices se quedaron cerca de la puerta principal, mirándose sin decir nada. Parecían agotados. Tessia supuso que habían cabalgado hacia allí tan rápidamente, o casi, como Dakon en el camino de vuelta a Mandryn.

Al cabo de unos minutos, unos hombres de la aldea salieron de otra casa y sacaron bancos y mesas de un establo. Después de lavarlos, los cubrieron con telas. Unas mujeres emergieron de la casa de Crannin con comida y vino, que dispusieron sobre la mesa en un pequeño festín. Los aprendices se sentaron a comer, y pronto surgieron entre ellos conversaciones en voz baja. Dirigían a Jayan todas sus preguntas sobre Mandryn y los sachakanos, pero Tessia se alegraba de poder permanecer callada y de que fuera él quien tuviera que tratar con ellos. Para su sorpresa, su relato sobre el ataque fue menos descriptivo que el que ella había referido a las mujeres de la aldea.

—Creo que no debemos contar demasiadas cosas a nadie —le murmuró él después de un rato—. No estoy seguro de cuánto quiere Dakon que sepa la gente. Tessia sintió una punzada de preocupación. ¿Le había dicho a Nivia algo que no debía?

—¿Como qué? —preguntó.

—No lo sé —contestó él con una ligera irritación, y se volvió hacia uno de los aldeanos, que se acercaba. Tessia advirtió que el hombre la miraba a ella.

—Aprendiz Tessia, disculpe mi atrevimiento —dijo el hombre. Tras un momento de silencio, añadió, atropelladamente—: Lleva usted una bolsa de sanador.

—Así es —dijo ella al ver que él se quedaba callado—. ¿Cómo lo sabe?

—Lo siento. Me ha parecido que olía a medicinas, así que he echado una ojeada dentro. ¿A quién pertenece?

—A mi padre —respondió ella—. O más bien le pertenecía. Él... era el sanador de Mandryn.

La desilusión se reflejó en el rostro del hombre.

—Ah. Lo siento. Había creído que... Disculpe.

Comenzó a alejarse, pero ella extendió el brazo hacia él para detenerlo.

—Espere. Aquí no tienen sanador, ¿verdad?

El hombre negó con la cabeza con expresión adusta.

—¿Está alguien enfermo?

—Sí —respondió él con el entrecejo fruncido—. Mi esposa. Está... está...

—Yo era ayudante de mi padre —le dijo Tessia—. Tal vez no pueda hacer nada, pero no me cuesta nada echar un vistazo.

—Gracias —dijo él con una sonrisa—. La llevaré hasta donde está ella. Y pediré a alguien que lleve su bolsa.

Tessia vio sorprendida que Jayan se levantaba y la seguía. Cuando estaban lo bastante lejos de los otros aprendices para que estos los oyeran, la asió del brazo.

—¿Qué estás haciendo? —musitó—. No eres sanadora.

Ella clavó la vista en él.

—¿Y qué? De todos modos tal vez pueda ayudar.

—¿Y si Dakon te necesita? Ahora eres una aprendiz, Tessia. No es... no es...

—¿No es qué?

Jayan torció el gesto.

—No puedes irte a hacer de sanadora cuando te dé la gana. No resulta... apropiado.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—¿Qué te parece más «apropiado», Jayan? ¿Dejar que una persona enferma o que sufre se quede así, o incluso muera, solo porque te preocupa lo que piensen los otros aprendices y sus maestros, o quedarte sentado sin hacer nada, malgastando espacio y comida?

Él le sostuvo la mirada con expresión vehemente y escrutadora. Entonces dejó caer los hombros.

—De acuerdo. Pero yo iré contigo.

Ella se mordió la lengua para no protestar, suspiró y echó a andar rápidamente en pos del hombre cuya esposa estaba enferma. Estaba deseando que Jayan viera a la mujer a quien quería dejar a merced de su dolencia, fuera cual fuese, solo por resultar «apropiado». Que aprendiera que a la hora de sanar había factores mucho más importantes que tener el título de sanador. Que descubriera que la habilidad y los conocimientos que ella poseía eran valiosos, y se diera cuenta de que desperdiciarlos sería un error.

Hizo una mueca. «Más vale que sea capaz de ayudar a esa mujer, pues de lo contrario no conseguiré demostrarle gran cosa a Jayan.»

La casa a la que los condujo el hombre estaba a las afueras de la aldea. Su guía solo se había detenido una vez para pedirle a un muchacho que cargara con la bolsa del padre de Tessia. Una vez dentro de la casa, ellos lo siguieron escaleras arriba hasta un dormitorio en que una mujer dormitaba en una cama.

Que la mujer estaba enferma era innegable. Estaba tan delgada que los huesos se le marcaban bajo la piel tirante de los hombros, el cuello y la cara. Tenía la boca abierta, y cuando Tessia entró, se apresuró a limpiarse un hilillo de saliva, avergonzada.

Tessia se acercó a un lado de la cama y dedicó una sonrisa a la mujer.

—Hola. Soy Tessia —dijo—. Mi padre era sanador, y yo he sido su ayudante durante buena parte de mi vida. ¿Cómo se llama?

—Paowa —respondió el hombre—. Le cuesta hablar.

La mujer tenía los ojos desorbitados de miedo, pero consiguió esbozar una sonrisa e inclinar la cabeza a modo de saludo.

—Bien, si me permite, la examinaré un poco.

La mujer abrió la boca. Tessia sintió de inmediato un escalofrío de espanto y compasión. Un bulto ocupaba un lado de su boca.

—Ah —dijo Tessia—. He visto algo parecido antes, pero casi siempre en hombres. Le duele cuando come, o incluso cuando percibe el olor de la comida, ¿verdad?

La mujer asintió.

—¿Mastica o fuma hojas?

La mujer miró a su marido.

—Solía masticar dunda hasta que esto se lo impidió —dijo él—. Su familia se dedicaba a la caza hasta hace una generación, así que conserva algunas de esas costumbres de la montaña.

Tessia hizo un gesto afirmativo.

—Es un hábito difícil de dejar, por lo que he oído. Esta afección se conoce como «boca de cazador». Puedo extirpar el bulto y coser la herida, pero antes debe prometerme dos cosas.

La mujer asintió vigorosamente.

—Utilice el enjuague bucal que le proporcionaré. Tiene un sabor horrible y seca tanto la boca que le parecerá que jamás podrá volver a escupir, pero evitará que se le ensucie la herida.

—Así lo hará —aseguró el marido, sonriendo—. De eso me encargo yo.

Tessia movió la cabeza afirmativamente.

—Y deje de mascar dunda. Puede llegar a matarla.

Un destello de rebeldía brilló en los ojos de la mujer, pero Tessia la miró fijamente, con expresión seria, hasta que al cabo de un momento el destello se extinguió.

—También me ocuparé de ello —dijo el marido con voz suave.

—Ahora déjeme ver el tamaño.

Tessia palpó con delicadeza el interior de la boca de la mujer. Su padre había tratado bultos como aquel. Aunque por lo general conseguía extirparlos, algunos de los pacientes se desmejoraban y morían al cabo de un par de años. Otros llegaban a viejos. Su padre tenía la teoría de que esto dependía de la fuerza con que el bulto se hubiera «pegado» a la carne que lo rodeaba.

Aquel parecía estar bastante suelto, como si fuera una piedra grande y ligeramente blanda inserta bajo la piel. La cosa prometía. Tessia sacó los dedos y se los secó con un trapo que el esposo de la mujer le ofreció. Ella dudó por unos instantes si debía intentar cortar el bulto o no.

«Como ha dicho Jayan, no soy sanadora. Pero he visto hacer esto antes. Sé cómo hacerlo. Si no intervengo, el bulto pronto se hará tan grande que ella morirá de hambre o asfixiada. Cuento con todo el material necesario, bueno..., excepto la abrazadera para la cabeza.» Su padre utilizaba un artilugio que había diseñado y encargado al herrero que fabricara para mantener abierta la boca de los pacientes cuando tenía que trabajar con los dientes o algo por el estilo. Impedía que lo mordieran a causa del dolor o el pánico.

Unos golpes en la puerta hicieron salir de la habitación al hombre, que regresó un momento después con la bolsa de su padre. Ella le pidió que despejara la mesa situada junto al lecho y, mientras él lo hacía, llevó a cabo la comprobación rutinaria de los ritmos del corazón y la respiración que su padre siempre realizaba. Una vez que el espacio estuvo libre, abrió la bolsa y comenzó a extraer instrumentos, bálsamos y una pócima tranquilizante.

—Tómese esto primero —le indicó Tessia a la mujer, tendiéndole la pócima—. Necesito que se tumbé de costado, al borde de la cama. Coloque unas almohadas debajo de su cuerpo y su cabeza. Le saldrá sangre y saliva de la boca, así que conviene proteger la cama con telas y poner una jofaina abajo.

La pareja siguió sus instrucciones sin rechistar, lo que por algún motivo la hizo sentir menos segura de sí misma. Confiaban en ella. ¿Y si cometía algún error?

«No pienses en ello. Actúa.»

Al recordar el consejo de su padre respecto a dejar participar a los miembros de la familia, pidió al marido que frotase la mejilla de la mujer por dentro y por fuera con un bálsamo adormecedor. Esto tenía la ventaja añadida de que el bálsamo no afectaría a las manos de Tessia.

Sacó varias cuchillas y examinó su filo, pero cuando empezó a preparar el quemador, oyó gemir a Paowa. Al alzar la vista, advirtió que la respiración de la mujer se había acelerado de pronto. Paowa tenía la mirada fija en las cuchillas. Tessia sintió una punzada de conmiseración.

—Todo saldrá bien —prometió a la mujer—. Le dolerá; mentiría si le dijera lo contrario, pero el bálsamo alivia, y trabajaré lo más rápidamente posible. Habré terminado enseguida, y a usted no le quedará más que un corte debidamente cosido en la boca.

La respiración de la mujer se hizo un poco más lenta. Su marido se sentó en la cama detrás de ella y comenzó a masajearle los hombros. Tessia respiró hondo, cogió una cuchilla y cayó en la cuenta de que no había purificado ninguna de ellas.

Y comprendió que si tardaba mucho más, el miedo se apoderaría de la mente de la mujer.

«No hay problema», pensó, y ejerciendo ligeramente su voluntad, calentó la cuchilla que sujetaba por medio de la magia para purificarla. Acto seguido, puso manos a la obra.

No resultó fácil, pero tampoco sucedió nada inesperado o desastroso. Media hora después, había extirpado el bulto, suturado el corte y aplicado una pasta protectora. Después comprobó los ritmos de la mujer de nuevo y declaró que su trabajo había sido un éxito. Cuando la mujer se tendió boca arriba, exhausta por el dolor y el miedo, Tessia se irguió y se tambaleó, mareada de pronto debido del cansancio.

—Siéntate.

Parpadeó sorprendida al oír la voz de Jayan, pues se había olvidado de su presencia. El aprendiz le ofrecía un taburete de madera. Agradecida, ella se sentó y la cabeza se le despejó de inmediato. Atrajo la bolsa de su padre hacia sí, rebuscó dentro y extrajo una sustancia limpiadora de heridas que conocía.

—¿Tiene una jarra pequeña y limpia con tapa? —preguntó al marido—. ¿Y un cuenco con agua limpia?

El hombre le llevó dichos objetos, y para asegurarse de que la jarra estuviera limpia, ella la remojó en agua que hizo hervir valiéndose de la magia.

El hombre observaba tranquilamente sin hacer comentarios, como si fuera normal y frecuente que el agua rompiera a hervir por sí sola.

Tessia vertió un número determinado de gotas del limpiador en cierta medida de agua. Se la pasó al hombre y le explicó cómo utilizarla, así como cuándo debía cortar y quitar los puntos de sutura. El marido sacó una bolsita, y ella oyó el tintineo de unas monedas.

—No, no hace falta que me pague —le aseguró.

—Pero ¿cómo si no voy a compensarle las molestias? —inquirió él.

—Su aldea entera nos está alimentando y dando cobijo. Seguro que eso reduce las provisiones de comida de todos. Además, mi maestro tampoco vería con buenos ojos que yo aceptara dinero por esto.

El hombre se guardó la bolsita a regañadientes.

—Entonces me encargaré de que cada uno de ustedes dos se coma uno de mis rasuks más gordos para cenar —dijo con una sonrisa.

—Esa sí que es una oferta a la que difícilmente puedo resistirme —respondió ella, sonriendo un poco abochornada—. Más vale que volvamos por si nuestro maestro nos necesita. —Bajó la vista hacia Paowa, que dormía con la boca cerrada y las facciones relajadas—. Y recuerde: nada de dunda a partir de ahora.

—Yo lo recordaré. En cuanto a ella... —Se encogió de hombros—. Haré lo posible por ayudarla a dejarlo.

Caminaron en un silencio cansino y cómodo hasta donde los esperaban los otros aprendices. Por las sombras de proyectaban los árboles, ella dedujo que solo habían transcurrido unas horas. A petición suya, el esposo de Paowa fue a llevar la bolsa de su padre a casa de Crannin en vez de guardarla en el establo. La próxima vez que alguien echara una ojeada dentro, tal vez no sería tan prudente o respetuoso con el contenido.

Cuando avistaron a los aprendices, ella se percató de que Jayan la observaba, y lo miró de soslayo. La estaba contemplando con expresión de perplejidad.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Estoy... eh... impresionado —dijo él, sonrojándose—. Lo que has hecho ahí... Yo la habría dado por muerta.

Ella sintió que se le encendían las mejillas también. Jayan estaba reconociendo su capacidad, tal como ella quería, pero por alguna razón, esto no le producía una sensación de triunfo, sino más bien de... vergüenza.

—Solo parece impresionante —repuso, apartando la vista—. En realidad ha sido sencillo. Un trabajo de rutina.

—Ah —dijo Jayan en un tono demasiado transigente.

«¡No, no ha sido sencillo! —tenía ganas de decir ella—. ¡No sé por qué he dicho eso!» Sin embargo, Jayan había desviado su atención hacia los aprendices, e incluso si a ella se le ocurría una manera de desdecirse sin quedar como una tonta, era demasiado tarde para intentarlo.

Los últimos rayos de sol teñían de dorado las hojas más altas del bosque cuando los magos salieron de la casa de Crannin. Dio comienzo un banquete servido al aire libre en mesas improvisadas e iluminado por numerosas antorchas y lámparas. Cuando colocaron delante de Tessia y Jayan un rasuk grande y gordo para cada uno, Jayan comentó con petulancia que Tessia sí que sabía tratar a los aldeanos y que no le sorprendería que engatusara a los carteristas para que le metieran dinero en el bolsillo.

Dakon no encontró un momento para hablar en privado con sus aprendices hasta después de la cena. Se los llevó aparte de la mesa principal y caminó con ellos hasta donde terminaba la aldea, y volvieron la vista atrás. Desde ahí, el espectáculo y el jolgorio de la gente que reía y bebía daban la impresión de que estaban celebrando una fiesta, lo que hacía que el dolor y el sentimiento de culpa por la pérdida de Mandryn resultaran más difíciles de sobrellevar. Dakon miró a Tessia y Jayan. Ambos parecían cansados pese a no haberse pasado el día en la silla de montar.

—Bien, ¿qué novedades hay? —preguntó Jayan con una tensión evidente en la voz, a pesar del tono bajo en que hablaba.

Dakon suspiró. «¿Cuánto puedo contarles?» Los magos habían convenido en que la discreción era necesaria para que sus planes dieran resultado, pero a juzgar por lo que algunos habían dicho, quedaba claro que tenían la intención de explicar a sus aprendices al menos lo esencial. Además, a Dakon no le parecía justo o sensato arrastrar a los aprendices hacia el peligro sin que ellos lo supieran.

—Vamos a reconstruir Mandryn —anunció.

Dos pares de cejas se elevaron.

—Pero... —Jayan hizo una pausa para lanzar una mirada a Tessia—. ¿Quién vivirá allí? Casi todos han muerto.

—Vendrá gente de otras partes del señorío, o de otros señoríos, en cuanto se difunda la noticia de que ya no hay peligro. Y al final necesitaremos un sitio donde vivir.

—Al final —concedió Jayan—. ¿Y mientras tanto?

—Nos encargaremos de los sachakanos. —Dakon se encogió de hombros—. Esto implica localizarlos, claro está, expulsarlos de Kyralia e instalar puestos de vigilancia en los pasos de montaña para asegurarnos de que no vuelvan.

—¿Expulsarlos? —Tessia parecía sorprendida—. ¿Matarlos no?

Él la miró, preguntándose si estaba decepcionada o enfadada; si deseaba vengarse. Ella le devolvió la mirada y una expresión de incertidumbre asomó a su rostro.

—No, no los mataremos a menos que ellos nos obliguen a ello —respondió Dakon—. Werrin dice que el rey teme que matarlos despertaría más simpatías hacia Takado. Y aunque no fuera así, los allegados de aquellos a quienes matáramos tal vez buscarían un ajuste de cuentas. Entonces nos veríamos forzados a castigar los asesinatos que resultaran de ello. Podría desencadenarse un círculo vicioso de venganzas; ellos tomarían represalias por lo que hiciéramos nosotros en represalia por lo que Takado y sus aliados han hecho. —Torció el gesto—. Un círculo así podría desembocar en una guerra.

Sus dos aprendices asintieron, Dakon esperaba que en señal de comprensión.

«¿Qué preferiría yo? —se preguntó—. ¿Correría el riesgo de provocar una guerra para vengar la destrucción de Mandryn? Oh, quiero que se haga justicia por la muerte de tanta gente de mi pueblo, por la destrucción de la casa en que crecí. —Pensar en los libros únicos e insustituibles que habían quedado reducidos a cenizas resultaba doloroso, pero no tanto como recordar a los hombres, mujeres y niños de a pie que habían sido torturados y masacrados durante su ausencia; criados que conocía desde hacía tanto tiempo que eran como de la familia; personas que habían conocido y estimado a su padre—. Qué cobardía, aguardar a que yo me fuera. ¿O acaso Takado no estaba enterado de mi marcha? En fin, estoy seguro de que el rey no tendría tantos reparos respecto a que matemos sachakanos si un miembro de las familias influyentes de Kyralia hubiera sido asesinado. Lo habría considerado un acto de guerra.»

Sin embargo, Dakon entendía la cautela del rey. Probablemente a los sachakanos les divertiría que los kyralianos capturaran a algunos de sus ichanis díscolos y los echaran del país. Pero si osaran matarlos simplemente por haber atacado una aldea pequeña y liquidado a unos cuantos plebeyos, los sachakanos podían llegar a la conclusión de que el imperio necesitaba poner en su sitio a sus vecinos.

Y si el control del emperador de Sachaka sobre su propio pueblo era tan débil como se rumoreaba, no podría detenerlos.

TERCERA PARTE

Stara notaba el calor del sol en la espalda mientras el carronato ascendía por la ladera de la colina. Cuando los caballos que tiraban del vehículo y de su pesada carga llegaron a la cima, la joven se quedó sin respiración al contemplar la vista que se abría ante ella.

Una gran ciudad se extendía en abanico sobre el terreno que tenía delante. Su parte más amplia lindaba con la costa, y más allá se divisaban las aguas oscuras del mar. En el ápice del abanico se encontraba la desembocadura de un río. Los edificios y caminos que partían radialmente de aquel punto estaban unidos entre sí por las curvas concéntricas de unas calles transversales.

«Arvice. —Sonrió—. La ciudad más grande jamás construida. Estoy en casa, por fin.»

Hacía quince años que esperaba aquel momento; quince largos años desde que su padre la había llevado a Elyne junto con su madre y las había dejado a las dos allí. Ahora, por fin, él la había mandado a buscar, como había prometido tanto tiempo atrás.

La fila de carros se sumía en sombras conforme descendía por la cuesta del otro lado. Ella sintió un escalofrío y se arrebujó en el chal que llevaba sobre los hombros. Durante quince años de su vida, había visto el sol ponerse sobre el mar, tiñendo la ciudad de Elyne de dorado y rojo. Ahora, si quería presenciar el espectacular encuentro entre el sol y el agua tendría que despertar lo bastante temprano para no perderse el amanecer.

«Tengo la sensación de haber viajado de un extremo a otro del mundo.»

Por otro lado, el clima de Elyne era parecido al del sur de Sachaka. Ella casi habría preferido que no lo fuera. Los mismos tipos de plantas servían de alimento al mismo tipo de animales. Los mismos tipos de árboles daban los mismos tipos de frutos, que eran robados por los mismos tipos de pájaros. Los mismos paisajes de tierras fértiles de labranza la rodeaban. Solo de vez en cuando reparaba en algo que le resultaba exótico y poco familiar; un ave desconocida, un árbol extraño.

Las montañas le habían parecido mucho más estimulantes y dignas de interés, con sus precipicios de piedra fría, cumbres vertiginosas y árboles que crecían raquíticos y torcidos en pendientes asombrosamente pronunciadas. El viento cantaba allí con la voz de una mujer demente y eternamente joven, y se respiraba un aire fresco, vivificante y puro.

En una o dos ocasiones, los conductores de los carros habían avistado figuras lejanas en los senderos que discurrían a tal altura que parecían impracticables. Ichanis, habían dicho. Le habían asegurado a Stara que era poco probable que los asaltaran. A los ichanis no les interesaban los materiales para tintes con que comerciaba su padre, y aunque hubieran tenido la tentación de robarlos para venderlos, las vasijas de barro en que los transportaban eran demasiado pesadas y frágiles para que valiera la pena llevarlos a cuevas por aquellos escabrosos caminos de montaña. Sabían que no encontrarían dinero en el carronato, y que solo había los alimentos mínimos.

Aun así, los carreteros habían proporcionado a Stara ropa de hombre. Una mujer tan hermosa como ella sí que era algo que valía la pena robar, le dijeron, intentando engatusarla con elogios para que accediera a ponérsela.

No había necesidad de que la adularan. A ella le había gustado vestirse con los pantalones y el sayo. No solo eran prendas más prácticas que los vestidos que solía llevar, sino que casi tenía la sensación de estar trabajando ya para su padre cuando ayudaba a los hombres en las tareas más sencillas para dar más credibilidad a su disfraz, lo que les parecía de lo más divertido.

Sin embargo, ella dudaba que su padre le encargara esa clase de trabajos cuando llegara a Arvice. En su calidad de hija de un ashaki sachakano, se le encomendarían labores más decorosas, como cerrar tratos comerciales y agasajar a los clientes, o supervisar el proceso de elaboración del tinte y asegurarse de que los pedidos fueran preparados y entregados.

Estaba bien entrenada para asumir estas responsabilidades. Su madre, que había ejercido las mismas funciones en Elyne durante años, había hecho participar a su hija en cada etapa del proceso. Al principio, a Stara no le gustaba nada, pero un día le había pasado por la cabeza que tal vez su padre la admitiría de nuevo a su lado antes si su presencia le resultaba útil, y desde entonces se había consagrado a aprender todo lo posible sobre su oficio.

Stara se sonrió, imaginando que enumeraba todas sus aptitudes ante su padre.

«Sé leer y escribir, hacer sumas y cuentas. Sé cómo convencer a un cliente de que pague el doble de lo que pretendía originalmente, y conseguir que pague de buen grado. Sé dónde y cómo se elaboran todos los tintes, qué minerales contienen y en qué tipos de tela se fijan mejor. Me sé el apellido de todas las familias importantes de Elyne y Sachaka, y conozco sus alianzas. Y, lo que es más importante, puedo... tengo...»

Sintió que el corazón le daba un vuelco. Hasta en su imaginación le costaba revelar a su padre su mayor secreto, algo que ni siquiera le había contado a su madre.

Unos años después de su llegada a Capia, Stara había entablado amistad con la hija de una amiga de su madre. Un mago acababa de tomar como aprendiz a Nimelle, que se había llevado una desilusión al comprobar que había muy pocas chicas aprendices. La joven le había realizado a Stara una prueba y había descubierto en ella un gran potencial mágico. Sin embargo, cuando Stara había preguntado a su madre qué haría si su hija tuviera dotes para la magia, la respuesta había sido firme y rotunda.

—Te necesito aquí conmigo, Stara. Si te convirtieras en aprendiz de un mago, tendrías que vivir con tu maestro durante muchos años. Estás lejos de tu padre. ¿Quieres que te separen de tu madre también?

Stara no había logrado reunir el valor suficiente para abandonar a su madre. Al enterarse de ello, Nimelle había opinado que estaba «desaprovechando» su don. Se había ofrecido a liberar ella misma los poderes mágicos de Stara y a enseñarle lo básico, siempre y cuando lo mantuviera en secreto. Stara había aceptado

entusiasmada. Después, había aprendido a utilizar su magia leyendo los libros de la prebsta y practicando con ella.

«Echaré de menos a Nimelle —pensó—. Es la única persona que nunca me ha tratado de un modo distinto por ser medio sachakana.»

Las dos habían contenido las lágrimas al despedirse. No obstante, Stara sospechaba que Nimelle estaría demasiado ocupada durante una temporada para echar en falta su amistad. Después de que le concedieran su independencia como maga superior el verano anterior, Nimelle se había casado en otoño y esperaba su primer hijo.

«Yo también estaré demasiado ocupada ayudando a mi padre para añorarla —se dijo con decisión—. Las dos hemos iniciado una nueva vida.» Aun así, ya estaba deseando recibir la primera carta de Nimelle.

El carronato avanzaba ahora por un camino largo y llano envuelto en la penumbra del anochecer. De cuando en cuando aparecía algún recinto amurallado que le recordaba las mansiones sachakanas típicas, con sus interminables muros curvos enlucidos.

También se fijó en los esclavos que trabajaban en los campos. Sentía una ligera incomodidad cuando los veía. Los años que había pasado en Elyne habían sembrado en ella cierta aversión hacia la esclavitud, pero al mismo tiempo recordaba con gran cariño a los esclavos que la habían cuidado y mimado en su niñez.

«Estoy segura de que los esclavos domésticos viven mucho mejor que los del campo —reflexionó—. Pero, como dice mi madre, “la esclavitud es la esclavitud”.» La detestaba, y Stara sabía que era una de las razones por las que sus padres se habían separado y su madre había regresado a Elyne.

Había otros motivos, y Stara lo sabía. Le habían contado algunos, y ella había deducido otros. Su madre se había fugado del hogar familiar para casarse con el hombre a quien amaba y luego había descubierto que en su tierra era una persona diferente de la que ella había conocido en Elyne. No le quedaba otro remedio, según le había explicado a Stara. Uno tenía que ser duro y cruel para sobrevivir en el mundo de la política sachakana y conseguir que los esclavos le obedecieran. Aun así, ella no soportaba ver el efecto que esto producía en él. Al final, su esposo le había permitido volver a Elyne. Ella reconocía que si él hubiera sido más implacable le habría prohibido que se marchara, o se habría quedado con sus dos hijos.

El hombre que los visitaba todos los años era tan cariñoso y desprendido como siempre. Stara lo observaba con detenimiento, buscando indicios de un monstruo oculto, pero nunca los encontraba.

«Tal vez porque nunca tenía que azotar a un esclavo cuando estaba en Elyne.»

Su hermano Ikaro había viajado a Elyne varias veces. Tres años más joven que Stara, siempre había mostrado una actitud reservada que rayaba en la descortesía. Años atrás, ella le había confesado a su madre que tenía envidia de él por ser el que se había quedado en Arvice, aunque por otro lado lo compadecía por haber crecido lejos de su madre. Sin embargo, cuando había expresado estos sentimientos a su hermano durante una de sus visitas, él había replicado con desdén que daba igual que un hombre se hubiese criado sin mujeres a su alrededor, pues no eran tan importantes como los varones.

Ese día ella había perdido buena parte del respeto que le tenía. El temor a que él opinara lo mismo de ella que de las demás mujeres, sobre todo respecto a su valía para el comercio, enturbiaba la expectación y la emoción de haber llegado por fin a su destino. Pero Stara estaba resuelta a no dejar que él arruinara su nueva vida.

Los terrenos situados entre las mansiones a ambos lados del camino se habían reducido poco a poco hasta desaparecer por completo y ceder el paso a largos muros sin más hueco o abertura que la entrada de algún que otro callejón ancho. Los carreteros habían dejado de silbar alegremente para adoptar una expresión alerta y adusta. Los esclavos iban y venían a toda prisa por el camino con la mirada baja. La única iluminación procedía de las lámparas de los carreteros y los esclavos y del brillo tenue de fuentes de luz ocultas al otro lado de las paredes. Stara se sintió tan exaltada como desilusionada al caer en la cuenta de que habían entrado en la ciudad y de que esta no era en absoluto como ella esperaba. Los edificios, a diferencia de los de Capia, la capital de Elyne, no se arremolinaban en torno a un gran puerto en un despliegue de luces titilantes. En cambio, se escondían detrás de murallas en un laberinto interminable y misterioso.

El carronato redujo la marcha cuando se encontraban cerca de unos grandes portones de madera, y a Stara se le aceleró el pulso al percatarse de que debía de ser la mansión de su padre. El vehículo se detuvo y el carretero jefe anunció su llegada con un grito. No hubo respuesta, pero se oyó un golpe metálico y las puertas comenzaron a abrirse, revelando un amplio patio enlosado e iluminado por varias lámparas. Los muros que rodeaban a Stara eran blancos y solo estaban interrumpidos por puertas y los extremos de unas vigas oscuras de madera. El corazón le latía a toda prisa. Mientras el carronato atravesaba la puerta, sus ojos buscaron a su padre en el patio, pero todas las personas que veía eran desconocidas.

Cuando el vehículo se detuvo, se arrojaron al suelo. Al mirar alrededor, ella advirtió que todos tenían la cabeza inclinada hacia ella y los pies apuntando hacia atrás, de modo que sus cuerpos se alejaban de ella radialmente en todas direcciones.

«Esclavos —pensó—. ¿Estarán acostumbrados a hacer esto? ¿Qué debo hacer ahora?» Se volvió hacia la casa. No apareció ninguna figura paterna conocida. Algo confundida y desilusionada, se arrellanó en su asiento y esperó a ver qué sucedía a continuación.

—Nadie os dirá lo que debéis hacer, ama —murmuró una voz cercana. Al bajar la vista, ella vio a un carretero reclinado contra el vehículo, con su atención aparentemente puesta en otra cosa—. Ahora sois vos quien da las órdenes.

Stara entendió de golpe lo que ocurría. Nadie le diría dónde estaba su padre a menos que ella preguntara. Ni siquiera se pondrían de pie si ella no se lo ordenaba. En Elyne, una mujer debía esperar a que la recibiera su anfitrión —o al menos un mayordomo— antes de apearse de un carro. Pero no estaba en Elyne. En Arvice ella no era una invitada, sino un miembro de la familia que gobernaba la finca.

—Volved a vuestras ocupaciones —dijo ella en voz alta.

Los esclavos se levantaron despacio del suelo y reanudaron sus tareas, aunque con una lentitud cautelosa. Stara reparó en que un hombre con un gorro rojo impartía órdenes a algunos de ellos. Se irguió y bajó del carronato con toda la dignidad de que fue capaz. Se dirigió al hombre del gorro rojo.

—Quiero ver a mi padre, si está en casa.

Él se inclinó, doblándose esta vez por la cintura, antes de hacer una seña a un esclavo sin camisa que estaba cerca de la puerta.

—Vuestro deseo será satisfecho, ama. Seguid a este hombre y él os llevará ante el ashaki Sokara.

Mientras entraba en el edificio detrás del esclavo, Stara respiró hondo. Un aroma familiar se percibía en el aire, pero ella no fue capaz de identificarlo. La silueta delgada del esclavo la guió por un pasillo estrecho de paredes enlucidas, como las del exterior. Llegaron a una amplia sala. Stara reconoció la disposición de aquel espacio. La estancia ocupaba el centro de la casa; era la «sala maestra», donde su padre se reunía con sus invitados, los agasajaba y les daba de comer. Varias puertas

comunicaban la sala con otras partes de la vivienda. La casa de su madre seguía el mismo diseño, al igual que otras casas construidas por sachakanos en Elyne.

Todo esto lo asimiló de un vistazo, pues había un hombre sentado en una gran silla de madera en el centro de la habitación. Cuando lo reconoció, notó que su corazón brincaba de alegría.

—Padre —dijo.

—Stara. —Él sonrió y le indicó con un gesto que se acercara.

Ella cruzó la estancia y se sintió desengañada al ver que él no se levantaba para saludarla. Vaciló, sin saber qué hacer.

—Siéntate —sugirió él, señalando una silla más pequeña situada junto a la suya.

Ella así lo hizo, suspirando con un alivio apropiado y no del todo fingido.

—Ah. Y yo que creía que después de pasarme el día sentada, no querría ver una silla ni en pintura.

—Viajar resulta agotador —convino él—. ¿Cómo ha estado el viaje? ¿Te han tratado bien mis hombres?

—Ha sido interesante, y sí —respondió ella.

—¿Tienes hambre?

—Un poco. —En realidad, tenía un apetito voraz.

A una ligera seña de su padre, un gong sonó al otro lado de la sala. Un momento después, un esclavo entró corriendo en la estancia y se postró ante él.

—Tráele al ama Stara algo de comer.

El esclavo se puso en pie de un salto y se alejó apresuradamente. Stara se quedó mirando la puerta por la que había desaparecido. El hombre había escenificado tanto su llegada como su marcha de un modo tan dramático que Stara no podía evitar encontrarlo cómico. Tuvo que reprimir las ganas de reír.

—Acabarás por acostumbrarte a los esclavos —le aseguró su padre—. Al final te olvidarás de que están ahí.

Ella posó los ojos en él y se mordió el labio. «No quiero acostumbrarme a ellos hasta el punto de olvidarme de que están ahí —pensó—. Lo siguiente sería olvidarme de que son personas.»

La conversación derivó hacia su madre. Stara le habló a Sokara de las últimas transacciones y de los clientes nuevos, así como de una idea que su madre estaba acariciando: la de lanzar el negocio del tinte de velas.

—Las lonas para las velas nunca se han teñido, pero si logramos convencer a las personas adecuadas de las ventajas de la tela teñida y la idea se vuelve popular, podríamos abrir todo un mercado nuevo. —Sonrió de oreja a oreja—. Fue idea mía. Estaba mirando a unos niños que jugaban con barcos de juguete, y entonces...

Para su irritación, unos esclavos escogieron ese instante para entrar en la sala con comida. Ella esperaba alguna expresión admirativa por parte de su padre, o al menos una opinión, pero él estaba totalmente distraído en aquel momento. Sacó dos cuchillos pequeños pero de aspecto mortífero de una caja colocada junto a su silla y le tendió uno a ella.

Con un suspiro leve, Stara observó el extraño ritual que se desarrollaba ante ella. Los esclavos se turnaban para hincarse de rodillas frente a su padre. Él elegía unos trozos de lo que le ofrecían, los ensartaba con el cuchillo y se llevaba la comida a la boca. Acto seguido, gesticulaba hacia ella para que probara aquel plato y el esclavo se arrastraba hacia un lado hasta estar arrodillado ante Stara.

Su madre le había descrito el ceremonial que se seguía en Sachaka durante las comidas y le había advertido que el amo de una finca siempre comía antes que los demás. Stara no estaba segura de cuánto debía probar, pues él no cogía mucho de cada plato y al parecer faltaban unos cuantos.

Cada vez que ella terminaba de comer de un plato, el esclavo permanecía donde estaba hasta que su padre hablaba. Decía «ya está», la miraba y le indicaba que despidiera al esclavo cuando ya no quisiera comer más.

Antes de saciar del todo su hambre, pero mucho después de que el ritual dejara de ser una novedad para ella, él agitó una mano y dijo simplemente «marchad». Los esclavos se retiraron a paso veloz sin hacer ruido con los pies descalzos sobre las alfombras. Su padre se volvió hacia ella.

—Dentro de una semana recibiré unas visitas importantes y tú estarás presente. Tienes que familiarizarte con las costumbres de los sachakanos. La esclava que cuidaba de ti cuando eras niña te enseñará lo que necesitas saber. —Sonrió con una expresión un poco contrita—. Me gustaría haber podido darte más tiempo para aclimatarte antes.

—Lo superaré —dijo ella.

Él asintió y le escrutó el rostro con la mirada.

—Sí. Creo que los errores que cometes serán fáciles de perdonar, sobre todo porque tienes la excusa de haber recibido en parte una educación elynea. —Su sonrisa se desvaneció—. Has de saber que estoy pensando en uno de los hombres para que sea tu esposo.

Stara pestañeó y se dio cuenta de que no podía moverse. ¿Esposo?

—Un enlace entre nuestras familias fortalecería una alianza que se ha intentado forjar durante los últimos años. Tu esclava te dirá lo que necesitas saber, pero ten por seguro que poseen muchas tierras y cuentan con el favor del emperador.

«¿Esposo?»

—Además, por desgracia —prosiguió él, con el ceño fruncido—, la esposa de tu hermano es incapaz de darle hijos. Si tú no nos proporcionas un heredero, nuestras tierras acabarán en manos del emperador Vochira cuando tu hermano muera.

—¿Esposo? —soltó ella con un gemido gutural, sin poder evitarlo.

Él la miró con los ojos entornados.

—Sí. Ya eres un poco mayor para seguir soltera y sin hijos, pero tu sangre elynea sin duda compensará esta carencia. A diferencia de los elyneos, los sachakanos creen que un poco de sangre extranjera es una ventaja y no un defecto.

¿Un poco mayor? ¡Solo tenía veinticinco años!

—Creía que... —Notó su propio tono de indignación y se interrumpió para inspirar y expirar—. Creía que querías que viniera para ayudarte a llevar el negocio.

Los labios de su padre se desplegaron en una sonrisa y se le escapó una risita, lo que crispó los nervios a Stara. Con la misma rapidez, la sonrisa se transformó en una expresión de comprensión.

—Realmente lo creías, ¿verdad? —Sacudió la cabeza e hizo una mueca—. Tu madre no debería haberte dejado venir con esa idea equivocada. En Sachaka las mujeres no se dedican al comercio.

—Yo podría —murmuró ella—. Si me dieras una...

—No —dijo él con firmeza—. Los clientes no solo se burlarían de ti, sino que dejarían de tener tratos conmigo. Eso no se estila aquí.

—¿Así que en vez de eso me venderás como si fuera un tarro de tinte? —exclamó—. ¿Vas a casarme con alguien sin darme voz ni voto en el asunto?

Sokara clavó la vista en ella con expresión cada vez más dura, y a ella el alma le cayó a los pies.

«Está decidido a hacerlo. Era su intención desde el principio. Es imposible que mamá lo supiera. De lo contrario, jamás me habría enviado aquí.» Todas sus esperanzas de trabajar para su padre, de iniciar allí una nueva vida con él, se vinieron abajo. Se levantó y se alejó unos pasos antes de volverse hacia él.

—No puedo creerlo. Mandaste a buscarme... y me engañaste para que viniera. Con el fin de venderme como a una res.

—Siéntate —dijo él.

—¿Qué esperabas, que me alegrara por ello? —rugió—. ¿Que después de vivir quince años en Elyne, dedicando casi todo mi tiempo a trabajar en beneficio tuyo, estaría encantada de convertirme en la esposa de un desconocido? O, mejor dicho, en una ramera. No, en una esclava, pues al menos a las rameras les pagan por sus servi...

—¡SIÉNTATE!

Ella no pudo contener un estremecimiento. Con la respiración agitada, cerró los ojos y obligó a la rabia que tenía dentro a enfriarse y remitir. Cuando lo consiguió, abrió los párpados y lo miró.

—¿De verdad me has hecho venir para esto?

La ira había ensombrecido la mirada de Sokara.

—Sí —gruñó.

Stara se acercó a la silla y se sentó con lo que esperaba que fuera una actitud decidida y digna.

—Entonces, con todo respeto, no me queda otro remedio que rechazar tu oferta. Regresaré a Elyne.

Él la contempló achicando los ojos, y entonces torció la boca en una sonrisa sardónica.

—¿Tú sola, sin guardias ni nadie que te proteja?

—Si es necesario, sí.

—Las montañas están infestadas de ichanis. Son desterrados; no les importa a qué familia deshonran o perjudican. Jamás llegarías a tu destino.

—Estoy dispuesta a intentarlo.

Él sacudió la cabeza con un mohín.

—Tienes razón. Fue un error dejarte en Elyne durante quince años y esperar que volvieras sin ideas absurdas en la cabeza, aunque, por otro lado, no sé qué te hace pensar que tu futuro sería tan distinto en Elyne. Tu madre lleva años diciéndome que tu época para casarte ha pasado hace tiempo y que casi todas las mujeres de tu edad ya han tenido al menos un hijo. —Enderezó la espalda—. Deberías consultar tu futuro con la almohada, y es evidente que yo tengo que replantearme mis planes para ti. Ten presente que sigo esperando que te comportes como una buena sachakana delante de nuestras visitas.

Stara asintió. Aunque una parte de ella deseaba rebelarse, partir hacia Elyne antes de la reunión —o al menos convencer al hombre con quien su padre quería prometerla de que era una arpía enloquecida con la que jamás querría vivir—, no podía evitar sentir un atisbo de esperanza. Quizá había una manera de persuadir a su padre de que su auténtico valor residía en sus dotes para hacer negocios, tal vez de un modo que resultara aceptable para la sociedad sachakana, sin necesidad de convertirse en un útero con piernas. Tenía que intentarlo.

Su padre hizo un pequeño gesto, y el gong sonó de nuevo. Una mujer que tenía mechones grises en el cabello entró en la sala y se postró, con movimientos rígidos a causa de la edad.

—Esta es Vora. Tal vez la recuerdes de tu infancia. Ella seguro que se acuerda de ti. Te llevará a tus aposentos.

Stara consiguió esbozar una sonrisa y apartó la vista para posarla en la mujer. El nombre le sonaba de algo, pero el rostro arrugado no evocaba ningún recuerdo en ella. Vora enarcó las cejas, pero se encogió de hombros y guardó silencio mientras salía de la sala seguida por Stara.

Veinte caballos con sus jinetes ascendían por el empinado sendero tan silenciosamente como cabía esperar de veinte caballos con sus jinetes. Tessia se había acostumbrado tanto al tintineo y el golpeteo de los aparejos, los resoplidos equinos y alguna que otra tos o estomudo ahogados que apenas los oía. En cambio, oía —o más bien no oía— el silencio que reinaba entre los árboles que los rodeaban. Ni gorjeos o silbidos de pájaros, ni el susurro del viento entre las hojas, ni ladridos, bramidos o aullidos de animales.

Tal vez los demás habían reparado en aquella quietud tan poco común, o tal vez notaban una sensación extraña sin identificar la fuente, pero todos escudriñaban el bosque, o mantenían la vista fija al frente o hacia atrás. Expresiones ceñudas surcaban su frente. Intercambiaban miradas inquietas. Un mago hizo un gesto con el dedo y su aprendiz se acercó a lomos de su caballo para entablar una conversación en murmullos. Las señales de este tipo empezaban a convertirse en una especie de lenguaje que el grupo había desarrollado por pura necesidad.

Tessia comprobó que el escudo mágico que mantenía en torno a sí y a su montura fuera resistente y estuviera completo. Todos cabalgaban a diario con las barreras activadas, preparados por si se producía un ataque inesperado. Por la noche se turnaban para proteger el campamento con un escudo, si se veían obligados a dormir al aire libre, o para patrullar la aldea o el caserío al que hubiesen llegado.

Una figura apareció en el sendero, delante de ellos, situándose valientemente al descubierto. Tessia reconoció a uno de los exploradores a quienes enviaban delante todos los días. Ella sabía que a lord Dakon no le gustaba que utilizaran a no-magos para esta tarea, pues estarían indefensos si los sachakanos los descubrieran, pero si uno de los magos se adelantaba solo y se topaba con más de un enemigo, o con un sachakano de poder superior, perecería casi con la misma probabilidad. Los magos eran mucho más escasos que los no-magos.

El hombre tenía una expresión lúgubre. Se acercó al primero de los magos y le habló en voz baja, señalando el camino por donde había venido. Lentamente, la noticia pasó de boca en boca, en susurros.

—Hay una casa más adelante —informó Dakon a Tessia y Jayan—. Todos sus ocupantes menos uno han muerto asesinados no hace mucho. Al superviviente seguramente no le queda mucho tiempo.

—¿Vamos allá a echar un vistazo? —preguntó Tessia—. Tal vez yo pueda ayudar a esa persona.

Él se quedó pensativo por un momento y luego espoleó a su caballo hacia delante. Lord Narvelan y lord Werrin se habían convertido en líderes no oficiales del grupo, aunque Tessia había advertido que esto consistía principalmente en plantear preguntas y ofrecer consejos a los demás, más que en tomar decisiones de verdad. Los otros aceptaban cualquier veto por parte de Werrin, por su calidad de representante del rey, pero se mostraban poco dispuestos a colaborar si él no los dejaba discutirlo entre ellos antes.

«A algunos les preocupa tanto que alguien usurpe su autoridad, que casi dan más importancia a eso que a encontrar a los sachakanos y deshacerse de ellos. No me sorprendería que los sachakanos consiguieran adueñarse de toda Kyralia durante una de esas “discusiones”.»

Dakon regresó al cabo de unos minutos.

—Solo Narvelan y nosotros —dijo.

Para sorpresa de Tessia, otros dos magos con sus respectivos aprendices se apartaron de los demás para seguirlos sendero arriba: lord Bolvin y lord Ardalen. Dakon asintió en señal de agradecimiento.

«Por lo visto no todo el mundo prefiere acogerse a la seguridad del grupo mientras un pobre kyraliano de a pie agoniza. Aunque supongo que Ardalen querrá averiguar más sobre lo sucedido. Nos estamos acercando a su señorío.»

—¿Ha dicho el explorador qué heridas presentaba? —musitó.

Dakon negó con la cabeza.

Tras varios minutos cargados de nerviosismo, llegaron ante una pequeña construcción de piedra que se alzaba a un lado del camino. Los insectos zumbaban en torno a los cuerpos tendidos boca abajo de dos hombres, uno con canas en las sienes, el otro mucho más joven. Dakon, Tessia y Jayan descabalgaron, pero los demás permanecieron sobre sus caballos, formando un círculo protector alrededor de la parte frontal de la casa.

Tessia cogió la bolsa de su padre y siguió a Dakon, que atravesó la puerta abierta con cautela. Una luz surgió de la nada y reveló una mesa que ocupaba buena parte del espacio. Se detuvieron y miraron en torno a sí, buscando al superviviente.

Cuando se dirigía hacia el fondo de la habitación, Tessia notó que algo se enganchaba a su pie. Al bajar la vista, vio una pierna. Se puso en cuclillas y encontró a un joven tumbado bajo la mesa.

La miraba con ojos aterrados.

—Ahora estás a salvo —le aseguró ella—. La casa está rodeada de magos, es decir, de magos kyralianos. ¿Dónde te han herido?

Dakon bajó la luz, y a Tessia se le encogió el corazón cuando se fijó en la palidez del hombre. Tenía los labios azulados y tiritaba. Sin embargo, ella no encontró el menor rastro de sangre. ¿Había sufrido una lesión interna? El hombre no se había movido. Simplemente la miraba, con los ojos muy abiertos.

—Enséñame dónde te duele —le pidió ella—. Puedo ayudarte. Mi padre era sanador y me enseñó mucho de lo que sabía.

Como él no reaccionó, Tessia pasó a medir sus ritmos. Los intervalos entre sus latidos eran increíblemente largos. Su respiración era alarmantemente superficial. Dakon extendió el brazo y giró una de las muñecas del hombre hacia arriba. Un corte fino ya cerrado por la sangre coagulada destacaba sobre su piel, de una palidez cadavérica.

—Eso no basta para matarlo —señaló Tessia.

Aquellos ojos abiertos de par en par estaban ahora clavados en la cara inferior de la mesa. Mientras Tessia lo observaba, su mirada perdió su intensidad. El hombre exhaló un último suspiro, lentamente. Dakon profirió una maldición. Posó la mano en la frente lívida y la retiró al cabo de un momento.

—Le han arrebatado casi toda la energía que tenía dentro. No le quedaban fuerzas para seguir respirando.

—¿Podríais... podríais vos haberle devuelto algo de fuerza? —preguntó Tessia.

Dakon arrugó el entrecejo.

—No lo sé. Nunca lo he intentado; no he tenido necesidad. Tampoco he sabido de nadie que lo haya hecho. —Miró al hombre con pesar—. Lo intentaría ahora, pero me temo que es demasiado tarde.

Tessia asintió.

—Mi padre siempre decía que intentar hacer volver a alguien de la muerte era absurdo y un error. Había leído que a un hombre se le habían reanudado los ritmos después de pararse, pero que su mente nunca había vuelto a ser la misma.

—Si nos encontramos a otro en la misma situación —dijo Dakon—, lo intentaremos.

Tessia sonrió y sintió una oleada de gratitud y afecto hacia él. Su voluntad de ayudar incluso a las personas más humildes era uno de los rasgos que más le gustaban de él. En las últimas semanas, ella había descubierto que esta compasión era poco común entre los magos.

—¿Crees que sería prudente? Necesitarás toda la energía que posees si tienes que luchar contra los sachakanos —declaró Jayan. Sonrió al ver la mirada de desaprobación que le lanzaba Tessia—. Salvar a un hombre podría costarnos la vida, lo que a su vez podría costar muchas vidas.

Ella tuvo que reconocer de mala gana que no le faltaba razón. El descarnado sentido práctico que se desprendía de ese comentario no hacía sino poner de relieve lo

diferente que Jayan era de lord Dakon. La sensatez fría y franca era más difícil de apreciar que la generosidad cálida y esperanzadora. Por otro lado, había reemplazado el desdén y la arrogancia anteriores de Jayan, lo que dejaba traslucir una madurez que antes no resultaba evidente, por lo que ella hubo de admitir para sus adentros que ahora le tenía un poco menos de aversión. Pero solo un poco.

Dakon se enderezó y suspiró.

—Tengo la impresión de que no haría falta mucha energía para llevar a un hombre que se muere por esta causa a un estado que permita su recuperación. Una pequeña parte de lo que absorbo de uno de vosotros todas las noches, muy fácil de reponer. No lo consideraría peligroso a menos que estuviéramos en una situación desesperada.

Jayan sonrió satisfecho. Cuando se levantaron y salieron de la casa, una tristeza cargada de cansancio invadió a Tessia. Se habían enviado mensajes a todos los habitantes de las aldeas, granjas, bosques y cabañas de las montañas en los señoríos que tenían frontera con Sachaka, para avisarles que debían evacuar la zona y dirigirse al sur hasta que hubieran expulsado a los sachakanos. Sin embargo, muchos se habían quedado, pues su subsistencia dependía de las cosechas de primavera la caza y otras fuentes. Eran presas fáciles para los invasores.

Después de que Dakon, Jayan y ella montaran y se reunieran con los demás, Tessia escuchó a los magos discutir en voz baja cuánto tiempo creían que había pasado desde el ataque contra la casa. Habían encontrado varios restos de campamentos del enemigo así como a sus víctimas, pero no habían visto el menor rastro de los sachakanos. Ella sospechaba que los magos creían que los sachakanos los atacarían hacia semanas y estaban desconcertados porque no había sido así. Algunos conjeturaban que eran demasiado pocos. Querían dividirse a su vez en grupos más pequeños, sin alejarse mucho unos de otros para poder ayudarse entre sí en caso de un ataque, con el fin de hacer salir a los sachakanos de su escondite.

Sin embargo, tal como había señalado Jayan, los sachakanos no atacarían a menos que creyeran que vencerían. No cargarían contra un grupo reducido si sabían que había refuerzos cerca.

«Así que nos dejan seguirlos por las montañas, nos burlan constantemente y matan a los campesinos que encuentran a su paso. Se hacen cada vez más fuertes mientras nuestros magos extraen energía de un solo aprendiz, cuando lo tienen.»

Todos los aprendices debían permanecer cerca de sus maestros, tanto por su propia protección como para servir como una fuente inmediata de poder adicional si hacía falta. La fuerza era otro de los temas de discusión recurrentes entre los magos kyalianos. No tenían manera de saber si disponían de tanta magia almacenada como los sachakanos. Se planteaban cuánta energía podía obtenerse de los esclavos, y cuántos esclavos podían llevar consigo los sachakanos. Intentaban calcular cuánta energía poseía cada uno, teniendo en cuenta el número de veces que la habían absorbido de sus aprendices y la cantidad que utilizaban, tanto en labores cotidianas como en tareas más complicadas y duras.

Se había establecido una rutina para cada noche: todos los magos extraían energía de sus aprendices. Ni Werrin ni Narvelan contaban con uno, aunque por lo visto Werrin había mandado a buscar a un joven a quien había prometido tomar como aprendiz cuando alcanzara la edad necesaria para iniciar su entrenamiento. El aprendiz viajaría con un grupo de magos que se habían ofrecido voluntarios para ayudar en la búsqueda.

El rito nocturno de magia superior dejaba claro el grado de dependencia mutua que existía entre mago y aprendiz. El uno era vulnerable sin el otro. A Tessia le resultaba curiosamente reconfortante saber que, aunque tenía una formación limitada y era de poca utilidad para el grupo, estaba contribuyendo tanto a la protección de lord Dakon como a la suya propia. Y la de Jayan. Y, por tanto, la de Kyalia entera.

La transfusión de energía tenía otra ventaja. Permitía que Tessia durmiera bien, a pesar de la rabia, la pena y el temor acuciante de que si los magos kyalianos eran incapaces de rastrear a un puñado de sachakanos renegados y ocuparse de ellos, no tuvieran la menor posibilidad de repeler un ejército invasor.

Un ligero esfuerzo de voluntad y magia bastó para aumentar la temperatura ambiental, y remover el aire ayudó a secar la piel de Jayan. Otra ráfaga de viento artificial desterró la humedad de su ropa, y él se vistió a toda prisa para que el siguiente aprendiz pudiera utilizar la habitación.

El cuarto, que se encontraba en un molino en el límite del señorío de lord Ardalén, había sido un agradable hallazgo. Alguien había instalado un mecanismo ingenioso que, al tirar de una palanca, desviaba agua del río a través de unas cañerías y la vertía en una bañera grande. Otra palanca levantaba un tapón (que perdía un poco) y dejaba fluir de nuevo el agua, que seguramente iba a parar de nuevo al río.

Sin necesidad de discutirlo mucho, el grupo entero —magos, aprendices y criados— se turnaba para bañarse y lavar su ropa. O, para ser más exactos, los criados se lavaban en el río mientras magos y aprendices disfrutaban de un baño que buena falta les hacía.

Jayan recogió su segundo montón de ropa recién lavada y secada y salió de la habitación. Un pasillo corto conducía al exterior, donde habían montado tiendas de campaña. Aunque podrían haberse albergado dentro del molino, tanto los magos como los aprendices preferían permanecer juntos al aire libre, atentos a un posible ataque.

Cuando llegaron, el molino estaba abandonado. Tras una inspección detenida habían encontrado unos armarios vacíos y, por fortuna, ningún cadáver. Los ocupantes sin duda habían recibido el mensaje de Ardalén y se habían trasladado al sur para ponerse a salvo. Sin embargo, había indicios de que alguien había saqueado el lugar. La cerradura de una bodega estaba rota, al igual que el candado de un baúl, cuyo contenido —principalmente ropa sin ningún valor para los ladrones— estaba desparramado por todas partes. Era imposible saber si se trataba de sachakanos o de ladrones corrientes. Circulaban historias de saqueos de aldeas abandonadas por parte de oportunistas locales.

«Es inevitable, supongo —pensó Jayan—. Los muy idiotas seguramente no saben que si los capturan los sachakanos, su muerte hará más fuerte al enemigo. O les da igual.»

Jayan se detuvo por un momento en las sombras del pasillo y miró hacia fuera. Vio que Tessia no estaba con los otros aprendices. Los cuatro jóvenes tenían edades comprendidas entre los quince y los veintidós años. Mikken, el segundo mayor después de Jayan, era esbelto, seguro de sí mismo y el más apuesto de todos. Leoran era un tipo observador que compensaba su carácter callado con los comentarios ingeniosos o juegos de palabras que tenía para todas las ocasiones. Refán era entusiasta y siempre secundaba las propuestas y opiniones de los demás. Aken, el más joven, tenía la mala costumbre de decir lo que pensaba sin reflexionar antes si podía ofender a alguien o quedar como un tonto.

Por lo general tendían a ignorar a Tessia, aunque si ella hablaba la escuchaban y respondían con cortesía. Jayan sabía que no tenían muy claro cómo debían comportarse en su presencia. Las jóvenes con quienes trataban habitualmente resultaban fáciles de clasificar: o bien eran ricas y de familia poderosa, o bien criadas, mendigas o prostitutas. Las magas que habían conocido pertenecían todas a la primera categoría, y algunas de ellas tenían cierta fama de atrevidas, sobre todo en lo referente a su actitud hacia los hombres.

Los cuatro se rieron y volvieron la vista a un lado. Al seguir la dirección de su mirada, Jayan vio que los magos estaban de pie, en círculo, a varios pasos de distancia, probablemente discutiendo una vez más sobre la razón por la que no habían tenido un encuentro cara a cara con los sachakanos y deseando que hubiera una forma libre de riesgos de conseguir que el enemigo saliera al descubierto.

Ahora todos los aprendices miraban en la dirección contraria, y Jayan descubrió adónde había ido Tessia. Estaba recogiendo frutos de un árbol y llenando un cuenco con ellos.

«Deben de ser ingredientes para algún remedio —pensó, conteniendo un suspiro—. ¿Es que nunca piensa en otra cosa?» Aunque su obsesión con la sanación no molestaba a Jayan tanto como antes —desde que la había visto curar a la mujer con el bulto en la boca—, estaba tan centrada en ello que resultaba previsible e incluso tal vez un poco aburrida.

Ante la mirada de Jayan, Mikken se levantó y se acercó a ella con aire despreocupado. Le tendió las manos y Tessia, ligeramente sorprendida, le entregó el cuenco. Mientras ella continuaba cogiendo fruta, él se puso a hablarle con la mejor de sus sonrisas.

Jayan notó un picor en la piel. No necesitaba oír lo que decía el aprendiz para saber qué se traía entre manos. Salió del pasillo y se dirigió con paso resuelto hacia los dos. Mikken alzó la vista y, al ver que Jayan se acercaba, adoptó una expresión culpable y a la vez desafiante.

—Te toca, Mikken —dijo Jayan. Hizo una pausa, olfateó el aire y sonrió—. Yo en tu lugar no lo dejaría para más tarde.

El joven frunció el ceño y abrió la boca para replicar, pero miró a Tessia de soslayo y cambió de idea. Le pasó el cuenco a Jayan.

—Seguiré el sabio consejo de un colega mucho, mucho mayor que yo —dijo en tono burlón antes de despedirse de Tessia con una sonrisa y encaminarse hacia el molino.

Tessia arqueó una ceja.

—¿Seguís disputándoos un puesto en la jerarquía?

—Oh, no hay ninguna duda de quién manda —dijo Jayan—. Es el populacho el que tiene que establecer su propia jerarquía. ¿Te divierte ser la presa por la que pelean?

—¿Yo?

—Sí, tú. Por desgracia, las magas tienen una reputación muy concreta. Mis jóvenes e ingenuos subordinados intentan decidir si alguno de ellos tiene alguna posibilidad contigo.

—¿Alguna posibilidad? —Se volvió y reanudó su tarea de recoger frutos—. ¿Debo esperar una proposición de matrimonio, o algo mucho más superficial?

—Algo más superficial, indudablemente —respondió él.

Ella soltó una risita.

—Bueno, ¿y cómo puedo dejar meridianamente claro, sin herir su delicado orgullo masculino, que jamás aceptaré semejante proposición?

Jayan se quedó callado, reflexionando.

—Díselo directa y resueltamente. No les des pie a malinterpretarte. Pero tampoco los insultes, claro. Tenemos que viajar con ellos.

Tessia posó los ojos en él de nuevo, dejó caer otro puñado de los pequeños frutos verdes en el cuenco y se lo quitó de las manos.

—Entonces más vale que aclare este punto resueltamente.

Se dirigió hacia los aprendices con grandes zancadas. Jayan la miró y de pronto le entraron dudas respecto a su propio consejo. No pretendía empujarla a encararse con ellos de inmediato. A los tres aprendices más jóvenes les brillaron los ojos al ver que ella se acercaba, aunque Jayan no alcanzó a distinguir si el brillo era de aprensión o de esperanza.

No obstante, Tessia no se embarcó en un discurso para explicarles que no estaba disponible ni les reprochó que se hubieran planteado siquiera esa posibilidad. En cambio, se sentó en la manta sobre la que estaban repantigados y le alargó el cuenco al chico que tenía más cerca, Refan.

—Pruébalos. Están deliciosos.

Refan cogió uno de los frutos.

—Pero si no están maduros.

—Lo están. La gente comete ese error a menudo. ¿Ves la mancha oscura en un extremo? Es lo que te indica que está maduro. Pero solo duran así unas semanas.

Cuando el fruto empieza a cambiar de color, es demasiado tarde. Se seca por dentro y se pone fibroso.

Comenzó a pelar el fruto con el que se había quedado. Los demás la imitaron, no sin cierta aprensión. Cuando hincaron el diente en la pulpa, Jayan vio sus miradas de sorpresa. Con curiosidad, cogió un fruto y al probarlo descubrió que ella estaba en lo cierto. Estaba ácido, pero dulce a la vez.

Al poco rato, Mikken salió del molino con el cabello mojado y reluciente.

—¿Qué es eso? —preguntó cuando llegó junto a los demás—. ¿Qué estáis comiendo?

—Ah, Mikken —saludó Tessia—. Bien. Ahora que estás aquí, hay algo que por lo visto tengo que deciros a todos, de forma clara y tajante. —Miró a Jayan—. A ti también.

Horrorizado, Jayan notó que se le encendían las mejillas. Suspiró y puso los ojos en blanco fingiendo aburrimiento, esperando que su sonrojo no fuera demasiado evidente.

—No tengo la menor intención de acostarme con nadie durante este viaje ni después —prosiguió Tessia—, así que sacaos esa idea de la cabeza ahora mismo.

Jayan vio que los cuatro chicos agachaban la cabeza y rehuían la mirada de Tessia. Sin embargo, Aken clavó los ojos en Jayan por un instante con cara de pocos amigos.

—No estábamos... —empezó a decir Mikken, extendiendo las manos, con el tono de quien intenta explicarse.

—Oh, no me creas tan necia como para tragarme eso —lo interrumpió ella—. Sois todos hombres... y jóvenes. Soy la única mujer que hay por aquí. No lo estoy diciendo por vanidad, sino porque no soy tonta. —Rió entre dientes—. También sé que si hubiera una chica más guapa, la situación sería distinta. En fin, a lo que iba: quitaos esa idea de la cabeza. No va a ocurrir. Al fin y al cabo, no es precisamente el mejor momento para quedarme embarazada, ¿verdad?

Los aprendices no respondieron, pero ella reparó en las miradas que intercambiaron.

—¿Qué pasa? —preguntó, con un ligero deje de ira colándose en su voz—. ¿Es que ni siquiera se os había ocurrido la posibilidad?

—Por supuesto que no —espetó Aken—. Tienes poderes mágicos. Puedes impedir que suceda.

Tessia parpadeó, sorprendida, y luego lanzó a Jayan una mirada suspicaz.

—¿Eso es posible? —inquirió en voz baja.

No lo bastante baja, al parecer. Mientras Jayan asentía, los demás irguieron la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Eso te hace cambiar de idea, por casualidad? —preguntó Aken con picardía.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No cambiaría de idea aunque fueras el último hombre en Kyralia.

Los demás se rieron. Los labios de Tessia se fruncieron y luego se relajaron en una sonrisa.

—Bueno, todos hemos aprendido una lección hoy, ¿no? —Cogió otro fruto, y mientras Mikken examinaba uno, ella comenzó a explicarle cómo saber si estaba maduro o no.

Después de un rato, se volvió hacia Jayan y enarcó una ceja con expresión inquisitiva. «¿Los he convencido?», imaginó él que le preguntaba. Se inclinó hacia él, dirigiendo la vista a los magas, que seguían hablando a varios pasos de distancia.

—¿Sobre qué crees que hablan? ¿Sobre el tema de siempre?

—Seguramente —asintió Jayan.

—Menuda pérdida de tiempo. Si no dieran tantas vueltas a lo mismo, lord Dakon podría dedicar algo de tiempo a darnos clases. No he aprendido nada de magia desde que llegamos a Inardin.

Jayan la miró con incredulidad.

—No sabía que te interesara tanto.

Ella soltó un resoplido suave.

—Es increíble lo que puede conseguir una ligera amenaza contra tu vida y la de otros. Por no hablar de la muerte de tus padres.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco he recibido clases.

—Tú lo tienes mucho mejor que yo —repuso ella—. Llevas años entrenándote. Yo solo llevaba unos meses.

—Yo podría enseñarte —dijo Jayan. Entonces tragó una bocanada de aire y apartó la vista. ¿A qué venía aquello?

Entonces se acordó de que, meses atrás, lord Dakon le había dicho que ayudara a Tessia a practicar y que al echar una mano a otra persona con su aprendizaje también se beneficiaría él mismo. Pero Dakon no había animado a Jayan a adiestrar a Tessia, algo que los aprendices en teoría no debían hacer.

Por otro lado, lo atormentaba la idea de que ella pudiera morir por pura falta de entrenamiento. Sin duda las circunstancias eran lo bastante extremas para justificar una ligera desviación de las normas.

Tessia tenía la vista fija en él, pero cuando el joven aprendiz la miró de nuevo ella se apresuró a asentir.

—¿Ahora?

Jayan contempló a los demás. Estaban atiborrándose de fruta, demasiado enfrascados en su banquete para prestar mucha atención a lo que hacían Tessia y Jayan. Él se puso de pie. Ella siguió su ejemplo y lo miró con expectación. Embebido en sus pensamientos, Jayan se alejó de los demás, preguntándose qué diantres podía enseñarle a Tessia.

—Métodos de defensa más sofisticados —dijo en voz alta—. Es la opción más obvia para la primera lección.

—Me parece razonable —contestó ella.

Así que él empezó a explicarle las distintas maneras en que podía modificar su escudo. Lord Dakon le había enseñado a generar un escudo básico, pues eso era todo lo que un aprendiz principiante y poderoso necesitaba saber de entrada. ¿Qué le había dicho él? «No conviene confundir a un aprendiz principiante con complicaciones. Para empezar, basta con que te acostumbres a crear un escudo fuerte; luego, cuando seas capaz de hacerlo sin pensar, podrás empezar a pulir la técnica.»

Jayan no era consciente de que tenían público hasta que una voz sonó cerca de su hombro.

—Nunca he probado eso. ¿Me lo enseñas?

Al volverse, vio a Leoran de pie detrás de él. Contempló al muchacho, se encogió de hombros y le indicó con un gesto que se uniera a Tessia.

—Claro. Esta técnica podría salvarte la vida a ti también.

—¿Y la mía? —preguntó Aken.

Sin esperar una respuesta, el joven aprendiz se colocó rápidamente junto a Leoran. Con una sonrisa irónica, Jayan se volvió hacia Mikken y Refan. Ellos sacudieron la cabeza.

—Ya nos la sabemos —dijo Mikken.

Jayan continuó enseñando las diversas formas de escudos que conocía, y al cabo de un rato Mikken salió al frente para ayudarlo. El aprendiz mayor les reveló un método del que Jayan no había oído hablar, aunque tenía fallos importantes. Se pusieron a debatir las ventajas y los inconvenientes, utilizando cada uno a los otros aprendices para sus demostraciones.

—¡Basta! ¡Parad ahora mismo!

Todos se sobresaltaron al oír el grito. Cuando se dieron la vuelta, vieron a lord Ardaen, el maestro de Mikken, que se dirigía hacia ellos a paso veloz.

—¿Qué estáis haciendo? —quiso saber el mago—. Os estáis dando clases unos a otros, ¿verdad? —Cuando llegó junto a ellos, posó la mano sobre el hombro de Mikken con expresión comprensiva pero con una voz que evidenciaba su ira mientras miraba a Jayan—. Supongo que crees que estás enseñándoles a tener iniciativa y a colaborar, y así es, pero no deberías. Los aprendices tenéis prohibido instruir a otros aprendices. No se os permite impartir clases mientras no seáis magos superiores.

—Pero ¿por qué? —preguntó Aken con evidente frustración.

—Es peligroso. —Esta respuesta procedía de lord Bolvin, el maestro de Leoran, que también se había acercado a ellos.

Jayan se percató de que los otros magos se aproximaban también. Dakon tenía el entrecejo arrugado. El aprendiz sintió una punzada de culpa y miedo al pensar que tal vez había ofendido a su maestro.

—¿Qué está pasando? —inquirió lord Dakon cuando se encontró junto a ellos. Una vez que le explicaron la situación, la arruga de su entrecejo se hizo más profunda—. Entiendo. Tened por seguro que aquí Jayan está lo bastante capacitado para instruir a otros sin peligro. Casi ha completado su formación, así que he empezado a prepararlo para el día en que tenga un alumno propio. Vuestros aprendices no tienen nada que temer.

Jayan advirtió divertido que los magos se enzarzaban en una discusión sobre el tema, al tiempo que formaban un nuevo círculo que excluía a sus subalternos. Volvió la vista hacia Tessia, que lucía una sonrisa sardónica. Ella le devolvió la mirada, se encogió de hombros y se dirigió de nuevo hacia la manta y el cuenco de fruta, que estaba casi vacío. Jayan la siguió, con los demás aprendices a la zaga.

—Menuda faena —comentó Aken, dejándose caer sobre la manta, enfurruñado.

Los otros asintieron.

—Bueno... —empezó a decir Jayan—. ¿Creéis que protestarían si nos pusiéramos a jugar al Kyrima? Se supone que es bueno para desarrollar las habilidades estratégicas de combate.

Los demás alzaron la vista, entusiasmados. Tessia encorvó la espalda.

—Oh, qué maravilla —farfulló con sarcasmo.

Jayan no le hizo caso. Sabía que accedería a jugar si él se ponía lo bastante pesado. Además, no se le daba nada mal. Mientras los demás se dividían en parejas, se volvió hacia ella.

—No puedes dejarme sin pareja —dijo.

Ella puso mala cara, asió el cuenco y se levantó.

—No habrás olvidado mi discursito de antes, ¿verdad, Jayan? Ni aunque fueras el último hombre en Kyralia.

A Hanara le resultó reconfortante comprobar que muchos de los nuevos aliados de su amo llevaban más de un esclavo consigo. Algunos tenían hasta diez, aunque no todos eran esclavos fuente. Ahora que sabía esto, podía tolerar a Jochara, más aún teniendo en cuenta que Takado aparentemente prefería encargar a Hanara las tareas más complicadas, ya que Jochara, que aún no se había familiarizado con las costumbres de su amo, era más lento a la hora de entender lo que se le pedía.

Si Takado los hubiera incitado a luchar entre sí para ganarse su favor, habría quedado claro que no quería dos esclavos fuente y que mataría al perdedor. No obstante, como permanecían muy poco tiempo en el mismo sitio, había tanto trabajo por hacer que tanto Hanara como Jochara estaban agotados cuando llegaba la hora en que Takado les daba permiso para dormir.

«Si cada aliado nuevo le ofrece obsequios, no vamos a poder cargar con todo», pensó Hanara mientras se reacomodaba el peso que llevaba sobre los hombros.

Los aliados de Takado habían aumentado a doce. Los esclavos del paso fronterizo enviaban a los recién llegados a las montañas, donde había esclavos apostados a intervalos regulares, cada uno de los cuales conocía únicamente la ubicación del puesto anterior y del siguiente. Cuando Takado instalaba el campamento al término de cada jornada, mandaba a un esclavo al final de la fila para comunicar a los aliados que llegaran dónde podían encontrarlo.

Dos más habían llegado hasta ellos la noche anterior. Por fortuna, los regalos que les habían traído eran comestibles. Takado tenía más necesidad de alimentos para sus partidarios y esclavos que de pesadas chucherías de oro. Aunque saqueaban las granjas y aldeas de la zona, los lugares habitados estaban muy separados unos de otros y la mayoría de sus ocupantes se había marchado, llevándose consigo la poca comida de que disponían. Incluso los que eran lo bastante insensatos para quedarse tenían los graneros casi vacíos, pues el invierno había llegado a su fin hacía muy poco.

A veces se topaban con animales domésticos a los que sacrificaban y asaban; el resto del tiempo vivían de la caza. Por fortuna, no tenían que preocuparse de que las hogueras o el humo delataran su posición, pues por lo general alguno de los magos asaba la carne por medio de la magia. Los esclavos con una habilidad especial para rastrear presas los mantenían informados sobre la ubicación y el número de los magos kyralianos.

Cuando Takado empezó a ascender por una cuesta empinada que formaba un ángulo pronunciado con la ladera, Hanara se inclinó hacia delante y lo siguió. Detrás de sí oía los jadeos de Jochara. Gotas de sudor resbalaban por su espalda y le empapaban la camisa que el jefe de caballerizas le había dado. Esa vida, el tiempo que había pasado en Mandryn, ahora le parecía un sueño. Había sido una tontería por su parte creer que podía durar. Estar de nuevo al servicio de Takado le resultaba reconfortantemente familiar. Era duro, pero él conocía las reglas. Aquel era su lugar.

Para cuando llegó a lo alto de la cuesta, estaba resollando. Takado, que no llevaba ninguna carga, había aumentado su distancia respecto a él y se había detenido más adelante en la cresta para escuchar lo que le decía un esclavo que pertenecía a otro de los magos. Como el muchacho era rápido y ágil, lo utilizaban como explorador y no como porteador.

—... visto la luz. He oído el pum, pum —contaba el chico, señalando el camino que llevaba al paso fronterizo, que surcaba como una herida el bosque que se extendía a sus pies.

—Una batalla de magia —dijo Takado, mirando a lo lejos con el ceño fruncido—. ¿Cuánto hace de eso?

—Media raya de sombra —respondió el esclavo—. Tal vez más.

El modo en que el muchacho conseguía calcular el tiempo con tal precisión sin un reloj de sombra era un misterio. Takado miró a Hanara y al resto del grupo pero guardó silencio y dirigió la vista de nuevo hacia el bosque. Hanara podía imaginar lo que estaba pensando. ¿Los esclavos apostados en el paso no se habían encontrado con nuevos aliados potenciales? ¿Se habían topado los recién llegados con kyralianos en vez de con los esclavos? ¿Habían ganado o perdido?

Takado y sus aliados no habían considerado al grupo de kyralianos que los perseguían una amenaza seria, pues eran solo siete frente a doce sachakanos. Sin embargo, Takado quería evitar matar magos kyralianos hasta que la superioridad numérica de los sachakanos fuera avasalladora y les permitiera resistir las represalias que sin duda se producirían.

Tras hacerle un gesto al esclavo para que se retirara, Takado echó a andar pendiente abajo hacia el camino y el escenario de la batalla. Hanara sintió un nudo en el estómago y oyó que Jochara soltaba una maldición detrás de él. Aunque los otros tres aliados de Takado no protestaron, ordenaron a sus esclavos que mantuvieran la boca cerrada y no hicieran ruido.

Entonces el tiempo se ralentizó. Cada vez que daba un paso, Hanara escrutaba con la mirada el bosque y el suelo irregular que tenía delante. Aguzó el oído por si sonaban voces o los silbidos con los que los esclavos se comunicaban a veces entre sí. Takado avanzaba a un ritmo prudente, pisando con cuidado. Cuando llegaron al pie de la cuesta, empezaron a atravesar el valle por el que discurría el camino. Cada minuto se hacía eterno.

Cuanto más se acercaban al camino, más se aceleraba el pulso de Hanara. Intentaba respirar de forma silenciosa, pero el esfuerzo que suponía cargar con las pertenencias de Takado era demasiado grande, por lo que al poco rato estaba jadeando por falta de aire.

De pronto, Takado se paró en seco y alzó una mano para indicar a los demás que se detuvieran también. Hanara se percató de que ahora tenían el camino a la vista. Aguardaron en silencio.

Unas voces llegaron hasta ellos desde algún lugar situado más adelante. Takado permaneció inmóvil. Relajó los hombros lentamente. Pasó su peso de una pierna a la otra. Cruzó los brazos.

Dos hombres aparecieron cabalgando en un recodo del camino. Delante de ellos caminaba otro, vestido con ropa fina, maniatado y con sangre en la sien. Los seguían cuatro esclavas jóvenes, encorvadas y flacas.

A Hanara se le erizó el vello de la nuca cuando reconoció a los jinetes. Eran dos de los amigos ichanis de Takado, Dovaka y Nagana. Ambos habían sido desterrados hacía ya unos años, y estaban bronceados y curtidos por haber sobrevivido en las montañas del norte y el desierto de ceniza. Había algo en Dovaka, el

mayor, que provocaba a Hanara malestar en el estómago y picor en la piel.

No era solo que sus esclavas fueran siempre chicas famélicas, sumisas y aterrorizadas. Su conversación reflejaba tal ansia de violencia que incluso repelía a otros ichanis. Cuando Takado avanzó entre los árboles y salió al camino, a Hanara se le encogió el corazón. El resto del grupo lo siguió.

—¡Takado! —saludó Dovaka al verlos—. Tengo un regalo para ti. —Bajó de su caballo de un salto, agarró al hombre atado por el cuello de la camisa, le propinó un empujón hacia delante y lo obligó a postrarse de rodillas frente a Takado—. El mensajero del emperador Vochira. Nos informaron de que había cruzado el paso fronterizo por delante de nosotros, así que le hemos dado alcance para averiguar qué mensaje pretendía transmitir.

—¿Mensajero? —repitió Takado.

—Sí. Llevaba esto.

A Dovaka le relampaguearon los ojos cuando le tendió un cilindro de metal. Takado lo cogió, deslizó el extremo hasta separarlo y extrajo un rollo de pergamino. Lo desplegó, y sus labios se curvaron en una sonrisa despectiva.

—De modo que el emperador está enviando magos a paramos los pies —dijo, mirando a sus aliados por encima del hombro—. O al menos es lo que quiere que crea el rey de Kyralia. —Dirigió su atención al mensajero—. ¿Es eso cierto?

—¿Me creeríais si os dijera que sí? —dijo el hombre, desafiante.

—Probablemente no.

Takado asió la cabeza del hombre entre las manos y clavó la mirada en él. Se impuso un silencio absoluto salvo por el canto de algún que otro pájaro y el bramido lejano de algún animal. Entonces Takado se enderezó.

—Tú crees que es verdad. —Hizo una pausa mientras contemplaba al hombre con aire reflexivo—. Te perdono la vida si te unes a nosotros.

El hombre pestañeó y entornó los ojos.

—¿Qué os hace pensar que no me escabulliría a la primera oportunidad que se me presentara?

Takado sacudió la cabeza.

—El hecho de que has fracasado, Harika. Tu misión consistía en entregar el mensaje al rey de Kyralia, pero sobre todo en evitar que nosotros lo interceptáramos. Quizá el emperador Vochira no te lo haya dicho con estas palabras, pero sabes que es verdad. Aunque consiguieras llegar hasta el rey kyraliano y convencerlo de que no mientes respecto al contenido del mensaje que te hemos arrebatado, aunque te las arreglaras para regresar a casa, Vochira ordenaría tu ejecución o tu destierro. —Takado sonrió—. Me temo que, pase lo que pase, acabarás muerto o convertido en un ichani.

El mensajero bajó la vista con la frente arrugada.

—No pierdes nada uniéndote a nosotros —prosiguió Takado—. Puedo prometerte algo que el emperador no puede: si triunfamos y tú sobrevives, dejarás de ser un lacayo sin tierra y sin esclavos. Podrás apropiarte de terrenos, recuperar la posición social perdida y hacerte con un patrimonio que legar a tu hijo.

El mensajero respiró hondo, suspiró y asintió.

—De acuerdo —dijo. Alzó la mirada y la fijó en Takado—. Me uniré a vosotros.

—Bien. —Takado sonrió, y las ataduras se soltaron de las muñecas del hombre—. Levántate. Mi esclavo echará un vistazo a esa herida.

Takado se volvió y le hizo señas a Hanara. Luchando contra el fuerte impulso de mantenerse alejado de Dovaka, Hanara se dirigió rápidamente hacia él, depositó su carga en el suelo y extrajo algo de agua limpia y un paño para lavar la herida de Harika. Mientras trabajaba, observó que Takado y Dovaka se apartaban ligeramente de los demás, hablando en voz demasiado baja para que él los oyera, con una actitud y unos gestos relajados y amistosos. Sin embargo, los movimientos de Takado parecían de una lentitud deliberada, como si se esforzara por aparentar tranquilidad.

«Está enfadado con ellos, seguramente porque no han querido ir a donde los esclavos les indicaron —pensó—. No le resultará fácil mantener a Dovaka y a Nagana bajo control. Dovaka acabará por desafiar la autoridad de Takado, y cuando eso suceda, espero estar muy, muy lejos.»

La inquietud asaltaba a Dakon cada vez que veía una aldea o granja desiertas, o un campo sin arar. Se preocupaba a pesar de que aquellas aldeas y granjas desiertas y aquellos campos sin arar ya no eran los suyos, sino los de lord Ardalen, porque sabía que las circunstancias eran las mismas en su señorío.

Su preocupación tenía dos vertientes: cientos de personas que dependían de él habían perdido su hogar, y decenas de ellas habían muerto; y parte de sus tierras — con cuyas rentas debía mantener su señorío, pagar a sus criados y reconstruir Mandryn— habían quedado abandonadas y descuidadas en la época de la siembra y de la cría de los animales domésticos.

«La gente y la tierra son lo mismo —solía decir su padre—. Si desatiendes una de las dos, la otra acaba pagando las consecuencias.» En aquellos momentos, mientras buscaba en vano a Takado y sus aliados, Dakon tenía la sensación de estar desatendiendo las dos. Por fortuna, la zona por la que se movían los sachakanos era montañosa y boscosa, por lo que estaba muy poco poblada. Las personas que vivían allí eran en su mayoría cazadores o leñadores, y negociaban y se ponían de acuerdo respecto a sus tributos con hombres contratados por Dakon o Ardalen que también hacían lo posible por evitar la caza furtiva y castigar a los infractores.

Se habían producido menos muertes y desplazamientos que si la invasión se hubiera lanzado contra las tierras bajas, y pocos campos quedarían sin sembrar. Aun así, Dakon habría deseado estar en las tierras bajas, asegurándose de que quienes habían tenido que huir de sus hogares recibieran comida y albergue en las aldeas del sur, y de que no se estuvieran malgastando los recursos.

Por otro lado, sabía que lo mejor que podía hacer con su tiempo era dedicarlo a combatir a los invasores. Cuanto antes consiguieran él y sus compañeros expulsar a los sachakanos, antes podrían volver los desplazados a sus hogares. Él no era el único mago frustrado por no haberlo conseguido aún. Con el lento transcurso de las semanas se había instalado en ellos un estado de ánimo generalizado. Todos estaban descontentos con la situación, y la certeza de que podían forzar un cambio si estaban dispuestos a correr riesgos suponía una tentación muy fuerte. Sin embargo, nadie se quejaba, pues no querían apremiar a los demás a poner en peligro su vida. Todos aguardaban y deseaban que una influencia benévola inclinara la balanza del poder a su favor y no al de los sachakanos.

«Quizá esa influencia benévola haya llegado hoy», pensó Dakon, contemplando a los magos recién incorporados al grupo. Cinco habían llegado la noche anterior, trayendo consigo provisiones muy necesarias y al nuevo aprendiz de Werrin.

Dos de ellos, lord Moran y lord Olleran, eran magos del Círculo de Amigos. Los otros tres, el mago Genfél, lord Tarrakin y lord Hakkin, eran magos de la ciudad. Hasta donde sabían Dakon y Narvelan, Genfél nunca había mostrado apoyo ni oposición al Círculo de Amigos, pero los otros dos magos urbanos eran detractores. La presencia más sorprendente era la de lord Hakkin, que se había mofado abiertamente de Dakon y Everran en el Palacio Real.

Dakon no estaba seguro de por qué habían acudido Hakkin y sus amigos. Tal vez a instancias del rey. Narvelan había insinuado que quizá los motivaba el sentido del deber, o el hecho de que en la ciudad no estaba sucediendo nada interesante.

Lord Hakkin parecía haber asumido el liderazgo de los cinco durante el viaje. Dakon sospechaba que el hombre intentaría hacerse con el mando del grupo entero de no ser porque el rey ya había asignado ese papel a lord Werrin.

Durante el desayuno, los recién llegados empezaron a entender la misión de la que ahora formaban parte.

—Ni siquiera nos hemos acercado a la consecución de nuestro objetivo —concluyó lord Werrin al terminar el relato de su búsqueda.

—¿Y cuál era exactamente ese objetivo? —preguntó lord Hakkin.

—Expulsarlos de Kyralia —respondió Narvelan—, preferiblemente sin que nadie resulte muerto. Para expulsarlos es necesario encontrarlos primero, y el problema reside en que, incluso cuando tenemos una ligera idea de dónde están, se esfuman antes de que podamos plantarles cara. Debemos acercarnos con sigilo, enviar avanzadas para averiguar cuántos son, pues no podemos enfrentarnos a ellos mientras no sepamos si hay alguna posibilidad de vencerlos en caso de que decidan luchar contra nosotros.

—¿Saben que estáis intentando darles caza? —inquirió el mago Genfél.

—Sí —contestó Werrin—. Han capturado y asesinado a bastantes de nuestros exploradores para estar al tanto de nuestras intenciones. Los exploradores que han conseguido volver nos han dado informes contradictorios sobre su número, pero hemos sacado lo bastante en claro de sus descripciones para identificar a ciertos individuos.

—Creemos que hay más de un grupo —continuó Narvelan—. Cada vez que un explorador ha visto al enemigo ha contado a siete u ocho magos y a varios esclavos. No obstante, las descripciones de los individuos no concuerdan. Obtenemos combinaciones diferentes. Quizá estén rotando a los miembros de cada grupo para confundirnos.

—Presumiblemente se reúnen de vez en cuando —dijo lord Olleran.

—Spongo que sí —convino Narvelan—. Aunque debemos considerar la posibilidad de que sean grupos independientes entre sí, tal vez incluso rivales. La única ventaja para nosotros, en cualquier caso, es que por el momento cada grupo parece lo bastante pequeño para que podamos derrotarlo en batalla.

—Aun así, debemos tener cuidado —dijo Werrin—, porque si vencemos a los sachakanos sin matarlos y luego intentamos escoltarlos hasta la frontera, es probable que ellos pidan ayuda a los otros grupos. Y entonces nos superarían en número.

—¿O sea que necesitamos más magos? —preguntó lord Tarrakin.

—Sí.

—Más de cinco, a juzgar por lo que contáis —dedujo lord Hakkin, paseando la vista por el grupo—. ¿Cuántos sachakanos creéis que hay en total?

—Poco menos de veinte.

—¿Eran tantos desde el principio?

—Lo dudo.

—O sea que se están incorporando nuevos miembros. ¿Hay alguien vigilando el paso fronterizo?

—Los exploradores que hemos enviado ahí no han regresado.

—De modo que debe de haber sachakanos allí también. —Lord Hakkin se pellizcó el labio inferior entre dos dedos—. Un mago debería ir a comprobarlo. Tiene más posibilidades de volver con vida que un explorador.

—Siempre y cuando no tenga un encuentro con un mago sachakano —señaló Narvelan.

—Uno solo no representaría un problema.

—Uno solo basta para pedir ayuda a otros. El camino que conduce al paso fronterizo está expuesto a la vista y flanqueado por abruptos acantilados de piedra. No resulta fácil acercarse sin ser descubierto, y el mago que enviáramos podría quedar atrapado entre el paso y sachakanos que acudieran a socorrer a sus aliados.

—Pero habéis dicho antes que los sachakanos están evitando un enfrentamiento directo con nosotros —le recordó lord Moran—, pues no quieren arriesgarse a matar a un mago kyaliano por la misma razón por la que nosotros no queremos matar a uno de ellos.

Prinan se encogió de hombros.

—Aun así, si cuentan con que nuevos aliados crucen el paso fronterizo para unirse a ellos, tendrán que lidiar con quien intente evitarlo. Tal vez prefieran esperar a que su número sea lo bastante grande para tomar y ocupar territorios antes de matar a ningún mago kyaliano, pero si cerramos el paso fronterizo tal vez no les quede otra alternativa.

Los otros magos asintieron en señal de conformidad.

—Razón de más para atacarlos antes de que sus fuerzas aumenten hasta ese punto —arguyó lord Hakkin—. Si tenemos que ser los primeros en derramar la sangre de un mago, que así sea. Después de todo, los invasores son ellos. Nosotros nos estamos defendiendo.

Werrin le dedicó una sonrisa crispada.

—Mientras el rey no decida lo contrario, debemos esforzarnos por alcanzar nuestro objetivo sin causar bajas entre los sachakanos.

Hakkin arrugó el entrecejo.

—O sea que, incluso si conseguimos localizar uno de sus grupos, pedirán la ayuda de otro grupo y acabaremos en inferioridad numérica. Somos incapaces de evitar que sus aliados atraviesen el paso y continúen nutriendo sus filas, mientras nuestro número aumenta más lentamente. Pero incluso si fuéramos bastantes para plantarles batalla, no serviría de nada porque no podemos encontrarlos. —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué me he tomado la molestia de venir? Para eso podría haberme quedado en casa aguardando la llegada de nuestros nuevos amos sachakanos.

Dakon no pudo evitar sonreír al oír aquel uso de la primera persona del plural. Lord Hakkin no llevaba cabalgando un día tras otro, semanas enteras en busca de los sachakanos, sin encontrar nada salvo restos de campamentos y kyalianos muertos.

—Tenemos que cambiar de táctica —dijo lord Olleran—. Hacerlos salir de su escondrijo. Engañarlos para que cometan un error.

—¿Y cómo proponéis que lo hagamos? —quiso saber Werrin.

Dakon sonrió ante su despliegue de paciencia. El grupo ya lo había discutido muchas veces.

—Acorralándolos a todos. Tendiéndoles una trampa.

—Para acorralarlos tendríamos que dividirlos en grupos más pequeños y vulnerables.

Olleran se encogió de hombros.

—Es más peligroso que mantenernos en uno solo, pero minimizaríamos ese peligro si permaneciéramos lo bastante cerca unos de otros para ayudarnos mutuamente si uno de los grupos sufre una agresión.

—¿Cómo sugerís que nos demos instrucciones entre nosotros para coordinar nuestros movimientos, o que llamemos para pedir ayuda?

—Podríamos realizar llamadas mentales... si el rey nos lo autoriza.

—¿Y avisar a nuestra presa de nuestras intenciones o nuestros puntos débiles? —Werrin negó con la cabeza—. Solo daría resultado si ya los tuviéramos cercados.

Para ello necesitaríamos separarnos en muchos grupos diferentes. Cuantos más grupos haya, más probable será que las comunicaciones se embarullen.

—¿Y qué me decís de tenderles una trampa? —preguntó lord Moran.

Werrin recorrió el grupo con la mirada.

—Alguien tendría que ofrecerse voluntario para hacer de cebo.

Lord Ardalen sacudió la cabeza.

—Puede que esté dispuesto a arriesgar mi vida, pero me niego a arriesgar la de mi aprendiz. —Dakon observó complacido que muchos de los recién llegados asentían.

—Por supuesto, no estamos dispuestos a correr riesgos a menos que estemos seguros del éxito —dijo Hakkin.

—Si estuviéramos seguros, no habría riesgos que correr —señaló Narvelan.

Siguió un largo silencio, y Dakon percibió signos de hilaridad contenida entre sus colegas, sobre todo entre aquellos que habían viajado con lord Hakkin.

—Seguramente no tardaremos en recibir refuerzos considerables —dijo. Se volvió hacia Hakkin—. Anoche dijisteis que otros planean unirse a nosotros.

Hakkin, que tenía la mirada clavada en los ojos de Dakon, la apartó por fin.

—Sí. Tengo noticia de... veamos... al menos cinco magos que han dicho que vendrán, pero no sabría deciros cuándo piensan ponerse en camino o cuándo llegarán.

—Necesitamos más de cinco —murmuró Bolvin, ceñudo.

Prinan soltó un fuerte resoplido de rabia.

—¿Si hubieran visto lo mismo que nosotros, los cuerpos de hombres, mujeres y niños asesinados, nuestros compañeros magos no tardarían tanto en mover el trasero para venir a defender su país!

—O tal vez eso los convencería de encerrarse en sus casas —repuso Narvelan en voz baja.

Hakkin irguió la espalda y adoptó una expresión seria.

—Vendrán. Cumplirán con su deber. Pero esta invasión ha cogido a muchos desprevenidos. Los viajes a los confines más remotos de Kyralia para participar en una guerra de magia no son precisamente una actividad común.

—Tengo una pregunta —dijo el mago Genfel.

Todas las miradas se posaron en él.

—Aunque al final nos las arregláramos para reducir a esos magos, ¿cómo los llevaríamos hasta la frontera?

Werrin sonrió.

—Vaciándolos de energía constantemente.

—Naturalmente, pero con el tiempo la recuperarían. No podemos mantenerlos atados. Les bastaría con recobrar un poco de energía para quemar sus ataduras. ¿Disponemos de esposas o de algo parecido?

—Nos turnaremos para mantenerlos inmovilizados por medio de la magia.

—Entiendo. ¿Y qué ocurrirá después de que los llevemos a la frontera? ¿Qué impedirá que vuelvan?

Werrin arrugó el entrecejo.

—Habrá que vigilar la frontera.

Mientras la conversación tomaba este nuevo rumbo, Dakon no pudo evitar que su atención se dispersara. Dirigió la vista al círculo de aprendices, ahora el doble de grande. Tres de los recién llegados, entre ellos el aprendiz de Werrin, eran muy jóvenes y seguramente habían descubierto sus poderes hacía poco. Le preocupaba que tantos magos estuvieran tomando a su cargo a un aprendiz simplemente por la repentina necesidad de contar con una fuente de magia, y que pudieran desatender sus responsabilidades más tarde.

«Sin embargo, también me preocupa Narvelan, que no tiene un aprendiz con el que fortalecerse.» Dakon le había propuesto que absorbiera energía de Jayan o de Tessia, pero el joven mago se había negado.

Cayó en la cuenta de que ninguno de los aprendices nuevos era chica. Las familias poderosas de Kyralia podían poner en peligro la vida de sus hijos para defender su patria, pero tendrían que estar muy desesperados para enviar también a sus hijas. Miró a Tessia. Estaba sonriendo, sentada en una manta entre Jayan y el aprendiz de Ardaen. Aunque Dakon había visto alguna que otra lágrima asomarle a los ojos y atisbos de dolor y aflicción en el rostro, ella había aguantado el viaje y las incomodidades sin quejarse. No imaginaba que las hijas de las familias influyentes de Imardin, que habían crecido rodeadas de toda clase de lujos, fueran capaces de sobrellevarlo con la misma entereza.

«Aun así, debería preguntarle más a menudo cómo lo lleva. No debe de resultarle fácil ser la única mujer entre tantos hombres jóvenes, algunos de ellos solo unos muchachos, que se criaron creyendo que las personas de su extracción social son apenas un poco mejores que los criados.»

Al parecer, ahora se llevaba mejor con Jayan. Dakon dudaba que se tuvieran mucha simpatía o cariño, pero ninguno de los dos hacía lo imposible por estorbar o irritar al otro, y de hecho se ayudaban sin vacilar en tareas prácticas como la de montar tiendas de campaña. Esto suponía un alivio para él, pues lo último que necesitaban era introducir rencillas en una situación ya de por sí bastante tensa y desagradable.

Habría deseado poder decir lo mismo de los magos. Con un suspiro, Dakon devolvió su atención al debate.

La vestimenta de las mujeres sachakanas siempre había fascinado y escandalizado a Stara. Primero se envolvían en un rectángulo largo de tela de colores vivos, decorado con bordados y toda clase de adornos, desde abalorios y monedas hasta conchas, y se lo anudaban en torno al voluptuoso busto, típicamente sachakano, dejando al aire los hombros y las piernas de un modo que se habría considerado demasiado atrevido en Elyne. Luego, si iban a salir, se cubrían con una capa corta de tela gruesa que se ataban al cuello.

La capa no tapaba las piernas y se abría exageradamente por delante para revelar el pecho, por lo que Stara se preguntaba por qué se molestaban en ponérsela, aunque lo cierto es que no se la ponían a menudo. Las mujeres rara vez se aventuraban a ir más allá de las paredes de sus casas, salvo en carruajes cubiertos para visitar a sus amigas. Se suponía que debían protegerse de las miradas de los hombres.

Habría sido mucho más práctico, además de un modo más fácil de evitar las miradas de los hombres, que vistieran con una capa de ropa recatada femenina, como las mujeres de Elyne. No obstante, Stara tenía que reconocer que le encantaban los mantos sachakanos. Eran mucho más cómodos, y le sentaban de maravilla. En Elyne nadie usaba colores tan intensos.

Como si los mantos no estuvieran lo bastante ornamentados, las mujeres de Sachaka iban también muy enojadas. Se cubrían el pecho, las muñecas y los tobillos con múltiples sartas de cuentas, conchas o cadenas adornadas con discos de metal. El negro de sus cabelleras contrastaba con el brillo de los tocados elaborados que lucían. Stara adoptó todas estas prácticas con entusiasmo femenino, salvo una.

Una parte de la costumbre de las mujeres de llevar encima la mitad de su peso en joyas requería hacerse perforaciones. Vora le había contado que la mayoría de las sachakanas llevaba varios pendientes en cada oreja, al menos un arete en la nariz, e incluso algunos en las cejas, los labios y el ombligo.

Stara se había negado en redondo a dejar que Vora le agujereara ninguna parte del cuerpo, para gran consternación de la esclava.

«Espero que mi padre no le haya ordenado que lo haga —se dijo—. Me da igual lo poco que duela; es una barbaridad.»

Al pensar en su padre, notó que el estómago se le contraía por los nervios. No lo había visto en toda la semana. Durante los primeros días, ella no le había dado

mayor importancia a este hecho y lo atribuía a que debía de estar hecho a que se acercaba el fin de semana, su irritación iba en aumento. Después de tantos años de verlo únicamente en visitas ocasionales, deseaba conocerlo mejor. Cabía suponer que él también lo deseaba. Al cabo de cuatro días, le envió a Vora para que le pidiera una cita, pero él no respondió.

La mañana anterior, aunque Vora le había advertido que no resultaba apropiado, Stara había salido de su habitación para ir en su busca. Cuando había llegado a los aposentos de su padre, un esclavo había intentado impedirle la entrada. Sabiendo que él no podía tocarla, ella lo había apartado de su camino de un empujón.

Su padre no estaba allí. Stara había regresado a su habitación, decepcionada y frustrada.

Aquella noche, sin embargo, iba a verlo, en compañía de su posible futuro marido. Reprimiendo una expresión de disgusto, se inclinó hacia delante para que Vora pudiera colocarle varias sartas de cuentas sobre la cabeza.

—Y ahora decidme, ama: ¿cuándo podréis salir de la sala maestra? —preguntó Vora. La esclava llevaba toda la semana enseñándole a Stara las costumbres locales, y toda la tarde poniendo a prueba sus conocimientos.

—Una vez que se hayan retirado mi padre y sus invitados.

—¿Cuándo tenéis que salir de la habitación?

—Cuando mi padre me lo ordene. O si me quedo sola con otros hombres. A menos que haya otras mujeres presentes, sin incluir esclavas. O que mi padre me pida que me quede.

—Correcto, ama.

—¿Y si mi padre me pide que me quede, pero en la habitación no hay más que otros hombres?

—Debéis hacer lo que os ordene el ashaki Sokara.

—¿Aunque tenga la sensación de estar en peligro? ¿Aunque uno de los hombres se comporte de un modo... eh... inapropiado?

—También en ese caso, ama, pero el ashaki Sokara no os pondría en esa situación.

—Qué tontería. ¿Y si los ha juzgado mal? ¿Y si tiene que marcharse precipitadamente y me pide que me quede sin haberlo pensado bien? Supongo que, como el padre que es, preferiría que yo tomara medidas para protegerme en vez de dejar que su error desembocara en... en un malentendido o un fallo táctico. Tiene que haber un punto en que él mismo comprenda que la obediencia ciega sería absurda.

Por toda respuesta, Vora apretó los labios en señal de desaprobación, como solía hacer cada vez que Stara criticaba las costumbres sachakanas o a su padre. Este gesto provocaba invariablemente que la joven se enfadara y adoptara una actitud desafiante.

—La obediencia ciega es para los esclavos, los incultos y los pusilánimes —declaró Stara, acercándose a la jarra de agua que estaba sobre una mesa auxiliar y sirviéndose un vaso.

—Todos somos esclavos, ama —replicó Vora—. Las mujeres. Los hombres, a su manera. No existe la libertad, solo diferentes tipos de esclavitud. Incluso un ashaki ve constreñidos sus actos por las restricciones que imponen la tradición y la política. Y el emperador es aún menos libre que ellos.

Stara bebió mientras contemplaba a la mujer y reflexionaba sobre sus palabras. «En qué estado tan triste se encuentra este país. Por otro lado, es el más poderoso de la región. ¿Es este el precio del poder? Pero supongo que lo que dice sobre la esclavitud de mujeres y hombres respecto a la tradición y la política también es cierto en Elyne. Y los plebeyos, aunque no son esclavos, están a las órdenes del terrateniente o del patrón. Quizá no seamos tan distintos.»

Sin embargo, en Elyne nadie —ni siquiera los plebeyos— podía ser obligado a casarse contra su voluntad. Tenían la posibilidad de dejar de trabajar para el terrateniente o el patrón y ofrecer sus servicios a otro. Se les pagaba por su trabajo.

—Ama, es la hora —le avisó Vora. Cuando Stara se volvió hacia ella, la mujer entornó los ojos—. Tenéis un aspecto aceptable. —Entonces la comisura de sus labios se curvó hacia arriba—. No, sois preciosa, ama..., y muy afortunada por ello.

Stara arrugó el entrecejo.

—No me ha causado más que problemas, y probablemente esta noche volverá a causármelos.

Vora soltó un resoplido suave y señaló la puerta.

—Seguro que nunca os habéis aprovechado de vuestra belleza para manipular a otros, sobre todo a la hora de cerrar algún trato comercial.

—Lo hice una vez, pero el resultado fue justo el contrario del que buscaba. —Stara se dirigió hacia la puerta con paso decidido—. Si las personas no se fijan más que en tu aspecto físico, es que no respetan en absoluto tu mente.

—Eso significa que os subestiman, ama. He aquí una debilidad de la que podéis sacar partido —dijo Vora, siguiéndola.

Stara recorrió los intrincados pasillos de la mansión de su padre. Para tratarse de una esclava, Vora era inusualmente franca. Y mandona. Stara sabía que dejaba que la mujer se saliera con la suya porque no estaba acostumbrada a tratar con esclavos y no tenía arrestos para hablarles con brusquedad como hacía su padre.

Cuando llegaron a la sala maestra, ella sintió que el nudo de su estómago se apretaba. «¿Cómo se comportará mi padre conmigo? ¿Puedo hacer algo para que cambie de idea? ¿Cómo será el tal pretendiente? ¿Debo intentar disuadirlo de casarse conmigo?»

Su padre estaba sentado en la misma silla que el día en que ella había llegado, pero alrededor de él había dispuestos otros asientos, que estaban ocupados. Stara vio a dos hombres con jubones ricamente adornados que estaban sentados a un lado. Se fijó en las fundas de cuchillo que llevaban al cinto y que indicaban su condición de magos. Al otro lado se encontraba otro desconocido, con ropa menos llamativa y sin cuchillo, junto a un hombre a quien ella sí reconoció. Al darse cuenta de quién era, se le cayó el alma a los pies. Como si percibiera su disgusto, su hermano alzó la vista hacia ella y frunció el ceño.

Entonces su padre dirigió la mirada hacia la puerta y la vio allí, esperando. Le hizo señas de que se acercara. Al recordar las lecciones de Vora, Stara bajó los ojos y caminó hasta la única silla desocupada, situada justo enfrente de su padre, y aguardó a que él le diera permiso para sentarse.

—Os presento a mi hija Stara —dijo a sus invitados—. Hace poco que ha regresado de Elyne.

Los hombres estudiaron a Stara por un momento y luego apartaron la vista. Ella tuvo buen cuidado de no mirarlos a los ojos, pues Vora la había prevenido de que se consideraba una grosería.

—Debe de ser un bálsamo para vuestro corazón tener a semejante dechado de belleza y gracia en vuestro hogar, ashaki Sokara —comentó el hombre del jubón sin adornos.

«Qué formal y encantador —pensó ella—. Aunque si soy un bálsamo para el corazón de mi padre, queda claro que su corazón no ha necesitado alivio esta semana.»

—Sí, tenéis suerte de haber criado a semejante joya —añadió el más joven de los hombres vestidos con colores chillones.

Stara reprimió una carcajada amarga. Aquello era más específico. Joya. Una pertenencia. Un artículo disponible para su venta. Algo que se guarda en un lugar seguro y solo se saca para lucirlo delante de los invitados.

—Stara ha pasado muchos años en el extranjero, y todavía está aprendiendo nuestros usos y costumbres —explicó su padre. Posó los ojos en ella y frunció el ceño. Entonces Stara se percató de que lo había estado mirando directamente. Conteniendo un suspiro, bajó la vista al suelo.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el mayor de los que iban vestidos con colores chillones.

—Veintidós —respondió su padre. Ella abrió la boca para corregirlo, pero se contuvo.

—¿Y no ha estado casada nunca? —inquirió el joven con tono sorprendido—. ¿No ha tenido hijos?

—No —contestó su padre. Stara notó su mirada clavada en ella—. Su madre tenía instrucciones de impedir ambas cosas, y las cumplió con un tesón admirable.

—No me cabe la menor duda, teniendo en cuenta el modo en que se comportan las mujeres de Elyne.

Stara se esforzó por no sonreír. No había sido el tesón de su madre lo que había evitado que ella se casara o se quedara embarazada. La determinación de Stara de no permitir que nada le impidiese convertirse en comerciante la había llevado a rechazar las pocas ofertas de matrimonio que había recibido, y gracias a la magia había podido gozar de la compañía de sus amantes sin consecuencias no deseadas.

—Siéntate, Stara —dijo su padre.

Ella obedeció. Para su gran alivio, la conversación dejó de girar en torno a ella y se centró en cuestiones políticas. Debía permanecer sentada en silencio y hablar solo si le dirigían la palabra, e incluso entonces tenía que mirar a su padre para pedirle su autorización. Al cabo de un rato, unos esclavos sirvieron comida y bebida, primero a su padre, luego a su hermano, después a los invitados y por último a ella.

Durante la cena hubo varios momentos en que ella, fingiendo un olvido de las normas, estuvo a punto de hablar o de comer cuando no le tocaba, pero se contenía a tiempo. Como el joven debía de ser el elegido por su padre para que fuera su esposo, Stara empezó a dar golpecitos en el suelo con los pies y a aparentar que reprimía algún que otro bostezo mientras él hablaba, con la esperanza de irritarlo.

Después de aquella primera mirada, su hermano no volvió a ponerle la vista encima en toda la velada. Mantenía una expresión distante e indiferente. No decía una palabra salvo cuando los invitados le pedían su opinión.

Se habló muy poco de comercio, para desilusión de Stara. La política acaparaba la conversación. Ella escuchaba, consciente de que aquellos asuntos podían afectar al comercio, sobre todo en Sachaka.

—Sachaka necesita entrar en guerra contra Kyralia —declaró en cierto momento el mayor de los que llevaban colores chillones—, o acabará por volverse contra sí misma.

—Invadir Kyralia solo retrasará lo inevitable —repuso el de vestimenta austera—. Debemos resolver nuestros problemas aquí, no complicarlos involucrando a otros países ni dando a aquellos que son lo bastante osados para desobedecer al emperador más poder del que merecen.

—Si derrotamos a los kyralianos, no estarán precisamente en condiciones de involucrarse en nuestros asuntos políticos —señaló el joven de ropa chillona—. Y quien consiga conquistarlos ganará respeto y poder.

—Pero un país recién conquistado necesita que lo controlen, al igual que los conquistadores, si su ambición se incrementa en vez de verse satisfecha por el triunfo.

—El emperador jamás...

—Kakato —terció el mayor de los de ropa chillona, acallando a su hijo—, no seamos tan arrogantes como para creer que sabemos lo que el emperador haría o dejaría de hacer.

«Por fin un nombre —pensó Stara—. De modo que mi pretendiente se llama Kakato.» Se entretuvo un rato pensando en rimas zafias. Cuando devolvió su atención a los hombres, discutían la ruptura del pacto con las tribus del desierto de ceniza, y si se trataba o no de una decisión imprudente o desafortunada.

La velada se prolongó hasta mucho rato después de que terminara la cena. Stara se dio cuenta de que ya no tenía que fingir los bostezos. Cuando su padre le dio permiso al fin para retirarse, ella se levantó e hizo una reverencia con auténtico alivio antes de marcharse.

Vora la esperaba fuera, en el pasillo. La mujer tenía los labios comprimidos en una raya fina, pero no dijo nada hasta que llegaron a los aposentos de Stara.

—¿Y bien, ama? —preguntó la esclava, como de costumbre sin el menor rastro de servilismo en la voz, pero Stara no se decidía a reprenderla—. ¿Qué os ha parecido vuestro posible futuro esposo?

Stara se sorbió la nariz con displicencia.

—Nada del otro mundo. Es un poco joven para mí, ¿no crees?

Vora arqueó las cejas.

—¿Joven? ¿De qué edad os gustan los hombres?

—¿De qué edad...? —Stara hizo una pausa y miró a la mujer con los ojos entornados—. ¿No es Kakato?

La esclava negó con la cabeza.

—Entonces, ¿es uno de los viejos...? ¡Me tomas el pelo! ¿Cuál de ellos, pues? —Stara se había fijado en que el hombre de atuendo sobrio era el que expresaba opiniones más inteligentes, mientras que el señor de ropa chillona apenas parecía más listo que su hijo.

—El padre del amo Kakato: el amo Tokacha.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No me lo habéis preguntado, ama.

Stara la fulminó con la mirada.

—Me han ordenado que os enseñe nuestras costumbres, nada más. —Vora extendió las manos a los costados—. Hacer más de lo que se me ha ordenado sería desobedecer.

—Si te ordeno que me cuentes cualquier cosa que podría ser útil o importante para mí, salvo si mi padre te ha prohibido expresamente que reveles esa información, ¿podrías hacerlo?

La mujer sonrió y asintió con la cabeza.

—Naturalmente, ama.

—Entonces empieza. Cuéntame todo lo que pueda ser útil o importante para mí.

Stara levantó los collares que llevaba. Era increíble lo agotador que podía resultar el peso de tantas joyas. Una de ellas se le enganchó en el tocado, y Stara profirió una palabrota. Notó que las manos de Vora tiraban de ella, y pronto quedó libre.

—¿Cómo se encuentra el amo Ikaro? —inquirió Vora mientras guardaba el tocado en una caja de madera.

—No tengo la menor idea. Solo me ha mirado una vez.

—Vuestro hermano es un hombre bondadoso y con talento. Pero, al igual que vos, es un esclavo. Deberíais pedir permiso para verlo. Creo que el amo Sokaro accedería.

—Pero dudo que mi hermano accediera. Si le importa siquiera que yo esté aquí, lo más probable es que esté deseando que me case para perderme de vista. —Stara se desprendió del manto como de una segunda piel y se lo tendió a Vora, que le entregó a cambio un camisón.

—¿Por qué decís eso? —quiso saber la anciana.

—Dejó bastante claro lo que opina de las mujeres la última vez que nos visitó en Elyne.

—Eso fue hace tiempo. A lo mejor descubriréis que ha cambiado. Sería un buen aliado. ¿Queréis que concierte un encuentro, ama?

Stara desvió la mirada.

—No lo sé. Pregúntamelo por la mañana.

—Sí, ama.

Stara se acercó a la cama, se sentó y se recreó con un suspiro largo e indisimulado.

—Sé lo que habéis estado haciendo esta noche —dijo Vora desde la puerta—. Necesitaréis más que eso para desanimar a vuestro posible futuro esposo.

Sus labios volvieron a formar una línea fina. Stara puso mala cara, molesta.

—Por más que los sachakanos traten a las mujeres como ganado, ambas sabemos que las mujeres no somos animales irracionales ni objetos sin conciencia. Tenemos cerebro y corazón. Nadie puede reprocharnos que queramos influir al menos en aquellos a quienes nos quieren vender.

Incluso mientras hablaba, Stara sabía que se había delatado, si no con el comportamiento que había mostrado durante la velada, sí con su reacción a la acertada suposición de Vora.

Los labios de la mujer se relajaron y se curvaron hacia arriba.

—No conseguiréis influir en nadie con una actitud tan obvia, ama. —Acto seguido, giró sobre sus talones y se alejó por el pasillo.

Stara se quedó mirando el hueco vacío de la puerta y se planteó una posibilidad que no se le había ocurrido antes. «¿Es posible que Vora esté de mi parte en realidad?»

Mientras se trenzaba de nuevo el cabello recién peinado, Tessia se percató de que las voces de los magos y aprendices en el exterior de la tienda de campaña habían pasado de murmurar algún que otro comentario a confundirse en una discusión enconada. Después de atarse la trenza, salió a gatas de la tienda y se puso de pie.

El sol de la mañana se filtraba por entre el follaje del bosque, proyectando sombras rayadas sobre el pequeño trozo de tierra abandonado en el que habían acampado. Un puñado de magos se había reunido entre las tiendas, con los aprendices revoloteando cerca. Los rostros de todos reflejaban preocupación o enojo. Al ver a Jayan, se encaminó hacia él.

—¿Qué está pasando?

—Lord Sudin se ha marchado, llevándose a Aken consigo.

—¿Alguien sabe por qué?

—No, pero lord Hakkin ha reconocido que anoche estuvo discutiendo con lord Sudin estrategias para empujar a los sachakanos a revelar su posición, o la posibilidad de salir a reconocer el terreno ellos mismos. Cree que tal vez Sudin haya ido a poner a prueba una de sus propias ideas.

—Nos estamos acercando al señorío de Sudin —agregó Mikken, situándose al otro lado de Tessia. Cuando esta se volvió para mirarlo, él le dedicó una sonrisa fugaz. Ella no pudo evitar reparar, y no por primera vez, en que era bastante apuesto. «Y simpático también —añadió—. Algo descarado delante de los otros aprendices, pero nunca con mala fe.»

—¿Cuándo se ha marchado? —le preguntó.

—No estamos seguros, pero probablemente no hace mucho —respondió Jayan.

Cuando Tessia posó la vista en él, advirtió que tenía el ceño fruncido. Supuso que lo irritaba que un mago desobedeciera de forma tan insensata a lord Werrin. Al ver que ella lo observaba, adoptó rápidamente una expresión neutra.

El pequeño grupo de magos se disolvió.

—Levantad el campamento —ordenó Werrin—. Y daos prisa.

De inmediato, el lugar se convirtió en un hervidero de actividad y ruido mientras todos se afanaban por dismantelar las tiendas y meter sus pertenencias en las alforjas de los caballos de carga. Cuando todos estuvieron listos y montados en sus cabalgaduras, el grupo se alejó siguiendo a un explorador que no despegaba los ojos del suelo. Los magos y los aprendices iban unos pasos por detrás de él, con Werrin a la cabeza. Los criados, nerviosos, cerraban la marcha, pero Werrin se resistía a separar a los magos para mantener a los sirvientes protegidos entre ellos, sobre todo porque el terreno los obligaba con frecuencia a avanzar en fila de a uno, y un grupo de criados en el medio estaría en una posición tan vulnerable si se producía un ataque sorpresa como un grupo situado al final.

Tessia oyó que a Jayan le hacían ruido las tripas y sonrió con tristeza. Dudaba que fueran a comer pronto. Al menos de ese modo sus reservas de comida durarían un poco más. Las provisiones frescas que lord Hakkin y los otros recién llegados habían traído consigo se habían acabado al cabo de solo cinco días, y puesto que ahora había más bocas que alimentar y gran parte de la zona había sido saqueada por los sachakanos, a los magos les costaba cada vez más reunir comida suficiente para las personas y los caballos. Werrin había enviado un explorador al sur para que solicitara que se organizaran envíos regulares de provisiones. Dakon había expresado a Tessia y Jayan su temor de que, si no los preparaban con cuidado y no iban custodiados por magos, esos envíos acabarían alimentando a los sachakanos.

El estado de ánimo del grupo había cambiado con la llegada de las nuevas incorporaciones. Los debates entre magos se habían vuelto más acalorados. Aunque Dakon no había divulgado la naturaleza de los desacuerdos, tras observarlos con atención Tessia había llegado a la conclusión de que estaba librándose una especie de batalla entre Hakkin y Narvelan, y los demás magos habían tomado partido o estaban indecisos.

Fuera cual fuese el conflicto, a ella no le sorprendió enterarse de que tal vez había provocado que Sudin dejara el grupo. «¿Se ha ido para volver a casa, o planea lanzar una ofensiva de algún tipo contra los sachakanos? La opción más lógica es la primera, pues sería una locura que se enfrentara él solo al enemigo.» Pero pronto quedó patente que las pisadas de los caballos de Sudin y Aken no se dirigían hacia el sur, sino hacia el nordeste, de modo que se alejaban de la ciudad.

Sin embargo, tal vez no era un enfrentamiento lo que Sudin buscaba. Quizá había decidido reconocer la zona por sí mismo, llegar hasta el paso fronterizo, del que no había vuelto un solo explorador. O tal vez pretendía localizar un punto elevado desde donde pudiera avistar a los sachakanos, para guiar hasta ellos al resto del grupo mediante instrucciones mentales. Sería peligroso, pues los sachakanos podrían recibir las mismas comunicaciones y enviar a alguien a detenerlo.

La montura de Jayan se situó al lado de la de Tessia. Ella lo miró por unos instantes, preguntándose qué estaba pensando. Tenía el entrecejo arrugado. ¿Había deducido qué se traía Sudin entre manos? No podía preguntárselo. No debían hablar durante los desplazamientos, a menos que fuera estrictamente necesario.

Al dirigir la vista al frente, advirtió que estaban entrando en una cañada angosta, y los caballos, una vez más, tuvieron que formar una fila. Se había establecido una nueva jerarquía para incluir a los recién llegados, y Tessia sonrió con ironía cuando vio que algunos magos tuteaban o apretaban el paso para abrirse paso entre los demás y ocupar su lugar en un orden que solo ellos entendían.

Las paredes del valle se encontraban cada vez más cerca una de otra, y a Tessia su proximidad le resultaba opresiva. Comprobó el estado de su escudo para cerciorarse de que fuera lo bastante fuerte. Pasaban los minutos, y el camino ascendía sin cesar. Subían y subían por un terreno cada vez más empinado, hasta que ella empezó a temer que tuvieran que descabalar y conducir a los caballos a pie.

Finalmente, la parte de la hilera de jinetes que ella alcanzaba a ver ante sí comenzó a acortarse a medida que los que iban en cabeza llegaban a una especie de

cumbre y desaparecían a ella. Cuando su caballo coronó aquella cima, Tessia suspiró aliviada. Ahora avanzaban por una cresta. Entre los espaciados árboles que allí crecían, ella alcanzó a ver la ladera de unas montañas más altas. Cayó en la cuenta de que seguramente ellos resultaban igual de visibles bajo aquella cubierta tan rala.

¡Lord Werrin!

Tessia dio un respingo. Era la voz mental de Sudin, y su tono dejaba traslucir su pánico. Al mirar alrededor, ella vio que magos y aprendices volvían la cabeza en una y otra dirección, recorriendo el bosque con la mirada como si hubieran percibido la llamada con los oídos y no con la mente.

¿Lord Sudin?, respondió Werrin. ¿Dónde est...?

¡Demasiado tarde! Estamos...

Siguió un silencio.

¡Socorro! ¡Socorrooooo!

Tessia se estremeció al oír en su mente la voz de Aken y el eco de su espanto. Sin darse cuenta clavó los ojos en Jayan, que le devolvió la mirada, horrorizado.

Hemos enfilado el sendero que va al nordeste, dijo Sudin atropelladamente. Hemos cruzado la cresta y nos hemos dirigido a la izquierda hasta... hasta... un... valle. Dos... sacha...

A través del bosque les llegó un grito débil y apagado. Tessia tardó un instante en percatarse de que lo habían captado sus oídos, y no su mente. Algo apareció fugazmente ante el ojo de su mente. Una impresión. De sangre. Mucha sangre.

—¡A la izquierda! —exclamó Werrin. El explorador ya estaba retrocediendo a toda prisa a lo largo de la columna, con el semblante rígido de vergüenza. Werrin espoleó a su caballo para seguirlo. Al cabo de un momento se detuvo y gritó—: Que vengan cuatro conmigo. Los demás quedaos.

Los demás eran cinco magos y sus aprendices respectivos. Tessia sintió una mezcla de decepción y alivio cuando vio que Dakon salía del camino, lo que significaba que tanto ella como Jayan debían apartarse también. Narvelan, Hakkin, Prinan y Ardalén, con sus aprendices, siguieron velozmente a Werrin.

«Quiero ayudar —pensó—. Pero ¿y si se trata de una trampa?»

El golpeteo de los cascos de los caballos no tardó en perderse en la distancia. Los demás permanecieron inmóviles y callados durante un largo rato. Entonces Dakon recorrió la fila y, al advertir que los criados seguían en el camino empinado, los hizo subir a la cima para que esperaran junto a los magos que quedaban.

Aunque la espera no fue muy larga, resultó interminable, tensa, cargada de miedo. Cada sonido procedente del bosque los sobresaltaba o los hacía escrutarse los árboles, aterrados. Cada mirada estaba preñada de preguntas mudas. Tessia cayó en la cuenta de que ya no tenía hambre. De hecho, se sentía un poco mareada. Comprobó su escudo de nuevo.

Cuando oyó el sonido de pisadas de caballos que se acercaban, Tessia contuvo el aliento. Dakon se dirigió a su encuentro. Jayan espoleó a su montura tras él, y Tessia aguijó con suavidad a la suya. Con el corazón desbocado, dirigió la vista camino abajo.

En ese momento divisó a Narvelan y exhaló un suspiro de alivio. Sin embargo, al estudiar su rostro, el estómago se le contrajo. El joven mago estaba pálido y muy serio. Cuando apareció Werrin, su expresión de furia la asustó. A continuación llegó Hakkin, con la cabeza gacha y el semblante demudado y sombrío.

Narvelan alzó la mirada hacia los que aguardaban.

—Están muertos —les informó.

Durante un largo rato, nadie dijo una palabra. No se oía otro sonido que el que hacían los caballos al reincorporarse al grupo.

—¿Los dos? —preguntó alguien, con un hilillo de voz. Al volverse, Tessia vio que era Leoran quien había hablado.

—Sí —respondió Werrin.

—Entonces, ¿los habéis enterrado? —inquirió Bolvin.

Werrin y Narvelan se miraron.

—Sí.

Tessia sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. Intuía que eso no había sido todo. La mirada que habían intercambiado los dos magos parecía indicar que había ocurrido algo muy grave, algo que consideraban que más valía no mencionar. Contempló a los otros magos y a sus aprendices. Lord Ardalén parecía enfermo. Había angustia en los ojos de lord Prinan, pero la posición de su mandíbula reflejaba determinación. Los aprendices... estaban pálidos y tenían los ojos desorbitados. Miraban hacia atrás una y otra vez. Mikken posó la vista en ella antes de bajarla al suelo.

—Esto cambia las cosas —dijo Werrin, dirigiéndose a todos—. Han matado a un mago kyaliano. Incluso según el criterio de ellos, una represalia estaría justificada. Debemos acampar, discutir nuestro siguiente paso e informar al rey de la muerte de lord Sudin. Y del aprendiz Aken. —Sacudió la cabeza.

—Debo asumir la responsabilidad de lo ocurrido —dijo lord Hakkin—. Yo animé a Sudin a plantearse la acción que ha emprendido hoy. Ahora me doy cuenta de que no vale la pena correr esos riesgos. Nadie debería volver a correrlos nunca. Yo... lo siento. —Inclinó la cabeza.

—Hasta ahora solo intentábamos adivinar el grado de peligro al que nos enfrentamos y hacíamos equilibrios entre la prudencia y el coraje —dijo Narvelan—, pero hemos descubierto la verdad, y ha sido una lección dura y amarga para todos. Tanto magos como aprendices sabemos qué nos jugamos.

—He estado pensando en ello —dijo lord Bolvin—. Puesto que los aprendices están expuestos a los mismos riesgos que nosotros, ¿deberíamos incluirlos en las conversaciones? Tal vez no tengan la experiencia necesaria para hacer propuestas u ofrecer información valiosa, pero merecen saber contra qué están luchando y de qué manera.

Para sorpresa de Tessia, todos los magos asintieron.

—Entonces alejémonos de aquí y volvamos a un lugar menos descubierto y más resguardado —dijo Ardalén.

Sin más palabras, los magos guiaron al grupo de regreso al valle.

Jayan pensaba que había ciertas verdades que uno no necesitaba saber pero tenía que saber. Lo único que él necesitaba saber era que lord Sudin y Aken habían

muerto a manos de los sachakanos. Sin embargo, algo en su interior deseaba conocer los detalles, saber exactamente el grado de sadismo que los sachakanos podían alcanzar. Tal vez esa parte de él necesitaba los pormenores para confirmar que lo que había oído era verdad y no un invento para incitar a todo el grupo a colaborar, o para justificar una voluntad de matar a los invasores.

O simplemente le costaba creer que nunca volvería a hablar con Aken ni a tomarle el pelo. Ni a jugar al Kyrima contra él. El joven al que apenas había llegado a conocer jamás sería un mago superior con poder y autoridad. Nunca tendría un aprendiz propio.

Así pues, cuando se le presentó la primera oportunidad, mientras montaban el campamento, se acercó disimuladamente a Mikken y se lo preguntó.

El joven miró a Jayan con incredulidad y después con irritación, pero al final adoptó una expresión pensativa y asintió, en señal de comprensión.

—Estaban hechos pedazos —dijo, y a continuación describió lo que debía de ser el resultado de una sesión de tortura planeada y minuciosa.

A partir de entonces, cada vez que Jayan pensaba en lo que le había contado Mikken, sentía un frío que le calaba hasta los huesos. Cayó en la cuenta de que, durante gran parte de su vida, había imaginado que los magos sachakanos no eran muy distintos de los kyalianos. Tenían esclavos en vez de plebeyos a los que imponerse. Vivían de sus tierras y del comercio, al igual que los lords de Kyralia.

Había supuesto que los invasores no eran más que jóvenes aburridos y con ambiciones desmedidas, como muchos de los jóvenes kyalianos, aunque ninguno de ellos ambicionaba conquistar otro país. Pero ahora Jayan había comprendido que estaba equivocado. Sabía que eran unos salvajes. Ningún joven kyaliano ambicioso habría matado a nadie con aquella crueldad deliberada y gratuita, a menos que quisiera vengar un acto verdaderamente atroz. E incluso en ese caso... Jayan tenía que reconocer que si algún conocido suyo hubiera demostrado ser capaz de cometer una brutalidad semejante, él lo habría mirado con repugnancia y recelo en adelante.

Lo que los sachakanos les habían hecho a Sudin y Aken requería planificación. Y práctica. Esto es lo que más enfurecía y asustaba a Jayan.

—No se lo digas de Tessia —pidió Mikken.

Aunque Jayan agradecía a Mikken que tuviera en consideración la tranquilidad de Tessia, no pensaba ocultarle nada solo porque aquel joven se sintiera atraído por ella. Además, Tessia, como ayudante de sanador, había presenciado muchas escenas truculentas. Cuando el campamento estuvo montado y Tessia se acercó a Jayan para saber qué había averiguado, él se planteó la posibilidad de contárselo todo, pero de inmediato decidió no hacerlo. Ella empezaría a preguntarse si les habían hecho cosas parecidas a los habitantes de Mandryn o a sus padres. Además, ella era más confiada que él. Seguramente no se le ocurriría siquiera dudar que le hubieran contado toda la verdad.

Así que obvió los detalles y se limitó a explicar que habían matado primero a Aken y que habían dejado los cadáveres en un estado concebido para horrorizar y asustar a quien los encontrara. Luego los magos convocaron a todos a su reunión, con lo que salvaron a Jayan de tener que responder a más preguntas.

La decisión de dejar que los aprendices participaran en la reunión había sorprendido a Jayan, que ahora sintió una punzada de emoción. Los magos se sentaron en un círculo amplio, y sus aprendices se acomodaron junto a ellos. Los sonidos del bosque que los rodeaba se apagaron cuando Werrin erigió un escudo para evitar que alguien ajeno al grupo pudiera oír sus palabras. Jayan dirigió la vista al otro lado, donde los exploradores y los criados montaban guardia, sujetando faroles con los que debían hacerles señas si veían u oían algo sospechoso.

Jayan miró a Dakon, que le sonrió con complicidad.

—No digas nada a menos que te inviten a hablar —murmuró.

Jayan asintió, conteniendo su irritación momentánea. Normalmente tenía ocasión de hablar con su maestro antes de que los magos se reunieran. Dakon siempre le preguntaba si tenía algo que proponer o comentar. Sin embargo, aquel día no había habido tiempo para ello.

Lord Werrin empezó por repasar los sucesos del día, omitiendo los detalles más siniestros, como había hecho Jayan al hablar con Tessia. Lord Hakkin admitió de nuevo su parte de culpa por alentar a lord Sudin a marcharse solo, y después todos intentaron en vano adivinar cuáles eran las intenciones del mago.

Una vez discutidas las razones y consecuencias posibles, Werrin suspiró y enderezó la espalda.

—La muerte de Sudin cambia muchas cosas. Han matado a un mago. Esto nos deja las manos libres para considerar estrategias que puedan resultar en la muerte de algunos sachakanos. Pero primero debemos consultar al rey.

—No irá a prohibirnos que los matemos, después de lo ocurrido —dijo Prinan.

—Lo dudo, pero seguirá esperando de nosotros cierto grado de comedimiento —repuso Werrin—. Todo sachakano que matemos tendrá una familia que tal vez se sentirá obligada a buscar venganza o una compensación, con independencia de si la ejecución está justificada o no. Cuantos más sachakanos matemos, más familias sachakanas se verán empujadas a lanzar un contraataque conjunto. Si se unen... esto podría degenerar en una guerra.

—Pero no podemos cruzarnos de brazos por miedo a la guerra y dejar que los invasores maten y saqueen a su antojo —protestó lord Ar dalen.

—Si la alternativa está entre acabar sometidos de nuevo por esa gente o entrar en guerra, escojo la guerra con los ojos cerrados —aseveró lord Bolvin.

—Pero ¿tendríamos posibilidades de ganar? —preguntó Narvelan.

Los magos se miraron con el entrecejo fruncido. A Jayan se le encogió el corazón. «No están seguros. —Se estremeció—. Nosotros contra el poder del Imperio sachakano. ¿Tiene Kyralia la menor esperanza de seguir existiendo dentro de unos pocos años?»

—¿Nos ayudarían los elyneos? —inquirió Prinan.

Hakkin hizo una mueca.

—No querrían convertirse en un objetivo.

—Pero se les podría hacer entender que si Sachaka conquistara Kyralia, después le tocaría el turno a Elyne —dijo el mago Genfel—, y que si Sachaka tuviera que luchar contra ambos países, sería más probable que saliese derrotada.

—Lo mejor sería no llegar al extremo de tener que pedírselo —señaló Bolvin—. Debemos detener esta invasión cuanto antes. Expulsar a los sachakanos. Dejarles claro que no les será fácil subyugarlos otra vez. Cuando lo hagamos, podemos intentar no matar a demasiados, pero es más importante poner de manifiesto que no toleraremos más incursiones. Ni asesinatos.

Los demás asintieron, y Jayan sintió la misma determinación que reflejaban todos los rostros.

—No obstante —dijo Genfel—, si esperamos demasiado a pedir ayuda, esta quizá no llegue a tiempo. Alguien tiene que arrancarles al menos la promesa de que nos ayudarán. —Hizo una pausa—. Tengo amigos en otros países que tal vez podrían persuadir a los magos de su localidad para que se unieran a nosotros si no consiguiéramos echar a los invasores por nuestros propios medios.

—Si Takado descubre que otros países están dispuestos a apoyarnos, tal vez cambie de planes —dijo Narvelan, meditabundo— y quizá otros sachakanos decidan no unirse a él.

Werrin miró a Genfel.

—Necesitaréis la aprobación del rey.

Genfel se encogió de hombros.

—Naturalmente.

—¿Puedo decir algo? —Hakkin posó la vista en Werrin, que asintió con aire divertido. Luego se volvió hacia los otros magos—. Perseguir a los sachakanos con un grupo tan reducido es ridículo. Necesitamos más magos, y los necesitamos ya. Si contáramos con efectivos suficientes, podríamos abrimos en abanico y barrerlos como la basura inmunda que son.

—Con todo respeto, lord Hakkin —terció Dakon, en lo que Jayan advirtió que era su primera intervención—, la zona de la que habláis es extensa y montañosa. Necesitaríamos más magos de los que hay en Kyralia para desplegarlos por todo el territorio como vos sugerís, e incluso si lo hiciéramos, estaríamos tan dispersos que a los sachakanos no les costaría el menor esfuerzo penetrar en nuestras defensas.

Hakkin contempló a Dakon, pensativo, y para sorpresa de Jayan, movió la cabeza afirmativamente.

—Tenéis razón, desde luego. No estoy lo bastante familiarizado con esta región de Kyralia, y apenas empiezo a entender las dificultades que trae consigo moverse en esta clase de terreno.

—Como propusisteis antes, lord Hakkin, deberíamos recuperar el control del paso fronterizo —dijo Narvelan.

«¿Hakkin reconociendo su ignorancia? ¿Narvelan apoyando a Hakkin? —Jayan reprimió una sonrisa irónica—. Ojalá no hubiera hecho falta la muerte horrible de un mago y su aprendiz para que estos hombres se avinieran a colaborar entre sí.»

—Estoy de acuerdo —dijo Werrin—. Sospecho que el plan de los sachakanos se basa en gran parte en que la noticia de su presencia continuada aquí, y ahora la muerte de uno de los nuestros, anime a sus compatriotas a unirse a ellos. Debemos dificultar al máximo la difusión de esas noticias. Pero controlar el paso tiene que ser una misión aparte de la nuestra.

—Entonces me ofrezco voluntario para reunir las fuerzas necesarias —dijo lord Ardalen—, así como para conducir las hasta allí y mantener la posición en la medida de lo posible.

Varias cejas se arquearon, pero a continuación todos asintieron. Werrin sonrió.

—Como siempre, tendremos que pedir al rey su aprobación, pero le recomendaré también que no dude en otorgarle la responsabilidad a alguien tan competente como vos.

Ardalen se sonrojó.

—Gracias —dijo con un mohín—. Creo.

—Enviaré a un mensajero al sur. Deberíamos recibir respuesta dentro de cuatro o cinco días. Le sugeriré que responda por medio de la comunicación mental, empleando palabras en clave para indicar su conformidad o su desaprobación, como propuso lord Olleran hace unos días.

—Si bloqueamos el acceso al paso fronterizo —dijo Prinan en voz baja—, supongo que los sachakanos decididos a entrar en Kyralia intentarán hacerlo por el nuevo paso que está en el señorío de mi padre. Habría que avisarlo y... y tomar medidas para evitar el acceso por allí.

—Sí —convino Werrin—. Seguramente tenéis razón. —Hizo una pausa y frunció el ceño, en un gesto reflexivo—. También se lo propondré al rey. —Recorrió al grupo con la mirada—. No nos vendría mal que alguien que haya presenciado el crimen de hoy con sus propios ojos hable de ello a quienes aún no son conscientes de la situación en la que nos encontramos ni del futuro que nos espera si perdemos.

—Mientras tanto, somos demasiado pocos y demasiado débiles —dijo Bolvin—. ¿Existe alguna manera más eficiente de fortalecernos?

—No podemos acelerar o incrementar el ritmo al que acumulamos la magia —dijo Narvelan, extendiendo las manos—. Aunque nos estuviera permitido absorber energía de los plebeyos, la mayoría de los que vivían en esta zona han huido o están muertos.

—El rey no puede autorizarnos el uso de la energía de los plebeyos, por muy voluntariamente que nos la ofrezcan, mientras no estemos en guerra oficialmente —declaró Werrin—. Pero... sé que ha estado planteándose la posibilidad de hacer excepciones en algunos casos.

—No solo está la fuerza; también son importantes los conocimientos y la destreza —dijo Dakon—. Por el momento, podemos pulir nuestras habilidades y desarrollar nuestras capacidades, si estamos dispuestos a compartir lo que sabemos y a ejercitarnos en trabajar juntos.

—Pero de ese modo gastaríamos magia que podríamos necesitar para enfrentarnos al enemigo —objetó Werrin.

—No hace falta que utilicemos azotes de máxima potencia —dijo Dakon—, solo rayos de luz. Además, sería bastante más seguro. En cuanto a otras aplicaciones mágicas..., estoy seguro de que se nos ocurrirán formas de enseñarnos y hacemos demostraciones mutuamente sin reducir demasiado nuestras reservas.

Werrin miró a los otros magos.

—¿Qué opináis?

Unos se encogieron de hombros, otros asintieron.

—Creo que no tengo nada nuevo que añadir —dijo Prinan con sarcasmo—. No guardo grandes secretos de magia.

—Tal vez yo tenga algo que ofrecer —dijo Ardalen con una sonrisa cómplice—. Un pequeño truco que mi maestro me enseñó y que podría resultar útil. Lo compartiré gustosamente con vosotros si con ello ayudo a proteger Kyralia.

—Creo que ese debe ser el criterio con que debemos valorar cualquier conocimiento mágico que poseamos —afirmó Werrin—. Los secretos quizá se pierdan para

siempre si salimos derrotados. Y tened por seguro que ningún señor sachakano pagará a un solo mago kyaliano por su talento excepcional..., si sobrevivimos a la conquista.

—Dudo que sobreviva un solo mago kyaliano si los sachakanos se adueñan del país —murmuró Narvelan con expresión sombría.

Se impuso un largo silencio, y Werrin paseó de nuevo la vista por el círculo, esta vez mirando a los aprendices a los ojos.

—Bien. ¿Tienen nuestros jóvenes protegidos alguna sugerencia o pregunta?

Los magos se volvieron hacia sus aprendices, que negaron con la cabeza o se encogieron de hombros. Jayan se mordió el labio. Advirtió que Dakon lo miraba, con una ceja enarcada de forma inquisitiva. Cuando Werrin abrió la boca para dar por finalizada la reunión, Jayan carraspeó.

—Yo tengo una sugerencia —anunció.

Todos los ojos se posaron en él, provocándole un nerviosismo repentino que tuvo que dejar a un lado.

—¿Sí, aprendiz Jayan? —dijo Werrin.

—Sé que esta propuesta se ha discutido en otras ocasiones y ha sido rechazada —empezó Jayan, eligiendo cada palabra con cuidado. Miró a Tessia para atraer brevemente la atención de los demás hacia ella—. La aprendiz Tessia y yo apenas hemos recibido clases de nuestro maestro desde que salimos de Imardin. Para mí esto no supone una pérdida tan grande, pues llevo muchos años de entrenamiento sobre mis espaldas. En cambio, Tessia, al igual que muchos de los aprendices aquí presentes, prácticamente no han recibido adiestramiento; en todo caso una instrucción muy básica para defenderse. —Hizo una pausa para tomar aliento—. ¿Podríamos empezar a entrenarnos unos a otros?

Werrin ya había arrugado el entrecejo en señal de desaprobación, anticipándose a la petición de Jayan. Miró a sus compañeros magos, a la mayoría de los cuales la idea parecía convencerles tan poco como a él.

—¿Puedo hacer una propuesta distinta? —preguntó Dakon.

Jayan dirigió la mirada a su maestro, sorprendido y considerablemente decepcionado. Esperaba que él le ofreciera su apoyo, no una alternativa.

—Estoy seguro de que todos somos conscientes de cuán desafortunado es que tengamos que descuidar el entrenamiento que estamos obligados a dar a nuestros aprendices a cambio de energía —dijo Dakon.

—Una energía que ellos no deberían gastar inútilmente —intervino Ardalen.

—Cierto —convino Dakon—. No deberían tener que protegerse a menos que se encontraran en una situación inusual o desesperada. En ese caso, más valdría tener un aprendiz debilitado que uno muerto, ¿no os parece?

Ardalen asintió, alzando los hombros.

—Sin embargo, los aprendices no instruyen a los aprendices —prosiguió Dakon—. Es una regla que data de tiempos inmemoriales. No nos sobra tiempo para dedicar a la enseñanza, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo les llevaría a siete magos impartir la misma lección a siete aprendices? ¿El mismo que le llevaría a un solo mago impartir la lección a siete aprendices? Creo que no. —Sonrió—. Si nos ponemos de acuerdo respecto a lo que hay que enseñar, ¿qué problema habría en que uno de nosotros adiestrara a un grupo de aprendices, compartiendo tal vez esta responsabilidad con otros magos que se turnarían para dar clases en función de las circunstancias?

Por un momento, ninguno de los magos habló. Abstraídos en sus pensamientos, desplazaron la mirada a lo largo del círculo para clavarla finalmente en Werrin.

—Es una propuesta que tal vez debamos tener en consideración —empezó a decir.

—No —lo interrumpió Hakkin—. Creo que podemos tomar una decisión al respecto ahora mismo. Estoy a favor de estas clases, siempre y cuando no nos roben tiempo ni energía necesarios para tareas más urgentes e importantes, y lleguemos a un consenso respecto a su contenido. Creo que nos levantarían el ánimo. Como mínimo nos darían la sensación de estar consiguiendo algo.

—Muy bien. —Werrin miró a los magos, uno tras otro—. ¿Alguien tiene alguna objeción?

Nadie respondió. Jayan sintió que su corazón entonaba una especie de canto triunfal. Esta decisión no era la que él esperaba. Era mejor, ya que temía que, por ser el aprendiz con más experiencia, le correspondiera impartir casi todas las lecciones si los magos aceptaban su propuesta.

—Entonces iniciaremos clases en grupo —decidió Werrin—. Antes de discutir los asuntos que se tratarán en dichas clases y seleccionar a los profesores, ocupémonos del asunto de la comida. Si no me equivoco, la cena está lista.

Al seguir la dirección de la mirada de Werrin, Jayan vio que algunos de los criados removían el contenido de tres grandes calderos colocados sobre una piedra lisa que uno de los magos había calentado con magia para no encender una hoguera que desprendiera humo.

«Otra vez sopa —pensó Jayan, soltando un quejido suave—. No sería tan terrible si los ingredientes no fueran principalmente verduras resacas y algún que otro trozo de carne correosa con demasiada sal.»

Sin embargo, dudaba que nadie fuera a quejarse. Y sabía que él tendría demasiada hambre para que le importara.

Cuando se descolgó de la espalda el haz de ramas secas, Hanara notó que el aire frío de la noche le helaba el sudor. Las dejó caer junto al fuego. Takado, sentado frente a las llamas, las contemplaba fijamente con una expresión pensativa en la que se apreciaban unos atisbos de irritación que solo Hanara sabía reconocer.

Jochara estaba en cuclillas junto a Takado, listo para levantarse de un salto y hacer lo que su amo le ordenara. En opinión de Hanara, el esclavo fuente había tardado mucho en aprender que no debía interrumpir a Takado cuando estaba de ese humor. La quemadura que le atravesaba la mejilla debía de dolerle. A Hanara le daba un poco de pena, pero no sentía una gran compasión por él. Después de ver cómo trataban a sus esclavos algunos aliados de Takado, sabía que Jochara y él eran unos afortunados.

«Y yo soy más afortunado que la mayoría de ellos, pues durante una breve temporada fui libre.»

Tuvo que reprimirse para no reírse de sí mismo en voz alta. La libertad que había conocido no había sido auténtica. Él sabía desde un principio que Takado regresaría a buscarlo. Si su libertad hubiera sido real, no habría llegado a su fin. Había sido algo similar a una pequeña recompensa; tal vez solo una concesión, un tiempo para que se recuperase.

Los otros magos y sus esclavos estaban ocupados montando sus tiendas de campaña y sacando comida. Como Takado no le indicó lo contrario, Hanara regresó al bosque. Enochecía, y encontrar leña para la hoguera resultaba cada vez más difícil. En cierto momento, algo oscuro se deslizó sobre su mano. Él soltó la rama que había recogido, con el corazón golpeándole en el pecho, y continuó juntando leña mientras intentaba no recordar el contacto de aquellas numerosas patitas sobre su piel.

El fuego era un lujo. Takado había decidido acampar en un valle sinuoso, donde la luz de la hoguera estaría oculta a la vista de todo el mundo excepto de alguien que estuviera a punto de tropezar con ella. A aquella altura tan elevada, en las montañas, las noches seguían siendo frías. Aunque los magos podían calentarse por medio de la magia, preferían ahorrar sus energías.

Había acabado de atar el primer fajo de ramas y estaba echándose al hombro cuando oyó una voz. Al otear el valle, vio aparecer unos globos de luz flotantes y varias sombras que se acercaban. Aunque apenas alcanzaba a vislumbrar aquellas figuras entre los árboles, había algo en la forma de andar de esa gente que le resultaba familiar. Dejó el haz de leña en el suelo y echó a andar rápidamente de vuelta hacia el campamento.

Takado alzó la vista cuando Hanara se le acercó a toda prisa. Arqueó una ceja.

—Dovaka —jadeó Hanara.

Una expresión ceñuda ensombreció el rostro de Takado, que enseguida se relajó de nuevo. Asintió, mirando el suelo.

Hanara se acurrucó junto a Jochara y esperó. «Esto se pone interesante», pensó. Por una conversación que había acertado a oír, sabía que se había producido algún tipo de enfrentamiento entre algunos de los aliados de Takado y unos kyalianos. Desde entonces, Takado había permanecido tranquilo. Y no era una tranquilidad que augurara nada bueno. Empleaba un tono sereno y comedido que Hanara había aprendido a temer.

Takado estaba enfadado. Muy enfadado.

Los otros magos de su grupo habían mostrado un entusiasmo prudente y elegían sus palabras con cautela. Un kyaliano menos, decían, significaba una victoria más que permitiría a Takado ganar adeptos. Pero por lo general se guardaban sus opiniones. Takado había dicho poca cosa, y nada que denotara aprobación o censura.

Una vez instalado el campamento y enviados los esclavos al final de la línea de comunicación para que el otro grupo de magos pudiera encontrarlo, se habían sentado a esperar. Al final, el segundo grupo había llegado, salvo por dos miembros, Dovaka y Nagana. Nadie sabía nada del enfrentamiento.

Voces de bienvenida precedieron la llegada de Dovaka, que apareció con su amigo y salió al claro seguido por esclavos de su grupo. Takado se levantó.

—Me dicen que has tenido un día ajetreado —comentó.

—Sí —respondió Dovaka con una gran sonrisa—. Uno de esos bárbaros blancos debiluchos llegó husmeando solo.

—¿Te localizó? —Takado enarcó las cejas.

Una arruga que Dovaka tenía en la frente se hizo más profunda ante la insinuación de que no había permanecido oculto como debía.

—No. Estaba metiéndose donde no lo llamaban, así que le dimos una lección de buenos modales.

—Una lección que estoy seguro que tendrá muchas oportunidades de poner en práctica en el futuro —concluyó Takado con una sonrisa.

Dovaka titubeó antes de sonreír también.

—Puedes estar seguro de que no.

Se hizo un silencio. Hanara reparó en que el resto de los magos observaba a Takado con atención.

La sonrisa de Takado se ensanchó.

—Entonces te felicito por ser el primero de nosotros en matar a un mago kyaliano. Tal vez pases a los anales de la historia por ello. Bueno. —Bajó la vista hacia Jochara—. Sentémonos a celebrar tu hazaña. —El esclavo corrió hasta el equipaje y regresó con una botella de licor, mientras todos los magos se acomodaban en torno al fuego. Cuando Takado ofreció a Dovaka la primera copa, su sonrisa se desvaneció—. Espero que no pases a la historia como el hombre que dio al traste con nuestras posibilidades de conquistar Kyalia.

Dovaka se encogió de hombros.

—¿Por matar a un kyraliano?

—Todos sabemos que eso tendrá consecuencias —replicó Takado—. Han estado refrenándose por las mismas razones que nosotros. Ahora que hemos matado a uno de ellos, no tendrán reparo en matarnos a nosotros. Sus tácticas cambiarán. Nosotros tendremos que cambiar las nuestras. No me digas que no habías pensado en ello. Por eso os pedí que no matarais a ningún mago kyraliano hasta que estuviéramos preparados.

—Estamos preparados —se mojó Dovaka—. Somos lo bastante numerosos y fuertes para tomar diez aldeas. Si de ti dependiera, esperaríamos a que toda Sachaka errase oculta por las montañas.

—Diez aldeas. —Takado soltó una risita. No dijo una palabra más. Como la botella había dado toda la vuelta al círculo, se la tendió de nuevo a Dovaka.

—Los kyralianos son pocos y estúpidos —aseguró Dovaka antes de beber con avidez. Su mirada pasó de Takado a los otros magos, de un rostro a otro—. Ahora estamos en condiciones de conquistar un tercio de su territorio. Sus poblaciones están demasiado separadas entre sí para defenderlas.

—A nosotros nos costaría tanto defenderlas como a ellos —repuso Takado—. ¿Por qué desperdiciar tiempo, energía y vidas sachakanas tomando una aldea que no tardaríamos en perder?

—Podríamos marcharnos tan fácilmente como habríamos venido, y una vez que la noticia de nuestra conquista llegara a nuestro país, el número de nuestros seguidores se multiplicaría por diez. La perspectiva de esconderse y acechar en el bosque no animará a nadie a abandonar la comodidad de su mansión. En cambio, la de adueñarse de nuevas tierras, sí. Y cuando se unan a nosotros podremos invadir más tierras, hasta que solo nos quede Imardin por conquistar. —Dovaka tomó otro trago del licor.

—¿Tú estás animado? —preguntó Takado.

Dovaka parpadeó y bajó la mirada a la botella antes de tenderla al mago siguiente.

—Estoy más que animado. Tengo una meta y un plan.

—Hmmm—murmuró Takado, asintiendo—. Yo también. ¿Cuál es el tuyo? ¿Qué quieres conseguir con todo esto?

A Dovaka le brillaron los ojos.

—Kyralia.

—¿Para ti solo?

—¡No! Para Sachaka. —Dovaka desplegó una sonrisa—. Bueno, y una parte de ella para mí. Quiero una recompensa por mi lide... por los riesgos que estoy corriendo.

—Sí —dijo Takado—. Como todos. Cada uno de nosotros tiene algo que ofrecer en esta iniciativa, tanto si corremos riesgos como si trazamos planes meticulosos, y también tenemos algo que ganar. Todos debemos seguir los dictados de nuestro sentido común.

Les llevaron varios platos, incluida la pata asada con magia de un reber que el grupo de Dovaka había traído consigo, y mientras los compartían la conversación se desvió hacia temas más prácticos. Cuando la botella de licor de Takado se vació, abrieron otra. Aquello parecía una celebración, y aunque fue un alivio para Hanara que el encuentro entre Dovaka y Takado no acabara en un enfrentamiento, sabía que las cosas no marchaban del todo bien.

La noche avanzaba. Los magos empezaron a bostezar y a retirarse a dormir. Dovaka y Nagana se alejaron arrastrando los pies hacia su cama y sus esclavas. Cuando se hubieron marchado, Dachido se inclinó hacia Takado.

—¿Qué piensas hacer? —musitó.

Takado esbozó una sonrisa crispada.

—Nada. De hecho, me alegra que se haya producido la primera muerte, ya que ahora podré poner en marcha la fase siguiente de mi plan. —Asintió—. Nuestro amigo amante del riesgo tiene su utilidad.

Dachido pareció dudar por un instante, y luego miró a Takado de nuevo.

—Te preguntaría qué estás maquinando si no supiera que sería inútil. Ya lo sabremos a su debido tiempo. Que descanses.

Mientras el hombre se alejaba, Hanara notó un peso contra el hombro y se dio cuenta de que Jochara se había dormido a su lado. Despertó al joven de un codazo, y en vez de una muestra de agradecimiento recibió una mirada hostil. En ese momento Takado se levantó y se dirigió a su tienda, y los dos se apresuraron a seguirlo.

En algún lugar, detrás de la densa nube, el sol iniciaba su ascenso sobre el horizonte. La claridad que se colaba entre los árboles era muy tenue, de modo que habían creado unos globos de luz para iluminar el campamento. La mayoría de los magos seguía durmiendo; solo unos pocos madrugadores habían salido de sus tiendas para relevar a los que montaban guardia.

Los aprendices que estaban de pie ante Dakon parecían desconcertados o malhumorados, aunque eran cada vez más los que pestañeaban con una comprensión súbita y adoptaban una actitud más entusiasta.

—Algunos ya habréis adivinado por qué os he despertado tan temprano —dijo—. Hace unas noches decidimos que no debíamos descuidar vuestra formación, pero que la única forma práctica de continuar con vuestras lecciones era que un profesor os diera clases a todos a la vez. Me he ofrecido voluntario para ser vuestro primer profesor.

Inspeccionó a cada uno de ellos, tomando nota mentalmente de qué aprendices parecían preocupados, dudosos o ansiosos. Aunque la muerte de Sudin y Aken había abierto los ojos de todos al peligro auténtico de la invasión sachakana, él sabía que algunos magos todavía eran contrarios por miedo al intercambio de conocimientos.

Dakon tenía un plan para tranquilizar a los escépticos. Todos estaban de acuerdo en que los aprendices debían ser capaces de defenderse solos, por lo que las clases se centrarían en las técnicas mágicas de lucha, y se concedería una importancia especial a la autodefensa.

Había pensado en ello hasta altas horas de la noche. Se había imaginado las clases como algo parecido a partidas de Kyrima, aunque había grandes diferencias entre

las batallas de la vida real y el modo en que se desarrollaba el juego.

—Empezaremos con una partida de Kyrima en la que vosotros seréis las piezas —les informó—. Antes de comenzar, hay ciertas reglas básicas que todos debéis seguir. Todos los azotes deben consistir en rayos inocuos de luz no continua. ¿Hay alguno de vosotros que no sepa cómo se hace esto? —Como ninguno de los aprendices respondió, Dakon asintió—. Consideraremos que el escudo de un aprendiz se rompe si recibe un impacto, dos en el caso de que él o ella aún no haya cedido energía a su mago durante esa mano. Cuando vuestro escudo esté roto, tendréis que abandonar la partida. No hagáis trampas: estamos aquí para aprender, no para conseguir puntuaciones individuales altas.

»Cada equipo elegirá a alguien para que haga el papel de mago. El mago tiene la facultad de generar un escudo, pero solo puede recibir cinco impactos más uno por cada aprendiz de quien consiga absorber energía. Los magos pueden elevar de categoría a los aprendices entre una mano y otra. Huelga decir que quienes representen el papel de magos no tienen que hacerles un corte a sus aprendices, pero deben tocarlos y contar hasta treinta. Si pillo a alguien cortando a otra persona o empleando azotes dolorosos, quedará excluido del entrenamiento. —Caminó entre ellos, separándolos en dos grupos casi iguales—. Los que están a mi izquierda formarán un equipo, y los que están a mi derecha, otro —prosiguió—. Mientras jugáis, tened presentes los aspectos en los que el Kyrima no refleja las batallas de magia auténticas. Después nos reuniremos todos para hablar de ello y de cómo enfrentarnos a situaciones reales.

La mayoría de los aprendices sonreía, pensando que la clase sería un juego sencillo y divertido. «Espero que todo esto sirva de algo, y que nadie resulte herido. —Nunca antes había intentado organizar una partida de Kyrima con piezas de carne y hueso—. Claro que tampoco he impartido clases a más de dos aprendices a la vez. Tendré que cogerle el truco sobre la marcha.»

—¿Qué reglas seguimos, lord Dakon? —preguntó Mikken.

—Las reglas estándar. —Dakon había considerado la posibilidad de no utilizar un sistema de reglas, pero muchas de ellas estaban concebidas para hacer el juego más fácil o más interesante. Podrían prescindir de las demás cuando hubieran jugado unas partidas y tuvieran más claro qué reglas no eran prácticas.

—¿Tiraremos los dados para determinar la fuerza de los magos? —inquirió Leoran.

Dakon sacudió la cabeza.

—Puesto que utilizaremos rayos de luz inocuos, la fuerza dará igual. Podríamos asignar a cada mago un número máximo de rayos que puede usar, pero sería difícil llevar la cuenta. Aun así, no descarto que lo intentemos más tarde.

—¿Llevaréis vos la puntuación? —preguntó Tessia.

—No habrá puntuación. —Dakon forzó una sonrisa—. La partida termina cuando se rompe el escudo de un mago.

Cuando oyeron esto, todos adoptaron una expresión sombría. «Saben que eso significa que estará “muerto”. Eso es bueno; se tomarán el juego más en serio y pondrán en duda las reglas que no funcionen.»

Arqueó las cejas y esperó por si alguien tenía alguna otra pregunta, pero todos estaban callados y expectantes.

—¿Comenzamos? Bien, elegid a vuestro líder.

Ya desde el momento en que los dos equipos se separaron y se pusieron a discutir quién debía ser su mago, empezaron a señalar las diferencias entre lo que hacían y la vida real. Los aprendices no elegían a sus maestros. La mayoría de los magos tenía un solo aprendiz y, por lo que habían podido descubrir, los invasores no tenían más de cuatro o cinco esclavos en promedio.

Una vez que designaron a los «magos», los miembros de un equipo se colocaron de espaldas a los del otro, para que estos pudieran tomar posiciones por todo el campamento. Luego, se confiaba en que los miembros del grupo escondido cerrarían los ojos mientras sus contrincantes se organizaban. Dakon se percató de que algunos magos habían salido de las tiendas y se habían parado a observar.

Durante el desarrollo de la «batalla» se oían numerosas carcajadas y palabrotas. Dakon reparó en lo vulnerables que eran los aprendices cuando los habían despojado de parte de su energía. Su mejor estrategia era ocultarse o permanecer cerca de su maestro, detrás de su escudo. Un «mago», frustrado por ser el único que atacaba a su rival, elevó a un aprendiz a la categoría de «mago», pero eligió para ello a un amigo y no al aprendiz con mejores cualidades para este papel.

Cuando la partida terminó, todos se juntaron para comentar la batalla. Aparte de algunas acusaciones de deshonestidad —al parecer algunos aprendices no se habían sentado después de que les «rompieran» el escudo—, tenían un torrente de ideas que exponer. Todos estaban de acuerdo en que debía haber más «magos» en cada equipo, con no más de dos aprendices cada uno, y en que el número de azotes debía ser limitado. Todo ello debía decidirse tirando los dados. Empezaron otra partida.

Resultó radicalmente distinta de la anterior. De pronto, había más atacantes y más objetivos. De inmediato surgieron problemas de comunicación y coordinación. Ambos lados comenzaron a utilizar señales para informar de sus intenciones, pero el equipo contrario las captaba también. El hecho de que no hubiera un solo mago al mando daba lugar a discusiones y a que las acciones de unos contrarrestaran y obstaculizaran las de otros.

En cierto momento, dos amigos «magos» intentaron coordinar sus ataques descargando simultáneamente un azote contra el adversario, pero malgastaron varios rayos a causa de una mala sincronización.

De repente, Dakon cayó en la cuenta de que lord Ardalen estaba de pie junto a él.

—Hay un truco que debo enseñaros antes de marchar —murmuró—. Cuando la partida haya terminado.

Dakon lo miró sorprendido y luego asintió. Al echar un vistazo en torno a sí, descubrió que todos los magos estaban despiertos, observando. Empezó a desear que la partida terminara pronto para no sentirse juzgado, pero hizo un esfuerzo por seguir analizando la batalla. ¿Qué era aquello que lord Ardalen sabía y que estaba tan convencido de que Dakon ignoraba? «Se refería claramente a mí y no a ellos.»

Cuando al fin un equipo fue derrotado, Dakon resistió la tentación de dejar que los aprendices se marcharan inmediatamente. Los animó a debatir lo que habían hecho y lo que habían aprendido, y a deliberar sobre si el juego necesitaba más modificaciones. Entonces se volvió hacia Ardalen.

—En cuanto a ese truco... —dijo.

—Sí —respondió Ardalen—. Necesito dos aprendices para hacer una demostración. —Contempló la pequeña multitud de rostros ansiosos y señaló a Refan y a

Leoran—. Vosotros serviréis. Quiero que de vosotros lance un azote contra aquel tronco viejo. —Dio unas palmaditas a Refán en el hombro y apuntó con el dedo a un enorme tocón roto situado a la orilla del claro—. Descarga un azote contra él, empleando la energía suficiente para producir un resultado visible.

El aire vibró, y varias astillas saltaron de un lado del tronco.

—Ahora tú, Leoran, posa la mano en el hombro de Refán. Quiero que le trasvases magia. No la transformes en calor o fuerza; simplemente deja que se filtre como magia pura. Refán, intenta percibir y asimilar esa magia.

Dakon sintió que el estómago le daba un vuelco. Aquello se parecía demasiado a la magia superior. Vio que otros magos se acercaban, con el ceño fruncido de preocupación.

—La percibo, pero no... no puedo retenerla —dijo Refán.

—No, no podrás —confirmó Ardalen—, porque mientras no aprendas magia superior, no sabrás cómo almacenarla en tu interior. Pero puedes canalizarla. Toma esa magia y, sin usar la tuya propia, descarga otro azote contra el árbol.

Una vez más, el aire vibró y varias astillas salieron despedidas del tocón. Refán soltó un grito ahogado.

—¡He utilizado la magia de Leoran!

—Así es —dijo Ardalen—. Cuando mi maestro era un aprendiz, él y un amigo suyo estaban deseando convertirse en magos superiores. Intentaron aprender por su cuenta, y en vez de la magia superior, descubrieron esto. Resulta útil cuando un mago es excepcionalmente hábil, o cuando alguna tarea requiere un uso de la magia preciso y dirigido, pero de una fuerza que un solo mago no es capaz de reunir. En esos casos, otros magos pueden aportar su magia al azote. Me he dado cuenta de que resultaría útil en batalla por la misma razón.

Dakon sintió un escalofrío de emoción.

—He indicado a los aprendices que cuenten hasta treinta mientras fingen absorber la energía de otro. Esto elimina esa necesidad. ¡Oh, cielos! No hace ninguna falta practicarles cortes a los aprendices, ¿verdad?

Ardalen sacudió la cabeza.

—En estas circunstancias, no, pero imagino que los magos mantendrán viva la tradición de los cortes porque les permite mantener el control en sus manos. Perder ese control tiene sus inconvenientes. Sin él, el donante debe enviar energía justo en el instante en que el canalizador esté listo para absorberla, pues de lo contrario la magia se disipa y se desperdicia. —Hizo una pausa—. Por otro lado, una gran ventaja es que, si se hace correctamente, un escudo creado con la magia de dos magos o más permite que los azotes de todos ellos lo atraviesen, en vez de rechazar los disparos de quienes no lo han generado.

Los otros magos se habían acercado para escuchar las instrucciones de Ardalen. Tenían una expresión pensativa en el rostro, que ya no reflejaba suspicacia o inquietud.

—Moverse de un lado a otro con un aprendiz o un mago aferrado al hombro puede resultar incómodo —dijo Narvelan—, pero le veo un gran potencial a esto. Dos aprendices podrían protegerse con un escudo de doble energía si los atacara un enemigo, por ejemplo.

Otros magos comenzaron a discutir aplicaciones posibles del método de Ardalen. Al mirar al mago, Dakon advirtió que tenía la vista fija en el otro extremo del campamento, donde unos criados aguardaban con varios caballos.

Ardalen suspiró.

—Ojalá pudiera quedarme para hablar del descubrimiento de mi maestro y ayudar a perfeccionarlo, pero lord Prinan, el mago Genfel y yo debemos partir ahora. —Los demás se quedaron callados—. Tengo un paso fronterizo que reconquistar. —Sonrió con aire sombrío—. Genfel tiene que buscar el apoyo de unos magos extranjeros, y Prinan tiene que proteger otro paso. Y vosotros tenéis que dar caza a unos sachakanos. Buena suerte.

—Me temo que vos la necesitaréis más que nosotros —replicó Narvelan—. Tened cuidado.

—Lo tendré.

—Y gracias —añadió Dakon.

Ardalen volvió la vista atrás hacia Dakon y sonrió antes de echar a andar. Los aprendices se despidieron con murmullos de Mikken, Refán y el aprendiz de Genfel, que se apartaron de ellos para seguir a Ardalen. Los que se quedaban observaron en silencio mientras el pequeño grupo montaba en sus caballos y se ponía en camino.

—¿Estarán a salvo? —susurró una voz débil junto a Dakon. Cuando este bajó la mirada, vio que Tessia tenía una expresión angustiada.

—Se dirigen al sur para incrementar sus fuerzas, y, por lo que sabemos, los sachakanos siguen en las montañas —respondió él por lo bajo—. No hay forma de saber si estarán completamente a salvo, pero no hay duda de que es mucho más prudente viajar en grupo que solo. ¿Qué te ha parecido mi clase?

Los labios de Tessia se curvaron en una media sonrisa.

—Creo que es la primera vez que lo he pasado bien con el Kyrima. Aunque no sé si «pasarle bien» es la expresión adecuada. Por una vez, me ha parecido que tenía sentido.

Dakon asintió. «Porque refleja la dura realidad de la guerra. Es una lástima que haya hecho falta eso para que nos replanteáramos la manera en que entrenamos a nuestros magos.»

Cuando se dio cuenta de que estaba caminando otra vez de un lado a otro de la habitación, Stara se detuvo. Apretó los puños y se volvió hacia Vora.

—¿Cuánto tiempo voy a pasar encerrada aquí arriba? ¡Han transcurrido dos semanas! Solo he visto a mi padre una vez, aquella noche en que tuvo invitados. ¿Por qué no viene a verme, o me deja visitarlo? —«¿Acaso no tiene el menor interés en saber cómo me va —tenía ganas de añadir—, pasar algo de tiempo conmigo, averiguar si mi posible futuro esposo me inspiró simpatía, odio, indiferencia?»

Vora se encogió de hombros.

—El amo Sokara está muy ocupado, según comentan los esclavos, ama. Una remesa de tintes enviada a Elyne ha desaparecido. Y los problemas que los ichanis están causando en Kyralia le han hecho perder algunos clientes en Elyne también.

Stara miró fijamente a la esclava.

—¿Mamá ha perdido mercancías y el negocio se ha visto perjudicado? ¿Sabes a cuánto ascienden las pérdidas?

—Eso es todo lo que he oído, salvo que nuestro padre intenta cerrar tratos aquí para compensar sus pérdidas de allí.

—¿Sus pérdidas? —espetó Stara—. Ella se encarga de todo el trabajo en Elyne. —Echó a andar de un lado a otro de nuevo—. Si al menos él hablara conmigo... ¡Me está volviendo loca no saber lo que ocurre! —Se detuvo, paseó la vista por el interior de la habitación y arrugó el entrecejo—. Estoy harta de estas paredes. Si no se me permite verlo, saldré a la calle. ¿Hay algún mercado en la ciudad? —Hizo una pausa—. Claro que lo hay. Aunque no tengo ni una moneda que gastar, al menos averiguaré qué puedo comprar en el futuro. Y tal vez pueda informarme mejor sobre la situación en Elyne. —Se acercó al baúl en el que sabía que Vora guardaba sus capas y lo abrió.

—No podéis salir, ama —dijo Vora—. No sin permiso del amo.

—No digas tonterías. Soy una mujer, no una niña. —Stara eligió la capa de colores menos chillones y se la echó sobre los hombros.

—Aquí las cosas no funcionan así —le explicó Vora—. Necesitáis guardias y la protección de un hombre. Podría pedirle al amo Ikaro que...

—No —la cortó Stara—. No metas a mi hermano en esto. Me llevaré a unos esclavos. Y un carro cubierto. Si alguien nos pregunta, podemos decirle que mi padre va dentro pero no quiere hablar con nadie. O mi hermano. —Ató los lazos de la capa y se encaminó hacia la puerta. Vora la siguió a toda prisa y Stara notó un tirón. La tela que llevaba hecha un gurrño detrás de la espalda se soltó y se desplegó con un susurro hasta la altura de sus tobillos—. Gracias —murmuró—. Y no me repliques más. Me voy. Nos vamos. Si ocurre algo, simplemente... —Se interrumpió y terminó la frase mentalmente: «los fulminaré con magia»—. No nos pasará nada, te lo prometo. Como dicen los comerciantes de Elyne, lo único que se necesita en la vida es seguridad, conocimiento y mucho descaro.

Diez minutos después, Vora y ella salían de la mansión a las calles de la ciudad en un carruaje cubierto, con cuatro esclavos musculosos como protectores y uno como cochero.

—¿Lo ves? —dijo Stara—. Nadie nos ha parado.

—Esto no es del todo justo para los esclavos —declaró Vora con desaprobación—. Los castigarán.

—¿Por obedecer órdenes? Dudo que mi padre sea tan cruel.

Vora enarcó las cejas pero no dijo nada.

No obstante, la desilusión empañó la sensación de triunfo de Stara por haber salido de la mansión sin encontrar resistencia. Habría preferido que su padre apareciera para pararle los pies, pues entonces ella habría podido preguntarle por el negocio y por su madre. Con un suspiro, se reclinó en el asiento del carruaje y contempló el desfile de paredes blancas.

«¿Es así toda la ciudad? —se preguntó—. No guardo muchos recuerdos de Arvice. Tal vez nunca salía de casa. Me cuesta imaginar que mi madre deseara pasarse el día encerrada. Pero supongo que esa era una de las razones por las que detestaba este lugar. Tal vez la crueldad con que mi padre trata a sus esclavos no era lo único que le disgustaba.»

Quizá él había tenido que tratarla con crueldad a ella también para obligarla a respetar las costumbres sachakanas. Stara sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Si las cosas habían ocurrido así, él probablemente trataría a Stara de la misma manera. Y también el hombre a quien su padre eligiera para que fuera su esposo. Stara se estremeció. «Tengo que encontrar un modo de evitar que me case sin mi consentimiento, y luego convencerlo de que puedo trabajar para él de alguna manera.»

Empezó a imaginar que encontraba clientes nuevos para él en el mercado. Sabía que era sumamente improbable, pero la idea la mantuvo entretenida durante el trayecto. Entonces el escenario en torno al carruaje cambió tan repentinamente, que ella tardó un momento en asimilar lo que estaba viendo.

Las paredes blancas quedaron atrás, y estaban cruzando una avenida amplia, desde donde se podían recorrer con la vista paseos de árboles perfectamente podados y arriates con flores de colores vivos hasta un edificio majestuoso. Ella reconoció al instante las cúpulas y las paredes curvas y blancas del Palacio Imperial, pues lo había visto en grabados y pinturas, y tal vez incluso por alguna reminiscencia lejana.

«No hay una sola pared recta en todo el lugar —recordaba haber oído decir a su padre—. Uno tiene que dar vueltas y vueltas, y es muy fácil perderse. De eso se trata. Cualquiera que intentara invadir el palacio acabaría totalmente desorientado. Los muros son muy gruesos, pero he oído que son huecos y que los defensores pueden destapar unas aberturas pequeñas y atacar a los invasores desde dentro.»

Con la misma brusquedad, el vehículo llegó a la calle de enfrente, y la vista del palacio que se ocultaba tras las paredes elevadas y monótonas. Stara cerró los ojos y retuvo por un instante el recuerdo del palacio y la sensación de cariño y complicidad con su padre. Pronto se desvanecieron y dejaron paso a la ansiedad y la tristeza.

«Tal vez si hubiera vivido con él siempre, las cosas serían distintas. Pero entonces no habría conocido a mi madre. Ni disfrutado de tantas libertades. Ni aprendido magia.»

El carruaje giró y redujo la marcha hasta detenerse. Amortiguado por la tela de la capota les llegaba el sonido de voces mezcladas con los gorjeos y resoplidos de animales y con el entrecocar de objetos de metal y de madera. Stara miró a Vora.

—¿El mercado?

Vora asintió.

—Deberíais pedir a dos de los esclavos que os acompañen, ama.

Stara advirtió que las arrugas de preocupación y la sombra de temor en los ojos de Vora la hacían parecer más vieja de lo que era.

—¿Crees que es mejor que no vayamos? —preguntó.

La mujer apretó los labios y los ojos le brillaron con enojo y tal vez un poco de rebeldía.

—¿Volvemos ahora, ama? Eso sería malgastar un viaje.

Stara sonrió y llamó a los guardias para que abrieran la portezuela.

Cuando se apeó, vio que otra muralla alta y blanca rodeaba el mercado. La entrada consistía en un arco sencillo y sin adornos. Había guardias apostados a ambos lados, pero su expresión era de aburrimiento e hicieron caso omiso de Stara, Vora y los dos esclavos escoltas cuando pasaron al bullicio y el ajetreo del interior.

Stara reparó enseguida en que había otras mujeres allí. Llevaban capa, al igual que ella, e iban con un hombre, aunque ella vio a un acompañante tan joven que habría creído que era un niño de no ser por los granos que le cubrían la frente. Reconfortada, se paseó tranquilamente por entre las hileras de puestos permanentes, mirando los artículos y los precios, y viendo con frecuencia a mujeres y niños acurrucados o trabajando en la trastienda mal iluminada de cada puesto.

Allí había mercaderes de muchas razas: lonmarians de piel oscura con atuendos anodinos que vendían frutos secos y especias; lanianos altos y pálidos, con el cuerpo recubierto de dibujos, que ofrecían toda clase de objetos hechos de hueso tallado; los vindeanos morenos, rechonchos y bajos, eran los más numerosos, y vendían mercancías variadas de toda la región. Unos pocos elyneos ofrecían vinos y la bebida amarga a la que Stara se había aficionado, el sumi.

Se percató de que no había kyalianos. Un puñado de hombres de piel grisácea que iban vestidos solo con una falda corta vendían piedras preciosas.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Vora.

—Dúneos —respondió Vora—. Una tribu que vive en el desierto de ceniza, en el norte.

Mientras recorría el mercado examinando las mercaderías y rechazaba las ofertas de los vendedores con una sonrisa amable y un movimiento de la cabeza, escuchaba las conversaciones y se acercaba cuando veía a dos comerciantes charlando entre sí. Oyó algunos insultos lanzados sin mucha convicción contra los ichanis que estaban perjudicando el comercio con Kyalia. Algunos hablaban con entusiasmo de las oportunidades que surgirían cuando Kyalia fuera conquistada. Otros manifestaban su temor de que los ichanis se volvieran contra el emperador y sumieran Sachaka en una guerra civil.

Stara pensó en las opiniones de los invitados de su padre. Habían alegado que Sachaka se encaminaba hacia un conflicto interno de todos modos. «Menuda suerte que tengo: he venido a parar a Sachaka en el peor momento.»

Cuando Vora y ella doblaron una esquina, vieron que un hombre posaba la vista en ellas por un instante y luego se volvía para mirar a la esclava de nuevo. A continuación, clavó los ojos en Stara y sonrió. Ella lo saludó con un cortés movimiento de cabeza antes de bajar la mirada y seguir su camino.

Le divirtió descubrir que el corazón le latía un poco más deprisa, y no porque se sintiera amenazada. «¡Qué hombre tan apuesto! Lo cierto es que si mi padre lo eligiera como esposo para mí, me costaría bastante negarme.»

Al cabo de un momento, echó un vistazo por encima del hombro. Vora le tiró del brazo, pero Stara alcanzó a ver que el hombre aún la observaba.

—¡No hagáis eso! —masculló la mujer—. Lo interpretará como una invitación.

—¿Una invitación a qué? —preguntó Stara. ¿Había alguna manera de que una mujer pudiera tener un amante en Sachaka? Seguramente no si estaba casada, pero ella seguía soltera...

—A hablar con vos —siseó Vora. Arrastró a Stara hasta dar la vuelta a la siguiente esquina.

—¿Solo a hablar? ¿Y eso qué tiene de malo?

Vora exhaló un breve suspiro de exasperación, mirando nerviosamente a las personas que las rodeaban.

—No puedo explicároslo aquí, ama. Mientras no tengáis claro con quién podéis hablar sin correr riesgos, no deberíais hablar con nadie. Podríais acabar conversando con uno de los enemigos de vuestro padre, u ofendiendo a alguno de sus aliados.

—¿Cómo voy a saber con quién puedo hablar sin correr riesgos, si no conozco a nadie?

—Yo os diré los nombres y las familias. —Vora frunció el entrecejo y echó una mirada hacia atrás. En ese momento, el hombre atractivo salió de un puesto que estaba unos pasos por delante de ellas. Se volvió y, al ver de nuevo a Stara, sonrió—. Tenéis mucho que aprender. Ya llegaremos a...

—Perdonad, pero ¿no sois por ventura la hija del ashaki Sokara?

Stara asintió con una sonrisa.

—Así es.

—Entonces es un placer conoceros —dijo el hombre—. Soy el ashaki Kachiro. Mi casa está junto a la vuestra, por el lado sur.

—Ah, así que sois nuestro vecino. —Miró a Vora, que tenía los ojos fijos en el suelo—. Me llamo Stara..., y también es un honor para mí conoceros, ashaki Kachiro.

—Veo que no habéis comprado nada —dijo Kachiro—. ¿Es que nada de lo que veis aquí os complace?

—Solo estoy para una ojeada para ver que se vende aquí. Es interesante porque hay productos difíciles de conseguir en Capia que abundan aquí, y viceversa, así como las diferencias de precios. —Cuando ella se acercó a un puesto, él se apartó para dejarla pasar y luego comenzó a caminar a su lado. A Stara le hizo gracia darse cuenta de que se sentía halagada por ello. «Me está dedicando más atención en unos minutos que mi padre en todo el tiempo desde que llegué»—. Es evidente que algunos productos se echan a perder demasiado fácilmente para exportarlos, pero aquí hay algunas baratijas que se venderían bien en Capia.

—¿Así que os interesa el comercio?

—Sí. Mi madre me enseñó a ayudarla con la rama elynea del negocio de mi padre.

Estaba segura de que no estaba revelando demasiada información. No había especificado su grado de participación ni el de su madre. Si a los hombres sachakanos no les gustaba tratar con mujeres, desvelar que su madre dirigía parte del negocio de su padre tal vez supondría una humillación para él y ahuyentaría a sus clientes.

—¿Puedo preguntaros qué baratijas creéis que se venderían?

—Podéis preguntar —dijo ella, sonriendo—, pero yo sería una tonta si respondiera.

Él soltó una risita.

—Me doy perfecta cuenta de que no sois tonta.

Al notar que le tiraban del brazo, ella se puso seria. Desoír por completo las advertencias de Vora también sería una tontería.

—Ha sido un placer conoceros, ashaki Kachiro; pero ahora debo regresar a casa. Espero volver a veros en el futuro.

Él asintió con aire pensativo. Cuando Stara empezó a alejarse, él dio un pequeño paso hacia ella.

—Yo también iba a marcharme ya. Puesto que somos vecinos..., os invito a regresar conmigo, en mi carruaje. Es más seguro para una mujer viajar acompañada, incluso en la ciudad, y detestaría que os ocurriese algo.

Stara vaciló. ¿Era más prudente rehusar o aceptar? ¿Sería una grosería rechazar su ofrecimiento? La charla había sido agradable, pero ella no tenía tanta debilidad por los hombres guapos y encantadores como para subir a su coche de un salto a la primera ocasión que se presentara. Volvió la vista hacia Vora. Para su sorpresa, la mujer parecía indecisa. Finalmente, esta hizo un leve gesto de asentimiento seguido de una mirada de advertencia. Stara posó los ojos de nuevo en Kachiro.

—¿Puede acompañarme mi esclava?

—Por supuesto. Y sin duda querréis que vuestro carruaje nos siga.

—En ese caso, acepto, ashaki Kachiro.

Siguieron conversando en un tono reconfortantemente distendido mientras salían del mercado con paso tranquilo, daban órdenes a los esclavos y se acomodaban en el interior del carruaje de Kachiro. Él mostraba un interés halagador por la vida de Stara en Elyne y parecía impresionado por sus conocimientos de comercio. Por otro lado, no tenía reparos en hablar de su propia vida y sus negocios. Para cuando llegaron frente a la puerta de la mansión de su padre, ella había aprendido un poco sobre el cultivo de la mostaza silvestre y su uso para la elaboración de aceite.

Él detuvo el carro allí, sin embargo, y acompañó caballerosamente a Stara y a Vora hasta su vehículo antes de seguir su camino hacia su casa. Mientras los esclavos conducían el carruaje a través de las puertas, Stara miró a Vora con expresión inquisitiva.

—Bueno, ¿por qué no ha querido entrar?

Aunque Vora tenía la frente arrugada, solo parecía ligeramente preocupada.

—El ashaki Sokara no lo aprecia mucho, ama. No sé por qué. No es su enemigo ni su aliado. —Sus labios se contrajeron—. Aun así, contad con que estará disgustado.

—¿Y qué crees que hará? ¿Prohibirme que salga de nuevo?

—Seguramente, aunque eso lo habría hecho de todos modos.

Stara reflexionó sobre ello y se preguntó cómo podía convencer a su padre de que no la castigara mientras se apeaban y entraban en la mansión. ¿Había aprendido algo de Kachiro que pudiera ser de interés para él? Creía que no. A menos que tuviera necesidad de informarse sobre la mostaza silvestre.

Cuando se acercaban a sus aposentos, ella notó un cansancio agradable y descubrió que estaba deseando relajarse durante la tarde.

—Es justo lo que necesitaba —le comentó a Vora—, un cambio de aires, tomar un poco el fresco y... —Se interrumpió, pues había advertido que había alguien en su habitación. Su padre. Con el rostro ensombrecido por la ira.

—¿Dónde has estado?

Ella guardó silencio por un momento al percibir la rabia en su voz, pero se contuvo a tiempo para no dar un respingo. «Soy una mujer de veinticinco años, no una niña», se dijo.

—En el mercado, padre —respondió—. Pero no hay por qué escandalizarse. No he comprado nada.

—Déjanos —le ordenó él a Vora—. Stara, deberías haberme pedido permiso.

—Ya no soy una criatura, padre —le recordó Stara con suavidad mientras Vora se retiraba—. No necesito que nadie me lleve de la mano.

—Eres una mujer —espetó él—. Y estamos en Sachaka.

—Nadie me ha molestado —le aseguró ella—. He ido con esclavos...

—Que no habrían podido hacer nada para defenderte —la cortó su padre—. No olvides que aquí los hombres libres son en su mayoría magos.

—¿Y salvajes incontrolados? —inquirió ella—. Seguro que aquí hay leyes que prohíben hacer daño a los demás. De lo contrario, el miedo a las represalias disuadiría a los criminales, ¿no?

Él la contempló con fijeza.

—¿Es verdad lo que me dicen los esclavos, que has dejado que el ashaki Kachiro te trajera a casa? —preguntó él en voz baja.

Ella parpadeó desconcertada ante el cambio de tema.

—Sí.

—Has hecho mal.

Stara repasó mentalmente todas las posibles excusas: que Kachiro había querido protegerla, o que ella no sabía si lo correcto era acceder o desairarlo, o que el hombre era su vecino, o que Vora no le había indicado que no lo hiciera. En vez de ello, optó por esperar a que él le revelara qué le inquietaba de Kachiro para decidir cuál sería su mejor defensa.

—¿Por qué?

Su padre cruzó la habitación y se detuvo ante ella. Curiosamente, clavó la mirada encima de sus ojos, como si escrutara el interior de su cabeza.

—¿Qué le has dicho?

Ella se encogió de hombros.

—Le he hablado un poco de mi vida en Elyne. Le he contado que mamá y yo te ayudábamos con el negocio, pero no que ella estaba al cargo; que había productos en el mercado que se venderían bien en Elyne, pero no he dicho concretamente qué productos; que... No me estás escuchando, ¿verdad? —Él no despegaba la vista de su frente. Stara sacudió la cabeza y suspiró—. Yo encuentro una nueva posible fuente de ingresos para ti, y tú ni siquiera me escuchas.

—Tengo que saber qué le has dicho —aseveró él, más para sí que para ella. Extendió los brazos y sujetó su cabeza entre las manos.

—Padre —dijo Stara, intentando soltarse, pero él apretó con más fuerza—. ¡Ay! Padre...

De pronto, toda su atención se vio atraída hacia el interior y ella cobró conciencia de algo en su mente que no debía estar allí. Era la presencia de su padre, que irradiaba suspicacia, ansiedad e ira. A una orden suya, el cerebro de Stara empezó a evocar sus recuerdos del día: toda su frustración por la ausencia de su padre, hasta la menor de sus preocupaciones por su madre, toda la información que había recabado en el mercado, cada uno de los consejos y advertencias inútiles de Vora y, por último, todas las palabras que había cruzado con Kachiro. Incluso la atracción que había sentido hacia él.

«¡Me está leyendo la mente! No lo creía capaz de algo así. Ni siquiera me ha pedido mi consentimiento. ¿Se lo habría dado? ¡Por supuesto que no! Es mi padre. Se supone que debe confiar en mí. No he hecho nada, salvo charlar con su vecino. ¡No merezco que me trate así!»

Él ahondaba en su mente, buscando información cada vez más personal. ¿Se había acostado alguna vez con un hombre? ¿Se había quedado embarazada? ¿Cómo lo había evitado? Era información privada, que no le concernía.

En ese momento, ella supo que nunca volvería a confiar en él. El cariño se marchitó y dejó paso al odio. El respeto pereció ante una rabia intensa, ardiente. El lazo de lealtad que ella había mantenido con él durante toda su vida y que había sido puesto a prueba recientemente se rompió.

Él sin duda lo vio, lo sintió. Pero ella no percibió el menor indicio de vergüenza o arrepentimiento. Por el contrario, él seguía hurgando, y Stara sabía que debía detenerlo. «Tengo que hacerlo salir de mi mente ¡ahora mismo!»

Se dispuso a utilizar la magia. Su padre se echó hacia atrás al darse cuenta de lo que ella estaba haciendo y perdió el control sobre su mente en el momento en que le soltó la cabeza. Stara retrocedió y, cuando él tendió los brazos para agarrarla de nuevo, ella las apartó con un manotazo de autoridad.

Sokara fijó en ella una mirada calculadora. Una oleada de temor la invadió al percatarse de que él estaba preguntándose si intentarlo de nuevo, esta vez con magia. Ella sabía que no saldría bien parada. Su padre era un mago superior completamente entrenado. Stara, que había aprendido magia conforme se le presentaba la oportunidad, no sabía cómo absorber energía de otros, y menos aún cómo mantener una reserva de energía almacenada.

El fuego en la mirada de Sokara se atenuó. Ella esperaba que eso fuera señal de que había decidido no volver a escarbar en sus pensamientos y recuerdos. Tal vez no había visto lo suficiente para conocer el alcance de sus poderes...

—Tu madre debería haberme avisado que habías aprendido magia —dijo él, con repugnancia y un ligero dejo amenazador en la voz.

—Ella no lo sabe.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Estaba esperando el momento oportuno.

El semblante de su padre no se suavizó.

—Ahora no vales prácticamente nada como esposa ni como hija —afirmó él. Con una expresión fría y adusta, se dirigió hacia la puerta y pasó junto a ella sin mirarla.

—Lo aprendí de ti —replicó ella. Él se detuvo en el vano de la puerta—. Como todo lo demás. Todo lo hacía por ti. Creía que de ese modo podría ayudarte con el negocio.

Sin volverse ni decir una palabra, Sokara se alejó con paso decidido.

Ella se sumió en un silencio cargado de aturdimiento y dolor. Sentía un vacío en lo más hondo, pero, al mismo tiempo, sentía que una ira fría e implacable crecía en su interior, colmando ese hueco. «¿Cómo se atreve? ¡A su propia hija! ¿Es posible que nunca me haya querido?»

Al notar que las lágrimas se le agolpaban en los ojos, corrió hasta la cama y se arrojó sobre ella. Sin embargo, los sollozos que esperaba no llegaron. En cambio, aporreó las almohadas con frustración y rabia, recordando sus palabras: «Ahora no vales prácticamente nada como esposa ni como hija». Se tendió boca arriba y contempló el techo. Casarla por conveniencia era lo único que importaba a su padre. «En ese caso, acabo de cobrarme la mejor venganza posible contra este estúpido país.» Le daba igual que nadie quisiera casarse con ella.

Pero no era verdad. En realidad, soñaba con encontrar al hombre ideal, alguien que valorara sus talentos y tolerara sus defectos. Como todas las mujeres.

Y si no se casaba, tal vez quedaría encerrada en aquellos aposentos para el resto de su vida.

Unos pasos resonaron en la habitación. Irguió la cabeza y vio que Vora se acercaba. Aunque mantenía una expresión tranquila, Stara percibió signos tanto de ansiedad como de preocupación antes de que la mujer se postrara ante ella. «Cada vez la conozco mejor», pensó. Dejó caer la cabeza de nuevo sobre la cama.

—Ah, Vora. Acabo de llevarme la gran alegría de descubrir que no soy solo una posesión, sino una posesión inútil.

La cama se movió ligeramente cuando Vora se sentó en el borde.

—Lo que es inútil para una persona puede ser muy valioso para otra, ama.

—¿Esa es tu forma de decirme que mi esposo podría resultar más cariñoso que mi padre? No sería difícil.

—No exactamente, pero no me parece mal que lo interpretéis así. —Vora suspiró—. En fin. Tenéis poderes mágicos.

Stara se incorporó y escrutó el rostro de la vieja esclava.

—Con que escuchando detrás de las puertas, ¿no?

Vora esbozó una sonrisa.

—Solo por vuestro bien, como siempre, ama.

—Entonces has oído lo que ha dicho. ¿Por qué el hecho de poseer dotes mágicas hace que una mujer sachakana sea inútil como esposa?

Vora se encogió de hombros.

—Se supone que a los hombres no deben gustarles las mujeres poderosas. Lo cierto es que no todos son así. Pero deben disimularlo para ganarse el respeto de los demás. Recuerda lo que te he dicho: todos somos esclavos.

Stara asintió.

—Si no tengo utilidad para él..., supongo que ya no existe la menor posibilidad de que me deje ayudarlo en el comercio. ¿Crees que me enviará de vuelta a Elyne?

Vio que una expresión asomaba por unos instantes a los ojos de Vora. Esperaba que no fuera de consternación.

—Tal vez. Ahora mismo sería peligroso, estando la frontera cerrada y los ichanis campando por sus respetos. Quizá solo reconsiderare con quién va a casaros. Confío en que no elija a uno de aquellos hombres a los que les gusta quebrantar el espíritu de las mujeres, sino a alguien tan deseoso de tener una esposa bonita que no se molestará demasiado ante un poco de resistencia mágica.

Stara hizo un gesto de desagrado y apartó la mirada.

—¿Y no podría ser alguien a quien yo no quisiera resistirme?

—¿Creéis que podéis arreglar las cosas con vuestro padre?

«Su propia hija...» Stara notó de nuevo que la furia bullía en su interior.

—Tal vez solo en apariencia.

—¿Sabéis... sabéis cómo matar a un hombre al acostaros con él? —Por un momento, Stara no daba crédito a lo que Vora acababa de preguntarle. Entonces clavó la vista en ella. Vora escudriñó los ojos de Stara y luego asintió—. Supongo que no. Tengo entendido que es una habilidad relacionada con la magia superior. —Vora se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. Pediré que os traigan un poco de comida y vino.

Mientras los pasos de la esclava se alejaban por el pasillo, Stara reflexionó sobre lo que la mujer le había preguntado. «De modo que es posible matar a alguien de esa manera. El problema es que, para ello, una tiene que irse a la cama con alguien a quien odia lo suficiente para querer matarlo. Pero supongo que si alguien me forzara, mi ansia de acabar con él sería así de intensa.»

Maldijo a Vora en voz baja. Por desgracia, cada vez que Stara se enteraba de que era posible hacer algo por medio de la magia, se moría de ganas de aprender a hacerlo. Y, teniendo en cuenta la situación en que se encontraba, su deseo de adquirir esa habilidad en particular no estaba alimentado solo por la curiosidad.

Pero ¿quién se lo enseñaría?

Tessia suspiró. Durante la última semana, los aprendices habían tenido que madrugar a diario para recibir lecciones de uno o más magos. Por lo general, al principio solo había un profesor, pero con frecuencia otros magos salían de sus tiendas para observar y hacer comentarios, lo que a veces acababa con uno de ellos haciéndose cargo de la clase para aportar algo que complementaba la lección original o, en una ocasión, provocando una discusión.

—... alguna forma de continuar así después de ocuparnos de los invasores —dijo una voz.

Tessia resistió la tentación de volverse a mirar a los magos que cabalgaban detrás de ella, para que no se percataran de que estaba escuchando.

—Lo dudo. Nunca se había dado este grado de colaboración, y me temo que cuando esto acabe, volveremos a las sospechas y los secretos de siempre.

—Pero esto es mucho más eficiente. He aprendido nuevas técnicas. No tenía idea de que había tantas lagunas en mi formación.

—O en la mía. —Se oyó un suspiro melancólico—. Si hubiera una manera de mantener...

—Tenemos que encontrar una manera. Los sanadores tienen su gremio. He oído sugerencias de que deberíamos fundar el nuestro, así que...

Cuando las voces se apagaron, Tessia miró a Jayan para ver si había escuchado la conversación. Estaba sonriendo, con los ojos muy vivos.

—¿Crees que uno de los aprendices le ha comunicado tu idea a su maestro? —preguntó ella.

Él fijó la vista en Tessia y enderezó la espalda.

—Tal vez.

Tessia se encogió de hombros.

—A lo mejor los magos han llegado a esa misma conclusión por sí solos. Tarde o temprano tenía que pasar.

Él le dirigió una mirada de reproche.

—¿Tú crees?

Tessia sonrió.

—Sería mucha casualidad, ¿verdad?

—Sí —dijo él con firmeza—. Además, no han tenido tiempo para meditarlo a fondo.

Unas noches atrás, Jayan le había expuesto sus ideas sobre un gremio de magos en el que se compartieran los conocimientos y los aprendices recibieran clases de todos los magos, no solo de sus maestros. Llevarían insignias que acreditarían su pertenencia al gremio, como las que llevaban los miembros del Gremio de Sanadores, a fin de que los clientes tuvieran una garantía de que poseían una buena formación.

Sus planes incluían separar a los miembros del gremio en dos o tres grupos o a competir entre sí para estimular la invención y el desarrollo de poderes. Ella había objetado que eso también podía provocar divisiones y conflictos, y había propuesto un sistema escalonado para los aprendices basado en sus niveles de habilidad y conocimientos. Entonces Jayan había decidido que quienes estaban en el mismo nivel podían competir individualmente o por equipos.

Ella había sugerido que los magos podían concentrarse en un tipo de habilidad en concreto para explorarlo y ahondar en él. Unos podían perfeccionar sus habilidades de lucha y defensa, otros estudiar técnicas de construcción de puentes y edificios. Tessia veía en esto último una manera de garantizar que todas las estructuras del país fueran seguras, pues impulsaría a los magos a supervisar sus obras.

Otros aprendices se habían acercado para unirse a ellos, y Tessia se había sentido vagamente desilusionada. Había sido la primera conversación larga con Jayan que había disfrutado de verdad y en la que ambos estaban de acuerdo e igual de entusiasmados. Cuando él había contado su idea a los otros aprendices, ella había quedado desconcertada, aunque no sabía muy bien por qué.

«No creo que fuera porque la presentó como una idea exclusivamente suya —pensó—. Ni porque era algo entre él y yo que de pronto compartió con todos los demás. No, era más una sensación de inquietud que de irritación. Me preocupaba que si revelaba su idea a la gente demasiado pronto, antes de que estuviera totalmente desarrollada, los demás olvidaran a quién se le había ocurrido en un principio.»

Más adelante, el bosque retrocedió poco a poco de las orillas del camino y ellos se adentraron en un pequeño valle parcelado en sembradíos. El estado de los cultivos desmoralizó a Tessia. En algunos campos no se había realizado la cosecha; otros, que nunca habían sido cultivados o no habían recibido los cuidados necesarios, estaban cubiertos de malas hierbas. Muchas de las plantas estaban secas y marrones, muertas por falta de riego. Lo más frustrante de aquella infrutilización residía en que los sachakanos nunca habían llegado tan al sur. La gente había huido sin motivo.

Los magos habían abandonado por el momento la persecución de los sachakanos y estaban regresando a las tierras bajas para encontrarse con los refuerzos enviados por el rey. Tessia estaba deseando dormir de nuevo en una cama de verdad y comer mejor. Por encima de todo, ansiaba librarse del miedo que la atormentaba constantemente. Podría relajarse, sabiendo que no tenían que temer que los sachakanos los atacaran en cualquier momento.

Cuando avistó unas siluetas oscuras en el campo que tenían delante, Tessia hizo una mueca. A lo largo del viaje se habían topado con animales que agonizaban a causa del hambre o la sed. Oyó las palabrotas de los magos y añadió las suyas en voz baja.

Entonces cayó en la cuenta de que quienes iban en cabeza espoleaban a sus caballos hacia delante. Se le hizo un nudo en el estómago. Ninguno de ellos se daría tanta prisa para examinar a unos animales muertos. Cuando miró de nuevo las siluetas oscuras empezó a distinguir formas humanas.

—¿Cuándo creéis que ha ocurrido? —oyó que Werrin le preguntaba a Dakon.

—No hace mucho. Un día, a lo sumo. —Dakon miró alrededor y al final posó los ojos en ella. Su expresión entrañaba una pregunta lúgubre. Conteniendo un suspiro, ella hizo avanzar su caballo junto al de él y bajó la vista hacia el primer cadáver, obligándose a fijarse solo en el color de la piel y el estado de la carne.

—Más de medio día —dictaminó.

—Estas personas no van lo bastante abrigadas para salir de noche —dijo Narvelan. Se había desplazado hasta el campo y cabalgaba de un lado a otro, mirando a derecha e izquierda. Regresó al camino e hizo que su caballo describiera un círculo completo—. Tampoco llevan zapatos lo bastante buenos para caminar largas distancias. Creo que llevaban carretas, seguramente robadas. Hay senderos de curren pisado que parten en todas direcciones desde este punto. Sin duda vieron a sus atacantes y se dispersaron.

—¿Había más de un atacante? —inquirió Werrin.

—Tenía que haberlo. A todos los han matado con magia superior. Un solo atacante habría tenido que juntarlos para matarlos de uno en uno. Esto parece obra de al menos cuatro o cinco.

—Si estas personas se dispersaron, es posible que alguien haya conseguido escapar —señaló Werrin—. Deberíamos seguir todos los senderos para ver si hay alguno que no termine en un cadáver.

Magos y aprendices se miraron con muda consternación. Cada mago eligió un sendero y, con los aprendices a la zaga, empezaron a recorrerlos a caballo. Cuando descubrían un cuerpo se oían gritos de «lo hemos encontrado». Dakon siguió adelante hacia una hilera de árboles. Tessia oyó el rumor de agua que corría y se percató de que se dirigían hacia un arroyo.

Justo antes de llegar al riachuelo, dieron con el creador del sendero. Estaba tumbado boca abajo sobre un tronco. Volvió la cabeza a un lado y alzó la mirada hacia ellos, con ojos llenos de espanto y dolor. Respiraba de forma entrecortada y trabajosa.

—¡Está vivo! —exclamó Jayan.

Bajaron de un salto al suelo y se acercaron al hombre. Dakon se puso en cuclillas y le habló en tono tranquilizador. Poco a poco, el miedo en el semblante del hombre cedió el paso a la esperanza.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nos han dicho que nos fuéramos —susurró el hombre—. Magos. Sachakanos. En el camino. —Hizo una pausa, pues saltaba a la vista que el esfuerzo de hablar le resultaba doloroso—. Ellos... Elia. Me dijo... que siguiera corriendo... luego... me hirieron...

Tessia lo examinó con delicadeza.

—¿Qué te duele?

—Espalda —jadeó él—. Los costados. Todo.

Ella le palpó el cuerpo suavemente. Tenía varias fracturas en las costillas, algunas causadas por un impacto posterior y otras por su caída sobre el tronco, dedujo ella.

—Vamos a sacarte de aquí —dijo Tessia.

Lo envolvió en magia, lo bajó del tronco y lo tendió de espaldas. Él soltó un fuerte gruñido, con los ojos muy abiertos y la respiración agitada. «Al menos no hay señales de que las costillas hayan perforado el pulmón. Es un hombre muy afortunado.»

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó Jayan.

Tessia lo miró, frunciendo el entrecejo, y en ese instante Dakon la salvó de tener que elegir entre mentir o manifestar sus dudas delante del herido.

—¿Has visto hacia dónde han ido después?

—Te... Tecurren.

Dakon se irguió, con arrugas de preocupación en el rostro.

—Debería decírselo a los demás. —Miró en torno a sí—. No estarás a salvo si te quedas aquí. Tal vez uno haya quedado rezagado.

—Lo dudo, si se dirigen a Tecurren —dijo Jayan—. Después de Mandryn, no habían elegido un objetivo tan grande o alejado de las montañas. Si algunos de ellos están por aquí, no se arriesgarán a que ocho magos los descubran.

Dakon miró a Jayan, luego a Tessia, y asintió.

—No te queda mucho tiempo. Werrin querrá ir a Tecurren lo antes posible.

—No tardaré mucho —le aseguró Tessia.

Dakon se alejó a grandes zancadas, y Jayan se levantó.

—Iré a buscar tu bolsa.

—Gracias —dijo ella.

Mientras Jayan se dirigía a toda prisa hacia su caballo, Tessia centró su atención en el herido. Él le devolvió la mirada. Normalmente habría pensado que era imposible salvarlo en el tiempo de que disponía. Casi todos los pacientes a quienes su padre había atendido por tener las costillas rotas habían muerto de todos modos, pese a que los había tratado pronto y sus heridas eran menos graves.

Pero ella contaba con la magia. Si la usaba, no tendría que abrirlo. Podía mover los huesos y oprimir las vías del pulso. Colocó las manos sobre el pecho del herido, cerró los ojos y se concentró en la carne debajo de la piel.

De inmediato supo que el daño era peor de lo que había supuesto en un primer momento. Casi todas las costillas estaban hechas añicos. Aunque los huesos no habían atravesado los pulmones, habían desgarrado vías de pulso y otros órganos. Invocó su reserva de magia, la proyectó en el interior del hombre e intentó apretar una de las vías de pulso reventadas hasta cerrarla.

El hombre soltó un alarido ahogado de dolor. Ella retiró su magia y se quedó mirándolo de nuevo, pensativa. Lo que tenía que hacer resultaría extremadamente doloroso. Unos pasos que sonaron detrás de ella la distrajeron. Suspiró aliviada cuando Jayan se dejó caer a su lado con la bolsa de su padre, que chocó ruidosamente contra el suelo.

—Ten cuidado con eso —le pidió ella. La abrió y extrajo su remedio más potente contra el dolor. Para su sorpresa, Jayan le quitó el frasco de las manos.

—Ya me encargo yo de hacer la mezcla —se ofreció—. Tú solo dime las proporciones.

Siguió cuidadosamente las instrucciones de Tessia mientras ella rasgaba la ropa del hombre, le administraba la dosis y lo observaba con impaciencia esperando que surtiera efecto. Tessia le posó de nuevo las manos sobre el pecho.

Tras invocar su magia, constriñó las vías de pulso rotas y recolocó en su sitio los huesos fracturados. Sin embargo, incluso mientras trabajaba sabía que no sería suficiente. Ya había demasiada sangre derramada en su interior y demasiado poca en sus vías de pulso. La carne rajada no podía mantenerse cerrada por medio de la magia durante el tiempo necesario para que sanara. «Ojalá pudiera acelerar el proceso de sanación», pensó ella.

Mientras le extraía sangre al hombre a fin de dejar espacio para sus órganos, sabía que ya había perdido mucha. De pronto, una convulsión recorrió el cuerpo del herido. Ella percibió que los ritmos esenciales para la vida se volvían irregulares y después se paraban.

Cuando la llamada de Dakon interrumpió sus pensamientos, no estaba segura de cuánto tiempo llevaba contemplando al muerto, pensando cómo habría podido salvarlo. «Debe de haber una manera.»

—Vamos, Tessia —dijo Jayan con una delicadeza impropia de él—. Tenemos que irnos. Has hecho lo que has podido. —Bajó la vista—. Aunque primero será mejor que te laves las manos.

Ella se miró las manos ensangrentadas y asintió. Se acercó al arroyo, se acuclilló y dejó que el agua se llevara la suciedad. Jayan recogió la bolsa de su padre y se quedó esperándola.

Ella dirigió una última mirada meditabunda y apesadumbrada al fallecido y cruzó el campo para unirse a los magos.

Ocho magos y otros tantos aprendices aguardaban a la orilla del bosque, mirando en silencio el grupo de casas que se encontraba a varios pasos de allí. La quietud reinaba en la aldea. Ninguno de los edificios presentaba daños visibles. Era una escena de calma engañosa que podría haber sido una trampa mortal para cualquier visitante o viajero que estuviera de paso.

«¿Habría sucedido lo mismo en Mandryn si Takado hubiera tenido la intención de quedarse y ocupar el pueblo? —se preguntó Dakon—. ¿Mató a mi gente y destruyó mi hogar solo para lanzar un mensaje? ¿Ese mensaje estaba dirigido exclusivamente a mí o era una demostración de lo que puede hacer?»

Una familia que había conseguido esconderse de los sachakanos y escabullirse por la madrugada había explicado a los magos lo sucedido en Tecurren. El relato que habían referido, turnándose para retomar el hilo de la historia cuando al narrador le fallaba la voz, había reavivado en Dakon el horror y la rabia que lo habían invadido cuando se había enterado de lo que le había ocurrido a su gente. Junto con el horror y la rabia lo embargó un sentimiento de culpa y frustración de pensar que no podría haber hecho nada por evitarlo. No le proporcionaba el menor consuelo la certeza de que a Jayan, a Tessia y a él los habrían torturado y asesinado junto con todos los demás si no hubieran estado ausentes.

No obstante, ninguno de los cuatro sachakanos que se habían adueñado de Tecurren se ajustaba a la descripción de Takado. Su líder era el más cruel y atormentaba a sus víctimas después de arrebatarles su energía y a continuación desmembrarlas.

«Me resulta conocido —pensó Dakon taciturno—, aunque no podemos dar por sentado que solo hay un sachakano con esos hábitos.»

Según los que habían logrado huir, los sachakanos se habían llevado a todas las mujeres jóvenes a la misma casa, que pertenecía al ahora difunto burgomaestre. El resto de los aldeanos que seguían con vida estaban encerrados en un salón pequeño en el que se celebraban reuniones sociales, seguramente para vaciarlos de energía todos los días. La avanzada enviada para investigar había alcanzado a entrever figuras en el interior de la casa principal, pero no se habían acercado lo suficiente para confirmar si el salón estaba ocupado. Sin embargo, no encontraron rastros de aldeanos en ninguna otra parte, aunque los esclavos de los sachakanos montaban guardia y saqueaban casas en busca de comida y bebida.

Werrin desplazó la vista de izquierda a derecha, con un gesto de asentimiento para indicar a los magos que ocuparan sus posiciones. Se dividieron en dos grupos. Separarse en unidades más pequeñas y débiles habría sido un riesgo, aunque no excesivo. No se perderían de vista unos a otros durante demasiado tiempo, y en todo momento estarían lo bastante cerca para oírse.

—Nosotros somos ocho, y ellos cuatro —había dicho Werrin la noche anterior, mientras analizaba la situación—. Los números están a nuestro favor. Por otro lado, no conocemos su fuerza, así que debemos estar listos para replegarnos en cualquier momento.

Preveían tres reacciones posibles de los sachakanos: que huyeran al verse frente a un enemigo más numeroso, que se dispersaran e intentaran tender una emboscada a los atacantes o permanecer juntos y enfrentarse cara a cara con los kyalianos. La idea de formar dos grupos se había propuesto inicialmente para evitar la primera posibilidad. Nadie quería que los sachakanos huyeran.

«Me temo que nadie quiere que sigan vivos tampoco.»

Dakon no estaba seguro de qué opinaba al respecto. Pero no podía por menos de estar de acuerdo con Werrin. Hasta que el paso fronterizo estuviera de nuevo bajo control de los kyalianos, tendrían que retener como prisionero a todo sachakano que capturaran, lo que resultaría peligroso y requeriría una atención y unos recursos que no les sobraban.

Cuando Narvelan salió del bosque y se encaminó hacia el pueblo seguido por su grupo, Dakon notó que se le aceleraba el corazón. Sin embargo, no estaba tan asustado como esperaba. En cambio, sentía un ansia teñida de cautela. «Llevamos demasiado tiempo persiguiéndolos. Me alegro de que por fin podamos entrar en acción, pero espero que no cometamos errores a causa de la frustración acumulada.»

Se aproximaron a la primera casa. No había señales de vida. Ni siquiera una patrulla de esclavos. Todo estaba en silencio. Mientras se movía en las sombras entre dos casas, a Dakon le pareció oír un grito muy débil, aunque no estaba seguro. «Habría sido cosa de mi imaginación.»

Un hombre salió de detrás del edificio.

Por un momento, todos se quedaron paralizados. Dakon vio que el desconocido no llevaba más que unos pantalones sucios. Era un esclavo.

Entonces el hombre soltó un jadeo y se dobló por la mitad. La fuerza que lo golpeó lo arrojó hacia atrás, sobre el camino principal. Dakon miró a Narvelan y a los otros magos. Todos menos Bolvin hicieron lo mismo. El mago alto se encogió de hombros.

—Me ha dado un susto.

Más adelante, en el camino, sonó un grito.

—¿Habrán visto al grupo de Werrin? —murmuró Narvelan, asomándose a la esquina de la casa—. Creo que sí. Ahora veremos si huyen o luchan.

Magos y aprendices esperaron. Les llegaron más gritos procedentes de la aldea. Los alaridos lejanos cesaron, y a Dakon el estómago se le encogió. No habían sido imaginaciones suyas.

De pronto, un estampido retumbó y el corazón de Dakon dejó de latir por un instante.

—La señal —musitó Tarrakin—. Vienen juntos para hacernos frente.

Sonó un estampido doble, que alertaba de una emboscada.

—¿Están aquí los cuatro? —preguntó Dakon a Narvelan, que seguía mirando al otro lado de la esquina.

—No. Son solo tres. El otro podría estar haciendo lo mismo que nosotros, intentando acercarse sigilosamente a sus adversarios para sorprenderlos.

Por algún motivo, calificar a los sachakanos de «adversarios», como si fueran meras piezas de una partida, sonaba ridículo e inadecuado. Narvelan retrocedió de la esquina.

—Werrin está listo para salir. Necesitamos posicionarnos detrás de los tres principales, pero tendremos que estar atentos por si aparece el cuarto que falta.

Corriendo de un edificio a otro y ocultándose, se situaron detrás de la línea de magos sachakanos que avanzaba por la calle.

—¡Salid y dad la cara, cobardes! —bramó uno de los sachakanos—. Sabemos que estáis aquí.

El corazón de Dakon dio un brinco cuando un azote salió disparado de detrás de un edificio y se detuvo bruscamente a un brazo de distancia del líder de los sachakanos. Su escudo emitió un destello, revelando que solo lo cubría a él.

—Se están escudando solo a sí mismos —murmuró Narvelan.

—¡Werrin ha salido! —exclamó Tarrakin.

En efecto, el otro grupo de kyalianos había aparecido. Se desplegaron a través del camino, como para cerrar el paso, e iniciaron su avance, los magos delante y los aprendices unos pocos pasos por detrás. Los sachakanos lanzaron varios azotes, pero los escudos de los kyalianos resistieron. El aire crepitó cuando ambos bandos intercambiaron rayos de energía.

Dakon sabía que, en teoría, las refriegas como aquella terminaban cuando uno de los bandos agotaba su energía antes que el otro. Esto solo ocurría cuando ambos bandos confiaban en la superioridad de sus fuerzas o subestimaban las del enemigo. Sin embargo, a menudo el factor decisivo estaba en los ardides, como que el grupo de Narvelan aguardara el momento oportuno, o que utilizara la magia de un modo nuevo.

—Parecen lo bastante distraídos —dijo Narvelan, echando una ojeada hacia atrás—. Es el momento.

Tal como habían planeado, Dakon y los otros magos se arracimaron detrás de Narvelan y posaron las manos sobre sus hombros. Dakon se preparó para absorber energía y lanzarla a una señal de Narvelan.

Sonaron unos pasos cerca. Dakon oyó que Tessia inspiraba y Jayan profería una maldición. Paseó la vista en torno a sí y vio a un hombre que estaba de pie en el espacio que había entre las casas, mirándolos sorprendido. Un sachakano. Y no iba vestido como un esclavo.

—¡Ya! —rugió Narvelan.

Aunque no sabía si Narvelan había reparado en el sachakano, Dakon invocó su energía y la proyectó a través de su brazo de todos modos. El calor rozó su rostro antes de salir despedido en dirección al sachakano, que se estremeció. Su escudo resistió por un momento, antes de arrugarse hacia dentro. Su cara se ennegreció y se alargó mientras él intentaba gritar, pero el calor del azote de fuego le abrasó las cuerdas vocales al instante.

Cuando el hombre se desplomó, Narvelan barbotó una exclamación ininteligible.

—¡No creía que funcionaría tan bien!

—Por un instante, temí que no lo hubieras visto —masculló Jayan.

—Lo he visto, pero en el último momento. He pensado que más valía que acabáramos con él primero. —Narvelan dirigió la mirada hacia la batalla que seguía librándose en la calle—. Bien. Es hora de enseñarles a los demás lo que hemos aprendido a hacer.

Mientras todos se apiñaban de nuevo, Dakon sintió una pequeña punzada de ansiedad. «No puedo evitar preguntarme cuánta energía estoy gastando. ¿Cuánto durará la reserva que he acumulado? ¿Cuánto tardaré en reponerla? Supongo que esa es la gran incertidumbre que entraña la guerra mágica. —Su determinación se afianzó—. Pero prefiero acabar tan vacío de energía como un aprendiz que dejar que esos malnacidos sigan haciendo daño a los kyalianos.»

—¡Ya! —dijo Narvelan de nuevo.

La energía fluyó, y un resplandor muy tenue en el aire delató la trayectoria de su azote. Impactó en el escudo del sachakano más cercano, que soltó un chillido y se tambaleó hacia atrás, antes de quedar paralizado con los brazos en alto y el rostro crispado de esfuerzo.

—¡Más! —gritó Narvelan.

Dakon cerró los ojos y aumentó la corriente de magia que fluía de él hacia su amigo.

Oyó un aullido de rabia que provenía del camino, seguido de una carcajada triunfal de Bolvin.

—¡Otro fuera de combate!

—Y ahora, a por el último —farfulló Narvelan.

«¿El último?» Dakon abrió los ojos y tendió la mirada al frente. Dos sachakanos, uno de ellos humeante, yacían inmóviles en el camino. El líder se volvió hacia Narvelan, con la cara crispada de furia —¿o era miedo?—, y echó a andar con decisión hacia su escondrijo.

—Salgamos al descubierto —propuso Tarrakin.

—Es tentador —admitió Narvelan—, pero no queremos que nadie, ni siquiera un esclavo, nos vea utilizar el método de Ardalen a menos que sea necesario. No perdamos más tiempo. Rematémoslo.

Dakon apretó la mano contra el hombro de Narvelan e invocó más energía.

—¡Ya!

El azote detuvo al sachakano, pero no atravesó su escudo. Él contraatacó, y el impacto sacudió a Narvelan. El azote del enemigo resplandeció, revelando la piña de kyalianos escondidos en las sombras del edificio.

—No dejéis de enviar energía —dijo Narvelan con los dientes apretados—. Recordad que la necesitamos también para protegernos. —El escudo de Narvelan se ensanchó hacia delante al fortalecerse repentinamente. El mago exhaló un leve suspiro de alivio.

—Se está poniendo nervioso —dijo Jayan.

Efectivamente, el último sachakano miraba alternadamente al grupo de Narvelan y al de Werrin. Empezó a recular, alejándose de los dos.

—Lancémosle una última descarga —dijo Narvelan—, antes de que escape.

Dakon se preguntó cómo podía seguir de pie su amigo bajo la presión de tantas manos. Invocó energía. Narvelan dio la señal. La magia fluyó hacia fuera. Al mismo tiempo, un azote surgió del grupo de Werrin. El sachakano soltó un alarido, enloquecido de rabia, mientras retrocedía dando traspies.

Acto seguido, voló por el aire entre chorros de sangre, retorciéndose, cayó con un crujido y se quedó inerte.

A Dakon le zumbaron los oídos por los gritos victoriosos. Magos y aprendices lo empujaron hasta la calle, ansiosos por ver a sus enemigos caídos más de cerca. Narvelan sonreía de oreja a oreja mientras se dirigía con grandes zancadas al encuentro de Werrin. Los dos se aferraron de los brazos en un saludo formal. Dakon no alcanzó a oír lo que se decían. Vislumbró unas figuras que salieron corriendo de las casas del final de la calle y se alejaron a toda velocidad.

Esclavos. Para gran alivio de Dakon, nadie intentó fulminarlos ni evitar que huyeran. Advirtió que Tessia bajó la vista hacia el cuerpo del líder sachakano, con una mezcla de fascinación y repugnancia en el semblante. Miró a Dakon cuando se le acercó.

—La magia infiere heridas únicas y terribles —comentó.

Él contempló el cadáver. Las dos fuerzas que habían golpeado al hombre desde direcciones distintas lo habían aplastado y deformado.

—Ha muerto al instante. —Recorrió la calle con la vista—. Es mejor que lo que él ha hecho a otros. Tal vez necesite la bolsa de mi padre.

—¿Llamo a los criados? —preguntó Jayan, mirando a Dakon.

Este sintió que la euforia por el triunfo se disipaba. Por un instante se preguntó cómo podía Tessia ser tan fría y práctica. «Lo aprendió de su padre. Él no dejaba que las emociones lo ofuscaran. Pero esta habilidad nunca le hizo tanta falta como a Tessia últimamente.»

—Sí, pero consulta a lord Werrin antes.

Jayan asintió y se alejó apresuradamente. Tessia apenas se fijó en él, pues tenía la atención puesta en el pequeño salón de actos del final de la calle. Dakon esbozó una leve sonrisa. Ella buscaría a las víctimas de los sachakanos por su cuenta si él no la acompañaba. Le indicó con un gesto que lo siguiera, y juntos se pusieron en marcha para encontrar y liberar a los supervivientes de Tecurren.

Al atardecer, el grupo de Dachido llegó al campamento de Takado. El mago había sido el primero a quien Takado había sugerido que escogiese aliados y viajara por separado. Hanara creía que su amo lo había hecho porque confiaba en Dachido, mientras que Dovaka lo había hecho por decisión propia. Takado no había puesto el menor reparo. Casi pareció que lo animaba a hacerlo. Hanara sabía que no era así, y le preocupaba lo que el ichani demente pudiera hacer por su cuenta. Por otra parte, era un alivio para él pasar menos tiempo con aquel hombre.

Mientras el campamento se ampliaba, Hanara se percató de que el grupo de Dachido había crecido. Miró en torno a sí, contando, y descubrió que el número se había triplicado desde el último encuentro entre Takado y Dachido. Advirtió que entre los recién llegados había una mujer. Esta se acercó con Dachido mientras Takado se levantaba para recibir a su aliado.

—Veo que has incorporado a algunos amigos nuevos, Dachido —comentó Takado, antes de volverse hacia la mujer con una sonrisa—. Asara. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

Ella sonrió con languidez.

—En efecto. Demasiado tiempo. Si hubiera estado enterada de tus planes, tal vez te habría hecho una visita antes.

—¿Para ofrecerme tu apoyo o para disuadirme?

—Seguramente para intentar hacerte entrar en razón. Pero en ese entonces creía que el emperador Vochira era un hombre con autoridad.

Takado arqueó las cejas.

—¿O sea que ya no lo crees?

—No. —Sus ojos negros relampaguearon—. Me ha enviado aquí para que me ocupe de ti. —Se miraron fijamente con una sonrisa de complicidad.

Takado rió entre dientes.

—¿A quién pretendía insultar, a ti o a mí?

—¿Dudas que sea capaz de hacerlo?

La sonrisa de Takado se ensanchó.

—Por supuesto que no. Pero ¿qué es lo que cree él?

Ella hizo un gesto displicente.

—Qué más da —dijo—. He venido a unirme a ti, no a arrastrarte de vuelta al Palacio Imperial.

—¿Y tus acompañantes?

—Están de acuerdo conmigo y cuento con su apoyo.

Él asintió. Hanara sintió que un cosquilleo le bajaba por la espalda. «Acaba de decirle sin tapujos que su gente solo lo seguirá mientras ella lo haga. —Se mordió el labio, pensativo—. Takado seguramente decidirá que su grupo viaje por separado también. Eso significa que, de los cuatro grupos, habrá dos que no estarán totalmente bajo su control. Por otro lado, Asara es probablemente más inteligente y sensata que Dovaka. —Soltó un resoplido suave—. Aunque eso no es muy difícil.»

Dachido y Asara se dirigieron con Takado hacia la hoguera, y los otros magos se unieron a ellos. Encargaron a los esclavos las tareas de montar el campamento y servir alimentos y bebidas. Mientras trabajaba, Hanara oyó fragmentos sueltos de conversaciones. Para empezar, Asara hizo varias preguntas sobre el avance de Takado: ¿era cierto que había destruido una aldea? ¿Por qué no la había ocupado? ¿Qué ventaja tenía dividirse en grupos más pequeños?

Luego, Hanara oyó que ella preguntaba a Takado cuál sería su siguiente paso. Él desplegó una sonrisa rebotante de satisfacción pero también de ironía.

—Todavía no estoy preparado para decidirlo.

Cuando Hanara se acercó de nuevo al fuego, mantenían un diálogo confuso y enrevesado sobre unas alianzas que se rompían y otras que se formaban, favores

misteriosos y referencias vagas a asesinatos sin resolver.

—Tal vez el emperador nunca me perdona por esto —dijo ella, encogiéndose de hombros—, pero aunque he dejado de serle leal, al menos no he intentado matarlo, como otros.

—Supongo que ya sabes que eso no impedirá que pida tu cabeza.

—Por supuesto. Pero tengo la sospecha de que me envié aquí con la esperanza de que fracasara. Supongo que si eso no le importaba, tampoco le importará que me quede aquí contigo y te ayude a reconquistar Kyralia.

Takado, pensativo, abrió la boca para replicar, pero un grito procedente del bosque lo interrumpió. Todos se pusieron de pie al oír de nuevo el grito, esta vez más cerca. Entonces una esclava salió tambaleándose de entre los árboles y se arrojó a los pies de Takado.

—Muertos —jadeó—. ¡Están todos muertos!

—¿Quiénes? —preguntó Takado con brusquedad.

—Dovaka, Nagana, Ravora y Sageko. Han... han tomado una aldea, y los kyalianos han aparecido y los han matado.

Dachido masculló una palabrota. Takado lo miró por un instante antes de volverse de nuevo hacia la esclava.

—Invadieron una aldea.

—Sí.

—Y se quedaron allí. ¿No se marcharon?

—Sí. No.

—Y los kyalianos se lo tomaron a mal. Qué antipáticos.

—Han matado a Dovaka —sollozó la esclava—. Mi amo está muerto.

—Vete. —Le dio un empujoncito con el pie—. Ve a buscar algo de comida y agua para ti y descansa junto a ese árbol. Ya decidiremos qué hacer contigo más tarde.

Mientras se alejaba para cumplir estas órdenes, ella se volvió hacia Dachido y Asara. Para sorpresa de Hanara, tenía los labios curvados en una gran sonrisa.

—Ahora estoy preparado para tomar mi decisión. Mañana no viajaremos separados. Nos desplazaremos hacia el sur juntos. Arrasaremos con todo y nos fortaleceremos por el camino. Pero avanzaremos despacio para que aquellos que crucen todavía el paso fronterizo puedan alcanzarnos. Someteremos Kyralia, pueblo a pueblo, mago a mago, hasta que sea toda nuestra.

Se impuso un silencio mientras todos los magos clavaban la vista en Takado, sorprendidos. Prorrumpieron en aclamaciones y alzaron sus copas para mostrar su entusiasmo. Asara miró a Dachido por unos instantes, luego se encogió de hombros y alzó también su copa. Dachido la imitó, contemplando a Takado con admiración reflexiva.

«¡Dovaka ha muerto! —pensó Hanara mientras se apresuraba a llenar de nuevo la copa de Takado—. El demente ha muerto. ¿Era eso lo que Takado había planeado desde un principio? ¿Simplemente quería librarse de Dovaka, y dejar claro a sus otros aliados por qué debían seguir sus consejos y obedecer sus órdenes? O tal vez necesitaba que los kyalianos mataran a algunos sachakanos para contar con todo el apoyo de sus aliados. Y si algunos sachakanos tenían que morir, más valía que fueran aquellos de los que él no podía fiarse...»

A Hanara la cabeza le daba vueltas por el asombro. No cabía duda de que su amo era un genio. Había perdido solo a cuatro aliados, pero había ganado mucho más.

Durante toda la noche, Jayan no pudo dejar de pensar que estaba acostado en la cama de un muerto.

En vez de hacinar a todos los magos en la casa del burgomaestre, los aldeanos habían encontrado espacio para ellos en las casas deshabitadas de la aldea. Jayan había estado deseando dormir en una cama de verdad, pero ahora que sabía que Dakon, Tessia y él estaban alojados en casa de una familia que había muerto, no podía relajarse.

Al principio se quedó tumbado, despierto, reviviendo en su memoria los sucesos del día. Al cabo de un rato logró dormirse, pero las pesadillas le espantaban el sueño una y otra vez.

«Hemos vencido —pensó—. ¿Por qué estoy teniendo pesadillas?»

Quizá fuera el recuerdo de los cuerpos de los aldeanos torturados por los sachakanos el que llevaba su mente por rincones oscuros, o el de las historias que contaban los supervivientes, los ojos llenos de angustia de las mujeres rescatadas de las habitaciones en que las había encerrado el enemigo, algunas de ellas demasiado jóvenes para haber tenido que vivir una experiencia tan terrible.

O tal vez fuera la batalla en sí, aterradora y emocionante a la vez, lo que excitaba su mente hasta el punto de no dejarlo dormir. No podía evitar analizarlo todo, cada paso, cada decisión. Pero había otro pensamiento que no conseguía desterrar de su cabeza y que lo alteraba más de lo que esperaba.

«Ha sido la primera vez que he matado a alguien. Bueno, solo he aportado un poco de la energía, no he lanzado el azote, pero aun así he participado en la muerte de otras personas.»

No era el sentimiento de culpa o el arrepentimiento lo que lo atormentaba. Los sachakanos eran invasores. Habían matado kyalianos. Y, después de ver lo que los sachakanos habían hecho a los aldeanos, Jayan sabía que no habría vacilado en asestar los golpes mortales él mismo.

Pero no podía evitar sentir que algo había cambiado en su interior, y no estaba seguro de que fuera para bien. Albergaba rencor hacia los sachakanos —hacia todos los invasores— por haber ocasionado ese cambio. No había vuelta atrás ni forma alguna de deshacerlo. Irónicamente, esto intensificaba su deseo de expulsarlos de Kyalia, aunque para ello hiciera falta volver a matar.

Con las primeras luces del amanecer, Jayan se levantó, se aseó, lavó su ropa, la secó con magia y se vistió. Esperó en la cocina hasta que Dakon y Tessia salieron de sus habitaciones y se reunieron con él. Dakon se acercó a un armario y abrió las puertas.

—Me da aprensión comerme su comida —dijo.

Jayan y Tessia intercambiaron una mirada.

—Si no se la come nadie, se echará a perder —observó ella.

—Además, tampoco es que la estemos robando —añadió Jayan.

Dakon suspiró y sacó un poco de pan duro, cecina y mermelada. Tessia se levantó y encontró platos y cubiertos. Comieron en silencio.

«Parece agotada», advirtió Jayan. Estaba ojerosa y tenía la espalda encorvada. Él deseó poder animarla, o al menos volver a percibir en sus ojos una chispa del interés que antes solía mostrar. Incluso una pizca de obsesión por la sanación le parecía preferible a verla cabizbaja y triste.

—Bueno, ¿en qué estado han quedado los aldeanos? —le preguntó—. ¿Se encuentran bien?

Ella lo miró, pestañeando, y se encogió de hombros.

—Las chicas son las que presentan más heridas, aunque sorprendentemente pocas. Se curarán, pero... —Hizo una mueca y sacudió la cabeza—. Por lo demás, los sachakanos mataron a todos los que resultaron heridos en el ataque, y cuando decidían torturar a alguien, acababan por rematarlo. Al final.

Jayan asintió. Esto coincidía con lo que le habían contado. Se le hizo un nudo en el estómago. «Pensaba que lo que les había ocurrido a Sudin y Aken era cruel, pero veo que recibieron un trato benévolo en comparación con algunos de estos aldeanos. Los atormentaron durante horas. Y todo por un concepto retorcido de la diversión.»

—No todos los sachakanos son tan depravados —murmuró Dakon.

Tessia y Jayan lo miraron. Él esbozó una sonrisa cansada.

—Sé que ahora mismo resulta difícil de creer, y reconozco que incluso a mí me cuesta un esfuerzo recordarlo, pero es cierto. Por desgracia, son los codiciosos, los dominados por la ambición y los más violentos los que se sentirán impulsados a unirse al bando de Takado. Me...

Unos golpes en la puerta principal de la casa lo interrumpieron. Tras levantarse y salir de la cocina, Dakon volvió y les hizo señas. Jayan y Tessia se pusieron de pie y lo siguieron hasta la calle, donde Narvelan los esperaba.

Se habían formado dos grupos al otro lado de la calzada. Uno estaba integrado por magos y aprendices, el otro era un puñado tristemente pequeño de aldeanos. Narvelan indicó con gestos a los tres que lo siguieran, y los guió a donde estaban los magos.

—Se han ofrecido voluntarios para proporcionarnos energía —le informó a Dakon.

—Hmmm—fue la única respuesta de Dakon.

—Me imaginaba que dirías eso.

Mientras Dakon se incorporaba al debate entre los magos, Tessia se acercó a Jayan.

—Tiene sentido, y si están dispuestos a dárnosla, ¿por qué no aceptarla? —preguntó—. Acabamos de gastar mucha energía. Si absorbiéramos la suya, no les haríamos ningún daño, y en cambio nos ayudaría a fortalecernos un poco. —Frunció el entrecejo—. Sin embargo, no aconsejaría tomar energía de las chicas. Ya han pasado por una experiencia lo bastante dura.

—Aparte de que eso supondría infringir las leyes del rey, no sería tan sencillo —le dijo Jayan—. Dakon me lo explicó una vez. —Hizo una pausa, intentando recordar las palabras de su maestro—. Dijo que un buen mago nunca se siente a gusto cuando utiliza la magia superior. Es fundamental para la defensa del país, y nos permite hacer más de lo que nos sería posible si utilizáramos solo nuestros poderes, pero Dakon dijo que, en manos de un mago ambicioso o sádico, podía resultar peligroso. O en manos de alguien desesperado por justificar su uso. «El sentimiento de superioridad moral puede ser tan destructivo como la falta de escrúpulos», dijo. Sí, recuerdo claramente sus palabras. Me dieron mucho que pensar. Todavía pienso en ello a veces.

Ella ladeó la cabeza ligeramente y lo escrutó con la mirada.

—Eres un hombre con muchas contradicciones, Jayan.

Él la miró, parpadeando.

—¿En serio?

—Sí.

Como no se le ocurrió ninguna réplica, devolvió su atención a la discusión de los magos. Entonces puso cara de exasperación.

—Ya estamos otra vez. Podrían tardar días en dar una respuesta a los aldeanos. Incluso semanas. Tal vez deberíamos advertirles que no esperen a que se decidan o acabarán muriendo de hambre.

—Quizá su oferta no sea necesaria —dijo Tessia en voz baja.

Jayan se percató de que ella había apartado la vista, y que otros aprendices se habían vuelto en la misma dirección. Al seguir su mirada, vio a un grupo de jinetes que entraban en la aldea. Las voces de los magos titubearon y se apagaron.

—¿Refuerzos? —preguntó alguien.

—Es lord Ardalen. Debe de tratarse del grupo que se dirige al paso fronterizo —murmuró otro.

—Son lord Everran... ¡y lady Avaria! —exclamó Tessia.

En efecto, la pareja cabalgaba detrás de lord Ardalen. Junto a él iba el mago Sabin, maestro espadachín y amigo del rey. Jayan se puso a contar. Suponiendo que todos los recién llegados bien vestidos fueran magos —si hubieran llevado insignias, como los miembros de su gremio imaginario, él habría podido identificarlos con certeza—, había dieciocho magos que acudían para recuperar el paso fronterizo o para engrosar las filas de Werrin.

Los jinetes desmontaron, y el mago Sabin dio unos pasos al frente para saludar a Werrin, con Ardalen a su lado. Jayan se acercó disimuladamente y aguzó el oído para escuchar la conversación.

—Mago Sabin —dijo Werrin—. Por favor, decidme que habéis venido para uniros a nosotros. Nos vendrían bien vuestra perspicacia y vuestro consejo.

—He venido para unirme a vosotros —respondió Sabin—. Al igual que doce miembros de mi séquito. Cinco se irán con Ardalen a reconquistar el paso. —Miró a los aldeanos—. Vuestros exploradores nos han dicho que ganasteis una batalla aquí.

—Así es —dijo Werrin en tono sombrío—. Cuatro sachakanos tomaron el pueblo. Nosotros lo liberamos.

—¿Están muertos?

—Sí.

Sabin frunció los labios por un momento y asintió con la cabeza.

—Debéis contármelo con más detalle.

—Por supuesto. —Werrin volvió la vista hacia los aldeanos, que observaban a los recién llegados con una mezcla de nerviosismo e interés—. Justo ahora estábamos discutiendo si aceptar o no una noble oferta que nos han hecho los supervivientes. Quieren darnos energía, por gratitud y para que la utilicemos en la lucha.

Sabin enarcó las cejas.

—Una noble oferta, desde luego, si ya han pasado por ello contra su voluntad. —Quedó absorto en sus pensamientos—. El rey ha estado estudiando la ley que prohíbe absorber magia de personas que no sean aprendices. Reconoce que tal vez no haya suficientes jóvenes dotados para la magia entre las clases altas para abastecer a todos los magos que se necesitan para derrotar a Takado y sus aliados. También le preocupa que perdamos muchos de los linajes mágicos de Kyrallia si las cosas salen mal. Por tanto, ha decretado que un mago puede utilizar criados como fuentes si no dispone de un aprendiz, siempre y cuando les pague bien.

—Habría que realizarles una prueba antes, pues de poco nos servirán si tienen un poder latente débil o nulo —dijo Werrin—. Supongo que eso significa que no podemos aceptar la oferta de los aldeanos.

Sabin entornó los ojos.

—La prohibición de absorber magia de personas que no sean aprendices no es aplicable en tiempos de guerra. Por lo que he oído, lo que sucedió aquí puede considerarse un acto de guerra.

Werrin y Sabin intercambiaron en silencio una mirada significativa que hizo que a Jayan se le erizara el vello.

«Creo que eso significa que estamos en guerra oficialmente.»

—Dudo que pasearme por la misma mansión vaya a levantarme el ánimo —le dijo Stara a Vora mientras la mujer la guiaba por el pasillo—. Puede que sea una prisión grande, pero sigue siendo una prisión.

—No despreciéis lo que no habéis probado, ama —repuso la esclava con tranquilidad—. Es cierto que este lugar no puede entretener a una mente como la vuestra durante mucho tiempo, pero tiene muchos recovecos interesantes, y encontrarlos quizá constituya un remedio temporal contra vuestro aburrimiento.

«No estoy aburrida. ¿Cómo voy a estarlo? He estado demasiado ocupada pensando en el monstruo de mi padre y en lo que me haré ahora que soy “incapable” como para aburrirme. Si estoy abriendo surcos en el suelo de tanto ir y venir, es porque quiero irme a casa. —Stara suspiró—. Es una lástima que haya tenido que venir hasta aquí para comprender cuál es mi verdadero hogar.»

—¿Hay alguna pared por aquí que no sea blanca?

—No, ama.

Stara suspiró de nuevo. A Vora le había llevado unos días convencer a Stara de que saliera de sus aposentos. Aunque Stara no quería confesárselo a su esclava, tenía miedo de toparse con su padre. Vora insistió, y al final Stara accedió porque estaba indignada consigo misma por haber dejado que él la convirtiera en una cobarde. Si bien suponía que sería difícil persuadirlo de que la enviara de vuelta a casa, sabía que sería imposible si jamás volvía a verlo.

Un olor extraño flotaba ahora en el aire. No era desagradable, ni dulzón hasta el extremo de marear, como las fragancias preferidas de las sachakanas. Vora condujo a Stara hasta un pasillo curvo. Unas ventanas en forma de arco en la pared interior daban a una zona verde. Stara se detuvo, sorprendida al ver tal despliegue de vida vegetal.

Al acercarse a una de las ventanas, advirtió que el jardín del otro lado estaba comprendido en una sala circular cuyo techo era un círculo segmentado de telas tendidas entre ganchos metálicos clavados en las paredes.

—Sí, esto es bastante bonito... e inesperado —dijo en voz alta.

Vora soltó una risita. Mientras la mujer se dirigía hacia una abertura por la que se accedía al jardín, Stara reflexionó sobre la mujer. «Estoy casi segura de que le caigo bien. Eso espero. Yo le he tomado cariño, y sería una pena que el sentimiento no fuera mutuo.»

Todavía no se avenía a tratar a Vora como una mera criada. La actitud mandona de la mujer tampoco recalca precisamente su condición de esclava. «Seguramente me fio de ella más de lo que debería —pensó Stara—. Si sus descripciones de la política y las intrigas sachakanas no son exageradas, debería considerar la posibilidad de que un enemigo la soborne para que me envenene o algo así. Uno de los enemigos de mi padre, más bien... o mi propio padre. —Se estremeció—. Pero él no haría algo así, aunque solo sea porque mamá se negaría a seguirle enviando sus beneficios. Por otro lado..., si ella nunca llegara a enterarse de que lo hizo él... Debería pensar en otra cosa.»

En el jardín, un riachuelo discurría por un lecho de piedra, bajo un puente que lo cruzaba por el centro. En su nacimiento, el agua brotaba de un tubo que sobresalía de la pared. Era tan agradable que Stara se llevó una desilusión cuando Vora la llevó por el pasillo hasta una sala vacía, con paredes de piedra gris.

—Veo que no todas las paredes son blan... —empezó a decir Stara, pero se interrumpió porque Vora le indicó que guardara silencio.

Intrigada, Stara siguió a la esclava hasta una puerta de madera situada al fondo de la sala. Vora se detuvo y le hizo señas a Stara de que se acercara. Una música tenue se colaba por la puerta. Stara miró a Vora, sorprendida. No había oído una sola nota desde que había llegado a Sachaka. La mujer sonrió y repitió el gesto para pedirle que no hiciera ruido.

Stara escuchó. El músico estaba tocando un instrumento de cuerda que ella estaba más acostumbrada a oír en casas de elyneos ricos. Y tocaba bien. Muy bien. El músico pasaba de una melodía a otra, repitiendo a veces alguna frase para corregir algún fallo o cambiar la velocidad, lo que impresionó aún más a Stara. Finalmente, incapaz de soportar aquella incertidumbre un segundo más, se apartó de la puerta.

—¿Quién es? —le susurró a Vora.

La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—El amo Ikaro.

Stara irguió la espalda, asombrada.

—¿Mi hermano?

—Sí, ama. Os lo he dicho. No es como vos creéis.

—¿Cómo ha aprendido a tocar así?

—Escuchando. Ensayando. —La sonrisa de Vora se desvaneció—. Cuando el amo Sokara se enteró, destrozó el primer viero del amo Ikaro. No sé cómo se las arregló vuestro hermano para conseguir otro. Se niega a decírmelo, por miedo a que vuestro padre me lea la mente.

Stara miró a Vora y luego a la puerta, incapaz de conciliar la imagen que se había formado en la cabeza de un vierista guapo que había acudido para hacer su reclusión más llevadera con su recuerdo de un joven malcarado que pensaba que las mujeres no servían para nada.

—Los dos tenéis más en común de lo que os imagináis —afirmó Vora—. Deberíais ser aliados.

Stara miró de nuevo a la mujer antes de pasar junto a ella y abrir la puerta de un empujón.

—¡Esperad, ama! —exclamó Vora—. ¡Son unos...!

«Baños», concluyó Stara mientras asimilaba los detalles de la escena que tenía delante. Un hombre estaba sentado en el borde de una piscina que despedía vapor, desnudo salvo por un trozo de tela que le cubría el regazo. La miraba fijamente, presa del espanto. Ella bajó la vista hacia el bulto considerable bajo la tela.

—¿De verdad creías que podrías esconderlo ahí debajo? —barbotó—. Seguro que habrías podido idear un plan mejor. Y si tocas un viero en un ambiente húmedo puedes estropearlo, ¿sabes?

Ikaro apartó la vista de ella y la posó en un punto situado detrás de su hombro izquierdo, al tiempo que su expresión pasaba de la sorpresa a la irritación.

—Vora —la reprendió, aunque con poca severidad—. Te he pedido que no te entrometas.

—Como siempre decís, amo Ikaro, no se me da demasiado bien obedecer órdenes que no me convencen —repuso la mujer. Se colocó al lado de Stara—. Aunque no esperaba que vuestra hermana siguiera mi consejo tan al pie de la letra.

Stara la miró y se encogió de hombros.

—Bueno, pues aquí estoy. ¿Quieres que hablemos? —Fijó los ojos en Ikaro y cruzó los brazos—. Hablemos, entonces.

Él le dirigió una mirada inescrutable y acto seguido sacó el viero de debajo de la tela y lo dejó a un lado con cuidado. A continuación, se ató la tela en torno a la

cintura, cogió el viero y se puso de pie.

—Hay lugares más apropiados que este —dijo, haciéndole un gesto para que lo siguiera—, lugares donde también podemos hablar en privado, pero sin tanta humedad.

Cruzaron la habitación a lo largo de la piscina hasta la puerta del fondo. El cuarto contiguo era más pequeño y tenía bancos de piedra a ambos lados. Sobre uno de ellos había una pequeña pila de ropa pulcramente doblada. Ikaro indicó por señas a las mujeres que continuaran caminando hasta la habitación siguiente, que era común y corriente, de paredes blancas y con unas pocas sillas y mesas. Él no las siguió de inmediato, sino que apareció un momento después totalmente vestido. Stara se fijó en que ya no llevaba el viero. ¿Dónde podía guardarlo en aquellas habitaciones con paredes de piedra?

«Supongo que si lo mantiene en un sitio húmedo y no deja que se seque demasiado rápido, no se le romperá.»

Sin decir una palabra aún, las guió hasta un pasillo y luego a un patio rodeado por un muro. Unas plantas en maceta daban sombra, y una fuente en el centro llenaba el aire con el gorgoteo constante del agua. Se sentaron al borde del estanque.

«Ah, sí. El viejo truco de la fuente. Ahoga el sonido de las voces. Me alegra saber que los elyneos no son los únicos que lo hacen.»

—Aquí podemos hablar sin miedo —les dijo él.

—O sea que ninguno de los esclavos sabe leer los labios.

Ikaro la miró con extrañeza.

—Leer los labios —explicó ella—, una técnica para saber lo que dice una persona basándose en los movimientos de su boca.

—No tenía idea de que eso se pudiera hacer —admitió él, recorriendo el patio con una mirada nerviosa. Luego se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia ella—. Bueno, ¿de qué quieres hablar?

Ella buscó algún rastro del hombre frío y distante que la había ignorado durante la cena unas semanas atrás. Se le veía un poco inquieto, pero su rostro no reflejaba la menor animosidad o displicencia. Casi parecía una persona distinta.

—Vora me dice que no eres como yo creía —le soltó ella, decidida a hablarle con franqueza—. Pero la única vez que te he visto desde mi llegada prácticamente ni me miraste.

Él hizo una mueca y asintió.

—No debía mostrar ningún sentimiento hacia ti, ni positivo ni negativo, para no influir en el resultado.

—¿Te refieres a no desanimar a mi posible futuro esposo?

—Sí.

A ella se le escapó una carcajada breve y amarga.

—A lo mejor yo quería desanimarlo. Pero lo que quería mi padre era más importante que lo que quería yo, claro está.

Él asintió y la miró con los ojos ensombrecidos y llenos de angustia.

—Es inútil resistirse a él.

Ella volvió la vista hacia donde creía que estaban los baños.

—No parece haberte dado por vencido.

—Es una pequeña victoria que podría malograrse en cualquier momento, cualquier día. En cuanto a temas más importantes... —Suspiró y sacudió la cabeza—. Me dabas mucha envidia por vivir con mamá y poder hacer lo que te viniera en gana.

Stara clavó los ojos en él.

—¿Yo te daba envidia? Creía que... Dijiste que las mujeres no eran importantes y supuse que eso me incluía a mí. ¿Por qué pensabas en mí siquiera?

—Tenía dieciséis años cuando dije eso, Stara —la riñó con suavidad—. No puedes responsabilizar a alguien de las opiniones que se forma a esa edad, sobre todo si se ha criado en este lugar. Aquí todo son extremos. No hay términos medios. Cuando conocí a mi esposa, aprendí que las cosas no eran tan sencillas.

—Yo sentía envidia de ti —confesó ella—. Me he esforzado durante toda mi vida por aprender lo que creía que necesitaría saber cuando nuestro padre por fin me hiciera volver aquí. —Apretó los puños—. Y cuando eso ocurrió, resultó que lo único que quería era entregarme a un hombre como si fuera una pieza de ganado.

Ikaro rió entre dientes.

—Está furioso porque aprendiste magia. Nachira y yo nos desternillamos cuando se lo conté. Tienes que conocerla, te caería bien. Sé que ella quiere conocerte. ¿Cómo conseguiste aprender y además sin que nadie se enterara?

Ella hizo un gesto vago.

—Con unos amigos, en Elyne. Mamá no quería dejar que me hiciera aprendiz, y yo no quería abandonarla a su suerte con tanto trabajo, así que aprendí de una amiga y de los libros.

—Nuestro padre dice que no recibiste una formación adecuada. Supuse que eso significaba que no sabías magia superior.

Ella le sostuvo la mirada por un momento antes de apartarla.

—Has estado en Elyne. Ya conoces las leyes.

—Todos los magos deben pronunciar un juramento para que les permitan aprender magia superior, ¿verdad?

—Sí. Mi amiga no quería enseñarme magia superior, pues respetaba esa ley. En realidad no se lo reprocho. —Se encogió de hombros—. Lo que he aprendido me parece lo suficientemente valioso. ¿Hay mujeres sachakanas que aprendan magia?

Él asintió.

—Algunas. Normalmente se trata de las herederas únicas del patrimonio de un mago, pero se cuentan historias de hombres que cometieron la tontería de enseñar magia a sus esposas y acabaron por lamentarlo, o de mujeres que recibieron instrucción a cambio de favores.

—¿Es verdad que nadie quiere casarse con ellas?

El enarcó las cejas.

—Creía que no querías casarte.

—No quiero casarme con alguien a quien no conozca o que no me guste.

—Entiendo. —Desvió la vista, con expresión ceñuda.

Stara miró a Vora. La mujer lo observaba con atención, con arrugas de preocupación en el rostro.

—Tener poderes mágicos no hace que una mujer sea incasable, pero es improbable que alguien de buena posición la quiera. —Le dirigió una mirada fugaz—. Mi padre ha elegido a alguien menos importante de lo que quería. Es todo lo que sé.

—Ha elegido... —repitió Stara. Un escalofrío le bajó por la espalda.

Ikaro frunció el entrecejo.

—¿No lo sabías?

—Creía... Esperaba que hubiera renunciado a la idea y... que me enviara a casa.

Él sacudió la cabeza y apartó la vista de nuevo.

—No, ha aceptado la proposición del hombre.

Ella se puso de pie y comenzó a caminar en un círculo pequeño.

—¿Es que mi opinión no cuenta para nada en esto? —Lo miró y vio la pesadumbre en sus ojos cuando él se disponía a responder—. No, ya lo sé. —Soltó una maldición—. ¿Qué puedo hacer? ¿Fugarme? ¿Decirle que si me obliga a casarme me aseguraré de no tener nunca un hijo?

Ikaro hizo un gesto de dolor, reacción que hizo que Stara se parara en seco y lo mirara fijamente. «Mi padre dijo que la esposa de Ikaro no podía darle hijos. Lleva casado unos cuantos años ya. Da la impresión de que aprecia y respeta a su mujer. Pero si es estéril... Y mi padre ha dicho que necesita un heredero, para evitar que el emperador se apodere de los bienes familiares cuando Ikaro muera.»

—Díselo —lo apremió Vora en voz baja.

Ikaro apoyó la cabeza en las manos y volvió a enderezarse.

—Si no tienes un hijo, nuestro padre se asegurará de que lo tenga yo. Me dejará libre para que lo intente con otra esposa.

Stara fijó en él la vista mientras comprendía las implicaciones de lo que acababa de decirle. «Asesinará a Nachira. Por eso Ikaro ha hecho un gesto de dolor. Quiere a Nachira. Necesita que yo tenga un hijo para que nuestro padre no tenga motivos para matarla. —Una oleada de horror la recorrió—. ¡Que alguien me saque de este país!»

Pero, aunque ella huyera, Nachira moriría de todos modos. Aunque no la conocía, Stara sabía que siempre se sentiría responsable si alguien moría a causa de algo que ella había hecho... o dejado de hacer.

¿Estaba dispuesta a casarse con un desconocido y tener hijos con él para evitarlo?

«A fin de cuentas, ¿tengo alguna posibilidad de marcharme de Sachaka? Mi padre puede obligarme a casarme con quien él haya elegido. No tengo voz ni voto en este asunto.»

—¿O sea que nuestro padre está dispuesto a hacer matar a Nachira solo para que el patrimonio de la familia no acabe en manos del emperador?

—Así es.

Ella sacudió la cabeza.

—Sí que debe de aborrecerlo.

—Para él es más bien una cuestión de orgullo —explicó Ikaro—. Desde luego, no es algo que me preocupe a mí, salvo por el hecho de que si muero antes que Nachira, ella se quedará sin dinero y sin hogar.

Dirigió a Stara una mirada suplicante cargada de culpabilidad.

—Sé que te estoy pidiendo que hagas algo que no quieres hacer, y me gustaría que hubiera alguna otra solución. Si pudiera hacer algo para compensarte, lo haría, pero sé que las cosas que más deseas también acabarían por... también la dejarían a ella en...

Stara respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Está visto que tengo que conocer a Nachira.

A Ikaro se le iluminaron los ojos.

—Te caerá bien.

—Eso me has dicho. No me comprometeré a nada sin pensármelo durante un tiempo. —Hizo una pausa cuando se le ocurrió una idea—. Dices que quieres compensarme...

Él titubeó, arrugó el entrecejo y sonrió.

—Si es algo que está en mi mano hacer, lo haré.

—Enséñame magia superior.

De nuevo, ella vio en los ojos de su hermano sorpresa, preocupación y luego una expresión divertida. Ikaro asintió.

—Tendré que pensármelo también. Y consultar a Nachira. A menudo ve posibles repercusiones que a mí se me escapan.

—Por supuesto —dijo ella.

Al volverse hacia Vora, vio que la mujer sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué te hace estar tan satisfecha de ti misma, Vora?

La mujer abrió mucho los ojos en un gesto de inocencia poco convincente.

—No soy más que una esclava, ama. No tengo ningún motivo para estar satisfecha de mí misma.

A Stara le hizo gracia advertir que Ikaró ponía los ojos en blanco.

—No sé por qué mi padre no te pone en venta, Vora.

—Porque se me da muy bien mantener a raya a sus hijos. —Se levantó y empezó a alejarse de la fuente—. Es hora de irnos, ama. Exponerse demasiado al sol causa envejecimiento prematuro.

Cuando echaron a andar, Ikaró las llamó en voz baja.

—No podemos tardar mucho en decidir, Stara. Se rumorea que el emperador Vochira podría entrar en guerra con Kyrália. Si nuestro padre me envía a luchar, no podré proteger ni adiestrar a nadie.

Stara se volvió para mirarlo a los ojos y asintió con seriedad. A continuación, siguió a Vora al interior de la mansión, dando vueltas, lenta pero incesantemente, a la decisión que debía tomar.

Fue un alivio para Tessia enterarse, a la mañana siguiente, de que los magos habían decidido desplazarse hasta la ciudad siguiente. Vennea era una población más grande situada en la frontera entre dos señoríos y, por estar junto al camino principal que conducía al paso fronterizo, era un buen lugar donde establecer su base durante unos días. Sabin quería enviar a otros exploradores a localizar al resto de los sachakanos antes de decidir con Werrin el siguiente paso.

Tecurren estaba de luto, lo que para Tessia constituía un recordatorio doloroso del destino que habían corrido Mandryn y sus padres. Los supervivientes habían empezado a comportarse de un modo extraño con los magos. Su fascinación y gratitud no había hecho más que aumentar desde que los magos habían absorbido la energía que ellos les habían ofrecido (salvo la de las muchachas, como Tessia les había aconsejado). A algunos les dio por seguirlos a dondequiera que fuesen. Todos convinieron en que había llegado el momento de marcharse y dejar que ellos empezaran a rehacer sus vidas.

El camino a Vennea descendía en curvas suaves por los lados de un valle que se hacía cada vez más ancho. Habían dejado atrás los bosques irregulares que rodeaban Tecurren, limitados por las extensiones de sembradíos que los reducían a una franja estrecha de árboles que crecían a la orilla de ríos y arroyos. En ese momento, el grupo bajaba hacia un terreno prácticamente desprovisto de árboles, lo que les permitía ver con claridad los campos, los grupos de casas diminutas, un río y las superficies relucientes de lagos y pantanos.

Cuando un caballo se acercó al de Tessia, ella alzó la vista y vio que lady Avaria cabalgaba a su lado. La mujer sonrió.

—¿Cómo te van las cosas, Tessia?

—No del todo mal.

—Me entristeció mucho oír lo de tus padres y los habitantes de Mandryn.

Tessia sintió un espasmo en su interior mientras su dolor se reavivaba de golpe. Asintió sin atreverse a hablar e hizo un esfuerzo firme por dominar aquel sentimiento.

—Todas las chicas te mandan saludos, sobre todo Kendaria. Quería venir conmigo para poner a prueba sus conocimientos de sanación, pero dudaba que el gremio o los magos se lo permitieran.

Tessia torció el gesto.

—No estoy segura de que la experiencia estuviera a la altura de sus expectativas. Últimamente la mayor parte de mis intentos de sanar a la gente fracasan. No disponemos del tiempo necesario para tratar las heridas graves. No sé si ella ha pasado por el mal trago de no poder salvar a un paciente. La primera vez te marca para siempre.

Avaria frunció el ceño.

—Por lo que dices, creo que el rey debería enviar a algunos sanadores a unirse a este grupo, para aliviarte un poco del peso de esta responsabilidad.

—Hasta ahora no los hemos necesitado. Los sachakanos no suelen dejar a sus víctimas con vida. Pero si intentan tomar otras aldeas, habrá más heridos a causa de los derrumbamientos de las casas y los incendios.

—Esperemos que la guerra no llegue a intensificarse hasta el punto de que Kendaria tenga la oportunidad de poner en práctica sus habilidades. Aunque supongo que te habría gustado contar con su compañía. Con cualquier compañía femenina. No puedo ni imaginar lo que habrá sido para ti viajar con tantos hombres.

Tessia sonrió.

—Ha sido interesante. —Miró a Dakon y a Jayan, así como a los otros magos y aprendices que avanzaban delante de ellas—. ¿Sabéis qué? Me alegra de que ahora haya otra mujer, pero cuando pienso en ello me pregunto por qué. Me he pasado todo este tiempo fingiendo que mi condición de mujer no tiene importancia. He estado llevando una vida tan dura como los chicos; aunque tengo una tienda de campaña para mí sola, como lo mismo y visto la misma ropa que ellos. Bueno, tengo algunas necesidades físicas diferentes de las suyas, pero me ocupo yo misma de ellas desde hace años. Lo único que me ha hecho falta es un poco más de intimidad.

Avaria la miró arqueando una ceja.

—Tienes que contarme cómo te las has arreglado. No tengo idea de qué haré cuando..., cuando me lleguen esos días de incomodidad femenina.

—La magia facilita las cosas, desde luego. Imaginaos qué mal oleríamos todos a estas alturas si no fuéramos capaces de lavar la ropa por no tener tiempo para secarla.

Avaria soltó una risita.

—Me sorprende que no hayáis acabado con la ropa hecha jirones con ese sistema.

—En las aldeas hemos comprado y nos han regalado ropa. Las prendas no siempre coinciden con el gusto de todos, pero creo que hasta los más quisquillosos de nosotros reconocen que las telas finas no resisten mucho cuando uno tiene que cabalgar todos los días.

—Además, sería una lástima estropear de ese modo las telas finas.

—Sí. —Tessia rió entre dientes—. No podemos permitir que eso pase.

—¿Qué es esa nube de allí delante...? —empezó a preguntar Avaria, pero su voz se apagó.

Tessia se volvió hacia la mujer y advirtió que estaba contemplando algo a lo lejos. Siguió la dirección de su mirada y, abajo, en el valle, vio una humareda que se elevaba de unas figuras diminutas. Al instante, se le encogió el corazón.

Un murmullo recorrió el grupo de magos y aprendices cuando avistaron el humo. Aunque hablaban en voz demasiado baja para entender lo que decían, Tessia captó

su tono de abatimiento, y el corazón se le encogió aún más.

—¿Eso es Vennea? —preguntó alguien.

—Creo que sí.

El resto de la mañana transcurrió lenta y penosamente. A veces el camino se torcía y ellos perdían de vista el humo de abajo. Cada vez que el valle aparecía de nuevo ante sus ojos, la humareda tenía peor aspecto. Nadie decía nada, y lo único que interrumpía el silencio eran los resoplidos de los caballos, pues habían avivado el paso.

Llegaron por fin al fondo del valle, donde el camino se tornaba recto. Aunque ya no alcanzaban a ver el pueblo, la nube de humo parecía una sombra oscura recortada contra el cielo despejado. De pronto, la carretera que tenían delante y que hasta ese momento estaba casi desierta se llenó de gente que iba a pie y a caballo, con carretas y grupos pequeños de animales domésticos.

A Tessia el estómago se le contrajo cuando vio la muchedumbre que se dirigía hacia ellos. Cuando empezó a distinguir detalles, vio cabezas que se volvían hacia atrás y percibió la prisa en sus movimientos. Un puñado de reberes se alejó trotando del resto del rebaño, pero el pastor no hizo el menor ademán de perseguirlos o detenerlos.

Los magos se quedaron callados, con expresión adusta. Poco a poco, la distancia entre los dos grupos se redujo. Cuando faltaban pocos pasos para que la multitud se cruzara con los magos, los aldeanos comenzaron a gritar, algunos de ellos señalando en la dirección en que habían venido.

—¡Sachakanos!

—¡Han atacado Vennea! ¡La han arrasado!

—¡Están matando gente!

Tessia observó a los refugiados mientras se detenían y se aglomeraban frente a Werrin. A las preguntas del mago siguió una docena de respuestas, pero ella no alcanzó a entender gran cosa. Al cabo de varios minutos, Werrin gritó para hacerse oír por encima de las voces.

—Tenéis que dirigiros hacia el sur. Este camino lleva a las montañas, donde hay más sachakanos.

—¡Pero si no podemos regresar!

—Tenéis que hacer un rodeo —contestó Werrin, señalando hacia el oeste.

Tras discutir un poco más, los refugiados se situaron a un lado del camino para dejar pasar a los magos. Narvelan, que había conseguido permanecer cerca de los líderes del grupo desde la llegada de los refuerzos, hizo girar a su caballo y cabalgó hacia la parte de atrás del grupo para reunirse con Dakon, Everran y Avaria.

—Los habitantes del pueblo dicen que unos veinte magos sachakanos han atacado Vennea hace menos de una hora —los informó—. Están destruyendo el lugar, así que dudo que intenten ocuparlo como hicieron en Tecurren.

—Supongo que los exploradores nos confirmarán su número antes de que tracemos un plan de ataque —dijo Everran.

—Sí. Es probable que...

¿Lord Werrin? ¿Mago Sabin?

Tessia dio un brinco al percibir la voz en su mente. Miró en torno a sí y vio su propia sorpresa reflejada en los rostros que la rodeaban. Aquella voz le sonaba de algo...

¿Quién eres?, preguntó Werrin.

Mikken, de la familia Loren. El aprendiz de Ardalen. Me pidió que os informara de la situación cuando llegara a un lugar seguro.

Informa, pues.

Están muertos. Todos los miembros de nuestro grupo. Ardalen. Todos. Hemos sido muy cautelosos. Silenciosos. Viajábamos de noche. Pero el paso... está infestado de sachakanos. Cuando llegamos lo bastante cerca para verlo, era demasiado tarde. Ardalen me ordenó que corriera y me ocultara para poder comunicároslo. He escalado el precipicio... Son diez, más o menos. Tienen tiendas de campaña, carretas cargadas de comida y otras cosas que indican que piensan quedarse allí y defender el paso.

Tessia notó que el corazón le latía a toda velocidad. Los sachakanos captarían la conversación y sabrían que él seguía en la zona. Estaba corriendo un riesgo enorme. «¡Ten cuidado, Mikken! —pensó—. ¡No delates tu posición!»

¿Hay algo más que tengas que decirnos?, preguntó Sabin. ¿Algo esencial?

No.

Entonces permanece en silencio. Avanza deprisa y con sigilo. Que la suerte te acompañe.

Sí. Así lo haré. Adiós.

Los miembros del grupo se quedaron callados durante un rato, intercambiando miradas furtivas y sombrías. Algunos sacudieron la cabeza. «No creen que sobreviva —pensó Tessia. Se le partió el alma—. Pobre Mikken.» Recordó su primer y último intento de cautivarla. A pesar del rechazo de Tessia —o tal vez debido a él—, él había seguido siendo encantador con ella, aunque de un modo amigable y desenfadado. Sintió una inesperada oleada de afecto hacia él. «Era como una broma entre nosotros. Sé que no hablaba en serio. Después de todo, ni siquiera me habría mirado dos veces si hubiera habido mujeres más guapas a mano. Pero era agradable que alguien coqueteara conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que Jayan siempre está tan serio. —Suspiró—. Espero que consiga reunirse con nosotros.»

Entonces recordó el método que lord Ardalen les había enseñado para trasvasar magia a otra persona y que habían utilizado para vencer a los sachakanos en Tecurren. Qué conocimiento tan valioso. ¿Qué secretos se habían perdido con la muerte del mago? ¿Qué otras pérdidas traería consigo aquella guerra? ¿Y sobreviviría alguno de ellos para fundar ese gremio de magos sobre el que Jayan había reflexionado tanto?

El cuerpo de la mujer de cabello cano quedó laxo entre las manos de Takado. El mago la dejó caer al suelo y extendió un brazo hacia Hanara. El esclavo entregó a su

amo un paño limpio y húmedo, observó Takado mientras se limpiaba la sangre de las manos, cogió el paño de nuevo y lo guardó en su mochila para lavarlo más tarde.

—Esta era sorprendentemente fuerte —comentó Takado. Alzó la vista hacia Dachido y sonrió—. Con estos kyalianos nunca se sabe.

Dachido sacudió la cabeza y paseó la mirada por los cadáveres que yacían dispersos en la calle. «Los que no han sido lo bastante rápidos —pensó Hanara—. Los que se han atrevido a plantarnos cara.»

—Si fueran esclavos, habríamos podido seleccionar a los más fuertes y nos habrían sido muy útiles. Este desperdicio es increíble.

Un estruendo atrajo su atención. La fachada de una casa cercana se vino abajo, y el calor del fuego que ardía dentro golpeó a Hanara y le chamuscó la piel. Para su alivio, Takado se apartó.

—¿Cómo sobreviven estos kyalianos? —preguntó Dachido—. El sitio debería estar sumido en el caos, con revueltas, los campos desatendidos y robos por todas partes. En vez de eso, prosperan.

—Lord Dakon intentó convencerme de que la esclavitud era ineficiente —respondió Takado—, que los hombres libres se toman muy en serio su trabajo. Que un artesano que actúa en beneficio propio y de su familia se siente más inclinado a realizar experimentos y a inventar sistemas mejores para hacer las cosas.

—No entiendo por qué eso tendría que ser una motivación más poderosa que el miedo al látigo o a la muerte.

—Yo tampoco lo entendía, hasta que vine aquí.

Dachido arqueó las cejas y fijó en Takado una mirada sorprendida.

—¿O sea que estáis de acuerdo con él?

—Tal vez —Takado se volvió al oír el chirrido de una puerta que se abría. Salió una vaharada de humo, seguida de un hombre. Cuando los vio, el hombre intentó echar a correr, pero chocó contra un muro invisible. Rompió a gritar mientras la magia lo atraía hacia los dos magos—. Aunque no lo suficiente para adoptar esa práctica.

—¿Qué sentido tiene conquistar un país y luego dejar que sus habitantes conserven sus riquezas y su libertad? —inquirió Dachido.

El fugitivo capturado cayó de rodillas, pero la magia lo arrastró sobre las losas del suelo. Gimoteó mientras aquella fuerza lo depositaba frente a Dachido, con las rodillas sangrando y en carne viva.

—Por favor —imploró—. Soltadme. No he hecho nada malo.

—¿Lo tienes bien sujeto? —le dijo Takado a Dachido—. ¿Estás seguro?

—Claro. ¿He hecho alguna vez una oferta sin estar seguro?

—No.

Dachido desenvainó su cuchillo. Las gemas resplandecieron al sol mientras él se acercaba al hombre y tocaba con el filo la piel desnuda de la parte posterior del cuello. Aparecieron unas gotas de sangre que formaban una hilera fina.

Hanara esperó, aburrido. Había presenciado escenas parecidas en incontables ocasiones, aunque antes no solían terminar con una muerte. Al vislumbrar con el rabllo del ojo una figura que se acercaba, se dio la vuelta y vio a Asara, que se dirigía hacia ellos. Ella no dijo nada y aguardó educadamente a que la absorción de energía finalizara. Dachido dejó que el autor de la fuga fallida se desplomara en el suelo y dio un respingo al percatarse de que ella estaba de pie a su lado.

—Asara —dijo—. ¿La cosecha ha sido buena?

Ella soltó una risita.

—Es una forma interesante de expresarlo. Sí, seguramente he absorbido lo suficiente para reponer lo que había gastado e incluso un poco más. ¿Y tú?

—Lo mismo, por lo menos.

Asara miró a Takado. Hanara percibió en sus ojos un respeto no demasiado disimulado tras su actitud fría y tranquila.

—¿Y ahora qué, Takado?

Takado miró en torno a sí, meditando. Estaban de pie en medio de una zona cuadrada rodeada de casas y dividida en dos por el camino principal.

—Hemos conseguido todo lo que necesitábamos de este lugar. Un comienzo. Lanzar un mensaje. Iniciar nuestro avance hacia Imardin.

—¿Nos quedaremos aquí esta noche?

—No. —Una sombra cruzó los ojos de Takado—. Creo que la siguiente ciudad importante a la que lleva el camino principal se llama Halria. Si nos damos prisa podemos mantener la ventaja sobre nuestros perseguidores.

—¿Otra ciudad junto al camino principal? ¿Y si ellos se anticipan y reúnen allí a otro grupo de magos para enfrentarse a nosotros? —preguntó Dachido—. Podríamos quedar atrapados entre dos fuerzas.

—Abandonaremos el camino antes —dijo Takado—. Pero durante un tiempo podremos tomar ciudades que estén llenas de gente todavía, que no hayan sido alertadas de nuestra llegada y que no estén preparadas para nuestro ataque. —Sonrió—. En la guerra hay que dejar pocas cosas al azar. De lo contrario, no resultaría tan interesante.

Asara sonrió. Hanara sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. Lo asaltó una emoción rara, una mezcla de miedo y orgullo. Le hacía desear alejarse de aquellas tres personas, pero a la vez lo impulsaba a quedarse para ver qué harían a continuación. Nunca había visto a un mago desplegar todos sus poderes. Aquel día habían quemado y dejado en ruinas una ciudad sin más muestras de esfuerzo que una mirada o un gesto. Por otro lado, él sabía que no se habían visto obligados todavía a utilizar sus poderes al máximo. Cuando lo hicieran, el espectáculo sería tan terrible como magnífico. El corazón se le hinchó de emoción al mismo tiempo que aceleraba sus latidos.

«Y yo estaré allí para verlo.»

La típica casa sachakana era un laberinto formado por grupos de habitaciones conocidos como alojamientos. El padre de Stara vivía en el alojamiento maestro, y ella en los alojamientos familiares, contiguos a este. Ikaró y Nachira dormían en el alojamiento de los hijos, una zona reservada para el heredero del amo.

En el centro del alojamiento de los hijos había una gran sala principal desde la que se accedía a todas las habitaciones. Estos cuartos más pequeños estaban vacíos, menos el dormitorio de la pareja. La falta de muebles les confería un aire de tristeza y reproche: debían estar habitadas por los sobrinos de Stara.

«Ya es bastante malo no poder cumplir esta expectativa —pensó Stara mientras Vora la guiaba hasta la sala principal—, pero que se lo recuerden a uno todos los días debe de ser terrible, sobre todo con el temor añadido a morir asesinado por ello.»

De pronto, se le revolieron las entrañas con un miedo creciente. «Y mi hermano me está pidiendo que haga recaer esa expectativa sobre mí. ¿Qué ocurrirá si yo tampoco puedo tener un hijo?» Sabía lo que diría Vora: «No vale la pena perder el tiempo preocupándose por problemas que aún no han surgido, ama». Stara no estaba de acuerdo. Prefería: «Más vale prevenir que curar».

Nachira se levantó para recibir a Stara y la besó en ambas mejillas, haciendo que sus joyas entrecocaran con un tintineo agradable. Stara correspondió al gesto. Se sentaron en unos taburetes acolchados en el centro de la sala. Vora, después de hacer una reverencia, ocupó su lugar habitual en el suelo, sobre un cojín, detrás del asiento de Stara. Aunque siempre que se acurrucaba allí la anciana soltaba un gruñido y se frotaba las articulaciones, rehusaba las invitaciones a sentarse «a la misma altura» que ellas, y si se le ordenaban ponía mala cara y hacía comentarios negativos hasta que Stara la dejaba regresar al cojín del suelo.

—¿Está aquí mi hermano? —preguntó Stara, mirando en torno a sí.

—Está asegurándose de que el ashaki Sokara no vaya a regresar antes de lo previsto —dijo Nachira con su voz suave y ronca—. Ha oído que uno de los esclavos especulaba con esa posibilidad.

—Todavía me parece increíble que nuestro padre pueda enfadarse porque sus hijos mantengan una conversación entre sí.

—Ya lo creo que se enfadará —Nachira arrugó el entrecejo—, si se entera de ello a través de los esclavos. Le diremos que lo hemos hecho con la intención de mantenerte vigilada y distraerte para que no intentes salir de nuevo.

—¿No cabe la posibilidad de que te lea la mente y descubra que no es verdad?

La mujer parpadeó.

—No. Al menos, eso espero. No lo ha hecho nunca. Bueno, desde aquella vez, después de la boda, cuando quería cerciorarse de que yo no estaba implicada en alguna conjura secreta contra él. Pero fue bastante amable conmigo.

Stara apartó la mirada.

—¿No habría sido más lógico que lo hiciera antes de la boda, si creía que había alguna justificación para ello?

—Mi padre habría suspendido la boda. Habría sido una descortesía mostrar semejante desconfianza en ese momento.

—¿Pero después no? —Stara miró de nuevo a Nachira a los ojos.

La mujer bajó la vista.

—No tanto. Además, fue bastante amable..., como te he dicho. Me pareció que no valía la pena molestar a mi padre por algo así.

Stara asintió y suspiró. Esto confirmaba su sospecha de que leer la mente de una persona libre —aunque fuera de la familia— no era un acto cotidiano ni comúnmente aceptado.

Vora la había llevado a los aposentos de su hermano todos los días desde aquel primer encuentro en los baños. A veces Stara acudía por la mañana, a veces más tarde. Aunque aquel puñado de entrevistas no bastaba para darle la sensación de que conocía bien a Nachira, le parecía que la mujer era una persona sincera. La idea de que la esposa de Ikaró albergara intenciones ocultas —o guardara cualquier otro secreto aparte del de su esterilidad— se le antojaba improbable.

«Me cae bastante bien —caviló Stara—. No he visto nada en ella que me disguste, excepto tal vez su pasividad absoluta. Si yo tuviera miedo de que mi suegro quisiera matarme, le exigiría o al menos le rogaría a mi esposo que me alejara del peligro.»

Quizá alejarse era imposible. ¿Adónde podían ir Ikaró y Nachira? Sin el favor ni la protección del padre de Stara, no tendrían dinero, profesión o tierras que heredar.

«Pero incluso esto sería mejor que la muerte, ¿no?» Podrían irse a Elyne. Incluso mientras ella lo estaba pensando, sabía que la pareja seguramente descartaría esta opción. Nachira no podría adaptarse a la vida en otro país, y a Ikaró le preocuparía que su padre pudiera hacerles la vida imposible desde el otro lado de la frontera, ya que tenía contactos comerciales a través de su madre.

«Mamá jamás haría nada que pudiera perjudicarnos —pensó Stara—. A menos que ella no supiera que nos está perjudicando. Podrían inducirlo a ello mediante engaños.»

Oyeron pasos, y las dos se volvieron hacia la puerta, tensas. Al ver entrar a Ikaró, Nachira suspiró aliviada.

Ikaró sonrió.

—Mi padre no ha regresado, y no esperan que vuelva hasta dentro de unos días. —Se sentó y su expresión se tornó seria cuando miró a su esposa—. Pero hay otra noticia que acaba de llegar. El emperador ha declarado oficialmente su apoyo a la invasión de Kyrallya y está convocando a los magos para que se incorporen a su

ejercicio. Cuando mi padre se enteró de esto me enviará allí a luchar.

Stara oyó que Nachira contenía el aliento. Marido y mujer se miraron por un momento, antes de posar la vista en Stara.

—Tendrás que tomar tu decisión antes de lo que esperábamos, Stara. —Ikaró extendió el brazo para tomar a Nachira de la mano—. Lo hemos hablado, y estamos de acuerdo en que lo menos que podemos hacer es darte lo que pides. Te enseñaré magia superior.

Stara se volvió hacia Vora. La mujer sonrió y asintió en señal de aprobación. A Stara la invadió un cúmulo de emociones: primero una sensación de impotencia, después, repugnancia hacia sí misma. «Voy a rendirme. Voy a casarme con un desconocido y a darle un hijo porque mi padre es un monstruo. No podría ser más patética. —Luego, sintió un orgullo extraño seguido por una fuerte determinación—. Pero no solo estaré rindiéndome, sino tomando una decisión; la de salvar una vida. —Finalmente, la embargó un terror que se instaló en su ánimo como si hubiera encontrado un hogar entre sus huesos—. Si mi padre ha elegido a un hombre repulsivo, no lo aceptaré con los brazos cruzados. Quizá Ikaró me ayude, pero si no lo hace encontraré la manera de ayudarme a mí misma.»

Cayó en la cuenta de que estaba resuelta a echarles una mano desde el momento en que se había enterado del dilema de Nachira e Ikaró. Ingenuamente, tal vez pues aún no sabía si decían la verdad o se habían inventado la amenaza que pesaba sobre la vida de Nachira para convencer a Stara de que colaborara con ellos. Sin embargo, todos sus sentidos le decían que el miedo de su hermano y su esposa era real. Lo percibía hasta en el menor de sus gestos, casi se respiraba en el aire.

—Entonces lo haré —les dijo—. Me casaré e intentaré darle un heredero a nuestro padre.

Los dos sonrieron, se pusieron serios y volvieron a sonreír mientras daban las gracias y pedían perdón a Stara. Nachira rompió a llorar; Ikaró la consoló. A Stara le levantó el ánimo ver el afecto evidente que se profesaban el uno al otro, pero enseguida volvió a caer en el desaliento.

«Oh, madre, voy a casarme y a tener un hijo, y tú no estarás a mi lado para ayudarme y compartir la experiencia.» Stara supo entonces que no solo la aterraba poner su vida en manos de un extraño, sino también quedarse atrapada en Sachaka sin nada que le resultara familiar, sin nadie en quien confiar ni con quien hablar. No era precisamente la clase de sitio que habría elegido para criar a un hijo.

Nachira se levantó de golpe.

—Hay que beber un poco de raka para cerrar el acuerdo —declaró.

—Ya voy yo a buscarlo —dijo Vora y se puso de pie entre crujidos de sus articulaciones. Se volvió hacia Ikaró—. Debéis cumplir vuestra parte del trato ahora, amo.

Él se rió entre dientes.

—Tienes razón, Vora. Podrían interrumpirnos en cualquier momento. —Entornó los ojos y sonrió—. No tardes en volver con el raka, pues necesitaremos a alguien con quien practicar.

Vora apretó los labios, pero sus ojos irradiaban cariño. Poco después, arrellanados en los cojines, tomaban sorbos de la bebida caliente. Ikaró le indicó a Vora que colocara su cojín entre ellos y se arrodillara. Desenfundó el cuchillo corto y curvo que llevaba al cinto y contempló a Stara, sin el menor rastro de humor en el rostro.

—Para empezar, debes romper la piel —le dijo—. Es ahí donde se encuentra la barrera mágica natural que nos protege a todos de la voluntad de otros cuando no está extendida formando un escudo. —Dio la vuelta al cuchillo y le ofreció la empuñadura—. Cógelo. La única forma de aprenderlo es percibiéndolo por ti misma.

Ella agarró el cuchillo. El mango estaba caliente por el contacto de Ikaró. Vora se remangó un brazo y lo extendió.

—Bastará con un toque muy leve. La hoja está muy afilada.

Por un momento, Stara no se atrevió a moverse. Vora la miró como juzgándola. Decidida de pronto a que la anciana no volviera a presenciar un momento de debilidad, Stara apretó el cuchillo contra la piel de la mujer. Cuando lo apartó, se formó una gota de sangre. Stara tuvo que reprimir el impulso de pedir perdón.

—Ahora, coloca la mano sobre el corte —prosiguió Ikaró—. Cierra los ojos. Proyecta tu mente y localiza a Vora.

Stara obedeció, y la intensidad de lo que percibió la asombró. En muchas de sus clases de magia, Nimelle unía las mentes de las dos, pero aquella experiencia era muy distinta. Stara no solo era consciente de la presencia de Vora, sino de su cuerpo entero, incluso de su mente. Si se concentraba, alcanzaba a oír los pensamientos de la mujer.

Lo que percibía con mayor claridad era la energía mágica que impregnaba todas las partes del cuerpo de la esclava.

Oyó la voz de Ikaró a lo lejos.

—¿Notas la fuerza en su interior?

Se obligó a sí misma a asentir.

—Bien. Ahora, absorbe un poco de esa fuerza. Invócala, como harías con tu propia energía.

Con cuidado, tímidamente, Stara intentó acceder a la energía del interior de Vora. La hizo fluir hacia sí, pero luego notó que se le escapaba.

—¿Adónde se ha ido?

—La has canalizado hacia fuera, sin darle forma. No te preocupes; le suele pasar a todo el mundo al principio. Vuelve a intentarlo, pero esta vez conecta esa energía con la tuya propia. Absórbela de manera que pase a formar parte de tu energía.

Sin apartar su atención de la energía de Vora, Stara buscó su propio poder. De pronto tuvo la impresión de que veía dos formas humanas luminosas conectadas entre sí por el punto en que se tocaban. Sentía la barrera que rodeaba la energía de Vora, percibía la brecha abierta allí donde había cortado la piel.

A continuación, centró su voluntad y absorbió energía del cuerpo de Vora. La energía respondió a su voluntad y fluyó hacia su interior.

—La tengo —dijo Stara—. Está dando resultado.

—Bien. Ahora, para evitar que otros perciban lo que estás haciendo, debes fortalecer tu barrera. De lo contrario, solo retendrá la energía que posees de manera natural. Nuestro padre puede detectar la fuga y saber qué es lo que te he enseñado. Por eso debes aprender también a absorber energía sin que se produzcan fugas.

La hizo volver a empezar y detenerse varias veces, alertándola cada vez que captaba una fuga. Ella era consciente de que habían transcurrido algunas horas cuando él la declaró competente para utilizar la magia negra sin que otros la descubrieran. Escrutó el rostro de Vora en busca de señales de cansancio, pero la anciana tenía el mismo aspecto de siempre.

«Eso es bueno. No quiero arrebatarle demasiada energía. No es joven, y ya consume bastante corriendo de un lado a otro detrás de mí y de Ikaró.»

—¿Necesitaré más clases? —preguntó.

—No. —Sonrió—. Aprendes muy deprisa.

Stara echó su cabellera hacia atrás con un gesto de orgullo fingido.

—Supongo que tengo un talento innato.

Ikaró sonrió brevemente y se quedó pensativo.

—Tal vez es lo que se habría descubierto si no hubieras aprendido magia en Elyne. Entonces nuestro padre se habría visto obligado a enseñarte de todos modos.

—O a hacerte matar —murmuró Vora—, como a la mayoría de los natos.

Stara los contempló con incredulidad, y luego sacudió la cabeza.

—No puede ser. Sé que los sachakanos ejecutan a los esclavos que resultan ser natos, pero ¿de verdad matan también a los miembros de su propia familia?

—Los natos son... —Ikaró intentó encontrar una palabra apropiada.

—Peligrosos —aventuró Vora, levantándose y colocando su cojín como estaba antes—. Bichos raros. A los ashakis les disgusta no poder decidir quién tiene poderes mágicos y quién no.

—Por lo visto deberían llamarlos antinatos —reflexionó Stara en voz alta.

—En realidad, es mejor no mencionar la palabra —le advirtió Ikaró—. Además, debes tener cuidado cuando te fortalezcas, si esa es tu intención. La ley prohíbe que un mago absorba la energía de un esclavo que no le pertenece sin el consentimiento de su amo. Ni siquiera yo puedo fortalecerme aquí sin pedir permiso. Todos los esclavos que hay en esta casa son de nuestro padre.

—¿También Vora?

—Ella también.

—O sea que acabamos de infringir la ley.

Su hermano se encogió de hombros.

—No hemos utilizado la magia superior para fortalecer a nadie, solo para dar una clase.

—Pues bien, acumular energía no es mi objetivo ahora mismo. Solo quiero asegurarme de adquirir todas las habilidades que pueda necesitar cuando... Bueno, más adelante.

—Entiendo —dijo Ikaró y esbozó una sonrisa amarga—. Después de haberte envidiado durante todos estos años, ahora lo que deseo es que goces de la mayor libertad posible, para que sobrevivas y seas feliz.

Ella sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

—Yo deseo lo mismo para vosotros dos.

—Bien, en ese caso... —dijo Vora.

Todos se volvieron hacia ella.

—... hay otra cosa que Stara necesita aprender. Algo que podría salvarle la vida algún día.

Ikaró lanzó a Stara una mirada inquisitiva. Ella se encogió de hombros para indicar que no tenía la menor idea de qué estaba hablando la mujer. «¿Aunque estoy deseando saberlo!», pensó.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Ikaró.

Vora desplegó una sonrisa irónica.

—De cómo matar a alguien acostándose con él, amo.

Nachira se tapó la boca con la mano y miró a su marido con los ojos como platos. Aunque Ikaró sonreía, se había ruborizado ligeramente.

—¿Y cómo se supone que debo enseñarle eso? —le preguntó a Vora.

—Vos sabréis —respondió la mujer con expresión desafiante—. Sin duda hay alguna manera de hacerlo sin recurrir al incesto y sin ofender a vuestra esposa.

Ikaró asintió.

—Tienes razón. Mi padre me explicó cómo se hace, aunque nunca he tenido necesidad de valerme de ese truco en particular, así que no tengo idea de si me saldría bien. —Se volvió hacia Stara—. Al parecer, es más fácil para las mujeres que para los hombres. Elegir el momento preciso es esencial.

Ella lo miró con expectación.

—¿Por qué?

—En el instante del... esto... de mayor placer, la barrera natural de la que hablábamos desaparece. ¿Sabes... sabes a qué me refiero?

—Sí —respondió ella—. Sé cuál es el momento fulminante al que te refieres. —Se percató de que Ikaró tenía el rostro aún más congestionado—. Por lo que dices deduzco que, cuando la barrera desaparezca, lo percibiré.

—Eso es lo que he oído. —Respiró hondo, exhaló despacio y miró a Nachira, que los observaba con aire divertido—. Tal como sucede con el método habitual de la magia superior, cuando comienza la absorción, la fuente queda indefensa. Sin embargo, en cuanto te detienes la barrera natural se regenera, por lo que si tu objetivo es matar, tienes que continuar absorbiendo sin parar hasta despojar a la fuente de toda su energía. Huelga decir que te agradeceremos mucho que no mates a tu marido hasta que hayas tenido un hijo.

Stara se rió.

—Por supuesto.

—Nunca se sabe —terció Vora—. A lo mejor Stara le coge cariño a su esposo. —Los tres clavaron la vista en la esclava con suspicacia. Vora alzó las manos en señal de inocencia.

—Oh, no sé quién es. Pero no hay que descartar esa posibilidad. —Los miró a los tres, uno detrás de otro, y se encogió de hombros—. Supongo que si os empeñáis en esperar lo peor, solo podéis acertar o llevaros una sorpresa agradable.

«Claro, ella está la mar de tranquila —pensó Stara—. Nadie va a obligarla a casarse. —Pero entonces recapacité—. ¿Siento envidia de una esclava? No, hay destinos peores que un matrimonio arreglado..., aunque Vora parece habérselas apañado sola. Espero que siga al servicio de Ikaro y Nachira cuando yo me haya ido.»

Para su sorpresa, Stara cayó en la cuenta de que echaría de menos a la anciana mandona.

El humo impregnaba el aire, y sus olores traían a la mente todas las cosas distintas que se habían quemado; algunos revolvían el estómago. Unas vigas de madera, emnegrecidas y todavía incandescentes, sobresalían de los cascotes apuntando al cielo. Había ladrillos y fragmentos de madera y metal esparcidos por todas partes. Ni un solo edificio de Vennea permanecía en pie.

Los muertos yacían entre los escombros. Su ropa se agitaba al viento. No había el menor rastro de sangre, lo que, en cierto modo, hacía que la escena resultara aún más espeluznante.

O quizá fuera el silencio. Se oían sonidos; el crepitar de las llamas, el llanto de un bebé, los pasos de magos y aprendices. Sin embargo, todo sonaba apagado y lejano. «Tal vez el horror me ha dejado sordo —pensó Dakon—. Mi mente no quiere creerlo, y por eso se niega a asimilarlo todo.»

—Los sachakanos se han ido —dijo el panadero del pueblo. Cuando los invasores habían registrado su casa, se había escondido en su horno, que apenas se había enfriado lo suficiente para no cocerlo a él, pero tenía quemaduras en las manos y los zapatos chamuscados—. He tenido que salir cuando he sentido que me asfixiaba.

Había gente en la calle, saqueando las casas que no estaban en llamas. Me han dicho que los sachakanos se habían marchado.

—¿Por dónde han ido los sachakanos?

—No lo sé.

Werrin asintió y dio las gracias al hombre. Miró a Sabin.

—Tenemos que averiguarlo. ¿Qué creéis que se traen entre manos ahora?

—Todo apunta a que esto es una invasión en toda regla —respondió el maestro espadachín—. El número de enemigos, su acumulación de energía. Ocupar una población no supone una ventaja estratégica para ellos, pero les permite aumentar su fuerza y sus provisiones. Como saben que son demasiado pocos para defender todos los pueblos y aldeas de la periferia, atacan y siguen adelante.

—¿Han escarmentado tras lo de Tecurren?

—Seguramente.

—¿Cuál será su siguiente objetivo?

Sabin se encogió de hombros.

—Nuestra mejor estrategia es trasladar a la gente a un lugar más fácil de defender; evacuar las aldeas y los pueblos periféricos para no dejarles nada que puedan llevarse.

—Da la impresión de que estáis proponiendo que abandonemos los señoríos exteriores —dijo Narvelan con el ceño fruncido.

Sabin asintió.

—Tal vez no nos quede otro remedio. Sé que esto resulta decepcionante después de todos los esfuerzos que el Círculo ha realizado durante los últimos años, pero ¿se os ocurre alguna manera de protegerlos?

Narvelan sacudió la cabeza y suspiró. Se volvió hacia Dakon.

—Por lo visto, tú y yo estamos a punto de perder nuestras tierras. Me pregunto si tendremos que renunciar a nuestro título de lord.

—Es mejor eso que dejar perecer a nuestros vasallos —respondió Dakon.

—Por lo pronto quizá no tengamos que abandonar señoríos enteros —dijo Sabin—. Podemos desplazar a sus habitantes a sitios a los que los sachakanos no puedan acercarse sin ser descubiertos, y que resulten fáciles de evacuar.

—¿Y cómo lidiaremos con los sachakanos? —preguntó Narvelan. Sabin arrugó el entrecejo—. Por los informes de los exploradores y los testimonios de los aldeanos, estamos igualados en número con el enemigo, pero ¿son iguales también nuestras fuerzas? Los que luchamos en Tecurren perdimos parte de nuestra energía, aunque la generosidad de los aldeanos ha compensado un poco esa pérdida. Los sachakanos, en cambio, han absorbido la fuerza de pueblos enteros. No confío mucho en nuestras posibilidades. —Sacudió la cabeza—. Por ahora, debemos hacer todo lo posible por ayudar a la gente de aquí. Tal vez hayan quedado personas atrapadas o enterradas. Volveré a ponerme en contacto con el rey utilizando nuestro código de comunicación mental. Preparaos para partir en cualquier momento.

Mientras los magos se separaban y se alejaban en todas direcciones, Dakon buscó a Jayan y Tessia. Ninguno de los dos estaba de pie tras él. Recorrió la plaza de la aldea con la vista y los localizó sentados a ambos lados de un niño, a varios pasos de distancia.

Cuando se acercó advirtió que el muchacho estaba herido y que Tessia lo estaba tratando. Jayan sostenía el brazo del niño, que llevaba envuelto en paños. Pese a encontrarse apoyado, el antebrazo estaba doblado en un ángulo poco natural. Tessia tocó la piel con suavidad.

Entonces, ante la mirada de Dakon, el brazo se enderezó lentamente.

El chico soltó un grito de dolor y sorpresa, y luego rompió a llorar. Tessia echó un vistazo rápido alrededor, y atrajo hacia sí un trozo de madera por medio de la magia. Salieron despedidas varias astillas, y la madera se partió en dos. Ella recogió los pedazos, los envolvió en una tela y le pidió a Jayan que los sujetara mientras ella los ataba al brazo del niño.

«Jamás había visto cosa parecida —pensó Dakon, paralizado de asombro por lo que había presenciado. No dejaba de ver en su mente la imagen del antebrazo que se desdoblaba, aparentemente por sí solo—. Magia. Es evidente que ella ha usado la magia, de una manera absolutamente lógica y beneficiosa. Y es algo que solo un mago podría hacer. Vaya, ¡al Gremio de Sanadores no le hará ninguna gracia cuando se entere!»

Mientras Tessia consolaba al chico y le explicaba para qué servía el cabestrillo y durante cuánto tiempo debía llevarlo, Jayan alzó la vista y pestañeó sorprendido al ver a Dakon.

«Los dos estaban tan absortos —pensó Dakon— que se les podría haber acercado un ejército entero de sachakanos sin que ellos se dieran cuenta. Aun así, no se lo reprocho. Son los únicos que intentan ayudar a la gente.»

Por otro lado, la entrega de Jayan le parecía interesante. Últimamente el joven apenas se apartaba del lado de Tessia. Dakon sospechaba que se veía a sí mismo como el protector de la chica, aunque tal vez hubiera algo más. Tal vez Jayan entendía lo importante que podía ser el uso que hacía Tessia de la magia para la sanación, y estaba intentando darle la oportunidad de seguir desarrollando sus habilidades. Dakon se dio cuenta de que aún era capaz de sonreír.

«El intercambio de conocimientos, la sanación con la ayuda de la magia, y el apoyo y aliento de Jayan a otro aprendiz. ¿Quién habría imaginado que esta guerra en la que nos hemos visto metidos tendría consecuencias tan positivas?»

CUARTA PARTE

Lo primero que hizo Stara después de despertar fue maravillarse de haber podido dormir. Lo último que recordaba de la noche anterior era que, al acostarse, le había dicho a Vora que seguramente no pegaría ojo. En cambio, estaba parpadeando y frotándose los ojos, sintiéndose decepcionantemente fresca y descansada.

Una figura que le era familiar se postró en el suelo, con un crujido audible de las rodillas.

—¿Pusiste alguna hierba en mi bebida? —preguntó Stara, incorporándose.

—Deseabais que el día de hoy se acabara lo antes posible, ama —respondió Vora mientras se ponía de pie—. ¿Ha pasado el tiempo tan rápidamente como queráis?

—Sí. Eres una mujer perversa, Vora. Y te echaré de menos.

La anciana sonrió.

—Vamos, ama. Tenemos que lavaros y vestiros. Os he comprado el manto de boda.

Stara no pudo evitar sentir un pequeño escalofrío de emoción, aunque enseguida se adueñaron de ella el fastidio y la frustración habituales. En Elyne, la novia dedicaba semanas enteras a escoger los adornos y el diseño de su vestido nupcial con la ayuda de su madre, sus hermanas —si las tenía— y sus amigas. En Sachaka las mujeres se ponían un manto, como siempre, aunque por una vez de un color discreto, y un tocado con velo incorporado. Este traje de boda tradicional apenas había cambiado a lo largo de los siglos.

Stara se levantó y contempló el fardo de tela negra que Vora sostenía en las manos.

—Está bien, déjame verlo.

Cuando la mujer desplegó el manto, Stara percibió una ondulación de reflejos diminutos. Se acercó a la tela para examinarla. Un bordado fino cubría la parte delantera, con innumerables cuentas negras en forma de disco.

—Son bonitas —comentó—. A las mujeres de Elyne les encantarían. Me pregunto por qué no han llegado a los mercados.

—Porque solo se utilizan en vestidos de boda —le explicó Vora—. Las cuanas se tallan a partir de la concha de los cuáneos. Es un proceso lento y el caparazón no es fácil de conseguir, por lo que son muy caras. Además, también es tradicional que la novia utilice el vestido que perteneció a su madre. Sin embargo, como vuestra madre se llevó el suyo a Elyne, vuestro padre ha tenido que comprar cuanas nuevas para este.

—Qué generoso por su parte, teniendo en cuenta que cree que no valgo nada como esposa. —Stara se enderezó y se acercó a la jofaina. Empezó a notar de nuevo aquella desagradable sensación de revoloteo en el estómago—. O eso, o se ha visto obligado porque no se atreve a decirle a mi madre que va a casarme por la fuerza.

—Dudo que vuestra madre pueda recibir mensajes en estos momentos —le recordó Vora.

Stara suspiró.

—Cierto. Por esta condenada guerra.

Se despojó de su ropa de dormir, se lavó y dejó que Vora la envolviera en el manto. A continuación, la esclava comenzó a toquetearle el cabello, peinándose y recogiéndoselo con cuidado. Cuando quedó satisfecha con el resultado, retrocedió un paso y miró a Stara de arriba abajo.

—Estáis preciosa, ama —dijo y luego sacudió la cabeza—. Estáis preciosa cuando os levantáis de mal humor y desgreñada. Yo lo único que tengo que hacer es conseguir que tengáis aspecto de novia. Ah, ojalá las órdenes que me dan fueran siempre tan fáciles de cumplir.

Stara había reparado en una caja grande que Vora había colocado sobre la mesa. La anciana la abrió y extrajo de ella un pesado rebusco de tela que caía en cascada y joyas. El material era similar a la gasa y estaba recubierto de cuanas que formaban un dibujo elaborado.

—Es el tocado —explicó la esclava antes de dejarlo caer de nuevo dentro de la caja—. Antes de que os lo ponga, ¿os apetece comer algo?

Stara, que sentía como si tuviera un nudo en el estómago, sacudió la cabeza.

—No.

—¿Y qué tal un poco de zumo? —Vora se dirigió hacia una mesa auxiliar para coger una jarra de vidrio—. He traído un poco, por si acaso.

Stara se encogió de hombros. Aceptó el vaso de zumo que la esclava le había servido y tomó un sorbo. Contrariamente a lo que esperaba, su estómago no se rebeló. Al notar que una sensación de serenidad se apoderaba de ella, miró la bebida con recelo.

—¿También le has puesto hierbas a esto?

Vora sonrió.

—No, pero se sabe que la flor de crema y el zumo de pachi son relajantes. —Clavó los ojos en Stara—. Bebed. No tenemos toda la mañana.

Sin dejar de tomar sorbos, Stara paseó la vista por la habitación. Vora le había asegurado que las escasas pertenencias que había traído consigo de Elyne —más que nada recuerdos de su madre y sus amigas— le serían enviadas a su nuevo hogar, junto con toda la ropa que habían confeccionado para ella desde su llegada. Mientras apuraba el resto del zumo, echó una última mirada a los aposentos en que había vivido durante los últimos meses.

Entonces dio media vuelta y entregó a Vora el vaso vacío. La mujer lo dejó a un lado y se acercó de nuevo al tocado. Lo levantó, sosteniendo delicadamente por delante la tela. Stara tuvo que agacharse para que la mujer pudiera ponérselo en la cabeza. De inmediato, Stara se sintió sofocada. Apenas veía a través de la tela, y su aliento caldeó enseguida el aire del interior del velo.

—Dejad de darle tirones —le dijo Vora—, o se os quedará torcido.

—No veo nada.

—Os será más fácil cuando estemos fuera.

—¿La ceremonia se celebrará al aire libre?

—No.

—¿Cómo hago para no tropezar o chocar con las paredes?

—Caminad despacio. Yo iré tirándoos del vestido para guiaros. A la izquierda si tenéis que ir en esa dirección, y viceversa.

—¿Y si tengo que parar?

—Un tirón en medio.

—¿Y si tengo que seguir andando?

—Os pincharé con el dedo.

—Estupendo.

—Ahora tenéis que seguirme. ¿Estáis lista?

Stara soltó una carcajada amarga.

—No. Pero no dejes que eso sea un impedimento.

No supo con certeza si Vora sonreía o si había contraído los labios como solía hacer cuando estaba preocupada o molesta. La mujer giró sobre los talones y echó a andar hacia la puerta. Stara la siguió, con el corazón repentinamente acelerado y el estómago tan revuelto que deseó no haberse bebido el zumo.

Justo cuando empezaba a acostumbrarse a ver a través de la gasa, Vora la condujo a una habitación oscura.

—Stara.

Era la voz de su padre. Cuando se volvió, Stara se encontró frente a una sombra en la que no se había fijado antes de que hablara.

—Padre.

—He encontrado un esposo para ti. Eres muy afortunada.

Se hizo un silencio. Ella se preguntó si su padre esperaba que le diera la razón o se mostrara agradecida. Por un breve instante, se planteó la posibilidad de hacer algo por el estilo, pero decidió abstenerse. Él sabría que era mentira, así que ¿de qué serviría?

—Sé una esposa obediente y no me avergüences —dijo él al final.

Entonces ella notó que algo removía el aire cerca de su mano derecha, y sintió a la vez un tirón en el vestido y la ligera presión de un dedo contra su espalda. De pronto tuvo que pugnar por reprimir una risotada. «Me está manejando como si fuera uno de esos títeres que causaban tanto furor en los mercados de Capia el año pasado. Me pregunto qué pensaría mi padre si empezara a agitarme como si unos hilos me movieran los brazos y las piernas.»

Entonces se puso seria. Él no le encontraría la gracia. Seguramente nunca había visto un títere. «Somos de mundos distintos. Por desgracia, soy yo quien está atrapada en su mundo, y no al revés.»

Guiada por Vora, atravesó la casa y salió al patio, detrás de su padre. Un carruaje los esperaba allí. Stara no alcanzó a distinguir si era lujoso o austero. Su padre subió al vehículo, ella siguió su ejemplo y se acomodó frente a él tras encontrar su asiento principalmente a tientas. A Vora la perdió totalmente de vista. Por un momento le entró el pánico al pensar que tal vez la esclava no asistiría a la ceremonia. Respiró hondo varias veces, diciéndose que se las arreglaría sin ella. «Siempre y cuando pueda caminar despacio.»

El carruaje se puso en marcha con una sacudida. Stara oyó unos golpes sordos y un chirrido cuando se abrieron las puertas de la mansión. El carro giró hacia un lado. Se oyó el ruido de un vehículo que pasaba mientras avanzaban por la calle. Su padre guardaba silencio, pero ella percibía el sonido de su respiración. ¿Era más rápida que de costumbre? Ella no tenía idea de a qué ritmo respiraba normalmente. ¿En qué estaría pensando? ¿Tendría algún remordimiento, o se alegraba de desembarazarse de ella?

De repente, el carruaje redujo la marcha. Se oyeron unas voces. El vehículo giró y disminuyó la marcha de nuevo. Cuando se detuvo, su padre se puso de pie y se inclinó hacia la portezuela.

Stara permaneció sentada, preguntándose por qué habían parado y cuánto tiempo tendría que esperar antes de que prosiguieran su camino.

—Bájate, Stara —le ordenó su padre.

Perpleja, ella se acercó a ciegas a la puerta del carruaje y se apeó. A través de la gasa vio que se encontraban en otro patio. Notó un tirón en el vestido y, al volverse, advirtió que Vora estaba de pie tras ella. El alivio la inundó.

—¿Hemos llegado? —susurró.

—Eso parece, ama —respondió la anciana.

«De modo que mi esposo vive cerca de la mansión —pensó Stara—. ¿Es para que mi padre pueda mantenerme vigilada?»

Oyó que Sokara intercambiaba un saludo formal con otro hombre. Cuando cesaron las voces, una ligera presión en medio de la espalda la impulsó a caminar. Vora y ella se dirigieron hacia un borrón oscuro en las paredes blancas. Lo atravesaron y se encontraron inmersas en una luz dorada.

Las indicaciones de Vora la condujeron hasta otra habitación bien iluminada. Oyó que se cerraban unas puertas, y que Vora exhalaba un largo suspiro.

—Estamos en la habitación de la novia, ama —explicó la esclava—. En todas las mansiones hay una, pero permanece cerrada salvo cuando se celebra una boda. Echad una ojeada, si queréis. Los hombres tardarán un rato en terminar sus negociaciones.

—¿Qué negociaciones? —preguntó Stara, levantándose el velo.

Se hallaban en una habitación pequeña sin otro mueble que un banco largo. En cada rincón ardía una lámpara que llenaba de luz el espacio.

—Forman parte de la ceremonia. Aunque han pactado todos los detalles previamente, simularán un tira y afloja. Vuestro futuro esposo fingirá tener dudas y alegrará

que vuestro padre no es lo bastante bajo. Vuestro padre enumerará vuestras virtudes y amenazará con llevaros de vuelta a casa.

—¡Ja! —exclamó Stara—. ¡Eso me encantaría oírlo! —examinó las paredes más atentamente. Había escenas pintadas directamente sobre el estuco, retratos de hombres y mujeres. Cuando se dio cuenta de lo que estaban haciendo, se rió—. ¡Qué impúdico! Si alguien en Elyne... ¡Oh, cielos! ¡No sabía que la gente hiciera esas cosas!

—Su propósito es prepararos para el lecho conyugal —le informó Vora.

Stara miró a la mujer y su hilaridad decayó.

—Son imágenes un poco... atrevidas para alguien que se supone que es una joven doncella. Seguramente asustan más de lo que excitan.

Vora se encogió de hombros.

—Los hombres y las mujeres tienen toda clase de ideas extrañas unos sobre otros, y casi todas son erróneas. —Dirigió la vista hacia la puerta al oír el sonido de unos pasos al otro lado—. ¡Deprisa, poneos el tocado y venid aquí! —siseó.

Stara se dejó caer en el banco y notó que Vora recolocaba el velo en su sitio. La puerta se abrió.

Un hombre entró. Era demasiado joven para ser su padre.

—Stara —dijo. Una chispa se encendió en su mente. Aquella voz le resultaba familiar, aunque no acertaba a identificarla—. Bienvenida a mi hogar.

—Gracias —respondió ella.

El hombre se acercó hasta quedar de pie frente al banco, cogió la orilla del velo y lo levantó. Mientras la tela le caía por la espalda, ella lo miró, sorprendida.

—¡Ashaki Kachiro!

—Así es —dijo él, sonriendo—. Tu vecino.

«Pero si mi padre te detesta —tenía ganas de decirle—. Me leyó la mente por haber hablado contigo.» Entonces recordó que Kachiro tampoco era un enemigo de su padre. Se volvió hacia Vora, que se encogió de hombros.

—Ah, sí, tu esclava. La he comprado para que tengas una cara conocida cerca mientras te adaptas a tu nueva vida.

Stara lo miró de nuevo y casi sin darse cuenta le sonrió, encantada.

—¡Gracias! Gracias otra vez.

Él le devolvió la sonrisa y le tendió la mano.

—Ven, acompáñame. He organizado un banquete para celebrarlo. Espero que sea de tu agrado.

Ella extendió el brazo y dejó que él la tomara de la mano. Salió de la habitación de la novia con Kachiro, que la guió de nuevo a la sala inundada de luz dorada. Al mirar alrededor, ella vio varios globos de luz que flotaban cerca del techo. «Magia. Nunca he visto a mi padre tomarse la molestia de utilizar globos de luz.» La estancia estaba decorada con unos pocos muebles elegantes y una alfombra azul marino que cubría el suelo. Se dirigieron a dos sillas.

Durante las horas siguientes, Stara se vio agasajada con platos deliciosos preparados al estilo tanto elyneo como sachakano, mientras charlaba con un hombre que no solo parecía interesado en ella sino que también le parecía interesante. Poseía varias tierras que producían rentas por sus cosechas y animales. Asimismo, explotaba varios bosques y comerciaba con los muebles fabricados con la madera que extraía. Casi todos sus clientes eran de la zona, pero quería ampliar el negocio a Kyrallia y Elyne. Sin embargo, la guerra con Kyrallia lo estaba haciendo imposible por el momento.

Ella no podía creer la suerte que tenía. «Esto es demasiado bueno para ser cierto. Pero no debo olvidar que, aunque me resulta atractivo y parece agradable, yo no he dado mi consentimiento para esto. Me pregunto si lo sabe...»

Un buen rato después de que terminaran de comer, los criados empezaron a servirles una comida más frugal y ella se percató del tiempo que había transcurrido. Tomaron algunos bocados, hasta que Kachiro se levantó y le indicó que hiciera lo mismo.

—Ha llegado el momento de que te enseñe tus... mis aposentos —dijo.

Tras cogerla de la mano otra vez, la guió por otra puerta hasta un pasillo. Al volver la vista atrás, Stara vio que los globos de luz parpadeaban y se apagaban, uno tras otro. Respiró hondo y soltó el aire lentamente. «Es un hombre apuesto. Mientras sus costumbres en la alcoba no sean repugnantes, la noche no tiene por qué ser desagradable. Quizá incluso resulte placentera. Al fin y al cabo, me cautivó cuando lo conocí... —Oyó unos pasos detrás, y supo que Vora los seguía. El alivio dio paso a una nueva preocupación—. ¡Espero que ella no esté obligada a quedarse para mirar!»

Al final del pasillo llegaron a una gran sala blanca. Como en el salón principal, los muebles eran finos y de buena calidad. Otra alfombra azul cubría el suelo. Había unos cuadrados de tela lisos colgados en las paredes. Ella se obligó a ignorar la cama y volverse hacia él.

—¿Todos estos muebles son obra de tus trabajadores?

Él asintió.

—Un amigo diseña las formas, y mis esclavos los fabrican. Tiene buen ojo.

—Sí que lo tiene —convino ella—. Son preciosos.

Él aún la tenía cogida de la mano. Stara era muy consciente de ello y de la calidez de su tacto. «Prácticamente no he tocado a nadie desde que llegué aquí. En Elyne todo el mundo es muy sobón, y en cambio los sachakanos se comportan como si el contacto fuera una afrenta...»

—Me temo que debo dejarte ahora —dijo Kachiro—. Hay asuntos urgentes que reclaman mi atención en la ciudad. No obstante, volveré mañana. Mis esclavos están a tu disposición, y le hemos asignado a tu esclava una habitación para ella sola cerca de aquí a fin de que pueda atender a tus necesidades rápidamente.

«¿Se va? —Stara sintió una punzada de desilusión que le hizo gracia a ella misma—. ¿De verdad estaba deseando que llegara este momento? ¿Le he dado la impresión de estar muy nerviosa?»

—Ah, sí —fue lo único que consiguió balbucir, desconcertada—. Lo estoy deseando.

Él le soltó la mano y sonrió de nuevo, antes de dar media vuelta y marcharse.

Stara lo observó alejarse por el pasillo, y cuando él desapareció tras una esquina, se acercó a la cama, se sentó en el borde y miró a Vora.

—Así que el vecino de mi padre. Al que se supone que le tiene tanta aversión.

La esclava se encogió de hombros.

—No tendría sentido que os casara con uno de sus enemigos, ama, y tampoco podía ofrecer a su hija a un aliado que podría interpretarlo como un insulto y romper algún trato.

—Y por eso eligió a alguien con quien no lo une ningún vínculo.

—Sí. Y aunque Kachiro no le cae bien, vos dijisteis que os parecía decente.

Stara asintió. Ahora casi tenía la impresión de que su padre no era el monstruo que ella creía. «No. Me leyó la mente. Eso sigue haciendo que sea un monstruo.»

—¿Por qué crees que se ha ido?

—¿El ashaki Kachiro? —Vora frunció el entrecejo—. Seguramente es verdad que tiene asuntos urgentes de los que ocuparse. Dudo que ningún hombre se alejara de vuestra cama por su propia voluntad. Alguien de menor valía habría tenido mucha prisa. Tal vez no quiera presionaros.

—Nos hemos pasado el día comiendo y hablando. ¿Eso forma parte de la tradición?

Vora sonrió.

—No. Nada de lo que ha hecho forma parte de la tradición.

Stara suspiró.

—En fin. Al menos mi padre me ha dejado quedarme contigo.

Al oír esto, Vora frunció el ceño.

—Sí —dijo, en un tono que no denotaba una gran alegría.

—Ah. —Stara hizo una mueca, presa de una pena repentina—. Lo siento, Vora. No sabía que quisieras quedarte.

La mujer alzó la vista hacia ella y le sonrió con picardía.

—Estoy encantada de seguir siendo vuestra esclava, ama, pero me preocupan el amo Ikaró y el ama Nachira. Estando aquí no puedo hacer nada para ayudarlos.

A Stara le dio un vuelco el corazón.

—¿Siguen estando en peligro?

Vora torció el gesto.

—Nunca se sabe.

—¿Crees que mi padre sospechó lo que estabas haciendo y te vendió a Kachiro para quitarnos a ambas de en medio?

—Es posible.

Stara suspiró de nuevo y se recostó en la cama.

—Entonces más vale que me dé prisa en tener un hijo. —Con la vista fija en el techo, se preguntó cuánto tardaría, si sería habitual que Kachiro se marchara para atender sus asuntos y si a ella llegaría a gustarle la vida recluida de esposa y madre.

—Vamos, ama —dijo Vora—. Levantaos para que os ayude a salir de ese vestido.

Las calles de Calia eran un hervidero de actividad. Dakon caminaba dando grandes zancadas por la calle principal intentando localizar a Tessia, que se había ido en busca de remedios e ingredientes hacía varias horas. Al ver una tienda que vendía hierbas y especias, se volvió y dio un paso hacia ella.

Entonces notó que le entraba una piedra por el agujero del zapato.

Masculló una maldición y siguió andando, pero el movimiento hizo que la china rodara hasta situarse debajo del talón y, con el siguiente paso, se le clavó en la planta. Sacudió el pie hasta que la piedra fue a parar a la punta del zapato, se dirigió de nuevo hacia un lado de la calle y se refugió en el espacio oscuro que había entre dos edificios.

«Debería cambiarles la suela —se dijo. Pero cuando agarró el zapato para quitárselo, se fijó en las costuras deshilachadas, los desgarrones y las suelas gastadas—. No, tendré que conseguirme unos nuevos.»

Había pospuesto al máximo el cambiar sus zapatos por otros, pese a que sabía que le daban un aspecto desaliñado. Los otros magos creían que tenían que ofrecer una imagen digna y arreglada para infundir respeto a los kyalianos de a pie, pero a Dakon no le gustaba aprovecharse de las personas que más estaban sufriendo en aquella guerra.

«Nos presentamos en su pueblo, les ordenamos que recojan sus pertenencias y se marchen, y luego les decimos: “Por cierto, tendrás que apañártelas sin tus zapatos y tu mejor abrigo”.»

Cuando consiguió deslizar el pie fuera del zapato oyó unas voces femeninas que salían de la casa que tenía detrás, a través de una ventana abierta.

—... allí ocurrió lo mismo. Primero llega la gente de la última aldea que han invadido los sachakanos, huyendo de ellos. Luego aparecen los magos y nos dicen que nos vayamos.

—No entiendo por qué tenemos que marcharnos antes de tiempo. Mis ukkas se morirán si nadie las riega o les da de comer. ¿Y si al final los sachakanos no vienen? Todo habría sido en balde. Totalmente inútil.

—No lo sé, Ti. He oído unas cosas sobre esos sachakanos... Dicen que se comen a los bebés de sus esclavas. Que los crían para eso. Los engordan y luego los meten vivos en el horno.

Dakon, que estaba sacudiendo el zapato para sacar la piedra, se quedó inmóvil.

—¡Oh, qué horror! —exclamó la segunda mujer.

—Y como no pueden ir a la guerra cargados con bebés, han estado comiéndose niños kyalianos en vez de eso.

—¡No!

Dakon sacudió el zapato de nuevo y la china cayó al suelo. «¿De dónde habrán sacado semejante rumor? —se preguntó mientras volvía a calzarse—. No es posible que se lo crean de verdad. Nunca he leído ni oído nada sobre estos hábitos.»

Lo más probable es que se tratara de un bulo que alguien había difundido por venganza o para asegurarse de que nadie se planteara la posibilidad de traicionar a Kyralia. O tal vez para convencer a quienes se resistían a obedecer la orden de dejar sus hogares.

«Pero ¿qué consecuencias tendrá ese rumor cuando todo esto haya acabado? ¿La gente seguirá creyéndolo? Si perdemos, solo hará que la ocupación y el retorno a la esclavitud resulten aún más aterradores. Pero si ganamos... no será más que otra razón para odiar a los sachakanos. No tengo idea de hasta dónde nos llevaría ese odio. Bastante difícil resulta imaginar que podamos vencer a los sachakanos, un pueblo mucho más antiguo y refinado, que además nos dominó durante años.»

Cuando se dispuso a cruzar la calzada de nuevo, se encontró con una larga columna de jinetes y carretas que le impedían el paso. Al dirigir la vista hacia el principio de la fila, vio la espalda de varios hombres bien vestidos. Supuso que las personas que pasaban por su lado eran criados, y las carretas transportaban las provisiones que tanta falta hacían.

«Más magos para nuestro ejército —pensó Dakon—. Espero que haya zapatos nuevos en esas carretas.»

—Ah, bien —dijo una voz conocida detrás de su hombro—. Espero que hayan traído a un par de sanadores, o al menos algunos remedios y vendas limpias.

Dakon se volvió hacia Tessia.

—¡Ahí estás! ¿Has encontrado lo que buscabas?

Ella arrugó la nariz.

—Más o menos. El sanador de la ciudad ha subido tanto los precios que deberían meterlo en la cárcel. He tenido que visitar a una viuda loca que vive en las afueras. Pone en sus remedios toda clase de cosas absurdas sin propiedades curativas comprobadas, así que he comprado ingredientes en lugar de eso. —Alzó una cesta llena de plantas, tanto frescas como secas, debajo de las cuales Dakon alcanzaba a ver tarros y objetos envueltos—. Me pasaré la noche en vela preparando mis propios remedios.

Las plantas despedían un olor intenso y no particularmente agradable. Cuando pasaron los últimos criados y carretas, Dakon hizo señas a Tessia para que lo siguiera, y echó a andar tras ellos.

—¿Deberíamos reclutar a ese sanador? —preguntó.

A pesar de los esfuerzos de los sachakanos por matar a todo aquel que se cruzara en su camino, algunas personas conseguían huir de los pueblos que atacaban. Muchos de los refugiados estaban heridos, y Tessia había dedicado todo su tiempo libre a tratarlos.

—No. Aunque no fuera demasiado viejo para eso, cobraría tanto que al finalizar la guerra sería el único hombre rico que quedara, gane quien gane.

—Podríamos ordenárselo —dijo Dakon.

Un brillo asomó a los ojos de Tessia, pero enseguida se apagó y ella sacudió la cabeza. Acto seguido, delató sus pensamientos mordiéndose el labio.

—Bueno, no nos vendría mal un poco de ayu...

—Lord Dakon, ¿lo que acaba de pasar por aquí es lo que yo creo que es?

Al volverse, los dos vieron que lord Narvelan se dirigía hacia ellos con aire decidido.

—Nuestro ejército —confirmó Dakon.

—Ya era hora —dijo el joven mago—. ¿Cuántos crees que se han unido a nosotros esta vez?

—Unos cincuenta.

—Entonces el rey ha hecho las cosas bien. Veamos quién está aquí.

Apretaron el paso, adelantaron a las carretas y los criados, y alcanzaron a los magos que avanzaban en cabeza cuando llegaban a la casa que Werrin y Sabin habían requisado para utilizarla como lugar de reunión de los magos. Los dos líderes ya estaban de pie en la escalera, esperando a los refuerzos para recibirlos.

Los recién llegados se detuvieron, descabalgaron e intercambiaron saludos con el representante del rey y el maestro espadachín. Tres entraron con ellos en la casa.

—Los rangos vuelven a cambiar —dijo Narvelan—, y nosotros bajamos aún más en la jerarquía.

—Hasta ahora te ha ido bien —señaló Dakon—. Werrin todavía te escucha.

Narvelan asintió.

—Creo que esta vez me retiraré decorosamente al lugar que me corresponde y me quedaré allí. Y no por nada que haya dicho o hecho alguien —se apresuró a añadir—. Pero después de escuchar a Sabin durante las últimas semanas... Es mucho más listo y está mucho mejor preparado que yo. Es un guerrero auténtico. Todo lo que se me ha ocurrido y lo que he propuesto me parece obvio e ingenuo en comparación con su dominio de la estrategia. Además, es un alivio que la responsabilidad pase a otras manos.

Dakon miró a su amigo y apartó la vista. Narvelan había cambiado desde la escaramuza en Tecurren. Aunque habían ganado ese combate, desde entonces el mago se mostraba vacilante y dubitativo. Hablaba de la victoria con un toque de remordimiento. Dakon sospechaba que había cobrado conciencia, por primera vez, de que podía morir en aquella guerra y aún no había encontrado una manera de enfrentarse al miedo. O tal vez era el hecho de saber que había matado a otro hombre. Narvelan le había confesado discretamente a Dakon que no podía evitar sentirse incómodo respecto a aquella victoria, ni siquiera después de enterarse de lo que los sachakanos habían hecho a los aldeanos.

Tal vez sería beneficioso para Narvelan tomarse un respiro de la presión que implicaba la toma de decisiones.

—Yo hace tiempo que decidí que lo más prudente era mantenerse al margen —dijo Dakon—. Después de todo, hay muchas otras tareas que requieren las habilidades de un mago. Yo me estoy concentrando en dar clases a los aprendices. ¿Quieres echarme una mano en eso?

Narvelan hizo una mueca.

—Si me he resistido a tomar un aprendiz durante tanto tiempo ha sido para no tener que dar clases. Soy demasiado joven. No me divierte. Tampoco se me da bien.

Seguramente por eso no lo disfruto. Le estoy muy agradecido al rey por dejar que utilicemos a un criado de algún modo.

—No te acostumbres —le advirtió Dakon—. Dudo que nadie viera con buenos ojos que suavizara la ley de manera permanente. Es algo demasiado parecido a la esclavitud.

—Ya veremos —respondió Narvelan—. A mí me parece razonable, siempre y cuando remuneremos al criado de algún modo. Y si la idea seduce a muchos magos, al rey Errik le resultará muy difícil reinstaurar la ley.

Dakon arrugó el entrecejo, pues no le gustaba el tono esperanzado de Narvelan. Todavía no había decidido qué respuesta darle al joven mago cuando un criado se les acercó a toda prisa.

—Lord Werrin requiere vuestra presencia en la reunión, lord Narvelan —le comunicó y, mirando a Dakon, agregó—: y también la vuestra, lord Dakon.

Sorprendido, Dakon intercambió una mirada de desconcierto con Narvelan. Entonces se acordó de Tessia y se volvió hacia ella.

—Estaré bien —le aseguró ella—. Tengo mucho trabajo, y Jayan, tal vez tontamente, se ha ofrecido a ayudarme. Mañana los dos apestaremos a raíz de hus.

—Al menos así seréis más fáciles de encontrar —comentó Dakon.

Ella sonrió de oreja a oreja y se alejó en dirección a la casa en que se alojaban y cuyos dueños, como muchos otros en Calia, habían ofrecido a los magos antes de desalojarla y marcharse a Imardín. Dakon posó los ojos en Narvelan, que se encogió de hombros, y asintió con la cabeza para indicar al criado que los llevara ante Werrin.

Desde el recibidor, el sirviente los guió hasta un pasillo y se detuvo frente a una puerta cerrada. Llamó y una voz los invitó a pasar desde el interior. El criado abrió la puerta y se apartó para dejarlos entrar. Lord Werrin estaba de pie junto a una mesa grande sobre la que había muchos papeles desparramados.

—Ah, bien —dijo Werrin—. Esperaba que el criado os encontrara a los dos lo antes posible. Tengo una propuesta para ambos. —Se frotó las manos y miró alternadamente a Dakon y Narvelan—. No quiero que a los magos rurales como vosotros se os deje de tomar en cuenta ni que os quedéis sin representación ahora que tenemos a tantos magos de ciudad en el ejército, sobre todo si perdéis vuestros señoríos enteros. Como mínimo, necesitamos teneros cerca para recordar a los magos urbanos lo que todos perderemos si no nos prestan su colaboración. Debéis participar en todos los planes y reuniones, y para poner esto de relieve, os asignaré a los dos funciones oficiales. Lord Dakon será el encargado de coordinar a los profesores y organizar las clases para los aprendices. ¿Se os ocurre un buen nombre para el puesto? ¿Jefe de profesores, tal vez? No creo que «maestro de aprendices» fuera bien recibido.

Dakon soltó una risita.

—No, me considerarían sospechoso de tomar a mi cargo a los aprendices de todos. «Jefe de profesores» implica que cualquiera que se ofrezca voluntario para enseñar tiene que convertirse en mi subordinado, y dudo que esto fomente el apoyo a la causa. ¿Qué tal «maestro entrenador»?

Werrin asintió.

—Sí. Me gusta. Muy bien. En cuanto a vos —dijo, dirigiéndose a Narvelan—, vuestro trabajo consistirá en mediar entre los magos de campo y los de ciudad, evitar los conflictos o dirimirlos cuando surjan. ¿Estáis dispuesto a asumir esta responsabilidad?

Narvelan guardó silencio por un momento y asintió despacio.

—Sí —dijo con una sonrisa adusta.

—¿Cómo debemos llamaros, entonces?

—¿Maestro del campo? No, no suena bien. ¿De verdad es necesario esto de los títulos?

—Es lo que cree Sabin. El rey lo ha nombrado «maestro de la guerra».

—Qué rimbombante.

Los ojos de Werrin brillaron con una chispa de diversión.

—Yo he conseguido conservar el título de «representante del rey», afortunadamente. ¿Qué os parecería si os nombráramos «representante de los señoríos»? —Werrin se quedó pensativo—. Sí, de ese modo podría llamar al responsable de hablar en nombre de los magos urbanos «representante de las casas».

—A mí me suena bien —convino Narvelan, asintiendo.

—De acuerdo. —Werrin rodeó la mesa y se alisó la ropa—. Ahora debemos reunirnos para hablar de nuestras experiencias y estrategias. Tenemos que introducir a los recién llegados en la dura realidad de la guerra y explicarles nuestra forma de hacer las cosas. ¿Cuento con vuestro apoyo?

Dakon lanzó una mirada fugaz a Narvelan, que sonrió.

—Por supuesto.

—Naturalmente —respondió Narvelan.

Werrin sonrió también.

—Entonces vayamos a echar por tierra las falsas ilusiones de algunos magos bienintencionados y esperemos que no regresen corriendo a Imardín. —Pasó junto a ellos en dirección a la puerta, se detuvo y echó una mirada hacia atrás—. Aunque podéis estar seguros de que el rey los enviaría de vuelta en un abrir y cerrar de ojos —añadió—. De no ser porque le han aconsejado firme y sensatamente que no lo haga, habría venido él en persona. Sabin quiere disponer de tiempo para convertirnos en algo parecido a un ejército cohesionado antes de que el rey venga a dirigirnos.

—Ah, ¿eso quiere? —dijo Narvelan.

—Sí. —Werrin se volvió hacia Dakon—. Por lo tanto, habrá que realizar un adiestramiento intensivo en nuestras nuevas técnicas de combate.

Dakon suspiró, fingiendo desesperación.

—Sabía que no debería haber accedido tan deprisa. Tenía que tratarse de una trampa.

Werrin se volvió de nuevo hacia la puerta.

—No os preocupéis. Contaréis con muchos ayudantes; de eso me encargo yo. Lo único que temo es que los sachakanos no nos den tiempo para prepararnos. Sabin cree que tal vez hayan abandonado el camino para no quedar atrapados entre nosotros y nuestros refuerzos. Pero supone que solo vagarán por las granjas y las

aldeas del señorío de Noven durante el tiempo suficiente para acumular fuerzas antes de encaminarse hacia Imardin. Tenemos que estar listos para detenerlos.

En un extenso patio cercado situado detrás de una de las casas más suntuosas de Calia, doce aprendices se habían dividido en seis parejas. Los compañeros se turnaban para practicar el truco de enviarse magia el uno al otro. Solo canalizaban pequeñas cantidades de energía, y para dar al experimento un toque más interesante, Dakon les pedía que derribaran trozos de azulejos rotos colocados encima del muro trasero.

Jayan, reclinado en la jamba de la entrada al patio, exhaló un suspiro. Solo tres magos se habían ofrecido voluntarios para enseñar el método de Ardalen a los magos y aprendices que habían llegado el día anterior. Como consecuencia, lo que tendría que haber sido un ejercicio rápido estaba ocupando todo el día.

El adiestramiento de los magos por la mañana había resultado bastante sencillo. Por la tarde les había tocado el turno a los aprendices. Por desgracia, muchos de los magos se resistían a dejar a sus discípulos en manos de otros maestros. Dakon le había dicho a Jayan que aunque había conseguido convencer a la mayoría de ellos de las ventajas de esta medida, algunos solo habían accedido cuando Sabin había señalado que las familias de los aprendices tal vez no verían con buenos ojos que sus hijos muriesen en batalla por no haber recibido el entrenamiento que se había ofrecido a todos.

Sin embargo, instruir a los aprendices no era cosa fácil. Algunos apenas habían iniciado su entrenamiento, y dos de ellos ni siquiera habían adquirido un control absoluto sobre sus poderes.

Cuando un aprendiz inexperto quemó sin querer al joven a través del cual intentaba enviar magia, Dakon decidió reorganizar la clase y dividir a los alumnos en tres grupos según su grado de experiencia: los que acababan de comenzar su aprendizaje, los que llevaban unos años entrenándose y los que estaban a punto de emanciparse. Con la ayuda de Jayan, Dakon se hizo cargo del grupo con menos experiencia, que requirió muchas más horas de instrucción que los otros.

La labor de enseñar le había parecido a Jayan tan frustrante como gratificante. Dependía de cada aprendiz. Algunos tenían talento y prestaban atención; otros, no. Adiestrar a los primeros era agradable, pero Jayan descubrió que conseguir que los segundos aprendieran algo estimulándolos —o amenazándolos— también resultaba muy satisfactorio.

«Siempre creí que aplazaría todo lo posible el momento de tomar un aprendiz, pero ahora veo que tiene varios aspectos positivos, y no solo el más obvio, que es la transfusión de energía.»

Los aprendices novatos tenían edades comprendidas entre los doce —una edad inusualmente temprana para iniciar el aprendizaje— y los dieciocho. Jayan sospechaba que los mayores habían sido elegidos porque sus maestros preferían instruir a un miembro de su familia, aunque tuviera poco talento, que a un extraño que estuviera dotado para la magia.

Uno de los aprendices que estaba trasvasando energía a otro soltó un chillido y se volvió para mirar a las otras parejas con suspicacia. Una joven —la única chica del grupo, una de las dos que habían llegado con los refuerzos— intentó disimular su sonrisa burlona, pero era evidente que su víctima la conocía lo bastante para saber de dónde había venido el ataque. Jayan supuso que ella le había lanzado un azote apenas lo bastante potente para causarle escozor. La víctima y el aprendiz a quien estaba cediendo energía intercambiaron una mirada y acto seguido fruncieron el ceño.

Jayan dirigió la vista hacia Dakon, que estaba observando cómo los azulejos salían despedidos de lo alto del muro y seguramente no se había enterado de lo ocurrido.

Se oyó una carcajada triunfal suave. Esta vez quien reía era el compañero de la víctima anterior. Al cabo de un instante, la chica soltó un chillido y se dio la vuelta para fulminar a la pareja con la mirada. Al ver la expresión airada y calculadora en sus ojos, Jayan decidió que había llegado el momento de intervenir.

Antes de que pudiera hablar, un mensajero cruzó el patio a paso veloz y dijo algo en voz baja a lord Dakon, que asintió con la cabeza. Cuando el mensajero se marchó, Dakon se dirigió al grupo.

—Creo que es suficiente por hoy. Me parece que todos habéis comprendido la técnica. Siempre que tengáis ocasión, practicad lo que habéis aprendido, pero utilizad siempre dosis pequeñas de energía. Podéis volver con vuestros maestros. —Se encaminó hacia la salida del patio y dedicó a Jayan una sonrisa pesarosa cuando pasó junto a él—. Otra reunión. ¿Se lo dirás a Tessia cuando vuelva?

—Claro.

Los aprendices habían formado un corro para charlar, y cuando Dakon se alejó echaron a andar hacia la puerta. Todos saludaron a Jayan con la cabeza al salir. La última fue la joven. Jayan calculó que era dos o tres años menor que él. Una chica guapa, y a juzgar por el modo en que le sonreía, era plenamente consciente de ello.

—El maestro Jayan, ¿verdad? Me han dicho que estuvisteis en la batalla de Tecurren —comentó ella, clavando en él sus ojos de largas pestañas.

—Aprendiz Jayan —la corrigió él—. Y sí, estuve allí.

Cuando ella ladeó la cabeza y le sonrió de nuevo, lo invadió una oleada inesperada de irritación y repugnancia. Conocía esa mirada. Había tratado con bastantes magas, y sabía cuándo una de ellas lo estaba juzgando.

—¿Y cómo fue? —Abrió mucho los ojos—. Debes de haber pasado tanto miedo...

—Sabíamos que éramos más que ellos y que seguramente los venceríamos. —Se encogió de hombros.

Ella se acercó a la salida y dirigió la vista al exterior. El callejón estaba desierto.

—Fíjate. No se han tomado la molestia de esperarme. ¿Me acompañas a la sala de reunión? —Le enlazó el brazo con la mano—. Puedes contarme todo sobre la batalla por el camino.

Él le agarró la mano, le desprendió de la parte interior de su brazo y la soltó.

Los ojos de la chica relampaguearon con furia, pero su expresión se suavizó de nuevo y ella asintió como si la hubiesen reprendido.

—Me he pasado de la raya. Solo intentaba ser amable.

—¿De veras? —preguntó él, sin poder contenerse.

Ella arrugó el entrecejo.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa estaba haciendo, si no?

Él sacudió la cabeza.

—Estamos en guerra, no de fiesta. Esto no es la ciudad. No es un lugar adecuado para... para coquetear y buscar un marido. O un amante.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ya lo sé, pero...

—Y hay otras chicas aquí. Mujeres más jóvenes e inexpertas. ¿Has pensado en cómo podría afectarlas tu «amabilidad»? ¿No se te ha ocurrido que puede incitar a los chicos aprendices a creer que todas las magas están... disponibles, o dar a los magos mayores la impresión de que las mujeres son demasiado frívolas e irresponsables para dominar la magia?

A la joven se le desorbitaron los ojos de asombro. Abrió la boca y la cerró de nuevo. Entonces entornó los párpados.

—Estás presuponiendo demasiadas cosas, aprendiz Jayan —dijo con los dientes apretados.

Alzó la barbilla y salió del patio con paso decidido. Se detuvo y miró a Jayan por encima del hombro.

—Los hombres jóvenes siempre se forman ideas estúpidas sobre las mujeres, por muy recatadas o cordiales que sean. Tú mismo acabas de demostrarlo. Antes de culpar a nadie, fíjate bien en ti mismo. Te sorprendería descubrir quién es en realidad el frívolo e irresponsable.

Se marchó dando grandes zancadas.

Jayan inspiró profundamente y suspiró. La rabia que se había apoderado de él ante el coqueteo de la chica había remitido demasiado deprisa, dejándole avergonzado por su arrebato.

—Vaya, eso ha sido divertido.

La voz sonó a su espalda. Jayan giró sobre sus talones, vio a Tessia de pie junto a la puerta de la casa y torció el gesto al pensar que tal vez ella solo había oído la última parte de la discusión.

—No estoy dispuesto a que me consideren un trofeo —respondió—. Si ella conociera a mi padre, no estaría tan interesada en mi linaje.

Tessia sonrió y se le acercó.

—Tal vez no sea tu linaje lo que le interesa. Por lo visto, o eso me aseguran las amigas de Avaria, eres bastante guapo. Además, has participado en una batalla, lo que te confiere cierto encanto a ojos de algunas mujeres.

Él la miró fijamente, incapaz de pensar una respuesta que no pareciera ridícula o presuntuosa. Ella sonrió.

—En fin, me alegro mucho de no ser una de ellas, si es así como reaccionas. —Paseó la vista por el patio—. ¿Cómo han ido las clases?

Aliviado por el cambio de tema, Jayan señaló con un movimiento de la cabeza la salida del patio. Los dos la cruzaron y se dirigieron hacia la calle principal.

—Han tardado un poco, pero creo que la mayoría le ha cogido el truco.

Ella suspiró.

—Cuando Dakon imparte por fin otra clase, resulta que es sobre algo que ya sé. —Hizo una mueca—. No seguirá entrenándonos, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Y menos aún ahora que es uno de los asesores militares. Cuando no estemos cabalgando o luchando, estará ocupado asistiendo a reuniones.

—Debe de ser frustrante para ti, estando tan cerca del final de tu adiestramiento.

—Lo es. Pero si lo hubiera terminado, tal vez solo sería un mago superior durante unas semanas o días si nos derrotan. Al menos de esta manera Dakon tiene dos aprendices de los que absorber energía.

—Pero si fueras un mago superior, dispondrías de tu propia fuente, y el ejército contaría con un guerrero más. —Soltó una risita—. Y las mujeres tendrían otra razón para incordiarte con sus coqueteos y su interés. —Hizo una pausa y lo miró—. No me sorprendería que Dakon te enseñara magia superior pronto, por ese mismo motivo.

A Jayan le dio un vuelco el corazón. Tal vez Tessia estaba en lo cierto, pero esta posibilidad despertó en él una renuencia inopinada. «¿Por qué? ¿Me da miedo tener que valerme por mí mismo, ser responsable de mi propia vida?»

Tessia le sonreía con complicidad. «Nunca le he hablado de mi frustración por el retraso del fin de mi entrenamiento —pensó él—. Es algo que ha deducido ella sola. Me comprende. Y creo que por fin ha dejado de odiarme.»

De pronto tuvo claro por qué era reacio a finalizar su aprendizaje con Dakon. No quería apartarse del lado de Tessia.

Parpadeó, sorprendido. «¿De verdad se trata de eso? ¿Es eso lo que realmente siento por ella?» Lo asaltó una sensación extraña, agradable y dolorosa a la vez. Lo asombró que la admiración que siempre le había profesado se viera súbitamente reforzada en el momento en que él tomaba conciencia de ella. Entonces recordó lo que ella había dicho antes.

«... te confiere cierto encanto a ojos de algunas mujeres. En fin, me alegro mucho de no ser una...»

Se le cayó el alma a los pies.

Era posible que sus propios sentimientos cambiaran. «Entonces también es posible que cambien los suyos. —Intentó desterrar estos pensamientos de su mente—. No. Olvidalo. En tiempos de guerra no conviene encariñarse demasiado con nadie, ni que nadie se encariñe contigo. Cualquiera de los dos podría morir en cualquier momento. Más vale no hacer que las cosas resulten más dolorosas... para ninguno de los dos. De hecho, sería mejor para ella que me odiara.

»Lo cual es una suerte, porque se me da muy bien conseguir que las mujeres me odien.»

Mientras caminaba en dirección a la casa de la que se había adueñado Takado en la pequeña aldea, Hanara se cruzó con dos esclavos que cargaban con los restos del reber que habían asado para la cena. Se detuvo por un momento para agacharse y coger un trozo grande de carne. Vio que quedaba todavía la mitad del animal, por lo que los esclavos cenarían bien aquella noche. Pero Takado solía quedarse despierto hasta altas horas de la noche discutiendo cuestiones estratégicas con sus aliados más cercanos, así que si Hanara y Jochara no arramblaban con toda la comida que pudieran, no quedaría nada para cuando Takado se retirase a dormir.

Hanara iba dando mordiscos a la carne mientras se dirigía a toda prisa a la casa, donde sacó una de las muchas botellas de vino que había encontrado en la bodega. Se detuvo, se terminó la carne masticando y tragando rápidamente, y se limpió la grasa de las manos para no correr el riesgo de que se le resbalara durante el trayecto de vuelta.

Regresó trotando para compensar el tiempo que había perdido, sujetando la botella en brazos cuidadosamente. Junto a la hoguera que habían encendido en medio del camino solo quedaban los tres aliados más directos de Takado: Rokino, su viejo amigo ichani, Dachido y Asara.

Hanara se postró ante ellos y alzó la botella. Notó que se la arrebatan de las manos. Takado guardaba silencio. Tras una breve espera, el esclavo gateó hacia atrás, se puso en cuclillas y miró en torno a sí. No vio a Jochara por ninguna parte.

—No tienes suficientes esclavos —dijo Asara, dirigiéndose a Takado—. Un líder debe tener más esclavos que los demás.

Takado se encogió de hombros.

—Podría intentar hacer venir algunos más, pero no puedo ir yo mismo a buscarlos, y a aquellos en los que confío lo suficiente para encomendarles la tarea los necesito aquí. Sería un insulto pedirles un favor tan banal.

—Entonces quédate con uno de los míos —le ofreció Asara—. No, con dos. —Se volvió y gritó—: ¡Chinka! ¡Dokko!

Takado volvió la vista atrás hacia Hanara con expresión meditabunda y divertida.

—Me servirías mejor si no te mantuviera permanentemente agotado, ¿verdad, Hanara?

El esclavo se inclinó hacia delante hasta tocar el suelo con la frente.

—Mi vida es vuestra y podéis disponer de ella a vuestro antojo —respondió.

La mujer se rió.

—Ah, aquí llegan.

Con una mirada discreta y fugaz, Hanara advirtió que Takado había apartado su atención de él. Todos los magos estaban contemplando a un par de esclavos que se habían arrojado al suelo frente a Asara. Se trataba de una mujer esbelta y fuerte y de un hombre corpulento y musculoso.

—Son dos de mis mejores esclavos —afirmó Asara con orgullo—. Están en buenas condiciones. Chinka trabajaba en las cocinas, pero también se le da bien lavar, zurrir ropa, remendar zapatos, tratar heridas leves, transportar cargas ligeras y realizar otras labores generales. Dokko no solo sirve para los trabajos pesados; es muy hábil para fabricar y construir cosas, y tiene buena mano con los caballos. —Se volvió de nuevo hacia Takado—. Animales que, por cierto, me sorprende que no hayas adquirido todavía. Viajaríamos más deprisa si los tuviéramos.

—¿En serio? —Takado sacudió la cabeza—. Los caballos necesitan comida, descanso y esclavos que cuiden de ellos. Y, a menos que consiguiéramos también monturas para los esclavos, viajaríamos tan lentos como ahora.

—Pero no tenemos por qué llevar los esclavos a todas partes. Podríamos lanzar ataques fulminantes, sin avisar, y regresar al sitio donde los hayamos dejado.

Takado asintió.

—Sí, puede haber ocasiones en que el riesgo de dejarlos solos y desprotegidos valga la pena. Aun así, por el momento prefiero no tener que ocuparme de un caballo.

—No tendrás que hacerlo si aceptas a mis esclavos.

Takado se quedó callado, absorto en sus pensamientos. Hanara contuvo el aliento. ¿Cómo afectaría a su situación la llegada de dos esclavos más? Tendría menos trabajo. Sin lugar a dudas sería un alivio cargar con menos peso todos los días, aunque esto no ocurriría si el botín de Takado seguía creciendo. Por otro lado, Hanara no poseía habilidades comparables a los músculos del hombre o la versatilidad de la mujer. Y si Takado se la llevaba a la cama... Hanara sabía que no podría competir en eso.

«Pero soy un esclavo fuente —pensó—. Siempre estaré en una posición privilegiada por ello.»

Takado asintió.

—Los acepto. Te lo agradezco, Asara. Es todo un detalle por tu parte. Salta a la vista que estás renunciando a unos esclavos muy valiosos.

La mujer restó importancia al asunto con un gesto elegante.

—Los echaré de menos, pero me he dado cuenta de que he traído a demasiados esclavos. Te hacen más falta a ti que a mí.

—Chinka. Dokko —dijo Takado—. Levantaos y sentaos detrás de Hanara.

Ellos obedecieron, mientras Hanara mantenía la vista baja. Oyó que se acomodaban detrás de él. Por un momento le pareció que uno de ellos desobedecía a Takado y ocupaba un lugar a su lado, pero cuando echó un vistazo descubrió que se trataba de Jochara, que había regresado. El joven sujetaba un tubo de metal que contenía el mapa de Kyralia que Takado había traído consigo.

—Vosotros dos, y tú también, Jochara, debéis seguir las órdenes de Hanara a menos que entren en conflicto con las mías. ¿Me habéis entendido?

Se oyó un murmullo de afirmación. Hanara miraba el suelo con los ojos desorbitados. «¡Me ha puesto al mando! —El corazón empezó a latirle con fuerza. Era una responsabilidad atterradoramente importante—. ¿Y si no me obedecen? ¿Y si cometen algún error? ¿Seré castigado por ello? ¿Y si... ?»

Una voz desconocida interrumpió sus pensamientos agitados.

—Magos... vienen... —jadeó un esclavo mientras se arrodillaba—. Muchos. Rápidos. Del. Empera... dor. Llevan. Anillos.

Aunque los magos no se habían movido, sus sonrisas se habían desvanecido. Ninguno de ellos expresó en voz alta la preocupación que se reflejaba en el rostro de todos. ¿El emperador había enviado tropas para detener a Takado? ¿Estaban a punto de atacar? Los silbidos de los exploradores se habían oído en un extremo de la aldea.

Takado se levantó. Dio una serie de órdenes en tono imperioso, y Hanara y los otros esclavos salieron disparados para poner sobre aviso a todos los magos o a los esclavos de los magos que dormían, pues ellos sabían cuál era la mejor manera de despertar a sus amos. Al poco rato, el camino estaba atestado de magos y esclavos. Hanara se colocó un paso por detrás de Takado, que estaba entre Dachido y Asara.

«Qué interesante —pensó Hanara—. Rokino es quien conoce a Takado desde hace más tiempo, pero es un ichani. Dachido y Asara están por encima de él en la jerarquía y son mucho más astutos que los otros amigos ichanis de Takado. Últimamente el amo parece apreciar más su compañía y sus opiniones que las de los demás.»

Cuando los últimos rezagados se incorporaban a la multitud que rodeaba a Takado, un grupo numeroso de jinetes apareció en un recodo del camino. Unos globos de luz flotaban por encima de ellos. Las armas y las cuentas de la ropa relucían bajo su resplandor. Hanara buscó con la mirada los anillos del emperador y vislumbró algún que otro destello dorado.

Allí había por lo menos cuarenta magos. Sus esclavos brillaban por su ausencia.

El hombre que iba en cabeza del grupo era alto, de piel arrugada y cabello negro entrecano. Hizo avanzar a sus hombres y ordenó que se detuvieran a diez pasos largos de la muchedumbre. Con la espalda recta y la cabeza erguida, recorrió la multitud con la mirada antes de posarla en Takado.

—El emperador Vochira os envía saludos —dijo—. Soy el ashaki Nomako.

—Bienvenido, ashaki Nomako —contestó Takado—. ¿Debo enviar mis saludos al emperador a través de vos, o tenéis la intención de quedaros y uniros a nosotros?

De alguna manera, el hombre consiguió poner la espalda aún más recta.

—El emperador Vochira ha decidido apoyar vuestros esfuerzos por conseguir que Kyratia vuelva a estar bajo la influencia del imperio, y me ha ordenado que os proporcione la ayuda y el asesoramiento que necesitéis, además de poner a vuestra disposición este ejército de magos leales a Sachaka.

—Qué generoso por su parte —comentó Takado—. Con vuestro apoyo podemos conquistar Kyratia más rápidamente y con menos riesgos para nuestros compatriotas. Si contamos con el beneplácito del emperador, mejor todavía. ¿Aprueba también que yo dirija este ejército?

—Por supuesto —dijo Nomako—. Reconoce el mérito de quien lo merece.

—Entonces, sed doblemente bienvenidos —dijo Takado. Dio unos pasos al frente para salvar la distancia que los separaba y tendió la mano. Nomako descabalgó y se la estrechó. Cuando se soltaron, Takado señaló con un movimiento de la cabeza a su hueste de seguidores—. ¿Habéis cenado? Hemos asado un reber hace un rato, y es posible que quede un poco.

—No hace falta —respondió Nomako—. Hemos comido al atardecer. Nuestros esclavos estaban esperando a que los mandáramos a buscar...

Mientras Nomako hablaba de cuestiones de orden práctico, Hanara reparó en el modo en que cambiaba la expresión del hombre cada vez que Takado miraba hacia otro lado. «Una expresión calculadora —pensó Hanara—. No ha venido porque esté de acuerdo con Takado. Siempre hemos sabido que al emperador Vochira no le gustaría que Takado emprendiera sus correrías sin su autorización previa. —Hanara sintió que un escalofrío premonitorio le bajaba por la espalda—. Este hombre va a intentar recuperar el control de la situación en nombre del emperador. Y no le resultará tan fácil como cree.»

El número de magos, aprendices y criados que iban en persecución de los invasores sachakanos se había multiplicado. Los más de setenta magos, otros tantos aprendices y criados reclutados como fuentes, la servidumbre, los carros y los animales que llevaban consigo para cubrir las necesidades del ejército ofrecían un espectáculo imponente.

«Ahora parecemos un ejército de verdad», pensó Tessia. Como Dakon era uno de los asesores militares, ella cabalgaba cerca de quienes encabezaban la marcha. Delante de ella avanzaban Werrin, Sabin, Narvelan y algunos magos de ciudad. Cuando volvió la vista atrás, un mar de magos y aprendices recubría el camino. Solo alcanzaba a ver a los criados y las carretas cargadas con provisiones cuando llegaban a una curva en el camino.

Sabía que tanto Sabin como Werrin opinaban que desplegar así las tropas era más arriesgado que avanzar en una formación más compacta, pero con frecuencia el camino discurría entre muretes de piedra que cercaban los campos. Había habido problemas con algunos de los magos más jóvenes, que se habían alejado para robar en un huerto y luego, desoyendo las explicaciones de Sabin sobre el peligro, habían arrancado a galopar por los campos saltando vallas y echándose carreras.

«Yo pensaba que habían escarmentado al ver a las víctimas de Takado y sus aliados, pero me parece que muchos siguen creyendo que esto es una aventura emocionante.»

A media mañana, el nuevo ejército encontró las primeras señales de destrucción. Los sachakanos habían dejado una estela de aldeas y casas arrasadas a través del señorío, pero se habían apartado de la carretera principal para no toparse con los refuerzos kyralianos. Según los informes de los exploradores, Takado se había dirigido hacia el este desde la carretera principal, cruzando el señorío de Noven —los dominios de lord Gilar— hasta el siguiente camino importante. Era el mismo que Dakon había enfilaado para viajar a Imardin, pero el enemigo había avanzado en la dirección contraria hasta llegar a una aldea y se había instalado allí, dejando un rastro de granjas, graneros y cadáveres quemados a su paso.

—¡Tessia!

Era una voz femenina procedente de atrás. Al volverse, Tessia vio que lady Avaria cabalgaba hacia ella. Otros habían mirado también hacia la maga, pues el bulto que acunaba en un brazo había soltado un berrido. La criada y fuente de Avaria, una joven con sentido práctico que había caído bien a Tessia desde el primer momento, la seguía de cerca.

—¿Podrías echarle un vistazo? —preguntó Avaria cuando alcanzó a Tessia—. Se lo he pedido a los sanadores, pero uno se ha negado y el otro me ha dicho que lo más humano sería asfixiarlo.

Tessia vio una carita enrojecida y crispada, con la boca de la que salían los berridos abierta de par en par, cuando Avaria inclinó el bulto hacia ella. Con delicadeza, Tessia cogió al bebé y lo examinó. Tenía una mancha amoratada en la cabeza.

—Se ha dado un golpe, pero no se ha roto nada —dijo ella—. Debe de tener un dolor de cabeza terrible. ¿Dónde lo has encontrado?

—No lo he encontrado yo, sino uno de los demás, que ha decidido que, como soy mujer, estoy capacitada para cuidar de él mientras cabalgo hacia la batalla. — Aunque la voz de Avaria se había teñido de irritación, seguía prevaleciendo la inquietud—. Chisss —siseó para tranquilizar a la criatura, que Tessia le había devuelto—. Pobrecillo. Lo encontraron atado a la espalda de su madre muerta. Supongo que eso desmiente el rumor de que los sachakanos devoran bebés. Y no es que me lo creyera —se apresuró a añadir.

Tessia sintió que algo se le retorció por dentro.

—¿Es menos cruel dejar que muera de hambre?

—No. Chitón —dijo Avaria, y puso los ojos en blanco cuando el niño rompió a llorar con más fuerza.

—Debe de estar hambriento —señaló Tessia—. Y, a juzgar por cómo huele, yo diría que hace un buen rato que necesita que lo cambien.

Avaria suspiró.

—Ya. No podemos quedarnos con él. Le pediría a Sennia que lo llevara de vuelta a Calia si pudiera prescindir de ella, pero no puedo.

—¿No puede llevarlo algún otro de los criados? —preguntó Tessia.

Una mueca de desagrado asomó al rostro de Avaria.

—Sennia ha sugerido que se lo demos a las innombrables.

—¿Las «innombrables»? —Tessia frunció el entrecejo y luego reprimió una carcajada—. ¿Las mujeres que siguen al ejército? Supongo que alguna se haría cargo de él... a cambio de una suma adecuada. —Contempló al niño, reflexionando—. Prueba primero con las criadas. También es posible que encontremos a supervivientes dispuestos a cuidar de él. —De pronto, los berridos del bebé aumentaron de volumen—. Pero no durará mucho si no te encargas de que alguien le dé de comer.

Avaria asintió.

—Gracias. —Dirigió la vista a Sennia—. ¿Podrías pedirle a...?

La criada sonrió, hizo que su caballo diera media vuelta y se alejó hacia la parte de atrás de la fila. Avaria miró al frente y su expresión pasó de la inquietud y la irritación al espanto.

—¿Qué...?

Tessia siguió la dirección de la mirada de Avaria hacia un punto situado delante de los magos, y se le hizo un nudo en el estómago. Había cadáveres diseminados

sobre el camino. No uno a dos, sino docenas, quizá incluso cientos. Cuando se encontraban más cerca, ella vio que las víctimas eran hombres y mujeres de todas las edades. También había niños. Oyó exclamaciones y maldiciones a su alrededor.

—Debían de estar desplazándose hacia el sur —dijo Jayan en voz baja—, haciendo lo que se les había pedido: desalojar su pueblo. Y todo para acabar cruzándose en el camino de los sachakanos.

Dakon emitió un gruñido.

—Mirad. —Señaló unos muebles rotos a un lado del camino—. Seguramente se han llevado los carros de esta gente y han tirado lo que no necesitaban.

Avaria siseó.

—No les está costando mucho reponer las energías que utilizan para quemar y destruir nuestros pueblos y aldeas.

—No —convino Dakon, con la mirada ensombrecida por la preocupación.

De pronto, una cabeza asomó por encima del muro bajo de piedra que bordeaba el camino. Acto seguido, una niña pequeña saltó al otro lado y corrió hacia el jefe del ejército. Werrin frenó a su caballo, y todos los demás se detuvieron.

—¡Socorro! ¿Puede ayudarme alguien? Papá está herido. —La niña señaló el muro.

Werrin habló con uno de los criados que viajaban con los líderes del ejército. El hombre corrió a lo largo de la columna, mirando brevemente a Tessia antes de desviar la vista. Tessia sintió una leve punzada de dolor. Durante meses era a ella a quien recurrían cuando necesitaban curar a alguien. Ahora que había sanadores formados por el gremio en el ejército, ella volvía a ser una mera aprendiz.

«Aun así, él ha pensado en mí —se dijo—. No han olvidado o pasado por alto que tengo cierta capacidad.»

Werrin espoleó a su caballo para que siguiera caminando, y los demás echaron a andar tras él. Jayan se volvió hacia ella.

—Esperemos a ver qué pasa.

Sorprendida y complacida, siguió su ejemplo y dirigió a su montura a un lado para dejar pasar al ejército. Dakon miró hacia atrás y asintió en señal de aprobación. Ella se sintió agradecida y llena de afecto hacia él. No había hecho falta que ella le pidiera permiso. Él entendía e incluso apoyaba su interés por la sanación.

«Tengo suerte de que sea mi maestro», pensó.

Esperaron a los sanadores durante un rato que le pareció interminable, y comprendió por qué cuando, mucho después de que pasara el último mago, los dos hombres se separaron de la columna.

Indignada, se dio cuenta de que no se habían molestado en apartarse de la columna para adelantarse. La niña apuntó con el dedo por encima del murete, y los hombres desmontaron de mala gana. Un criado se detuvo para sujetar la cabeza de los caballos. Tessia y Jayan se apearon y entregaron también las riendas al criado. Tessia desenganchó la bolsa de su padre, y los dos atravesaron un campo siguiendo a la muchacha y los sanadores.

No fue difícil encontrar a su padre. Una franja de vegetación ennegrecida conducía hasta él y continuaba más allá. La ropa del hombre también estaba chamuscada. Él yacía boca abajo en un surco, inconsciente, aunque todavía respiraba.

Los dos sanadores se inclinaron para examinarlo y sacudieron la cabeza.

—Tiene quemaduras muy graves —le dijo uno de ellos a la niña, en un tono suave pero firme—. No pasará de esta noche.

Los ojos de la muchacha se arrasaron en lágrimas.

—¿Puede hacer que deje de dolerle? —preguntó con un hilillo de voz.

El sanador negó con la cabeza.

—Báñalo en agua fresca. Si tienes una bebida fuerte, dásela.

Cuando los sanadores se cruzaron con Tessia y Jayan, el que no había hablado con la niña miró a la aprendiz.

—No malgastes tus remedios —le aconsejó.

Jayan maldijo entre dientes mientras los dos se alejaban con paso decidido. Se volvió hacia Tessia.

—¿Quieres echarle una ojeada más de cerca?

—Claro.

Tessia se acercó al hombre y se arrodilló en el suelo. Horrorizada, descubrió que lo que había visto sobre la espalda del hombre no era ropa ennegrecida. Era su piel.

—Cuando llegaron los extranjeros, echamos a correr —dijo la niña.

El hombre tenía la respiración entrecortada. Los sanadores estaban en lo cierto. No sobreviviría.

—Cuando lanzaron el fuego, él se echó encima de mí —prosiguió la niña—. Por eso no me quemé.

Venciendo su aprensión, Tessia colocó las manos bajo la cabeza del hombre, tocándole la piel intacta de la frente, y cerró los ojos. Tal como había hecho muchas veces en el pasado, se concentró en los latidos y ritmos del cuerpo que tenía bajo las manos. Proyectó la mente con suavidad hacia el interior del hombre. Sin embargo, en esta ocasión no había huesos rotos ni piel desgarrada que manipular. El daño era más sutil. Su padre le había explicado cómo reaccionaba el corazón a una quemadura grave, así como otros cambios que se producían en el cuerpo. Ella intentó encontrar un sentido en aquellos cambios.

De pronto, podía sentir el dolor del hombre.

Era terrible. Ella retrocedió. Abrió los párpados y se percató de que se le había escapado un grito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jayan, alarmado.

—Será mejor que empieces a preparar el remedio contra el dolor cuanto antes —le dijo ella e hizo un esfuerzo por cerrar los ojos y proyectar su mente de nuevo.

«¡Nunca antes había percibido nada parecido!» Sabiendo que si vacilaba le faltaría valor para soportar ese dolor otra vez, volvió a ahondar en su percepción del cuerpo del hombre. Se debatía entre la determinación y la renuencia, y tardó un rato largo en notar que el dolor la invadía de nuevo. Esta vez se obligó a aguantarlo, para examinar y explorar aquel cuerpo con delicadeza.

Al cabo de unos momentos, había descubierto dónde debía aplicar magia para bloquear el dolor. Pero vaciló antes de hacerlo.

«¿Es conveniente? Papá siempre decía que el dolor era lo que impulsaba a una persona a quedarse quieta y sanar. Este hombre morirá de todos modos, pero ¿no sería espeluznante para su hija que se levantara y comenzara a andar, todo quemado, solo para desplomarse y morir poco después?»

Tal vez si ella pudiese mitigar el dolor... Invocó energía con cautela y obstruyó algunas de las vías. El cuerpo se relajó ligeramente bajo su mano. No muy segura de si se había excedido o se había quedado corta, se apartó y abrió los ojos.

El padre de la niña estaba despierto. No intentó ponerse de pie. Ella cayó en la cuenta de que estaba agotado y seguramente no tendría fuerzas para levantarse.

—Ya está —dijo, mirando a la muchacha y a Jayan—. Eso lo ha aliviado un poco. —Fijó la vista en Jayan, que había vertido una medida de polvo en una jarra para mezclas—. No hace falta que sigas con eso. He encontrado una manera de bloquear el dolor por medio de la magia.

Él la contempló con los ojos muy abiertos de asombro. Luego sacudió la cabeza y empezó a guardar el material en la bolsa del padre de Tessia.

—¿Quiénes sois? —gimió una voz ronca.

Los dos dieron un respingo y bajaron la vista hacia el quemado.

—Somos magos —respondió Jayan—. Y Tessia tiene conocimientos de sanación.

El hombre la miró.

—Magos que son sanadores. Nunca había oído cosa parecida.

Tessia sonrió.

—Yo tampoco.

—¿Así que vais a la guerra?

Ella notó que la sonrisa se esfumaba.

—Sí.

—Bien. Pues ya podéis marcharos.

—Pero... —empezó a replicar Tessia. «Ni siquiera he intentado sanarlo todavía...»

—No os preocupéis por mí. Lo mejor que podéis hacer es matar a esos desgraciados antes de que le hagan lo mismo a otro. Vamos, marchaos. —Levantó ligeramente la cabeza y dirigió la mirada a lo lejos—. Vuestras tropas os están dejando atrás.

Jayan se volvió hacia el camino y arrugó el entrecejo.

«Tiene razón —pensó Tessia—. No puedo salvarlo, y no deberíamos alejarnos demasiado de Dakon.» El hombre pronunció un nombre, y su hija se le acercó.

—Irás a casa de tu tía Tanna, ¿de acuerdo? Ya conoces el camino.

Cuando la muchacha se disponía a protestar, Tessia se levantó, y Jayan siguió su ejemplo. Ella exhaló un suspiro profundo y se obligó a andar de regreso hacia el camino.

—¿No has intentado sanarlo? —preguntó Jayan.

—No. Habría sido inútil. No podía salvarlo.

—Nunca es inútil intentarlo. Aunque no consigas salvar a alguien, puedes aprender algo, como has hecho ahora. Has eliminado el dolor con magia.

Ella hizo un mohín.

—Aún no he logrado utilizar la magia para sanar a nadie.

—Pero has logrado algo nuevo, algo que ningún mago o sanador había hecho antes.

Tessia frunció el entrecejo.

—Y no tengo idea de si puedo deshacerlo. ¿Qué habría pasado si hubiera bloqueado el dolor para realizar una intervención menor, y después no hubiera podido desbloquearlo? ¿Habría dejado a la persona insensible para siempre?

Él se encogió de hombros.

—Ya descubrirás la manera. De eso estoy seguro.

Ella suspiró y lo miró.

—No habría podido hacerlo sin ti, Jayan, sin tu ayuda.

Él abrió mucho los ojos y apartó la vista rápidamente.

—Solo lo hago porque sé que si no te vigilara te irías corriendo sola por ahí, a pesar de lo que ha dicho Dakon. —Pasó por encima del murete y se dirigió hacia donde estaban sus caballos—. Más vale que alcancemos a los demás.

Tessia lo observó divertida mientras él enganchaba con rudeza la bolsa de su padre a la silla de montar y, sin mirarla, subía sobre su caballo de un salto. No esperó a que Tessia montara y se alejó a un paso más rápido del que ella habría querido, pues las sacudidas eran excesivas para el contenido de la bolsa. Cuando se encontraban por la mitad de la columna, él espoleó de pronto a su cabalgadura para avanzar a un trote rápido, sin volverse siquiera para comprobar si ella lo seguía.

«Pero ¿qué he dicho? —se preguntó Tessia, quedándose atrás. Entonces reparó en que una de las chicas aprendices clavaba en él los ojos mientras pasaba junto a ella. Él le dedicó una mirada fugaz y sonrió—. Ah. ¿Así que de eso se trata? ¿Nuestra pequeña charla de ayer lo ha hecho cambiar de opinión sobre las magas? Mostrarse abiertamente atento conmigo podría perjudicar sus posibilidades de conquistarlas.

»Qué pena —pensó—. Ahora que empezábamos a llevarnos tan bien...»

Con expresión neutra, Stara entró en el dormitorio de Kachiro. «O, para ser más exactos, mi dormitorio.» Vora se levantó de inmediato del taburete bajo en que estaba sentada y se postró ante ella. Stara se sentó en el borde de la cama, pensando en diferentes formas de enfocar lo que había ocurrido para describirlo, pero era

incapaz de decidirse por una.

—¿Puedo levantarme, ama?

—¡Ah! Perdona. Claro. —Stara notó que se ruborizaba. «¿Me acostumbraré algún día a tener esclavos? Aunque supongo que haberme olvidado de su presencia es una buena señal de que empiezo a acostumbrarme. O una mala señal.»

Vora regresó al taburete y la miró con expectación.

—¿Y bien? —preguntó. Stara sacudió la cabeza. La esclava encorvó la espalda—. ¿Qué ha salido mal esta vez?

—Tu plan, no —le aseguró Stara—. He ido a los baños, como me propusiste. Me he encontrado con él allí. No estaba enfadado conmigo, sino... Supongo que se imaginaba que yo intentaría algo así, aunque tal vez no tan pronto. —«Es curioso: a mí me sorprendió que no me sedujera la noche de bodas, y en cambio a él le sorprende que yo solo haya tardado una semana. Me pregunto cuánto se suponía que debía esperar.»

—¿Y entonces? —inquirió Vora con expresión ceñuda.

—He... he hecho lo que me has sugerido... —Stara sacudió la cabeza—. Y nada.

—¿Nada de nada? Tal vez estaba fingiendo.

Stara esbozó una sonrisa irónica.

—No tengo motivos para dudar. Él no llevaba nada de ropa. Ni yo tampoco.

—Ah. —Vora apartó la mirada, y la arruga en su entrecejo se hizo más profunda—. ¿Y luego qué ha pasado?

—Me ha dicho que nunca ha podido acostarse con una mujer, que ni siquiera ha tenido ganas. Parecía muy compungido por ello. Le he preguntado por qué se casó conmigo y ha respondido que tenía la esperanza de que las cosas fueran distintas con una mujer tan hermosa como yo.

Vora soltó un leve resoplido.

—Eso me cuesta creerlo. ¿Qué ocurrió después?

—Le dije que quería tener hijos. Me contestó que no me preocupara, que ya encontraríamos otra manera. Me hizo prometer que no se lo contaría a nadie. Luego me pidió que me vistiera de nuevo y me marchara.

—Interesante —comentó la esclava arqueando las cejas.

Stara frunció el ceño.

—¿Crees que mi padre sabía que Kachiro no...?

—¿Que te casó con un hombre que él sabía que no podía engendrar un hijo?

—O tal vez porque no puedo matarlo acostándome con él.

Vora la miró, parpadeando.

—No se me había ocurrido esa posibilidad. No sería muy beneficioso para la reputación del ashaki Sokara que su hija adquiriese la costumbre de matar maridos. Pero creo que el primer motivo es el más probable. A vuestro padre le preocupa mucho lo que suceda con su fortuna y sus tierras cuando muera. Yo había supuesto que prefería que las heredara un hombre que le resulta antipático a que cayeran en poder del emperador, más que nada porque Kachiro tiene la misma edad que Ikaró y es improbable que viva muchos más años que él, por lo que todo pasaría pronto a manos de vuestro hijo o hija. Pero tal vez estaba equivocada. Quizá las cosas sean más complicadas. —Se quedó pensativa.

—Kachiro ha dicho que encontraríamos la forma de tener un hijo. ¿Estaba mintiendo?

Vora negó con la cabeza y sonrió.

—Hay otras formas de «cocer el ave en su propio jugo», como dice el dicho.

Stara hizo una mueca.

—¿Por qué son tan soeces los dichos sachakanos?

La esclava se encogió de hombros.

—Seguramente es una frase acuñada por esclavos. Nadie habla de los procesos de la vida con tanta franqueza como nosotros.

—Entonces..., si existen otras maneras de quedarme embarazada de Kachiro, todavía cabe la posibilidad de que los descendientes de mi esposo reciban los bienes de mi padre.

—Sí. —Vora se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación—. Si vuestro padre no quiere que tengáis un hijo, debe de ser consciente de que podéis quedaros embarazada por otros medios. Sin duda sabe que si impugna la paternidad de cualquier hijo que tengáis, se saldrá con la suya. O hay más personas enteradas de la incapacidad de Kachiro de las que él cree, o vuestro padre dispone de otras pruebas. Tal vez conoce a alguien dispuesto a corroborar su versión, o a alguien que no está dispuesto pero que no puede hacer nada por evitar que le lean la mente. —La voz de Vora se fue apagando. Dejó de caminar y se quedó absorta en sus pensamientos.

Stara se puso de pie y relevó a Vora en sus idas y venidas por la habitación.

—Entonces, si mi padre no quiere que yo tenga hijos o pretende impugnar su legitimidad, ¿quién quiere que herede sus bienes? —El corazón le dio un brinco—. ¡Sigue teniendo intención de matar a Nachira!

Vora alzó la vista y su expresión se tornó grave.

—Ah.

Una oleada de frustración y rabia recorrió a Stara.

—¡Accedí a casarme por nada! Lo que él quería era quitarme de en medio. ¡Arrgh! ¡Esto es de locos! —Se paró en seco y se volvió hacia Vora—. ¿Por qué no quiere mi padre que yo le dé un nieto para que sea el heredero de su fortuna? Kachiro no podría quedarse con nada antes de que muriese Ikaró.

Vora se encogió de hombros.

—En parte, por orgullo. La herencia por vía directa y masculina se considera lo ideal, y vuestro padre es ante todo un tradicionalista. Además, su negocio es para él como otro hijo. Quiere asegurarse de que siga siendo próspero en manos de quienes lo hereden.

—¿Y esto justifica que mate a Nachira?

—Sí. —La esclava suspiró.

Stara se sentó, embargada por una súbita sensación de impotencia.

—Me gustaría sacar a Nachira de allí clandestinamente y enviarla a un lugar seguro.

—A mí también —dijo Vora con tristeza—. Pero ya no estoy en posición de ayudarla. —Entornó los ojos, meditabunda—. Aunque tal vez pueda hacerle llegar una advertencia a Ikaro, si no se ha marchado.

—¿Marchado? Ah, a la guerra en Kyralia. —Stara sacudió la cabeza—. Si mi padre está tan empeñado en que su hijo le dé un heredero, ¿por qué habría de enviar a Ikaro a la guerra?

Vora torció el gesto.

—También por orgullo. Cualquier ashaki que se niegue a luchar perderá el respeto de los demás y su posición social. Lo más probable es que él también se haya incorporado a filas.

—Deben de estar muy seguros de que ganarán... y sobrevivirán.

Stara arrugó el entrecejo. «¿Estará mi madre al corriente de algo de esto? Es imposible que sepa que su esposo planea matar a su nuera, aunque debe de extrañarle que no le haya dado nietos todavía. ¿La habrán informado de que su hijo se va a Kyralia a combatir? ¿Cómo estará afectando al comercio en Elyne la guerra entre Sachaka y Kyralia? Quizá ella no reciba tintes de allí, pero siga cerrando tratos a nivel local. La guerra terminará tarde o temprano, y la vida volverá a la normalidad. Entonces se enterará de que me he casado...»

—¿De verdad pondría en peligro el negocio de mi padre que yo tuviera un hijo? —preguntó.

Vora contempló a Stara, pestañeando, pues la pregunta la había arrancado de sus reflexiones.

—Bueno... Si Kachiro se gana una mala reputación que disuada a la gente de comerciar con él o con sus hijos... Es posible, sí. Por otro lado, si vuestro padre hubiera estado al tanto de esto, no os habría casado con él. De hecho, si el acuerdo lo perjudicaba tanto, ¿por qué no os encerró simplemente para el resto de vuestra vida?

Stara juntó las cejas.

—Porque habría abierto un boquete en la pared con magia y me habría escapado.

—Y os habrían capturado y arrastrado de vuelta hacia aquí. No les resultaría difícil, ya que no tenéis un esclavo fuerte con el que fortaleceros. —Vora frunció los labios por un momento—. ¿Sabéis qué? Habría sido mucho más fácil para vuestro padre mandaros matar. Su sentido familiar debe de ser lo bastante intenso para impedirse. Ha corrido un riesgo considerable al casaros con Kachiro.

Stara se estremeció.

—Razón de más para preguntar: ¿tener hijos supone un peligro tan grande que debería plantearme no hacerlo?

Vora se disponía a sacudir la cabeza, pero se quedó inmóvil y su expresión habitual de cavilación profunda se apoderó de sus facciones.

—Tal vez. Pero le habéis dicho a Kachiro que queréis tenerlos. Le parecerá extraño que no lo intentéis. —La preocupación asomó a su rostro—. Esperemos que acceda de verdad a ser el padre, por los medios que haga falta, pues sería un poco incómodo que os propusiera tener un amante.

Stara suspiró.

—¿Cómo podría empeorar esta situación? —se preguntó en voz alta e hizo un gesto de dolor—. Supongo que podría morir asesinada por ser estéril. —Exhaló y se tumbó boca arriba—. ¿Por qué, mamá? ¿Por qué me dejaste volver a este país de locos de remate?

«Porque era lo que querías —se imaginó que respondía ella—. Estabas ansiosa por volver con tu padre.»

Por lo menos el hombre con el que se había casado era amable y decente, aunque tenía uno o dos secretos que ocultar. «Espero que solo sea uno —pensó—. Y supongo que no debería quejarme, teniendo en cuenta todos los secretos que guardo yo. Ni siquiera sé si mi padre le ha dicho que sé utilizar la magia. Empiezo a sospechar que no.»

Por el momento, mientras no tuviera claro cómo reaccionaría él, o a menos que se encontrara en una situación de vida o muerte, iba a fingir que no sabía.

El explorador tenía el rostro manchado con ceniza y grasa, y la ropa ennegrecida con barro seco. Dakon había visto al hombre presentar su informe muchas veces, pero no conseguía acordarse de su nombre. «Debe de ser bueno en su trabajo. Me da la impresión de que reclutamos constantemente a exploradores nuevos porque la mayoría de los que tenemos desaparecen enseguida...»

—En Lonner vivían unos cientos de personas —le dijo el hombre al mago Sabin.

—¿Queda alguna de ellas con vida?

—Que yo haya visto, no. Hay un montón de cadáveres en un prado, pero no todos los habitantes están allí.

—¿Los demás se marcharon a tiempo?

El hombre se encogió de hombros.

—Eso espero.

—¿Cuántos sachakanos?

—Poco más de sesenta.

—¿Y cuántos de ellos son magos?

El explorador torció el gesto.

—Solo he contado a los magos. Calculo que hay el doble o el triple de esclavos.

Sabin frunció el ceño y miró a lord Werrin, que se encogió de hombros.

—Tal vez han vestido a algunos esclavos como magos para engañarnos —aventuró Werrin.

—Tal vez —convino Sabin—. Ya veremos qué dicen los otros exploradores. Gracias, Nim.

El explorador hizo una reverencia y se marchó. Todas las miradas se posaron en la aldea que tenían delante. Lonner era una población típicamente pequeña, construida a ambos lados de un camino y a la orilla de un río. «Igual que Mandryn», pensó Dakon con una punzada de dolor por su pérdida.

El ejército kyaliano había dejado el sendero, y aguardaba escondido detrás de una granja y un bosquecillo. Los criados y las carretas con provisiones aguardaban varios cientos de pasos largos más atrás, en el camino, aunque algunos sirvientes se habían ofrecido a quedarse con el ejército para cuidar de los caballos mientras los magos luchaban.

Dakon estaba de pie entre los siete asesores y líderes militares.

—No debemos descartar la posibilidad de que más amigos de Takado se hayan unido a él —dijo Narvelan.

Sabin asintió.

—Aunque, a juzgar por cómo ha crecido su ejército, debe de ser amigo de la mitad de los magos de Sachaka. No, me preocupa más que quienes no se consideran sus aliados o amigos se unan a él, pues hay muchos más al otro lado de la frontera. —Volvió la vista hacia la aldea con el entrecejo fruncido.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Hakkin—. ¿Nos enfrentaremos a ellos a pesar de todo?

La arruga entre las cejas de Sabin se hizo más profunda.

—Seguimos aventajándolos en número, aunque no por mucho.

—Nosotros tenemos el método de Ardalen. Eso podría inclinar la balanza a nuestro favor —añadió Dakon.

—Me temo que nuestras ventajas se verían reducidas en un enfrentamiento directo —dijo Sabin—. La energía que tenemos es la misma, tanto si combatimos en equipo y canalizamos nuestros azotes a través de uno de nosotros como si luchamos por separado.

—Pero nuestra defensa será más eficiente. Los que agoten su energía quedarán protegidos por el escudo de su sección y vivirán para luchar otro día —señaló Hakkin.

—Entonces, ¿podemos evitar un enfrentamiento directo? —preguntó Bolvin.

—Todo apunta a que no —contestó Werrin. Alzó el brazo para indicar la aldea, y todos volvieron la mirada hacia allí.

Un flujo constante de personas que salían de entre las casas estaba formando lentamente una columna gruesa que se extendía hasta los campos abiertos que flanqueaban el camino. Dakon sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Si todos ellos eran magos sachakanos, su número se había incrementado en efecto de forma alarmante.

—Al parecer sus exploradores les han informado de nuestro avance —murmuró Werrin.

—Y no consideran que nuestra superioridad numérica sea un problema —agregó Narvelan.

Sabin respiró hondo y soltó el aire. Miró a los otros magos.

—Entonces, a menos que alguno de vosotros esté en desacuerdo (y si queréis debatirlo más vale que os deis prisa), yo digo que ha llegado la hora de comprobar los efectos de nuestra superioridad numérica y nuestras habilidades de combate mejoradas. —Sabin paseó la vista por los otros seis magos, que asintieron, y esbozó una sonrisa sombría—. Queda decidido, entonces. —Se volvió hacia el resto de los magos, que caminaban de un lado a otro en grupos mientras esperaban a que sus líderes determinaran el siguiente paso—. Preparaos —dijo en voz muy alta—. Los sachakanos vienen hacia nosotros buscando pelea y vamos darles una lección que

nunca olvidarán. Repartían en vuestras secciones de combate. Desplegaos para formar una columna tan ancha como la suya. Escudaos y estad preparados. ¡Es hora de entrar en acción!

Para sorpresa de Dakon, los magos respondieron con gritos de júbilo. Él sabía que algunos eran demasiado jóvenes o ingenuos para comprender el peligro al que se enfrentaban, pero creía que la mayoría no estaba deseando entablar una batalla de magia.

«Pero llevamos demasiado tiempo moviéndonos con cautela, evitando enfrentamientos o sin encontrar al enemigo. En cierto modo es satisfactorio poder plantar cara por fin a los sachakanos; medir nuestras fuerzas con ellos y desahogar nuestra furia, sea cual sea el resultado.»

Sabin rodeó el bosquecillo, pasó junto a la granja y salió al camino, con Dakon y los otros asesores a la zaga. El resto del ejército los siguió. Ante ellos, las tropas sachakanas formaban un muro alargado que avanzaba hacia ellos. Al dirigir la vista hacia atrás y hacia los lados, Dakon vio que el ejército kyaliano se había dividido en secciones de cinco o seis magos. Estos grupos se habían disgregado a izquierda y derecha en los campos formando una línea discontinua tan ancha como la de los sachakanos. Cada grupo había designado a uno de sus miembros para que lanzara azotes y a otro para que generara un escudo, y los demás aportarían su energía a uno u otro, según fuera necesario.

Durante un rato interminable, no se oían otros sonidos que el roce y las pisadas de las botas que avanzaban a través de los campos y por el camino, la respiración de quienes estaban cerca y el tenue silbido del viento. Dakon notaba que el corazón le latía a toda prisa.

Se dio cuenta de que estaba preocupado por Jayan y Tessia. Se había discutido mucho sobre si los aprendices debían permanecer al lado de sus maestros o quedarse en la retaguardia. La tradición dictaba que debían estar cerca de los maestros, por su propia protección y por si el mago necesitaba más energía. Sin embargo, si un mago acumulaba antes de la batalla toda la energía que pudiera absorber de un aprendiz sin ponerlo en peligro, no necesitaba llevarlo consigo. A menos que matara para arrebatar a su víctima hasta la última gota de energía, como los sachakanos. Hasta donde Dakon sabía, el rey no había abolido la ley que prohibía a los maestros kyalianos matar a sus aprendices para apropiarse de su magia. Como la mayoría de los aprendices procedían de familias poderosas, era improbable que la derogara. ¿Lo haría si la situación se tornaba lo bastante desesperada?

Los aprendices que habían cedido energía quedaban en una posición vulnerable si los separaban de sus maestros. No obstante, en un enfrentamiento directo, el mago enemigo estaba demasiado ocupado luchando para localizar y atacar a los aprendices. El peligro residía más bien en los aprendices o los esclavos del enemigo. Las acometidas de los esclavos solo podían ser de naturaleza física, pues no sabían utilizar su propia magia.

Por otra parte, como formaban un grupo tan numeroso, los aprendices estaban menos expuestos a los ataques enemigos. A algunos les dejaban su energía intacta para que pudieran defender al grupo. Dakon había propuesto que asignaran a Jayan este papel, ya que, a diferencia de la mayoría de los magos, disponía de una segunda aprendiz de quien extraer energía. Jayan, uno de los aprendices mayores y con más experiencia, había sido nombrado su líder temporal.

«O sea que no tengo nada de que preocuparme», se dijo Dakon, y acto seguido continuó preocupándose. Solo cuando se percató de que podía distinguir los rostros de los sachakanos volvió a centrar toda su atención en el enemigo. Entonces oyó a Sabin mascullar una maldición.

—¿Ese de ahí es...? —murmuró Werrin.

—Sí —respondió Sabin—. El mago favorito y más leal del emperador Vochira, el ashaki Nomako.

—Eso explica el aumento súbito de tropas.

Se oyó una orden y los sachakanos se detuvieron. Dakon buscó al dueño de esa voz y se sobresaltó al reconocer a Takado. Sintió que el odio crecía en su interior.

«Takado. Mi antiguo invitado. Un viajero que supuestamente estaba allí para satisfacer su curiosidad sobre el país vecino. Ya desde el principio albergaba la intención de regresar con un ejército. Acertamos al desconfiar de él. —Dakon frunció el entrecejo—. Deberíamos habernos encargado de que muriese en un accidente.»

—¡Alto! —gritó Sabin.

Dakon se detuvo, y los sonidos que lo rodeaban cesaron.

Se hizo un silencio. La expectación se palpaba en el aire. «¿Cómo puede una quietud casi absoluta estar tan cargada de tensión? Se supone que la quietud infunde sosiego.»

—Magos de Kyalia —dijo Takado en voz muy alta—. Formáis un ejército magnífico. Estoy impresionado. —Dio un paso hacia delante, mirando de izquierda a derecha—. Sin duda estáis aquí para poner fin a nuestras ofensivas. Para tomar represalias por la muerte de vuestra gente. Para enviarnos de vuelta a nuestra patria. —Hizo una pausa y sonrió—. Os aviso desde ahora que solo podéis alcanzar uno de estos objetivos. No vamos a regresar a casa. Hemos venido a conquistaros, a recuperar aquello a lo que cometimos el error de renunciar en el pasado. A unificar de nuevo nuestros territorios. Esto, aunque al principio resulte doloroso, a la larga nos beneficiará a todos. —Sonrió—. Como es natural, no permitiremos que os vengáis de nosotros. Sin embargo... —Movía los ojos de un lado a otro, mirando a algunos kyalianos a la cara. Se detuvo por un instante al avistar a Dakon, y sus labios se curvaron en una leve sonrisa. Aquella expresión fugaz de arrogancia encendió de ira a Dakon—. Podéis poner fin a nuestros ataques. Si nos cedéis la soberanía de vuestro país pacíficamente, nosotros la aceptaremos pacíficamente. Rendíos y uníos a nosotros.

—¿Y quién nos gobernará? ¿Vosotros o el emperador? —La voz de Sabin hendió el aire.

Al volverse ligeramente, Dakon vio que el maestro de la guerra miraba primero a Takado y luego a otro sachakano. Tal vez al hombre de los ojos entornados, supuso Dakon. «¿Qué distintivos llevan los magos del emperador para indicar su rango? Un anillo, ¿no?» El hombre lucía muchos aros en los dedos, como estaba en boga entre la mayoría de los sachakanos, y la lejanía impedía a Dakon ver si alguno de ellos llevaba grabada una marca del emperador.

—El emperador Vochira apoya nuestra campaña de reconquista de los territorios que nos pertenecieron.

Sabin esperó, pero cuando quedó claro que aquella era la única respuesta que iba a recibir, rió entre dientes y se volvió de nuevo hacia Takado.

—No sé quién es más necio, si tú o tu emperador. Será interesante ver cuál de vosotros dos sigue con vida cuando termine esta guerra. Yo apuesto por el emperador Vochira, pues no tenemos la menor intención de dejar que ocupéis Kyalia, y aunque consigas huir de nosotros y arrastrarte de regreso a tu país, dudo que sobrevivas mucho tiempo.

Takado sonrió.

—Entonces yo apuesto a que los dos seguiremos con vida, ya que si insistís en luchar contra mí tendré carta blanca para librar a Kyralia de sus magos, y nada complacería más al emperador Vochira. No tengo deseo alguno de gobernar en su lugar cuando mis amigos y yo podemos quedarnos con todo esto. —Extendió los brazos hacia los lados y los dejó caer sobre sus costados—. ¿Os rendís?

—No —dijo Sabin, escueta y rotundamente.

Takado dirigió la vista a los aliados que lo rodeaban.

—Los muy insensatos quieren pelea —gritó—. ¡Vamos a dársela!

Takadio se volvió bruscamente hacia Sabin y lanzó un azote luminoso. Estalló a un brazo de distancia de la nariz de Sabin. Al instante, el resto del ejército sachakano liberó su energía, y de pronto la magia vibraba y destellaba en el aire. Dakon aferró la parte superior del brazo de Sabin e invocó su propia energía para trasvasársela al maestro de la guerra. Los otros magos del grupo de asesores siguieron su ejemplo o bien posaron la mano en Werrin, que los estaba escudando a todos.

Los escudos resistieron. Los azotes de respuesta inundaron el espacio entre ambos ejércitos. No cayó un solo mago, ni sachakano ni kyraliano.

Sin embargo, el calor y la vibración eran tan intensos, que ambos bandos comenzaron a retroceder. Replegándose despacio, sin deshacer la formación, los ejércitos enfrentados se situaron a una distancia soportable. El intercambio de azotes se avivó y el fragor de la magia abrasó el aire de nuevo, pero esta vez todos mantuvieron su posición.

Durante largo rato, nadie habló. Dakon no podía apartar la vista del enemigo. Cada vez que un ataque sacudía el escudo de Werrin, su corazón daba un brinco. Cada vez que Sabin descargaba un azote contra los sachakanos, Dakon alimentaba esperanzas que se desvanecían cuando la energía se estrellaba contra un escudo. Veía que la cabeza de Narvelan se movía adelante y atrás mientras el joven mago observaba el desarrollo de la batalla en otras partes. Sin embargo, Dakon no se atrevía a desviar la mirada.

«Creo que me da miedo no ver el azote que acabará conmigo», pensó Dakon.

—No están escatimando energía, desde luego —comentó Narvelan.

—No —convino Sabin—. ¿Cómo vamos?

—Aguantando —respondió Narvelan—. No estamos asestando tantos golpes como ellos. Ni con tanta potencia, sospecho.

—¿Nos estamos conteniendo? —preguntó Hakkin—. ¿Hay alguna manera de decirles a las otras secciones que luchen con más fuerza?

Werrin asintió.

—La hay, pero...

—¡Ahí está la señal! —dijo uno de los magos de ciudad—. Tenemos a un mago agotado..., ¡no, a dos!

—Ahora hay uno en casi cada sección —añadió Narvelan.

Dakon se obligó a mirar a Sabin. «Seguramente está pensando que esos magos habrían muerto si sus equipos no estuvieran protegiéndolos. Los sachakanos no se protegen entre sí, hasta donde sabemos, y aun así no ha muerto todavía uno solo de ellos.»

—¡Le hemos dado a uno! —exclamó Narvelan.

Dakon miró en la dirección en que señalaba su amigo, pero Werrin le tapaba la vista. Un momento después se oyó un golpe sordo y un chasquido, y uno de los sachakanos que estaban más cerca salió despedido hacia atrás. Cayó al suelo, pero los esclavos que rondaban detrás de la línea enemiga se lo llevaron a rastras.

Cayeron tres sachakanos más. A Dakon se le levantó el ánimo con una sensación de triunfo. «¡El método de Ardalen da resultado! —pensó—. Pronto caerán como moscas.»

—Tenemos que batimos en retirada —dijo Sabin—. Enviad la señal a los demás.

Dakon soltó un grito ahogado de incredulidad. Echó un vistazo en torno a sí y observó cómo se transmitía el mensaje a lo largo de la fila de secciones kyralianas. Cuando contó el número de magos que llevaban un trozo de tela blanca en la mano izquierda —señal de que habían consumido toda su energía—, su incredulidad dio paso al miedo.

«Estamos prácticamente acabados —comprendió—. Hemos perdido.» En algunas secciones solo quedaban dos miembros con energía en reserva. Estos grupos fueron los primeros en abandonar el campo de batalla. Cuando los siete líderes emprendieron la retirada, Dakon dirigió su atención hacia el enemigo, intentando ver si los seguían.

Hanara, acucillado en el suelo junto a su amo, notó que el corazón le martilleaba el pecho. Había visto caer a dos aliados de Takado y a tres de los magos que habían llegado con el representante del emperador. Uno de ellos había estallado en llamas. A otro la cara y el pecho se le habían desfigurado y convertido en una masa sanguinolenta justo antes de que el hombre cayera de espaldas y quedara despatarrado en el suelo. También había visto a un esclavo partido en dos por un azote perdido, y se había sentido orgulloso y agradecido de que, en previsión de este peligro, Takado le hubiera ordenado que echara el cuerpo a tierra y mantuviera la cabeza gacha.

Hanara había percibido la sorpresa y el espanto en los rostros de los magos sachakanos que seguían luchando; las vacilaciones y la determinación mientras combatían. «¿Cuántos pondrán en duda que la conquista vale la pena después de esto? —se preguntó Hanara—. Dudo que su vida en Sachaka sea tan dura como para que merezca la pena morir por un trozo de tierra.» Sin embargo, la posesión de tierras era uno de los mayores símbolos de la libertad. La posesión de tierras y el uso de la magia. Las primeras eran muy escasas. Y tal vez había demasiado de lo segundo en Sachaka. «Esta sí que es una reflexión interesante...»

Se levantó un murmullo entre los magos. Al alzar la cabeza, Hanara observó que los kyralianos se movían.

«¡Se retiran! ¡Hemos ganado!»

Advirtió que los aliados de Takado empezaban a avanzar. Takado no había dado la orden todavía. Aunque Hanara no alcanzaba a ver el rostro de su amo, algo en

la postura de Takado le decía que estaba deliberando.

—¡Mantened la posición!

El grito retumbó, y los que se dirigían hacia delante se detuvieron. No era la voz de Takado. Una oleada de rabia e indignación recorrió a Hanara. Nomako, el representante del emperador, había hablado. Tras situarse frente al ejército de Takado, se volvió hacia las tropas.

—Dejad que se vayan. Les hemos demostrado quiénes son los más fuertes. Que recapaciten sobre el futuro y mediten sobre las ventajas de rendirse.

A Hanara le hirvió la sangre. «¿Cómo se atreve? ¡Esa decisión le corresponde a Takado!»

El corazón le dio un vuelco con una mezcla de terror y júbilo cuando Takado salió al frente para encararse con Nomako, rojo de ira.

—Yo soy quien dirige este ejército, Nomako —espetó—. No tú. Ni siquiera el emperador. Si esto no os complace, a ti o a él, márchate a casa y déjanos la lucha a nosotros.

Nomako sostuvo la mirada a Takado y por un momento su rostro se crispó con ira y animadversión. Acto seguido, bajó la vista al suelo.

—Te pido disculpas, Takado. Solo pretendía evitar que perdieras a más hombres.

—¡Entonces eres un idiota! Estaban al límite de sus fuerzas. —Takado apartó la vista y llamó a Dachido y Asara.

—No han perdido a un solo mago —protestó Nomako—, y nosotros casi a una docena. Es un ardid. Una trampa. Prometí a las familias de Sachaka que no sacrificaríamos vidas innecesariamente. Tenemos que analizar lo que hacen y encontrar la manera de combatirlo.

Takado miró a su ejército con expresión ceñuda. Hanara intentó interpretar el estado de ánimo de los guerreros. Muchos parecían dudosos. Algunos habían reculado varios pasos y parecían estar esperando que Takado ratificara la orden de Nomako. Ninguno de ellos parecía ansioso por perseguir a los kyralianos.

«No esperaban que solo se produjeran bajas en nuestro bando.»

Con un suspiro, Takado se encogió de hombros.

—Nos quedamos —dijo.

El alivio en el rostro de sus seguidores y de Nomako era evidente. Algunos se juntaron en parejas o grupos para hablar, mientras otros se encaminaban de vuelta hacia la aldea. Nomako se reunió con los tres hombres que parecían ser sus acompañantes de confianza.

Dachido y Asara llegaron junto a Takado.

—¿Cómo lo han hecho? —preguntó Dachido—. ¿Por qué no ha caído uno solo de ellos?

—Se protegen y refuerzan entre sí, cosa que deberíamos hacer nosotros, aunque dudo que podamos contar con la colaboración de cierto círculo —añadió bajando la voz.

Los tres aliados comenzaron a hablar en susurros. Hanara se acercó disimuladamente, esforzándose por escuchar.

—... de lo contrario no se habrían retirado —decía Asara.

—No podemos estar seguros —replicó Dachido—. Podría tratarse de una trampa.

Asara asintió y se volvió hacia Takado.

—Me gusta más la idea que propusiste anoche —dijo—. Yo voto por ponerla en práctica.

—Necesitamos caballos —advirtió Dachido.

Asara se encogió de hombros.

—Podríamos exigirle algunos a Nomako como indemnización.

—¿Y darle la impresión de que necesitamos su ayuda? —preguntó Takado, mirando al representante del emperador con los ojos entornados.

Por toda respuesta, Asara hizo una mueca.

Takado tendió la vista hacia la aldea.

—¿Quedan caballos en la zona?

Dachido siguió la dirección de su mirada.

—Había uno, pero estaba viejo y lo sacrificamos para dar de comer a los esclavos.

—Tal vez encontremos algunos si buscamos más lejos —dijo Asara.

—Más al oeste, donde no esperan que vayamos. —Takado sonrió.

—Entonces, ¿lo intentaremos? —preguntó Asara con los ojos brillantes.

—Sí. Y ya tengo pensado el primer objetivo.

Los otros dos lo miraron con expectación.

—¿Os habéis fijado en que no tenían a sus aprendices cerca?

—Ah —dijo Dachido.

—¡Ah! —exclamó Asara.

—Así es —dijo Takado—. Por lo visto han olvidado una de las reglas esenciales de la guerra, y nosotros se la vamos a recordar.

Cuando el ejército se detuvo para acampar por la noche, el agotamiento de Jayan era casi más grande que su curiosidad por saber qué había ocurrido cuando los magos se habían enfrentado a los invasores sachakanos. Dakon solo había dicho que el enemigo había demostrado ser más fuerte que las tropas kyralianas. Sabin había ordenado la retirada. Los sachakanos no los habían perseguido, pero no había que descartar la posibilidad de que estuvieran siguiéndolos de lejos. El ejército kyraliano necesitaba alejarse lo suficiente del enemigo para tener la oportunidad de reponer su energía mágica antes del siguiente enfrentamiento.

Era increíble que, a pesar de que habían perdido la batalla, nadie había muerto. Sin embargo, por la inquietud y la prisa de los magos, Jayan supuso que esto se había debido a la suerte o la ignorancia del enemigo.

Durante todo el día, mientras cabalgaban, Jayan había visto los destellos de los cuchillos y manos que se unían brevemente en un trasvase de magia. Aunque los aprendices y los criados habían donado su energía aquella misma mañana, y por tanto no les quedaba mucha que ofrecer, los magos temían que se produjera una ofensiva en cualquier momento y querían estar lo mejor preparados posible.

Dakon, no obstante, sacudió la cabeza cuando Jayan le propuso que siguieran su ejemplo.

—Estoy bien —aseguró—. Es la ventaja de contar con dos aprendices. Prefiero que Tessia y tú tengáis la posibilidad de defenderos si nos atacan. Además, es posible que tengas que hacerte cargo de los aprendices otra vez, si entablamos combate con el enemigo.

El ejército se había apartado del camino principal hacía un rato, en un débil intento de burlar a los posibles perseguidores, y habían avanzado por un sendero llano hasta un pliegue entre dos colinas. Aunque estaban ocultos a la vista de cualquiera que circulara por el camino principal, Jayan se temía que habían dejado un rastro tan visible que hasta el explorador más inexperto podría localizarlos.

El sendero serpenteaba entre lomas bajas y valles poco profundos, y parcelados en campos. La penumbra del atardecer lo envolvió todo como un manto de niebla, y poco después quedaron sumidos en la oscuridad. Los exploradores que llegaron a galope por el camino informaron de que nadie los perseguía. Los sachakanos habían regresado a la aldea de Lonner y al parecer estaban preparándose para pasar la noche.

Más tarde, a altas horas de la noche, unos edificios con paredes de un blanco fantasmal aparecieron ante ellos. Varios de ellos eran almacenes, uno tenía muchas puertas, por lo que Jayan supuso que era el alojamiento de los criados, y la mansión de dos plantas era claramente la residencia del propietario.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Dakon.

—La finca vinícola de lord Franner.

—Ah. —Jayan hizo una mueca.

Dakon soltó una risita.

—Tal vez su vino no sea especialmente bueno, pero tiene mucha comida que ofrecemos. Tal como dice él, más vale que nos la comamos nosotros a que se la lleven los sachakanos.

—¿Hay otro paso por donde salir de este valle?

—Sí. —Dakon sonrió, satisfecho de que su aprendiz le hiciera esta pregunta—. Sabin se ha asegurado de ello. No nos quedaremos acorralados aquí.

Mientras el ejército se concentraba entre los edificios, Jayan vio que Werrin se volvía en su silla de montar, buscando a alguien entre la multitud. Sus ojos se clavaron en Dakon y le hizo señas para que se acercara.

—Ah, la reunión inevitable —murmuró Dakon. Miró a Tessia, que había estado callada toda la tarde, y luego a Jayan—. ¿Estaréis bien si os dejo solos a los dos?

Jayan sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto. Y no estaremos precisamente solos. —Señaló con un gesto a las tropas que los rodeaban.

Dakon asintió y condujo a su caballo hacia Werrin y el pequeño grupo de magos que se había formado alrededor de él. Jayan dirigió la vista hacia Tessia y se encogió de hombros.

—¿Te apetece explorar este sitio?

Ella negó con la cabeza.

—Avaria me ha pedido que me reúna con ella.

Jayan hizo un esfuerzo por ocultar su desilusión.

—Entonces nos vemos a la hora de la cena, sea cual sea. —Alzó la mirada hacia las estrellas—. Me cercioraré de que nuestros colegas aprendices se estén portando como es debido.

Tessia puso los ojos en blanco.

—Ya no estás al mando, Jayan.

—¿Tan difícil de creer es que disfruto con la compañía de otros aprendices? —preguntó él.

Ella enarcó las cejas.

—Es más importante saber si ellos disfrutan con la tuya.

Hizo girar a su caballo y se marchó al trote antes de que él pudiera pensar una respuesta. La observó alejarse por un momento, ahuyentó la melancolía que

amenazaba a apoderarse de él y empezó a buscar entre los rostros que conocía. Estaba deseando irse a dormir, pero tenía hambre y el descanso podía esperar hasta después de la cena.

Refán estaba de pie con otros cuatro aprendices junto a una de las bodegas grandes, así que Jayan se encaminó hacia él. Uno de los jóvenes le resultaba familiar. Cuando Jayan se acercó, el recién llegado alzó la vista y sonrió. Jayan lo reconoció, sorprendido.

—¡Mikken! —exclamó Jayan, bajando del caballo. Echó un vistazo alrededor y llamó la atención de un criado, que se aproximó para coger las riendas. Acto seguido, Jayan corrió hacia Mikken y le aferró el brazo a modo de saludo—. ¿Cuándo has llegado?

Mikken le devolvió el gesto.

—Hace unas horas. Antes de que el ejército se desviara del camino, por suerte, pues de lo contrario habría cabalgado directo hacia las filas sachakanas.

—¿Cómo has eludido a los sachakanos en el paso? No, espera. Seguro que es una historia larga.

—Larga pero no particularmente interesante. —Mikken se encogió de hombros—. A menos que las historias sobre buscar comida entre los desechos o esconderse en cuevas y casas abandonadas te parezcan interesantes.

Jayan desplegó una gran sonrisa.

—Puedes contarlas esta noche, cuando estemos intentando dormir.

—No me provoques, o eso es justo lo que haré. ¿Cómo está Tessia?

Jayan sintió una punzada traicionera de celos, pero la dejó a un lado.

—Sigue sanando a todo aquel que consigue que se quede quieto durante el tiempo suficiente.

—Me imagino que son unos cuantos. —La angustia asomó a los ojos de Mikken—. En el camino de vuelta empecé a preguntarme si los sachakanos habían dejado a alguien con vida. No me sorprendería que Tessia tuviera numerosos pacientes que atender.

—Ha tenido muchos —le aseguró Jayan. Pensó en el quemado y se estremeció. Decidió cambiar de tema y levantó la mirada hacia la bodega—. Por lo visto esto es una finca vinícola.

—Sí —respondió Refán—, pero no solo se elabora vino aquí.

—¿Qué más se elabora? —preguntó otro aprendiz.

—Bol.

Jayan hizo una mueca y vio una expresión similar en todos los rostros excepto el de Refán, que estaba pensativo.

—¿Sabéis qué? Para cuando todos los magos hayan recibido su porción de vino de lord Frammer, seguramente no quedará ni una gota para los aprendices. Apuesto a que en una de estas bodegas podríamos encontrar un par de barriles de bol solo para nosotros. Tal vez el bol sea una bebida para pobres —sonrió Refán—, pero es mucho más fuerte que el vino, así que no tendríamos que beber tanto.

«¿Tanto como qué?», se preguntó Jayan. Observó contrariado que los otros aprendices parecían interesados.

—¿Dónde crees que lo guardan?

Refán miró en torno a sí, pensando con los ojos entornados.

—Echemos un vistazo por aquí. —Echó a andar a lo largo de la bodega junto a la que se encontraban.

Cuando el grupo empezó a seguirlo, Jayan estuvo tentado de dejarlos y desentenderse del asunto. «Pero debería asegurarme de que no se metan en líos. Por su bien y por el mío. Dakon se lo pensará dos veces antes de elevarme a mago superior si dejo que estos chicos cometan alguna tontería.» Salió tras ellos a toda prisa.

Cuando llegó al final de la bodega, Refán dobló la esquina y avanzó junto a la pared siguiente. Se detuvo frente a dos puertas enormes y robustas sujetas entre sí por una cerradura de hierro grande. Jayan vio divertido que el chico olfateaba el resquicio que había entre ellas.

—Vino —dijo, y se encogió de hombros antes de girar sobre sus talones y encaminarse a través de campo abierto hacia otra bodega.

Realizó la misma inspección de otras dos bodegas y llegó a la misma conclusión. La cuarta estaba tan lejos del grueso de los magos que sus voces se oían como un murmullo lejano y el grupo tuvo que iluminar su camino con globos de luz pequeños.

El olfateo de Refán frente a las puertas hizo sonreír a Jayan.

—¡Ajá! Aquí hay bol, sin duda alguna.

Un olor distinto flotaba en el aire en torno a la bodega, pero la cerradura parecía igual de grande y sólida que las otras. Refán lanzó una mirada furtiva a los magos reunidos como si se dispusiera a hacer una travesura, y puso las manos contra la cerradura. Jayan notó que crecía su sensación de alarma.

—¿Qué estás...? No pensarás forzarla para entrar a robar, ¿verdad? —preguntó uno de los aprendices más jóvenes, nervioso.

—Qué va. —Refán se rió—. No voy a romper nada, ni a llevarme nada que no nos hayan ofrecido ya.

Fijó la vista en la cerradura y, con un chasquido, el mecanismo se abrió. «A pesar de su razonamiento, esto está mal —pensó Jayan—. Debería pararle los pies.» Una de las puertas se abrió hacia fuera, y Refán entró sigilosamente. Antes de que Jayan decidiera qué debía decir, los otros aprendices habían entrado tras él.

Se oyó una exclamación de desilusión, seguida de un tintineo y un rumor de voces, y los aprendices salieron de la bodega. Refán sujetaba una botella.

—No es bol. Es aguablanca. Para limpiar cosas. Oled. —Tendió la botella a cada uno de ellos. Todos torcieron el gesto al olisquear la boca destapada. Jayan reconoció un olor que asociaba con la servidumbre y los muebles de madera. De pronto, Refán sonrió de oreja a oreja—. Fijaos en esto.

Tras echar otra mirada en dirección a los magos, rodeó rápidamente la parte trasera de la bodega. Se alejó unos cien pasos largos y estampó la botella contra el suelo. Cuando los demás alcanzaron a Refán, él lanzó un azote de fuego diminuto hacia los restos.

Una ola de calor los golpeó y una llamarada se elevó en el aire. El fuego se extinguió con la misma rapidez, dejando unas llamas pequeñas que crepitaban en la parte del suelo duro y seco en que había hierbas.

—¡Ha sido increíble! —jadeó uno de los aprendices más jóvenes—. ¡Hagámoslo otra vez!

—Esperad. —Mikken estaba contemplando el suelo humeante—. Tengo una idea.

Todos lo miraron, pero él guardó silencio, con la vista fija en el suelo.

—¿Y bien? —preguntó alguien.

Mikken sacudió la cabeza.

—¿Oís eso?

Sorprendidos, todos se quedaron muy quietos y aguzaron el oído. Jayan percibió un golpeteo rítmico, leve pero claramente causado por algún animal de cuatro patas. Por más de uno, tal vez. Fueran lo que fuesen, se estaban acercando. Al volverse hacia el sonido, Jayan vio las siluetas oscuras de unos árboles que se encontraban a unos cientos de pasos de distancia.

Lentamente, tres caballos surgieron de las sombras, cada uno montado por un jinete. Abrigos, empuñaduras de cuchillos y ojos exóticos reflejaban la luz lejana.

—¡Sachakanos! —susurró Refán.

—¡Corred! —chilló Mikken.

—¡No os separéis! —gritó Jayan, generando un escudo y corriendo tras ellos.

Soltó una maldición cuando el primer azote estuvo a punto de hacer añicos su barrera. La reforzó. «¿Cuánto tiempo resistiré el ataque de tres magos superiores que seguramente poseen la energía de miles de esclavos fuente? —Hizo un gesto de dolor cuando otro azote impactó en el escudo—. O quizá no. Si nos han seguido, probablemente no han tenido mucho tiempo para reponer sus energías después de la batalla.»

Refán, que casi había llegado a la bodega, se hallaba demasiado lejos como para que Jayan estuviera seguro de que el escudo lo protegía también a él. Se detuvo con un patinazo frente a la puerta, la agarró y la abrió de un tirón. Entonces entró con una velocidad sobrehumana.

—¡Allí no! —gritó Jayan—. Si utilizan un azote de fuego...

Pero Refán había desaparecido en el interior y los demás lo seguían a toda velocidad. Jayan suspiró y entró tras ellos. En la oscuridad alguien tropezó, se oyó el ruido de vidrio que se rompía, y el olor a aguablanca impregnó el aire. De pronto, se materializó un globo de luz. Jayan echó una ojeada en torno a sí y se fijó en los botelleros que recubrían las paredes de aquel enorme espacio, en los aprendices, que resollaban y se miraban, conscientes al fin de lo peligroso que era ese lugar para una pelea..., y en la figura que gimoteaba en el suelo.

—¿Refán? —Jayan se acercó al chico y se arrodilló a su lado.

—Duele —jadeó Refán—. La espalda. Me duele. No puedo... no puedo mover las piernas.

Jayan profirió una palabrota cuando comprendió que Refán no se había arrojado al interior de la bodega, sino que un azote de fuerza lo había lanzado hacia dentro.

Se oyó el sonido de cascos de caballos al otro lado de las puertas. Cesó, y un momento después sonaron pasos. Jayan dirigió la mirada alrededor, a las botellas, y luego al fondo de la bodega. «Estamos atrapados. Una minúscula chispa de energía bastaría para incendiar este edificio. En cambio, hará falta mucha para protegernos.

»¿Para protegernos... o para que se protejan ellos?» El germen de una idea hizo que el corazón se le acelerara de emoción.

—Deprisa —musitó a los demás—. Arrastrarlo al fondo y esperad..., y procurad ser delicados. Cuando yo diga «ahora», atravesad la pared.

Refán prorrumpió en gritos de dolor cuando empezaron a trasladarlo. Lo soltaron como si les ardieran las manos. Jayan vio movimiento en la puerta.

—¡Recogedlo y llevaoslo fuera! —rugió casi sin darse cuenta.

Ellos abrieron mucho los ojos, sorprendidos y conmocionados. Asieron a Refán y, haciendo caso omiso de sus gritos, lo alejaron de allí. Jayan los siguió, caminando hacia atrás y sin apartar la vista de los tres sachakanos que entraban en la bodega. Erigió un escudo para proteger a los aprendices que tenía detrás y a sí mismo.

«Dos hombres y una mujer —advirtió—. Uno de ellos me resulta conocido... No es posible... No puede tratarse de Takado. ¿Cómo iba a abandonar a su ejército y a correr el riesgo de merodear por aquí sin más apoyo que el de dos magos?»

Los sachakanos lo miraron fijamente. Sonrieron. Se acercaron a paso tranquilo, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Jayan oyó que los aprendices se alejaban. Los alaridos de Refán se habían reducido a gemidos. O sollozos.

—Hemos llegado al fondo —anunció Mikken.

En ese momento, los sachakanos se detuvieron. Jayan vio que volvían la cabeza para intercambiar una mirada y acordar en silencio que había llegado el momento de atacar.

—¡Salid de aquí! ¡Ahora! —bramó Jayan.

Al mismo tiempo, fortaleció su escudo y lanzó varios azotes de fuego a derecha e izquierda.

Una luz blanca inundó el espacio que tenía delante. Sintió un calor abrasador, y el suelo chocó contra su espalda. Algo lo agarró del cuello de la camisa y lo arrastró hacia atrás. Descubrió que estaba deslizándose sobre el suelo hasta atravesar un boquete en la pared de la bodega. De pronto, la pared se vino abajo y el calor lo envolvió de nuevo, aunque con menor intensidad.

Ya no estaba deslizándose. Cuando alzó la vista, vio que Mikken lo miraba con una amplia sonrisa, la respiración agitada y el rostro congestionado por el esfuerzo. Mikken le soltó el cuello de la camisa.

—Pesas mucho —le comentó el joven y sonrió de nuevo—. Y creo que ha dado resultado.

Jayan se levantó y comprobó rápidamente que los demás aprendices se encontraban allí, de pie junto a un Refán tumbado y callado, y a continuación volvió los ojos hacia la bodega. Ardía con unas llamas más naturales, ahora que el fuego se alimentaba con madera y no con aguablanca.

Entonces vio que algo se movía. Tres figuras corrían hacia los árboles. «O sea que no están muertos. —No se sintió tan decepcionado como habría esperado—. En realidad no me había hecho ilusiones de que eso los matara, pero deben de haber gastado mucha energía para protegerse. —Centró su atención en sí mismo y notó un nuevo tipo de agotamiento que iba más allá del cansancio físico—. Al igual que yo.»

—Sus caballos deben de haber escapado —dijo Mikken. Se dio la vuelta—. Aquí llegan los magos. Tendremos mucho que explicarles.

Jayan se volvió hacia la multitud que se acercaba a toda prisa y asintió con la cabeza.

—Así es. Será mejor que no les contemos por qué Refán tenía tantas ganas de explorar, ¿de acuerdo?

—Si tú no dices nada, nosotros tampoco. Y ya me encargaré de que los demás mantengan la boca cerrada.

Mientras se alejaba, Jayan sonrió. Entonces se acordó del precio que había pagado Refán por su pequeña aventura, y de repente toda su satisfacción por haber debilitado a los sachakanos se esfumó.

«Tendría que haberlo protegido mejor. Para empezar, no debería haber dejado que nos apartara de la protección del ejército. Todo esto ha sucedido por culpa mía. —Vio que Dakon se dirigía velozmente hacia él, y se le cayó el alma a los pies—. Ahora no querrá elevarme a la categoría de mago superior. Y no se lo reprocho.»

La explosión que atronó el aire parecía una respuesta a los deseos no expresados pero sinceros de Tessia.

Avaria la había llevado a conocer a otras dos magas: Jialia y lady Viria. Las dos mujeres habían estado interrogando a Tessia sin tregua.

—¿De verdad has estado viajando con los magos en persecución de los sachakanos desde el principio? —preguntó Viria.

—Sí —respondió Tessia, reprimiendo un suspiro. ¿Acaso la mujer creía que se lo estaba inventando todo?

—¿Han sido amables contigo los otros aprendices? ¿Te han hecho alguna proposición indecorosa? —Jialia hizo una pausa y se inclinó hacia delante—. No te habrá intentado forzar alguno de ellos, ¿verdad?

—No, se han portado muy bien —les aseguró Tessia—. De lo contrario, lord Dakon habría tomado cartas en el asunto.

Las dos mujeres se miraron. Viria escrutó el rostro de Tessia con el ceño fruncido.

—Lord Dakon no ha... esto... hecho alguna insinuación inapropiada, ¿verdad?

Tessia clavó la vista en ella, horrorizada.

—¡No! —contestó con firmeza.

Viria extendió las manos a los lados.

—No sería la primera vez que un maestro seduce a su aprendiz femenina... o viceversa. Cuando yo era joven conocí a una chica que se había casado con su maestro después de que él la dejara encinta. Creíamos que se había aprovechado de ella, pero resultó que había ocurrido lo contrario, aunque me imagino que él no había opuesto demasiada resistencia. No es infrecuente que las aprendices jóvenes se enamoren de sus maestros.

«¡Esto es peor que hablar con mi madre! —se dijo Tessia. De inmediato sintió una punzada de culpabilidad por concebir semejantes pensamientos sobre su madre—. Además, a ella no le habría parecido mal que yo me enamorara de Dakon y me casara con él.»

Dirigió la vista hacia donde se encontraba su maestro, sentado con los otros líderes y asesores militares, y meditó sobre sus sentimientos hacia él. En muchas ocasiones había sentido afecto. Y admiración. Pero lo que despertaba estos dos sentimientos en ella era su bondad. No había algo más profundo, ni un deseo físico.

—No digas tonterías, Viria —la reprendió Jialia—. Las jóvenes prefieren a hombres de edades más próximas a la suya. Si Tessia estuviera encaprichada con alguien, probablemente ese alguien sería el joven Jayan de Drayn. —Adoptó una expresión reflexiva—. Espero que lord Dakon te haya enseñado cómo evitar quedarte embarazada.

Tessia sacudió la cabeza y suspiró. «Si conocieras a Jayan, sabrías lo improbable que es eso —pensó—. Aunque ha mejorado. Sería injusto afirmar que ha sido absolutamente odioso.»

—Jialia —terció Avaria—. Dudo que los magos varones enseñen esas cosas a sus aprendices mujeres.

Viria asintió, y miró alternadamente a Avaria y a Tessia.

—Entonces, ¿se lo enseñarás tú misma a Tessia?

—Sí... si ella quiere.

Tessia decidió no decir nada. Estaba haciendo un enorme esfuerzo de voluntad para no rechinar los dientes. «Por favor, que venga alguien y me aparte de estas dementes», pensó.

En ese momento, el sonido de una explosión, procedente de detrás de Tessia, llegó hasta sus oídos. Avaria y ella se pusieron en pie de un salto y se dieron la vuelta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Avaria.

Los magos empezaron a avanzar hacia el ruido, con el rostro tenso de miedo y determinación. Tessia se apartó un paso de las mujeres.

—¡No! Quédate aquí —dijo Jialia con una nota de autoridad en la voz, pese a que la tenía trémula por el terror. Tessia se volvió y vio que las dos seguían sentadas sobre sus mantas—. No te metas donde no te llaman.

Un sentimiento de rebeldía estaba a punto de imponerse sobre el sentido común y su costumbre de obedecer. Tessia miró a Avaria. «Si ella me pide que me quede, lo haré.»

Avaria posó la vista en Tessia, arrugó el entrecejo y se sentó de mala gana.

—Sí, deberíamos esperar órdenes. —Con los ojos entornados, observó a los magos desaparecer detrás de las bodegas.

Tessia se sentó, pero colocada de tal manera que daba la espalda a las mujeres y podía seguir mirando a los magos. El tiempo transcurría con suma lentitud. Las mujeres intentaron reanudar la conversación, y esta vez eligieron a Avaria como blanco de sus preguntas.

—Bueno, si se tratara de un ataque, ya nos habrían ordenado que lucháramos o huyéramos —aseveró una de ellas. Se volvió hacia Avaria—. En fin, ¿cuándo le darás a Everran unos hijos varones a los que mirar?

Tessia vio que Avaria crispaba el rostro y contuvo una sonrisa.

—Cuando las probabilidades de que los sachakanos los devoren antes de que tengan edad para hablar no sean tan altas —contestó Avaria.

—Vaya —dijo la mujer enarcando las cejas.

—Yo creía que eso no era más que un rumor —murmuró la otra.

Tessia no oyó lo que dijeron a continuación. El criado de lord Werrin había salido de detrás de una bodega y se dirigía a ellas apresuradamente. Tal vez Avaria le

preguntaría por lo ocurrido cuando pasara. Pero cuando se hallaba más cerca, Tessia se percató de que la miraba a ella.

—Aprendiz Tessia —la llamó.

—¿Sí? —preguntó ella levantándose.

—Se requieren sus servicios.

Ella recogió la bolsa de su padre y echó a andar a paso veloz. El criado la guió hacia la parte posterior de la bodega.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tessia.

—Un ataque de los sachakanos —dijo él, respirando trabajosamente—. Solo eran tres, pero ya se han ido. Han arremetido por sorpresa contra un grupo de aprendices que exploraba la finca. —Cuando ella dobló la esquina tras el criado, estuvo a punto de detenerse a causa de la impresión. Uno de los enormes edificios se había derrumbado, y los restos estaban en llamas.

—¿Hay algún herido? —preguntó. «Claro que lo hay. ¿Por qué si no me han mandado a buscar? A menos... a menos que yo lo conozca. —Notó que el temor le atenazaba las entrañas—. ¿Jayan? No. Seguro que no se trata de Jayan. Es demasiado irritante para morir. Además, el criado ha dicho que se requieren mis “servicios”. Eso solo puede significar que alguien necesita que lo sanen.»

—Los aprendices los han engañado para que entraran —prosiguió el criado—. La bodega estaba repleta de aguablanca. El aprendiz Jayan le ha prendido fuego. —Miró hacia atrás, sonriendo—. Deben de haber gastado un montón de energía para protegerse de eso.

—Pero han sobrevivido.

El criado asintió.

—Se han alejado en la oscuridad. Unos magos han salido tras ellos.

Aunque ella se refería a los aprendices, se alegró de oír esta noticia. El hombre la estaba guiando hacia un grupo de magos y criados que formaban un círculo en torno a algo. Cuando reconoció a los dos sanadores del gremio, a Tessia se le hizo un nudo en el estómago. Alguien advirtió que se acercaba, y todos clavaron la vista en ella. Entonces Tessia vio a lord Dakon y a Jayan.

«Jayan parece ileso. —El alivio que la invadió era más grande de lo que ella habría imaginado—. Entonces, ¿de quién se trata...? Ah, de Refán.»

El joven yacía boca abajo en el suelo, soltando quejidos de dolor. Cuando ella se unió al grupo de magos, lord Dakon se situó a su lado.

—Es la espalda —le informó en voz baja—. Lo ha alcanzado un azote de fuerza. No siente las piernas. Según los sanadores, las vías que conducen a esas partes del cuerpo han quedado seccionadas. Vivirá durante un tiempo, dolorido, hasta que esas partes mueran y envenenen el resto de su organismo.

Ella asintió. La rotura de espalda era una herida terrible. Los sanadores tenían razón, aunque todo dependía de dónde estaba la fractura y de si el paciente recibía cuidados constantes y específicos. Algunos, los más afortunados, vivían algunos años.

Sin embargo, aunque Refán tuviera tanta suerte, no podría cabalgar ni, seguramente, viajar en carro. Los bandazos agravarían su lesión. Si se quedaba allí, los sachakanos lo matarían. Tessia miró a lord Dakon.

—¿Por qué me habéis hecho venir a mí?

Él esbozó una sonrisa.

—Ha sido idea de Jayan. Dice que has encontrado la manera de utilizar la magia para acabar con el dolor.

—Ah. —Se fijó en los magos y en los sanadores. Sus expresiones eran sobre todo de curiosidad. Algunos parecían escépticos—. No puedo prometer nada, pero siempre vale la pena intentarlo.

Se acercó a Refán, se arrodilló junto a él y posó la mano en un lado de su cuello. Tenía la piel caliente. Ella cerró los ojos y por un momento pugnó por olvidar que todas las miradas estaban puestas en ella.

«Concéntrate. Dirige la vista hacia dentro. Hacia el interior.» La conciencia del cuerpo de Refán apareció en su mente. Ella exploró con cuidado bajo la piel, dejándose guiar por las señales y los ritmos. Al extender su conciencia por la columna vertebral del muchacho, encontró el origen de la alarma del cuerpo.

Los huesos estaban desalineados. Las zonas hinchadas que tenían alrededor irradiaban calor y dolor. En cuanto fue consciente de ese dolor, esta sensación embargó sus sentidos. Notó que se ponía rígida, como los músculos de Refán, tensos a causa de aquel tormento, y sintió la misma necesidad de poner fin a ese dolor que debía de sentir él. Sin embargo, la necesidad de Tessia no estaba teñida de desesperación. Podía hacer algo para remediarlo. Cuando encontró el punto preciso, esforzó su voluntad y apretó.

El dolor desapareció.

Aliviada, ella hizo una pausa para descansar y recuperar la conciencia de sí misma. Entonces comprendió algo acerca de la lesión. Las zonas inflamadas estaban actuando como obstrucciones. Estaban constriñendo la cuerda que unía entre sí los huesos, así como algunas de las vías que partían de ella.

Entonces cayó en la cuenta de que ninguna de esas vías había sido seccionada. Luego, al examinar con más detenimiento los huesos, descubrió que ninguno de ellos estaba roto o astillado.

«El golpe no debe de haber sido muy fuerte, o lo ha tocado oblicuamente. Los azotes de fuerza por lo general causan estragos mucho peores. Aun así, si los sachakanos hubieran querido prolongar su agonía, no habrían podido elegir una mejor manera de inmovilizarlo y torturarlo. En cuanto al dolor...»

De pronto, se percató de que el dolor reaparecía. Devolvió su atención a la vía que había oprimido y vio que estaba recuperándose.

«Está sanando.»

Tessia se maravilló por unos instantes de los esfuerzos inútiles pero insistentes que su organismo estaba haciendo para intentar curarse. Entonces notó un picor en la piel. «Nunca había sentido cosa parecida. Jamás había visto un cuerpo sanar tan rápidamente que yo pudiera percibirlo.» Llena de curiosidad, se fijó más atentamente, intentando entender el mecanismo que impulsaba aquella sanación anormalmente rápida.

Entonces captó magia.

El significado de esto le vino bruscamente a la cabeza. Dakon le había dicho que los magos eran más resistentes que las personas con un poder latente escaso o nulo.

Incluso aquellos que tenían dotes mágicas pero nunca habían aprendido magia tendían a sanar más deprisa y a enfermar con menos facilidad. Así pues, tenía sentido suponer que la magia era la razón, literalmente.

«¿Soy la primera persona que ha presenciado este proceso?», se preguntó.

Por desgracia, estaba mirando sus esfuerzos. El dolor de la lesión se reavivaba conforme la vía oprimida se recuperaba, y cuando Tessia se concentró en la lesión en sí, vio que la sanación acelerada no iba a completarse. Los huesos se quedarían en la posición en que estaban como consecuencia del golpe. Refan no volvería a caminar, e incluso era posible que sus órganos internos no funcionaran correctamente.

«Pero eso puedo arreglarlo», advirtió ella.

Respiró hondo y siguió mentalmente todos los pasos de la intervención. Primero debía oprimir de nuevo la vía del dolor. Luego tendría que expulsar con delicadeza el exceso de humedad de las zonas hinchadas. Por último, cuando dispusiera de suficiente espacio, debía empujar los huesos lenta y cuidadosamente hasta recolocarlos en su posición original. Entonces todos los tejidos que los interconectaban volverían a su sitio por sí solos.

Después de repasar el proceso mentalmente unas cuantas veces y decidir qué debía mover primero, acometió el trabajo.

Fue una intervención lenta. Mientras oprimía, apretaba y empujaba, se preguntó en qué estaban pensando los magos y sanadores que la observaban. ¿Les parecía que estaba tardando demasiado en realizar una tarea tan sencilla como la de bloquear el dolor? ¿Alcanzaban a apreciar alguno de los cambios que ella estaba haciendo? ¿O se habían aburrido y se habían marchado? Después de todo, la muy esperada cena de altas horas de la noche que todos ansiaban comer ya debía de estar preparada.

Por fin, todo volvía a estar en su lugar. Tessia reparó en que el cuerpo de Refan ahora estaba utilizando la magia para sanarlo de maneras mucho más eficaces. «Sobrevivirá —comprendió—. Tal vez ni siquiera quede lisiado. —Una oleada de orgullo la recorrió, pero ella lo reprimió de inmediato—. Todavía es posible que esto no salga bien. Es la primera vez que lo hago, tal vez la primera vez que alguien lo hace, y no puedo estar segura del resultado. Además, tardará días o semanas en sanar del todo, y representará una carga para el ejército.»

Después de efectuar una última comprobación y de oprimir una vez más la vía del dolor para retrasar lo que sería una reagravación desagradable a pesar de todos sus esfuerzos, atrajo su conciencia de nuevo hacia su interior y abrió los párpados.

Al echar un vistazo en torno a sí, vio que todos los magos continuaban allí, al igual que los sanadores. La miraban fijamente, algunos con una expresión de desconcierto. Entonces Refan soltó un gruñido, y toda la atención se centró de nuevo en él.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó—. Ya no me duele..., pero sigo sin sentir las piernas.

—Pronto las sentirás —le aseguró Tessia—, y no te va a gustar. —Alzó la vista hacia lord Dakon—. No tenía la espalda rota, pero se le había movido todo de su sitio, y las vías estaban aplastadas.

Él sonrió, con los ojos brillantes.

—¿Se pondrá bien?

—Si dispone de tiempo suficiente, sí. —Hizo una mueca—. Si se le da el tiempo que necesita, incluso volverá a andar.

La expresión de Dakon se tornó sombría, y sus ojos se posaron en lord Werrin. El mago del rey frunció el entrecejo y asintió.

—Veré qué puedo hacer.

Como si esto fuera una señal, los presentes empezaron a marcharse. Tessia indicó a unos criados que se acercaran y les dio instrucciones para que consiguieran una tabla alargada, sobre la que tender a Refan, todavía boca abajo y sin doblarle demasiado la espalda, para transportarlo a un lugar que no estuviera a la intemperie. Mientras los criados se alejaban a toda prisa, Dakon y Jayan se dirigieron hacia Tessia.

—Has hecho un buen trabajo. Estoy muy impresionado —comentó Dakon.

—Gracias. —Notó que le ardían las mejillas y ahuyentó otra oleada de orgullo.

Dakon miró a Jayan.

—Esta noche mis dos aprendices me han hecho sentir orgulloso de ser su maestro —dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Tessia advirtió que Jayan no parecía muy convencido—. Los dos sois demasiado inteligentes para un humilde mago de campo como yo.

Ella protestó y oyó que Jayan hacía lo mismo.

—Pero si es verdad —insistió Dakon—. Por eso he decidido que, en cuanto tenga la oportunidad, enseñaré magia superior a Jayan y lo dejaré libre para que vea mundo y sea su propio maestro.

Tessia ahogó una carcajada ante la expresión boquiabierta de Jayan. «No me equivocaba. Es obvio que no me creyó.»

De pronto la asaltó una sensación inesperada de tristeza. «Creo que incluso voy a echarlo de menos. —Arrugó la nariz—. Bueno, durante unas horas. Entonces me percataré de que nadie me ha dicho ninguna impertinencia desde hace un rato y caeré en la cuenta de lo contenta que estoy por haberme librado de él.»

El carruaje avanzaba despacio por Arvice. Kachiro había ordenado que ataran las cortinillas de las ventanillas hacia arriba para que Stara pudiera disfrutar del paisaje. El aire de primavera conservaba el calor mientras el sol se hundía detrás del horizonte. Los árboles que bordeaban las avenidas principales de la ciudad estaban llenos de flores, y se percibía su dulce aroma. También abundaban los insectos, que se movían en enjambres que oscurecían el aire al pasar y hacían que los esclavos se asestaran palmadas a sí mismos, pero cuando intentaban colarse por alguna de las aberturas del vehículo, desaparecían con un chisporroteo y un destello de luz al topar con las barreras mágicas de Kachiro.

Estas solo protegían a quienes estaban dentro del carruaje. Stara pensó en Vora, que iba aferrada a la parte de atrás. Debía de ser incómodo y desagradable para la anciana viajar así, con las manos agarradas a unos asideros y los pies apoyados en un saliente estrecho.

Stara le había propuesto a Vora que se quedara, pero la esclava había negado con la cabeza. «Esta será vuestra primera experiencia con la sociedad sachakana fuera de la casa de vuestro padre —había replicado—. Necesitaréis de mis consejos.»

—Hemos llegado —dijo Kachiro. El carruaje redujo la marcha conforme se acercaba a una imponente puerta doble que estaba abierta para dejarlo pasar. Su esposo se volvió hacia ella y sonrió mientras desplazaba la vista desde sus zapatos hasta su tocado—. Estás fantástica —comentó, y ella no detectó más que admiración sincera en su voz—. Como siempre, la ropa combina a la perfección con los adornos. Tengo suerte de que mi esposa no solo sea un dechado de belleza, sino también de buen gusto.

Stara le devolvió la sonrisa.

—Gracias. Y yo tengo suerte de que mi esposo sepa apreciar estas cosas. —Lo miró a los ojos, consciente de que no podía disimular que el cumplido había llenado su mente de dudas y preguntas.

—Sí que las aprecio —dijo él y bajó la vista por un momento—. Y también sabré apreciar que no les hables a las esposas de... mi problema.

—¡Por supuesto que no! —contestó ella enseguida—. Es nuestro secreto.

Él sonrió.

—A las esposas de mis amigos les encantan los secretos —le advirtió.

—Este no —le aseguró ella.

—Gracias. —El carruaje atravesó la puerta y entró en un patio grande repleto de esclavos. Kachiro la ayudó a apearse y se volvió hacia los esclavos que se habían postrado ante ellos—. Hemos venido a celebrar el aniversario del nacimiento del maestro Motara. Llevadnos hacia el lugar de reunión.

Uno de los esclavos se levantó.

—Es por aquí —dijo.

Pasaron al interior, seguidos por Vora y uno de los esclavos de Kachiro. Stara reconoció de inmediato la decoración sobria y el hermoso mobiliario. Cuando ella aminoró el paso para contemplar una cómoda alargada con cajones de tamaños distintos, Kachiro soltó una risita.

—Motara se queda con sus mejores muebles, como no podía ser de otra manera. He intentado convencerlo muchas veces de que me venda este, pero ni siquiera se lo apuesta en el juego.

—¿De modo que el maestro Motara es aquel amigo tuyo que diseña muebles?

—Sí.

—Entonces debo felicitarlo por su trabajo.

Kachiro se quedó sorprendido y luego pensativo.

—Eso le gustaría. Sí, hazlo. Las mujeres no suelen mostrar interés por esas cosas, al menos cuando están en presencia de hombres.

Stara frunció el ceño.

—¿Debo quedarme callada? ¿Se ofenderá él si expreso mi opinión? —Por un momento, le pareció increíble estar preguntando esto. ¿Desde cuándo le importaba si alguien quería oír su opinión o no?

—No se ofenderá, solo le extrañará —aseveró él, antes de dedicarle una de aquellas sonrisas de admiración que resultaban tan exasperantemente desconcertantes—. Tu carácter poco convencional cada vez me gusta más, Stara. Resulta refrescante. Las mujeres son demasiado herméticas y reservadas. Deberían ser más abiertas e interesarse más por las cosas, como tú.

—También puedo ser testaruda y entrometida. Tal vez ese aspecto de mi carácter poco convencional no te guste.

Él se rió.

—Por el momento, me gusta pensar que es el precio que tengo que pagar por haberme casado con una mujer que no solo es bella, sino también astuta.

Stara sintió que el corazón le daba un brinco. Luego notó que se le torcía el gesto y agachó la cabeza para ocultar su expresión, con la esperanza de que él creyera que se había sonrojado por el cumplido. «No tendría nada de malo que me enamorara de Kachiro —pensó—, pero sería muy, muy molesto. Y frustrante. Por otro lado, quizá no me importaría su “problema” si estuviera enamorada de él. Suponiendo que lo que cuentan las historias románticas sea cierto.»

El esclavo se detuvo ante la entrada de una sala espaciosa y se apartó, con la cabeza gacha. Kachiro pasó junto a él, guiando a Stara, y luego la tomó del brazo.

Cinco hombres miraban en ellos. Todos tenían la espalda ancha y el rostro amplio, como el típico varón sachakano, pero uno era gordo, otro flaco, y uno tenía una pigmentación oscura bajo los ojos. Sus edades iban desde la juventud rayana en la infancia hasta la madurez. El delgado se puso de pie y dio unos pasos al frente.

—¡Kachiro! ¡Llegas incluso más tarde de lo habitual!

Kachiro rió entre dientes.

—Confieso que es culpa mía, Motara. No se me ha ocurrido decirle a mi esposa que teníamos que venir hasta que casi era la hora de salir, pues había olvidado que necesitaría tiempo para arreglarse. Os presento a la hermosa Stara —dijo, señalándola con un gesto elegante.

Stara sonrió. Aunque habría podido arreglarse en unos minutos, Vora había insistido en que tardara una hora «para que vuestro esposo aprenda que debe ser más considerado cuando haga planes que incluyan a su esposa».

Los otros cuatro hombres se habían levantado y se sumaron a las expresiones de aprobación de Motara. Ella mantuvo la vista baja como Vora le había enseñado, pero notó que la estaban examinando con detenimiento y apreciación.

—Es exquisita —comentó Motara—. Como te conozco tan bien, confiaba en que tu buen ojo para la belleza te ayudaría en la difícil empresa de encontrar una esposa apropiada. Pero aun así estoy impresionado con el resultado. —Los demás manifestaron su conformidad con un murmullo.

Kachiro la miró y sonrió.

—Es más que eso. Tiene una mente y un ingenio agudos, así como un criterio estético y un buen gusto que rivalizan con los míos. —Le dio un golpecito suave con el codo—. ¿Qué es lo que me has dicho antes?

Ella alzó la mirada por un instante hacia los ojos de Motara.

—Que los muebles del maestro Motara que hay aquí y en casa son excepcionales, de gran elegancia en la forma y las proporciones. La cómoda... —suspiró— es preciosa.

Motara de pronto pareció más alto y se balanceó por un momento sobre la punta de los pies. Entonces rió por lo bajo.

—No le habrás pedido que diga eso en otro de tus vanos intentos por hacerte con esa cómoda, ¿verdad, Kachiro?

—¡Oh, no! —protestó Stara—. ¡En absoluto!

—No —respondió Kachiro, con un dejo de suficiencia en la voz—. Se ha parado a admirarla de camino hacia aquí. Pregúntaselo a tu esclavo, él te lo confirmará.

Motara se rió de nuevo.

—Tal vez lo haga, aunque también es posible que se la hayas descrito antes de llegar. Y ahora, pasemos a asuntos más importantes. Dashina ha cumplido su promesa. ¡Hay una botella para cada uno! Vikaro y Rikacha esperaban que no vinieras para quedarse con la tuya. Chavori las quería todas para sí, pero ya sabemos lo mal que le sienta beber. —Motara se volvió hacia las sillas en las que estaban sentados antes.

—¿Y Chiara? —preguntó Kachiro.

Motara hizo un gesto desdeñoso.

—Con las otras mujeres, echando pestes de mí, seguro. —Miró a Stara, que bajó la vista de nuevo—. No te creas la mitad de las cosas que digan —le avisó.

Ella dirigió una mirada inquisitiva a Kachiro, que sonrió.

—No dan tanto miedo como él insinúa. Ve a reunirse con ellas. Seguro que se mueren de curiosidad por conocerte.

Hizo un ademán y ella se volvió para ver a un esclavo que se le acercaba. Echó un vistazo a Vora, que asintió, y dio unos pasos hacia él.

—Llévame con las mujeres —ordenó en voz baja.

El esclavo hizo una reverencia y la condujo por otra salida hacia un pasillo.

«Así que no podré hablar con los amigos de Kachiro —pensó Stara—. En realidad, no esperaba otra cosa. Más que presentármelos, él quería lucirme ante ellos. —Se preguntó si esto la molestaba—. Sí, pero puedo perdonárselo. Me gusta que me considere inteligente, pero me gusta aún más que esté dispuesto a decirle a la gente que cree que lo soy, lo que demuestra que para él la inteligencia en una mujer es un rasgo positivo.»

Las esposas estaban en un salón no muy apartado del de los hombres, sentadas en bancos de madera cubiertos con cojines. Solo había cuatro, por lo que ella supuso que uno de los hombres no estaba casado. Cuando el esclavo se postró ante ellas, se volvieron hacia Stara.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó una mujer delgada de vientre prominente, con el tono de quien conoce la respuesta y solo está siguiendo un ritual.

—Es Stara, la esposa del ashaki Kachiro —respondió el esclavo.

—Vete —le indicó ella, poniéndose en pie y dirigiéndose al encuentro de Stara.

—Bienvenida, Stara. Yo soy Chiara —dijo, tendiéndole la mano con una sonrisa. Stara se la estrechó y se dejó acompañar hasta donde estaban las otras mujeres—. Aquí hay un sitio para ti —añadió Chiara, señalando un espacio en el extremo de un banco, junto a una mujer que habría sido hermosa de no ser por las cicatrices que le afeaban la piel—. Tu esclava puede quedarse en la habitación contigua, con las nuestras. De ese modo te oírás si la llamas.

Mientras Vora se retiraba discretamente, con los labios apretados en un gesto de disgusto, Stara se sentó. Sintió un cosquilleo de nerviosismo y timidez cuando las cuatro mujeres la examinaron con interés palpable.

—Vaya, pero qué bonita eres —dijo una de ellas con admiración.

—Sí que lo es, ¿verdad? —convino otra—. Toda una belleza exótica. Y tiene un cutis estupendo.

—Kachiro nos ha dicho que tienes sangre elynea. Las hay con suerte —dijo una tercera con melancolía.

Aunque su madre le había explicado que la mezcla de sangre se consideraba una cualidad positiva en la sociedad sachakana, Stara no pudo evitar sentir incredulidad ante las miradas de envidia de las mujeres.

—No la agobiéis con cumplidos —rió Chiara—. O, por lo menos, dejad que antes os presente. —Se volvió hacia la mujer de las cicatrices—. Esta es Tashana, la esposa de Dashina. A su lado está Aranira, mujer de Vikaro. —Señaló a una mujer alta de aspecto más bien anodino que parecía ser la más joven—. Y, finalmente, te

presento a Sharina, que está casada con Rikacha. —La última mujer, regordeta y atractiva, le dedicó una sonrisa alegre pero tímida.

—¿Te gusta tu nuevo hogar? —le preguntó.

—¿Y tu marido? —agregó Tashana, sonriendo con un brillo de picardía en los ojos—. No te sientas obligada a endulzar la verdad si no estás contenta. A ninguna de nosotras se le permitió elegir a su marido. Eso nos da derecho a quejarnos cuanto queramos.

Stara soltó una risita.

—¿Y si yo elegí al mío, sigo teniendo derecho a quejarme?

—¿Lo elegiste?! —exclamó Aranira, con los ojos como platos—. Bueno, no es que no sea guapo...

—Claro que tienes derecho —dijo Tashana—, pero tendrás que soportar nuestra envidia.

—No, no lo hice —se apresuró a aclarar Stara—. Me refiero a elegirlo. Solo tenía curiosidad por saber cómo reaccionar si conozco a alguien que ha elegido a su esposo. —Hizo una pausa para poner en orden sus pensamientos—. Ahora no sé si me creeréis cuando diga algo bueno de él.

Tashana se rió, y las otras se unieron a ella.

—Inténtalo y verás qué pasa.

—No es como los otros hombres sachakanos que conozco —empezó Stara y advirtió que los labios de las mujeres se curvaban en un gesto irónico—. Es considerado y respetuoso. No tiene inconveniente en hablarme de su negocio ni en escuchar mis sugerencias. Su compañía... me resulta sorprendentemente agradable.

Se hizo un silencio breve mientras las mujeres intercambiaban miradas.

—¿Pero...? —preguntó Aranira, esperanzada.

Stara se encogió de hombros.

—No hay ningún pero. Por el momento. Démosle tiempo.

Ellas se rieron y asintieron con la cabeza.

—Me alegra ver que no eres demasiado ingenua respecto al matrimonio —comentó Chiara—, como lo era yo. Aunque... creo que era mucho más joven.

—¿Qué edad tienes? —inquirió Sharina.

—Veinticinco.

—Rikacha me dijo que eras más joven.

—Supongo que mi padre mintió sobre mi edad.

Tashana hizo un gesto afirmativo.

—¿Has estado casada antes?

Stara negó con la cabeza. Las mujeres se miraron, extrañadas.

—Me imagino que creéis que soy demasiado mayor para casarme por primera vez. —Ellas asintieron—. En realidad, no tenía ninguna intención de contraer matrimonio.

Las demás fruncieron el entrecejo y la miraron más fijamente.

—¿Por qué no?

De pronto, Stara no supo qué decir. ¿La considerarían un bicho raro si reconocía que ambicionaba dedicarse al comercio? Sabían que tenía sangre elynea, pero ¿estaban enteradas de que había pasado la mitad de su infancia y el principio de su edad adulta en Elyne? ¿Convenía que se lo dijera? Decidió que seguramente no era muy peligroso revelárselo, sobre todo porque Kachiro lo sabía y con toda probabilidad se lo contaría a sus amigos. «¿Debo confesarles que he tenido amantes? Eso les encantaría, aunque podría llegar a oídos de Kachiro. Dudo que eso le pareciera muy “refrescante”.»

—Tal vez sea un tema demasiado íntimo para hablar de ello tan pronto —aventuró Chiara—. Casi no nos conoces. —Se volvió hacia las demás—. Quizá deberíamos contarle más cosas sobre nosotras. Nuestras historias.

Las demás se mostraron conformes.

—Yo primero —dijo Aranira. Miró a Tashana, que sonrió y asintió con la cabeza—. Tashana se casó a los quince años con Dashina, que tenía veinte. Él disfrutaba mucho con su esposa, pero también con sus múltiples esclavas de placer y las de otros hombres, algunas de las cuales no estaban bien cuidadas. Contrajo el mal del esclavo y después se lo contagió a ella y a su primer hijo, que murió, y desde que empezaron a salirle cicatrices él se niega a acostarse con ella.

Tashana asintió, sonriendo pese a la expresión de congoja en sus ojos.

—Al menos he podido conservar la figura. —Se volvió hacia Sharina—. Sharina se casó a los dieciocho años con Rikacha, quince años mayor que ella. Perdió a su primer hijo después de que él la golpeara en el vientre. Motara lo amenazó con dejar de dirigirle la palabra y comerciar con él si volvía a hacerle daño alguna vez. Ahora solo le pega en sitios en que no se le nota. Tiene dos hijos varones.

Sharina miró a Stara y se encogió de hombros.

—Pero soy muy afortunada por tenerlos. —Se volvió hacia Chiara—. Chiara tenía catorce años cuando se casó con Motara, que contaba dieciocho. Aunque él es atento y cariñoso con ella y parece tenerle cariño, se niega a ver lo que todos tenemos claro. Ella se ha quedado encinta en doce ocasiones, ha dado a luz ocho veces y tiene el cuerpo agotado y maltrecho. Está cada vez más enferma y tememos que se muera. Él debería dejarla en paz..., o al menos dejar que descanse. ¿Cuántos hijos necesita un hombre?

Chiara sonrió.

—¿Cómo puedo negárselos? Los quiere a todos, y a mí también.

—No tienes alternativa —afirmó Tashana en tono siniestro.

Con un suspiro, Chiara se volvió hacia Aranira y su sonrisa se tensó.

—Aranira se casó con Vikaro cuando ambos tenían dieciséis años. Al principio, todo marchaba bien. Ella alumbró a dos hijos, una niña y un niño. Pero él perdió

rápidamente a la que también lo desea a él. Su esposo murió a causa de una enfermedad cuyos efectos, según los esclavos, eran muy similares a los del envenenamiento.

—No tiene valor suficiente para enfrentarse a la ira con que reaccionará mi familia si se entera del asunto —dijo Aranira, aunque no parecía del todo convencida.

Stara percibió el miedo en los ojos de la chica de aspecto anodino y asintió en señal de comprensión. «Su situación es muy parecida a la de Nachira, salvo porque Ikaro al menos quiere a su esposa e intenta protegerla. —Las mujeres posaron la vista en ella—. Esto es como un ritual para ellas —pensó—. Narran las historias de las otras. Es como si el rito les aportara algo a todas. Aceptación, tal vez. Sin embargo, cada una ha restado importancia a su propia situación. Tal vez esto las ayuda a aferrarse a las cosas buenas de su vida.»

Entonces se preguntó hasta qué punto habían sido voluntarias estas confidencias de sus vidas privadas. Tal vez, por ser ella la esposa de Kachiro, no les quedaba otro remedio que admitirla en su grupo. Por otro lado, le daba la impresión de que la estaban desafiando, además de revelarles sus secretos. ¿La retaban a ser sincera tal vez? ¿O a aceptar sus costumbres?

—Hacemos lo posible por ayudarnos entre nosotras —le dijo Tashana—. A ti también te ayudaremos en lo que podamos, así que, si necesitas algo, no dudes en decírnoslo.

Stara asintió de nuevo.

—Entiendo. Y si está en mi mano ayudar a cualquiera de vosotras, lo haré —prometió—. Aunque no se me ocurre cómo.

De pronto, pensó en la magia. Era una baza que ella tenía y las demás no, hasta donde sabía. Sin embargo, no les hablaría de ello a menos que fuera necesario o que llegara a la conclusión de que podía ser útil para ellas. «Y aunque hasta ahora me han causado buena impresión, apenas las conozco. No les contaré ningún secreto hasta que sepa si puedo fiarme de ellas.»

—A decir verdad, lo máximo que podemos ofrecer en la mayoría de los casos es nuestra solidaridad —admitió Chiara—, pero hemos aprendido que la amistad y tener a alguien con quien hablar vale más que el oro. Tal vez más que la libertad, incluso.

«No estoy segura de que muchos esclavos estén de acuerdo con eso —pensó Stara—. Aun así, una vida sin amigos o familiares (familiares que te brinden su cariño y su apoyo, claro está) sería una existencia triste, por mucha riqueza o poder que uno tenga.»

Tashana empezó a hablarle a Stara de una amiga a la que habían ayudado. Se había mudado con su esposo al norte, a un lugar situado en los alrededores del desierto de ceniza. La conversación derivó hacia los viajes, y a Stara le sorprendió descubrir que todas las mujeres habían visitado regiones diferentes de Sachaka, y en su mayoría se habían trasladado a la ciudad después de casarse. Decidió que no sería peligroso reconocer que se había criado en parte en Elyne, y cuando lo hizo la bombardearon a preguntas sobre aquel país.

El coloquio cambiaba de tema y de tono; a veces era informativo, a veces triste, y con frecuencia gracioso. Cuando un esclavo apareció para anunciar que los hombres se marchaban, Stara se sintió desilusionada y cayó en la cuenta de que se estaba divirtiendo. «Y no solo porque me hacía mucha falta relacionarme con alguien. Creo que estas mujeres me caen bien. —Por ello, conocer sus problemas individuales le resultaba más doloroso. Cuando pensó en sus experiencias notó que la rabia crecía en su interior—. De verdad deseo ayudarlas, pero no tengo idea de cómo. Sé utilizar la magia, pero ¿de qué sirve eso aquí?»

La magia no podía sanar el cuerpo deshecho de Chiara, ni curar la enfermedad de Tashana. No podía impedir que el esposo de Sharina la maltratara, ni que el de Aranira deseara a otra mujer y se planteara la posibilidad de recurrir al asesinato. En aquel momento, la magia le parecía un lujo inútil y sin sentido.

«Pero serviría para disuadir a Kachiro de que me maltratara o intentara asesinarme si se sintiera inclinado a ello —pensó—. Me pregunto si podría enseñar magia a Sharina y Aranira...»

Siguió a las mujeres, que salieron juntas del salón, recorrieron los pasillos y llegaron a la sala de reuniones principal. Los hombres estaban de pie, riéndose de algo. Cuando las mujeres entraron, se separaron y se dirigieron hacia sus esposas o les hicieron señas de que se acercaran. Kachiro ciñó suavemente el talle de Stara con el brazo. Despedía un olor dulzón y alcohólico.

Cuando los hombres comenzaron a despedirse, ella hizo un esfuerzo por mantener la mirada baja. Lo que había oído acerca de los otros esposos la impulsaba a mirarlos. Entonces reparó en Chavori. Las mujeres no habían dicho nada sobre el joven, excepto que había regresado hacía poco de un viaje a las montañas y que si lo dejaban hablaba de ello durante horas. Stara advirtió que tenía aspecto de haber bebido demasiado. Incluso reclinado contra la pared parecía incapaz de mantener el equilibrio con facilidad.

Notó que Kachiro se rebullía.

—¿Qué opinas de nuestro joven amigo? —musitó.

—No he hablado con él.

—Pero es guapo, ¿no te parece?

Ella alzó la vista hacia Kachiro. ¿Aquello era un intento mal disimulado de poner a prueba su lealtad?

—Tal vez lo sería, si no estuviera borracho perdido.

Kachiro se rió.

—Tienes razón. —Miró a Chavori con los ojos entornados, como valorándolo y dando su aprobación—. No me molestaría que te resultara atractivo —añadió en voz muy tenue, y bajó la mirada de nuevo hacia ella.

Stara clavó los ojos en él. La expresión de Kachiro denotaba expectación y curiosidad. Y, si ella la estaba interpretando correctamente, esperanza.

—Jamás podría parecerme tan guapo como tú —le dijo.

Él ensanchó su sonrisa y se volvió al oír que Motara pronunciaba su nombre.

«¿Qué se trae entre manos? —se preguntó Stara—. ¿Me está poniendo a prueba, o busca una manera de que me quede embarazada? ¿Tiene algún motivo para evitar engendrar un niño?»

Reflexionó sobre ello durante las últimas despedidas, mientras recorrían la casa en dirección al carruaje y hasta que llegaron a casa. Durante el trayecto, no dejó de pensar en Vora, que iba agarrada a la parte posterior del vehículo. Se moría de ganas de comentarlo todo con la esclava. Cuando por fin consiguió apartarse de Kachiro y se retiró al dormitorio, todo lo que había planeado comunicarle a Vora brotó en un torrente de información desordenada.

—¡Un momento! —exclamó la anciana—. ¿Me estáis diciendo que os ha elegido un amante?

—No... exactamente. Solo ha dicho que no le molestaría que Chavori me resultara atractivo.

Vora asintió.

—Ah —murmuró y no dijo nada más.

—No parece sorprendida —observó Stara.

—He averiguado muchas cosas sobre los amigos de vuestro nuevo marido y sus esposas.

—¿Cosas como que el marido de Sharina la maltrata, y que el de Dashina siente debilidad por las esclavas de placer enfermas?

—Sí —asintió Vora—. Y no es ningún secreto entre los esclavos que Vikaro quiere librarse de Aranira. Tampoco son muy optimistas respecto a las posibilidades de Chiara de sobrevivir a este nuevo embarazo.

Stara asintió y movió afirmativamente la cabeza.

—Yo creía que mi situación era mala, pero me he dado cuenta de que otras mujeres sachakanas llevan vidas mucho peores.

—Aun así viven mejor que las esclavas —le recordó Vora, y desvió la vista—. Las condenan a ser utilizadas para el placer si son hermosas, las crían como animales si no lo son. Les quitan a sus hijos y los ponen a trabajar desde muy pequeños. A las niñas las matan si hay demasiadas. Las golpean, las azotan o las mutilan para castigarlas, sin hacer el menor esfuerzo por averiguar si son culpables o no. Las obligan a trabajar hasta morir de agotamiento... —Vora respiró hondo, exhaló y se enderezó, volviéndose de nuevo hacia Stara—. O, lo que es peor, la ofrecen como regalo de boda para que satisfaga los caprichos de la esposa de un mago que no tiene idea de los modales sachakanos ni de cuál es el lugar que le corresponde en la sociedad.

Stara hizo un ruido ordinario.

—Te gusta. Reconócelo. —Se quedó callada por un momento—. ¿Cómo tienes las manos? Espero que no te hayan picado demasiado.

Aunque Vora contrajo los labios, Stara notó que estaba contenta.

—Mis manos estarán un poco rígidas mañana. Para las picaduras tengo una pomada.

A pesar de todo, Vora no parecía muy dolorida. Sus movimientos parecían delatar una emoción contenida. Stara observó a la mujer, que se movía por la habitación con nerviosismo y eficiencia.

—Te veo muy satisfecha de ti misma hoy —comentó.

Vora se detuvo y alzó la vista, sorprendida.

—¿De veras?

Stara estudió la expresión de la mujer. ¿Era de sorpresa, o de consternación? No estaba segura.

Sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó—. Si mi esposo quiere que me acueste con el hermoso Chavori, ¿debo hacerlo?

Vora se quedó meditando. Cuando la anciana comenzó a enumerar en voz alta las posibilidades y sus consecuencias, Stara se sintió inesperadamente llena de afecto y gratitud.

«Algún día —pensó— la recompensaré por toda su ayuda. Todavía no sé muy bien cómo. Le concedería la libertad, pero no estoy segura de que ella la aceptara. Además, la necesito a mi lado.»

Sonrió. «Lo mejor que puedo hacer por el momento es tener en cuenta todos sus consejos, y tratarla lo menos posible como a una esclava.»

Jayan tenía la sensación de que habían estado dando vueltas en círculo. El día anterior había sido una repetición de tantos otros que lo habían precedido.

Las tropas se habían levantado al alba, habían hecho las bolsas y esperado mientras los líderes deliberaban. Entonces se había corrido la voz de que se retirarían hacia el sudeste, acercándose aún más a Imardin. Magos, aprendices y criados marcharon en dirección oeste hasta que llegaron al camino principal y siguieron adelante hacia Imardin, a un paso que parecía desesperantemente lento y a la vez inhumana y rápido. Lento, porque todos eran conscientes de que el ejército sachakano los seguía. Rápido, porque con cada paso que daban cedían más terreno al enemigo.

Cuando pasaban por un pueblo o una aldea, los habitantes salían a recibirlos, asombrados por el número de magos que visitaban su localidad, pero nerviosos por lo que podía significar su llegada. No siempre obedecían de buen grado las órdenes de abandonar sus hogares para huir del avance del ejército sachakano. La mayoría, sin embargo, comprendía la advertencia de que todo aquel que se quedara atrás no solo moriría, sino que contribuiría a aumentar la fuerza del enemigo. La gente había empezado a considerar la negativa a desalojar como un acto de traición tan abominable como regresar para robar en las casas abandonadas. En más de una ocasión, Jayan había visto a aldeanos perseguir a quienes se negaban a irse, atarlos y cargarlos en carretas.

Los magos alentaban a los aldeanos a reunir todos los alimentos y animales de granja que pudieran en un lapso muy breve para llevárselos consigo. No querían dejar al enemigo nada que ellos pudieran comerse o que les proporcionara energía mágica. «Y, lo que es más importante, necesitaremos provisiones para alimentar a los nuestros —pensó Jayan—. Los sachakanos no tienen que ocuparse de un grupo cada vez mayor de paisanos. Seguramente conseguirán rapiñar comida suficiente, pero no se lo pondremos fácil.»

Al oír un gemido ahogado, Jayan se volvió y miró a Mikken. Un destello de luz se reflejó en las comisuras de los ojos del aprendiz.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jayan.

Mikken alzó la vista hacia él.

—Sí. —Apretó los dientes y luego suspiró—. Acabamos de pasar por el lugar al que mi familia solía ir en verano cuando yo era pequeño. ¿Cuántos sitios más dejaremos que quemen y arrasen?

—Tantos como haga falta —replicó Jayan.

—No puedo evitar desear que el rey se diera prisa.

Jayan asintió en señal de que estaba de acuerdo. Dakon le había dicho que el ejército tendría que continuar su retirada hasta encontrarse con el rey, que se aproximaba en compañía de los últimos magos de Kyralia. Jayan suponía que tal vez seguían retirándose también con el fin de dar a los magos elyneos, que estaban desplazándose desde el norte para prestar su auxilio, tiempo suficiente para alcanzarlos.

Al mirar al frente, Jayan vio que Tessia cabalgaba junto a lord Dakon, como había hecho en los últimos días. Era de esperar: Dakon ya no tenía otro aprendiz. Un ligero estremecimiento de emoción recorrió a Jayan. «Ya soy un mago superior. Independiente, responsable de mi propia vida, libre de cobrar dinero por realizar tareas mágicas.

»Es una pena que tuviera que pasarme justo en medio de una guerra.»

Notaba un peso nuevo contra el pecho, por dentro del jubón. No tenía idea de dónde había encontrado Dakon el cuchillo decorado que había ofrecido a Jayan como parte de la ceremonia. Las armas como aquella, con una filigrana elaborada en la empuñadura, por lo general se hacían expresamente para el uso de los magos, pero ¿de dónde habría sacado Dakon a un artesano o el tiempo necesario para fabricarlo? ¿Lo llevaba consigo desde un principio, sabiendo que no tardaría en otorgar a Jayan su independencia?

Jayan meditó sobre la información que Dakon le había proporcionado. La magia superior había resultado sorprendentemente fácil de aprender en cuanto había renunciado a intentar entenderla a un nivel intelectual y consciente y sencillamente había intuido cómo se hacía. Sin embargo, necesitaría practicar para poder utilizarla de manera eficiente.

Mikken se había ofrecido voluntario como fuente para la lección de Dakon sobre magia superior. Jayan se alegró de que la fuente no fuera Tessia, pues la idea de tomar energía de ella lo incomodaba de un modo extraño. Por otro lado, también lo inquietaba tomar energía de Mikken. No le parecía bien menguar las fuerzas de personas que conocía, aunque esto no las afectara físicamente.

Cuando, más tarde, Mikken se había brindado a ser la fuente permanente de Jayan, este había tenido que vencer su fuerte renuencia a aceptar. Al principio, sospechaba que si no quería era por celos. Últimamente veía a Tessia charlar con Mikken a menudo y no podía evitar que flaqueara su determinación de no encariñarse demasiado con ella mientras Kyralia estuviera en guerra. Lo único que le impidió negarse fue saber que, como mago superior recién nombrado, era débil y vulnerable. Necesitaba incrementar su fuerza para poder luchar en la siguiente batalla contra los sachakanos.

Por otra parte, la mayoría de los magos del ejército necesitaba lo mismo. Más de la mitad había agotado su energía en el enfrentamiento con el enemigo. El único consuelo era que seguramente el enemigo también había consumido buena parte de su energía.

Si el resultado de la batalla siguiente dependía de la carrera de los dos ejércitos por reponer su fuerza, el bando kyraliano partía con ventaja. Al poner todas las posibles fuentes de energía fuera del alcance de los sachakanos, estaban impidiendo que el enemigo se recuperara.

«Pero nosotros no estamos en una posición mucho mejor. Ha hecho falta todo nuestro tiempo y nuestra capacidad de persuasión para convencer a la gente de que se vaya para que los sachakanos no tengan la menor oportunidad de extraer energía de ellos.» Ninguno de los magos quería reunir a todos los aldeanos para arrebatarles la energía por la fuerza. Jayan los oía murmurar constantemente que ya encontrarían tiempo para persuadir a la gente de que colaborara más tarde.

Atrajo su atención un jinete que pasó a galope y se detuvo junto a Werrin y Sabin, a la cabeza de la comitiva. Jayan reconoció en él a uno de los exploradores y vio que mantenían una conversación breve. A continuación, el jinete se llevó a su caballo de allí.

Observó cómo la información se transmitía por las filas. Uno por uno, los magos que cabalgaban delante de él se volvían hacia quien tuvieran detrás y movían los labios. Narvelan se dio la vuelta para hablar con Dakon. Entonces el caballo de Tessia se dirigió a un lado del camino y aflojó el paso. Ella se volvió y miró a Jayan.

«Basta», se dijo él cuando su corazón empezó a latir más deprisa.

—¿A qué viene esa mala cara? —preguntó ella mientras guiaba a su caballo para que avanzara junto al de él.

—No tengo mala cara —respondió él—, pero todos los demás sí. ¿Qué los ha alterado tanto?

Ella juntó las cejas y contempló la crin de su caballo con el ceño fruncido.

—Ha llegado la noticia de que otro grupo de sachakanos ha estado atacando aldeas en el noroeste. Tal vez se hayan dirigido al oeste para atajar a los elyneos, o quizá estén aprovechándose de que no se han evacuado los pueblos de los señoríos occidentales.

—Ah —dijo él. Abrió la boca para añadir algo, pero cayó en la cuenta de que solo se le ocurrían obviedades o palabrotas. El problema no era que Tessia no estuviera acostumbrada a las palabrotas, sino que él no iba a romper con el hábito de no soltarlas delante de mujeres solo porque ella estuviese habituada a ellas.

Avanzaron en silencio durante un rato.

—Lo siento —dijo ella al cabo—. Siempre se me olvida que debo llamarte «mago Jayan».

—A mí también —terció Mikken en voz baja.

Jayan miró de un lado a otro y sacudió la cabeza.

—No importa. Sois mis amigos. Preferiría que nada cambiara entre nosotros.

Tessia alzó la mirada hacia él, arqueando las cejas.

—¿En serio? ¿Nada?

—Sí.

—Estupendo. —Posó la vista en Mikken—. Supongo que eso significa que quiere seguir siendo tan maleducado e irritante como siempre.

Mikken se rió y, cuando Jayan lo fulminó con la mirada, se tapó la boca.

Jayan se volvió hacia ella.

—Si he sido maleducado, te pido disculpas. Creo que, en calidad de mago superior, tengo la obligación de... —Se interrumpió. Los ojos de Tessia centelleaban, llenos de humor y expectación. Jayan se relajó y dejó que sus labios se curvaran en una sonrisa pesarosa—. Sí, prometo ser tan maleducado e irritante como siempre.

Ella se sorbió la nariz, desilusionada.

—Se suponía que debías prometerme que no serías maleducado ni irritante.

—Lo sé.

—Pfff. —Espoleó a su caballo para dejar atrás a Jayan y a Mikken y volver al lado de Dakon.

—Los dos os comportáis como viejos amigos, o como hermanos —comentó Mikken, y agregó—: mago Jayan.

Jayan pugnó por no torcer el gesto. «Pues no quiero que seamos ni una cosa ni la otra. ¡Maldita guerra!» Suspirando, fijó la vista con determinación en el camino que tenía delante.

Hacia el final del día, los informes sobre la distancia entre el ejército y el rey se volvieron más frecuentes. Al principio ambos contingentes avanzaban por el camino, reduciendo el espacio que los separaba a un ritmo constante. Entonces recibieron la noticia de que el rey había acampado a las afueras de Puente frío y esperaría a que ellos llegaran. Dakon no pudo evitar exasperarse al enterarse de que el rey iba a ceder más terreno a los sachakanos, seguramente por la comodidad de tener una ciudad cerca que pudiera satisfacer las necesidades del ejército.

Pero tenía sentido. Los criados estaban agotados. Varios habían caído enfermos y tenían que transportarlos en carreta. Como la mejor comida estaba reservada para los magos, algunos de los criados habían comido carne que conservaban mucho tiempo después de la matanza. Dos habían muerto, sin que los sanadores del gremio o Tessia pudieran ayudarlos.

—Su organismo expulsa toda el agua y los alimentos que les damos sin asimilarlos —había explicado ella—. Veremos más casos como estos si la comida empieza a escasear.

Era increíble que ella pudiera arreglar una lesión de espalda y en cambio fuera incapaz de curar un simple desarreglo de los intestinos que causaba la muerte. Sin embargo, Refán tenía la ventaja de que la magia le confería una mayor capacidad de recuperación. La descripción de Tessia de cómo había notado que la magia reparaba el cuerpo de Refán le había parecido fascinante a Dakon. Confirmaba lo que todos los magos creían desde hacía tiempo pese a que no tenían más pruebas que su longevidad, la rapidez con que sanaban y su resistencia a la enfermedad.

Un murmullo que se levantó entre los magos y aprendices que lo rodeaban lo arrancó de sus pensamientos. Miró al frente y vio la causa de los comentarios. Más adelante había un pueblo, casas que salpicaban ambos lados del camino.

Puente frío. Delante de la población se divisaban varias hileras de tiendas de campaña y carros, con figuras diminutas que pululaban en el espacio que había entre ellas. «El rey y el resto de los magos kyalianos —pensó Dakon—, que aumentarán nuestros efectivos a poco más de cien.»

En el centro, a un lado del camino, se alzaba una tienda grande rayada con los colores de la familia del rey. Ya empezaba a formarse una multitud alrededor de la tienda, sin duda debido a la expectación por la llegada del ejército.

Las tropas apretaron el paso, y las voces que Dakon oía en torno a sí aumentaron de volumen. Echó un vistazo en derredor y reparó en la emoción y el alivio que reflejaban los rostros tanto de los aprendices como de los magos. No obstante, Tessia tenía el entrecejo fruncido.

—¿Qué te preocupa, Tessia? —le preguntó.

Ella alzó la vista hacia él.

—No estoy segura. Cada vez que se incorporan a nuestras filas magos nuevos, tenemos que enseñarles muchas cosas. No solo el método de Arda len; también hay que explicarles que no deben alejarse del grupo, o quién está al mando. ¿Disponemos de tiempo para todo eso esta vez?

Dakon dirigió la mirada hacia las tiendas que tenían delante y reflexionó.

—Puede que tengamos que ceder más terreno para ganar el tiempo que necesitamos.

Ella asintió.

—Hay otra cosa que me tiene inquieta.

—¿Sí?

—Lord Arda len nos enseñó cómo trasvasar energía a otro mago. Él murió en el paso. ¿Es posible que los sachakanos que lo mataron tuvieran la oportunidad de leerle la mente y descubrieran el truco?

Dakon sacudió la cabeza.

—Mikken dijo que su maestro murió al instante, en cuanto su escudo quedó neutralizado.

Tessia torció el gesto.

—Supongo que debemos estar agradecidos por ello.

Él suspiró.

—Sí, supongo que sí. Aunque... no sé si un sachakano hubiera prestado demasiada atención a eso, de todos modos. No habría entendido la importancia de lo que estaba viendo, pues en ese entonces todavía no habíamos luchado con ellos en un enfrentamiento directo. En cambio, estoy seguro de que si capturaran a un mago kyaliano ahora, le registrarían la mente a conciencia.

—Entonces esperemos que no tengan ocasión de hacerlo.

La cabeza de la columna había llegado a la orilla del prado en que se había montado el campamento. Todos guardaron silencio cuando los líderes del ejército se acercaron a la tienda del rey. Dakon vio que tres hombres aguardaban en fila. Reconoció al joven de en medio. Quienes flanqueaban al rey Errik eran magos que le doblaban la edad y estaban considerados dos de los hombres más poderosos y ricos de Kyalia.

Werrin y Sabin hicieron señas para que el ejército se detuviera a varios pasos del rey. La larga columna se ensanchó poco a poco conforme los magos y aprendices se agolpaban ante la tienda. Cuando el movimiento cesó y los sonidos se apagaron, Werrin y Sabin descabalgaron e hicieron una reverencia, y el resto de las tropas siguió su ejemplo.

—Lord Werrin —dijo el rey Errik, plantándose ante ellos—. Mago Sabin. Mis fieles amigos y veros. Me alegro de volver a los brazos de los demás magos de Kyralia. Habéis arriesgado la vida para hacer frente a nuestro enemigo, acudiendo con presteza y valor en auxilio de nuestro país. Aunque hemos perdido la primera batalla, estamos muy lejos de la derrota. Han venido conmigo los demás magos de Kyralia, salvo los que están demasiado débiles para cabalgar y luchar. Ahora formamos un solo ejército, y como tal debemos prepararnos para combatir contra el enemigo con todas nuestras fuerzas. Contamos con la ayuda de magos procedentes de otras tierras. —Se volvió y señaló con un gesto a cinco hombres que se encontraban cerca. Dakon advirtió, para su sorpresa, que dos eran lanianos altos y cubiertos de tatuajes, y los otros tres pertenecían a la menos imponente raza vindeana. Entre unos y otros estaba el mago Genfel, visiblemente satisfecho de sí mismo.

El rey había hecho una pausa, y su expresión se tornó más adusta conforme escrutaba los rostros de los recién llegados.

—No hay tiempo que perder. Los líderes que se reúnan conmigo para discutir nuestra estrategia. Los demás podéis descansar, comer y acampar para pasar la noche. Para mañana habremos decidido cuál será nuestro siguiente paso.

Cuando el monarca se volvió de nuevo hacia Sabin, las tropas se rebulleron y comenzaron a dispersarse. Dakon miró a Tessia.

—El deber me llama otra vez —dijo.

Ella curvó la comisura de la boca en una media sonrisa.

—Cuento con que me presentéis un informe detallado más tarde, lord Dakon —dijo en tono altanero antes de espolear a su caballo para seguir a la multitud.

Él rió por lo bajo, cabalgó hasta donde estaba el caballo de Werrin, se apeó y entregó las riendas a un criado que lo esperaba. Narvelan ya estaba rondando por allí. Dakon se acercó al joven mago.

—Esos son lord Perkin y lord Innali —carraspeó Narvelan.

Dakon miró a los dos hombres mayores que antes se encontraban a los lados del rey.

—¿Los patriarcas no oficiales de Kyralia? —Se encogió de hombros—. Tenían que sacar la cabeza tarde o temprano. Y dudo mucho que vayan a quedar excluidos de esta reunión.

—Supongo que no —dijo Narvelan, con voz débil a causa de la resignación.

—No dejes que te intimiden —le dijo Dakon—. Puede que tengan más dinero y un linaje que se remonta a los tiempos anteriores a la ocupación sachakana, pero ni una cosa ni la otra sirven para nada en una batalla. Tú has combatido y matado sachakanos. Eso te hace mucho más digno de admiración que un par de viejos que solo pueden presumir de apellido.

—Supongo que tienes razón —dijo Narvelan, y suspiró—. Casi desearía que las cosas fueran de otro modo. Aunque la segunda vez resultó más fácil. Y la tercera.

Dakon miró a su amigo con el ceño arrugado.

—¿Qué resultó más fácil?

—Matar sachakanos. —Narvelan posó la vista en Dakon, nervioso—. No sé si sentirme aliviado o preocupado por el hecho de que me resulte cada vez más fácil.

—Siéntete aliviado —le aconsejó Dakon—. Si todo va bien, mataremos muchos más sachakanos. Y si no, dudo que tengamos la oportunidad de cavilar sobre si resultó fácil o no. Ah, tenemos que entrar.

El rey, Werrin y Sabin se dirigían hacia la tienda. Dakon vio que los otros asesores militares los seguían despacio. El rey hizo una seña a los dos patriarcas, que se adelantaron con grandes zancadas para entrar tras él. Dakon, Narvelan y los demás pasaron al interior después.

Había unas sillas de madera dispuestas en círculo. El rey ocupó la más grande y elaborada, y los otros se sentaron en las demás. El mago Genfel presentó a los magos vindeanos y lanianos.

—He oído algunos informes de la primera batalla —dijo Errik—, pero no un relato pormenorizado. —Miró a Sabin—. Describemelo.

Sabin obedeció, y a Dakon le sorprendió todo lo que el líder del ejército había pasado por alto. Sabin había centrado su atención en atacar al enemigo, y contaba con que los que lo rodeaban lo informaran de la situación del resto del ejército kyaliano.

«Es otra ventaja de nuestros nuevos métodos de combate —pensó Dakon—. Él no tuvo que dividir su atención. El inconveniente es esta falta de una visión general.»

Sabin pidió a Werrin que refiriera los detalles que a él se le hubieran escapado. Al cabo de un rato, el rey los interrumpió.

—Esta estrategia de luchar en grupos determinó en gran parte lo que pudisteis hacer. Contadme más.

Dakon sonrió mientras Werrin relataba cómo Ardalen les enseñó el truco mágico para ceder energía a otro, y enumeraba los pros y los contras del método. A continuación, explicó cómo unas partidas de Kyrima en que los aprendices hacían las veces de piezas y utilizaban solo azotes de luz les habían inspirado la idea de combatir en grupos en los que a un mago se le encomendaba la tarea de lanzar azotes, y a otro la de generar un escudo, a fin de concentrar la energía.

En aquel momento llegó un mensaje para el rey, y los criados sirvieron comida y bebida. El monarca regresó poco después, con expresión sombría.

—Los sachakanos han tomado Calia —anunció—, aunque no han sembrado tanta destrucción como en otros lugares.

Dakon sacudió la cabeza. Calia era una ciudad importante y próspera gracias a su ubicación cercana a la intersección de dos caminos principales.

—No quieren malgastar su energía —dijo Innali—. Por suerte no queda gente de quien puedan extraer más.

El rey frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué me han llegado noticias de que hay cadáveres?

Werrin suspiró.

—Siempre hay algunos que se niegan a marcharse, que se esconden para que no se los lleven contra su voluntad. Algunos incluso eluden al ejército y regresan a su casa.

—¿Por qué? —preguntó Innali—. ¿No son conscientes del peligro?

—Unos sí, otros no. Creen que pueden ocultarse de los sachakanos, y algunos lo consiguen. Consideran más importante proteger sus pertenencias de los ladrones, cuando no son ellos mismos quienes tienen la intención de robar.

Innali torció el gesto.

—El enemigo no los mantiene con vida para seguir utilizándolos como fuente —añadió Sabin—, así que son un recurso limitado para ellos. —Se volvió hacia el rey—. Los sachakanos cuentan con sus esclavos, pero nosotros contamos con la gente de Kyralia. Si ellos están dispuestos a colaborar, pueden ser nuestro mejor recurso.

—Pero son un recurso que no hemos estado aprovechando —señaló Werrin—. Bastante nos ha costado conseguir que los habitantes de los pueblos y las aldeas abandonen sus hogares, dándoles la oportunidad de reunir los alimentos y los objetos que puedan. No hemos tenido tiempo de convencer a ninguno de ellos de que nos deje extraer su fuerza mágica.

Lord Perkin sacudió la cabeza.

—Además, no podemos extraer energía de las personas de Kyralia porque ya no están aquí. En cambio, están llegando a Imardin a raudales. Las provisiones que llevan consigo no durarán mucho, y la mayoría no tiene un techo bajo el que dormir. Pronto empezarán a morir a causa del hambre y las enfermedades.

El rey juntó las cejas.

—Si los sachakanos decidieran hacerlo, podrían llegar aquí a caballo en cuestión de horas. Los pueblos y aldeas que median entre Imardin y Puentefrío aún no han sido evacuados y, como habéis dicho, eso llevaría tiempo. Más de lo habitual en este caso, pues no solo albergan a sus habitantes, sino también a aquellos que han decidido alojarse en dichas aldeas en vez de viajar hasta Imardin. No soy partidario de ceder más terreno.

»Por otro lado, me han informado de otro grupo de sachakanos, en el noroeste, que se dirige hacia aquí —prosiguió—. Si esperamos demasiado, tal vez se unan al grueso de su ejército. ¿Somos lo bastante fuertes para enfrentarnos a los sachakanos ahora, esta misma noche?

Los magos se miraron entre sí.

—Recapitemos —dijo Sabin—. Después de la batalla, más de la mitad de nosotros había agotado su energía, y la de los demás había menguado en cierta medida. Cada uno de nosotros ha absorbido de su aprendiz o criado la energía de un día. Mañana, habremos absorbido la de dos. Por otra parte, contamos con más de treinta magos que aún no han consumido energía en combate. En total somos más de cien.

»No tenemos idea del grado de agotamiento de los sachakanos después de la batalla, pero matamos a doce de ellos y podemos suponer que varios más quedaron al límite de sus fuerzas. Tienen más esclavos por cabeza que nosotros aprendices o sirvientes. Han estado extrayendo energía de las personas que cometieron la insensatez de no apartarse de su camino. Hasta donde sabemos, no han recibido refuerzos ni aliados nuevos. Son cerca de cincuenta.

—Me da la impresión de que partimos con ventaja —dijo el rey.

Sabin asintió.

—Así es.

El rey movió la cabeza afirmativamente. Cuando adoptó una expresión de determinación, Dakon se aclaró la garganta. Había una cuestión que habían pasado por alto y que había que abordar antes de que el nuevo ejército se lanzara precipitadamente a la batalla.

—Hay otro asunto que deberíamos tratar, majestad. Necesitamos tiempo para adiestrar al resto del ejército en nuestros métodos nuevos.

El rey clavó en él una mirada directa y retadora.

—¿Cuánto nos llevará eso?

—Un día, por lo menos —respondió Sabin.

—Que es más de lo que debería habernos llevado —agregó Dakon—. Muy pocos de nuestros hombres se han ofrecido voluntarios para entrenar a los recién llegados. —Se encogió de hombros—. Disponíamos del lujo del tiempo.

El rey se volvió hacia Werrin.

—Estoy seguro de que podría hacerse más deprisa —dijo Werrin— si todos estuvieran dispuestos a impartir clases. Tal vez unas horas.

El rey posó la vista en Sabin.

—¿Vale la pena privar de sueño a varios magos por ello? —preguntó con una sonrisa irónica.

Sabin asintió.

—Aunque perdimos la última batalla, el valor del regalo de Ardalen quedó demostrado. Aunque éramos más débiles, no murió uno solo de nosotros. Si hubiéramos luchado como solíamos, como luchan ellos, todos los que agotaron su energía habrían perecido. No habríamos perdido a una o dos docenas de magos, sino a la mitad de nuestros efectivos. Sobrevivimos para volver a fortalecernos. Para volver a luchar. Merece la pena renunciar a algunas horas de sueño por ello.

Errik asintió y acto seguido suspiró y miró a Perkin.

—Reunid a todos los que necesiten instrucción. —Miró a Dakon—. Vos tendréis que ocuparos de la tarea poco envidiable de despertar a algunos voluntarios.

Dakon inclinó la cabeza.

—Quisiera hacer petición —dijo uno de los magos vindeanos en un kyraliano vacilante.

El rey se volvió hacia él.

—¿Sí, Varno? ¿De qué se trata?

—¿Se nos permitiría a mi compañero vindeano y a mí aprender magia nueva?

Errick hizo una pausa y fijó la vista en Sabin.

—Debo consultar a mis asesores, desde luego...

—Podemos hacer intercambio —dijo Varno con una sonrisa. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y extrajo un objeto pequeño. Dakon vio que era un anillo, una sencilla alianza de oro con una cuenta roja lisa engastada. Todos la contemplaron con curiosidad y extrañeza.

«¿De verdad pretende comprar el conocimiento con esta joya tan insignificante?», se preguntó Dakon.

—Se llama gema de sangre —explicó Varno—. No es piedra; es vidrio mezclado con sangre de rey vindeano. Le permite acceder a mente del portador. —Sonrió

de nuevo—. Viene muy bien cuando barcos comercian lejos.

Esta revelación suscitó un murmullo de sorpresa en torno a la mesa.

—He consultado con él hace poco si podía decíroslo —añadió Varno.

—Comunicación mental —dijo Sabin—, pero sin que otros puedan oírla.

—Sí —respondió Varno—. Mi pueblo conoce secreto de su elaboración desde hace muchos, muchos cientos de años.

—Comunicación en batalla, sin que el enemigo intercepte o adivine tus señales —jadeó Narvelan.

El rey miró a Varno.

—¿Cuánto tardaríais en enseñarnos a fabricar esto?

El vindeano extendió las manos a los lados.

—Unos momentos, nada más.

Errik sonrió.

—Entonces, trato hecho. Creo que la manera más rápida de hacerlo es que vuestros acompañantes asistan con lord Dakon a la clase sobre el método de Ardalen y os instruyan luego, y que mientras tanto vos vengáis conmigo y me enseñéis a elaborar estas gemas de sangre.

Varno asintió enérgicamente con la cabeza.

—Es lo más rápido.

El rey se puso en pie e indicó a los demás que se levantaran también.

—Aparte del mago Sabin, Werrin y Varno, que deben acompañarme, todos debéis seguir las instrucciones de lord Dakon. —Dakon advirtió que los dos magos lanianos intercambiaban una mirada de incertidumbre. Sabin se inclinó hacia el rey para susurrarle algo, y el monarca volvió la mirada hacia los dos, con aire pensativo—. Vuestra ayuda y el hecho de que estéis dispuestos a arriesgar la vida por el bien de nuestro país es un pago más que suficiente —dijo en voz baja—. Id con lord Dakon.

Cuando el rey y sus acompañantes se marcharon, los que quedaban miraron a Dakon con expectación. Por unos instantes, se dio cuenta de que se había quedado sin habla. Tras recuperarse de la sorpresa, forzó una sonrisa y comenzó a darles instrucciones. Lo alivió ver que los magos asentían. Poco después, todos salían de la tienda, concentrados en la tarea que tenían entre manos.

Cuando Hanara abrió los ojos de nuevo, no notó ningún cambio al principio. Todavía estaba oscuro. Él seguía tendido junto a la entrada de la tienda de Takado. Su amo aún estaba en el catre del medio, roncando ligeramente. Hanara se incorporó ayudándose con los brazos y echó una ojeada al exterior. Las tres figuras de los otros esclavos seguían en el mismo lugar que antes de que él se durmiera, en unas mantas extendidas sobre el suelo, al aire libre. Hanara sabía que había dormido, pero ¿cuánto tiempo?

De pronto se percató de que alguien gritaba a lo lejos, aunque lo bastante cerca para que él pudiera entender las palabras.

—¡Despertad! ¡Vienen los kyalianos! ¡Nos atacan!

Sonidos apagados de gente que se movía y voces de protesta surgieron de otras tiendas. Entonces Hanara oyó un gruñido bajo detrás de sí. Apartó la vista de la entrada de la tienda y se acercó a Takado.

—Amo —dijo en voz baja pero apremiante—. Nos atacan, o están a punto. No sé si es una trampa o no. ¿Queréis que vaya a averiguarlo?

Takado juntó las cejas y se incorporó de golpe.

—No. —Cerró los ojos con fuerza y se frotó la cara—. Tráeme algo de beber.

Hanara corrió hacia un arca pequeña que Takado se había llevado de uno de los pueblos. Encima había una botella medio vacía, una jarra de oro y una copa a juego.

—¿Agua o vino?

—Vino —espetó Takado—. No..., agua. —Sacudió la cabeza—. Tráeme las dos cosas. Deprisa.

Hanara cogió la botella y la jarra y se las acercó a Takado. Este bebió primero de la botella, luego de la jarra, y se echó agua en la cara. Devolvió bruscamente la botella y la jarra a Hanara, se dirigió hacia la salida de la tienda y desapareció.

Hanara aprovechó la ocasión para beber un poco de agua. Sabía a cieno. Pensó en probar con el vino pero decidió no hacerlo. Necesitaría tener la cabeza despejada para servir eficientemente a su amo en la batalla, en caso necesario. Pero ¿qué debía hacer a continuación? «Si los kyalianos se disponen a atacar, él seguramente querrá absorber toda la energía posible, así que más vale que despierte a los demás. —Hanara se sentía sorprendentemente tranquilo cuando salió de la tienda y dio unos golpecitos a los esclavos para despertarlos. Cuando empezó a explicarles la situación, los esclavos recorrieron el campamento con la vista, nerviosos—. No tienen lo mismo que yo —pensó Hanara, sonriendo—. Una vida entera al servicio de Takado ha inculcado en mí el sentimiento de que da igual si muero esta noche. Tal vez por eso estoy sereno.»

Sin embargo las dudas comenzaron a asaltarlo de nuevo, como la noche siguiente a la batalla, cuando Takado había desaparecido con Asara y Dachido y había regresado con caballos nuevos, pero con un humor pésimo. Hanara no sabía qué había enfurecido tanto a Takado, pero su amo no había recobrado la confianza ni la buena disposición. A lo largo del día siguiente, Takado había extraído magia de sus cuatro esclavos dos o tres veces y había dado caza a los kyalianos lo bastante tontos para cruzarse en su camino con una ferocidad aterradora. Incluso había perseguido animales domésticos.

«Al menos cenamos bien anoche.»

Takado había recuperado su seguridad en sí mismo cuando, al atardecer, veinte sachakanos a caballo habían llegado a Calia para unirse al ejército. Habían estado preparándose para la batalla rondando por el noroeste de Kyalia, atacando pueblos y aldeas. Sin embargo, traían consigo noticias de un grupo de magos elyneos que

se dirigían hacia el sur para incorporarse a las filas kyalianas. Takado había empezado a sus tropas y había partido con los exploradores de Nomako le habían informado de que los efectivos kyalianos habían aumentado y los elyneos tardarían un día más en llegar. Nomako, que quería obtener más información y debatir las tácticas, había amenazado con retirar su ayuda. En vez de enzarzarse en una discusión, Takado había dicho que ya hablarían de ello por la mañana y se había marchado a su tienda.

Tras cabalgar durante unas horas, sin embargo, había ordenado al ejército que se detuviera y montara el campamento. Los exploradores de Nomako le habían informado de que los efectivos kyalianos habían aumentado y los elyneos tardarían un día más en llegar. Nomako, que quería obtener más información y debatir las tácticas, había amenazado con retirar su ayuda. En vez de enzarzarse en una discusión, Takado había dicho que ya hablarían de ello por la mañana y se había marchado a su tienda.

Aún no había amanecido. Hanara calculó que faltaban varias horas para el amanecer. No obstante, el campamento era un hervidero de actividad. Los magos iban y venían con paso decidido o estaban reunidos en grupos en los que se palpaba la tensión. Los esclavos corrían de un lado a otro. Hanara vio que Takado hablaba con Asara y Dachido. Nomako se acercó a ellos y apuntó hacia el sur. Takado volvió la vista en esa dirección, dijo algo, giró sobre sus talones y echó a andar hacia Hanara. Este, al reconocer la mirada de su amo, se postró de rodillas y le ofreció sus muñecas. El cuchillo de Takado destelló en su mano.

El trasvase de energía fue rápido y dejó a Hanara mareado. Vio que los otros esclavos se tambaleaban tras soportar el ritual. Entonces Takado bramó el nombre de Hanara y se alejó dando grandes zancadas.

Mientras lo seguía a toda prisa, Hanara tendió la mirada más allá del campamento y lo que vio le aceleró el corazón. Una sombra alargada se extendía por el extremo sur del prado. Una franja oscura de movimiento se acercaba a un ritmo constante, como impulsada por un viento que él solo percibía en su imaginación. El gajo de luna que se ocultaba entre los árboles solo le permitía entrever de forma intermitente la aproximación de los kyalianos.

«Rostros blancos en la oscuridad —pensó—. Su aspecto es el mismo que debían de tener las tribus bárbaras de la antigüedad, pero se han vuelto astutos y fuertes.»

Como en una pesadilla, sentía los pies pesados y torpes mientras caminaba hacia ellos, pero se obligó a sí mismo a seguir a Takado. Los recuerdos de los esclavos alcanzados por azotes perdidos se colaron en su mente, pese a sus esfuerzos por ahuyentarlos. «Permaneceré cerca de Takado, agachado. Mientras él resista, yo estaré a salvo. Si fracasa, preferiré estar muerto, de todos modos.»

¿De verdad lo preferiría? Una vez más le entraron dudas traicioneras. Las dejó a un lado.

Alrededor de él, magos sachakanos con sus esclavos avanzaban rápidamente. Cuando su amo se detuvo, formaron una fila que se extendía hacia los dos lados de Takado. Asara y Dachido, en vez de permanecer entre su gente, tomaron posiciones junto a él, para demostrar a Nomako quién era para ellos el líder del ejército.

Un globo de luz se encendió muy por encima de la cabeza de Takado, iluminando los rostros pálidos de los kyalianos. Hanara advirtió que habían interrumpido su avance. Se dividieron de nuevo en grupos de cinco o seis magos. Muchos, muchos más grupos de los que había en la última batalla.

—¿Habéis venido a rendiros? —gritó Takado.

—No —respondió una voz—. Hemos venido a aceptar vuestra rendición, ashaki Takado, aunque me imagino que necesitaréis un poco de persuasión.

Todos los ojos se posaron en un joven que se separó de un grupo de magos situados cerca del centro de la fila kyaliana.

Takado estalló en carcajadas.

—¡Rey Errik! El ratoncillo en persona ha venido correteando desde su castillo para lanzarnos sus chillidos, que es más o menos lo único que puede aportar en un combate. —Takado miró a sus compatriotas de ambos lados—. O eso me han dicho.

—Tengo mucho que aportar —repuso el rey. Como si imitara a Takado, paseó la vista a lo largo de la fila de magos kyalianos—. Tengo a mi gente. Tengo magos, unidos por sus conocimientos y su fuerza. Tengo a gente normal y corriente, dispuesta a defender a su país por todos los medios...

—Magos que ya te fallaron una vez —dijo Takado— y volverán a fallarte.

El rey kyaliano sonrió.

—¿Cuántos de tus aliados murieron en la última batalla?

Takado se encogió de hombros.

—Solo un puñado. Nada comparado con los que mataremos hoy para vengarnos. No estaría mal que tú fueras el primero.

Un resplandor acompañado de un chisporroteo surgió de él. Estalló justo delante del rey, que se tambaleó hacia atrás. Hanara vio que un mago se acercaba a su soberano para ayudarlo a recobrar el equilibrio, y acto seguido unos destellos encrespados el aire entre los sachakanos y los kyalianos.

Hanara se arrojó al suelo y se estremeció mientras la magia abrasaba de nuevo el espacio entre los dos ejércitos. Echó un vistazo a través de los restos de las plantas pisoteadas y no del todo crecidas que alguien había sembrado en aquel campo. Intentaba estar atento por si Takado le hacía alguna señal, pero no podía evitar que los ojos se le fueran hacia ambos lados, pues temía el momento en que cayera el primer sachakano.

Ocurrió mucho antes que en el enfrentamiento anterior. Hanara se estremeció y notó que el corazón le daba un vuelco cuando un mago que se encontraba a solo veinte pasos largos de él estalló en llamas. Sintió el calor y se encogió cuando oyó los alaridos. Unos esclavos corrieron hacia allí para apagar el fuego, pero el mago se quedó quieto y no volvió a levantarse. Hanara oyó los lamentos de los esclavos aterrorizados que se habían dado cuenta de que se habían quedado sin amo y sin protección.

Cuando cayó el siguiente mago, Takado soltó una exclamación de disgusto.

—¿Qué tiene que pasar para que confiemos unos en otros? —farfulló—. Haced lo mismo que ellos —rugió—. Protegeos unos a otros.

Al dirigir la vista hacia el final de la fila de magos, Hanara vio que uno retrocedía un paso y luego miraba a sus dos vecinos, indeciso. A continuación, un azote golpeó su escudo y lo hizo caer de rodillas. Se arrastró de inmediato para resguardarse detrás del mago de su izquierda y se puso en pie, visiblemente incómodo pero aliviado.

Uno tras otro, varios magos comenzaron a parapetarse detrás de su vecino o a morir antes de conseguirlo. Hanara se descorazonaba cada vez más conforme más magos perecían o se apartaban de la lucha, y le entraron náuseas a causa del terror. «¿Cómo vamos a ganar a este paso?» De pronto, resonó un grito triunfal. Hanara se alzó apoyándose sobre los codos y vio que uno de los grupos kyalianos se había desintegrado. Dos cadáveres yacían en el suelo, y tres magos se alejaban a toda velocidad. Uno de ellos sufrió una convulsión mientras corría y se desplomó. Los otros dos desaparecieron detrás de la línea enemiga.

Hanara comenzó a observar a los kyalianos con atención, negándose a mirar cuando caía uno de los suyos. Takado soltó una carcajada cuando uno de los

enemigos empezó a gritar de dolor, con el rostro ennegrecido y la ropa ardiendo. Todos los magos que rodeaban a la víctima menos a la salieron a la desbandada, en busca de la protección de otros grupos. El mago que no había huido intentó llevarse a rastras al que se estaba quemando, pero ambos fueron derribados y se quedaron inertes en el suelo.

Hanara buscó al rey enemigo y lo localizó en otro grupo, oteando las dos filas con el entrecejo fruncido mientras otro mago le hablaba atropelladamente.

«Les preocupa estar perdiendo —pensó Hanara, animándose—. Intentarán retirarse de nuevo, pero esta vez Takado no los dejará marchar. Los perseguirá hasta cazarlos.»

Un sonido cercano amenazó con distraerlo. Con el rabillo del ojo vislumbró a alguien que se acercaba a gatas. Seguro que no era más que un esclavo. Resistió la tentación de volverse.

—¿Hanara? ¿Te llamas Hanara?

Irritado, miró rápidamente hacia atrás. Era uno de los esclavos de Nomako. Hanara hizo una mueca.

—Sí, ¿por qué?

—Un mensaje. Para Takado. Pide que Takado se retire. Los hombres de Nomako están al borde del agotamiento.

Hanara asintió.

—Se lo diré.

Mientras el otro esclavo gateaba hacia atrás, Hanara se dirigió cautelosamente hacia delante, salvando despacio la distancia que lo separaba de Takado.

—Amo —lo llamó—. Amo Takado.

Esperó, pero Takado estaba rígido por la concentración. Hanara lo llamó de nuevo, por si no lo había oído.

—¿Qué pasa? —respondió Takado bruscamente.

Hanara repitió lo que le había dicho el esclavo.

Takado frunció el ceño, pero permaneció callado.

—Mi gente nos hace la señal de que se están cansando —informó Asara al cabo de un momento.

—Pero los kyalianos también, creo —dijo Dachido.

—Sí —convino Takado—. Nuestras fuerzas están demasiado igualadas.

—Da igual que esos elyneos estén a una hora o a media jornada de aquí —dijo Asara—. Aunque ganemos aquí, nos encontrarán agotados y no les costará mucho rematarlos.

Takado soltó un gruñido bajo.

—Si nos encuentran.

—Fíjate en sus caras —dijo Dachido, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los kyalianos—. Están preocupados. O saben que los elyneos llegarán demasiado tarde para salvarlos, o no se han enterado aún de que los elyneos están cerca. Que sean ellos quienes se retiren.

Takado se enderezó.

—Solo tenemos que engañarlos. Intimidarlos. —Sonrió—. Cuando veáis que a otro grupo le flaquean las fuerzas, descargad toda vuestra energía contra ellos para que no tengan ocasión de buscar refugio.

Los tres aliados guardaron silencio. Hanara escudriñó la línea enemiga, en busca de grupos que dieran señales de estar agotando su energía combinada. Reparó en un grupo que no parecía estar lanzando azotes.

—Ese con el mago alto al frente —dijo en voz lo bastante alta para que su amo lo oyera—. ¿Están atacando, o solo se escudan?

Takado miró en la dirección correcta.

—Ajá —dijo—. Tenemos nuestro objetivo. —Proyectó un rayo luminoso hacia el mago alto y su grupo. Estalló contra un escudo.

Hanara vio que el hombre se volvía para ver quién los había atacado y se ponía lívido de terror.

Un instante después, una ráfaga de azotes mágicos cayó sobre los cinco magos del grupo. No sobrevivió uno solo.

Hanara observó cómo el espanto asomaba a los rostros de los kyalianos conforme se percataban de lo que había sucedido. Se dio cuenta de que estaba riendo, y lo invadió una oleada de odio hacia sí mismo, seguida por un orgullo contradictorio. «He localizado el objetivo. Takado no lo olvidará.»

De pronto, toda su satisfacción se desvaneció cuando cayeron varios sachakanos, uno detrás de otro. Cuando dirigió la vista hacia los atacantes, vio que cinco magos se separaban tranquilamente para colocarse detrás de los grupos vecinos.

«Han descargado la energía que les quedaba deliberadamente, para poder ocultarse antes de que alguien pudiera matarlos. —No pudo evitar admirarlos por ello—. Esta actitud fría y calculadora es lo que los hace más temibles de lo que deberían ser.»

Ahora los kyalianos estaban reunidos en grupos de entre diez y quince magos. Hanara oyó que los magos del grupo del rey gritaban órdenes, y los grupos más reducidos se acercaron entre sí para formar cinco grupos más grandes.

Pero no se batieron en retirada.

Hanara alzó la vista hacia Takado. Su amo tenía los dientes apretados en una mueca. Hanara esperó que nadie aparte de Asara y Dachido pudiera verlo. Tal vez de lejos parecía una sonrisa. Cayeron dos magos más, uno a cada lado.

Entonces los kyalianos empezaron a retroceder.

—¡Por fin! —exclamó Takado entusiasmado.

—¿Los perseguimos ya? —preguntó Asara.

—Todavía no —dijo Takado—. Debemos esperar a que se dividan en grupos más pequeños.

—Pero si no lo están haciendo.

En efecto, los kyralianos se replegaban de forma ordenada, protegidos por aquellos que todavía conservaban la energía suficiente para escudar al resto del ejército. Takado emitió un murmullo, pensativo.

—Seguramente se mantendrán así hasta que lleguen al lugar donde hayan dejado a sus caballos. Puede que esa sea nuestra oportunidad. Asara inspiró bruscamente.

—¡Ah! Tengo una idea —dijo, y miró a Takado con una gran sonrisa.

Mientras se la explicaba, él también sonrió.

—Es una idea audaz —comentó—. Adelante, ponla en práctica si te atreves.

Tras soltar una risita, ella dio media vuelta y se alejó corriendo del escenario de la batalla.

Cada vez quedaba más claro que contemplar el techo de la tienda no ayudaría a Tessia a conciliar el sueño de nuevo. Suspirando, se volvió de costado y miró a las otras jóvenes que dormían en sus catres. Alguien había decidido que, ahora que había más mujeres aprendices en el ejército, debían dormir todas en la misma tienda. Eran cinco, sin contar a Tessia, con edades comprendidas entre los catorce y los veinticinco años.

«¿De verdad somos todas las aprendices que hay en Kyralia? —Debía de haber más de setenta aprendices varones, aunque ella no estaba segura de si la cifra estaba distorsionada por los magos que tomaban aprendices nuevos para fortalecerse con vistas a su participación en la guerra—. ¿Cuántas mujeres poseen un poder mágico que nunca llegan a desarrollar? ¿Cuántas no saben siquiera que lo tienen?»

Se preguntó por qué estas chicas en particular habían llegado a ser aprendices. Tessia sospechaba que todas estaban un poco asustadas por encontrarse en medio de una guerra, incluso las que adoptaban una actitud frívola o entusiasta ante la perspectiva de presenciar un combate.

«Sin embargo, nadie se ha quejado de que los aprendices tengamos que quedarnos esperando con los brazos cruzados mientras nuestros maestros se van a luchar.»

Sintió una oleada de temor. Aunque no había muerto ni un mago en la batalla anterior, eso no significaba que en esta ocasión fuese a ocurrir lo mismo. Podían cometerse errores. Los sachakanos podían impedir esta vez que los kyralianos se retirasen, si se daba el caso.

Pero al menos ella no tenía que preocuparse por Jayan. Una vez más, pese a que era un mago superior, lo habían dejado al cargo de los aprendices. Era una decisión lógica, ya que él había asumido el papel de líder antes y todos lo consideraban un héroe por haber «derrotado» a tres sachakanos «él solo» en la bodega de bol. Ella no podía por menos de reconocer que la solución que se le había ocurrido era ingeniosa, y admirar su agilidad mental.

«Y ahora las chicas son todavía más propensas a derretirse por él. —Recordó la conversación que había tenido la noche anterior con las aprendices—. Y han empezado a sentir lo mismo por Mikken. Suspiran al pensar en su trágica pero valiente huida del paso, su viaje de vuelta a solas y el hecho de que se haya reincorporado al ejército cuando podría haber regresado a Imardin.»

Tessia suspiró. No conseguiría pegar ojo. «Ya puestos, mejor me levanto a ver si puedo hacer algo útil.»

Lo más silenciosamente posible, se puso de pie y se cubrió los hombros con la manta. Recogió sus botas, salió de la tienda y se sentó sobre una caja para ponérselas. Aunque no era noche cerrada, no habían aparecido las primeras luces del día, pero aun así alcanzaba a distinguir a lo lejos las figuras que patrullaban el perímetro del campamento, así como las siluetas acabadas en punta de las otras tiendas. Las brasas que aún ardían en las hogueras empezaban a apagarse, y las lámparas titilaban, sedientas de aceite.

Tessia se levantó y comenzó a caminar sin rumbo. Decidió que solo iba a dar un paseo por el campamento. Los aprendices varones dormían en las tiendas de sus amos, o en sus refugios individuales. Ella pasó junto a un grupo de ellos que se entretenía con algún tipo de juego. Al verla le hicieron señas para que se acercara, pero ella les sonrió cortésmente y siguió su camino.

Una franja de unos diez pasos largos de ancho atravesaba el campamento, y no fue sino hasta que lo cruzó y pasó junto a otras tiendas que ella se dio cuenta de que separaba la zona de los aprendices de la de los criados. Allí las tiendas eran rectangulares y ostensiblemente más sencillas. Vio mesas cubiertas con ollas, cacerolas y teteras, así como con cestas y cajas llenas de sacos, frutas, verduras y otros alimentos. Vislumbró a personas que dormían muy juntas, sin nada que las separara del suelo salvo mantas o esteras de hierba seca. Percibió el tufo de los animales que estaban encerrados en jaulas o corrales.

Entonces una mezcla familiar de olores captó su atención. Se paró en seco al reconocer el hedor de la enfermedad combinado con el de los remedios, y acto seguido echó a andar de nuevo a paso veloz. Una tienda rectangular grande apareció ante ella. Se detuvo frente a la entrada, examinando los colchones improvisados con hierba seca y cubiertos con mantas, los hombres y mujeres enfermos, los cuencos que contenían excrementos o agua para lavarse y la mesa cubierta de remedios, algunos de ellos ya mezclados, algunos en proceso de preparación.

En las sombras del fondo de la tienda había alguien inclinado sobre un paciente. Tessia alcanzaba a oír el sonido áspero de una respiración anhelosa. Ella entró en una tienda y se acercó.

—Tengo un poco de unguento de costrafresca en mi tienda —dijo—. ¿Voy a buscarlo?

La figura se enderezó y se volvió hacia Tessia. En vez del rostro sorprendido de un hombre, ella se encontró frente a una sonrisa radiante y conocida.

—¡Tessia! —exclamó Kendaria—. Me habían dicho que estabas aquí. Iba a buscarte, pero los sanadores me han asignado el turno de noche.

—¿Estás sola? —Tessia miró a los otros pacientes—. ¿Ni siquiera tienes un ayudante?

Kendaria arrugó el entrecejo.

—Es mi castigo por haber tenido la osadía de nacer mujer. Además, casi todos han logrado dormirse, aparte de este de aquí. —Tomó a Tessia por el brazo y salió con ella de la tienda—. De todos modos, no vivirá mucho más, lo cuide quien lo cuide —añadió en voz baja—. Pobre hombre.

—Si quieres, voy a buscar mi bolsa —se ofreció Tessia—. Tal vez puedo aliviarle el dolor.

Kendaria sacudió la cabeza.

—Lo que le he dado bastará. Bueno, ¿cómo te va? He oído muchas historias sobre persecuciones a sachakanos, batallas y demás, y tú has estado allí desde el principio. ¿Cómo te las has ingeniado?

Tessia se encogió de hombros.

—No sé si el ingenio ha tenido que ver. Simplemente seguía a lord Dakon allí donde iba. Y él va allí donde lo llevan lord Werrin, el mago Sabin y, últimamente, el rey. Y ellos van allí donde los sachakanos los obligan a ir. —Dirigió la mirada hacia la tienda—. Por lo visto has conseguido que el gremio te deje ejercer un poco la sanación.

—Solo me encargan las tareas aburridas o desagradables que ellos no quieren realizar. —El rostro de Kendaria se ensombreció—. Me tratan como a una criada casi todo el rato y me mandan a buscarles comida o bebida. Uno incluso se creyó con derecho para meterse en mi cama, pero sus intenciones eran tan obvias que puse un poco de pemeino debajo de mi almohada y se la soplé en los ojos. Estuvo lagrimeando durante días.

—¿Qué horror! —jadeó Tessia—. ¿Has denunciado su comportamiento?

—Por supuesto, pero el líder del gremio me dijo que como la mayoría de la gente cree que las únicas mujeres que acompañan a los ejércitos están allí para servir a los hombres, no debería extrañarme que algunos hagan presuposiciones sobre mí.

Tessia la miró boquiabierta.

—¿Que dijo qué? ¿También presupone eso sobre mí, o sobre las otras aprendices o magas? —Sacudió la cabeza—. ¿Piensa lo mismo de las criadas? ¿Se esfuerzan por darnos de comer y ayudarnos, solo para que las traten como... como...?

Kendaria hizo un mohín y asintió.

—Más de una mujer ha venido a pedirme un medio preventivo contra el embarazo. ¿Quién crees que me consiguió el pemeino? No es un ingrediente curativo.

Tessia, escandalizada, se había quedado sin habla. Se planteó la posibilidad de decirselo a lord Dakon. Estaba segura de que él se lo contaría a su vez al mago Sabin. Pero ¿haría alguien algo al respecto? Incluso si lo prohibían, ¿acatarían la prohibición los hombres que se aprovechaban de las criadas?

—¿Es verdad lo que dicen sobre tí? —inquirió Kendaria titubeando ligeramente.

La pregunta arrancó de sus pensamientos a Tessia, que se volvió hacia la sanadora.

—¿Qué dicen sobre mí?

—Que sabes sanar con magia. Que arreglaste una espalda rota.

—Ah. —Tessia sonrió—. En parte sí, y en parte no. He estado intentando utilizar la magia para sanar, pero aún no he encontrado la manera. Solo he conseguido hacer cosas como recolocar huesos rotos en su sitio, mantener cerrada una herida mientras la coso o contener la salida de sangre. Y hace poco he descubierto cómo obstruir las vías del dolor para insensibilizar una zona del cuerpo. Pero eso es todo.

—Entonces, ¿cómo arreglaste la espalda rota?

—No estaba rota, solo desalineada. En cuanto puse los huesos en su sitio, todas las vías se enderezaron y se desobstruyeron. Eso sí, había una fuerte hinchazón que tuve que reducir.

—Pero... ¿cómo sabías que no estaba rota?

Tessia reflexionó por un momento. Los sanadores normales no podían ver el interior del cuerpo de sus pacientes, por supuesto. «No había pensado en la ventaja tan grande que esto supone. He estado menospreciando a los sanadores por errar en sus diagnósticos, cuando en realidad no es culpa suya.»

—Puedo ver a la gente por dentro —explicó.

Kendaria sonrió.

—Aunque no seas capaz de sanar realmente a los pacientes con magia, lo que haces es maravilloso. —Su sonrisa se desdibujó ligeramente—. Y por eso a los sanadores no les entusiasma lo que haces. Temen que, si los magos aprenden a sanar, les arrebaten a sus clientes más ricos.

—¿Y cómo pueden impedir que siga haciéndolo?

—Convenciendo al rey de que, como no tienes una formación avalada por el gremio, podrías causar más daños que beneficios por tu ignorancia. O diciéndole que los magos acabarán quitándoles todo el trabajo a los sanadores, lo que les dificultará la labor de hacer obras de caridad en favor de personas que no pueden permitirse pagar a un mago. Aunque en realidad tampoco hacen muchas.

Tessia rió con suavidad.

—En otras palabras, tienen miedo de acabar viviendo en las mismas condiciones que un humilde sanador de pueblo.

—Sí. —Kendaria le dirigió una mirada muy seria—. No los infravalores. Su gremio es el más poderoso de la ciudad. No renunciarán a lo que tienen sin presentar batalla.

—Tendré cuidado —le aseguró Tessia—. No pienso alborotarlos para luego desaparecer, como hizo mi abuelo. Él solía decir que su error había sido intentar cambiar la mentalidad de los sanadores de un día para otro. Habría tenido más éxito si hubiera introducido los cambios gradualmente, de forma que ellos no los notaran. Pero era joven e impaciente, y moría mucha gente... ¿Qué son esos gritos?

Las voces de fondo eran cada vez más fuertes y numerosas. Kendaria escuchó con expresión ceñuda.

—¡Corred! ¡Subid a los carros!

—¡Ya vienen!

—¡Dejad eso y daos prisa!

De pronto había personas por todas partes, corriendo entre las tiendas y gritando. Los criados empezaban a salir de sus tiendas. Se oían expresiones de incertidumbre procedentes del interior de las tiendas de los sanadores. Un hombre se acercó con aire resuelto a Kendaria y posó una mano sobre su hombro. Ella soltó un chillido, asustada.

—El ejército viene hacia aquí y los sachakanos les pisan los talones. Tenemos que subir a todo el mundo en los carros y marcharnos. No hay tiempo para desmontar el campamento. Hay que sacar a la gente de aquí. —Miró a Tessia, parpadeando—. ¿Aprendiz Tessia? El maestro Jayan la busca. —Señaló hacia el centro del campamento.

—Gracias —dijo Tessia. Se volvió hacia Kendaria—. Buena suerte.

—Igualmente.

Tessia dio media vuelta y avanzó a paso acelerado entre las tiendas. Tuvo que esquivar a varios hombres y mujeres que corrían hacia las afueras del campamento, donde seguramente estaban enganchando caballos y gorines a los carros con la mayor rapidez posible. Después de cruzar la franja que separaba las tiendas de los criados de las de los magos, ella empezó a seguir a varios aprendices que caminaban en la misma dirección.

Cuando salió al camino y llegó ante la tienda del rey, vio a Jayan de pie sobre una caja grande. Estaba gritando órdenes y repitiendo la misma información una y otra vez, en respuesta a las preguntas frenéticas de los aprendices.

—Nuestro ejército se está retirando. Los sachakanos los siguen. Pronto llegarán aquí. Debemos estar preparados. Los criados están trayendo los caballos. —Hizo una pausa y fulminó con la mirada a uno de los aprendices—. ¡Dejad de hacer preguntas estúpidas e id a ver si vuestro caballo está aquí! —rugió. Se volvió hacia otro lado y señaló—. ¡Tú, Arlenin! Veo que alguien se está acercando con tu caballo. Sí, no podría pasar por alto a esa bestia repugnante aunque estuviera en el otro extremo del país. Ve a buscarla.

Tessia se llevó la mano a la boca para reprimir una carcajada, y entonces sintió un gran afecto hacia él. Las tonterías le hacían perder la paciencia. Aunque esto no era siempre un rasgo positivo en tiempos de paz, en aquellos momentos era justo lo que los aprendices necesitaban para dejar a un lado el pánico y organizarse.

Aunque pareció una eternidad, al cabo de solo unos minutos todos estaban montados sobre sus cabalgaduras y preparados. Cuando la multitud que rodeaba a Jayan se hizo menos densa, ella consiguió acercarse a él. Un criado acudió para informar a Jayan de que los carros estaban cargados y listos. Jayan caviló por un momento.

—Entonces marchaos. Iréis más lentos que nosotros. ¿Podéis tomar alguna ruta que no sea el sendero principal, para apartaros del camino de los sachakanos?

—Sí. Ya se había elegido una, por si surgía la necesidad.

—Bien. En marcha, entonces.

El hombre se inclinó en una ligera reverencia y se alejó a toda prisa. Por algún motivo esto le provocó un escalofrío a Tessia. «Por si no fuera ya bastante difícil acostumbrarse a que Jayan se comporte como un mago superior y sea tratado como tal, verlo en el papel del líder me resulta de lo más extraño.»

—Jayan —lo llamó.

Él volvió la cabeza hacia ella, pero otro grito desvió su atención. Alguien dio unos golpecitos en el hombro a Tessia. Cuando se dio la vuelta, se encontró frente a Ullin, criado y antiguo mozo de cuadra de Dakon, que le tendía las riendas de su caballo. Ella las cogió con una sonrisa y echó a andar a paso vivo.

Solo entonces echó un vistazo a la silla de montar y advirtió que la bolsa de su padre no estaba allí. Se la había dejado en la tienda.

—¡El ejército! —gritó alguien, y varias voces corearon el aviso.

Tessia dirigió la mirada hacia el camino, pero los caballos de los aprendices que tenía delante le impedían ver nada. Apartó la vista, montó en la silla y miró de nuevo hacia allí.

Ante ella, una sombra oscura cubría el camino y avanzaba con rapidez.

Por un momento, se impuso un silencio inquietante que le permitió oír los gritos lejanos de los carreteros y los bramidos de los gorines que llegaban de algún lugar situado detrás del mar de tiendas de campaña, así como el estruendo de los cascos de caballos. Una brisa vigorosa hacía restallar las lonas de las tiendas. Tessia descubrió que el sol había salido sin que ella hubiese reparado en ello.

—¿Dónde está la bolsa de tu padre? —preguntó una voz conocida.

Al volverse, Tessia vio que Jayan estaba a su lado, y Mikken junto a él.

—En la tienda. No he tenido tiempo de ir a buscarla.

Jayan la miró fijamente y luego tendió la vista hacia el ejército que se aproximaba.

—Tal vez todavía haya tiempo.

—No —dijo ella con firmeza—. No contiene nada que no pueda conseguir en otro sitio.

Él clavó los ojos en ella de nuevo y abrió la boca para hablar, pero entonces se acercó otro aprendiz.

—¿Qué hacemos? —dijo—. ¿Galopar delante de ellos, o apartamos para dejarlos pasar?

—Están aminorando el paso —observó Mikken.

Era cierto. Los caballos que abrían la marcha iban ahora a medio galope. Instantes después, Tessia vio que avanzaban al trote y luego al paso. Lord Sabin y el rey cabalgaban en cabeza. Ella escrutó los rostros y suspiró aliviada al divisar a lord Dakon. Se percató de que montaba sobre un caballo distinto.

Pero algo no iba bien. ¿Dónde estaba el resto del ejército? Angustiada, empezó a buscar de nuevo... en su memoria. Los nombres de quienes seguramente habían caído. Los nombres de los muertos.

Cuando los magos se detuvieron, se miraron entre sí, volviendo la cabeza de un lado a otro mientras realizaban un recuento de los supervivientes. Tessia leyó el mismo horror en la cara de todos. Algunos incluso pestañearon para contener las lágrimas.

«Un tercio —pensó ella—. Hemos perdido a un tercio. ¿Y dónde está lord Werrin?»

Vio que el rey se inclinaba hacia Sabin y señalaba hacia algún punto del camino situado detrás de ellos. Sabin asintió y se puso de pie sobre los estribos.

—Aprendices, reuníos con vuestros maestros —gritó—. Cabalgaremos a Inardin.

Mientras Sabin espoleaba a su caballo hacia delante, Tessia oyó a Jayan soltar una maldición. Se había levantado sobre los estribos para echar una ojeada por encima de la cabeza de los magos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Vienen hacia aquí —dijo, dejándose caer de nuevo sobre la silla—. Los sachakanos vienen hacia aquí. Deberíamos haber evacuado Puenteefrío. Ahora es demasiado tarde.

Ambos empuñaron las riendas e hincaron los talones en los ijares de sus cabalgaduras, que se abalanzaron hacia delante con el ejército.

El esclavo había dicho que Stara debía acudir a la sala maestra al cabo de una hora, para acompañar a su esposo mientras recibía a Chavori, su invitado. Esto había hecho gracia a Vora, pues era el mismo tiempo que ella le había indicado a Stara que debía tardar en prepararse para ir a casa de Motara.

—Aprende deprisa —comentó mientras extendía dos mantos de bordados elaborados sobre la cama—. ¿El azul o el naranja?

—El azul —dijo Stara.

—No os lo preguntaba a vos, ama —dijo Vora con una risita—, aunque estoy de acuerdo. El naranja es más adecuado para las reuniones multitudinarias, en las que quieras llamar la atención. El azul es un color sereno, más indicado para las veladas tranquilas con una visita solitaria.

Stara se preguntó por un momento si con «solitario» quería decir «soltero» o si simplemente se refería a que Chavori llegaría solo. Decidió no formular la pregunta en voz alta, pues podía dar lugar a otro discurso innecesario sobre lo peligroso que sería que hiciera caso de la posible insinuación de su esposo de que tomara a Chavori como amante.

Cuando Stara estuvo vestida y cargada de joyas, Vora declaró que estaba lista.

—No olvidéis mi consejo, ama —dijo la esclava, agitando un dedo frente a ella.

Stara rió entre dientes.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Es guapo, pero no tanto. ¿Sabes algo de Nachira?

—No desde el último mensaje —suspiró Vora—. Los esclavos dicen que está enferma, pero se resisten a dar más detalles.

—No me extraña, teniendo en cuenta que mi padre puede leerles la mente y matarlos por revelar sus planes. Todavía no puedo creer que Ikaró y él hayan partido hacia Kyrália sin avisarme. —Sacudió la cabeza—. Deben de haberse ido justo después de mi boda, pero mi padre no me dijo nada.

—Según los esclavos, Nachira cayó enferma también el día después de vuestra boda.

Stara miró a Vora.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—¿No perder las esperanzas? —Con un suspiro, Vora señaló la puerta—. Vuestro esposo y su invitado os esperan.

Aunque Stara ya conocía el camino, la esclava la guió por los pasillos hasta la sala maestra. Llegaron a la puerta, entraron y Vora se postró. Dentro de la estancia, Kachiro y Chavori admiraban uno de los muebles diseñados por Motara. Stara movió un brazo de manera que las pulseras tintinearón al entrecochar. Los dos hombres alzaron la vista.

—Ah —dijo Kachiro—. Mi esposa ha llegado al fin.

Sonriendo, extendió los brazos y le hizo señas para que se acercara. Ella caminó hacia él y lo tomó de las manos. Su esposo le besó los nudillos y luego le soltó una mano y se volvió de forma que ambos se encontraran de cara a Chavori. El joven esbozó una sonrisa, un poco nervioso.

—Es un placer volver a verte, Stara —dijo.

—El placer es mío —respondió ella, bajando la vista.

—Sentémonos a charlar —propuso Kachiro, y acompañó a Stara al taburete más lejano de los tres que había en la sala. Tenían ante sí una mesa pequeña en la que unos cuencos con nueces relucían a la luz del globo mágico de Kachiro. Este retrocedió un paso e indicó a Chavori que se sentara en medio, antes de acomodarse al otro lado del joven—. Háblanos de tu viaje a las montañas. Stara no sabe nada de tus habilidades ni de tus aventuras, Chavori, y estoy seguro de que le gustaría oír algo sobre ellas.

El joven lanzó una mirada fugaz a Stara y se ruborizó.

—Yo... nosotros... Supongo que primero debería explicar lo que hago. Trazo cartas de navegación y mapas, pero en vez de copiar lo que han hecho otros, viajo por los lugares cuyo mapa estoy trazando y mido, lo mejor que puedo, aplicando los métodos que me enseñó un marino mercante y también algunos que ideé yo mismo, las distancias y la ubicación de todo. Bueno, no de todo, sino de los puntos de referencia que son importantes para la gente que utiliza los mapas.

Stara advirtió que Chavori volvía la vista en repetidas ocasiones hacia un cilindro grande de metal que estaba apoyado contra una pared. Parecía muy pesado.

—¿Has traído algunos de esos mapas? —preguntó ella.

—¡Oh, sí! —Se levantó de un salto y se acercó con aire decidido al cilindro. Lo levantó, lo llevó hacia los taburetes y se sentó de nuevo. Pero no lo abrió. Acarició el metal con sus largos dedos.

«Tiene manos elegantes para ser un sachakano —pensó Stara—. Hay muchos con manos que hacen juego con sus hombros, grandes y fuertes. De hecho, su constitución es más propia de un kyraliano, aunque no el color de su piel. Me pregunto...»

—¿Has terminado el mapa que estabas trazando para el emperador?

Chavori asintió.

—Al menos en la medida en que me ha sido posible con la información de la que dispongo. —Se volvió hacia Stara—. Como a la mayoría de la gente los mapas le parecen confusos, lo he recopilado todo en un plano único y más sencillo. Pero hay zonas en blanco, y me niego a añadir información que no haya corroborado yo mismo.

—Enséñanoslo —lo apremió Kachiro.

Chavori le dedicó una sonrisa luminosa y aferró un extremo del tubo. La tapa se desprendió con un chasquido musical. El joven metió la mano y extrajo un grueso rollo de papel.

Empezó a desenrollarlo hasta que una hoja grande cayó al suelo y se enrolló de nuevo automáticamente. Kachiro levantó la mesa y la colocó a un lado para que Chavori pudiera extender el mapa sobre la alfombra y alisarlo con sus elegantes manos. Tras mirar en torno a sí, Kachiro cogió los cuencos con nueces y los colocó encima de las dos esquinas más alejadas del plano. Acto seguido, se descalzó de un pie y depositó el zapato sobre la esquina que tenía al lado, lo que provocó que Chavori arrugara la nariz. Stara se quitó una pulsera y la dejó caer sobre la esquina que faltaba, con lo que se ganó una sonrisa de aprobación por parte del joven.

El papel estaba cubierto de líneas finas de tinta. Cuando lo miró más de cerca, Stara soltó un pequeño grito ahogado al ver los dibujos diminutos de montañas, casas y barcos, así como la elaborada orla decorativa que enmarcaba el mapa.

—¡Es precioso! —dijo.

—Chavori es todo un artista —convino Kachiro, dirigiendo una mirada afectuosa a su amigo.

Este se encogió de hombros.

—Sí, a la gente le gusta esa clase de cosas, pero a mí me parecen un poco ridículas. No son muy compatibles con la precisión.

Stara señaló un grupo grande de edificios dividido en dos por el dibujo de una avenida amplia y del Palacio Imperial.

—Así que esto es Arvice, donde nos encontramos.

—En efecto.

Ella miró las hileras de montañas. En la parte superior del mapa había una figura azul grande, y de lo alto de algunas de las montañas surgían unas rayas rojas onduladas que descendían por los lados.

—¿Qué representa esto?

—El lago Jenna —le dijo Chavori— y los volcanes del norte. Escupen fuego y ceniza, así como lo que las tribus dúneas llaman sangre de la tierra.

—¿Esto rojo de aquí?

—Sí. Brota a chorros y se desliza por las laderas de las montañas. Está tan caliente que te quemaría si te acercaras. Cuando se enfría se solidifica, dando lugar a rocas de formas extrañas.

—¿Vive gente en la zona?

—No. Es demasiado peligroso, pero las tribus se aventuran de vez en cuando a ir allí para recoger piedras preciosas que afirman que tienen propiedades mágicas. Yo he encontrado gemas iguales en cuevas que están más al sur, y no he percibido el menor asomo de magia en ellas.

—Me gustaría explotar esas minas —le dijo Kachiro—. Si conseguimos que las tribus dúneas nos revelen el secreto de las gemas, podríamos venderlas a precios muy altos. Pero aunque no lo consiguiéramos, los joyeros nos pagarían una buena suma por ellas.

—Deberías averiguar si a Motara se le da tan bien el diseño de joyas como el de muebles —propuso ella.

Un brillo de interés asomó a los ojos de Kachiro.

—No es mala idea...

Chavori se encogió de hombros.

—Mientras ganemos lo suficiente para que yo pueda continuar con mi trabajo... Ahora deja que le enseñe a Stara cómo es un mapa bien hecho.

Cogió el rollo de papel y separó de él otra hoja que colocó sobre la primera. El mapa estaba trazado de forma mucho menos artística, y la mitad estaba en blanco.

En vez de figuras de montañas, había conjuntos de curvas concéntricas. Allí donde aparecían edificios dibujados en el otro plano, solo se apreciaban unos puntos.

—Esto no solo muestra la ubicación de cada montaña, sino también la de los valles que yacen entre ellas —le explicó Chavori. Deslizó el dedo por los espacios situados entre las formas concéntricas que representaban las montañas—. No solo indico el valle, sino su amplitud, al dejar espacios más grandes. ¿Ves esto? —preguntó, señalando una zona en blanco atravesada por una línea azul serpenteante—. Es el valle más hermoso que puedas imaginar. No hay sembradíos, solo enkas salvajes que pacen allí. Este río desciende en cascada por el medio. Está completamente rodeado de montañas. —Movió los brazos hacia arriba con un gesto elegante, y luego los abrió—. Y en lo alto se extiende la bóveda más grande de cielo azul.

Se le empañaron los ojos por el recuerdo, y Stara sintió una punzada de nostalgia. ¿Volvería a salir de la ciudad algún día? ¿El viaje que había hecho desde Elyne sería el último que realizaría en su vida?

Bajó la vista y encontró las letras que componían el nombre de Elyne. Estaban escritas en diagonal, paralelas a una línea roja trazada a lo largo de la cordillera en la esquina superior izquierda del mapa. Ella comprendió que la raya roja debía de marcar la frontera. Y si una línea azul simbolizaba un río, ¿esa línea negra gruesa que atravesaba las montañas desde la frontera con Elyne y llegaba hasta Arvice representaba el camino? Se fijó de nuevo en las montañas y de pronto tuvo la sensación de que el mapa adquiría profundidad.

—Ah —dijo—. Ahora entiendo la ilusión que crea esto. Es como si estuviéramos mirando los territorios desde arriba. El punto del centro donde las líneas de las montañas se cruzan es la cumbre.

—¡Exacto! —Chavori se volvió hacia Kachiro—. Tenías razón: tienes una esposa excepcionalmente inteligente.

Kachiro esbozó una gran sonrisa.

—Sí, ¿verdad? —respondió, orgulloso.

Chavori posó la vista en Stara y luego en Kachiro.

—¿Qué más puedo enseñaros?

Kachiro contempló el mapa, pensativo.

—¿Has traído algún plano de Kyralia?

La sonrisa triunfal de Chavori se desvaneció, dando paso a una mueca de tolerancia.

—Por supuesto. Todo el mundo quiere planos de Kyralia hoy en día.

—Estamos en guerra con ellos —señaló Kachiro.

—Lo sé, lo sé. —Con un suspiro, Chavori cogió el rollo de nuevo. Desprendió varios mapas parecidos al primero y finalmente extendió uno de los que estaban más bellamente ornamentados, con dibujos de ciudades y monumentos.

Kachiro señaló el paso fronterizo y abrió la mano sobre las montañas que separaban Kyralia de Elyne.

—Por lo que he oído, tengo entendido que los ichanis se unieron bajo el mando del ashaki Takado más o menos por aquí. Cuando fueron suficientes para formar un

ejército, se desplazaron a las zonas rurales del norte y a aldeas.

Chavori sacudió la cabeza.

—Lo que yo he oído es que no se molestan en quedarse para someter a la gente. En vez de eso, han estado destruyendo las poblaciones y expulsando a sus habitantes.

—Dudo que los expulsen —dijo Kachiro—. Seguramente los matan y les arrebatan su energía. Si los hicieran huir hacia el ejército kyaliano, estarían proporcionando a sus enemigos más personas de quienes extraer energía. ¿Para qué dársela a otros, cuando pueden aprovecharla ellos mismos?

—Sí, probablemente tienes razón. —Chavori hizo un gesto amplio desde las montañas hasta el cúmulo de edificios señalados con la palabra «Imardin»—. Deben de estar dirigiéndose hacia la capital. Pero, ahora que lo pienso... —Alzó la mirada hacia Kachiro—. ¿Recuerdas que te dije que me crucé con el ejército de Nomako cuando venía de regreso a Arvice?

—Sí —asintió Kachiro.

—Me fijé en que las tropas estaban repartidas en tres grupos. Nomako iba en cabeza del primero y más grande. —Chavori miró de nuevo el mapa—. Era casi como si pretendiera dividir el ejército después de cruzar la frontera.

—¿Por qué habría de hacer eso? —preguntó Kachiro.

Chavori se encogió de hombros.

—Si estás en lo cierto, para poder asolar regiones diferentes de Kyalia y asimilar energía de la gente por el camino. Los kyalianos no querrán partir sus fuerzas en tres, o en cuatro, si ninguno de los grupos sachakanos se une al de Takado, para enfrentarse a ellos.

—Entonces todos los grupos llegarán a Imardin a la vez.

—Y los que no hayan encontrado resistencia seguirán fuertes y listos para la batalla.

—Hmmm. —Kachiro estudió el mapa con los párpados entornados—. ¿Y qué grupo es más probable que haya encontrado resistencia?

Chavori abrió mucho los ojos.

—¡El de Takado! Es el que estaba allí primero, y si Nomako ha calculado bien el ritmo de su avance, el que los kyalianos habrán escogido como primer objetivo. Para cuando se reúnan con las tropas de Nomako, las de Takado serán las más débiles.

—De modo que Nomako conquistará Imardin en vez de Takado, y volverá a Sachaka convertido en un héroe, y el emperador Vóchira se ganará el respeto de todos por haber sido más astuto que Takado. —Clavó en Chavori una mirada llena de admiración—. Tienes cabeza para la estrategia militar. ¡Tal vez deberías dirigir tú el ejército!

El joven se ruborizó de nuevo. Los dos se miraron por un segundo antes de bajar la vista de nuevo hacia el mapa.

Stara frunció el entrecejo, con la sensación de haberse perdido algo. Claro que ella no era una experta en el arte de la guerra. Aunque estaba convencida de que había entendido todo lo que había dicho Chavori, tal vez se le había escapado algún matiz que ellos dos habían captado.

—¿Puedo preguntar algo sobre la guerra? —inquirió.

—Por supuesto —respondió Kachiro.

—¿Por qué ni vosotros ni vuestros amigos estáis en el ejército? —Kachiro puso una cara larga—. Me alegro de que tu vida no corra peligro —le aseguró Stara—. Prefiero mil veces que estés aquí. Pero sospecho que la razón es política, y me gustaría entender mejor la política sachakana.

Kachiro asintió.

—Algunas de las razones son políticas, otras no. Hace mucho tiempo, mi padre no fue capaz de cumplir una orden del emperador debido a un incendio, y estuvo pagando su deuda durante años. Murió poco después de hacer el último pago. Por eso mi familia no gozó del favor imperial durante una temporada, aunque cada vez ha resultado más fácil restablecer los vínculos comerciales.

Su expresión era tan triste que Stara se arrepentía de haberle hecho la pregunta.

—Otros amigos míos perdieron el favor del emperador por causas parecidas, pero la familia de Chavori disfruta de una buena posición —prosiguió él. Sonrió—. Lo bueno es que, como carecemos de honor familiar y de respeto, no tenemos que alistarnos en el ejército para protegerlos, aunque supongo que nuestra ayuda habría sido aceptada si la hubiéramos ofrecido.

Chavori asintió.

—Le dije a mi padre que si no me trataba con el respeto que merezco, no pondría en peligro mi vida en defensa de nada. Me llamó cobarde. —Se encogió de hombros—. Supongo que esperaba que fuera allí y me mataran, para librarse de mí por fin.

Stara sintió compasión por aquel joven que, pese a su talento, estaba tan infravalorado por su padre como ella por el suyo.

—¿Puedo comprarte este mapa? —preguntó Kachiro.

Chavori se quedó boquiabierto.

—¿Comprarlo?

—Sí. ¿O es que lo necesitas?

—No —se apresuró a decir Chavori—. Los hago para venderlos. Los vendo a montones. Bueno, a montones no. Unos cuantos al año.

—Entonces, ¿me vendes este? —Kachiro dirigió la vista a la pared del fondo de la sala—. Y creo que te compraré algunos más. Tal vez uno de cada país, para colgarlos en aquella pared. Vendrá bien para iniciar conversaciones con las visitas, sobre todo si Sachaka empieza a reconquistar los territorios que fueron sus dominios en otra época. ¿Cuánto quieres por él?

Stara notó que un escalofrío le bajaba por la espalda, así que no oyó el precio que pedía Chavori, ni cuánto más le ofrecía Kachiro. «¿Se estará refiriendo a Elyne? Claro que se refiere a Elyne. Formaba parte del imperio, al igual que Kyalia. Los dos obtuvieron la independencia al mismo tiempo. —Al pensar que la guerra podía llegar a Elyne, se le encogió el corazón—. Muchas de las cosas maravillosas de Elyne derivan de la libertad de la que goza su pueblo.»

Kachiro se puso de pie.

—Voy a buscarlo.

Se encaminó hacia la puerta con paso decidido. Se detuvo ante la puerta, volvió la vista hacia Stara y le sonrió antes de marcharse.

La sonrisa hizo gracia a Stara, pero la dejó preocupada. Tenía un toque de picardía. Un toque desafiante. ¿Esperaba que ella sedujera a Chavori allí mismo, en ese momento?

«No soy tan idiota», pensó. Miró al joven.

—¿Cuándo llevarás tus mapas al emperador? —preguntó.

Él hizo un mohín.

—En cuanto me conceda audiencia. Llevo semanas intentando que me reciba. Supongo que la guerra acapara toda su atención. Pero precisamente por la guerra debería echarles un vistazo.

—¿Y eso por qué?

Chavori se puso serio.

—Porque hay lugares en las montañas en que algún enemigo podría ocultarse fácilmente e incluso instalarse. Cuevas y valles donde podrían cultivar la tierra, criar animales que les sirvan de alimento y vivir al margen del resto de la sociedad. Podrían atacar a gente sachakana y desaparecer. Si los ichanis encontraran esos lugares...

—Se estremeció—. Cuando termine la guerra con Kyrallia, el emperador Vochira estará demasiado ocupado afianzando su dominio sobre aquel país para lidiar con los ataques lanzados desde las montañas.

Stara arrugó el entrecejo.

—Es una posibilidad que asusta. Pero si esos lugares existen, ¿por qué no hay nadie viviendo en ellos ya? ¿Por qué no se han establecido allí los ichanis?

La expresión de Chavori se tornó adusta.

—Para acceder allí hay que atravesar una cueva por la que corre un río. Supongo que el curso del río ha cambiado hace poco; he encontrado rastros de un cauce que está seco debido a un corrimiento de tierras que desvió las aguas del río hace unos años. La corriente debió de excavar o ampliar la cueva...

—Aquí tienes. —Kachiro entró en la habitación dando grandes zancadas, con una bolsa pequeña que tintineaba en su mano. Chavori se puso de pie y sonrió con una mezcla de gratitud y vergüenza cuando Kachiro le puso la bolsa en las manos—. Ahora, hay algo que quiero enseñarte. —Kachiro alzó la vista hacia Stara—. Me temo que esto no te resultará interesante, querida —dijo en tono de disculpa.

Ella esbozó una sonrisa.

—Entonces me retiraré a mi habitación, si lo deseas.

Él asintió.

—Te agradezco que hayas mostrado interés por mis mapas —dijo Chavori, dirigiéndole una mirada ligeramente lastimera—. Espero no haberte aburrido.

—No, en absoluto —le aseguró ella—. Me han parecido fascinantes. Estoy deseando ver más colgados en nuestras paredes, y oírte contar cómo los hiciste.

Él le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Ella le devolvió el gesto, dio media vuelta y salió de la sala. Un momento después, Vora salió sigilosamente de un pasillo lateral y acomodó su paso al de Stara.

—¿Cómo ha estado nuestro invitado, ama?

—Sorprendentemente agradable. —Stara soltó una risita—. Es un hombre inteligente, aunque un poco torpe para las relaciones sociales. Ya mejorará con el tiempo, supongo.

Vora emitió un murmullo vago. Llegaron a la habitación de Stara, y la esclava cerró la puerta.

—¿Y bien, ama? ¿Creéis que es el tipo de hombre que confesaría ser el padre de vuestro hijo si lo sobornaran o le hiciesen chantaje?

Stara rió de mala gana.

—Siempre tan sutil, Vera. Sí, lo haría —dijo—. No sé si impulsado por el miedo de perder la honra, o por la tentación de recibir fondos para continuar con su trabajo, pero lo haría. Tranquila, no voy a enamorarme de él.

—Eso es bueno. Aunque... —La esclava frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa?

Vora alzó la vista hacia Stara y achicó los ojos, absorta en sus pensamientos.

—Es posible que la causa por la que sigues sin tener hijos haya desaparecido.

Stara sintió que el corazón se le paraba por un instante y que luego empezaba a latir a toda velocidad.

—¿Nachira? ¿Tienes noticias de ella? ¿Es que... ha muerto?

Vora sonrió y sacudió la cabeza.

—No.

Stara exhaló un suspiro de alivio y se sentó en la cama.

—Entonces, ¿qué? —Se le ocurrió una posibilidad que la llenó de emoción—. ¿Está embarazada?

—Hasta donde yo sé, no. —Vora rió entre dientes.

—Entonces, ¿qué?! —Stara fulminó a la esclava con la mirada—. ¡Déjate de jueguecitos! ¡Esto es serio!

Vora se quedó callada, con una expresión meditabunda, además de cautelosa, lo que alarmó a Stara. Entonces suspiró.

—Nachira ha desaparecido. O se ha ido o alguien se la ha llevado de casa de tu padre.

Stara clavó la vista en la anciana.

—Entiendo. No se te ve tan preocupada por ello como deberías estar.

—Lo estoy —le aseguró Vora.

—No, no lo estás. —Stara se levantó y se plantó frente a la esclava—. ¿Por qué no me explicas qué está pasando?

Una sombra de temor cruzó los ojos de Vora.

—¿Os fiáis de mí, ama?

Stara arrugó el ceño. «¿Me fio?» Hizo un gesto afirmativo.

—Sí, pero todo tiene un límite, Vora.

La esclava asintió y bajó la mirada.

—He averiguado cosas a través... a través de contactos que he hecho con los esclavos de vuestro esposo... que no puedo contaros porque si lo hago y vuestro marido os lee la mente, morirán personas, personas que hacen cosas buenas, personas a las que han ayudado, como Nachira. —Miró a Stara—. Lo único que puedo deciros es que Nachira está a salvo.

Stara escudriñó los ojos de la mujer, que mantuvo la mirada fija en ella. «¿Confío lo suficiente en ella para aceptar esto? —se preguntó—. Creo que le profesa cariño y lealtad a Ikaró, y por tanto también a Nachira. No estoy tan segura de que a mí me quiera tanto, pero no sería de extrañar que me quisiera menos, pues no me conoce tan bien. Aun así, creo que intentaría no tener que elegir entre él o yo. Y eso tal vez implique ocultarme información.

»Podría intentar leerle la mente, pero no quiero hacerle eso. Además, ¿vale la pena poner en peligro a Nachira solo para averiguar qué ha sido de ella?»

—Más vale que esté a salvo —dijo Stara—. Y confío en que, en cuanto puedas, me digas dónde está.

A Vora los ojos se le arrasaron en lágrimas, pero parpadeó para enjugárselas.

—Lo haré. Os lo prometo. Gracias, ama.

—¿Lo sabe Ikaró ya?

—Eso sería imposible. Ella desapareció anoche mismo. Ningún mensajero habría podido comunicarle la noticia tan deprisa, aunque supiera en qué parte de Kyrália se encuentra Ikaró.

Stara se acercó de nuevo a la cama y se tendió.

—Pobre Ikaró. Espero que esté bien.

—Yo también —afirmó Vora—. Yo también.

«¿Quién habría imaginado que los caballos resultarían tan esenciales para la supervivencia del ejército?», pensó Dakon.

Al hacer memoria, recordó la discusión que los líderes habían mantenido antes de la batalla sobre si debían dejar magos al cuidado de los caballos o no. Todos habían estado de acuerdo en que necesitarían toda la energía posible para combatir contra los sachakanos. De poco consuelo serviría salvar a los caballos si Kyralia acababa en manos de los sachakanos por ello.

«Dejar a los aprendices bajo la protección de un mago también habría sido arriesgado —pensó Dakon—. Pero al menos ellos cuentan con un poco de magia propia, su inteligencia y la posibilidad de decirnos si han sido atacados.»

Según los criados que cuidaban los caballos, solo los había acometido un puñado de sachakanos. Unos pocos habían bastado para sembrar el caos. Por fortuna, el plan de los sachakanos consistía en robar las monturas, no en matarlas. Les habría resultado fácil sacrificarlas en un momento, pero en cambio cada uno había montado sobre un caballo, había empuñado las riendas de todos los que había podido, y se había marchado.

En cuanto los criados habían comprendido cuáles eran sus intenciones, habían salido valientemente de sus escondites para desatar y cortar los ronzales a fin de liberar a los caballos y aguijarlos para que arrancaran a correr. Luego, cuando los sachakanos se habían ido, los sirvientes habían hecho lo posible por atrapar y reunir a las cabalgaduras dispersas.

«Espero que el rey los recompense por su valor y la rapidez con que reaccionaron —pensó Dakon—. A nadie se le había ocurrido indicarles lo que debían hacer si los atacaban. Todos actuaron por iniciativa propia.»

Ninguno de los magos sabía que se habían llevado a los caballos hasta que intentaron batirse en retirada. Sabin solo había fabricado anillos con gemas de sangre para los líderes de cada sección y había alegado que estar conectado con demasiadas mentes le impediría concentrarse. Por la misma razón no le había dado uno a Jayan.

Mientras el ejército se retiraba, los sachakanos lo seguían. El tener que esperar a que los criados recuperasen los caballos había retrasado la huida. Varios kyalianos más habían muerto cuando el mago que los protegía había consumido toda su magia. Al final, menos de diez magos cargaban con la responsabilidad de escudar al ejército entero. El enemigo continuó atacando y persiguiendo implacablemente a las tropas kyalianas.

«Estaban decididos a aprovechar su situación de ventaja, una ventaja que no deberían haber tenido. Disponían de menos efectivos, incluso tras la incorporación de nuevos aliados. No deberían haber tenido la oportunidad de recobrar la energía que habían perdido en la última batalla.»

Pero la habían tenido. La energía que extraían de sus esclavos, más numerosos que los aprendices y criados con que contaban los kyalianos, más la que habían arrebatado a los aldeanos que habían matado, había permitido a los sachakanos rechazar la ofensiva y perseguir a sus atacantes hasta Puentefrío, donde habían abandonado la persecución para dar caza a los habitantes del pueblo que no habían huido con la rapidez suficiente.

«A pesar de todo, han caído muchos de sus guerreros. Nosotros hemos perdido casi un tercio de nuestras tropas, pero ellos han perdido más.»

Dakon dirigió la vista hacia el camino que se curvaba ante él y guiaba sus ojos hacia la aglomeración de muros y tejados que tenía delante. Inardin. La capital de Kyralia. «No puedo creer que nos hayan hecho retroceder hasta aquí.»

De pronto, su caballo se apartó bruscamente de la orilla del camino. Sujetando las riendas con más fuerza y afianzándose en la silla, Dakon miró hacia atrás. Nada. Solo unas espigas que se mecían en la brisa. Ninguna planta de curren parecía distinta de las demás o más peligrosa.

Suspiró y sacudió la cabeza. Había perdido su caballo favorito en Mandryn; luego, mientras perseguían a los invasores, había cambiado de montura con la mayor frecuencia posible porque resultaba imposible darles un cuidado adecuado. Cuando, debido al crecimiento del ejército, ellos tenían acceso a un pienso mejor y algo de tiempo para descansar, él había descubierto que se estaba encariñando con el caballo castrado pardo que le había tocado en suerte, y le había puesto Currem de nombre por el color de su pelaje.

Tiro, el caballo nuevo, tenía la irritante costumbre de intentar morderlo. Además, era feo. Dakon no sabía cuál de los magos que habían muerto era el dueño de Tiro, pero, fuera quien fuese, debía de tener una paciencia infinita.

Se volvió hacia Narvelan. El joven mago tenía una expresión sombría y preocupada. Como siempre últimamente. El amigo alegre que Dakon conocía todavía afluía de vez en cuando, pero ahora el sentido del humor de Narvelan tenía un toque macabro. Era el único mago que había estado dispuesto a quedarse con la yegua de lord Werrin. Ninguno de los demás la había querido, pues sabían que les traería constantemente a la memoria el sacrificio de su antiguo dueño.

Dakon se estremeció al recordarlo. Cuando la energía de los últimos magos comenzaba a agotarse, lord Werrin había cubierto a todas las tropas con un escudo mientras pugnaban por montar en sus caballos y huir. El rey le había acercado un caballo. El mago había murmurado unas palabras al monarca, que había palidecido y había clavado la mirada en él por un momento. Entonces el rostro de Errik se había puesto tenso. Tras asentir y estrechar el brazo a su amigo, había dado media vuelta, llevándose la yegua consigo.

Werrin seguía manteniendo el escudo cuando el último de los magos se alejaba ya sobre su montura. Dakon se había detenido por un momento para volver la vista atrás, antes de que Narvelan le gritara que se marchara y los dos se lanzaran al galope.

Werrin no debió de sobrevivir mucho tiempo más.

Más tarde, ese mismo día, los elyneos se habían incorporado al ejército.

«Ah, que necesito tan nefastas puede tener elegir el momento —pensó Dakon—. Si ellos hubieran llegado uno o dos días antes... O, si hubiéramos sabido que venían, tal vez habríamos esperado un día más para enfrentarnos a los sachakanos.»

Habían sobrevenido muchas tragedias porque no habían recibido información a tiempo. Él no se habría marchado de Mandryn si hubiera sabido que Takado iba a atacar. Habría evacuado la aldea. Si el rey hubiera estado seguro de la invasión de los sachakanos y de cuándo planeaban iniciarla, habría podido prepararse para afrontarla, tal vez incluso evitarla.

Nadie podía predecir el futuro, ni siquiera los magos. E incluso ellos solo podían formarse una idea aproximada de la fuerza del enemigo o de la suya propia. Dakon había estado convencido de que con un ejército más grande que el del enemigo no podían perder la batalla. Se había equivocado, al igual que muchos otros.

¿Volverían a equivocarse? No tenían otro remedio que intentar calcular de nuevo la fuerza de ambos bandos basándose en lo que sabían. Habían muerto más sachakanos que kyralianos, pese a sus esfuerzos por copiar el ardid de sus adversarios y protegerse unos a otros. Por tanto, aunque los kyralianos habían perdido a muchos de los suyos, seguían siendo más numerosos.

Una vez más, habían sobrevivido para volver a fortalecerse. Por el momento, solo habían conseguido extraer de sus aprendices la energía de un día. Los sachakanos, en cambio, tenían la de los esclavos y la de los desafortunados que se cruzaban en su camino. Por desgracia, no habían tenido tiempo de desalojar de forma eficiente las aldeas situadas entre Puentefrío e Imardin. Por otro lado, estaban los criados del ejército, abandonados en Puentefrío. Aunque les habían avisado que huyeran con un poco más de antelación que a los aldeanos, no era improbable que los sachakanos les hubiesen dado alcance.

Sin embargo, Kyralia tenía unos aliados nuevos: los elyneos.

Su líder, enviado por el rey de Elyne, era un mago de baja estatura pero inteligencia aguda llamado Dem Ayend. El Dem cabalgaba en cabeza, junto con el rey y Sabin. Dakon alzó la mirada hacia los líderes, y sus ojos se desviaron de inmediato hacia la vista que se abría ante él. Habían coronado una cuesta pequeña próxima a la ciudad, y ahora divisaban el paisaje que la rodeaba.

Que estaba recubierto de viviendas improvisadas y de gente.

Se le encogió el corazón cuando comprendió de qué se trataba. Las barriadas de las afueras de la ciudad eran diez veces más extensas que antes debido a la llegada de los desplazados procedentes del campo, que apenas poseían más pertenencias que las que habían podido acarrear y se habían instalado allí donde habían encontrado un hueco. Conforme el ejército se acercaba, Dakon notaba un hedor cada vez más intenso. Lo había percibido antes, pero había supuesto que emanaba de los excrementos de los numerosos animales domésticos que pacían en las laderas del ancho valle y que seguramente habían traído consigo quienes huían de los invasores. Ahora lo reconoció como el olor característico de las personas que vivían hacinadas y en pésimas condiciones de salubridad. Era un olor que ya asociaba con las barriadas de la ciudad, pero que ahora había empeorado mucho.

Cuando las tropas se hallaban más cerca, la gente empezó a dirigirse hacia ellas por entre las barracas, y pronto se formó una multitud a ambos lados del camino. «¿Cuánto sabrán? ¿Se habrán enterado de nuestra derrota, o esperan un anuncio triunfal de nuestra victoria?» Dakon vio que ya había personas alineadas a los lados de las calles de la ciudad.

Miles de rostros atentos observaban al rey mientras atravesaba las barriadas extendidas al frente de su ejército. Se desató un vocerío ensordecedor. Dakon no podía distinguir si la muchedumbre los aclamaba o los abucheaba, si simplemente hablaban entre sí a gritos para hacerse oír por encima del estruendo o si vociferaban contra el ejército, pero el sonido estaba cargado de expectación.

Las tropas se abrieron paso hasta la plaza del Mercado, donde el rey se detuvo. Lord Sabin hizo un gesto a los magos y aprendices para que se apiñaran detrás de él, con la espalda hacia los muelles. Acercaron un carro, y el rey descabalgó sobre él. Permaneció allí de pie, en silencio, contemplando con expresión serena y paciente la multitud que estaba reuniéndose ante él. Lord Sabin subió al carro y se colocó a su lado.

—Por favor, callaos para que el rey pueda hablar—dijo en voz muy alta y repitió la petición varias veces.

Poco a poco, el ruido se atenuó.

—Habitantes de Kyralia—comenzó el rey Errik—, vuestros magos han estado luchando por vuestra libertad. Luchando y muriendo. Se han enfrentado al enemigo en dos batallas; dos veces se han batido en retirada.

Al fijarse en las caras del público, Dakon vio consternación y temor. El rey hizo una pausa lo bastante larga para que asimilaran la noticia antes de proseguir. Sonrió.

—Pero, como suele ocurrir con la magia, nada es sencillo o simple.—Dakon observó divertido que algunos asentían como si supieran de qué estaba hablando el rey—. Los sachakanos tal vez nos han vencido, pero han pagado cara su victoria. Muchos murieron en la primera batalla, mientras que nuestros magos sobrevivieron para poder luchar de nuevo. En la segunda, se produjeron bajas en ambos bandos, pero nuestras fuerzas estaban muy igualadas. Perdimos por un margen mínimo.—Hizo otra pausa y escrutó al gentío con semblante adusto—. La tercera batalla decidirá nuestro futuro.—Un asomo de sonrisa se dibujó de nuevo en sus labios—. Creo que podemos ganarla. ¿Por qué? Porque nuestro destino ya no depende únicamente de los magos que tengo detrás. Depende de vosotros.

Dakon advirtió que algunos fruncían el ceño, pero más que nada en señal de desconcierto. Se oyó un murmullo que se apagó enseguida. El rey extendió las manos como si quisiera envolver a la multitud entre sus brazos.

—Depende de que cedáis vuestra energía a vuestros magos, una energía que todos poseéis, con independencia de lo ricos o pobres que seáis. Y si os pido que la cedáis es porque jamás le exigiría esto a ningún hombre o mujer. No sois esclavos, aunque si los sachakanos se salen con la suya, pronto lo seréis. Yo prefiero morir a sufrir la humillación de que me impongan sus costumbres bárbaras, o se las impongan a mi pueblo.—Enderezó la espalda—. Pero si decidís ceder vuestra energía a vuestros magos, no será solo la fuerza mágica lo que utilicemos para vencer a los sachakanos. Será la fuerza de la unidad, de la confianza y el respeto por lo que somos capaces de hacer todos, magos y no-magos, ricos y pobres, criados y patrones; la fuerza de la libertad por encima de la esclavitud.—Elevó la voz—. Demostraréis que no hace falta ser mago para tener el poder y la influencia necesarios para derrotar a nuestros enemigos.

Al oír el tono apasionado del rey, Dakon sintió un escalofrío. Escudriñó las caras de la gente otra vez. Muchos tenían clavada en el rey una mirada llena de esperanza y admiración. Cuando Errik levantó los brazos y abrió de nuevo las manos en un gesto exhortativo, se oyeron voces de aprobación.

—¿Qué dice el pueblo de Kyralia?—rugió el rey—. ¿Nos ayudaréis?—La respuesta fue una mezcla de asentimientos y aclamaciones—. ¿Os ayudaréis a vosotros

mismos? —Estallaron gritos de júbilo más fuertes—. Entonces, venid y donad vuestra energía a quienes tienen el deber de protegeros.

La gente se acercó en tropel. Dakon se percató de que la sonrisa de Sabin daba paso a una expresión de alarma. A pocos pasos del carro, la oleada de personas topó con una barrera invisible. Sin embargo, ellos no parecieron amilanarse. Tenían los brazos extendidos, con las muñecas hacia arriba.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —exclamó una voz junto a Dakon. Al volverse, vio que Narvelan contemplaba a la muchedumbre con ojos brillantes, casi ávidos. Miró a Dakon—. ¿Cómo podemos perder ahora? Aunque Takado encontrara a los criados..., ¿cómo van a igualar lo que tenemos aquí? Toda esta gente, suplicándonos que tomemos su energía. El rey... No me imaginaba que esto se le diera tan bien.

—Seguramente él tampoco —señaló Dakon—. No es que haya tenido que hacerlo nunca.

—No —convino Narvelan—, pero si es el resultado de una buena formación, quiero contratar a su profesor.

Dakon rió entre dientes. Sabin se volvió hacia los magos y les explicó cómo debían organizarse para absorber energía de la muchedumbre. Dakon se puso serio. Tendrían que darse prisa, o la duda y la impaciencia acabarían por enfriar el entusiasmo de la gente.

«Y no tenemos la menor idea de cuánto tiempo disponemos antes de que los sachakanos lleguen para rematarnos.»

La idea de extraer energía de cientos de hombres y mujeres normales y corrientes había incomodado tanto a Jayan en un primer momento, que había tenido que hacer un gran esfuerzo para realizar cada paso del ritual más o menos simplificado. Aunque los voluntarios estaban nerviosos al principio, en cuanto los que estaban detrás del primero vieron lo sencillo que era el proceso y que el hombre se encogía de hombros con una sonrisa antes de marcharse caminando, se tranquilizaron y empezaron a charlar entre ellos.

Los magos se habían distribuido en una hilera larga. La multitud se arremolinaba alrededor, y una persona se acercaba a un mago en cuanto el voluntario anterior se apartaba. Casi todos los que llegaban ante Jayan intentaban levantarle la moral y lo instaban a «darles su merecido a los sachakanos» o a «eliminar a esa escoria».

Él asentía siempre y les aseguraba que haría cuanto estuviese en su mano. También les daba las gracias. El tiempo transcurría en lo que parecía una sucesión interminable de muestras de apoyo, palabras de aliento y trasvases de energía. Bajo la cordialidad existía una sensación latente de urgencia, una tensión que lo habría impulsado a mirar hacia atrás continuamente si desde el lugar donde estaba se hubiera podido divisar el exterior de la ciudad.

El rey recorría la fila, agradeciendo su colaboración a la gente y dando muestras de ánimo. Jayan vio que las familias de los magos acudían a saludarlos y expresaban su alivio por verlos con vida. También fue testigo del dolor de quienes se enteraban de que sus seres queridos habían muerto. Su padre y su hermano no hicieron acto de presencia. Le habría asombrado que lo hicieran.

Cuando el día tocaba a su fin, el cansancio se apoderó de él, por lo que dejó de preocuparse y de pararse a observar aquellos encuentros emotivos, y centró su atención en la tarea de absorber energía. Los rostros aparecían y desaparecían, uno tras otro. Él ya no se fijaba en si los brazos que le ofrecían estaban limpios o sucios, cubiertos con harapos o con telas finas. Pero entonces, un par de brazos especialmente delgados lo hicieron detenerse y mirar dos veces al voluntario que tenía delante.

Un niño de no más de nueve años le devolvió la mirada.

Detrás de él, el número de voluntarios se había reducido a unas pocas personas, lo que le permitió dirigir la vista entre ellas hacia la multitud que se había formado a la orilla de la plaza para observar y esperar a que comenzara la batalla final. La penumbra del atardecer lo envolvía todo. La jornada había terminado. Habían tomado prácticamente toda la energía que la gente podía ofrecer. Jayan tenía sed. Mikken le había llevado comida y agua hacía un rato, pero el aprendiz ya no estaba cerca de allí.

Miró al niño y sacudió la cabeza.

—Eres un jovencito muy valiente —le dijo, sonriendo—, pero no extraemos energía de los niños.

El muchacho se encorvó. Exhaló un suspiro hondo y cómico. Entonces se llevó la mano al bolsillo y la tendió hacia Jayan.

«¿Qué hace? ¿Pretende darme dinero, o se trata de otra cosa? Eso está sucio...» Dejó a un lado sus dudas y abrió la palma. El niño dejó caer en ella un objeto pequeño y oscuro. Sonrió.

—Te dará suerte. —Acto seguido, dio media vuelta y se alejó corriendo.

Jayan examinó el objeto. Era un cuadrado de cerámica sin esmaltar, con una esquina desportillada. Alguien le había hecho un agujero en la parte superior para pasar por él un cordón de cuero o esparto, y en la superficie había grabadas unas líneas que formaban la figura estilizada de un insecto que él reconoció por haberlo visto en uno de los libros de Dakon.

«Una inava —pensó—. Me pregunto si el niño sabía que las inavas son originarias del norte de Sachaka. Seguramente, no.»

Tras guardárselo en el bolsillo, alzó la vista y cayó en la cuenta de que si nadie se había acercado para ocupar el lugar del niño era porque la muchedumbre se había dispersado. Los magos caminaban de un lado a otro o estaban reunidos en grupos. Echó un vistazo alrededor, localizó a Dakon y a Tessia y echó a andar hacia ellos. Al verlo, Tessia le hizo señas.

—Han avistado a los sachakanos desde las torres del palacio —le informó—. Llegarán dentro de una hora, más o menos. —Arrugó el entrecejo—. ¿Crees que nos hemos fortalecido lo suficiente esta vez para vencerlos?

Jayan asintió.

—Aunque hubieran capturado a todos los criados y habitantes de las aldeas, estos solo serían unos pocos cientos de personas. Nosotros hemos absorbido la energía de miles.

—Los sanadores han llegado hace una hora. Dicen que los criados se separaron y partieron en direcciones distintas para que los sachakanos tardaran mucho tiempo en seguirles el rastro a todos. Los sanadores cuentan con sus propios caballos, claro está, así que han cabalgado directamente hacia aquí.

Él notó el dejo de repugnancia en su voz.

—Es poco probable que alguna de las personas que haya caído en manos de los sachakanos necesite los cuidados de un sanador —señaló él.

—Cierto, pero atendían a varios enfermos. Yo habría esperado a que los sachakanos marcharan hacia Imardin y luego habría vuelto para ver si mis pacientes habían sobrevivido. —Esbozó una sonrisa irónica—. Pero tengo que reconocer que desde un punto de vista egoísta me alegro de volver a ver a Kendaria.

Él sonrió.

—Supongo que esta noche las dos saldréis por ahí para encontrar personas a quienes sanar. Espero que no abandonéis la seguridad de la ciudad.

Tessia le hizo una mueca y frunció el ceño de nuevo.

—Mientras tú luchas contra los sachakanos por primera vez.

Lo invadió el miedo por unos instantes, pero logró dominarlo. «La energía de miles —se recordó a sí mismo—. No podemos perder.»

—Al menos esta vez podré colaborar de alguna manera.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Su mirada era tan intensa, y su tono de intranquilidad tan evidente, que él descubrió que no podía mirarla a los ojos. «No debo hacerme ilusiones pensando que siente algo más que preocupación por un amigo —se dijo—. De todas formas, es agradable que a alguien le importe si vivo o muero —pensó, sin poder evitarlo—. Dudo que a mi padre y a mi hermano les importe.»

—Claro —le dijo—. No me he pasado casi una década estudiando, con unas ganas tremendas de emanciparme solo para morir ahora que soy mago superior.

Ella arqueó las cejas.

—Bien. Solo quería asegurarme de que tu emancipación repentina y tus primeras experiencias como líder no se te hubieran subido a la cabeza o te hubieran hecho concebir más ideas absurdas.

Jayan alzó la vista hacia ella.

—¿Más ideas absurdas? ¿A qué te refie...?

—Estaré observándote —advirtió Tessia—. Aunque... ¿dónde crees que tendrá lugar la batalla? ¿En la ciudad?

—No —contestó él. «¿Se estará refiriendo a mi idea de fundar un gremio de magos?»—. Tanto nuestra magia como la del enemigo podría causar víctimas inocentes, y las casas que recibieran un impacto acabarían reducidas a escombros. Saldremos a su encuentro. ¿A qué te refieres con ideas absurd...?

—¿Cuál crees que sería el mejor punto de observación?

Él sintió una punzada de inquietud. «Debería mantenerse a salvo, escondida y alejada del peligro.» Sin embargo, como dudaba que fuera a hacerlo, intentó pensar en un lugar seguro.

—Algún sitio elevado, cuanto más cerca del palacio, mejor. Evita las casas. Si un azote perdido se dirige hacia ti, lo peor que puedes hacer es estar dentro de una casa.

—Pero podría alcanzarme un azote perdido de todos modos.

—Si tienes los pies en el suelo, basta con que crees un escudo. Si estás dentro de una casa que se viene abajo, tendrás bastantes más problemas de los que ocuparte.

—Ah. —Sonrió de oreja a oreja—. Ya te entiendo.

Tuvo la sensación de que el corazón se estremecía en su pecho. «Creo que no lo soportaría si ella muriese...» Apartó ese pensamiento de su cabeza.

—Entonces, ¿a qué te referías con...?

El sonido de un gong ahogó sus palabras. Tessia desvió la vista. Con un suspiro, Jayan siguió la dirección de su mirada hasta el carro que estaba en el centro de la plaza. El rey había vuelto y estaba encaramándose a él. Sabin lo siguió empuñando un mazo de tamaño considerable. Junto al carro había un gong dorado y grande colgado de un bastidor que seguramente habían transportado hasta allí desde el palacio en una carretilla.

Magos y aprendices se acercaron despacio. Dakon apareció con Narvelan y los otros líderes. Cuando vio a Jayan y a Tessia, les indicó que se aproximaran con un gesto. Se abrieron paso juntos entre la multitud y, cuando llegaron junto a él, se encontraron, curiosamente, con Mikken. El joven le dirigió una sonrisa de disculpa a Jayan.

—Siento haber desaparecido. Me han reclutado como mensajero —murmuró.

Dakon se inclinó hacia Jayan.

—Hay más sachakanos —le dijo—. Aparecieron en el sur hace unos días y han llegado hasta aquí.

A Jayan se le encogió el corazón.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Unos veinte.

«Seguro que no son suficientes para enfrentarse a la energía de miles.» Pero entonces comprendió que si Takado no creyera que su ejército era un rival digno de las tropas kyalianas, no atacaría de nuevo.

Dakon se volvió hacia Tessia.

—El rey dice que si perdemos esta batalla, los aprendices deberían abandonar Kyalia.

Ella abrió la boca para protestar, pero Dakon alzó la mano para impedirlo.

—Los sachakanos os matarán a todos. Solo tendréis posibilidades de sobrevivir si buscáis asilo en otros países. Entonces tal vez podréis luchar por reconquistar Kyalia en el futuro.

Ella cerró la boca y asintió. El gentic guardaba silencio ahora, y todos posaron la mirada en el rey.

—Pueblo de Kyalia —comenzó Errik.

Mientras el soberano dirigía al público un discurso parecido al que había pronunciado al llegar, pero repleto de agradecimientos y elogios, la atención de Jayan se

desvió hacia el pequeño grupo de elyneos que se encontraba cerca de allí. Tenían un aspecto tranquilo y despreocupado. Algunos parecían aburridos, aunque el líder contemplaba al rey Errik con expresión atenta y pensativa. Dakon le había dicho que el método de Ardalen no era una novedad para los elyneos.

«Me pregunto qué otras técnicas mágicas conocen que nosotros no hayamos descubierto aún. ¿Podríamos persuadirles de que las compartieran con nosotros, tal vez a cambio de dejarles formar parte del gremio de magos? —Miró a Tessia de reojo—. ¿De verdad le parecerá absurdo?»

De pronto, todos prorrumpieron en aclamaciones. Jayan se sumó a ellos.

—Esta noche los sachakanos aprenderán a temer al pueblo que antes los temía a ellos —gritó el rey—. ¡Esta noche el Imperio sachakano caerá para siempre!

Se oyeron más aplausos. El rey bajó del carro de un salto, y Sabin lo siguió. Dakon se detuvo por un momento para volverse hacia Tessia. Ella le dio unas palmaditas en el brazo y lo instó a marcharse. Entonces miró a Jayan y entornó los ojos.

—Estaré observándote —repitió en una voz que apenas resultó audible por encima del ruido.

Acto seguido enlazó su brazo con el de Mikken y los dos se alejaron. Jayan reprimió una llamarada repentina de celos y salió a toda prisa detrás de Dakon mientras los magos de Kyralia se encaminaban hacia las afueras de la ciudad para afrontar su última oportunidad de vencer a Takado y sus aliados.

Al principio, Tessia no pudo seguir el consejo de Jayan. Cuando los magos habían pasado, la multitud se cerró detrás de ellos y la arrastró consigo. Su brazo se soltó del de Mikken, y cuando este volvió la vista hacia ella, nervioso, ella agitó la mano para indicarle que se encontraba bien. Siempre que podía, evitaba torcer a la izquierda, hacia el río, y en cambio aprovechaba todas las oportunidades posibles para dirigirse a la derecha, por donde el terreno se inclinaba hacia arriba.

Pronto dejó atrás los últimos edificios de la ciudad, y la muchedumbre avanzaba por las barriadas y entre las barracas improvisadas de los pobres y los que se habían quedado sin hogar. Tessia finalmente consiguió llegar al borde de la aglomeración. Cuando salió de aquella marea humana, se incorporó a un denso muro de espectadores. Mientras caminaba de regreso a la ciudad, se fijó en un grupo de personas un poco mejor vestidas que las demás y el corazón le dio un brinco al reconocerlas.

«Los sanadores —pensó—. ¡Y Kendaria!»

Su amiga la había visto y le estaba haciendo señas. Esquivando gente y zigzagueando entre los espectadores y la orilla de la multitud en movimiento, Tessia se abrió camino hacia ella. Algunos sanadores le dirigieron un ademán cortés de la cabeza, pero no dijeron nada. Ella vio que uno de ellos se inclinaba hacia otro para susurrarle algo, y que los dos fijaban la vista en ella achicando los ojos.

—Aprendiz Tessia —dijo Kendaria, gritando por encima de la algarabía—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué está saliendo la gente de la ciudad?

—Seguramente para presenciar la batalla —respondió Tessia, también a voz en cuello—. Y no es una buena idea. Deberían quedarse bajo techo, mantenerse alejados.

Kendaria hizo un mohín.

—No se puede luchar contra la curiosidad de la gente. ¿Desde dónde pensabas presenciarla tú?

Tessia sonrió.

—Jayan me ha recomendado que vaya a algún sitio por ahí arriba. —Señaló la pendiente—. Cerca del palacio. ¿Puedo llegar allí desde aquí?

—Claro, pero tendrás que atajar por las barriadas. ¿Me permites acompañarte?

—Por supuesto. —Tessia posó la vista en los otros sanadores. Kendaria les echó una mirada fugaz y se encogió de hombros.

—No te preocupes, les da igual adónde vaya. —Tomó a Tessia del brazo—. Vamos allá.

Aunque las barracas componían un laberinto caótico y confuso, Tessia no dejaba de avanzar cuesta arriba, manteniendo encendido un globo de luz sobre sus cabezas. Le sorprendió la cantidad de personas que había allí, como si no supieran o no les importara que una batalla que iba a decidir su futuro estuviera a punto de librarse cerca de allí. Muchos parecían demasiado enfermos para preocuparse por ello. Otros estaban borrachos y caminaban arrastrando los pies o tambaleándose, o bien dormían. Tessia intercambió varias miradas con Kendaria, y en cada ocasión notaba que la mujer estaba tan consternada por lo que veía como ella. «Algún día volveré aquí para intentar ayudar...»

Por fin las barracas se hicieron menos numerosas y la pendiente se tornó más empinada. Unos veinte pasos después de la última casucha derruida, Kendaria se volvió hacia ella.

—¿Crees... que podemos conformarnos... con este sitio? —jadeó.

Seguían estando muy lejos del palacio. Tessia se detuvo y miró hacia atrás.

—Creo que sí.

Desde allí se dominaban las barriadas, el camino y el paisaje que se abría frente a la ciudad. La muchedumbre se había distribuido a ambos lados del sendero y se extendía, formando un arco amplio, desde la orilla del río hasta donde comenzaban los refugios, en la falda de la colina. Habían colocado lámparas en torno a la entrada a la ciudad. Al otro lado estaba el ejército kyaliano, dividido ahora en grupos de siete magos que estaban tomando posiciones para formar una fila.

Varios pasos más lejos estaba el ejército sachakano. Su tamaño era dos tercios del de Kyalia. Para la mayoría de los observadores, esto significaba que el bando kyaliano partía con una clara ventaja. Sin embargo, el grupo de recién llegados al ejército sachakano había atravesado el sur de Kyalia sin encontrar resistencia y fortaleciéndose conforme avanzaba. No había manera de saber cuánta energía habían acumulado.

«Pero nosotros tenemos la de toda esta gente —se recordó a sí misma—. Seguro que será más que suficiente.»

Las luces que flotaban encima de ambos ejércitos proyectaban sendos círculos luminosos en el suelo. Dos figuras se dirigieron del bando kyaliano al enemigo. Tessia los reconoció: eran el rey Errik y el mago Sabin.

Desde el lado contrario, otra figura dio unos pasos al frente. Tessia entornó los ojos y sintió un escalofrío cuando reconoció a Takado. La imagen de su rostro mirándola con expresión lasciva le vino a la memoria. Al pensar en todo el daño que él había hecho desde entonces, supo que había sido muy afortunada, no solo por haber descubierto la magia en su interior que le había permitido quitárselo de encima, sino porque él no había podido arriesgarse a matarla en aquel momento.

«Ah, pero ojalá lo hubiera matado, en vez de arrojarlo al otro extremo de la habitación. Me habría odiado a mí misma por ello, pues no sabía que planeaba invadir Kyalia, pero nos habría ahorrado muchas muertes y mucho dolor.»

Este pensamiento trajo consigo una rabia profunda, y por un momento se imaginó que estaba allí abajo, lanzando el azote final contra Takado, el que lo reduciría a cenizas o le rompería en pedazos todos los huesos del cuerpo. Entonces se estremeció, repelida por sus propias fantasías.

«¿Cómo puedo pensar en herir y matar, si lo que más quiero es sanar a la gente y salvar vidas? —Suspiró—. Supongo que llevo a una pequeña guerrera dentro, después de todo.»

—¿Qué crees que están diciendo? —preguntó Kendaria.

Tessia se encogió de hombros.

—¿Están enumerando sus puntos fuertes y los puntos débiles de los otros? ¿Se están insultando?

—Estarán intercambiándose amenazas, supongo.

—Sí, esa clase de cosas. Tal vez están invitando al otro bando a rendirse.

De improviso, un destello voló desde Takado hacia el rey Errik. De inmediato, el aire comenzó a vibrar, inundado de luces. Un sonido como de trueno retumbó en la ladera y dio lugar a un rumor sordo y constante, pues el último estampido nunca llegaba a apagarse antes de que sonara el siguiente. Entre los rayos deslumbrantes, Tessia vio que Errik y Sabin retrocedían tranquilamente para reincorporarse a su grupo. Tessia reconoció a Dakon entre ellos.

De pronto tenía el corazón desbocado a causa del miedo. Los aprendices no habían presenciado las últimas dos batallas, pues se habían quedado en un lugar seguro, lejos del peligro. La impaciencia y la frustración por no saber qué ocurría se habían apoderado de ella, pero ahora casi echaba de menos aquella ignorancia. Si Dakon o Jayan caían en combate, ella sería testigo de su muerte, y no estaba segura de querer serlo.

«¡Jayan! ¿Dónde está Jayan?» Empezó a buscarlo con la mirada.

—Al público le están entrando dudas —observó Kendaria.

—¿Qué? Ah. —Tessia advirtió que el arco formado por espectadores empezaba a recular a toda prisa, atropellándose unos a otros en su desesperación por alejarse lo máximo posible del calor y la vibración de la magia.

Por el momento, ningún azote, perdido o deliberado, había salido de los confines del campo de batalla. ¿Estaban escudando la ciudad los kyalianos? Por otro lado, ella tampoco había visto que los sachakanos lanzaran un ataque evidente que no estuviera dirigido al ejército.

«La matanza de plebeyos y la destrucción de edificios ya vendrán después. Por ahora, es más importante para ellos centrar toda su energía en el combate. Mal podrán considerarse vencedores si derriban algunas paredes pero no derrotan al enemigo.»

—Resulta bastante espectacular —comentó Kendaria en voz baja—. De no ser porque intentan matarse unos a otros, me parecería incluso bonito.

Tessia miró a su amiga. Un resplandor iluminó el rostro de Kendaria por un momento, revelando una expresión de asombro y tristeza.

—Ah... Un enemigo menos.

Tessia bajó la mirada y escrutó las filas enemigas. En efecto, un sachakano había caído. Un esclavo intentaba llevárselo a rastras. Tendió la vista más allá de la línea enemiga y divisó dos figuras diminutas que yacían en la hierba, alzando la cabeza de vez en cuando para mirar la batalla.

«Sus esclavos. Me pregunto si Hanara se halla entre ellos. —Al pensar en él se acordó de su sonrisa tímida y nerviosa—. ¿De verdad nos traicionó marchándose y avisando a Takado de que la aldea se encontraba desprotegida? Creía que estaba contento, o al menos aliviado, por gozar de libertad y seguridad. Supongo que en el fondo nunca llegué a comprenderlo.»

—Ah, otro menos. Y otro —murmuró Kendaria—. ¿Ha caído alguno de los nuestros?

Tessia recorrió la línea kyaliana con la mirada.

—No. —Había una figura situada en un extremo que le resultaba familiar. El corazón le dio un vuelco cuando la reconoció.

«Jayan. Ahí está. Vivo.»

Estaba de pie, apretando con una mano el hombro de lord Everran. Lady Avaria se encontraba en el mismo grupo. Tessia reparó en que otros magos le trasvasaban energía. Se preguntó cuál de los dos lanzaba azotes y cuál escudaba al grupo.

Dirigió la vista hacia el otro lado, y le llamó la atención un esclavo que huía de la batalla. Ante los ojos de Tessia, tropezó y cayó de bruces. Entonces su pie se elevó, y él empezó a deslizarse de regreso hacia la línea sachakana, arañando la tierra en vano. Cuando llegó cerca de su amo, este lo agarró de un brazo. Un cuchillo destelló. Hubo un momento de quietud. Después, el sachakano volvió a la batalla, mientras el esclavo permanecía inmóvil tras él.

Tessia no podía apartar la mirada de aquella figura diminuta. «Acabo de presenciar algo de lo que me han hablado en muchas lecciones y que he visto representado en muchos simulacros de batallas. Un sachakano que mata a su esclavo arrebatándole su energía. Pero eso significa que...»

—¿Vamos ganando? —preguntó Kendaria, casi sin aliento. Miró a Tessia—. Sí, ¿verdad? Casi todos ellos han caído.

—No es fácil saberlo.

Un mago sachakano solo le quitaba la vida a un esclavo fuente si estaba agotando su energía. Si estaba desesperado. Mientras ella observaba, el sachakano que había matado a su esclavo dejó de luchar y se resguardó detrás de otro mago.

Pero no todos los sachakanos buscaban la protección de sus aliados. Aunque más de la mitad había muerto o se parapetaba detrás de sus compañeros, los demás combatían con aplomo. Ella se obligó a examinar el bando kyaliano, y se le elevó el ánimo.

No había muerto uno solo de ellos. Miró con mayor detenimiento. Solo un grupo había buscado el amparo de otro. Por la ropa que llevaban, Tessia supo que se trataba de los elyneos.

«¡Ah! Los elyneos no deben de haber tomado energía de la gente kyaliana. Se habría considerado una insolencia que ellos, los lanianos o los vindeanos extrajeran magia a personas que no fuesen compatriotas suyos. Y también es posible que los kyalianos se hubieran negado a ceder magia a extranjeros, por más que estos hayan venido a ayudarnos.»

La recorrió una oleada de emoción.

—La cosa pinta bien —dijo.

Kendaria soltó una risita.

—Sí, ¿verdad?

No había plantas que ocultaran a Hanara a la vista de los kyalianos ni que le dieran la falsa impresión de que lo protegían de las ráfagas de magia que volaban hacia él. Se agachaba cada vez que veía que un azote se aproximaba, aunque el escudo de Takado los desviaba todos.

A solo una docena de pasos de donde se encontraba, un mago sachakano estalló en llamas. Los que se resguardaban detrás de él se dispersaron rápidamente a derecha e izquierda. Uno de ellos tropezó sobre unos esclavos que avanzaban a tientas hacia su amo muerto. Se volvió hacia ellos y los maldijo, y entonces una expresión reflexiva y calculadora asomó a sus ojos. Se acercó a uno de los esclavos, lo aferró del brazo y desenvainó su cuchillo con un movimiento fluido. El chillido de protesta del esclavo cesó bruscamente cuando el hombre comenzó a extraer energía de él.

Los otros esclavos se levantaron y arrancaron a correr. Para cuando el mago terminó, se habían refugiado entre los esclavos que sujetaban a los caballos. El mago puso mala cara y fue a resguardarse. Hanara vio que el esclavo muerto tenía los ojos abiertos, fijos en el cadáver de su amo, y se estremeció.

Alzó la vista hacia Takado. «¿Posee la fuerza suficiente para resistir como los refuerzos de Nomako, o tendrá que guarecerse detrás de los guerreros del emperador?»

Después de la última batalla, Takado y sus aliados habían recorrido el camino, deteniéndose en cada pueblo o aldea y rondando por la zona para capturar y matar a todas las personas que encontraban. Habían masacrado a cientos.

Pero más tarde, ese mismo día, se habían topado con un grupo de veinte sachakanos que afirmaban haber acudido para unirse a Takado. Aunque este se había mostrado cordial con los recién llegados, más tarde les confió a Asara y Dachido que había reconocido a algunos de los guerreros.

—Son aliados de Nomako —dijo—. ¿Os habéis fijado en lo bien que se llevan con el último grupo que se incorporó a nuestro ejército? Casualmente, también constaba de veinte miembros.

—El momento que han elegido para venir me preocupa tanto como me complace —admitió Dachido—. ¿Crees que Nomako los envió al sur? Takado asintió.

—Para que se unieran a nosotros justo cuando hubiéramos consumido gran parte de nuestra energía en batallas anteriores.

Asara frunció el ceño.

—Quieren apropiarse de nuestra victoria.

—No si yo puedo evitarlo —gruñó Takado.

Así pues, los tres habían retrasado unas horas más el viaje a Imardin a fin de salir en busca de más energía. Habían matado a personas y animales, cualquier cosa que pudiese proporcionarles unas migajas más de magia.

«Pero no les ha servido de nada», pensó Hanara. Cuando dirigió la mirada más allá de Takado, vio que no había caído un solo kyaliano. No estaban cansados ni buscaban la protección de sus vecinos. Su ataque no perdía fuerza.

En un suspiro, perecieron dos sachakanos más.

—¡Jochara!

El joven esclavo, que estaba a unos pocos pasos de distancia, se puso de pie y acudió a toda prisa junto a Takado. Cuando se disponía a postrarse, la mano de Takado apareció de forma inesperada, como una serpiente, y le asió el brazo. Al ver el fulgor de un cuchillo, Hanara se sobrecogió. Jochara, sorprendido, miró a Takado, continuó mirándolo por unos momentos y, cuando se desplomó sin vida, aún tenía los ojos fijos en él.

—¡Chinka!

Hanara vio que la esclava se encaminaba hacia su amo con la espalda erguida y el semblante adusto. Se arrodilló y le ofreció su muñeca. Takado vaciló solo por un instante, pero luego le tocó la piel con el cuchillo. Ella cerró los ojos y murió con una expresión de alivio en el rostro.

«Así debería morir yo —pensó Hanara sin poder evitarlo—. Aceptando la muerte, sabiendo que he servido bien a mi amo. Pero entonces, ¿por qué tengo el corazón desbocado?»

—¡Dokko!

Hanara oyó un gemido de protesta a su izquierda. Al volverse, vio que el hombretón se ponía de pie trabajosamente y ponía pies en polvorosa. Sin embargo, no llegó muy lejos. Una fuerza invisible lo empujó hacia atrás. Él cayó al suelo y rompió a gritar mientras se deslizaba sobre el terreno. El rostro de Takado era una máscara de ira.

«Le irrita tener que malgastar energía.»

Los alaridos del esclavo cesaron. Takado se dio la vuelta y se dirigió hacia el campo de batalla.

—¡Hanara!

Una sensación de calor se extendió por la entrepierna de Hanara. Miró hacia abajo, horrorizado por su pérdida de control, por su incapacidad de dominar el terror y conformarse con su destino. Intentó obligar a sus brazos temblorosos a impulsar su cuerpo hacia arriba.

—¡Hanara! ¡Ve a buscar el caballo!

Un alivio inmenso lo inundó, y recuperó sus fuerzas. Se levantó apresuradamente y corrió hacia donde estaban los esclavos encargados de los caballos. Sus manos, que aún no habían asimilado la información de que no iba a morir, temblaban mientras empuñaban las riendas del caballo. Por fortuna el animal no se resistió, aunque saltaba a la vista que no le gustaba que lo condujeran hacia el ruido y la vibración de la batalla mágica. Hanara advirtió que otros esclavos estaban llevando caballos hacia la primera línea de fuego. Los magos que habían reparado en ello comprendieron aterrados lo que estaba ocurriendo y miraron a Takado con la cara demudada de pánico y rabia.

—Amo —lo llamó Hanara cuando estaba cerca.

—Espera —le ordenó Takado.

Tendió la mirada más allá y vio que varios magos del ejército kyaliano daban unos pasos al frente antes de detenerse.

Quizá había sido un reflejo colectivo, o tal vez una orden de atacar que habían revocado de inmediato. Pero el efecto que produjo fue como el de una racha de viento. La línea sachakana se disgregó de repente. Los magos corrían, los esclavos huían. Todos morían.

Un rugido atronador estalló en la ciudad. Los kyalianos de a pie habían prorrumpido en gritos de alegría. El ruido resultaba ensordecedor.

Takado giró sobre los talones y se acercó a Hanara con grandes zancadas. Cogió las riendas del caballo y montó sobre la silla de un salto. Se detuvo por un momento y bajó la mirada hacia Hanara.

—Sube.

Hanara se encaramó detrás de su amo, demasiado consciente de que sus pantalones húmedos estaban apretados contra la espalda de Takado. Notó que este se ponía rígido y lo oyó sorberse la nariz.

—Si no necesitara un esclavo fuerte, Hanara... —dijo Takado.

No terminó la frase. Sacudió la cabeza, espoleó al caballo para que avanzara al galope, y Hanara no pudo hacer otra cosa que agarrarse y esperar que la energía de su amo durase hasta que se encontraran lejos del alcance de los azotes enemigos.

Cuando el sonido ascendió por la ladera y llegó hasta sus oídos, Tessia cayó en la cuenta de que eran gritos de entusiasmo del pueblo de Kyalia. A su lado, Kendaria soltaba chillidos de alegría. Con una sonrisa, Tessia profirió un aullido. Se miraron entre sí y rieron. Se pusieron a dar saltos, agitando los brazos y gritando desenfadadamente. «¡Les hemos ganado, les hemos ganado!», canturreaba Kendaria. Algo en el interior de Tessia se relajó, como si un nudo se hubiera deshecho, y ella sintió que el miedo y la tensión de los últimos meses abandonaba su cuerpo. Habían vencido. Por fin habían derrotado a los sachakanos. Kyalia estaba a salvo.

De pronto, Tessia se quedó sin aliento y se detuvo, y mientras la euforia cedía el paso al agotamiento, la joven notó que la tristeza se apoderaba de ella otra vez. «Sí, los hemos vencido, pero hemos perdido tanto... Han sembrado tanta muerte y destrucción...»

—Van a perseguirlos —dijo Kendaria.

Tessia dirigió la vista colina abajo de nuevo y divisó a unos criados que avanzaban a toda prisa para llevarles a los magos sus caballos.

La sanadora ya no sonreía.

—Espero que los encuentren cuanto antes. No conviene que se queden merodeando por aquí para atacar a la gente de la zona.

—Casi no queda nadie ahí fuera a quien atacar —repuso Tessia, aunque sabía que eso no podía ser verdad.

La gente había estado rehuyendo a los sachakanos, quedándose atrás para proteger sus posesiones de los saqueadores o para cuidar de los seres queridos enfermos que no podían viajar.

—Bajemos para unirnos a las celebraciones.

Tessia sonrió de oreja a oreja y acomodó el paso al de su amiga.

—Sí. Sospecho que la mayoría de los kyalianos despertará mañana con una resaca espantosa.

—De eso puedes estar segura —dijo Kendaria—. Espero que todavía lleves remedios para el dolor en la bolsa de tu padre.

Tessia se estremeció cuando un pesar que conocía bien se instaló de nuevo en su corazón.

—La perdí después de la última batalla.

Su amiga la miró e hizo una mueca de condolencia.

—Siento oír eso.

—En realidad, no importa. —Tessia hizo un esfuerzo por encogerse de hombros—. Siempre puedo conseguir otra bolsa, instrumentos nuevos y más remedios. Lo verdaderamente importante es lo que me enseñó mi padre. —Se dio unos golpecitos en la frente con el dedo—. Esto es valioso para otras personas; la bolsa solo tenía valor para mí.

Kendaria la miró de reojo.

—Y supongo que pronto no necesitarás instrumentos ni remedios, cuando hayas descubierto cómo sanar con magia.

Tessia logró esbozar una sonrisa.

—Pero eso me llevará un tiempo. Si es que alguna vez lo consigo. Hasta entonces, creo que será mejor que siga haciendo las cosas a la manera tradicional.

QUINTA PARTE

Cuando el carruaje atravesó las puertas, Stara alzó la vista, sorprendida. Aunque se encontraban en el típico patio de entrada con que contaba la mayor parte de las casas sachakanas, una vivienda de dos plantas que no estaba enlucida se alzaba a un lado. El suelo de la zona más larga del patio estaba cubierto de una piedra blanca y lisa con vetas grises.

—Es una de las casas más antiguas de Arvice —le dijo Kachiro—. Según Dashina, tiene casi seiscientos años.

—No parece deteriorada —observó Stara.

—Su familia siempre la ha restaurado y se ha ocupado de su mantenimiento. Hubo que reconstruir buena parte de la fachada hace cien años, a causa de un terremoto.

En el interior, la casa tenía techos altos y sus paredes se abrían enseguida para dar cabida a una sala maestra espaciosa situada a un nivel más bajo. Las puertas que había a cada lado revelaban pasillos paralelos a la estancia, y encima había otras aberturas que daban a pasillos de la planta superior que discurrían directamente sobre los de abajo.

El ritual de recibimiento se desarrolló como de costumbre. Dashina les dio la bienvenida a Kachiro y a ella, y los amigos de su esposo se acercaron para saludar. Aunque los otros hicieron caso omiso de ella, Chavori captó su mirada y le sonrió. Ella correspondió con un gesto cortés de la cabeza. El joven había visitado la casa de su esposo (ella no se había acostumbrado aún a considerarla su propia casa) en tres ocasiones más, y siempre había llevado mapas consigo. Aunque siempre dedicaba un rato a mostrárselos y explicárselos, cada vez pasaba menos tiempo con ella y más con Kachiro. Su esposo aún no había insinuado que no le parecería mal que ella se hiciera amante de Chavori.

Recorrió la sala con la vista y acabó posando los ojos en las esclavas. Se percató de que todas eran mujeres, y todas jóvenes y hermosas. Llevaban mantos exigüos e iban cargadas de joyas. Stara pensó en la historia de Tashana y en la afición de su esposo por las esclavas de placer. «¿Es lo que son estas mujeres? Naturalmente. Dada su belleza, no pueden ser otra cosa.» Por un momento, se preocupó por Kachiro. Si Dashina se acostaba con aquellas mujeres, todas padecían la enfermedad que él le había contagiado a su esposa, y si Dashina invitaba a Kachiro a... Pero eso no podía ocurrir, al menos si Kachiro estaba realmente incapacitado para ello, como aseguraba.

«En qué situación tan extraña he acabado —reflexionó ella—. ¡Tengo un marido que me gusta lo suficiente para provocarme celos, pero no tengo motivos para ponerme celosa!»

Tashana apareció en una de las puertas y entró en la sala. Se acercó en silencio a Stara y la tomó de la mano.

—¿Puedo robarte a tu esposa durante un rato, Kachiro? Por favor, di que sí.

Él se volvió y se rió.

—Por supuesto. Sé que tenía muchas ganas de verte otra vez. —Le dedicó una sonrisa a Stara—. Ve —la apremió con suavidad—. Pásalo bien.

Tashana salió de la sala con Stara y la guió por el pasillo, que era mucho más largo que el salón principal. Por costumbre, Stara se fijó en el sonido de los pasos de Vora tras ella. La esclava caminaba tan silenciosamente, que Stara a veces temía haberla dejado atrás y volvía la vista para comprobarlo, lo que siempre le valía una expresión ceñuda de desaprobación. Se suponía que no debía demostrar tanto interés por una esclava.

—¿Cómo estás? —preguntó Tashana—. ¿Te parece muy caluroso el verano?

—Sana y feliz —respondió Stara—. Y estoy acostumbrada a los veranos calurosos. Los de Elyne lo son, aunque allí llueve más y la humedad hace que el calor resulte aún más agobiante. ¿Y tú cómo estás? Tu piel tiene buen aspecto.

Tashana se encogió de hombros.

—No me quejo. Las manchas desaparecen de vez en cuando, pero siempre vuelven. Mientras no las tengo, estoy muy bien. —Le sonrió a Stara y cruzó una puerta que comunicaba con una sala amplia.

Las otras esposas estaban sentadas en bancos cubiertos con cojines. Se pusieron de pie cuando Stara y Tashana entraron. Intercambiaron los saludos habituales, pero cuando terminaron, las mujeres no regresaron a sus asientos.

—Hemos pensado que estaría bien que Tashana te llevara a dar una vuelta por la casa —le dijo Chiara a Stara. Se volvió hacia Tashana—. Guíanos.

Cuando la anfitriona les hizo señas para que la siguieran y salió por una puerta, Stara advirtió que las esclavas de las esposas habían aparecido y caminaban en pos de ellas junto con Vora. Las esposas y esclavas que recorrían los pasillos y las habitaciones de la casa de Dashina y Tashana formaban un grupo nutrido. Esto se hizo más patente cuando abandonaron las estancias grandes y lujosas para enfilarse en un corredor estrecho y sin adornos en el que resonaban sus voces y sus pasos.

«Esto no parece una parte de la casa frecuentada por sus propietarios —pensó Stara—, sino más bien una parte utilizada por los esclavos. Aunque tampoco es que haya visto muchos alojamientos de esclavos desde que volví a Sachaka.»

Al final del pasillo, Tashana entró en un salón grande en el que había mesas de madera maciza y varias esclavas que clavaron los ojos en ella y en las otras esposas. Stara se dio la razón a sí misma. Había acertado en su suposición. Pero ¿qué hacían allí? Posó la vista en Tashana, que sonrió y señaló con un movimiento de la cabeza un punto situado detrás de Stara. Cuando esta se volvió hacia las esclavas, se percató de que una de ellas, de cabello cano pero constitución robusta, se había puesto de pie y caminaba hacia ella.

—Bienvenida, Stara —dijo la mujer. Pese a ser una esclava, miró a Stara —dijo la mujer. Pese a ser una esclava, miró a los ojos. Por otro lado, ni ella ni las otras esclavas se habían postrado ante la señora de la casa—. Me llamo Tavara. Como ya habrás notado, soy mujer y soy esclava. Pero eso no es todo lo que soy. —Hizo un gesto hacia las mujeres que se encontraban junto a Stara y a las que estaban sentadas a las mesas—. Soy una especie de líder. Hablo en nombre de estas mujeres, y de las otras, que se han comprometido en secreto a socorrer a otras mujeres a cambio de la ayuda que todas necesitamos.

Stara echó un vistazo a las esposas, que asintieron con la cabeza, serias pero con expresión alentadora. Miró a las esclavas y vio que la observaban con suspicacia... y algo más. ¿Esperanza?

«Un grupo secreto —pensó—. De mujeres. ¿Son estas las personas que salvaron a Nachira?» Se volvió hacia Vora. La anciana rió entre dientes.

—Sí. Estas son las personas sobre las que os pedí que no me hicierais preguntas.

Stara miró de nuevo a Tavara.

—¿Tenéis a Nachira?

—Sí —respondió la mujer con una sonrisa—. La sacamos de la casa de tu padre y la cuidamos hasta que recobró la salud cuando quedó claro que no había otra manera de salvarla, excepto tal vez matando a tu padre. —La mujer hizo una mueca—. Pero preferimos evitar medidas tan extremas.

—Además, pensamos que eso no haría que nos vieras con muy buenos ojos —añadió Chiara.

Stara se encogió de hombros.

—Más bien al contrario. Aunque... para ser sincera, preferiría no cometer parricidio, por más que él sea un monstruo sin corazón. —Fijó de nuevo los ojos en los de Tavara—. O sea que disponéis de los medios para hacerlo, en caso necesario.

—Sí. Hay muchas cosas que podemos hacer, pero también muchas que no. Para empezar, todas somos esclavas. Como los esclavos somos invisibles, podemos movernos sin llamar la atención y llevar mensajes de un lado a otro con facilidad. Pero hemos observado que las mujeres libres a menudo están tan indefensas como nosotras, a veces más, pues no son invisibles ni se les permite deambular fuera de su casa. Sin embargo, tienen algunas ventajas de las que nosotras carecemos. Dinero. Acceso a lugares que están vedados a los esclavos. Influencia política a través de la familia o contactos con personas poderosas. Hemos llegado a confiar en ellas, y ellas en nosotras.

—¿Y vosotras confiáis en mí? —Stara paseó la vista alrededor—. Supongo que sí, o no me habríais traído aquí.

—Le hemos leído la mente a Vora —respondió Tavara—. Ella confía en ti. Tenemos que conformarnos con eso.

—Le habéis leído... —Stara miró a Vora, que se encogió de hombros—. Entonces debéis tener una maga en vuestro grupo.

—Sí —asintió Tavara—. Espero que sigamos teniéndola. La obligaron a alistarse en el ejército y se marchó a luchar en la guerra de Kyrallia. Como ya te imaginarás, eso significa que no podemos leerle la mente a ti.

—Y no obstante estáis dispuestas a fiaros de mí.

—Así es. —Tavara cruzó los brazos—. Te habrás dado cuenta también a estas alturas de que sabemos algo de ti que tu esposo no sabe todavía: que eres una maga.

Stara asintió.

—Eso no lo había deducido aún, pero tiene sentido, ya que le leísteis la mente a Vora. —Hizo una pausa mientras se le ocurría una posibilidad—. ¿Queréis que le lea la mente a alguien para ayudaros? No lo he intentado todavía, al menos deliberadamente.

Tavara sonrió.

—Tal vez más adelante. Sí confiamos en que si te unes a nosotras, realices las tareas que te encarguemos. Aunque tendrás derecho a negarte, si la misión te parece censurable.

—Si soy demasiado remilgada para asesinar a alguien, por ejemplo.

—Exacto.

—Pues es un alivio. ¿Qué más?

—Todas somos iguales cuando estamos juntas. Las esclavas, las mujeres libres, las magas.

Stara exhaló un suspiro.

—¡Vaya, qué alivio!

La mujer la miró extrañada.

—Tal vez esto no te resulte tan fácil como crees.

—He pasado casi toda mi vida en Elyne —replicó Stara—. No tenéis ni idea de lo difícil que ha sido acostumbrarme a tener esclavos. Entonces, ¿cuándo vais a alzaros y a acabar con todo esto?

La mujer enarcó las cejas y contempló a Stara con aire pensativo.

—Eso no entraba en nuestros planes —reconoció—. Centramos todos nuestros esfuerzos en intentar salvar vidas de mujeres. La esposa de tu hermano vive en un lugar situado fuera de la ciudad que llamamos el Refugio. Sacar a las mujeres de sus casas es peligroso, pero eso no es más que el principio. Luego tenemos que transportarlas hasta allí, arriesgándonos a que alguien nos desenmascare o descubra el Refugio. Cuesta mantener el Refugio bien aprovisionado. Disponemos de mucho dinero, pero cuando realizamos alguna transacción, debemos asegurarnos de que nadie pueda seguir su rastro hasta nosotras. Solo algunas mujeres conocen la ubicación del Refugio, y quienes se alojan allí no pueden marcharse, pues si les leyera la mente, nuestras actividades saldrían a la luz. —Tavara se volvió hacia las otras esposas—. Por eso preferimos no llevarnos a las mujeres de sus casas. Intentamos mejorar su vida de otras maneras, a veces mediante manipulaciones políticas. El rumor adecuado en los oídos adecuados puede matar al emperador, como suele decirse. A veces nos valemos del comercio para cambiar la situación de una familia. A veces, como te he dicho antes, estamos dispuestas a ir más allá; a ocasionar que alguien enferme, o incluso que muera. —Tavara posó la vista de nuevo en Stara—. Ahora que sabes todo esto, ¿sigues estando dispuesta a unirme a nosotras?

—Oh, desde luego —asintió Stara—. Pero ¿estáis seguras de que queréis reclutarme? ¿Y si mi padre me hace una visita y me lee la mente de nuevo? ¿Y si Kachiro decide leerme?

Sonriendo, Tavera se llevó la mano al interior del vestido semejante a una túnica que llevaba. De algún lugar recóndito extrajo algo que despedía un brillo plateado y verdoso. Tomó la mano de Stara y dejó caer el objeto en su palma.

Era un pendiente. Unos hilos de plata envolvían una piedra transparente de un color verde vibrante. Un círculo más grueso de alambre sobresalía de la parte posterior, firmemente sujeto al engaste.

—Es una piedra de almacenaje. Se las compramos a las tribus dúneas del norte. Fabrican modelos diferentes con fines distintos, pero solo nos venden las de este tipo. Protegen al portador de las lecturas mentales, y no solo bloqueando los pensamientos. Cuando le coges el truco, puedes hacer que quien te lea la mente capte solo los pensamientos que espera encontrar y no los que no quieres que descubra.

Stara contempló la gema con asombro.

—Nunca había oído hablar de cosa parecida, ni aquí ni en Elyne.

—No. Los magos compran piedras preciosas a las tribus dúneas, pero ellos no creen que posean propiedades mágicas, así que las tribus solo les venden las que están demasiado defectuosas para resultar útiles. En cambio, nos las venden a nosotras, las Traidoras.

Stara alzó la mirada.

—¿Las Traidoras? ¿Os hacéis llamar las Traidoras?

Tavera asintió y apartó la vista.

—Sí. Hace veinte años, la hija del emperador anterior fue violada por uno de los aliados de su padre. Ella denunció públicamente el crimen y exigió que el hombre recibiera el castigo que merecía. Sin embargo, el emperador decidió que el apoyo de su aliado era más importante, ya que él tenía muchas otras hijas. La tachó de traidora y la hizo matar. —Tavera miró otra vez a Stara a los ojos—. Ella fue una de las primeras mujeres que nos ayudó. Gracias a sus esfuerzos, muchas se salvaron. Pero nosotras no conseguimos salvarla a ella. Por eso nos hacemos llamar las Traidoras, como homenaje a ella.

—Hasta la hija de un emperador... —Stara sacudió la cabeza y luego enderezó la espalda—. Me gustaría ayudar, pero ¿qué puedo hacer?

Tavera sonrió.

—Para empezar, debes pronunciar un juramento sencillo, y luego te pondremos este pendiente.

Stara bajó la vista hacia el pendiente e hizo un mohín.

—Nunca me ha gustado la idea de hacerme agujeros en las orejas, o en ninguna otra parte del cuerpo, de hecho. ¿No sospechará algo mi esposo si lo ve?

—No. A las sachakanas libres les encantan las joyas, y se las regalan unas a otras constantemente. Te dolerá, pero se te pasará enseguida. —Tavera cogió el pendiente de la mano de Stara—. ¿Quién tiene el bálsamo?

Chiara sacó de algún lugar un tarro pequeño. A Stara se le hizo un nudo en el estómago cuando Tavera le sujetó el lóbulo de la oreja. Se puso rígida, preocupada por lo que sucedería si se movía mientras le clavaban la aguja.

—Repite conmigo —dijo Tavera—. «Juro que nunca revelaré voluntariamente la existencia de las Traidoras, su compromiso o sus planes.»

Stara repitió estas palabras, anticipándose al dolor con una mueca.

—«Y que ayudaré a todas las mujeres, ya sean libres o esclavas.»

Ella sabía que estaba hablando más deprisa y en un tono más agudo que de costumbre, pues el pulso se le había acelerado por el miedo. «No voy a gritar», se prometió a sí misma, mordiéndose el labio.

—«Y que haré cuanto esté en mi mano para salvarlas de la tiranía de los hombres.»

Cuando pronunció la palabra «hombres», sintió un fuerte pinchazo en el lóbulo de la oreja y soltó un chillido ahogado. De pronto, la oreja entera le ardía. Chiara y Tavera estaban toqueteando el pendiente. Notó una sensación fresca que se le extendía por el lóbulo. Tavera retrocedió un paso.

—Toma. —Chiara colocó el tarro en la mano de Stara—. Ponte esto dos veces al día hasta que sane. Pero no olvides que la gema tiene que estar en contacto con tu piel para que funcione, y el bálsamo puede actuar como aislante.

Tavera sonreía.

—Bien hecho, Stara. Ya eres una de las nuestras. Las Traidoras te dan la bienvenida.

Acto seguido, Stara recibió una serie de abrazos por parte tanto de las esposas como de las esclavas. Ninguno fue más fuerte que el de Vora.

—Bien hecho —murmuró la esclava.

—Hmmm—respondió Stara—. Podrías haberme prevenido de lo de la perforación.

—¿Y perderme la cara que has puesto? —La mujer le dedicó una gran sonrisa—. Nunca.

Aunque el tiempo era más fresco en las montañas, siempre era un alivio cuando el sol cegador del verano dejaba paso a la luz dorada del atardecer. Dakon dirigió la vista al frente y fue incapaz de reprimir una punzada de ansiedad. Los exploradores habían informado de que el camino que conducía al paso fronterizo estaba despejado. No había sachakanos en los alrededores, ya fueran magos o no.

Aunque seguía pareciéndole poco prudente acampar allí aquella noche, era lo que el rey quería. Dakon sospechaba que la mayoría de los magos necesitaba detenerse en la frontera para sentirse seguros de que por fin habían expulsado de Kyralia a los últimos invasores.

Nadie podía asegurar con absoluta certeza que lo hubieran conseguido. Durante varias semanas, el ejército kyaliano se había dividido en grupos para perseguir, con la ayuda de los elyneos, a los supervivientes de las tropas de Takado. Habían encontrado a un puñado de ellos y los habían matado. Ninguno se había rendido, aunque Dakon tenía sus dudas respecto al último al que su grupo había encontrado. El hombre había aparecido solo, agitando las manos frenéticamente, antes de que lo

derribaban un azote. Dakon había resistido la presión de preguntar a los demás si también pensaban que tal vez había intentado rendirse. No quería empujarlos a dudar de sí mismos innecesariamente, y menos aún a Narvelan, que ya había sido presa de la inseguridad la primera vez que había matado a alguien.

Un pequeño número de sachakanos había sobrevivido porque había conseguido mantener su ventaja sobre los perseguidores hasta llegar al paso del norte y cruzar a Sachaka. Dakon sabía que Takado se encontraba entre ellos.

Después de peinar la campiña, los distintos grupos de magos kyalianos acabaron por encontrarse en el norte, en el camino que iba al paso fronterizo. Les había resultado fácil ponerse de acuerdo sobre el momento de la llegada gracias a las gemas de sangre.

Solo dos magos habían aprendido la técnica para elaborar las gemas. Sabin era uno de ellos, Innali era el otro. Sabin había hecho un anillo con gema de sangre para el líder de cada grupo que partiría en busca de los invasores supervivientes. Innali era su contacto en Imardin.

Narvelan, como líder del grupo al que pertenecía Dakon, tenía en su poder uno de los anillos de Sabin. No lo llevaba puesto en todo momento, pues la sortija transmitía un flujo continuo de pensamientos de su portador, y el hecho de que hubiera demasiados anillos activados a la vez podía acabar por abrumar al creador. Dakon no estaba seguro de que le hubiera gustado proporcionarle a alguien un acceso ininterrumpido a su mente. Ni siquiera a Sabin.

Suspiró y miró hacia delante. El camino había ascendido por una pendiente empinada. Alguien olvidado desde hacía mucho tiempo lo había excavado en la roca, tal vez en la época en que Sachaka dominaba Kyalia, tal vez incluso antes, cuando había surgido el comercio entre los dos países. Ahora el camino se curvaba a la derecha y serpenteaba por un barranco angosto y poco profundo. Tenía relativamente pocas piedras y rocas, allanado por el paso de caballos y vehículos durante siglos. Sin embargo, cuando Dakon rodeó un saliente de la pared, vio que el rey y los magos que avanzaban delante de él se habían detenido. Al otro lado se alzaba un montón de rocas varias veces más alto que un hombre.

—El regalo de despedida de Takado —dijo Jayan, situándose a su lado.

Los exploradores que llevaban anillos con gemas de sangre habían advertido a Sabin del obstáculo. Dakon alzó la vista hacia las paredes de roca que se elevaban sobre ellos. Alcanzó a ver la parte de donde se habían desprendido las piedras como consecuencia de una explosión.

—Esperemos que semejante desperdicio de energía signifique que no nos aguarda emboscado.

—Esperemos —convino Jayan.

Dakon echó un vistazo a Tessia, que estaba contemplando las paredes. De pronto le vino a la memoria un recuerdo del momento en que Jayan los había alcanzado, unas semanas atrás. Había dado un rodeo para pasar por el campamento abandonado de los criados, donde la gente que regresaba al campo buscaba objetos de valor, y había encontrado la bolsa del padre de Tessia tirada en un montón de basura, casi vacía. Cuando se la había entregado, ella se había deshecho en llanto, sujetando la bolsa contra el pecho y disculpándose a la vez por su arrebató de emoción. En aquel momento Jayan parecía avergonzado y sin saber qué decir, pero después se había mostrado muy satisfecho de sí mismo.

Ahora la bolsa estaba reaprovisionada con un quemador nuevo, instrumentos quirúrgicos y remedios elaborados por Tessia o donados por los sanadores de pueblo.

Cuando llegaron junto a los magos que estaban de pie frente a las rocas, Sabin levantó la mirada hacia ellos.

—Acamparemos aquí esta noche —anunció— y decidiremos qué hacer después.

Una vez que hubo descabalgado, Dakon se sentó en una de las rocas a observar la llegada del resto del ejército. Unos pocos magos se ofrecieron voluntarios para despejar la zona de las rocas y las piedras que habían quedado amontonadas tras el derrumbamiento. En cuanto los criados llegaron al paso pusieron manos a la obra. Varios se ocuparon de los caballos. Como el suelo era demasiado sólido para clavar las estacas de las tiendas de campaña, se decidió que todos dormirían al raso con la esperanza de que no lloviera. Los olores de la comida que se estaba preparando flotaron por el aire e hicieron que a Dakon le rugieran las tripas.

Cuando la poca luz del sol que se colaba en el barranco empezó a menguar, el rey, sus asesores y los magos extranjeros colocaron unas piedras grandes en círculo y se sentaron en ellas. El resto de los magos siguió su ejemplo, acomodándose en el exterior del círculo.

Lord Hakkin alzó la vista hacia las piedras.

—Desde que hemos llegado aquí y he visto esto, no puedo evitar preguntarme si no nos convendría añadir más piedras en vez de retirarlas.

—¿Os referís a obstruir el paso? —preguntó lord Perkin.

Hakkin asintió.

—No impediría que ellos volvieran si estuvieran lo bastante decididos, pero entorpecería su avance.

—Sin embargo, es la ruta comercial principal —le recordó Perkin.

—¿Quién va a querer comerciar con ellos ahora? —preguntó Narvelan, paseando la vista por el círculo con los ojos entornados.

—Interrumpir las relaciones comerciales nos perjudicaría a nosotros tanto como a ellos —señaló el rey—. Tal vez a nosotros más. Ellos tienen accesos mejores a otros países.

—No podría estar más de acuerdo con vos, majestad —dijo Dem Ayend—. Cuando nos llegó la noticia de que Sachaka había invadido Kyalia, algunos de mis vasallos empezaron a asesinar a mercaderes sachakanos establecidos en Elyne. Acabaremos por lamentarlo, aunque estoy seguro de que los lazos comerciales se restaurarán con el tiempo.

—Quizá, en vez de eso, deberíamos construir un fuerte aquí —propuso lord Bolvin—, para controlar el paso a Kyalia. Eso no solo entorpecería la invasión, sino que nos permitiría enterarnos al instante de que se está produciendo, si apostamos a un mago aquí.

—Además, podríamos cobrar un arancel a los mercaderes sachakanos —agregó Hakkin—. Podríamos destinar el dinero que se recaude a la reconstrucción del país.

Dakon vio que varias cabezas se movían afirmativamente. «Esos aranceles jamás serían lo bastante elevados —pensó—. No pueden serlo, pues de lo contrario frenarían el comercio. Además, el dinero seguramente acabaría en las arcas de algún mago, y no en manos del pueblo.»

—¿Qué probabilidad hay de que nos invadan de nuevo? —preguntó lord Perkin, mirando alrededor.

Nadie respondió durante un momento largo.

—Eso depende de dos factores —dijo Sabin—. Su voluntad y su capacidad. ¿Tendrán la voluntad de hacerlo? Quizá los hayamos asustado lo suficiente para que nos dejen en paz. O tal vez, al haber matado a tantos miembros de sus familias más poderosas, hemos encendido en ellos un deseo de venganza que podría desembocar en un conflicto interminable.

—Ellos nos invadieron —gruñó Narvelan.

—Es cierto, pero los sachakanos están prácticamente convencidos de su superioridad sobre otras razas. Nos hemos atrevido a derrotarlos. Eso no les gustará.

—¿Cuántos magos sachakanos quedan ahora? —quiso saber Bolvin.

—He llevado la cuenta de las bajas lo mejor que he podido —dijo Sabin—. Calculo que al menos noventa sachakanos han muerto en esta invasión.

—Había más de doscientos en Sachaka, según mis espías —dijo el rey.

—De modo que quedan más de cien —dijo Hakkin—. Nosotros no sumamos más de ochenta.

—Algunos de sus magos son demasiado jóvenes o demasiado viejos para luchar de forma eficiente —añadió el rey.

—Aun así, las cifras no son muy alentadoras —observó Perkin.

—Creo que los reveses que hemos sufrido nos han enseñado que lo importante no es el número de magos, sino su fuerza —dijo Narvelan.

—Y sus habilidades y conocimientos —agregó Dakon.

—Aunque la fuerza de la que dispongan en un principio es importante, también lo es el acceso que tengan después a más energía —dijo Sabin—. El número de esclavos que pueden traer consigo a Kyralia es limitado. En cambio, nosotros contamos con el apoyo de casi toda la población.

—Creo que han aprendido la lección —dijo Hakkin.

—Pero ¿cuánto tardarán en olvidarla? —preguntó Narvelan—. ¿Lucharán y morirán nuestros hijos o nuestros nietos en otra guerra?

—¿Podemos evitar que esto vuelva a ocurrir? —inquirió Sabin. Sacudió la cabeza—. Por supuesto que no.

—¿Seguro que no? —dijo Narvelan. Todos se volvieron hacia él, algunos con expresión ceñuda. Sus ojos se ensombrecieron cuando él les sonrió—. No nos invadirían si nosotros los tuviéramos sometidos a ellos.

Estas palabras suscitaron un murmullo que se extendió desde el círculo hacia fuera. Dakon vio que algunos abrían mucho los ojos al considerar esta posibilidad, y otros meneaban la cabeza.

—¿Invadir Sachaka? —Hakkin frunció el entrecejo—. Aunque tuviéramos alguna posibilidad de éxito, acabamos de librar una guerra. ¿Nos quedan energías para meternos en otra?

—Tal vez sí, si con ello aseguráramos el futuro de Kyralia —dijo lord Perkin.

El rey también tenía el ceño arrugado.

—¿Podemos permitirnos perder a más de nuestros magos? —preguntó, con la vista fija en el suelo—. Quizá volveríamos victoriosos pero en un estado de vulnerabilidad que otros podrían aprovechar para atacarnos.

—¿Quién más se atrevería o se tomaría la molestia de atacarnos, majestad? —Narvelan extendió las manos—. ¿Los lonmarios? Están demasiado ocupados adorando a su dios y apenas se interesan por lo que hacemos. ¿Los lanianos, los vindeanos, los elyneos? Están aquí, brindándonos su apoyo. —Se volvió hacia Dem Ayend, sonriendo aunque con un asomo de seriedad en la mirada.

El Dem soltó una risita.

—Los elyneos siempre hemos sido amigos de Kyralia. —Tras una pausa, prosiguió—. Y si nos lo permitierais, os ayudaríamos a alcanzar vuestro objetivo. Somos conscientes de que si Kyralia cae bajo el yugo de Sachaka, nosotros seríamos los siguientes. Sé que cuento con la aprobación de mi rey en esto.

Sabin emitió un murmullo bajo mientras reflexionaba y luego miró al Dem.

—Tendríamos que discutir vuestra oferta, pero hay un primer problema que solventar. Si vamos a invadir Sachaka, debemos hacerlo sin demora. Nuestras únicas fuentes de energía son nuestros aprendices y criados. Tal como hicimos nosotros, los sachakanos evacuarán a sus esclavos a fin de que no podamos arrebatarles su energía. No debemos darles tiempo para ello.

—No deberíamos matar a sus esclavos, sino liberarlos —dijo Dakon. Sonrió cuando varias cabezas se volvieron hacia él—. Sería impensable ganar sin absorber su energía, desde luego, pero después de conquistar un país hay que gobernarlo, y esto resultaría más sencillo si la mayoría de la gente estuviera dispuesta a colaborar con nosotros gracias a que los hemos tratado bien. —A Dakon le complació ver que el rey asentía con expresión pensativa—. Si hemos de invadir Sachaka para salvar Kyralia, no nos comportemos como sachakanos.

Sabin rió entre dientes.

—Si su manera de hacer las cosas no les ha dado resultado a ellos, tampoco nos lo dará a nosotros.

Otro rumor resonó en el barranco. Los líderes estaban callados, absortos en sus pensamientos. Entonces Bolvin suspiró.

—¿De verdad tenemos que invadirlos? Estoy cansado. Quiero volver a casa, con mi familia.

—Es imprescindible —dijo Narvelan con rotundidad—, para que tus hijos gocen de las mismas libertades que nosotros.

—Tal vez yo pueda ayudaros a decidir —terció Dem Ayend.

Todas las miradas se posaron en el elyneo, que esbozó una sonrisa irónica mientras rebuscaba en el morral que siempre llevaba consigo. Bajó la vista y sacó una bolsita cerrada con un cordón. Desató el nudo, puso la bolsita boca abajo, y una piedra grande de un color amarillo lechoso, tallada como una gema, le cayó en la palma de la mano.

—Es una piedra de almacenaje, la última de este tipo que queda. La encontraron junto con otras iguales en Elyne, en las ruinas antiguas de una ciudad construida y abandonada por un pueblo del que sabemos muy poco. No tenemos idea de cómo las fabricaban... y, creedme, muchos magos han intentado averiguarlo desde hace siglos. —Extendió el brazo con la piedra en la mano para que todos los que formaban el círculo pudieran verla—. Almacena magia. El método para cargarla de energía no es muy distinto del que se emplea para trasvasar energía a otro mago. Desafortunadamente, la magia que contiene debe utilizarse en un flujo continuo. De lo

contrario, se rompe en pedazos y libera el resto de la magia en una explosión devastadora. Y en cuanto la magia se agota, la piedra queda reducida a polvo. Por lo tanto, como ya os imaginaréis, hay que escoger con mucho, mucho cuidado el momento de usarla. Y más teniendo en cuenta que, cuando esta se gaste, ya no quedará ninguna más.

Dem Ayend alzó la vista. Tenía los ojos brillantes. Dakon vio asombro y emoción en los rostros de los magos que lo rodeaban. Al examinar la piedra con detenimiento, percibió algo a las puertas de sus sentidos. Cuando se concentró en esta sensación, notó que la cabeza le daba vueltas.

La piedra irradiaba un poder inmenso, muy distinto de cualquier cosa que hubiera sentido antes.

—Mi rey me la entregó para que la utilizara únicamente en una situación desesperada que por fortuna no se ha producido. Lo he consultado por medio de mensajeros, en previsión de este momento. Él respondió que si se presentaba la ocasión de conquistar Sachaka, debíamos aprovecharla. Y es que mi rey y yo creemos que no hay causa más digna de la última piedra de almacenaje que la de acabar con el Imperio sachakano para siempre.

Al observar las caras de los magos que lo rodeaban, Dakon supo sin asomo de duda que el momento de volver a Mandryn para rehacer su vida se retrasaría un poco más.

Aunque el aire de la mañana era fresco, Hanara sabía que en cuanto el sol se elevara sobre la neblina que cubría las colinas más abajo y disipara la humedad del ambiente, sería un día caluroso. El lugar que Takado, Asara y Dachido habían elegido para acampar estaba a varios pasos del camino, oculto a la vista en un saliente de piedra. Si se acercaban al borde y miraban hacia abajo, alcanzaban a ver el camino que serpenteaba por la ladera de la montaña y se curvaba sobre las colinas para destorcerse más adelante, apuntando como una flecha hacia Arvice.

El amo de Hanara no estaba disfrutando del paisaje. La esclava de Asara que quedaba estaba atendiéndolo, mientras Hanara vigilaba el camino. El esclavo de Dachido recogía las pertenencias de su amo. Los tres esclavos se turnaban para realizar estas tareas cada mañana, hasta que todos estaban listos para proseguir el viaje.

Sin embargo, por primera vez, ninguno de los magos tenía prisa.

Hanara alzó la mirada. Aunque el paso fronterizo no resultaba visible desde allí, se divisaba el punto en que el camino salía de él. Lo habían atravesado la mañana anterior en su huida, conscientes de que el ejército kyaliano los seguía a solo media jornada de distancia.

—¿Por qué han enviado a un ejército entero en pos de nosotros? —había preguntado Asara unas noches atrás—. No tiene sentido.

—Porque quieren la cabeza de Takado —había respondido Dachido—. Después de todo, lo de conquistar Kyralia fue idea suya. Y temen que vuelva a intentarlo.

Takado había soltado una risita.

—Lo haría, si fuera posible.

Los tres magos habían discutido sobre lo que harían cuando llegaran a Sachaka. Takado quería que permanecieran juntos y recabaran el apoyo de muchas personas. Hanara no sabía si su intención era invadir Kyralia de nuevo o conseguir una influencia y los aliados suficientes para volver a la vida que llevaba antes.

—No podemos hacernos la ilusión de que volveremos a nuestros hogares y todo seguirá como si nada hubiera pasado —había señalado Takado.

Asara había asentido.

—Necesitamos saber si el emperador Vochira se ha enterado de nuestra derrota y se ha adueñado de nuestras propiedades o las ha dado a otros. Nos será más fácil recuperarlas si no las ha regalado.

A Hanara no se le había ocurrido que tal vez nunca regresaría al lugar donde había nacido. Desde que había comprendido lo improbable que era, despertaba todos los días con dolor de estómago y una inquietud acuciante. «¿Adónde iremos, al menos hasta que Takado recobre su casa? ¿Y qué posibilidades hay de que lo consiga?»

Aunque ninguno de los magos lo había expresado en voz alta, la falta de convicción que se percibía en su voz cuando hablaban de recuperar el favor del emperador delataba hasta qué punto dudaban que esto fuera a ocurrir. La noche anterior, como si el pisar de nuevo el suelo de su país los hubiera arrancado de un trance de negación, habían comenzado por fin a comentar sus planes a corto plazo.

—He decidido que me voy al norte —anunció Asara—. Tengo contactos allí, personas que me deben favores. Y... debo ir sola. No me ayudarán si ven que estoy acompañada.

Tanto Dachido como Takado la habían mirado en silencio, pero ninguno de los dos había puesto reparos a su decisión. Entonces Dachido se había vuelto hacia Takado, casi como pidiéndole disculpas.

—Yo también iré a cobrar un favor a un marino mercante. ¿Te apetecería ir a navegar por los mares del sur?

Takado había hecho una mueca y le había dado unas palmaditas en el hombro a Dachido.

—Gracias por la oferta, pero creo que preferiría que el emperador Vochira me arrancara el corazón a pasarme el resto de mis días metido en un barco. —Suspiró y tendió la mirada hacia Arvice—. Mi lugar está aquí.

—¿En la clandestinidad? —preguntó Dachido—. ¿Convertido en un ichani?

—Siempre he considerado a los ichanis, o al menos a la mayoría de ellos, como mis iguales —aseveró Takado con un atisbo de orgullo—. No será una humillación para mí que me llamen así. Al fin y al cabo, acometí esta empresa por ellos, para que tuvieran la oportunidad de poseer tierras y desembarazarse de su condición de proscritos.

—Espero que lo tengan en cuenta si te topas con alguno —dijo Asara—. Los que se quedaron aquí obviamente no estaban tan entusiasmados contigo como para unirse a tu causa. Y muchos de los que te siguieron murieron.

—Tal vez si encontrara otro lugar del que pudieran adueñarse... —empezó a decir Takado, pero sacudió la cabeza—. A menos que quieran vivir en un volcán, dudo que tenga nada que ofrecerles.

Habiendo decidido su futuro, los tres magos habían dormido profundamente por primera vez en semanas. Hanara y los otros esclavos se habían turnado para montar guardia.

Al oír un ruido detrás de sí, Hanara echó un vistazo por encima del hombro y vio que Takado, Asara y Dachido estaban levantados, mirándose entre sí con expresión expectante. Takado los aferró por los hombros.

—Gracias por acudir a mi llamada —dijo—. Preferiría que, en vez de despedirnos, estuviéramos organizando Kyralia a nuestro gusto, pero me enorgullece haber

combatido a vuestro lado. —Hizo una pausa y sus ojos se posaron por un instante en Hanara.

El esclavo hizo un esfuerzo por desviar la mirada hacia el camino, pero se moría de ganas de volverse para contemplar la escena que se desarrollaba detrás de él. Al menos podía escucharla.

—Era una idea magnífica, tu plan de conquistar Kyralia —dijo Asara—. Y casi dio resultado. Nunca me arrepentiré de haberlo intentado.

—Ni yo —convino Dachido—. He luchado junto a grandes hombres... y mujeres, que es más de lo que mi padre o mi abuelo hicieron en su vida.

—Fue divertido, ¿verdad? —Takado se rió, pero luego exhaló un suspiro—. Me alegro de haber contado con los consejos y el apoyo de vosotros dos. Estoy seguro de que, de no ser por vosotros, estaría muerto. Espero que volvamos a vernos algún día.

—¿Hay alguna manera de que nos mantengamos en contacto sin correr riesgos? —se preguntó Asara en voz alta.

—Podemos dejar mensajes en algún sitio. Enviar esclavos a entregarlos o a comprobar si hay alguno —propuso Dachido.

—¿Dónde? —preguntó Takado.

Algo se movió ante los ojos de Hanara. Él parpadeó y oteó el camino sinuoso que discurría por la falda de la montaña. Entonces parpadeó de nuevo.

Hombres. Caballos. Al menos cien, desapareciendo tras un recodo del camino. Hanara pensó que habría debido verlos en el momento en que salían del paso fronterizo. Se volvió y, tras levantarse, se acercó rápidamente a Takado, se arrojó al suelo y esperó.

Los tres magos dejaron de hablar.

—¿Qué sucede? —preguntó Takado, en voz baja pero cargada de irritación.

—Jinetes —dijo Hanara—. Se están adentrando en Sachaka.

—¿Adentrando? —repitió Dachido.

Unos pasos apresurados se dirigieron al borde del saliente de piedra. Cuando Hanara se enderezó, oyó que Takado maldecía. Los otros dos esclavos intercambiaron una mirada y, tras un momento de vacilación, echaron a andar velozmente hacia sus amos. Hanara los siguió.

—¿Qué están haciendo? —inquirió Asara.

—Dudo que vayan a hacerle al emperador una visita de cortesía —respondió Dachido.

—¿Nos están invadiendo ellos a nosotros? —preguntó ella con la voz tensa por la incredulidad.

—¿Por qué no? —repuso Takado con aire lúgubre. Parecía cansado. Resignado—. Nos vencieron con facilidad. ¿Por qué no iban a invadirnos después?

—¿Buscan venganza? —El tono de Asara destilaba rabia.

—Seguramente, pero dudo que sea la única razón. Derrotarnos ha reforzado su seguridad en sí mismos. —Hizo una pausa—. Tal vez un poco más de la cuenta.

—Si pierden, nada impedirá que regresemos a Kyralia —señaló Dachido, con un deje de emoción en la voz.

Takado se volvió hacia su amigo y sonrió.

—Eso es verdad.

Asara los miró a ambos, meditabunda.

—Entonces, ¿esperamos aquí a que pasen, o regresamos y nos apoderamos de Kyralia?

Takado arrugó el entrecejo.

—Y, mientras tanto, ellos invaden Sachaka. No. No podemos abandonar a nuestra patria.

—Está claro que no hay la menor posibilidad de que los kyalianos triunfen —dijo Asara.

—Si advertimos al emperador Vochira de que se aproxima un ejército... —aventuró Dachido—. Si le ayudamos a defender el país...

—¿Crees que nos perdonará por haberlo metido en este lío para empezar? —inquirió Asara. Cuando Takado la miró con el ceño fruncido, ella sacudió la cabeza—.

Creo que primero nos mataría a todos y averiguaría si nuestra advertencia es cierta después. —Contempló el ejército y suspiró—. Pero no puedo huir de esto. No puedo abandonar a nuestro pueblo. Debemos prevenirlos.

Dachido asintió.

—Como mínimo.

Los dos se volvieron hacia Takado, que hizo un gesto afirmativo.

—Claro que debemos. —Esbozó una sonrisa—. Y estoy seguro de que encontraremos una manera de quedar como héroes y salvadores. Solo tenemos que seguir vivos durante el tiempo suficiente para organizarlo todo.

«No puedo creer que esté en Sachaka —pensó Jayan una vez más—. Siempre creí que si visitaba otro país seguramente sería Elyne. ¡Jamás me imaginé que vendría a Sachaka!»

Al principio había poca vegetación que les tapara el paisaje que se extendía más abajo. Jayan había seguido con la vista el recorrido de los caminos y se había fijado en los puntos en que se cruzaban o desaparecían a lo lejos. Había estudiado el curso de los ríos y la posición de las casas, intentando dibujar un mapa en su mente. Aunque había grupos de edificios, no tenían el mismo trazado que las aldeas kyalianas. Estaban situadas a un lado del camino y rodeadas por murallas.

El sendero procedente del paso fronterizo descendió por fin por pendientes boscosas similares a las del otro lado de la cordillera. En aquel momento era como si estuvieran avanzando por Kyralia. Todo parecía igual, desde las variedades de árboles hasta el color del suelo rocoso. El aire era cada vez más cálido, y al cabo de unas horas hacía tanto calor como en los días más tórridos del verano que él recordaba haber vivido en Mandryn.

Al oír un suspiro, se volvió hacia Mikken. El joven se enjugaba la frente con la manga. Le devolvió la mirada a Jayan e hizo una mueca.

Con una sonrisa en su rostro, el mago dirigió la vista al frente. ¿Cómo estaba sobreviviendo Tessia el calor? ¿Jayan estaba solo? Dakon estaba más adelante, hablando con Narvelan. Tras espolear a su caballo para que fuese al trote, Jayan la alcanzó. Ella clavó los ojos en él, con una arruga entre las cejas.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—Preocupada.

Jayan sintió una punzada de inquietud.

—¿Por Dakon? ¿Por ti misma?

—No. —Entornó los párpados para mirar a los jinetes que avanzaban delante—. Por todos nosotros. Por el futuro. Por esta... esta invasión de Sachaka.

—¿Te preocupa que perdamos?

—Sí. O que ganemos.

Jayan sonrió, pero ella mantuvo una expresión seria.

—¿Qué hay de malo en que ganemos?

Ella suspiró.

—Nos odiarán. Nosotros ya los odiamos a ellos. Queremos vengarnos por habernos invadido. Entonces ellos querrán vengarse de nosotros por haberlos invadido.

Y la historia seguirá así indefinidamente, sin acabar nunca.

—Si ganamos, no podrán invadirnos para vengarse de nosotros —señaló Jayan—. Mandaremos nosotros.

—Se rebelarán. Encontrarán maneras de conseguir que la ocupación suponga más inconvenientes que ventajas para nosotros. —Hizo una pausa—. Dakon me ha contado lo que hicieron los kyalianos y elyneos para que Sachaka nos concediera la independencia la última vez.

—Ah. —Jayan asintió—. Yo también he recibido esas clases. Pero la situación no es la misma. Ellos nos sometieron a la esclavitud. Nosotros la aboliremos aquí.

Ellos arrebataron el poder a los fuertes, nosotros daremos poder a los débiles.

—¿Los esclavos? —Ella meneó la cabeza—. Confiamos demasiado en que los esclavos de Sachaka nos recibirán llenos de júbilo cuando irrumpamos en su país y les cambiemos la vida. A lo mejor no quieren que se la cambiemos. Tal vez sean leales a sus amos. Después de todo, Hanara volvió con Takado. Tal vez no colaboren con nosotros. Incluso es posible que nos planten cara. Los nomagos también pueden combatir. No hace falta magia para ello, como demostraste cuando prendiste fuego a la bodega para salvar a los aprendices.

«Tal vez tenga razón», pensó él.

—Pero no todos los esclavos serán como Hanara —alegó—. Si él hubiera sido verdaderamente leal a Takado, se habría marchado de Mandryn en cuanto se hubiera recuperado del todo. Seguramente solo regresó junto a Takado porque sabía que este se encontraba cerca y que Mandryn ya no era un lugar seguro. Si no creía que pudiera escapar, habrá pensado que no tenía alternativa.

Para su sorpresa, Tessia le dirigió una mirada de aprobación.

—Aun así, Hanara no se adaptó bien a la libertad. No hizo amigos ni se fiaba de nadie... salvo de mí, creo. —Apartó la vista—. No creo que los esclavos de Sachaka nos ofrezcan su confianza o su amistad solo porque los liberemos. No sabrán qué hacer con su vida. Sin nadie que les dé órdenes, no recogerán las cosechas ni prepararán la comida. Morirán de hambre.

—Pues tendremos que echarles una mano para que aprendan una forma diferente de hacer las cosas.

Tessia volvió la mirada hacia los magos que cabalgaban detrás de ellos.

—¿Crees que muchos de los nuestros querrán quedarse aquí una vez culminada la invasión para ayudar a los esclavos sachakanos a amoldarse a la vida en libertad? ¿O es más probable que todos volvamos a casa?

Jayan dudaba que muchos se quedaran, pero no quería reconocerlo. En cambio, se encogió de hombros.

—No puedo evitar pensar que lo que hacemos está mal —suspiró Tessia—. Estamos convencidos de que todos los magos sachakanos son malos, pero no todos se unieron a Takado. Casi todos los que lo hicieron han muerto, así que nos enfrentaremos a unos magos que en su mayoría no querían invadirnos.

—El hecho de que no hayan luchado no significa que no estuvieran a favor de la invasión —le recordó Jayan—. Algunos quizá no se encontraban en condiciones de combatir. Tal vez eran demasiado viejos, o no estaban bien entrenados. Otros a lo mejor estaban demasiado ocupados en otros asuntos para marcharse de Sachaka. No podemos dar por sentado que todos estaban en contra de que su país recuperara los territorios que en otra época consideraba propios.

Tessia asintió y lo miró de reojo.

—Entonces, ¿cómo podemos saber quién era partidario de la guerra y quién no?

Jayan meditó sobre ello.

—Supongo que si la mayoría estaba en contra, se juntarán y se reunirán con nosotros en son de paz.

—¿Y si solo unos cuantos estaban en contra?

—Siempre hay unos pocos que no están de acuerdo con la mayoría, o con sus gobernantes. No podemos permitir que Sachaka se rearme y nos invada otra vez solo porque es posible que algunos de ellos sean buenas personas. —Sintió que la frustración crecía en su interior—. No puedo creer que no te des cuenta de lo necesario que es hacer esto para impedir una nueva invasión sachakana.

—Me doy cuenta —respondió ella—, pero también sé que si perdemos las consecuencias serán desastrosas. Si nuestra invasión de Sachaka fracasa, solo quedará un puñado de magos para defender Kyalia. Los sachakanos nos invadirán a su vez, y nadie podrá detenerlos.

A Jayan se le encogió el corazón al pensar en esta posibilidad, pero cuando reflexionó sobre ello comprendió que no tenía nada que temer.

—Aunque ganaran los sachakanos, estarían muy debilitados. Los magos de Imardin cuentan con una ciudad entera que está dispuesta a proporcionarles energía. Da igual si los magos que la absorben son pocos o muchos; esa energía bastará para parar los pies a unos cuantos sachakanos.

—¿Incluso si esos sachakanos han acumulado la energía de todos los esclavos de este país?

«Maldición, está en lo cierto.» Jayan se mordió el labio.

—¿Estás insinuando que debemos matar a los esclavos por si perdemos?

—¡No! —Lo fulminó con la mirada—. Ni siquiera tendríamos que estar invadiéndolos. Matar en defensa propia está justificado, pero afirmar que estamos aquí para protegernos de invasiones futuras es... Se podría justificar cualquier cosa con ese argumento. Es... inmoral.

Jayan le sostuvo la mirada. Recordó lo que Dakon había dicho la noche anterior: «Si hemos de invadir Sachaka para salvar Kyralia, no nos comportemos como sachakanos.»

Tal vez podía atribuir los reparos de Tessia al hecho de que era una persona de moralidad decente pero poco práctica. Aunque discrepaba de ella, no podía evitar admirarla por su deseo de obrar correctamente. Tampoco podía menospreciar fácilmente la opinión de su antiguo maestro y mentor.

—Desde el punto de vista estratégico, lo mejor sería matar a los esclavos, pero no lo haremos. Podemos darnos el lujo de no hacer las cosas a la manera sachakana porque poseemos la piedra de almacenaje. En cuanto a nuestras costumbres diferentes..., nuestra moral superior..., tal vez son cosas que podemos imbuirles. Libertad para los esclavos y una moral superior para los magos. ¿No crees que es algo por lo que vale la pena luchar?

Ella posó la vista en él y luego la apartó, con una expresión llena de dudas. Jayan no estaba seguro de si eran dudas respecto a lo que él había dicho o respecto a sus propias opiniones. Se quedó callada y avanzaron en un silencio incómodo durante un rato, antes de que Jayan se diera por vencido y se retrasara para cabalgar de nuevo junto con Mikken.

Al principio, el camino que se adentraba en Sachaka surcaba la piel desnuda de las montañas, siguiendo una línea tortuosa en su abrupto descenso. Más adelante, llegaba bruscamente a las colinas de abajo, donde discurría en un recorrido más suave por el fondo llano de los valles, paralelo a los cursos de agua.

Sin embargo, el ejército kyaliano no se había internado de inmediato en el terreno menos accidentado. Había acampado al amparo de un bosque. Aunque era la última hora de la tarde, todos menos el primer encargado de montar guardia se habían retirado a dormir. «O a intentarlo», pensó Tessia con ironía. Se había quedado tendida en su catre, escuchando la respiración de las otras mujeres, totalmente despierta y sin dejar de preocuparse por Jayan y el resultado de aquella invasión.

En esos momentos, mientras el ejército avanzaba en silencio hacia las tierras bajas y pobladas de Sachaka, la joven estaba agotada y lamentaba no haber conseguido pegar ojo. «Cansada física y mentalmente. Cansada de preocuparme; cansada de discutir con Jayan por lo que estamos haciendo.»

Habían hablado en otras dos ocasiones, cuando él se había ofrecido voluntario para acompañar a los magos que iban a investigar los conjuntos de edificios que habían encontrado en el camino, y más tarde, brevemente, cuando se acercaban a la primera población.

Ahora él se había marchado a caballo con unos veinte magos dirigidos por Narvelan por un camino secundario en dirección a las murallas blancas lejanas que relucían a la luz de la luna.

«Lo que creo que me molesta más es que sé que tiene razón —pensó ella—, pero por otro lado estoy convencida de que no la tiene. La invasión es un error. Nos convierte a nosotros en los agresores. Nos hace más parecidos a los sachakanos, menos seguros de ser mejores que ellos.

»Y sin embargo no puedo evitar pensar que tendríamos que cometer actos mucho peores para rebajarnos a su nivel de crueldad e inmoralidad. Tal vez el daño que hagamos quede equilibrado por el bien. Podríamos transformar Sachaka en un lugar mejor, acabar para siempre con la esclavitud.

»Pero eso tendrá un precio. Cambiará el concepto que tenemos de nosotros mismos. ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a reñarnos para comportarnos de una forma correcta y ética? Si justificamos esto, ¿nos resultará más fácil justificar cosas peores? Si los kyalianos creemos que un poco de maldad es perdonable si se hace por una buena razón, ¿qué otras cosas perdonaremos, o daremos por sentado que otros perdonarán? —Suspiró—. Si Jayan está en lo cierto, estamos poniendo en riesgo nuestro futuro por el bien de un pueblo que ha destrozado nuestro país. No estoy segura de que muchos magos se jugaran la vida si vieran las cosas desde esta perspectiva. Tal vez unos pocos sean así de nobles, pero no todos lo son. No, la mayoría de los magos está aquí para aprovechar nuestra superioridad mágica repentina, creo que con el fin de vengarse.»

Un rumor suave entre los magos la arrancó de sus pensamientos. Ella dirigió la vista por el camino secundario hacia las siluetas imprecisas de los edificios lejanos. Unas sombras se movían ante ellos. Aunque Tessia no alcanzaba a distinguir las figuras, se movían con las sacudidas rítmicas de unos jinetes que se aproximaban al galope. Algo en la prisa con que avanzaban le infundió un temor profundo.

Cuando los jinetes se encontraban más cerca, las sombras dieron paso a rostros reconocibles. Tessia se sintió aliviada al comprobar que Jayan estaba entre ellas y que no faltaba nadie. Él tenía una expresión adusta y taciturna, al igual que los demás, con la excepción de Narvelan. Su espalda recta sugería una actitud desafiante o indignada.

«¿O estoy haciendo una interpretación exagerada?», se preguntó ella al observar a Narvelan y a los otros dos mientras se reunían con el rey, Sabin y el líder de los elyneos. El resto del grupo se dispersó; algunos se quedaron a escuchar la conversación entre los hombres, otros se alejaron. Tessia vio que Jayan sacudía la cabeza y conducía su caballo hacia donde se hallaban Mikken, Dakon y ella.

—¿Y bien? —murmuró Dakon—. ¿Os han dispensado una bienvenida cordial nuestros vecinos?

Jayan torció los labios en algo que no llegaba a ser una sonrisa.

—El propietario de la finca no estaba en casa. Solo había... esclavos. —Apartó la vista con expresión angustiada.

—¿Y los esclavos? —lo animó a continuar Dakon al cabo de un rato.

Jayan suspiró.

—No se han alegrado de vernos ni les han entusiasmado nuestros planes respecto a ellos.

—¿Así que Narvelan les ha ofrecido la libertad?

—Sí. —Jayan arrugó el entrecejo y miró de nuevo a Dakon. Tessia percibió dolor, culpabilidad y oscuridad en sus ojos antes de que su semblante se tornara más inexpresivo—. Cuando llegamos nos abrieron las puertas y luego se arrojaron al suelo. Narvelan les pidió que se levantaran. Les aseguró que los liberaríamos si ellos colaboraban con nosotros. Entonces comenzó a hacerles preguntas. Nos dijeron que su amo no estaba y nos explicaron quién era, pero cuando él les preguntó por su paradero y ellos respondieron, era evidente que mentían. —Hizo una mueca—. De modo que Narvelan le ordenó a uno que se acercara y le leyó la mente. Descubrió que habían enviado mensajeros a su amo, que está visitando a un vecino, y que le son leales. Lo temen, pero le son leales. No entienden lo que es la libertad. Nuestra oferta no significaba nada para ellos.

»Nos pusimos a discutir sobre qué hacer a continuación, pero Narvelan dijo que no había tiempo. Los esclavos ya estaban corriendo la voz sobre nuestra presencia. Teníamos que detenerlos y absorber su energía. Y eso hicimos, mientras Narvelan partía para interceptar a los mensajeros. —Se interrumpió para inspirar profundamente—. Cuando regresó, vio que habíamos cumplido con lo acordado; habíamos dejado a los esclavos con vida pero demasiado débiles para moverse. Los miró y dijo que teníamos que matarlos, pues de lo contrario, en cuestión de horas, recuperarían la fuerza suficiente para marcharse y alertar a las autoridades de nuestra

Takado sacudió la cabeza y pasó a describir la primera batalla. Cuando llegó al punto en que el ejército kyraliano comenzó a retroceder, se interrumpió.

—Pero... —dijo uno de los magos—. Si se batieron en retirada, debían de estar prácticamente acabados. ¿Por qué no los seguisteis?

—Por culpa de Nomako —respondió Dachido en un tono bajo y desdenoso—. Intentó tomar el control en ese momento.

—Quedó como un tonto —añadió Asara—. Habríamos vencido de no ser por la demora. Los kyralianos desalojaron a los habitantes de los pueblos que estaban en nuestro camino, para que no pudiéramos incrementar nuestra energía en la medida en que podríamos haberlo hecho.

—Pero en la siguiente batalla... —empezó a decir Takado.

Hanara no pudo oír más. El sonido de pasos en el pasillo ahogó las voces. Una fila de esclavos pasó por su lado en dirección a la sala maestra, con bandejas repletas de viandas para el festín que iban a darse anfitriones e invitados. Cuando Hanara percibió el olor a comida, su estómago empezó a dolerle y a hacer ruido. Llevaba días sin comer otra cosa que aves escuálidas asadas con magia y las hierbas y plantas comestibles que encontraba en las montañas.

Cuando los magos terminaron y los esclavos retiraron las últimas bandejas, alguien le dio un golpecito en el codo a Hanara. Al volverse, vio a un niño esclavo que le tendía una de las bandejas, en la que había trozos de carne asada y verduras bañadas en una salsa espesa.

Hanara cogió un puñado de comida y masticó deprisa. Las oportunidades como aquella había que aprovecharlas, tanto en tiempos de guerra como en la tranquilidad de las mansiones sachakanas. El esclavo de Dachido comió con la misma avidez, pero la esclava de Asara no parecía tenerlas todas consigo. Él le lanzó una mirada inquisitiva. Ella contemplaba la comida con el ceño fruncido por la suspicacia, pero Hanara oía los gruñidos de sus tripas.

Cuando él extendió la mano hacia el último trozo, ella se apresuró a cogerlo antes que él. Ni siquiera entonces se lo comió directamente. Examinó con detenimiento el rostro de Hanara y luego el del esclavo de Dachido. Hanara se encogió de hombros. Se volvió para mirar y escuchar a Takado. Al cabo de un momento, oyó que ella estaba comiendo y se sonrió.

—Y ahora, la última batalla —dijo el anfitrión—. ¿Qué salió mal?

Takado torció el gesto.

—Un fallo estratégico. Nomako no me había dicho que había enviado dos grupos al oeste y al sur para que tomaran esas zonas y acumularan energía antes de reunirse con nosotros a las afueras de Imardin. Nomako nos convenció de que esperaríamos a que llegara el grupo del sur para que contáramos con la mayor fuerza posible antes de enfrentarnos a los kyralianos. Aseguró que el pueblo kyraliano no accedería a donar su energía a sus señores, pues no eran esclavos. —Sacudió la cabeza—. Yo tenía mis dudas, pero como la mayoría de los guerreros eran ahora sus hombres, y él había amenazado con retirar su apoyo...

—Se equivocaba. Creemos que la ciudad entera donó su energía al ejército kyraliano —dijo Dachido.

Los otros magos se mostraron sorprendidos.

—Yo lo habría considerado improbable, pero no imposible —comentó el ashaki Charaka.

—A mí me parecía un riesgo real —convino Asara—, pero dudaba que tuvieran tiempo suficiente. ¿Todos los habitantes de una ciudad debían donar su energía en unas pocas horas? No tengo idea de cómo se las ingenieron.

—El caso es que lo hicieron —dijo Charaka y clavó en Takado una mirada poco amistosa.

Hanara arrugó el entrecejo cuando el hombre se disponía a añadir algo más, pero un zumbido en sus oídos le impidió oírlo.

—Te he dicho que algo no iba bien —dijo detrás de él una voz femenina que sonaba débil y lejana.

Hanara oyó un golpe sordo y, al volverse, la vio tumbada en el suelo. Movié la cabeza, lo que le provocó un mareo acompañado de náuseas. Se quedó quieto y cerró los ojos.

«¿Qué está pasando? —se preguntó, pero al instante supo la respuesta. En la sala maestra, el volumen de las voces aumentó. Él abrió la boca e intentó lanzar una advertencia, pero lo único que salió de su boca fue un gemido—. Nos han drogado. Y Takado... no tiene fuerza suficiente para salir de aquí luchando.»

—... enfrentaros a nosotros, o podéis cooperar.

—No tenemos tiempo para eso —repuso Takado en un tono sereno que entrañaba una clara advertencia—. El ejército kyraliano está aquí. Los muy idiotas han...

—Lo que hagan o dejen de hacer ya no os incumbe. —El anfitrión. Una voz imperiosa. Más palabras, pero distorsionadas y ahogadas por el zumbido. Hanara sintió que le flaqueaban las piernas. Notó que la pared se deslizaba contra su pecho y que el suelo detenía su caída. Unas figuras borrosas se movían ante sus ojos.

A continuación, una tela áspera le cubrió la cabeza y él no vio más que oscuridad.

Clareaba desde hacía una hora, y el cielo se había teñido gradualmente de un rojo inquietante mientras la tierra seguía siendo una llanura negra, interrumpida aquí y allá por las siluetas de edificios y árboles. El color bañaba los contornos de los rostros y se reflejaba en los ojos, dando a las facciones familiares un aspecto extraño pero en cierto modo apropiado, pensó Dakon, después de lo ocurrido la noche anterior. Personas que él creía conocer y a quienes atribuía un carácter benévolo habían mostrado su lado más oscuro, o una debilidad que les impedía enfrentarse a la mayoría aunque no estuvieran de acuerdo con ella.

El rey había decidido que Narvelan encabezaría todos los ataques contra las fincas sachakanas, pero que en cada ocasión dirigiría a un grupo distinto de magos. «Una decisión interesante —había pensado Dakon—. Nos obliga a todos a tomar parte en la matanza, para repartir la responsabilidad entre nosotros. Si todos nos sentimos culpables, nadie empezará a culpar a otros.»

Dakon se preguntaba qué ocurriría cuando le llegara el turno y él se negara a participar.

Por el momento no había habido una escasez de voluntarios. Lord Prinan se había unido al tercer grupo, tras confesar a Dakon que temía que si no se fortalecía sería un lastre en las batallas futuras.

«¿Seré yo un lastre? —se preguntó Dakon—. Si solo extraigo energía de Tessia estaré más débil, pero no seré un lastre. Si eso significa que seré uno de los primeros en caer en la próxima batalla, que así sea. No pienso matar esclavos para arrebatárselos su energía.»

—Vos podríais dejarlos agotados en vez de eso —le había sugerido Tessia, sin duda consciente de las posibles consecuencias que tendría su negativa a participar.

—Y Narvelan echará un vistazo después para asegurarse de que estén muertos —había replicado él—. No te preocupes. Solo es cuestión de esperar. En cuanto el rey se percate de que es imposible que nuestra presencia en Sachaka siga siendo un secreto, le dará igual si los esclavos sobreviven o no.

Las fincas se encontraban a unas horas de camino unas de otras, por lo que solo habían asaltado siete. En todas las casas posteriores a la primera habían encontrado magos. Todos se habían resistido contra los atacantes y habían sido derrotados. Nadie había mencionado si había miembros de la familia de los magos presentes, ni qué había sido de ellos. Dakon dudaba que todos los parientes de los propietarios de las fincas estuvieran ausentes, y también dudaba que alguno hubiera quedado con vida.

El sonido de varios cascos de caballos atrajo la atención del ejército hacia el camino secundario por el que se había marchado Narvelan con su último grupo. En efecto, el destacamento estaba regresando. Se disgregó cuando se incorporó al resto del ejército; los magos ocuparon de nuevo sus posiciones anteriores en la columna y Narvelan se acercó al rey una vez más.

En vez de reanudar la marcha, el rey se volvió hacia Sabin y asintió. El maestro espadachín hizo girar a su caballo y retrocedió a lo largo de la columna. Al pasar junto a Dakon, lo miró a los ojos.

—El rey pide a sus asesores que se reúnan con él.

Dakon asintió y, cuando Sabin se encontraba demasiado lejos para oírlo, suspiró.

—Buena suerte —murmuró Jayan.

—Gracias. —Dakon posó la vista en Tessia, que le dedicó una sonrisa de conmiseración, y luego espoleó a su caballo hacia delante.

Se detuvo junto a lord Hakkin y observó a los otros asesores, que se dirigían al frente de la columna. El líder de los elyneos se unió a ellos. Cuando Sabin regresó con los asesores que faltaban, todos se colocaron de cara a los demás, formando un círculo de monturas con sus jinetes.

—Necesitamos un lugar seguro donde acampar —dijo el rey—, pero no parece haber cerca de aquí ningún sitio en el que pueda ocultarse un grupo numeroso como el nuestro. El mago Sabin propone que continuemos cabalgando.

—¿En plena luz del día, majestad? —preguntó Hakkin—. ¿No nos exponemos a que alguien nos vea?

El rey asintió.

—Lo que hicimos anoche acabará por saberse, tal vez dentro de un par de días, pero debemos suponer que no tendremos tanta suerte y que la noticia de nuestra llegada empezó a difundirse desde nuestra primera parada. Quizá no consigamos viajar más deprisa que los mensajes sobre nosotros, pero todavía podemos llegar antes de que el enemigo tenga tiempo de prepararse o de esquivarnos.

—Pero ¿cuándo dormiremos? —preguntó Perkin—. ¿Y qué hacemos con los caballos?

Sabin esbozó una sonrisa lúgubre.

—Cuando la noticia se nos adelante, buscaremos una posición que podamos defender y nos turnaremos para descansar. Nos llevaremos los caballos frescos que encontremos por el camino. En cada finca hay unas caballerizas, donde se guardan entre cuatro y veinte caballos. Esa —señaló con un movimiento de la cabeza las murallas blancas a lo lejos— tenía más de treinta. Enviaré a unos criados a buscarlos.

—¿Qué haremos cuando las noticias sobre nosotros nos precedan? ¿Qué harán ellos? —preguntó Bolvin.

—Avanzaremos lo más rápidamente que podamos, a fin de que dispongan del menor tiempo posible para juntarse y prepararse.

—¿Viajaríamos tan deprisa como las noticias si no nos detuviéramos a atacar las casas sachakanas durante el trayecto? —preguntó Dakon.

—Sí —respondió Sabin—, pero necesitamos fortalecernos también.

—Tenemos la piedra de almacenaje —observó Dakon.

Sabin se volvió hacia Dem Ayend.

—Pero no debemos utilizarla salvo en caso estrictamente necesario. Sería un desperdicio si la usáramos y fracasáramos de todos modos por no haber hecho el esfuerzo de valerlos de nuestra propia fuerza.

El Dem torció los labios al oír esto, pero guardó silencio.

—Además, hay que evitar que los sachakanos se fortalezcan —agregó Narvelan—. Sería una insensatez dejarles una fuente de energía que pueden utilizar en nuestra contra. No queremos que nos ataquen por la retaguardia o que bloqueen nuestra vía de escape.

Esta vez fue Sabin quien adoptó una expresión divertida. Dakon miró a los otros magos, que asentían en señal de conformidad, y sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda y se instalaba en algún lugar de su vientre como un nudo glacial. «Van a seguir matando esclavos —comprendió—, hasta llegar a Arvice. Y todo porque son demasiado orgullosos para utilizar la piedra de almacenaje de los elyneos. Porque tienen miedo. —Por un momento se quedó sin habla, y cuando se recuperó de la impresión, la conversación había derivado hacia otros temas—. Nada de lo que diga les hará cambiar de idea. Quieren que tengamos las máximas posibilidades de ganar. Las vidas de unos miles de esclavos no les parecerán importantes en comparación con eso.»

—Lord Dakon —dijo el rey.

Dakon alzó la vista y cayó en la cuenta de que no había escuchado la última parte de la conversación.

—¿Sí, majestad?

—¿Queréis reunir un grupo y partir al frente de él en busca de comida para el ejército?

Un alivio tardío se apoderó de él.

—Sí, eso puedo hacerlo. —Era una misión que podía llevar a cabo con la conciencia tranquila.

—Bien. —El rey entornó los párpados ligeramente—. Me gustaría comentar esto con vos más a fondo. Los demás podéis volver a vuestras posiciones.

Mientras los otros se retiraban, el rey acercó su caballo al de Dakon.

—He notado que no habéis participado en ninguno de los asaltos a las fincas —dijo el rey, clavando en él unos ojos penetrantes e impasibles—. No estáis de acuerdo en matar a los esclavos, ¿verdad?

—No, majestad. —Dakon sostuvo la mirada del rey y el corazón se le aceleró un poco por el temor.

—Recuerdo que en el paso fronterizo dijisteis que debíamos procurar no convertirnos en sachakanos. No lo he olvidado. —El rey sonrió por un momento antes de ponerse serio de nuevo—. No creo que haya peligro de eso.

—Espero que tengáis razón. —Dakon posó la vista en Narvelan en un gesto deliberado. Los ojos del rey centellearon.

—Yo también. Pero la decisión está tomada, y debo atenerme a ella. No os obligaré a participar en los asaltos, pero no quiero que parezca que acepto vuestra negativa con demasiada facilidad. Por fortuna, todos los que han reparado en ello dicen que semejantes actos no están en vuestra naturaleza, y que permanecer débil es castigo suficiente para vos. Están más preocupados por vos que enfadados.

Dakon percibió una inquietud auténtica en la voz del rey, y asintió de nuevo.

—Entiendo.

—Espero que lo entendáis de verdad —dijo el rey, y echó un vistazo hacia atrás—. Ahora, más vale que avivemos el paso. Tal como ha señalado Sabin, la rapidez es esencial para nosotros en estos momentos.

Tras lanzar a Dakon una última mirada severa, hizo que su caballo diera media vuelta y se dirigió de nuevo hacia Sabin. Dakon no sabía si sentirse aliviado o preocupado por lo que había dicho el rey. Mientras cabalgaba de vuelta a donde se encontraban Tessia, Jayan y Mikken, meditó sobre las palabras del monarca.

«... permanecer débil es castigo suficiente.»

¿Durante cuánto tiempo seguirían pensando esto sus amigos y aliados, mientras el ejército se internaba más y más en Sachaka y se acercaba el momento de la batalla que decidiría el futuro de ambos países?

El sol estaba alto en el cielo cuando Narvelan y su último grupo regresaron por otro camino secundario. Jayan observó que Narvelan intercambiaba unas palabras con el rey antes de volverse y cabalgar hacia él. En su interior se desató un torbellino de sentimientos a los que se sumó el desánimo cuando advirtió que el miedo era uno de ellos. Repugnancia, rencor, deslealtad y miedo.

«Eras amigo de Dakon —pensó—. Siempre hablabas de proteger a la gente de tu señorío y tu país. Siempre defendías al hombre y la mujer de a pie y te quejabas de los magos que se valen de su poder y su influencia para abusar de los más débiles.»

Entonces se percató de que Narvelan estaba mirando a Dakon. El mago frenó a su caballo a unos pocos pasos de distancia.

—Hola, viejo amigo —dijo, con una sonrisa cansada y un brillo extraño en los ojos—. Hemos encontrado un almacén grande repleto de comida allí detrás. No lo entiendo, pues el sitio está medio vacío y abandonado, y casi no había esclavos por allí. Yo llevaría dos carretillas.

Dakon forzó una sonrisa.

—Gracias por la información.

Narvelan se encogió de hombros, hizo girar a su caballo y se encaminó hacia el rey.

—Muy bien. —Dakon se volvió hacia Jayan e hizo una mueca—. Será mejor que nos demos prisa, o el ejército se marchará sin nosotros.

Jayan sonrió.

—No lo harán, a menos que de pronto le hayan cogido aversión a la comida.

Retrocedieron a lo largo de la columna reuniendo a los magos y criados que habían accedido a ayudarlos, así como dos carretillas que los sirvientes habían preparado. A continuación enfilaron el camino secundario que conducía a las murallas blancas lejanas, dejando atrás a Tessia y Mikken.

Los magos permanecían callados mientras cabalgaban. Tal vez era por miedo a un ataque, aunque Narvelan seguramente se había ocupado ya de todos los agresores en potencia. Era más probable que su silencio se debiera a la sombría certeza de lo que iban a ver.

Pero había menos cadáveres de lo que Jayan esperaba. Narvelan no exageraba cuando afirmaba que el sitio estaba medio vacío y abandonado. Muchas de las habitaciones de la casa estaban desnudas. Otras contenían muebles viejos y maltratados. En una habitación había un arcón de madera roto y abierto. Jayan entró y examinó el interior de la caja. Estaba llena de prendas de una tela profusamente decorada. Despedían una fragancia con toques de especias.

—Parece ropa de mujer —dijo en voz alta, palpando la tela—. Nunca he visto a un hombre con vestidos tan finos.

Dakon miró a Jayan a los ojos y frunció el entrecejo.

—Yo solo he visto cadáveres de esclavos.

Un escalofrío recorrió a Jayan.

—Encontremos el dichoso almacén y larguémonos de aquí.

Al poco rato, uno de los magos apareció y les comunicó que había localizado el almacén. Dakon se marchó con el hombre para acercar las carretillas al edificio, mientras Jayan iba en busca de los otros miembros del grupo.

El almacén era un edificio achaparrado e independiente situado en la parte de atrás de la finca. Las paredes del interior estaban recubiertas de estantes. Unas grandes tinajas de cerámica con etiquetas que indicaban variedades distintas de grano estaban apiñadas en el centro de la habitación.

—Son demasiado pesadas para cargarlas en las carretillas —dijo Dakon. Se acercó a los estantes para investigar qué contenían. Estaban atestadas de verduras, cecina, botes de conservas y aceites, y sacos de judías secas—. Llevaos estas... y estas. Esas de ahí, no...

Los magos y los criados pusieron manos a la obra con diligencia. Habrían podido utilizar magia para trasladar los alimentos, pero eran reacios a gastar energía, aunque solo fuera una cantidad ínfima. Pronto la primera carretilla estaba llena, y la apartaron para poder acercar la otra a la puerta.

—Ojalá tuviéramos recipientes o bolsas más pequeñas en las que meter este grano —murmuró Dakon mientras abría la tapa de otra tinaja. Se quedó inmóvil por un momento, colocó la tapa rápidamente en su sitio, alzó la mirada y la dirigió en torno a sí, hasta que sus ojos se clavaron en los de Jayan. Entonces se encogió de hombros y comenzó a ayudar a los criados a llevar la comida hacia la carretilla.

Por fin la última carretilla estuvo cargada, y Dakon hizo salir a todos del almacén. La carretilla empezó a moverse, pero topó con un saco tirado en el suelo y se volcó. Mientras los magos recogían los alimentos para colocarlos de nuevo en la carretilla, Jayan volvió a entrar sigilosamente en el almacén.

Cuando se acercó a la tinaja que había abierto Dakon, percibió el mismo aroma a especias que desprendía la ropa. Agarró el pomo de barro del centro de la tapa y la levantó.

Y debajo vio varios rostros aterrorizados.

La vasija no tenía fondo. Comunicaba con una especie de cavidad subterránea, un buen escondite para aquellas mujeres mientras no se le ocurriera a nadie echar una ojeada al interior de la tinaja. Jayan sintió admiración por quien había ideado aquel refugio tan ingenioso, pero entonces pensó que seguramente su objetivo era servir de protección contra un peligro que no era el de los invasores kyralianos.

«¿A qué pueden temer aparte de a nosotros?»

Una de las mujeres soltó un gemido. La fascinación de Jayan dio paso a la preocupación. No tenía intención de revelar a los otros magos la existencia de aquellas mujeres. Se llevó un dedo a los labios, sonrió en lo que esperaba que fuera un gesto tranquilizador y cerró la tapa de nuevo. Cuando alzó la vista, vio a Dakon de pie en la puerta, con una expresión ceñuda de incertidumbre y temor.

«Está inquieto porque ya ha visto a un amigo suyo sucumbir a la maldad, y no puede evitar temer que ocurra de nuevo.»

Jayan se dirigió hacia la puerta y dio a Dakon unas palmaditas en el hombro.

—Tienes razón. Pesan demasiado para llevárnoslas con nosotros —dijo, y acto seguido salió para reunirse con los demás.

«De modo que así es la casa de un hombre que planea asesinar a su esposa», pensó Stara mientras caminaba por un pasillo con Kachiro en dirección a la sala maestra de la residencia de Vikaro. Al mirar en torno a sí, la invadió una extraña desilusión. Había esperado algo inusual que reflejara, aunque solo fuera de un modo sutil, el carácter peligroso del propietario.

Nada raro atrajo su atención. La casa tenía las paredes enlucidas de blanco, como todas. Saltaba a la vista que los muebles habían sido diseñados por Motara, y el resto de la decoración era típicamente sachakano. No había nada fuera de lo común.

«Tal vez la clave esté en la falta de detalles insólitos —pensó ella. Sacudió la cabeza—. Si sigo pensando de ese modo, acabaré un poco loca. Más vale que asuma que no se puede identificar a un asesino por sus pertenencias. Bueno, a menos que tenga una colección de venenos en algún lugar...»

El esclavo de Vikaro los guió al interior de la sala maestra, donde los recibieron el anfitrión y los otros amigos de Kachiro.

—¿Os habéis enterado? —preguntó Vikaro, con los ojos brillantes—. ¡El ejército kyaliano ha entrado en Sachaka!

—Crean que, como vencieron a Takado, pueden vencernos a los demás —comentó Motara, sonriendo—. La victoria se les ha subido a la cabeza.

Stara miró a Kachiro, que tenía el ceño fruncido.

—¿Hasta dónde se han adentrado?

—Nadie lo sabe con exactitud —dijo Vikaro—, pero la noticia debe de haber tardado unos días en llegar hasta aquí. Podrían estar ya a medio camino de Arvice, o tal vez estén tomándose su tiempo. También es posible que ya se hayan encargado de ellos.

—¿Alguien sabe si el emperador está reuniendo otro ejército para hacerles frente? —preguntó Motara.

Los demás menearon la cabeza. Stara vio que Chavori hacía un gesto de dolor y recordó que, según le había contado, se había negado a alistarse en el ejército.

Kachiro se quedó pensativo.

—Así que... cuando sean derrotados, no quedará nadie en Kyalia que impida que Sachaka tome el control.

Vikaro arqueó las cejas.

—No había pensado en eso.

Como los magos comenzaron a meditar sobre ello en silencio, Stara aprovechó la pausa.

—¿Hay noticias de los sachakanos que marcharon sobre Kyalia? —preguntó.

—Todos murieron —respondió Rikacha, restando importancia al asunto con un ademán—. De todos modos, eran unos necios por haber decidido ir allí.

Stara se sintió como si le hubieran propinado un puñetazo en el pecho. «Ikaro. No puede haber muerto. Apenas empezábamos a conocernos y a congeniar.»

—He oído que algunos sobrevivieron —le dijo Chavori, con una expresión de esperanza y compasión.

Ella consiguió dirigirle una sonrisa breve en señal de gratitud. Kachiro le dio unos golpecitos suaves en el brazo.

—Veré qué puedo averiguar —murmuró—. ¿Por qué no vas a ver si las mujeres saben algo más? Cuentan con sus propias fuentes de información.

—¿Los cotilleos? —Vikaro puso los ojos en blanco—. Son tan fiables como los rumores. —Sonrió a Stara—. La esclava de Aranira te llevará con ellas.

Señaló a un lado, y Stara vio a una esclava que se había postrado a pocos pasos de ella. Cuando se aproximó a la mujer, esta se puso en pie de un salto, le hizo una señal para que la siguiera y se encaminó hacia una puerta cercana. En el pasillo, Stara se encontró con Vora, que la estaba esperando. La mujer tenía los labios apretados y una mirada llena de preocupación.

«Está incluso más ansiosa que yo por saber qué ha sido de Ikaro», pensó Stara.

Tras recorrer varios pasillos, Stara llegó a un jardín en el que daba sombra un gran armazón de madera cubierto de enredaderas. Debajo había cuatro sillas dispuestas para sus nuevas amigas, y una esclava llevó otra para Stara.

Había varias esclavas de pie en el jardín; más de las necesarias, notó Stara. La que se encontraba más cerca de Tashana le resultaba conocida.

—¿Cómo tienes la herida de la oreja, Stara? —preguntó Tavera.

Stara se llevó la mano al pendiente.

—Creo que bien.

—Se pasó una semana gimoteando de dolor —añadió Vora.

—¡Vora! —protestó Stara—. No tienes por qué contarles todo acerca de mí.

—No, pero es de lo más divertido —respondió Vora con una sonrisa maliciosa.

—¿Habéis oído lo de los kyalianos? —preguntó Chiara.

—Sí —respondió Stara—. ¿La amenaza es...?

—¿Sería? Sí —suspiró Chiara—. Según nuestros esclavos mensajeros, están a mitad de camino de Arvice.

Un estremecimiento frío sacudió a Stara.

—¿Por qué no les ha parado los pies el emperador todavía?

Chiara adoptó una expresión grave.

—Porque nuestras tropas fueron aniquiladas en Kyralia.

—¿Todas? ¿No sobrevivió nadie? —Stara, aterrada, notó que se le encogía el corazón.

—Circula el rumor de que Takado regresó a Sachaka hace unos días y fue capturado por el emperador. Si él solo consiguió cruzar la frontera recientemente, tal vez otros la crucen después.

—Pero es poco probable —repuso Stara, bajando la vista.

«Debo hacerme a la idea de que, con toda seguridad, Ikaro está muerto. Y también mi padre.» La invadió cierto pesar al pensar en la muerte de su padre, por el hecho de que había resultado ser muy distinto del padre cariñoso que ella había adorado durante casi toda su vida. En cambio, Ikaro había resultado ser mucho más bondadoso de lo que ella había creído. Era injusto perderlo ahora. Esta pérdida le provocaba un dolor que ella nunca había experimentado antes, un dolor tan intenso que la dejaba sin aliento.

«Supongo que ahora heredaré la fortuna de mi padre. —El pensamiento la asaltó de forma inesperada, y le sorprendió sentir una ligera emoción—. ¿Podré tomar las riendas del negocio? ¿De verdad es imposible para una mujer dirigirlo, como decía mi padre?»

Pero entonces se acordó de Kachiro. Por ser su marido, tenía derecho a administrar cualquier herencia que ella recibiera. Si no quería que Stara se encargara del negocio, ella no podría hacer nada al respecto.

—Stara.

Ella alzó la mirada hacia Tavera.

—¿Sí?

—Necesitamos pedirte algo.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, pestañeando sorprendida.

—Los kyralianos han atacado el Refugio. Aunque la mayoría de los esclavos ha muerto, unos pocos han sobrevivido, junto con las mujeres que protegemos. No les ha quedado más alternativa que huir. Se dirigen hacia Arvice y llegarán aquí mañana. Necesitamos alojarlas en algún lugar. ¿Crees que Kachiro te dejaría acogerlas como invitadas?

Stara reflexionó sobre ello.

—Tal vez. Nunca le he pedido favores, pero no se me ocurre ningún motivo para que se niegue.

Tavera emergió de las sombras y se detuvo detrás de la silla de Tashana. Sostuvo la mirada de Stara con expresión adusta.

—Hay una cosa que debes saber sobre tu esposo.

Un escalofrío descendió por la espalda de Stara.

«Por supuesto que la hay —pensó—. Es demasiado amable. En Sachaka las personas tan amables no pueden existir. Tienen que adolecer de defectos terribles, que guardar un secreto tan oscuro que solo sus esposas lo conocen y lo padecen.»

—Sabía que tarde o temprano tendría que enterarme de alguna mala noticia —suspiró—. ¿De qué se trata?

Las mujeres intercambiaron miradas, y Chiara hizo una mueca, inclinándose hacia delante.

—Kachiro prefiere la compañía de los hombres a la de las mujeres —aseveró—. Y no me refiero a que le guste conversar con ellos. Quiero decir que se los lleva a la cama.

Stara fijó la vista en Chiara y se le escapó una sonrisa. «¿Eso es todo? ¿Eso es todo?» Tenía sentido, desde luego. Su «problema» no era una tara física, después de todo. Sencillamente, no lo excitaban las mujeres. El alivio se adueñó de ella. Vio que las mujeres se miraban con el entrecejo fruncido, sacudiendo la cabeza.

—¿Ya lo sabías? —preguntó Tavera.

—No. —Stara reprimió una risotada—. Esperaba algo... bueno, más terrible.

—¿Esto no te molesta? —inquirió Chiara con las cejas enarcadas—. Se acuesta con hombres. Es algo... —Se estremeció.

—Tal vez en Sachaka —contestó Stara—, pero en Elyne los hombres así no son objeto de burla ni de desprecio.

«Por lo general —añadió en su fuero interno—. Hay personas que los desprecian y se burlan de ellos constantemente, pero suele tratarse de gente desagradable que no solo odia a los donceles.»

—Bueno..., estamos en Sachaka —dijo Tavera—. Esas tendencias se consideran inmorales y antinaturales. A él no le interesa que salgan a la luz.

—¿Estás insinuando que le haga chantaje?

—Sí.

Stara asintió.

—¿Y si primero intento apelar a su bondad con mi carácter cautivador? Podría reservar el chantaje para situaciones desesperadas.

Tavera parecía desconcertada.

—Claro, si crees que puedes convencerlo, intenta eso primero. Por muy elynea que seas, me sorprende que no estés enfadada con él. Fue injusto que se casara contigo sabiendo que no podía darte hijos.

Stara hizo un gesto afirmativo.

—Lo fue. Y eso será un argumento más persuasivo que cualquier otro. Él hará lo que le pida como agradecimiento por mi silencio, en vez de guardarme rencor por obligarlo mediante amenazas.

«Pero ella tiene parte de razón. Incluso en Elyne se considera una bajeza que un hombre con sus inclinaciones engañe a una mujer para que se case con él. Yo no podía elegir con quién iba a desposarme, pero Kachiro sí. Por otro lado..., me pregunto hasta qué punto es secreto su secreto. ¿Estaba al corriente de él mi padre? ¿Por eso sabía que Kachiro no engendraría a un heredero?»

Quizá nunca lo sabría, ahora que su padre había muerto. Y ahora que él estaba muerto y Nachira estaba a salvo, no tenía importancia.

Tras dejar caer al suelo la bolsa de su padre, Tessia se sentó junto a Mikken. Contempló la bolsa y suspiró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mikken.

Ella se encogió de hombros.

—Nada. Todo. Que esta bolsa no me ha hecho falta más que para vendar una mano con un corte, inmovilizar un tobillo torcido y aliviar el dolor de cabeza de uno de los criados.

—¿Quieres que la gente se haga daño, o que los sachakanos nos ataquen, para tener a alguien a quien sanar? —preguntó él con una sonrisa irónica.

—Claro que no. —Ella sonrió fugazmente para darle a entender que sabía que estaba bromeando—. Es solo que creía que mi forma de ayudar a los esclavos de Sachaka consistiría en sanarlos.

Mikken asintió.

—Lo sé. Al menos las casas están abandonadas ahora. No queda nadie a quien matar, ya sea esclavo o no. —Frunció el ceño—. Pero tengo que reconocer que estoy un poco asustado. Los sachakanos deben de estar absorbiendo la energía de sus esclavos, mientras que nosotros no extraemos ni una gota.

—Tendríamos que haber entablado amistad con los esclavos. A estas alturas contaríamos con el apoyo de miles, que nos seguirían y nos cederían su fuerza todos los días.

Mikken meneó la cabeza.

—No creo que ganármolos hubiera resultado tan fácil. Lo que dijo Narvelan es cierto. Son leales a sus amos.

—Lo que pasa es que no creen que nadie vaya a liberarlos. Por lo menos deberíamos haber intentado convencerlos de que albergábamos esa intención.

Mikken se encogió de hombros en señal de que no estaba de acuerdo pero no tenía ganas de discutir. Ella lo contempló por un momento antes de apartar la vista. Había habido un tiempo en que ella lo consideraba encantador y atractivo. Ahora estaba demasiado harta y desilusionada de todo para que nadie la atrajera. Salvo Dakon, y solo como su maestro y protector. Y quizá también Jayan, aunque no acertaba a entender por qué. Se había convertido en una especie de amigo. O tal vez solamente en alguien que le daba la razón de vez en cuando. Sin embargo, como aliado era poco fiable, pues tan pronto la contradecía como se ponía de su parte.

—Tessia.

Cuando alzó la mirada, vio que Dakon cruzaba el patio a grandes zancadas en dirección a ella. Había ido en busca de provisiones con Jayan en cuanto el ejército se había instalado en el conjunto de edificios. Las casas abandonadas por los sachakanos habían resultado ser el mejor alojamiento para que las tropas kyalianas se pararan a descansar. Cuando Dakon llegó frente a Tessia, ella se levantó. No pudo adivinar el estado de ánimo de su maestro por su expresión. Tenía el entrecejo fruncido, pero últimamente siempre lo tenía así.

—Dos magos han caído enfermos —le informó él—. ¿Podrías echarles un vistazo?

—Por supuesto. —Se agachó para recoger su bolsa.

Dakon la guió al interior de la casa, y luego por una serie de pasillos. Tessia había advertido varias semejanzas entre las casas en que se habían alojado, y reconocía detalles que había visto en las casas de construcción sachakana de Imardin, aunque aquellas eran más grandes y suntuosas.

Los conjuntos de edificios se habían hecho más frecuentes conforme el ejército se acercaba a Arvice, pero no habían avistado pueblos o aldeas. Jayan creía que las fincas eran esencialmente autosuficientes y que obtenían los bienes que no producían ellas mismas comerciando directamente con otras fincas.

«De algún sitio proviene la madera para muebles y demás —pensó Tessia—. Tampoco hemos visto bosques desde que dejamos atrás las montañas; solo árboles que bordean los caminos o que forman paseos paralelos a los senderos, o algún bosquecillo que otro habitado por animales domésticos.»

Dakon dobló una esquina y entró en una sala grande que comunicaba con muchas habitaciones más pequeñas. Ella también había visto aquella disposición antes. Por lo general encontraban ropa fina tanto de adultos como de niños guardada en aquellas habitaciones, por lo que Tessia había deducido que se trataba de los aposentos familiares.

En la sala había varios magos de pie que fijaron la vista en ella con aire meditabundo cuando Tessia entró. Reconoció a lord Bolvin y a lord Hakkin. Dem Ayend también estaba allí.

De pronto, un hombre salió de detrás del Dem y a ella le dio un vuelco el corazón cuando lo reconoció.

—Aprendiz Tessia —dijo el rey Errik—. Me han contado maravillas de tus dotes de sanación. —Señaló una de las habitaciones—. Estos dos magos han caído enfermos hace un rato. ¿Podrías examinarlos?

—Desde luego, majestad —respondió ella, haciendo una reverencia apresurada. Él sonrió y la acompañó a la habitación pequeña, seguido por Dakon. Los enfermos yacían en camas demasiado cortas para su considerable estatura. Camas infantiles, supuso ella. Tenían el rostro crispado de dolor, y parecía que les costaba enfocar la vista. Tessia se acercó a uno de ellos y lo tocó para comprobar la temperatura y el pulso—. ¿Hace exactamente cuánto tiempo han caído enfermos, y cómo ha sido?

El rey miró a la criada de mediana edad que estaba de pie junto a una de las camas de los magos.

—Hace media hora, a lo sumo —respondió la mujer—. Él se ha quejado de que tenía retortijones. Han arrojado y hecho de vientre, y en ese momento me he imaginado que habían comido algo en mal estado, pero enseguida se han puesto peor. Entonces es cuando he ido en busca de ayuda.

Tessia alzó la vista hacia Dakon.

—Más vale que nos aseguremos de que nadie más coma lo mismo que ellos.

Dakon asintió y le indicó a la criada que se acercara.

—¿Les has servido tú la comida? —Como la mujer asintió, él añadió—: Ven y explícame qué era y de dónde la sacaste.

Consciente de que el rey la observaba atentamente, al igual que los magos que estaban en la sala, Tessia posó la mano sobre la frente de uno de los enfermos. Cerró

los ojos y respiró despacio para serenar su mente. Entonces proyectó sus sentidos hacia el interior del cuerpo del paciente.

El cuanto comenzó a sentir lo mismo que él, el dolor y la incomodidad la guiaron hacia el estómago. Los retortijones provocaban que unas ondas se formaran en los músculos. El organismo del enfermo estaba reaccionando, y cuando ella miró más de cerca, vio que intentaba expulsar un objeto ajeno. Aquella sustancia ajena estaba produciendo en el cuerpo el mismo efecto que un veneno.

«Actúa más deprisa que la comida en mal estado que estaba matando a los criados. O han comido algo muy dañino... ¡o los han envenenado!»

Esta revelación la hizo retraer sus sentidos y abrir los párpados. Cuando levantó la mirada, se encontró con los ojos del rey.

—A menos que lo que han comido estuviera totalmente echado a perder, sospecho que esto es producto de un envenenamiento.

Él le dirigió una mirada de sorpresa y se volvió hacia Dakon, que había regresado a la habitación. Tessia sintió una punzada de alarma y culpabilidad. Por ser el mago encargado de encontrar alimentos, podían responsabilizarlo de suministrar comida envenenada a las tropas. Miró al rey a los ojos y asintió.

—Me cercioraré de que nadie coma un bocado hasta que averigüemos si todos los alimentos de que disponemos son seguros.

—¿Todos? —preguntó el rey—. Bastará con examinar los que hemos encontrado hoy.

Dakon sacudió la cabeza.

—Es posible que estos magos hayan comido algo que llevamos con nosotros desde hace un tiempo pero que no había sido cocinado hasta hoy. La criada ha ido a buscar al cocinero que ha preparado el plato que les ha servido.

El rey asintió, posó la vista en Tessia y luego la bajó hacia los magos.

—¿Sobrevivirán?

—Me... me temo que no.

—¿No puedes sanarlos? —Clavó en ella unos ojos casi suplicantes. Ella apartó la mirada.

—Lo intentaré, pero no puedo prometer nada. No logré salvar a los criados intoxicados con comida en mal estado durante la guerra, y esto es mucho peor.

—Inténtalo —ordenó él.

Tessia aflojó el cuello del jubón que llevaba el mago y posó la mano sobre la piel de su pecho. Cerró los ojos de nuevo y proyectó su mente. Se percató de inmediato de que la situación había empeorado. El corazón latía con dificultad; el paciente empezaba a respirar trabajosamente.

«Primero debo eliminar todo el veneno que pueda —pensó ella—, pero no a través de la garganta, pues ya bastante le está costando respirar. No quiero asfixiarlo. —Utilizó la magia para crear una barrera flexible en forma de cuchara en torno al contenido de su estómago, y la hizo pasar con delicadeza por sus intestinos, recogiendo todos los residuos a lo largo del trayecto. No pudo evitar sonreír irónicamente para sus adentros cuando la sacó del cuerpo—. Esto no va a oler bien.

»Y ahora, a por el veneno que se ha colado por los canales y las vías.» Estudió los sistemas del enfermo con detenimiento. Toda la sangre estaba contaminada con el veneno. Aunque consiguiera aislarlo todo sin matarlo, ¿cómo lo extraería de su organismo? Saltaba a la vista que aquel no era el enfoque adecuado.

Antes de que se le ocurriera otra solución, al hombre empezó a fallarle el corazón. Alarmada, ella invocó su magia y la proyectó hacia aquel órgano. Profundamente concentrada, comenzó a apretarlo a un ritmo que le parecía natural y normal para un organismo sano y en reposo.

Entonces advirtió que los pulmones también habían dejado de funcionar y aparentemente se habían paralizado por completo. Tessia invocó más magia para expandirlos por la fuerza y después dejar que se relajaran. Necesitó toda su concentración para mantener los dos órganos en funcionamiento.

«No puedo continuar así indefinidamente —pensó—. Tengo que solucionar esto de alguna otra manera.»

Sin embargo, cuando consiguió prestar un poco de atención a los sistemas inferiores, percibió la acción de una energía que le resultaba familiar. La magia fluía. Una magia que no era la suya, sino que impregnaba el cuerpo del mago. Una magia que estaba combatiendo los efectos del veneno. Magia concentrada en el hígado y los riñones, para ayudar a depurar la sangre y eliminar la toxina.

Entonces ella comprendió que esa magia había estado actuando desde el principio, pero no había sido lo bastante fuerte o rápida para contrarrestar algo tan potente como el veneno. Al ocuparse de que el corazón y los pulmones siguieran funcionando, Tessia estaba dando a la magia del paciente el tiempo que necesitaba.

«Solo necesito descubrir cómo estimular ese flujo natural de magia...»

Sin embargo, incluso mientras lo pensaba, descubrió que no le hacía falta. El corazón del mago recobró vitalidad y fuerza y de pronto empezó a ofrecer resistencia contra su magia, por lo que ella dejó que bombeara por sí solo. Al poco rato, ocurrió lo mismo con los pulmones.

«Lo he salvado —pensó ella, experimentando una oleada de alivio triunfal—, gracias a su capacidad para sanarse a sí mismo por medio de la magia.» Lo que significaba que ella no habría podido curar a un no-mago envenenado.

Se retiró del cuerpo del mago y abrió los ojos. El hombre dormía con una respiración regular y profunda.

—Creo que se pondrá bien —dijo ella.

—¡Ah! —El rey se situó a su lado—. ¿Estás segura? ¿Se recuperará?

—Sí. Al menos según todos los indicios —agregó.

El rey asintió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Eres una joven excepcional, aprendiz Tessia. Cuando regresemos a Imardin debes enseñar tus métodos a otros.

—Aún no —replicó ella con una sonrisa—. Hay otra... —Pero cuando se volvió hacia el otro mago enfermo se le cayó el alma a los pies.

El hombre presentaba una palidez cadavérica y tenía los labios amoratados. Dakon se encontraba junto a él. Cuando ella reparó en el corte en el brazo del muerto y en el cuchillo que empuñaba su maestro, el corazón le dio un vuelco. No era posible que Dakon hubiese...

Entonces lo entendió todo al recordar lo que Dakon le había enseñado durante la primera etapa de su entrenamiento. Si el mago hubiera muerto con la magia atrapada aún en el interior de su cuerpo, esta habría podido liberarse con una fuerza destructiva. El rey, el hombre al que acababa de salvar y ella tal vez habrían muerto también, o habrían tenido que gastar mucha energía para escudarse.

«Al menos la energía que el mago tenía dentro no se ha desperdiciado —pensó ella—. Aunque dudo que a Dakon lo haga muy feliz absorber magia obtenida

mediante el asesinato de esclavos.»

—Por desgracia, solo hay una Tessia —dijo el rey con expresión de tristeza.

—Así es —respondió ella—. Tal vez debería haber empezado a dar clases a otros. Para ser sincera, creía que nadie estaría interesado.

—Hay mucho interés en lo que haces —aseguró él—, pero supongo que, entre los otros asuntos que los mantienen muy ocupados, la incertidumbre sobre si es mejor esperar a que ya no seas una aprendiz y puedas instruir a otros legalmente, y lo extraña que resulta la idea de recibir lecciones de una mujer joven, muchos magos no se han decidido a expresar ese interés. —El rey hizo una pausa y sonrió—. Después de lo que acabo de presenciar, me siento tentado de enviarte de regreso a Imardin con una escolta para garantizar que los conocimientos que posees no se pierdan, pero temo que correrías mayor peligro allí que si te quedas con nosotros.

—Además, nunca conseguiríais persuadirme para que abandonara a lord Dakon —dijo ella.

El rey sonrió de nuevo.

—¿Ni aunque os lo ordenara?

Ella apartó la vista.

—Supongo que tendría que marchar, pero me enfadaría mucho con vos.

El monarca se rió.

—Vaya, pues no puedo permitir que Tessia la sanadora mágica se enfade conmigo. ¿Quién sabe cuándo podría necesitar sus servicios?

Hanara y los otros esclavos se habían pasado dieciocho días con sus noches encadenados a la parte de atrás de un carruaje cubierto. Durante el día caminaban detrás del vehículo, que avanzaba hacia Arvice. Por la noche dormían allí donde se detenía el carro, en un suelo que a veces estaba cubierto de barro, a veces de tierra seca y a veces de duros adoquines. Hanara se alegraba de que estuvieran en verano y las noches fueran relativamente templadas, aunque el agotamiento causado por caminar toda la jornada le habría ayudado a dormir aunque hiciera frío.

Les daban agua dos veces al día, así como las sobras que les regalaban en las fincas en que se alojaban. Unas veces era pan duro; otras, sopa rancia, aguada y fría; y otras, la costra de comida que quedaba pegada en el fondo de las cacerolas.

Tres hombres viajaban en el carruaje: el cochero, que también se ocupaba de los prisioneros, y dos hombres libres que Hanara solo alcanzaba a entrever cuando subían o bajaban del vehículo. En ocasiones se imaginaba que Takado iba también en el carro. Si era verdad, nunca se apeaba por la noche ni hablaba en voz lo bastante alta para que los esclavos lo oyeran. De cuando en cuando, Hanara tenía que contenerse para decirle algo en alto a Takado, como que habían llegado a las afueras de Arvice, o que se encontraban ante las altas murallas del Palacio Imperial.

«No va en el carruaje —se dijo Hanara con firmeza—. Me han apartado de él, por lo que no cuenta con un esclavo fuese leal a quien extraer energía si se presenta la oportunidad. Quizá se haya quedado en la finca donde nos hicieron prisioneros, o ya esté en el palacio. O tal vez ha sido lo bastante astuto para convencer a alguien de que lo dejara escapar.»

El carruaje giró bruscamente para pasar por una abertura situada en un lado de la muralla del palacio y entró en un patio pequeño. Las puertas se cerraron tras él con un golpe retumbante. Las flanqueaban dos esclavos altos y musculosos con una lanza en la mano. Los dos hombres libres bajaron del carruaje y hablaron con el esclavo de palacio que se acercó para inclinarse ante ellos. La cinta que llevaba en la cabeza indicaba que era de categoría superior a la de los custodios de la puerta. Se levantó, dio una serie de órdenes con sequedad, y tres esclavos de rango inferior salieron de una puerta. Se acercaron y, cuando el cochero desenganchó del carruaje las cadenas que sujetaban a los prisioneros, cada uno agarró una. Hanara fue llevado al interior del palacio a empujones, seguido por los esclavos de Asara y Dachido.

Tras un largo recorrido por pasillos oscuros, los hicieron bajar una planta y luego otra, hasta llegar a unas galerías subterráneas. Los magos habían desaparecido. El aire estaba cargado de humedad y se respiraba una mezcla de olores cada vez más desagradables que acabó por convertirse en un hedor asfixiante a excrementos, sudor y moho. Las puertas junto a las que pasaban ya no eran de madera, sino de barrotes metálicos a través de los que se vislumbraban hombres y mujeres de edades distintas, unos vestidos como esclavos, y otros con ropa fina pero sucia.

«¿Van a encerrarnos aquí? —se preguntó Hanara. Se esforzaba en vano por no pensar en el futuro, pero a menudo se sorprendía a sí mismo especulando sobre si lo ejecutarían cuando llegara allí donde lo llevaban sus captores—. Si tuvieran la intención de matarme, seguramente ya lo habrían hecho.» O sea que debían de querer algo de él. O tal vez acabaría con un amo nuevo. Se planteó si, en ese caso, intentaría escapar y encontrar a Takado. Tal vez solo lo haría si averiguaba el paradero de su amo.

«No será como en Mandryn —pensó—. No habrá ninguna perspectiva de libertad que me tiente. Mi lugar está junto a Takado.» Sonrió cuando el orgullo y la sensación de larga-vida se apoderaron otra vez de él.

Llegaron finalmente a una cámara grande donde los obligaron a tumbarse boca abajo en el suelo frente a un esclavo bastante gordo y de alto rango.

—¿A quién pertenecen estos? —gruñó el hombre.

—A los rebeldes ichanis.

—¿Cuál es el de Takado?

—Este.

—Hay que interrogarlo. Llévoslo arriba. A los otros encerradlos en celdas de espera.

Cuando levantaron a Hanara para que se pusiera de pie, vio que conducían a los esclavos de Asara y Dachido a través de una puerta. Ellos no volvieron la vista. A él lo hicieron salir por la misma puerta por la que había entrado al pasillo que ya habían recorrido.

Entonces iniciaron un ascenso interminable. Escaleras y pasillos seguidos por más escaleras y pasillos. En cada planta el aire era más fresco y las paredes más blancas que en la anterior. Sin embargo, esto solo hacía que el nudo de terror que sentía en el estómago se tomara más grande y apretado. El ruido metálico de sus cadenas sonaba más fuerte cuanto más silenciosos eran los pasillos.

En lo alto de otra escalera más, un esclavo fornido apareció para cerrarles el paso.

—¿Quién? —preguntó.

—El esclavo de Takado.

El hombre miró a Hanara con los ojos entornados.

—Sígueme.

Aunque a Hanara lo invadió una sensación de alivio y libertad cuando el primer esclavo le soltó el brazo y el nuevo no lo agarró de nuevo, sabía que era una ilusión. Si intentaba echar a correr, lo atraparían y le pegarían una paliza. De modo que siguió obedientemente al nuevo esclavo. Los pasillos estaban decorados con esculturas

y tapices, y había algunas escenas coloridas pintadas en las paredes mismas.

Se detuvieron frente a una puerta de madera tallada. El esclavo llamó con unos golpes suaves. Cuando la puerta se abrió ligeramente, Hanara entrevió un rostro y un ojo.

—El esclavo del ichani Takado —murmuró su nuevo guía.

La puerta se cerró y ellos se quedaron esperando. Hanara examinó los adornos de las paredes, intentando ralentizar el ritmo de su respiración y su pulso. Cuando la puerta se abrió de nuevo, dio un respingo, y toda la serenidad que había conseguido reunir se evaporó.

Antes de que pudiera echar un vistazo a la habitación que había al otro lado, se encontraba dentro.

—Así que eres el esclavo del ichani Takado —resonó una voz.

El hombre que había hablado estaba sentado en una de las muchas bancas dispuestas a lo largo de las paredes. Su chaqueta corta, que relucía por el oro y las joyas que la cubrían, hacía juego con los muebles elaboradamente decorados de la estancia. Hanara se arrojó al suelo.

«¡El emperador! ¡Tiene que ser el emperador!» No se atrevió a responder. El hombre había pronunciado la frase como una afirmación, no como una pregunta.

—Levántate —dijo.

Con renuencia, pero no tan despacio como para irritar al emperador, Hanara se puso de pie. No despegaba los ojos del suelo.

—Acércate.

Obligó a sus piernas a moverse, y estas obedecieron, aunque amenazaban con paralizarse en cualquier momento. Como la orden de detenerse no llegaba, acabó a solo dos o tres pasos del soberano sentado, sin atreverse a levantar la vista por miedo a lo que le ocurriría si osaba mirar siquiera los zapatos del hombre.

—De rodillas.

Hanara se dejó caer al suelo, y el entrechocar de sus cadenas retumbó en la sala. El impacto le estremeció el espinazo y le contusionó las rodillas, pero olvidó el dolor en cuanto notó que unas manos le apretaban los lados de la cabeza.

«Claro —pensó—. Eso es lo que quieren de mí: información sobre Takado, sobre todo lo ocurrido. Pues muy bien, le mostraré lo astuto que fue Takado, lo deseoso que estaba de ayudar a Sachaka.»

En efecto, el emperador Vochira rebuscó en la mente de Hanara, seleccionando hábilmente recuerdos del viaje de Takado por Kyrاليا, la estancia de Hanara en Mandryn, el retorno de Takado y todas las etapas de la guerra, desde el llamamiento a sus aliados potenciales hasta la mañana en que, al ver al ejército kyraliano entrar en Sachaka, Takado y los dos amigos que le quedaban habían dejado a un lado sus planes de desaparecer para advertir a Sachaka de la invasión inminente y ayudar a repeler a los invasores. «¿Lo veis? —pensó Hanara, sin poder evitarlo—. Sus motivos no son egoístas. ¡Siempre ha ambicionado lo mejor para Sachaka!» Notó que volvía la sensación de larga-vida.

Pobre necio, dijo el emperador Vochira en su mente, haciendo añicos la sensación. Se sabe desde hace siglos que Sachaka no podía correr el riesgo de entrar en guerra con Kyrاليا o Elyne. Cuando conquistamos esos países, pocos de sus habitantes eran magos. Bajo nuestro dominio e influencia adoptaron nuestras costumbres y surgieron muchos, muchos magos más. Por eso mi predecesor les concedió la independencia hace tanto tiempo. Desde entonces hemos gozado de una paz beneficiosa. Si al menos Takado me hubiera hablado de sus planes, se lo habría explicado.

Pero Hanara sabía que Takado nunca había respetado al emperador lo suficiente para permitir que vetara su plan maestro. Al principio, la mayoría de sus aliados habían sido ichanis, proscritos que detestaban al emperador y a cualquiera que ocupara una posición de poder en Sachaka.

¿Por qué no se lo dijisteis?, preguntó Hanara. ¿Por qué nunca se lo explicasteis?

¿Me habría escuchado? ¿Me habría creído?

Hanara no pudo evitar que un «no» traicionero se formara en su mente.

Era una información que solo se revelaba en caso necesario a aquellos que merecían nuestra confianza. No queríamos que Kyrاليا y Elyne descubrieran que eran más fuertes de lo que creían. Dudo que le hubiera confiado el secreto a Takado voluntariamente, aunque me hubiera consultado. No creo que me hubiera obedecido. Es desleal y rebelde por naturaleza.

Fue leal con sus amigos, señaló Hanara.

Amigos que ahora están muertos. La ira del emperador Vochira era palpable. El hombre hacia quien demuestras tanta lealtad le ha hecho tanto daño a un país aliado que quizá nunca dejemos de ser enemigos. Ha llevado a la muerte a la mitad de los magos de este país. Ha obligado a los kyralianos a descubrir fortalezas que no sabían que poseían, les ha regalado una victoria que no esperaban, les ha infundido seguridad y les ha proporcionado una razón para vengarse por todo el mal que les ha hecho.

¿No era su intención! ¿No pretendía perder! ¿Al menos tuvo el valor de intentarlo!

El valor de un ignorante codicioso, desleal e insensato. La voz mental del emperador Vochira se tiñó de algo más aterrador que la ira: sombría resignación. Nos ha condenado. Y yo también, por no haber conseguido pararle los pies. Los kyralianos pronto llegarán a Arvice. Se enfrentarán a lo que queda del ejército sachakano y lo derrotarán. Dentro de unos días, nosotros seremos los conquistados, y ellos los conquistadores. Solo entonces sabremos hasta dónde llegan sus ansias de venganza. Y todo por culpa de tu amo. Takado el Traidor. Así es como será conocido de ahora en adelante. ¿Sigues teniendo la sensación de larga-vida, Hanara, esclavo del Traidor?

No pudo evitarlo. Buscó la sensación en su interior y notó que chisporroteaba y se apagaba. Ocupó su lugar un vacío insoportable que lo arrastraba hacia la desesperación. Se percató de que era peor que si hubiera descubierto que Takado había muerto. Al menos eso habría permitido a Hanara recordar a su amo con orgullo. Pero ¿estaba muerto Takado?

No, respondió el emperador. *Aunque me gustaría darme la satisfacción de matarlo yo mismo, debo renunciar a ello con la esperanza de que entregarlo a los kyralianos ayude a salvar algo de lo que queda de Sachaka.*

Cuando él muera, ¿me avisaréis?

El emperador guardó silencio y Hanara sintió un atisbo de sorpresa. ¿Y quizá también de envidia?

Daré la orden de que se te permita estar presente cuando lo entreguemos. Es todo lo que puedo ofrecerte.

Gracias, susurró Hanara, pero no supo si el hombre lo había oído.

La presencia de la mente del emperador se esfumó, y Hanara notó que el hombre apartaba las manos de su cabeza.

—Llévao slo —dijo Vochira, con la voz ronca de desprecio.

Hanara mantuvo la mirada fija en el suelo mientras unas pisadas se le acercaban a toda prisa por detrás. Alguien lo asió del brazo y se lo llevó de allí. Él no opuso resistencia, pues estaba asimilando la noticia de que su amo había ocasionado la caída de Sachaka, y alimentando la esperanza de que Takado lograra escapar para liberar a su patria de los kyalianos.

Jayan advirtió que las fincas sachakanas junto a las que pasaban se habían reducido en extensión a lo largo de los últimos días. Había aprendido a distinguir cuándo una valla era una línea divisoria además de una barrera para el ganado. Sin embargo, aunque el terreno comprendido en cada finca era cada vez más pequeño, el tamaño de los edificios aumentaba a ojos vistas.

«Es obvio que nos acercamos a Arvice, pero todo está desierto —pensó—. Este silencio resulta... inquietante.» Se había sentido tenso e intranquilo desde que habían emprendido la marcha por la mañana.

—Anoche oí un rumor sobre ti —dijo alguien detrás de él.

Jayan reconoció la voz de Narvelan, pero resistió el impulso de volverse hacia él.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Dakon.

Narvelan se rió. A Jayan le rechinaron los dientes al oírlo. El desenfado y la jovialidad de Narvelan parecían fuera de lugar, y contrastaban dolorosamente con la actitud del resto del ejército. «Estamos a punto de librar nuestra batalla final contra nuestro antiguo enemigo, y él se comporta como si estuviéramos dando un agradable paseo a caballo bajo el sol.»

—Escuché sin querer a unos magos que hacían conjeturas sobre si tuviste algo que ver con el envenenamiento de esos dos magos —dijo Narvelan—. Se preguntaban si los habías oído criticarte por tener demasiados escrúpulos respecto a matar esclavos.

—Entiendo —dijo Dakon sin alterarse—. ¿Y no se dieron cuenta de lo irónico que resulta sospechar que alguien cometió un acto tan poco escrupuloso por haber sido acusado de tener demasiados escrúpulos?

Narvelan rió entre dientes.

—No me paré a preguntárselo. ¿Has notado que alguien te trate ahora con más... respeto?

—No.

Jayan sacudió la cabeza, pero entonces recordó lo callados y obedientes que habían estado los criados aquella mañana, cuando Dakon y él supervisaban la preparación del desayuno. Como precaución, habían mantenido a algunos rasuks con vida para darles a probar muestras de comida y comprobar si las aves sufrían el efecto de algún veneno. Asimismo, mezclaron alimentos obtenidos de fincas diferentes, con la esperanza de que si uno de ellos estaba contaminado, se diluyera lo suficiente para no resultar letal.

—Ah —dijo Narvelan—. Por fin han salido a recibirnos.

El mago pasó galopando junto a Jayan en dirección al rey y Sabin. Al dirigir la mirada más lejos, Jayan vio que los muros de las fincas que se encontraban más adelante ya no estaban apartadas del camino, sino que lindaban con él. Los tejados y las plantas superiores de los edificios situados dentro de su perímetro eran lo único que resultaba visible, y parecían indicar que casi toda la superficie estaba destinada a viviendas y otras estructuras.

Allí donde se alzaban los primeros muros, un camino se cruzaba con el sendero por el que avanzaban, y había varias personas alineadas a lo largo de él. El sol se reflejaba en la ropa enojada y adornada. Cuando Jayan los contó, advirtió que había más magos en aquella fila que en todo el ejército kyaliano. Se le cayó el alma a los pies.

Sin embargo, cuando se encontraba más cerca de los sachakanos, se fijó en otros detalles. Muchos eran ancianos encorvados y canosos. Otros eran tan jóvenes como un aprendiz novato. Unos pocos eran tullidos a los que les faltaba alguna extremidad o que llevaban un bastón. Las escasas mujeres que había entre ellos parecían aterrorizadas o bien tenían un aire de determinación, y en su mayoría se encontraban cerca de un hombre de su edad o lo bastante mayor para ser su padre.

Jayan intercambió una mirada descorazonada con Dakon. Saltaba a la vista que casi un tercio del enemigo no estaba en condiciones de luchar.

«Qué espectáculo tan lastimoso —pensó Jayan—. Pero en vez de alivio por tener más posibilidades de ganar, siento pena por estos sachakanos. Y no puedo evitar admirarlos por estar dispuestos a defender su ciudad.»

El mago Sabin y Dem Ayend cabalgaban a los lados del rey, muy cerca de él. Errik pasaba la vista del uno al otro mientras hablaban, con las cejas juntas en una expresión ceñuda. El ejército aflojó el paso al acercarse a la línea de sachakanos, para detenerse por fin a menos de veinte pasos largos de distancia. Para entonces los líderes habían interrumpido su conversación. Se quedaron contemplando al enemigo durante un rato largo, hasta que el rey hizo avanzar su caballo unos pasos.

—Magos de Sachaka —dijo en voz muy alta—. Sabemos que no todos apoyabais la invasión de Kyalia por parte de Takado. Si os rendís, si podéis demostrar que no erais partidarios de Takado y sus aliados, si colaboráis con nosotros sin ofrecer resistencia, os perdonaremos la vida.

Nadie respondió. Ningún sachakano dio un paso al frente o abandonó la fila. Jayan permanecía alerta, esperando.

—Adelante, entonces —gritó uno de ellos—. Habéis venido a buscar pelea. Pelead, pues. ¿O pensáis aguardar a que muramos de viejos?

Un débil murmullo de risas nerviosas recorrió la línea enemiga. Jayan vio algunas sonrisas tensas.

—¿Habláis en nombre del emperador? —preguntó el rey.

—El emperador está esperando en el Palacio Imperial. Si llegáis hasta allí tal vez os conceda un momento de su tiempo.

El mago Sabin avanzó hasta situarse junto al caballo del rey.

—Creo que no nos queda otra alternativa —le oyó decir Jayan.

—No —convino el rey—. Y no hemos venido hasta aquí para nada.

Alzó una mano con la palma hacia fuera para indicar que las tropas debían tomar sus posiciones. Un destello deslumbró a Jayan, pues uno de los sachakanos había interpretado el gesto como la señal de inicio de la batalla. El azote estalló contra un escudo, y Sabin contraatacó con otro rayo. Mientras el ejército kyaliano se desplegaba en formación, separándose en grupos tanto por costumbre como por motivos estratégicos, el aire entre los dos bandos empezó a vibrar con una magia relampagueante.

Cuando Dakon se apartó para ocupar su lugar habitual entre los asesores y los líderes, Jayan encontró a Everran y a Avaria cerca y les cedió su energía a ambos. Notó que no sentía miedo ni seguridad, sino únicamente la misma inquietud que lo había acosado durante toda la mañana.

Aproximadamente en el mismo momento en que caía el primer sachakano, Jayan agotó su energía.

A diferencia de los demás combatientes, él solo había participado en un asalto a una finca. Hasta Dakon tenía más energía, pues había absorbido la del mago que había muerto envenenado. «Debo de ser el mago kyaliano más débil de todos los que estamos aquí. Es curioso que nadie haya puesto en duda mi decisión de no matar esclavos, y en cambio la de Dakon sí.»

Se quedó al amparo del grupo de Everran y Avaria. En vez de sentirse como un inútil, como había temido que le pasara cuando llegara ese momento, tenía la sensación de que en realidad no estaba allí. Las lecciones que el ejército de Takado había aprendido no habían llegado hasta Sachaka. «¿Dónde está Takado? —se preguntó Jayan—. ¿Por qué no está dirigiendo esta última defensa desesperada? No me cuesta creer que el emperador Vochira esté escondido mientras otros luchan por él, pero creo que Takado se enfrentaría a nosotros si tuviera la oportunidad. Pese a su crueldad, tenía dignidad y orgullo por su patria.»

Si el rey estaba en lo cierto respecto al número de magos con que contaba Sachaka antes de la guerra, debía de haber más en algún otro lado. Tenían enfrente una hueste nutrida, pero que no llegaba al centenar de efectivos. Y algunos no parecían capacitados para aprender magia. Quizá solo habían liberado su energía y les habían enseñado a descargar azotes en los últimos días. Quizá ni siquiera habían alcanzado un control absoluto sobre sus poderes.

Al volverse, Jayan vio a los aprendices y criados esperando unos pasos más atrás, lo máximo que se habían atrevido a acercarse a la batalla, para que el ejército pudiera protegerlos si los atacaban. Los aprendices seguramente habían recuperado suficiente energía durante la noche para desviar algunos azotes, pero no un ataque concentrado lanzado por magos superiores.

—¿Qué están...? —exclamó lord Everran en voz baja.

Cuando Jayan se volvió hacia él, vio que tenía los ojos puestos en los sachakanos, y siguió la dirección de su mirada.

La línea enemiga se había dispersado. Los sachakanos corrían hacia los lados, o se alejaban por el camino principal. Desaparecían en los portales, aunque algunos caían alcanzados por azotes antes de llegar.

«Están huyendo.»

Basándose en el número de cadáveres que yacían en el suelo, Jayan calculó que habían aniquilado a un tercio de las tropas sachakanas. Vio que los líderes y asesores del bando kyaliano estaban hablando entre sí, y aguzó el oído.

—Supongo que ya está —dijo el rey Errik, mirando a Sabin—. ¿Los perseguimos?

Sabin sacudió la cabeza y respondió algo en un tono inaudible.

—Entonces, dirijámonos hacia el Palacio Imperial —concluyó el rey.

Everran se enderezó y luego bajó la vista hacia el anillo que llevaba.

—Mantengamos activados los escudos. Permaneced alerta y en guardia por si nos han tendido una emboscada.

—No me queda magia —le dijo Jayan a Everran por lo bajo.

El mago asintió.

—Cabalga conmigo al frente de las filas, y yo nos escudaré a los dos.

Jayan asintió en señal de que había comprendido. El ejército formó un círculo protector en torno a los criados y todos emprendieron la marcha, los aprendices lo más cerca posible de sus maestros.

Una vez más, se sumieron en un silencio tenso. Los muros elevados y blancos se alzaban ante ellos, imponentes y amenazadores, y Jayan sabía que no era el único al que le preocupaba lo que encontrarían al otro lado.

—¿Cómo te va?

Volvió la mirada y vio a Tessia cabalgando detrás.

—Bien —dijo—, salvo porque no me queda magia. ¿Cómo está Dakon?

—Mejor de lo que esperaba.

El ejército avanzaba despacio y con cautela. La calzada discurría entre paredes blancas que se extendían hacia los edificios brumosos que se elevaban a lo lejos. Cruzaron varias calles perpendiculares, todas desiertas. Al principio, se oía algún grito que otro cuando alguien avistaba una cara, un brazo o una sombra de aspecto humano por encima de las paredes, pero al cabo de un rato dejaron de percibir señales de vida, o quizá ya nadie se molestaba en llamar la atención sobre ellas.

Los edificios lejanos aparecían cada vez más grandes y definidos. Empezaban a apreciarse sus grandes dimensiones y su majestuosidad. Tessia se preguntó si uno de ellos era el Palacio Imperial.

De pronto, todo estalló con una ráfaga de luz y un estruendo ensordecedor.

Se oyeron gritos de sorpresa y alaridos tanto humanos como de los caballos. La pared más próxima a Jayan se combó hacia fuera, y una fuerza lo lanzó hacia un lado. Su montura se desplomó, arrastrando a Jayan consigo. Cuando él chocó contra el suelo, algo pesado cayó sobre su pierna. Intentó zafarse, pero no lo consiguió. El caballo yacía inmóvil, aturdido o muerto, inmovilizándole la pierna.

«¿Atrapado bajo mi propio caballo! —pensó él, divertido por la situación en que se encontraba pese a la magia mortífera que zumbaba en el aire en torno a él—. Y sin magia con la que liberarme.»

Una humareda surgió de detrás de uno de los muros derruidos.

—¡Cabalgad! —rugió una voz, y pronto otros corearon la orden.

Los cascos de los caballos repiqueteaban sobre el pavimento. Los carros pasaban con un ruido sordo. Jayan notó que unas manos lo aferraban de los hombros. Alzó la vista. Tessia lo miró con el ceño fruncido y comenzó a tirar de él. Después de varios tirones, consiguió sacarlo a rastras de debajo del caballo. Se dejaron caer, recostados contra una carreta volcada.

El silencio inquietante había vuelto a adueñarse de la ciudad. Al dirigir la vista calle abajo, Jayan divisó la retaguardia del ejército que se alejaba.

Unos gritos débiles de entusiasmo surgieron de las casas que los rodeaban. Tessia se volvió hacia Jayan con los ojos como platos. Él tenía el corazón desbocado. «¿Deberíamos huir?» Les llegaron unas voces de detrás de la carreta.

—¿Le hemos dado a alguno de ellos?

—Qué va, solo a esos de ahí, y creo que son criados.

—Entonces más vale que nos demos prisa, o nos perderemos la siguiente.

Siguió un sonido de pasos que se alejaban corriendo hasta apagarse. Tessia exhaló un largo suspiro de alivio. Los dos se pusieron de pie, y Jayan apoyó el peso en la pierna que había quedado atrapada bajo su caballo. La tenía magullada, pero no se la había roto.

Echó un vistazo detrás de la carreta. Él no tenía magia, y a Tessia no le quedaba la suficiente para defenderse de un mago superior. Si había sachakanos ocultos tras las paredes para tender una emboscada a las tropas kyalianas, un mago agotado y una aprendiz no tenían la menor posibilidad de alcanzar al ejército con vida. Tendrían que esconderse.

Había grandes boquetes en los muros que los rodeaban. Detrás de uno de ellos había una casa en llamas, aunque ya no despedía tanto humo como antes. El agujero más cercano, del que había surgido el rayo que había matado a su caballo, estaba a unos pasos de distancia. Era de esperar que quien hubiera lanzado el azote se hubiera marchado para continuar la lucha en otra parte.

«Si todavía estuviera por aquí, ya nos hubiera visto.»

—Ocultémonos —dijo.

Tessia lo siguió mientras se abalanzaba hacia el boquete y lo cruzaba a toda prisa, antes de pararse en seco.

Los rodeaba una vegetación exuberante. Las hojas anchas de las plantas se abrían en abanico sobre senderos enlosados. Unas enredaderas colgaban de una pérgola. En el centro había un estanque grande con el borde de piedra, rebosante de agua.

—Es precioso —susurró Tessia.

Tras intercambiar una mirada de asombro, se adentraron en el jardín, tan silenciosamente como pudieron. Jayan esperaba que los propietarios de aquel lugar y sus esclavos no estuviesen en casa, o que se hubieran alejado lo máximo posible de la batalla. Encontraron un hueco pequeño y resguardado, se refugiaron en él y se sentaron a esperar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Tessia.

Jayan se encogió de hombros.

—Esperar.

Ella asintió.

—¿Esperamos a que anochezca, o a que alguien venga a buscarnos?

—Lo que ocurra primero.

Stara tenía la sensación de que hacía años que no se encontraba en una sala tan atestada. Había nueve mujeres sentadas alrededor de ella, charlando o escuchando en silencio. La más joven contaba solo doce años, aunque su sensatez y su dominio de sí misma eran propios de una adulta. La mayor tenía más o menos la misma edad que Vora y el cabello más encanecido que la esclava, pero poseía una energía que Stara envidiaba. Esta sospechaba que le habría costado mantenerla entretenida de no ser por el trabajo que las mujeres habían traído consigo.

Dado que las Traidoras trataban a todas las mujeres como a iguales, las que vivían en libertad habían contribuido de maneras prácticas al buen funcionamiento del Refugio. Sin embargo, no les encargaban tareas desagradables o que requiriesen un gran esfuerzo físico, pues resultaban demasiado penosas para mujeres que no habían trabajado nunca. En cambio, les enseñaban a coser y tejer, a cocinar y conservar alimentos. Aunque habían huido del Refugio a toda prisa, cada una había conseguido guardar los utensilios necesarios para su trabajo entre la ropa y la comida que se habían llevado, y poco después de llegar a la casa de Kachiro, habían acometido proyectos nuevos.

Convencer a Kachiro de que dejara que las mujeres se quedaran había sido fácil. Ella le había dicho que eran amigas de las esposas de sus amigos que habían huido de sus fincas en el campo y que se marcharían en cuanto los kyalianos fuesen derrotados. Como los amigos de él no parecían saber exactamente cuántas amistades tenían sus esposas, ni les importaba, él había aceptado la media verdad sin cuestionarla.

Ella había tenido que correr el riesgo de que su esposo reconociera a Nachira, pero él tendía a evitar a las mujeres en la medida de lo posible y apenas le dirigió una mirada a la esposa del hermano de Stara. Estaba distraído por la noticia de que los kyalianos se aproximaban a la ciudad, y a menudo desaparecía durante horas para discutir planes con sus amigos.

Nachira se había quedado angustiada al enterarse de que Ikaró seguramente había muerto. Stara había llorado con ella, sorprendida de la profundidad de su propia pena. Había supuesto que tendría que consolar y tranquilizar a Nachira continuamente, pero la mujer, antes tan pasiva, parecía haber cobrado un poco de seguridad en sí misma ahora que no vivía bajo la amenaza constante de asesinato. Aunque era evidente que la pérdida de su esposo la afectaba en lo más hondo, estaba viva y decidida a seguir así.

Stara miró a su hermana política. «¿Cómo me sentiré yo si Kachiro no regresa? —Se había marchado unas horas antes para reunirse con sus amigos, que estaban resueltos a hacer lo necesario para defender la ciudad—. Ha dicho que los kyalianos no tienen ninguna posibilidad, pero no puedo evitar preocuparme. Después de todo, no habrían venido si no se consideraran capaces de vencernos. Espero que tenga cuidado. Tal vez no haya sido totalmente sincero conmigo, pero no es malvado. Solo es un hombre que intenta sobrevivir en una sociedad que juzga con excesiva severidad a sus miembros. Yo también lo intento, y tampoco he sido demasiado sincera con él.»

Nunca se había sentido tan tentada de hablarle de sus poderes mágicos. Si no hubiera tenido la responsabilidad de proteger a las mujeres, se habría marchado con él para arrojar la poca magia que poseía contra los invasores. Cuando unos estampidos y crujidos habían penetrado en la habitación, ella había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para permanecer sentada. Los esclavos le habían comunicado que a unas calles de allí habían oído ruidos de lucha que habían acabado por alejarse.

—¿Otra vez preocupándote por Kachiro? —preguntó una voz a su lado.

Stara dio un respingo y bajó la vista.

—¡Vora! ¡Has vuelto! —Las otras mujeres alzaron la mirada y prorrumpieron en exclamaciones, ahorrándole a Stara el tener que responder a la pregunta de Vora.

—Sí. —Vora se incorporó al círculo de mujeres—. Y traigo noticias.

—Cuéntanos —murmuró una de las mujeres. Todas contemplaban ansiosas a Vora.

—Los kyalianos han entrado en la ciudad —confirmó Vora con expresión grave.

—¡No!

—Pero... ¿cómo?

—¿Han muerto muchos?

Vora levantó las manos y las demás callaron.

—Un tercio de los defensores ha caído. —Miró a una de las mujeres con el semblante muy serio—. Lo siento, Atarca. —La mujer agachó la cabeza y asintió, pero no dijo nada—. Los demás... —prosiguió Vora—. Cuando ha quedado claro que los derrotarían, se han retirado. Por fortuna, tenían un plan para esta contingencia. Han atacado a los kyalianos desde posiciones ocultas. Los he seguido a cierta distancia durante cerca de una hora. En cuanto he visto que se aproximaban al palacio he regresado aquí. —Se interrumpió para respirar hondo—. Creo que debemos marcharnos de la ciudad mientras podamos.

Las mujeres la miraron en silencio antes de asediarla a preguntas.

—¿Así que el enemigo ha ganado?

—¿Adónde iremos?

—¿Tavara opina que debemos irnos?

—¿Qué pasaría si nos quedáramos aquí?

Stara sintió que la bajaba por la espalda, a la vez que descubrieran a las personas de las que habían huido en un principio. Ahora se sumaba a esto el posible peligro de que los invasores se desquitaran con los habitantes de Arvice. Sin magos que hicieran respetar las leyes, existía el riesgo de que hombres libres descontrolados se aprovecharan del caos para violarlas y robarlas y después culpar de ello a los kyalianos. Por otro lado, los esclavos quizá dejarían de trabajar cuando ya no hubiera amos que les dieran órdenes, y sin nadie que cultivara ni distribuyera alimentos, la gente de Arvice acabaría por morir de hambre.

«Seguramente estamos a salvo aquí..., siempre y cuando Kachiro regrese. Pero ¿qué les harán los kyalianos a los magos que sobrevivan a la batalla? Aunque lo dejaran con vida, dudo que él pudiera protegernos de ellos...»

Así pues, ¿les convenía marcharse? Podría reducir los riesgos a los que se enfrentaban, aunque aumentaría la probabilidad de que las descubrieran o de que las atacaran hombres libres o esclavos descontrolados. «Supongo que podría librarnos de ellos con magia, pero ¿adónde iríamos?»

Pensó en Elyne y en su madre. Pero había prometido ayudar a las Traidoras, y no podía llevarlas allí, teniendo en cuenta las historias que circulaban en Arvice sobre asesinatos de expatriados sachakanos en Capia. «Espero que nadie que recuerde que mi madre está casada con un sachakano haya decidido que eso la convierte en sachakana a ella también.» Kachiro había enviado un mensaje a Elyne en un intento de averiguar qué había sido de la madre de Stara, pero no había recibido respuesta.

—Muchos, muchos otros sachakanos se están marchando —les dijo Vora—. Hay colas de carros y personas en todos los caminos que salen de la ciudad.

—¿Adónde se dirigen?

—¿Quién sabe? —respondió Vora—. ¿A las fincas de sus amigos en el campo? ¿O se marchan directamente de Sachaka?

—¿Tenemos amigos en alguna finca de campo, o volvemos al Refugio?

—El Refugio está demasiado cerca del camino que comunica con Kyalia —señaló Nachira—. Si hubiera algún otro lugar, Tavara nos habría enviado allí en vez de indicarnos que regresáramos a la ciudad.

Vora asintió.

—Me temo que tienes razón. —Hizo una pausa—. Vayamos a donde vayamos, tendremos que valernos por nosotras mismas durante un tiempo.

—Estamos acostumbradas a trabajar —aseveró la mujer mayor.

—Pero no labrando la tierra o cuidando del ganado —le recordó Vora. Entonces sonrió—. Pero estoy segura de que nos las arreglaremos. Más difícil será evitar que otros nos quiten lo que tenemos.

—Stara tiene poderes mágicos. Ella podrá impedirselo.

Stara sintió que se le encendía el rostro cuando todas las mujeres la miraron con una sonrisa.

—Solo cuenta con su propia magia —les advirtió Vora—. Los magos que hayan absorbido energía de esclavos serán más fuertes que ella.

—Entonces, ¿por qué no le damos nuestra energía? —propuso Nachira. Las mujeres se quedaron calladas e intercambiaron miradas inquisitivas. A continuación asintieron con la cabeza—. Ya está —continuó Nachira—. De todos modos, la mayoría de los magos debe de haber gastado toda su energía durante la batalla. Stara no tardará mucho en tener más fuerza que ellos.

La mujer mayor arrugó el entrecejo.

—Lo mejor sería que ellos no llegaran a enterarse de que tenemos algo que puede interesarles —dijo en tono sombrío—. Más vale que encontremos un sitio donde escondernos, un lugar aislado.

—Ah —dijo Stara.

«Un sitio donde escondernos. Un lugar aislado...»

—¿Ah? —repitió Vora.

—Conozco un lugar. —Stara notó que se le aceleraba el pulso—. Un lugar en las montañas. Pero no sé cómo llegar.

Se le cayó el alma a los pies. «Me pregunto si soy capaz de seguir los mapas de Chavori. Primero tendría que conseguirlos. —Parpadeó al darse cuenta de que se había puesto de pie. Las mujeres la miraban con expectación. Aquellas mujeres tan extraordinarias. Flexibles. Fuertes—. Eso es lo que vamos a hacer. Nos iremos y crearemos nuestro propio Refugio.» Se volvió hacia Vora.

—¿Puedes comunicarte con las esposas?

Vora arqueó las cejas.

—Puedo intentarlo.

—Pues inténtalo. Explicales que nos marchamos y pregúntales si quieren acompañarnos. Yo voy a salir a... buscar una cosa. Todas las demás: mientras estoy fuera —miró a las mujeres—, juntad todos los efectos personales que seáis capaces de llevar a cuestras y poneos ropa de viaje. Cuando regrese... —Se interrumpió para hacer una inspiración honda y tranquilizadora—. Cuando regrese nos marcharemos de Arvice. Rumbo a las montañas.

Mientras las mujeres se dispersaban para reunir sus pertenencias, Stara se dirigió a toda prisa a su dormitorio. Abrió varios arcones, en busca de prendas oscuras. Pronto se haría de noche, y ella no quería ser vista. Oyó unos pasos detrás de sí.

—He enviado un mensaje a las esposas —dijo Vora, acercándose a otro baúl—. ¿Estás planeando lo que yo creo?

—¿Y qué crees que estoy planeando?

—Un pequeño hurto vespertino, para el cual te convendría tapar esa piel elynea que tienes. —Vora extrajo algo del arcón y se lo tendió. Era un manto de color verde oscuro que le llegaba hasta los pies. Stara lo cogió y empezó a cambiarse.

—Yo diría más bien que voy a tomar algo prestado sin permiso, pero sé que no te convencería. —Stara agarró la manta azul marino que una de las mujeres había tejido y le había regalado en agradecimiento por su ayuda, y se cubrió los hombros con ella. Se calzó un par de sandalias y salió a toda prisa de la habitación, seguida por Vora—. ¿Vienes conmigo? —preguntó.

—Por supuesto.

Stara lanzó una mirada hacia atrás y sonrió.

—Gracias.

El aire del exterior estaba agradablemente templado, aunque aún retenía el olor a humo. El sol descendía sobre el horizonte. Pronto la ciudad quedaría envuelta en una oscuridad encubridora. «Y ese será el momento oportuno para escabullirme.»

El patio estaba desierto. Stara se preguntó adónde se habían ido los esclavos mientras ella y Vora cruzaban sigilosamente las puertas que daban a la calle. Se alejaron rápidamente, ocultándose en las sombras que proyectaban las altas murallas de la ciudad. La tez más oscura de la esclava y su atuendo anodino la hacían pasar incluso más inadvertida que Stara en la penumbra.

Reinaba un silencio turbador, roto de vez en cuando por gemidos, las pisadas de alguien que corría, o el sonido de un carro al pasar. Llegaron a una avenida importante y de pronto el aire se llenó de ruidos. La calle estaba repleta de gente. Vehículos cargados con personas y sus pertenencias pasaban traqueteando, todos en dirección a las afueras de la ciudad.

Vora y ella tuvieron que cruzar caminando en zigzag, esquivando animales y personas. Cuando llegaron al otro lado, volvieron a encontrarse con calles desiertas, aunque en cierto momento se abrieron unas puertas y surgió un torrente de carros que se dirigían hacia la avenida principal.

—Tal vez por la noche haya menos gente —comentó Stara en voz baja.

—Lo dudo —murmuró Vora.

Finalmente llegaron a la casa en la que Stara recordaba haber estado en su única visita al amigo de su esposo. Le había sorprendido descubrir que Chavori vivía en una mansión tan espectacular. Sin embargo, resultó que pertenecía a su padre, y que Chavori ocupaba una habitación recóndita situada en la parte posterior de la residencia, a la que se accedía más fácilmente por una entrada para esclavos. Era un indicador claro de lo que su familia opinaba sobre el hecho de que se dedicara a trazar mapas.

Stara encontró abierta la puerta para esclavos.

—Qué raro —musitó.

Vora se encogió de hombros y echó una ojeada al interior.

—Tal vez los esclavos han huido. Eso explicaría que no se hubieran molestado en asegurarse de que la puerta estuviera cerrada antes de marcharse.

Entraron sigilosamente. A Stara el corazón le latía con fuerza en el pecho. Si alguien las descubría... Bueno, ella podía fingir que estaba buscando un lugar donde esconderse. Su ropa evidenciaba su condición de mujer libre. O podía fingir que estaba buscando a Kachiro. Tal vez no se acordarían de ella, pero Kachiro era un visitante asiduo.

La habitación de Chavori se encontraba al final de un largo pasillo que pedía a gritos una mano de pintura. Ella avanzó por él lo más silenciosamente posible. Cuando llegó ante la puerta, se sintió aliviada al comprobar que también estaba entornada. No sería necesario forzarla para entrar. Pero ¿y si otra persona había robado los mapas? Este pensamiento la hizo pararse en seco, con una mano en el pomo de la puerta. Entonces oyó unos sollozos y una voz de hombre que repetía un nombre.

Esa voz le resultaba familiar. Demasiado familiar.

Tras intercambiar una mirada con Vora, empujó la puerta para abrirla del todo. Era un cuarto pequeño y bien ordenado, como ella lo recordaba. Un escritorio grande cubierto de pergaminos y utensilios de escritura ocupaba un lado de la habitación. Junto a la pared opuesta había una cama estrecha y, sentado en ella, estaba su esposo, sosteniendo contra su pecho a un Chavori inconsciente.

«Inconsciente, no —se corrigió a sí misma al ver la herida sanguinolenta en su pecho—. Muerto.»

Kachiro alzó la vista hacia Stara, y a ella le partió el alma la aflicción que vio en su rostro. Él parpadeó y una expresión de reconocimiento asomó a sus ojos, que se abrieron desorbitadamente por la sorpresa.

—¿Stara?

—Kachiro —jadeó ella, apresurándose a acercarse y arrodillarse ante él—. Oh, Kachiro, lo siento mucho.

Él bajó la mirada hacia Chavori, y Stara leyó en su expresión que se debatía entre sentimientos distintos. Miedo por haber sido descubierto, supuso ella. Odio, seguramente hacia sí mismo por sentir miedo. Entonces sus ojos se arrasaron en lágrimas y él se tapó la cara con una mano manchada de sangre. Ella extendió el brazo para acariciarle la cabeza.

—Sé que lo querías —le dijo—. Lo sé... todo. —Él se estremeció y la miró fijamente—. No olvides que me crié en Elyne. —Ella le dirigió una sonrisa amarga—. No te juzgo en absoluto. Incluso entiendo por qué te casaste conmigo.

—Lo siento —dijo él con voz ronca—. Soy un esposo terrible.

Ella se encogió de hombros.

—Te perdono. ¿Cómo no voy a perdonarte? Eres un buen hombre, Kachiro. Tienes buen corazón. Estoy orgullosa de ser tu esposa. —Se enderezó y le tendió la mano—. Ven, vámonos a casa.

Él posó la vista en Chavori de nuevo y suspiró profundamente.

—Quiero incinerarlo como es debido. Los kyalianos no sabrán quién es. Lo enterrarán.

Stara sintió que se le erizaba el vello. Había olvidado la costumbre sachakana. Otro escalofrío la recorrió. «Hasta Kachiro cree que los kyalianos han vencido.»

—¿Está aquí su familia? —preguntó.

—No. Se han ido. O han muerto. Al igual que los demás. Motara. Dashina. Todos. Soy el único... —Cerró los ojos con el rostro demudado.

—Hazlo —lo instó ella—. Si no te importa, te espero aquí. No sé si estoy preparada para ver eso.

Él asintió, y acto seguido levantó el cuerpo de Chavori en brazos y lo llevó fuera. De pronto, el joven parecía muy frágil y menudo, y Kachiro más alto y corpulento. En cuanto se marchó, ella dirigió su atención a los mapas y comenzó a rebuscar entre ellos.

—Quiero asegurarme de que aquí no queden copias —le susurró a Vora—, ni notas ni esbozos. Nada que demuestre que el lugar que él describió existe.

Los mapas que había sobre la mesa eran de los volcanes del norte, con las corrientes de lava marcadas con líneas rojas onduladas. Ella se detuvo por un momento a darse cuenta de lo cerca que Chavori debió de estar de las cimas para hacer sus mediciones. «Es más valiente de lo que parece. O parecía. —Sintió una punzada de dolor por la pérdida—. ¿Qué más habría inventado y descubierto si los kyalianos no le hubieran arrebatado la vida tan pronto?»

Había varios tubos de los que Chavori utilizaba para transportar sus mapas apoyados contra la pared en un rincón de la habitación. Stara cogió uno, lo abrió por un extremo y dejó caer los rollos de pergamino sobre la mesa. Los desplegó, uno por uno. Eran mapas de la costa de Sachaka. Ella masculló una palabrota. ¿Cuánto tardaría Kachiro en incinerar el cadáver de Chavori y regresar?

Oyó que Vora exhalaba un suspiro de frustración y, al volverse, vio que la anciana estaba examinando las carpetas con pergaminos que había en un cofre pequeño, abriendo las tapas y sacudiendo la cabeza.

—Tiene una letra espantosa —comentó la esclava—. Podríamos tardar semanas en leer todo esto.

—¿Podemos llevárnoslo con nosotras?

Vora echó un vistazo al cofre e hizo una mueca.

—Pesa bastante.

Stara agarró otro tubo.

—¿Y enviar a alguien a recogerlo?

—¿Qué hacéis? —La voz de Kachiro procedía de la puerta.

Stara se quedó helada, dándole la espalda.

—No podemos permitir que su obra se pierda —dijo. La mentira le dejó un regusto amargo. «Pero de una forma extraña es cierto. ¿Quién sabe qué pasaría con los mapas si los dejáramos aquí? Tal vez estemos salvándolos de la destrucción.»

—No —oyó que decía Kachiro—. Eso no le habría gustado. Guárdalos de nuevo en los tubos.

Ella oyó que sus pasos se acercaban, y se volvió hacia él con una sonrisa lánguida. Él cogió los mapas que estaban sobre la mesa y, tras enrollarlos, los introdujo en el tubo. Recogió la mitad de los tubos y se los entregó a Stara. Le dio la otra mitad a Vora. Luego, con un gruñido, levantó el cofre.

—Llevemos esto a un lugar seguro —dijo antes de salir de la habitación dando grandes zancadas.

Caminó a toda prisa durante el trayecto de regreso, y aunque Stara y Vora no iban tan cargadas como él, les costaba seguirle el paso. El sol se había puesto, y la oscuridad creciente lo despojaba todo de color. Por fin llegaron a la casa de Kachiro y entraron. Stara vio el asombro reflejado en el rostro de su marido cuando se encontró frente a aquella multitud de mujeres en la sala maestra. Las otras esposas también estaban allí, con sus hijos. Stara no tenía idea de si estaban enteradas de la suerte que habían corrido sus esposos. Entre las mujeres había varias que Stara sabía que eran esclavas, vestidas con ropa similar a la de las mujeres libres. Tavera no se hallaba entre ellas. Por alguna razón, esto llenó de alivio a Stara.

Kachiro depositó el cofre en el suelo.

—¿Adónde vais?

—Fuera de la ciudad —respondió Stara. Dejó los mapas, se situó frente a él y le escrutó los ojos—. Como no sabía cuándo volverías... o si volverías siquiera, empecé a organizarlo todo. Creo que estaremos más a salvo si pasamos una temporada fuera de Arvice. Chiara tiene amigos en el campo. —Esto último era una mentira, por supuesto.

Él enarcó las cejas y asintió.

—Sí, será lo más seguro para vosotras. Y deberíais llevaros esto también. —Señaló el cofre.

Ella frunció el ceño.

—¿Y tú? ¿No vendrás con nosotras?

Kachiro vaciló por un instante y meneó la cabeza.

—No. Los kyalianos no pueden matar a todos los magos sachakanos y esperar que los esclavos sigan trabajando, tanto si los liberan como si no. Moriremos de hambre. Alguien tiene que quedarse para intentar salvar algo de lo que tenemos. —Hizo un mohín—. Y aunque se me da mejor negociar que luchar, si se presenta la oportunidad de expulsarlos, o al menos de cobramos una pequeña venganza, quiero estar aquí para aprovecharla.

Un orgullo teñido de melancolía se apoderó de Stara. Le dio un beso en la mejilla y, al ver que Kachiro parecía sorprendido, clavó en él una expresión severa.

—Haz el favor de cuidarte. Te enviaré a un mensajero cuando lleguemos a casa de los amigos de Chiara.

Él asintió y sonrió, cansado.

—Vosotras cuidaos también. Debería ir con vosotras, para protegeros...

Todas las mujeres emitieron un murmullo de disconformidad.

—Formaremos una piña y tenemos esclavos que nos defenderán —le aseguró Chiara.

—Bien. Ha oscurecido y nos conviene alejarnos de Arvice lo máximo posible antes de detenernos a descansar —dijo Stara, volviéndose hacia las mujeres. Recogió los tubos y los repartió entre ellas—. Coged uno cada una, y distribuid el peso de esto entre vosotras. —Se agachó, abrió el cofre y les entregó las carpetas con notas.

—Seguro que los esclavos pueden cargar con eso —dijo Kachiro.

Stara no tuvo el valor de decirle cuántos esclavos habían huido. Ya se sentía bastante culpable por dejarlo allí, en la ciudad. Por un momento, tuvo la tentación de convencerlo de que se marchara con ellas, pero en su sueño de un Refugio auténtico no había lugar para hombres.

—Prefiero que carguen con alimentos y otros objetos de primera necesidad —replicó—. No te preocupes; así repartidos no serán tan difíciles de transportar. —Ahora las mujeres la miraban con expectación. Ella sonrió a Kachiro y le rozó la mejilla—. Adiós.

Él esbozó una leve sonrisa, le tomó la mano y se la besó.

—Gracias.

Se contemplaron por un momento más, y entonces ella hizo un esfuerzo por apartarse de él.

—Andando —dijo, señalando la puerta.

Las mujeres consiguieron sonreír e incluso hacer algunos comentarios desenfadados mientras salían detrás de Stara, como si estuvieran a punto de partir en un viaje de placer. Stara no volvió la vista para no ver a Kachiro allí de pie, solo, mirando cómo se marchaban.

Una vez fuera, exhaló un profundo suspiro de alivio, antes de echar a andar a un paso rápido pero no fatigoso. Las mujeres se quedaron calladas, abandonando todo intento de fingir jovialidad. Vora se acercó a Stara para caminar junto a ella.

—¿Por dónde crees que deberíamos salir de la ciudad? —murmuró la esclava.

—Por la avenida principal —respondió Stara—. Los demás caminos estarán abarrotados. Salta a la vista que somos un grupo de mujeres que viaja sin acompañantes que las protejan. Prefiero no tener que utilizar la magia salvo para cosas importantes. La gente tal vez evite la ruta por la que llegaron los kyralianos.

—Supongo que si los kyralianos han ganado, no tendrán motivos para marcharse de la ciudad.

—Y si han perdido, estarán muertos.

Siguieron adelante a toda prisa, y no se oía más que el roce de la ropa, el repiqueteo de los pasos y la respiración de las mujeres. Les llegaba el eco de sonidos lejanos procedentes de distintas partes de la ciudad. Una detonación sorda. Un grito de rabia. Un alarido que las hizo parar y estremecerse. Stara notó una tensión que crecía en su interior. Resistió el impulso de arrancar a correr. «Solo un trote —le rogaba su mente—, no una carrera.» Pero no quería cansarse ni cansar a las mujeres.

Quizá esa energía les haría falta más tarde.

Le sorprendió percatarse de que estaba inspeccionando su reserva de magia, dándole toques muy suaves para asegurarse de que continuaba allí, lista para que ella la invocara. Se sentía tentada de protegerlas a todas con un escudo, pero aunque había aprendido esta técnica como parte de su entrenamiento básico, no se había molestado en practicarla durante años y no estaba segura de cuánta energía necesitaría gastar para extender el escudo sobre tanta gente. Aun así, estaba lista para erigir una barrera, y también para lanzar un azote, en caso necesario.

Se encontraban cerca de la avenida principal. Ella aflojó el paso al ver los escombros esparcidos sobre la calzada. Al otro lado había casas en llamas que emitían un resplandor parpadeante y caliente. Las mujeres se lamentaron en voz baja al ver toda aquella destrucción. Todas se detuvieron en la esquina para contemplarla en un silencio lúgubre.

Stara oyó un sonido apenas perceptible a su derecha. El corazón le dio un vuelco cuando se percató de que el movimiento que había captado con el rabillo del ojo no era la oscilación de sombras proyectadas por el fuego. Extendió los brazos de golpe y retrocedió, empujando a las mujeres hacia atrás.

Pero ellas se movían con demasiada lentitud, pues no habían reparado en el peligro. Dos figuras aparecieron más adelante, en la avenida, caminando despacio y mirando en torno a sí. Un hombre y una mujer. Su atuendo era kyraliano. Stara se quedó paralizada y oyó que las otras mujeres contenían el aliento.

De pronto, el hombre dio media vuelta y quedó de cara a ellas. Stara, presa del miedo, liberó magia instintivamente en forma de una fuerza que se llevara por delante a los invasores.

Y así ocurrió. Los dos extranjeros salieron despedidos sobre la avenida y cayeron al suelo como peles.

«¿Están muertos?» Stara fijó la vista en los kyralianos, esperando a que se movieran. El tiempo transcurría muy lentamente, y ella tomó conciencia de la respiración anhelosa de las mujeres asustadas que la rodeaban. Hasta Vora jadeaba a causa del miedo.

—No se mueven —dijo Chiara. Dio un paso hacia delante—. Creo que los has fulminado.

—Más vale asegurarnos —aconsejó Tashana.

Stara respiró hondo y avanzó. Las mujeres la siguieron. Llegaron frente al hombre. El corazón le dio un brinco al advertir que él estaba consciente, y alzó una barrera de magia. El hombre había caído sobre un trozo de muro. Cuando Stara se acercó, él se impulsó con los brazos y se volvió boca arriba. Tenía el pecho cubierto de la sangre que le manaba de una herida. Ella dirigió la vista al muro y vio el extremo destrozado del gancho de una lámpara, cubierto de un líquido reluciente.

Los ojos del hombre pasaron de un rostro a otro. Stara invocó su magia de nuevo, preparándose para rematarlo, pero entonces una expresión de reconocimiento y sorpresa asomó al rostro del extranjero.

—Vosotras... —dijo, con la voz ronca de dolor, y la mirada clavada en las mujeres que estaban detrás de ella.

—Es el que no nos delató —dijo Nachira—. El que nos descubrió en el Refugio y se fue sin avisar a los demás.

El horror se adueñó de Stara. ¿Por qué había tenido que abatir precisamente al único invasor que había mostrado un poco de compasión?

—Pero no recuerdo haber visto a una chica —añadió Nachira.

Stara echó un vistazo detrás del joven y vio que la mujer yacía de costado con los ojos cerrados. «No se han defendido. Tal vez no les quedaba energía. —Era imposible distinguir si la mujer estaba inconsciente o muerta. Stara contrajo el rostro—. Con la suerte que tengo, resultará ser otra persona a quien no debería haber matado.» Suspiró y dio media vuelta.

—Vámonos de aquí —dijo.

Con un cansancio profundo, pero dejando a un lado sus dudas, se alejó caminando por la avenida. Mientras se marchaba de la ciudad en que había nacido, no volvió la vista atrás. En cambio, se colocó el tubo con mapas sobre el hombro y se concentró en su sueño de un Refugio para mujeres en el que todas serían iguales y libres. Las mujeres de las que se había hecho amiga y a las que había defendido la siguieron.

Hileras de árboles rodeados de arriates con plantas florales bordeaban la amplia avenida que conducía al Palacio Imperial. En cuanto el ejército había llegado a esta vía, los ataques habían cesado. Dakon dudaba que la razón fuera que los magos locales no querían estropear el paisaje urbano. Lo más probable era que hubiesen corrido a formar una última línea de defensa frente a las puertas del palacio.

Dakon echó de nuevo una ojeada por encima del hombro, intentando localizar el punto en que la calle por la que se habían abierto paso luchando se cruzaba con el

paseo flanqueado por árboles en el que se encontraban. Cuando dio con él, buscó algún atisbo de movimiento.

—No te preocupes por ellos —dijo Narvelan—. Los dos son muy listos. Permanecerán escondidos hasta que regresemos a buscarlos.

«Si es que están vivos. —Dakon suspiró y miró de nuevo al frente—. Pero, si no lo están... Mi mente sabe que Narvelan tiene razón, pero el corazón me dice lo contrario.»

—Debería volver —dijo por centésima vez.

—Te matarían —repuso Narvelan—, lo que no los ayudaría en absoluto.

—Puedo ir yo —dijo otra voz.

Dakon y Narvelan se volvieron hacia Mikken, que cabalgaba a la izquierda de Dakon.

—No —dijeron los dos a coro.

—Cuando oscurezca —dijo el aprendiz—, puedo acercarme hasta allí sin apartarme de las sombras. No importa mucho que yo muera. Además, se supone que debía quedarme junto a Jayan..

—No —repitió Narvelan—. Le serás más útil a Jayan vivo. Si alguien va a regresar allí por la noche, seremos todos nosotros, y algunos más, para estar más protegidos.

Mikken encorvó la espalda y asintió.

Se hallaban cerca del palacio. Al alzar la mirada hacia el edificio, Dakon advirtió que era una versión más grande y suntuosa de las mansiones que habían visto antes. Las murallas, enlucidas y pintadas de blanco, se curvaban sensualmente. Sin embargo, eran mucho más gruesas y altas, y varias torres coronadas con cúpulas se alzaban sobre ellas aquí y allá.

Cuando el ejército se aproximó a las puertas, los magos se separaron en secciones de combate sin mediar palabra. No se oía un solo sonido procedente del edificio. Nadie salió para plantarles cara.

Con un golpe metálico sordo, las puertas se abrieron.

—El emperador os invita a entrar —gritó una voz.

Dakon observó al rey, Sabin y el Dem mientras discutían sus opciones. «Podríamos quedarnos aquí y esperar a que salga alguien. Podríamos entrar todos. O uno de nosotros podría entrar con un anillo de sangre para avisarnos mentalmente si no hay peligro.»

Sabin escudriñó los rostros que tenía detrás, buscando un voluntario. «¿Me ofrezco yo? ¿Por qué no? Si Tessia y Jayan están muertos, ¿quién me necesita? Mi Residencia ha quedado destruida, y está claro que no sirvo como protector de los habitantes de mi señorío, que podrán arreglárselas para rehacer su vida sin mí.» Abrió la boca.

—Iré yo —dijo Narvelan—. Al fin y al cabo, ya tengo un anillo.

Dakon siguió con la mirada al mago mientras este se dirigía con aire decidido a las puertas y desaparecía en el interior. Transcurrieron varios minutos interminables en silencio. Entonces Sabin soltó una risita.

—El camino está despejado. Ha leído algunas mentes. El emperador ha ordenado que nadie obstaculice nuestra marcha ni nos tienda trampas. —Se volvió hacia los sirvientes y los carros—. Aun así, creo que la mitad de nosotros debería quedarse fuera para proteger a los criados y estar listos para luchar si, a pesar de todo, esto acaba desembocando en una batalla.

Transcurrió más tiempo mientras lo organizaban todo. Finalmente estuvieron preparados. Sabin dio la orden, y Dakon, junto con otros cuarenta magos, entró en el Palacio Imperial de Sachaka.

Hanara estaba en medio de una pesadilla cuando el esclavo guardia había ido a buscarlo, y ahora, mientras lo arrastraban y lo hacían avanzar a empujones por pasillos cada vez más anchos y lujosamente decorados, no estaba totalmente seguro de si había despertado del todo o seguía atrapado en el sueño. Al fin y al cabo, había recorrido aquel trayecto muchas veces mientras dormía.

La ausencia de detalles extraños le indicaba que había regresado al mundo real. No había monstruos acechando en pasillos laterales ni celdas repletas de esclavos torturados. Takado no aparecía para rescatarlo. No había kyralianos.

«Pero sin duda Takado representará un papel en esta versión —pensó—, a menos que el emperador quiera leerme la mente de nuevo. O que me la lea otra persona...»

No reconoció los pasillos del recorrido anterior. Eran más estrechos que aquellos por los que caminaban ahora, y mucho menos transitados. Había esclavos cerca de las puertas, o que iban de un lado a otro a paso veloz. Muchos llevaban pantalones parecidos, de una tela amarilla más fina que ninguna prenda que Hanara hubiera visto llevar a un esclavo. Todos tenían un aspecto temeroso y atribulado.

Un grupo grande de esclavos se arremolinaba frente a una puerta en particular. A Hanara se le hizo un nudo en el estómago cuando cayó en la cuenta de que el guardia lo llevaba hacia allí. Los esclavos tenían el entrecejo fruncido, algunos se retorcían las manos, y se oía un parloteo frenético y atropellado.

Todos callaron, sin embargo, cuando el guarda empujó a Hanara entre ellos en dirección a la puerta. Un esclavo que estaba apostado a un lado miró a Hanara de arriba abajo y le dedicó una sonrisa forzada al guardia.

—Justo a tiempo —dijo antes de darse la vuelta para abrir la puerta.

Cuando le hicieron cruzarla de un empujón, Hanara se encontró en un extremo de una sala enorme y alargada llena de columnas. Ante él, en el centro, se alzaba un trono descomunal y espectacular. El emperador lo observaba, con la nariz arrugada en un gesto de repugnancia. Hanara se postró en el suelo.

—Levántate —susurró el guardia, y Hanara notó que le empujaba la pierna con el pie.

Se enderezó despacio, de cara al emperador. El hombre había desviado la atención hacia algún otro punto de la larga sala. Hanara dirigió la mirada hacia el espacio situado entre las columnas, pero no había nada ahí. Entonces vislumbró algo en el suelo.

Un hombre. Un hombre desnudo yacía boca arriba, cubierto de cortes y moretones. Hanara lo miró con mayor detenimiento y vio que el pecho del hombre subía y bajaba. Percibió un movimiento leve y posó la vista en el rostro. Tenía los ojos abiertos.

Al reconocerlo, Hanara sintió como si lo golpeará una ráfaga de vapor caliente.

«¡Takado!»

Una compasión y una pena terribles le atenazaron el corazón. «Si Takado muere hoy, ¿qué será de mí? ¿Me matarán también?»

Al fondo de la sala retumbó un portazo que hizo que Hanara diera un respingo. Unos pasos resonaron en la estancia. Los pasos de muchas personas. Apagados, pero cada vez más fuertes. Hanara se inclinó hacia delante para ver mejor entre las columnas, pero el guardia le tiró con violencia del brazo hacia atrás.

Cuando los hombres de rostro blanco emergieron de las sombras, el aire en la sala pareció enfriarse.

«Lo han conseguido —pensó Hanara—. Han atravesado la ciudad y han entrado en el palacio. Después de todo lo que les hizo Takado, contraatacaron y siguieron adelante hasta llegar a Arvice. Han logrado llegar hasta aquí.»

No pudo evitar sentir admiración hacia ellos. La raza bárbara de Kyralia había evolucionado mucho.

Hanara reconoció al rey Errik y el rostro del mago que tenía a su derecha. Un eyleneo se encontraba de pie al otro lado del monarca. A los otros hombres que rodeaban al rey también los había visto en las batallas. De pronto se estremeció al identificar una cara. La cara del hombre que le había dado la libertad y un trabajo. Lord Dakon.

El mago no lo había visto. Tenía los ojos clavados en Takado. Su expresión reflejó horror, luego ira y de nuevo horror.

El rey Errik aflojó el paso hasta pararse a poca distancia de Takado, mirando alternadamente al hombre tumbado y al emperador. Aguardó a que el resto de su ejército de magos se detuviera y guardara silencio antes de hablar.

—Emperador Vochira, curioso recibimiento para un conquistador.

El emperador sonrió.

—¿Os complace, rey Errik?

El rey observó a Takado, con el labio curvado en una mueca de odio y asco.

—Está vivo. ¿Esperabais que eso me complaciera?

—Vivo e indefenso, ahora que le han despojado de casi toda su energía. Es un obsequio para vos, o quizá un soborno. O un objeto de trueque.

—¿Qué pedís a cambio?

El emperador se irguió despacio y con majestuosidad, antes de descender del trono.

—La vida de mis súbditos, al menos la de aquellos a quienes no se la habéis arrebatado aún. La vida de mi familia. Mi propia vida, tal vez.

Del suelo surgieron unas risotadas ásperas que le provocaron un escalofrío a Hanara.

—Y ahora, ¿quién es el traidor? —tosió Takado—. Cobarde.

El emperador y el rey dirigieron la vista al hombre tendido antes de mirarse de nuevo entre sí.

—¿Por qué debería perdonaros la vida? —inquirió el rey.

—Sabéis que yo no inicié la invasión de vuestro país. Si vuestros espías hicieran bien su trabajo, también sabrías que intenté detenerla.

—Pero acabasteis por apoyarla.

—Sí. Fue un engaño necesario. El ejército que envié tenía instrucciones de dividirse en tres partes. Dos de ellas debían permanecer a la espera para reducir a este...

—el emperador bajó la mirada hacia Takado con desprecio—... este rebelde ichani cuando se encontrara más débil.

—A mí me parecía que vuestra intención era tomar el control a partir de ese momento y atribuirnos el mérito de la victoria —dijo el rey.

Takado emitió un grito apagado de triunfo.

—¿Lo ves? —croó—. ¡Hasta el rey bárbaro te ha calado!

—Pero tú no me calaste —le recordó el emperador. Posó los ojos en el rey—. ¿Queréis que lo mate yo, o preferís hacerlo vos mismo? —Sonrió—. Sin duda pediréis a vuestros magos que se encarguen de él ahora mismo.

La mirada del rey se tornó fría y dura. Entonces su boca se curvó en una sonrisa.

—Solo los gobernantes necios basan su autoridad únicamente en la magia. —Se llevó la mano a la cintura, la deslizó al interior del jubón de manga larga que llevaba y desenvainó un cuchillo largo y recto—. Los sabios la basan en la lealtad y el sentido del deber, y recompensan a aquellos, magos o no, que le prestan un servicio valioso, en la medida de sus posibilidades. —Echó una mirada hacia atrás—. Todos ellos se han ganado mi lealtad y mi gratitud, así que me resulta imposible elegir a uno a quien otorgarle esta recompensa. —Se volvió de nuevo hacia el emperador. El rey sujetó la hoja del cuchillo entre los dedos y lo alzó hacia un lado—. Quien coja el cuchillo podrá llevar a cabo la ejecución.

Hanara vio que los magos que estaban detrás del rey vacilaban e intercambiaban miradas. Un joven alto dio un paso al frente y se quedó indeciso al ver que otro lo imitaba. El joven mago se volvió hacia el segundo hombre, sorprendido. A Hanara se le aceleró el pulso cuando advirtió que se trataba de lord Dakon. Un torbellino de emociones indescifrables le ensombrecía el semblante. Clavó la mirada en el mago joven, que agachó la cabeza y reculó.

Lord Dakon asió la empuñadura del cuchillo. El rey soltó la hoja y, cuando se volvió para ver quién lo había cogido, también se quedó mirándolo con evidente asombro.

—Lord Dakon... —empezó a decir, pero arrugó el entrecejo y no continuó hablando.

Cuando el mago que había concedido la libertad a Hanara se acercó a Takado, este siseó.

—¿Tú? ¿Qué clase de broma es esta? Habiendo tantos kyalianos, ¿escoges al más patético de todos para que me mate? —Sacudió la cabeza con un gesto que denotaba su debilidad—. No me matará. Es demasiado remilgado.

Dakon asintió.

—A diferencia de ti, no me entusiasma matar. Me he preguntado muchas veces por qué participo en esta invasión de Sachaka, por qué no he alzado la voz contra esta matanza innecesaria. Y he descubierto que no soy remilgado en absoluto. —Hincó una rodilla en el suelo y alzó el cuchillo por encima de Takado.

Hanara notó que la mano que le sujetaba el brazo se tensaba, y se percató de que había intentado abalanzarse hacia delante.

—Solo lo hice para ayudar a nuestro pueblo —gritó Takado, haciendo un esfuerzo por estirar el cuello para mirar al emperador.

—Como todos —replicó Dakon, y bajó el brazo con brusquedad.

De pronto, era como si la pesadilla de Hanara se hiciera realidad, pero con todos los detalles cambiados. Su imaginación había concebido muertes mágicas mucho más truculentas para su amo. No una única puñalada limpia.

Mientras Takado boqueaba y se convulsionaba, Hanara profirió un grito. Intentó zafarse de la mano del guardia, pero no forcejeó con él. Sus ojos asimilaron cada sacudida de Takado, la laxitud que se apoderaba poco a poco de sus músculos, el hilillo de sangre que le corría sobre el pecho y goteaba formando un charco en el suelo. Hanara notó que le resbalaba un líquido por la cara, como por mimetismo. Sabía que varios de los magos habían puesto la mirada en él, pero le daba igual.

Dakon se enderezó y esperó. Cuando Takado se quedó inmóvil, se inclinó hacia delante y extrajo el cuchillo. El rey lo cogió, limpió la hoja con un paño que había sacado de algún sitio y lo guardó de nuevo en su funda oculta. Dakon volvió a ocupar su lugar junto al monarca.

Errik alzó la vista hacia el emperador y sonrió.

—Al intentar conquistarnos, vuestro rebelde y vos, nos habéis hecho más fuertes de lo que nunca hemos sido. De no ser por vosotros, habríamos seguido siendo débiles, poco dispuestos a colaborar entre nosotros, recelosos de nuestros compatriotas. Nos obligasteis a uniros, a hacer descubrimientos mágicos que puliremos y desarrollaremos en los años venideros. No me sorprendería que el Imperio sachakano quedara relegado al olvido, eclipsado por la nueva era que comienza ahora en Kyalia. —El rey entornó los ojos, pero no dejó de sonreír—. Y a mí me habéis hecho un gran favor. Dudo que, antes de esta guerra, mi pueblo hubiera aceptado a un rey sin poderes mágicos. Pero he demostrado que un rey puede gobernar, derrotar a un enemigo, incluso conquistar un imperio pese a no poseer magia propia. Las personas normales y corrientes de Kyalia también han contribuido a la defensa de su país. Después de eso, dudo que nadie ose insinuar que su rey no está capacitado para gobernar. —Hizo una pausa—. Pero queda una decisión que tomar aquí. Un último paso que dar. Ya sabéis de qué se trata.

El emperador dejó caer los hombros.

—Sí, ya lo sé —respondió con voz baja y pesados—. Como ya sabéis, yo sí soy mago. He absorbido la energía de los mejores esclavos fuente de este país. De muchos de ellos, muchas veces. Pero no me bastará para derrotaros, así que no combatiré contra vosotros. —Se enderezó—. Me rindo ante vos y os entrego Sachaka entera.

—Acepto —respondió el rey.

Alguien murmuró algo. Los dos líderes miraron a los otros magos con expresión ceñuda. El que había permanecido en todo momento al lado del rey sacudió la cabeza.

—No podemos fiarnos de él. Con toda seguridad posee la energía que asegura tener. Mientras la conserve, representará un peligro.

El rey extendió las manos.

—Se ha rendido. ¿Debo obligarlo a que nos entregue su magia además de su soberanía? Es pedir demasiado.

Hanara miró al rey, sorprendido. El emperador contemplaba a su conquistador con expresión perspicaz.

—Sí —respondió el elyneo—. Pero existe otra manera. Puede trasvasar su energía a la piedra de almacenaje. No de forma directa, por supuesto. Alguien debe extraérsela primero y trasvasarla después.

—¿Y si ataca a quien esté trasvasándola? —preguntó alguien.

—Si no nos ha atacado ya, ¿por qué habría de hacerlo durante el trasvase? —argumentó el elyneo.

—Yo me ofrezco voluntario para el trasvase. —El joven mago que había renunciado a coger el cuchillo del rey en favor de Dakon dio unos pasos al frente.

—Gracias, lord Narvelan —asintió el rey Errik—. Adelante.

A continuación tuvo lugar una escena extraña, en la que el joven tomó a la vez la mano del emperador y la del elyneo. El elyneo había extraído una gema grande y la sujetaba en el puño. Tras un largo rato de silencio, los tres se soltaron.

«No tengo idea de qué ha ocurrido —pensó Hanara—. ¿Qué es una piedra de almacenaje?» Resultaba evidente que era capaz de contener magia. ¿Para qué guardar magia en una piedra?

Se había iniciado una conversación sobre asuntos de orden práctico. Hanara dejó de prestar atención y, sin poder evitarlo, contempló de nuevo a Takado.

Su amo tenía los ojos fijos en el techo y la boca entreabierta. ¿Qué harían con el cadáver? ¿Lo incineraría alguien siguiendo los ritos apropiados? Hanara lo dudaba. Cuando notó que la mano en su brazo le daba un apretón, miró hacia arriba. Uno de los magos estaba señalándolo, y los demás también se habían vuelto hacia él.

—¿Él? Es el esclavo del Traidor —dijo el emperador.

—¿De veras? —preguntó el mago joven. A Hanara se le cayó el alma a los pies cuando el hombre se le acercó y se detuvo a unos pasos—. Hanara, ¿verdad? Creo que a Dakon le gustaría mantener una charla contigo. —Le dedicó una sonrisa sin el menor asomo de cordialidad.

Hanara bajó los ojos, rehuendo la mirada del hombre, que parecía hasta cierto punto la de un demente.

—Suéltalo —ordenó el mago.

La mano desasíó el brazo de Hanara. Este, sorprendido, alzó la vista, y la apartó rápidamente de aquellos ojos tan extraños.

—Creo que tal vez necesite un esclavo para mí mientras ponemos orden en este lugar —dijo el mago—. Me conformo contigo por el momento. Ven. —El mago giró sobre sus talones y echó a andar.

Hanara tragó en seco y volvió la mirada hacia el guardia, que se encogió de hombros y lo apremió a alejarse con un ademán.

—Vamos.

Hanara miró hacia arriba. El mago se había detenido y le hacía señas para que se acercara. Hanara respiró hondo y se obligó a obedecer.

«Perdonadme, amo —pensó mientras pasaba junto al cadáver de Takado—, pero no soy más que un esclavo. Y, como suele decirse, un esclavo no elige a su amo. Su amo lo elige a él.»

Tessia tenía la sensación de que iba a estallarle la cabeza. Deseaba sumirse de nuevo en la inconsciencia, pero la intensidad del dolor no se lo permitió. Volvió en sí de golpe.

Abrió los ojos y se palpó la cabeza instintivamente en busca de heridas o fracturas. Se notó una hinchazón en un lado, pero nada más, y cuando se miró las manos no vio manchas de sangre.

Vacilante y con cautela, movió las extremidades y se levantó ligeramente apoyándose en los codos. Descubrió otras contusiones, pero nada grave. Sintió un mareo que se le pasó al cabo de unos instantes.

«Estoy bien. Prácticamente ilesa.»

No lograba acordarse de cómo había acabado así. Recordaba haber tenido que salir del jardín después de haber oído ruidos procedentes del interior de la casa. Recordaba haber enfilado la avenida principal, intentando no apartarse de las sombras. Recordaba haber pasado junto a casas ardiendo. Después de eso... nada.

¿Los habían atacado? Ella ni siquiera había generado un escudo. Jayan le había advertido que no utilizara magia a menos que fuera estrictamente necesario. No había visto lo que la había dejado sin conocimiento. A ella y a...

«¿Jayan? ¿Dónde?» Se incorporó y echó un vistazo alrededor. Estaba oscuro; solo el resplandor rojizo de un fuego cercano que se estaba extinguiendo iluminaba la calzada y los cascos. Todo olía a humo y polvo. Sin atreverse a crear un globo de luz, por temor a que revelara su posición, se puso de pie y avanzó a tientas, dando vueltas.

De pronto, sus manos tocaron una tela suave en vez de la dura piedra. Reconoció la forma y la firmeza de una pierna bajo la tela. Llegó hasta su nariz un olor muy tenue que le resultaba familiar; metálico, como el de la sangre. Pero después solo percibía el olor a humo.

Quizá se lo había imaginado.

—¿Jayan? —susurró—. ¿Eres tú?

Concentrándose, generó un globo de luz diminuto y lo rodeó con las manos ahuecadas. De inmediato descubrió dos cosas: había encontrado a Jayan y este presentaba heridas terribles. La angustia le inundó el corazón. ¿Estaba vivo o muerto? Separó las manos ligeramente para dejar salir más luz. Vio enseguida el agujero sangrante en su abdomen. Esto le infundió esperanzas. Si la sangre manaba, significaba que él aún no había muerto.

—Jayan —dijo, extendiendo el brazo hacia él y sacudiéndole el hombro—. Despierta.

Jayan abrió los párpados e intentó enfocar la vista. Hizo un gesto de dolor, cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo. Esta vez fijó la mirada en su rostro.

—¿Tessia? —dijo con voz débil—. ¿Te encuentras bien?

Una oleada de ternura de una fuerza casi arrolladora la invadió. «Aunque en ocasiones es exasperantemente arrogante e incapaz de sentir empatía por sus semejantes, hay que reconocer que piensa en los demás antes que en sí mismo.»

—Un poco magullada, pero bien. —Hizo una pausa—. Tú no.

Él crispó el rostro.

—No me siento muy bien, desde luego.

—Voy a sanarte —le aseguró ella.

Él abrió la boca para protestar, pero acto seguido la cerró y asintió.

—Me decepcionarías si no lo intentaras al menos —dijo.

Ella le hizo una mueca y tiró de la tela de su jubón para dejar su vientre al descubierto. Posó las manos a ambos lados de la herida, cerró los ojos y proyectó su mente.

De inmediato supo que los daños eran mucho peores de lo que parecían desde fuera. Algo se le había clavado muy adentro en el abdomen, perforando el tubo retorcido que salía del estómago, provocando que se le derramaran líquidos sobre zonas que normalmente no estaban expuestas a ellos, lo que a su vez causaba más daños. La sangre había inundado el espacio entre los órganos y los estaba oprimiendo. Demasiada sangre. La hemorragia por sí sola podía matarlo.

Por un momento estuvo a punto de caer en la desesperación. ¿Cómo iba a arreglar aquello con magia? Era imposible. Jayan estaba perdido.

«¡No! No puedo dejar que muera. ¡Tengo que intentarlo!»

Invocó su magia y cerró las roturas en los tubos para evitar que su contenido siguiera derramándose. A continuación, juntó las sustancias perjudiciales que se habían escapado y las expulsó del cuerpo a través de la herida. Centró su atención en la sangre que estaba expandiendo las cavidades en las que se acumulaba y la drenó también. Esto la ayudó a encontrar el origen de la hemorragia y a obstruir las vías de pulso seccionadas.

¿Y ahora qué?

Notaba que el organismo de Jayan se debilitaba. Al recordar cómo había percibido que el cuerpo del mago envenenado utilizaba la magia para sanar solo, buscó señales del mismo proceso en el interior de Jayan.

«Ahí está, ya lo veo. Pero es imposible que lo sane a tiempo. Las lesiones son demasiado graves.»

Ayúdame.

Tessia se sorprendió tanto que su mente estuvo a punto de salir del cuerpo de Jayan.

¿Jayan? ¿Estás hablando conmigo?

¿Tessia? Ah, perdona. No era mi intención distraerte. Creo que estaba soñando...

Estaba delirando.

Aguanta, lo apremió ella. No me falles.

Jamás te fallaré.

Ella proyectó de nuevo su mente hacia las heridas y las examinó detenidamente. Debía de haber alguna manera de imitar aquella magia sanadora. La joven intentó enviar energía a su interior, pero no conseguía darle forma más que de calor o de fuerza. Algo la desasosegaba. Las palabras de Jayan resonaban en su mente. «Ayúdame.» Jamás se perdonaría a sí misma si no lograba salvarlo. Debía de haber una manera de reforzar lo que estaba haciendo su organismo. «Ayúdame.» O, por lo menos, de acelerar su sanación.

«Un momento...» Tal vez no necesitaba emular a su cuerpo, sino simplemente proporcionarle más magia; estimular el proceso de sanación con una gran cantidad de energía. Tras invocar su magia, la envió en un flujo suave y amorfo al cuerpo de Jayan para que se mezclara con la que ya fluía desde su interior hacia las zonas dañadas de su cuerpo. La energía se incorporó a ese flujo y adoptó las formas misteriosas que el organismo de Jayan le daba para sanar.

«¡Eso es!»

Ella duplicó la intensidad del flujo y comprobó que los efectos también se redoblaban. Tras enviar cantidades más grandes de energía, vio que la sanación se aceleraba. Se concentró en los desgarros de los tubos y contempló cómo se reducían poco a poco hasta desaparecer. Envío energía a las vías de pulso seccionadas y la invadió una sensación de triunfo cuando todas se cerraron casi de golpe. Aunque el daño sufrido por sus entrañas debido a los líquidos tóxicos era más sutil, ella pronto captó indicios de recuperación.

Mientras canalizaba energía hacia el interior de él, empezó a percibir la manera en que su cuerpo se valía de la magia. Lo entendió, pero de un modo instintivo, por lo que no habría sido capaz de explicarlo. «Tal vez si memorizara la sensación que produce este flujo, podría aplicar mi propia magia a un no-mago para sanarlo.»

Pronto las lesiones internas del abdomen prácticamente habían desaparecido. Ella se centró en la herida de la piel, estimulando el flujo de magia hasta que la carne se juntó con la carne y la herida empezó a cerrarse. Pero incluso mientras veía cómo se formaba el tejido cicatricial, supo que Jayan no había sanado por completo.

Había perdido mucha sangre. Ella ahondó en su cuerpo y se preguntó si podía hacer algo para reponerla. Los sanadores no se habían puesto de acuerdo respecto a qué órgano fabricaba la sangre. Sin embargo, si Jayan guardaba reposo, comía y bebía un poco de agua, tal vez su organismo se recuperaría solo.

¿Tessia?

¿Sí, Jayan?

Lo he notado. He notado cómo me sanabas. No han sido imaginaciones mías, ¿verdad?

No. Lo he descubierto. El secreto. Es...

No me lo cuentes.

¿Qué? ¿Por qué no? Tiene que conocerlo más gente. Por si lo has olvidado, seguimos en medio de una guerra y estamos solos en una ciudad llena de gente que quiere matarnos. Si muero, mi descubrimiento se perderá para siempre.

Percibió una oleada de emoción procedente de él. Miedo. Instinto protector. Afecto. Anheló. Todo ello mezclado, y algo más.

No hables de morir, le dijo él. *Tienes que sobrevivir a esta guerra. He esperado demasiado, y está a punto de acabarse.*

¿De qué estás hablando?

Pero incluso mientras lo preguntaba, ella ya sabía la respuesta. La percibía pues se escapaba por entre las grietas del autocontrol de Jayan. Cuando la reconoció, Tessia, atónita, sintió que su propio cuerpo reaccionaba de una manera que ningún sanador había conseguido explicar de manera satisfactoria. Era uno de los misterios más deliciosos, como había comentado alguna vez su padre. ¿La única función del corazón era bombear sangre? Entonces, ¿por qué realizaba también esta acción inexplicable?

«¿Y por qué yo? ¿Por qué no alguna mujer rica, o una aprendiz bonita?»

Te quiero, le dijo él.

Una alegría inmensa se adueñó de ella. Pero las palabras de Jayan destilaban cierta petulancia. Había percibido los sentimientos con que Tessia le correspondía, y estaba muy pagado de sí mismo por ello.

Resulta que yo también te quiero, respondió ella, en un tono divertido e irónico. *Y mira que hay personas irritantes en el mundo.*

Pobre Tessia, se mojó él.

Estoy segura de que cuando regresemos a Imardin, te irás a cortejar a chicas ricas y bonitas. Tal vez no debería revelarte el secreto de la sanación, porque te hará aún más atractivo a sus ojos.

¿Más atractivo de lo que ya soy? No hizo una pausa para dejarla replicar. *De hecho, tienes razón. Sería mejor que otra persona lo supiera.*

De modo que ella se lo explicó y, cuando estuvo segura de que él lo había entendido, retiró la mente de su cuerpo. En cuanto abrió los ojos, sintió que una mano se deslizaba detrás de su cuello y la atraía hacia abajo. Jayan se incorporó y apretó la boca contra la suya. Tessia, sorprendida, se resistió por un momento. Luego la recorrió un estremecimiento que no era frío sino cálido y maravilloso. Ella le devolvió el beso y le gustó el modo en que él movía los labios contra los suyos, por lo que lo imitó.

Esto podría acabar por gustarme.

Casi protestó cuando él la soltó. Se contemplaron por un instante y se sonrieron. Pero la sonrisa de Jayan se desvaneció enseguida. Se apoyó sobre los codos, bajó la vista hacia su ropa ensangrentada y, con una mueca, se llevó la mano a la frente.

—Mareo —dijo.

—Te sentirás débil y aturdido durante un rato —le dijo ella.

—No podemos quedarnos aquí.

—No —convino ella, poniéndose de pie. Al mirar en torno a sí, vio que el fuego en la casa más cercana prácticamente se había apagado—. Ocultémonos allí hasta que amanezca. Nadie se molestará en entrar porque los objetos de valor que hubiera ahí dentro habrán quedado reducidos a cenizas, y las paredes podrían derrumbarse. Puedo protegernos con un escudo.

—Sí. Después de todo, esta es la avenida principal. Podemos montar guardia y salir cuando pase alguien conocido. Tal vez tarden un poco, pero al final alguno de ellos acabará pasando por aquí. ¿Dónde está tu bolsa?

—No lo sé, pero da igual. Si consigo que esta técnica de sanación funcione con los no-magos, ya no necesitaré remedios ni instrumentos.

Él asintió y se levantó por etapas: primero se incorporó, luego se puso en cuclillas y se inclinó hacia delante para finalmente ponerse de pie. Cuando se dirigían hacia la casa, ella sintió que la fatiga se apoderaba de ella y dio un traspié. Había gastado más energía en la sanación de lo que ella creía.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Jayan.

—Sí, solo estoy cansada.

—De acuerdo, pero espera a que lleguemos adentro antes de dormirte, si no te importa.

Ella lo fulminó con la mirada y se apoyó en él para caminar hacia la casa.

Una sed acuciante arrancó a Jayan del sueño. Al abrir los ojos, vio las paredes chamuscadas bañadas en la luz de la mañana. No parecían más suaves que la superficie contra la que estaba recostado. Le dolía todo el cuerpo. Notó una presión sobre el brazo y bajó la mirada.

Tessia dormía acurrucada junto a él.

Esto le levantó el ánimo, y de pronto la dureza de la pared y del suelo no le pareció tan insoportable.

«Debería haber esperado a que terminara la guerra y estuviéramos a salvo —pensó—, pero allí estaba, demasiado cerca de mi mente, y no podía ocultar mis sentimientos.»

Lo cierto es que en el fondo no se arrepentía de nada.

«Me quiere. A pesar de todas las tonterías que he dicho. A pesar de que la he apartado de mí.» Cayó en la cuenta de que no esperaba que ella se enamorara de él. Se había convencido de que, cuando regresaran a Imardin y él se armara de valor para confesarle lo que sentía, ella lo rechazaría.

Tal vez cambiaría de opinión cuando fuera famosa por haber descubierto la sanación mágica. Cuando se hiciera mayor. Todavía era joven. ¿Qué tenía, diecisiete o dieciocho años? Jayan no lo recordaba. Cuando pensaba en cómo había sido él a su edad —inconstante y voluble—, sabía que no podía contar con que ella nunca se hartaría de él ni se interesaría por otra persona.

«Pero ella no es como yo a su edad. Cuando se entrega a algo, como la sanación, nunca lo abandona. Tal vez le ocurra lo mismo con las personas. Conmigo. Yo tampoco era totalmente inconstante en todos los aspectos. Nada me hizo perder el interés por la magia o mi lealtad hacia Dakon.»

Extendió la mano hacia el cuenco de agua que ella le había llevado la noche anterior después de desaparecer en las entrañas de la casa quemada durante un rato, y bebió con avidez. El agua sabía a humo. Jayan cerró los ojos y dejó pasar el tiempo.

Al cabo de un rato, algo lo despertó. El golpeteo de unos cascos resonaba a lo lejos. Varios caballos se aproximaban. El corazón le dio un vuelco. Aunque Tessia y él habían acordado turnarse para dormir mientras el otro permanecía atento por si pasaban kyalianos por allí, los dos habían sucumbido al agotamiento. Jayan tenía la impresión de que la sanación había consumido gran parte de la energía de Tessia. Seguramente ella tenía tanta necesidad de dormir como él.

El volumen de los sonidos de cascos aumentaba rápidamente.

Cuando él se movió, intentando perturbar lo menos posible el sueño de Tessia, ella abrió los ojos de golpe. Lo miró, parpadeando, y frunció el ceño.

—¿Ese ruido es de caballos?

Se despabiló al instante y se puso de pie ayudándose con los brazos. Jayan se levantó y los dos se acercaron a la pared derruida. Cuando echaron una ojeada al exterior, vieron a unos veinte magos kyalianos que cabalgaban hacia ellos. Jayan miró en torno a sí para asegurarse de que nadie más los estuviera observando. La avenida y las casas cercanas parecían desiertas. Salió de la casa y agitó un brazo para llamar la atención de los jinetes.

Los magos aminoraron el paso hasta detenerse. Jayan sonrió al reconocer a lord Bolvin, que iba en cabeza junto a lord Tarrakin.

—¿Tenéis sitio para dos viajeros más? —preguntó.

Bolvin esbozó una sonrisa.

—Mago Jayan, aprendiz Tessia, me alegro de ver que los dos habéis sobrevivido. Dakon se sentirá aliviado. Regresó aquí anoche pero no os encontró. —Miró hacia atrás—. Nos dirigimos primero a las afueras de la ciudad. Tendréis que compartir caballo.

Dos magos se acercaron, y Jayan y Tessia montaron a ancas, detrás de ellos.

Jayan paseó la vista en torno a sí.

—¿Alguien ha visto a Mikken?

—Ha vuelto con el ejército.

Bolvin espoleó a su caballo y los demás lo siguieron.

Aunque el silencio reinaba en la ciudad, de vez en cuando Jayan vislumbraba a alguien que se alejaba corriendo por una callejuela. Pasaron por el lugar donde el ejército había dejado atrás a Tessia y Jayan. Poco después, cuando la calzada ya no estaba bordeada de muros, y los edificios se encontraban en medio de campos, el grupo hizo un alto. Cinco magos, entre ellos Bolvin, se separaron del resto, cada uno acompañado por un criado y un aprendiz y conduciendo a un caballo sin jinete cargado de equipaje. Por lo que alcanzó a oír de la conversación, Jayan entendió que ese grupo volvería a Imardin. Al principio supuso que era para comunicar la noticia de la victoria, pero entonces cayó en la cuenta de que seguramente esa información ya había llegado a Kyralia a través de los anillos de gemas de sangre.

Al pensar esto, un escalofrío de emoción le bajó por la espalda. «Ojalá nos llevaran consigo. —Se percató de que estaba harto de la guerra—. Quiero ir a casa, esté donde esté eso, con Tessia. Quiero fundar un gremio de magos y ayudar a Tessia a perfeccionar la sanación mágica.»

Mientras Bolvin y sus acompañantes cabalgaban hacia la lejanía, lord Tarrakin hizo girar a su caballo.

—A partir de aquí, tendrán que arreglárselas solos —dijo—. El rey nos ha ordenado que regresemos lo antes posible.

Los magos que quedaban dieron media vuelta y se encaminaron de nuevo hacia la ciudad. Al poco rato, avanzaban por zonas de Arvice que Jayan no había visto antes. Admiró el paseo con árboles que conducía al Palacio Imperial. El edificio, sorprendentemente, no presentaba desperfectos. Unos criados acudieron a hacerse cargo de los caballos. Jayan descabalgó, alegrándose de no tener que seguir sentado en el incómodo borde de la silla.

Se acercó a Tessia y siguió a los magos al interior del palacio. Como en las casas construidas por sachakanos que había en Imardin, un pasillo llevaba a una sala grande en la que se recibía a los invitados. La diferencia estribaba en que este pasillo era tan ancho que en él cabían diez caballos, uno al lado de otro, y la sala era una estancia enorme con hileras de columnas. Unas voces resonaban en el interior.

—No podemos abolir la esclavitud de un plumazo —declaró una de ellas—. Hay que hacerlo por etapas. Empezar por los sirvientes personales. Si no dejamos para el final la liberación de los esclavos que producen alimentos y realizan las tareas más penosas, Sachaka morirá de hambre mientras se ahoga en sus propios residuos.

«Narvelan —pensó Jayan, y notó un estremecimiento que ya había sentido otras veces—. ¿Por qué no me sorprende que quiera mantener la esclavitud?» Por otro lado, no podía evitar estar de acuerdo con él. Liberar a todos los esclavos a la vez provocaría el caos.

Cuando Jayan se acercó al fondo de la sala vio a varios magos sentados en círculo. Advirtió que el rey no estaba ocupando el enorme trono dorado situado en medio de la estancia, aunque la silla en la que descansaba era grande y tenía respaldo y brazos, mientras que los demás estaban sentados en taburetes. Había otros magos de pie dispersos por la sala. Algunos escuchaban la conversación, otros hablaban entre sí.

Uno de los magos se disponía a levantarse de su asiento, pero miró al rey y se sentó de nuevo. Dakon. Jayan sonrió al ver la expresión de alivio de su antiguo maestro.

—Además, tenemos que mantener débil a la población de aquí —prosiguió Narvelan—, aunque no hasta el punto de debilitarnos nosotros también. Liberar a los esclavos personales implica que los magos que quedan tendrán que pagar a quienes trabajen para ellos.

Jayan vio que el rey asentía antes de alzar la vista hacia los recién llegados.

—Lord Tarrakin. ¿Se han marchado lord Bolvin y los demás?

—Sí. Además, hemos encontrado al mago Jayan y la aprendiz Tessia.

El rey miró a Tessia y luego a Jayan.

—Me alegra que los dos hayáis sobrevivido a la noche. —Con el entrecejo fruncido, pasó la vista de Tessia a Dakon—. Puesto que habéis accedido a quedaros para ayudar a gobernar Sachaka, ¿se quedará también vuestra aprendiz?

A Jayan se le cortó la respiración. «¿Dakon va a quedarse? ¡Imposible! Tiene una aldea que reconstruir y un señorío que dirigir.»

Pero descubrió que no le costaba creer que Dakon hubiera decidido quedarse a ayudar a los sachakanos, tal vez para reparar el daño causado por el ejército.

«Y Tessia tendrá que quedarse con él...»

—He estado pensando en eso —dijo Dakon—. Si Tessia no desea permanecer aquí, es libre de marcharse.

—Yo no os abandonaría, lord Dakon —dijo ella.

El rey se volvió hacia ella.

—Tienes un don, aprendiz Tessia, una habilidad para sanar que puedes enseñar a otros. Si te pidiera que regresaras a Imardin conmigo, ¿aceptarías?

Ella se mordió el labio. Fijó los ojos en él, y luego en Dakon.

—¿Quién... quién se hará cargo de mi formación?

El corazón de Jayan dio un brinco. ¿Lo dejarían...?

—Yo.

Todas las miradas se volvieron hacia lady Avaria, que caminaba con aire resuelto hacia el círculo desde un lado de la sala.

—Dakon comentó que estaba planteándose la posibilidad de quedarse —explicó ella—. Pensé en Tessia y me imaginé que no querría quedarse aquí. Además, creo que ha llegado el momento de que yo tenga un aprendiz. —Miró a Tessia y sonrió—. Mi experiencia no es comparable a la de Lord Dakon, pero prometo que lo haré lo mejor que pueda.

Todos los ojos se posaron en Tessia. Ella dirigió la vista a Avaria, luego a Dakon y después a Jayan, y se volvió hacia el rey.

—Si lord Dakon así lo desea, será un honor para mí convertirme en aprendiz de lady Avaria.

Dakon sonrió.

—Aunque me gustaría completar tu entrenamiento, Tessia, creo que es más importante que compartas con otros tu técnica para sanar pacientes con la ayuda de la magia.

El rey esbozó una gran sonrisa y se dio una palmada en los muslos.

—¡Excelente! —exclamó antes de centrar su atención en Jayan—. ¿Y qué planes tenéis vos, mago Jayan?

—Volveré a Imardin —respondió Jayan—, y si me dais vuestra aprobación, empezaré a trabajar con vistas a la fundación de un gremio de magos.

El rey sonrió.

—Ah. El gremio de magos. Lord Hakkin también está explorando esa idea. —Asintió—. Podéis uniros a él en este proyecto. Bien. —Paseó la vista en torno al círculo—. ¿Quién se quedará para ayudar a lord Narvelan y lord Dakon a gobernar Sachaka?

Un temblor frío recorrió a Jayan. «¿Lord Narvelan gobernará Sachaka? ¿Ha perdido el juicio el rey Errik?» Observó a Narvelan. El joven mago sonreía, pero de un modo rígido y extraño que no encajaba con la intensidad de su mirada. Cuando algo lo distrajo —un esclavo que le tiró con suavidad de la manga—, una ira feroz asomó a su rostro pero rápidamente quedó disimulada tras la sonrisa.

Jayan oyó que Tessia contenía el aliento.

—Hanara —jadeó—. ¡El esclavo de Takado!

Al fijarse mejor, Jayan advirtió que el esclavo que se postraba ante Narvelan era el mismo a quien Takado había dejado en Mandryn, y a quien Dakon había liberado. El que había traicionado la aldea y la había entregado a Takado.

—Te tengo dicho que no te arrojes al suelo —reprendió Narvelan a Hanara mientras los magos proseguían su conversación—. No me extraña que te ensucies tanto.

—Sí, amo —respondió Hanara.

—¿Hanara es el esclavo de Narvelan? —preguntó Tessia con un nudo en la garganta.

—Sí —dijo lord Tarrakin—. Aunque al parecer le ha dicho que es libre, el hombre no se da por enterado.

Tessia sacudió la cabeza. Lanzó una mirada fugaz a Jayan y, cuando Hanara se alejaba a toda prisa para cumplir la orden de Narvelan, se acercó con grandes zancadas para interceptarlo. Jayan la siguió. Tessia alcanzó al esclavo cerca de la pared lateral de la sala. Cuando Hanara la vio, abrió los ojos como platos y se quedó helado.

—Tessia —susurró, con una expresión que Jayan no sabía si era de espanto o asombro.

—Hanara —dijo ella. Se quedó callada, con la boca entreabierta y una mirada atormentada.

Hanara bajó la vista.

—Lo siento —dijo—. No podía hacer nada. Creía que si acudía a su llamada, tal vez él se marcharía. Pero también sabía que se enteraría por mí de que lord Dakon se había marchado. Pero... lo habría averiguado de todos modos. Me... me alegro... me alegro de que no estuvierais allí.

Jayan supuso que los balbuceos del esclavo se referían a Mandryn. «Debería tener ganas de estrangularlo, pero por alguna razón no es así. El mago que dominaba su vida había reaparecido. Dudo que nadie en esa situación hubiera podido evitar que el miedo rigiera sus actos. Y ahora está al servicio de Narvelan. No sé si considerarlo un castigo merecido o compadecerlo. O preocuparme por el hecho de que el antiguo esclavo de un invasor y un mago despiadado y demente se hayan juntado.»

—Te perdono —dijo Tessia. Jayan la miró extrañado. Ella parecía aliviada y pensativa—. Ahora eres libre, Hanara. No tienes por qué servir a alguien a quien no quieres servir. No... no te castigues por los crímenes de tu amo.

El esclavo sacudió la cabeza y, tras echar un vistazo alrededor con sigilo, se inclinó hacia ella.

—Soy su sirviente porque quiero seguir con vida —susurró—. De lo contrario, no tardaría en morir. —Se enderezó—. Marchaos a casa. Casaos. Tened hijos. Vivid muchos años.

Se alejó de ellos apresuradamente y desapareció por una puerta. Tessia se volvió hacia Jayan y soltó una risotada breve.

—Me parece que acabo de recibir órdenes de un esclavo.

—Consejos —la corrigió Jayan. Atravesó la misma puerta, dirigió la vista a uno y otro lado del pasillo, y se encogió de hombros—. Son buenos consejos. Añade a eso el enseñar a los magos a sanar. Y el ayudarme a organizar el gremio. —Meneó la cabeza—. Tendré que trabajar con lord Hakkin. Necesitaré toda la ayuda posible.

—Sí —convino ella mientras echaban a andar por el pasillo—. He notado que no le has comentado al rey que había descubierto la manera de sanar por medio de la magia.

—No. No me parecía el momento oportuno. Y, ahora que lo pienso..., preferiría que la enseñanza de la sanación mágica no se iniciara en Sachaka. Debería iniciarse en Kyalía, como parte de las actividades de nuestro nuevo gremio.

—¿Un aliciente para que los magos se afilien?

—Exacto.

Ella entornó los ojos.

—¿Sabes? Por un momento he temido que fueras a ofrecerte voluntario para hacerte cargo de mi formación.

Él parpadeó, sorprendido.

—¿Temido por qué? ¿No crees que sería un buen profesor?

—Un profesor aceptable —respondió ella—, pero creo que la sociedad kyaliana no vería con buenos ojos que un maestro y su aprendiz mantuvieran... en fin... un enredo amoroso.

Él sonrió.

—Depende de lo enredada que quieras estar.

Ella bajó los párpados y lo miró de una manera que le aceleró el pulso.

—Muy enredada.

—Entiendo. —Miró hacia ambos extremos del pasillo. Seguía desierto. Extendió los brazos, la atrajo hacia sí y la besó. Ella se puso tensa, pero enseguida se relajó y él notó que apretaba su cuerpo contra el suyo.

De pronto, unos pasos resonaron en el pasillo, y Jayan sintió que alguien pasaba rozándolo. En una reacción tardía, Tessia y él se separaron bruscamente.

—Veo que voy a tener que manteneros vigilados —dijo lady Avaria sin volver la vista mientras se alejaba a paso veloz.

Tessia reprimió una risita y se puso seria.

—¿Dónde viviremos?

—No lo sé —gruñó Jayan—. ¡Con mi padre, no!

—Bueno, tenemos tiempo de sobra para pensar en esas cosas —dijo ella.

—Sí. Y muchas cosas que hacer aquí antes. Como comer. Me muero de hambre. Aunque supongo que primero deberíamos encontrar a Mikken.

Ella asintió.

—Es lo que haremos a partir de ahora. Realizaremos todas las tareas necesarias, una por una, hasta que no quede nada por hacer y seamos viejos y canosos y podamos endosarle el trabajo a otro.

Él la tomó del brazo.

—Vamos. Cuanto antes empecemos, antes llegaremos a las partes interesantes.

Tras detenerse a recuperar el aliento, Stara alzó la vista hacia la empinada pendiente de roca que se elevaba ante ella. Al igual que la cuesta que ella y las mujeres que la seguían acababan de ascender, tenía grietas oblicuas en la superficie por las que podían escalar lentamente. Sin embargo, era una subida más larga que la anterior, y estaba coronada por una cresta irregular, a cierta distancia por encima de ellas. Al otro lado, Stara alcanzaba a ver la cúspide de otra pared escarpada de piedra, y más allá, otra. A lo lejos, las cimas de las montañas lo dominaban todo con cruel indiferencia.

«Chavori era un hombre más fuerte de lo que parecía —pensó Stara por centésima vez—. Tuvo que subir todas estas pendientes para realizar sus mediciones. Y debía de contar con la ayuda de otras personas. Esclavos, sin lugar a dudas. Tal vez otros magos u hombres libres. Tendremos que permanecer alerta por si a alguno de ellos se le ocurre regresar.»

Cuando las otras cuatro mujeres la alcanzaron, resollando y jadeando, Stara decidió que a todas les vendría bien descansar un poco. Se descolgó de los hombros la mochila, a la que llevaba sujeto un tubo hecho con un junco vacío, mucho más ligero que los cilindros metálicos de Chavori. Le quitó la tapa y extrajo el mapa.

Lo extendió sobre la pared plana de piedra que tenía delante y fijó las esquinas con magia. Las mujeres se apiñaron en torno a Stara para examinarlo. Ella percibió su olor a sudor. Solo las que estaban en buena forma habían decidido acompañarla en aquella exploración cuando se habían hecho patentes las dificultades que presentaba la caminata hasta el valle. Ella había dejado a las demás en manos de la competente Vora en un campamento montado más abajo, en la ladera.

Shadiya, una de las mujeres, señaló el camino sinuoso por el que avanzaban.

—Creo que casi hemos llegado.

Stara asintió, y a continuación enrolló el mapa y lo guardó.

—Pero bebamos y comamos un poco antes de seguir.

Las mujeres guardaron silencio mientras descansaban. Con la espalda contra la pared, dirigieron la mirada hacia las llanuras sachakanas, que se extendían hacia la bruma de la distancia. Stara contempló el horizonte. Detrás de él yacía Arvice. ¿En qué estado se encontraría la ciudad después de dos meses de dominio kyaliano? ¿Seguiría vivo Kachiro? Sintió una leve punzada de tristeza y arrepentimiento, seguido de una vaga culpabilidad por no sentir nada más. «Eso es solo porque estoy cansada —se dijo, aunque sabía que no era verdad—. Tampoco es que nos casáramos por amor. Pero le tenía cariño, y espero que sobreviva. —Se preguntó si su esposo habría recibido noticias de su madre—. Tendré que enviarle yo misma un mensajero cuando nos hayamos instalado. Tal vez ella podría venirse a vivir con nosotras.»

Todas comieron frugalmente sin necesidad de que nadie les recordara que les quedaban pocas provisiones. Stara había complementado su dieta con los pájaros que cazaba valiéndose de la magia, pero la vegetación que crecía en aquel terreno inhóspito era escasa e incomible. Empezaba a preocuparle que Chavori hubiese exagerado al describir el valle hacia el que se dirigían.

Se puso de pie y se echó la mochila a la espalda. Las demás la imitaron. Sin mediar palabra, buscaron el arranque de una de las largas grietas de la cuesta y comenzaron a ascender poco a poco, con Stara a la cabeza.

Tras lo que pareció una eternidad, ella llegó por fin a lo alto de la cresta. Se aupó sobre el borde, avanzó a cuatro patas, aliviada por no llevar el peso de la mochila sobre los hombros. Se detuvo por un momento para recobrar el aliento y se percató de que no estaba respirando el mismo aire árido que les había resecaado la garganta durante las últimas semanas, sino un aire con sabor a humedad y moho. El corazón le dio un vuelco y se levantó, apoyada en las rodillas.

La siguiente pared se alzaba a unos pocos pasos. En la base de una de las grietas había un triángulo oscuro. Un agujero. Ella se acercó. Del interior le llegó un murmullo de agua que corría y una ráfaga de aire húmedo.

La abertura era baja; tendría que gatear para entrar en ella. Al oír un sonido detrás de sí, reprimió la curiosidad y regresó al borde para asegurarse de que las siguientes dos mujeres treparan hasta allí sin contratiempos. Cuando alcanzaron la cima, sus miradas se desviaron de inmediato hacia la abertura.

—Suenan como si hubiera un río dentro.

—¿Entramos?

—No. Esperemos a que lleguen las demás —dijo Stara.

Finalmente, ayudaron a las últimas mujeres a escalar sobre el borde de la pared. Se quedaron esperando a ver qué hacía Stara. Ella sonrió, se arrojó al suelo como una esclava y entró en la abertura a gatas, encendiendo ante sí un globo de luz.

El techo continuaba siendo bajo, pero unos pasos más adelante se curvaba hacia arriba y la cavidad se ensanchaba. Ella se deslizó hacia delante, se puso de pie y continuó andando, agachada. Su luz se perdía a lo lejos en dos direcciones, y por la manera en que resonaban sus movimientos, supuso que estaba en un túnel. Era como estar en un tubo largo y aplastado, más ancho que alto, y torcido en un ángulo parecido al de las grietas abiertas en las paredes de roca. El agua corría por el fondo.

—Chavori creía que esto se formó hace poco, cuando el curso de la corriente se desvió en un punto más alto del río —dijo Stara—. Así que propongo que vayamos río arriba.

Tras avanzar unos cientos de pasos, vislumbraron una luz más adelante, y tras otros cientos más, llegaron ante la entrada del túnel. El río despedía destellos blancos y azules. En la orilla crecían hierbas casi tan altas como un hombre, pero conforme se alejaban del agua se tornaban más bajas y secas. Unos árboles achaparrados y

antiguos gozaban de una posición más resguardada cerca de las abruptas paredes del valle.

—¿Qué opináis? —preguntó Stara.

—No es exactamente lo que imaginaba —respondió Shadiya—, pero habría sido demasiado pedir que encontráramos campos cultivados, ¿verdad?

—Habrà que arrancar la maleza más perjudicial. Y luego traer unos reberes para que la hierba no crezca demasiado. Y tras ello excavar acequias. Después tenemos que abonar la tierra antes de sembrarla —explicó Ichiva. Stara se volvió hacia ella, impresionada por sus conocimientos de agricultura. La mujer se encogió de hombros—. Cuando no te dejan hablar en presencia de los hombres, te dedicas a escuchar.

Las demás asintieron, dándole la razón.

—Sí, tendremos que trabajar mucho —dijo Stara—. Y no será fácil subir reberes hasta aquí. Además, habrá que construir casas. Nos queda mucho que aprender. ¿Seguimos explorando?

Las demás le sonrieron e hicieron un gesto afirmativo. Se dividieron y tomaron rumbos distintos. Stara se encaminó hacia el valle, examinando el suelo y lamentando no saber lo suficiente para determinar si era fértil. Los árboles resultaron ser mucho más grandes de lo que parecían desde lejos. Al fijarse en las ramas, no pudo evitar imaginar a niños encaramados a ellas.

«Niños. Si queremos tenerlos, no podemos desterrar a los hombres de nuestra vida por completo. Pero tal vez podríamos evitar traerlos aquí. Las que quieran pueden visitar algún pueblo de la llanura y pasar la noche con alguien que les guste.»

Pero ¿qué harían con los niños varones? Ninguna mujer accedería a expulsar a su hijo de allí. Stara sacudió la cabeza. Tal vez lo importante no era tanto que el Refugio estuviera libre de hombres, como que estuviera controlado por mujeres.

—¡Stara!

Al volverse, advirtió que Ichiva le hacía señas y apuntaba con el brazo a la pared del valle. Stara escrutó con la mirada la superficie rocosa, con el ceño fruncido, intentando localizar aquello que Ichiva le señalaba.

De pronto lo vio, y un escalofrío le bajó por la espalda.

La pared del valle no era natural. Ella no solo alcanzaba a distinguir el lugar donde la ladera original daba paso bruscamente a la pared artificial, sino que veía las líneas y curvas talladas por el hombre.

Con el corazón desbocado, echó a andar a toda prisa. Los relieves se habían deteriorado mucho, y había secciones enteras que se habían desprendido. Quiquiera que había hecho aquello lo había hecho hacía muchos, muchos años. Quizá miles.

La invadió la emoción. Era evidente que si alguien había vivido en el valle alguna vez, otros podrían establecerse allí. Los arcos y las líneas semejaban marcos elaboradamente ornamentados de puertas y ventanas. Tal vez los antiguos habitantes vivían en cuevas, en el interior de la pared. Cuando llegó junto a Ichiva, Stara comprobó que estaba en lo cierto. Había un agujero rectangular en la pared. Compartió una sonrisa de entusiasmo con la otra mujer.

—Creo que no seremos las primeras en instalarnos aquí —comentó—. Ve a buscar a las demás. Yo voy a entrar.

Tras crear otro globo de luz, Stara atravesó la entrada. Al otro lado había un pasillo largo, y ella vio la luz que se colaba entre las plantas que cubrían las otras puertas y ventanas. Dio unos pasos entre raíces dispersas y enmarañadas, pero más adelante el suelo era de piedra desnuda. Unas aberturas grandes en la pared del fondo la invitaban a adentrarse más.

Elegió la más cercana. Daba a un pasillo amplio con un recinto a cada lado. Las paredes entre ellas eran casi tan anchas como las cavidades mismas. Había zonas húmedas debido a las filtraciones de agua, pero casi todo estaba seco. Al oír unos pasos, Stara esperó a que llegaran las mujeres, y continuaron juntas el recorrido. El pasillo terminaba seis habitáculos más adelante.

Regresaron al pasillo principal y siguieron explorando. Una de ellas descubrió unos bajorrelieves de personas y animales en varias paredes. En casi todos los habitáculos había uno o dos, pero entonces se encontraron con un pasillo ancho recubierto de ellos. Conducía hasta una cueva enorme. En el techo, muy por encima de sus cabezas, había una grieta por la que entraban unos débiles rayos de luz. Era evidente que también dejaba entrar la lluvia, pues se había formado un charco en el centro de la cueva. Detrás, el nivel del suelo se elevaba ligeramente, y sobre él había una losa de piedra cuarteada.

Rodearon el charco y subieron a la plataforma para examinar la losa. En la superficie aparecía el contorno desdibujado de una figura humana con unas líneas que le salían en forma radial de la zona del pecho.

Shadiya la observó más de cerca.

—¿Para qué crees que servía esto? ¿Es la tapa de un sarcófago, o un altar para sacrificios humanos?

Stara se estremeció.

—Quién sabe...

—Hay otra abertura ahí detrás —dijo Ichiva, señalando la pared situada al otro lado de la plataforma. Entonces miró hacia un lado—. ¿Creéis que esa era la puerta?

Todas se pararon a contemplar un gran disco de piedra, partido en dos, que yacía frente a la abertura. Delante de esta había una hendidura profunda en el suelo, y Stara advirtió que era del mismo grosor que el disco.

—Quizá la hacían rodar hacia los lados para abrir y cerrar la puerta —aventuró.

Las mujeres comenzaron a hacer especulaciones y se volvieron para inspeccionar la abertura. Stara dirigió su globo de luz hacia el interior. Un pasillo estrecho se internaba en la oscuridad. Ella cruzó la puerta.

Al poco rato, el pasillo se dividía en dos, y más adelante volvía a bifurcarse. Stara aflojó el paso.

—Esto empieza a parecer un laberinto. Deberíamos señalar nuestro camino.

Retrocedieron sobre sus pasos y en cada intersección trazaron el símbolo de una flecha en la pared, apuntando en la dirección de la que habían venido.

—También sería conveniente que no nos separásemos —dijo Stara—. No os apartéis del grupo ni dejéis que nadie se quede rezagado.

—No creo que nadie quiera rezagarse —replicó una de ellas en tono nervioso, y las demás rieron, dándole la razón.

Siguieron adelante, a un ritmo más lento por la necesidad de marcar el camino, explorando el laberinto de pasadizos. Algunos conducían a habitaciones pequeñas, otros no llevaban a ningún sitio. De pronto, las paredes ya no eran de piedra lisa y tallada, sino de roca natural y rugosa. Unos pasos más adelante, el pasillo desembocaba en otra cueva.

Las mujeres, maravilladas y asombradas, ahogaron un grito al ver las paredes relumbrantes de la caverna. Stara se acercó a ellas. Había formas cristalinas por toda la superficie. En algunas zonas, eran tan grandes como su puño, en otras, pequeñas como una de sus uñas.

—Se parecen un poco a las gemas que nos venden los dúneos —observó Ichiva—. ¿Crees que son mágicas?

—Mágicas o no, valen una fortuna —respondió Stara. Se enderezó y se volvió hacia las mujeres—. Mientras tengamos cuidado, podemos cambiarlas por artículos que no logremos fabricar o cultivar nosotras.

Ellas sonreían, llenas de esperanza. Se quedaron un rato en la cueva, tocando las gemas y retándose a encontrar la más grande. Sin embargo, habían pasado horas desde su último tentempié y el hambre las impulsó a salir de nuevo. Siguió las marcas, y Stara se sintió aliviada cuando las hubo guiado a todas sanas y salvas hasta la primera cueva. Se sentaron en el borde de la plataforma y sacaron algo de comida de las mochilas. Stara mordisqueó uno de los panecillos secos de semillas y nueces que Vora les había preparado.

—Creo que hay otra puerta junto a esa —dijo Shadiya, señalando a la izquierda de la entrada del laberinto—. ¿Veis las líneas en las paredes?

Stara dejó a un lado su panecillo y se acercó. Shadiya estaba en lo cierto. En la pared había una ranura en forma de puerta.

—Me pregunto cómo se abre —dijo Shadiya, acercándose—. No tiene pomo ni cerradura.

—Eso parece ser cosa de magia, ¿no? —dijo Stara.

Se plantó frente a la puerta, invocó su energía y la lanzó hacia las grietas. La magia envolvió la pared por la parte posterior sin encontrar resistencia, por lo que ella supo que había un hueco detrás. Continuó sondando y percibió que había un hueco encima de la puerta. Se curvaba hacia arriba y hacia un lado, de manera que la puerta cabía tumbada de costado dentro de la cavidad.

Stara esforzó su voluntad y levantó la puerta, que se elevó y se deslizó en dirección a ella con un fuerte chirrido, antes de encajar en su sitio.

Las mujeres se agolparon en torno a la abertura que Stara había dejado al descubierto. Stara envió su globo de luz dentro, y a todas se les cortó la respiración. Todas las superficies del recinto, salvo el suelo, estaban esculpidas. Y, a diferencia de los otros relieves que habían visto, aquellos estaban pintados con colores vivos.

Stara entró y contempló las escenas representadas. Los personajes extraían de las paredes de las cuevas unas piedras de colores brillantes de las que partían líneas en todas direcciones. Había un hombre que aparecía en varias de las escenas, siempre vestido de blanco. Cuidaba de las gemas mientras crecían, antes de que las arrancaran, y después se las entregaban. Él las repartía entre otros a su vez. En todas las representaciones, llevaba una piedra azul al cuello, colgada de una cadena, con líneas radiales que figuraban los destellos.

En otra pared, llevaban ante el personaje vestido de blanco a un hombre sujeto con cuerdas. Estaba atado a un rectángulo con marcas iguales que las de la losa que se encontraba en la cueva grande. A continuación, el hombre vestido de blanco apretaba la piedra azul contra su pecho. En la siguiente escena, se llevaban a rastras a la víctima, claramente muerta, y el hombre de blanco irradiaba energía.

—Yo tenía razón sobre lo de los sacrificios humanos —murmuró Shadiya.

Debajo de todas las escenas había inscripciones hechas en algún sistema de escritura antiguo. «¿Narran lo que ocurre en las escenas? —se preguntó Stara—. No cabe duda de que estas gemas poseen propiedades mágicas, como las que elaboran los dúneos. Me pregunto si... los dúneos serían capaces de leer esto.» Pediría a alguien que copiara algunas de las frases y se las llevara.

Stara salió de la sala y volvió a donde había dejado la mochila y su comida. Observó a las mujeres, que regresaban de una en una con aspecto sobrecogido, y echaban un segundo vistazo a la losa. Escuchó su parloteo y meditó sobre todo lo que habían descubierto.

Haría falta mucho trabajo para conseguir que el valle fuera habitable, y más aún para que las mujeres pudieran llevar allí una vida totalmente autosuficiente. Sin embargo, ahora poseían una fortuna en gemas. Por lo que había entendido de las pinturas, supuso que las piedras requerían unos cuidados especiales mientras crecían para volverse mágicas. Las Traidoras podrían vender las que ya estaban en las paredes sin riesgo de poner material peligroso en manos de los kyalianos o los sachakanos.

Interrumpió sus reflexiones. «Ya estoy pensando en los sachakanos como en un pueblo distinto de nosotras. Vamos a convertirnos en una nueva nación. Tal vez seamos una nación pequeña, como los dúneos, pero no tan primitiva. ¿Seguiremos llamándonos Traidoras? —Asintió para sus adentros—. Sí. Debemos conservar ese nombre. No debemos olvidar por qué vinimos aquí. No fue por la guerra, sino porque, por nuestra condición de mujeres, éramos invisibles, y estábamos infravaloradas e indefensas. Se nos asignaba un lugar en la sociedad sachakana apenas mejor que el de los esclavos. Ahora hemos encontrado un lugar nuevo donde nosotras tomamos las decisiones, donde no hay esclavos y donde todas trabajan por el bien común. Dudo que nos resulte fácil, o que no cometamos errores. Tal vez incluso fracasemos al final. Seguro que conseguirlo nos llevará el trabajo de toda una vida, pero es más emocionante que dirigir el negocio de mi padre. No es solo una vía de escape para Vora, Nachira, mis amigas y yo. Si funciona, ayudará a muchas, muchas mujeres en los años venideros.

»Y eso es algo a lo que estoy dispuesta a dedicar mi vida.»

Hanara se pasó la mano por el cabello y suspiró. Notó el tacto de la suciedad, el sudor y la rigidez de las canas. Llevaba una mochila pesada que le provocaba dolores en las articulaciones. Respiraba de forma entrecortada.

El hombre que iba delante de él se detuvo y miró hacia atrás. La expresión enloquecida y hosca de lord Narvelan se suavizó.

—Tómate tu tiempo, viejo amigo —le dijo—. Ya no somos tan jóvenes.

«Solo tengo unos treinta años —pensó Hanara, que, al igual que muchos esclavos, había envejecido más deprisa que los hombres libres—. Y eso que en los diez últimos años no he sido un esclavo, sino un criado. Aunque no he notado una gran diferencia.»

Habría podido dejar a Narvelan y buscar trabajo en otra casa, pero ¿quién se lo habría dado? Nadie. No, estaba condenado a servir a lord Narvelan, el Emperador Loco, como lo llamaban los criados de palacio. Estaba loco, pero era astuto.

Narvelan había sido a efectos prácticos el gobernante de Sachaka durante la última década. Aunque en teoría debía consensuar todas las decisiones con otros dos magos, casi ninguno de los kyalianos que habían asumido las funciones de cogobernantes había demostrado la inteligencia ni la determinación suficientes para plantar cara a Narvelan. Lord Dakon había conseguido imponerse durante un tiempo, antes de que lo asesinaran y su cuerpo apareciera vacío de energía pero sin un solo corte o arañazo. Solo lord Bolvin, que había accedido a ese cargo recientemente, había conseguido alguna vez hacer frente con éxito al Emperador Loco.

Cuando Bolvin había vetado el plan de Narvelan de apartar a los hijos de los magos sachakanos de sus padres para que los criaran familias kyalianas, el patrón de Hanara había adoptado una actitud airada y paranoica. Se había negado a asistir a las reuniones durante tres meses, y solo había vuelto cuando habían empezado a tomar decisiones en su ausencia.

A partir de ese momento, la situación había ido a peor, con conflictos entre los magos y peticiones enviadas al rey. Finalmente, hacía una semana, había llegado un mensaje del monarca en el que les comunicaba que «retiraba» a Narvelan de su puesto. Al día siguiente, Narvelan había ordenado a Hanara que preparase el equipaje para un viaje que iban a realizar a pie.

Narvelan, que iba varios pasos más adelante que él, se había detenido. Hanara supuso que su patrón había llegado a la cima de la colina. Siguió caminando con paso cansino, obligando a sus piernas doloridas a subir la cuesta. Cuando llegó por fin a la cumbre, Narvelan estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo rocoso.

—Deja tu mochila —le indicó—. Bebe un poco de agua. Y come algo.

Hanara lo obedeció y vio que su patrón paseaba la vista en torno a sí. La colina se alzaba al final de la llanura, donde el extremo de la cordillera hundía sus raíces en el suelo. Aunque habían recorrido más de la mitad del camino a la frontera, seguramente les faltaba aún la mitad de jornadas de viaje, pues a medida que se acercaran a las montañas, las pendientes cada vez más pronunciadas entorpecerían su marcha.

«¿Vamos hacia Kyalia? —se preguntó Hanara—. ¿Intentará Narvelan persuadir al rey de que cambie de idea?» Sin embargo, no se dirigían al paso fronterizo. Miró a su patrón, pero se quedó callado.

Narvelan posó la vista en él.

—Te estás preguntando adónde vamos —aseveró.

Hanara no respondió. Había aprendido que era inútil hacer preguntas cuando su patrón estaba de ese humor. El hombre oiría la pregunta que quería oír, no la que le formulara Hanara.

—Diez años —dijo Narvelan—. Durante diez años he trabajado, todos los días y casi todas las noches, para que este país continúe bajo control kyaliano. Diez años me he pasado luchando por mantener débil al enemigo para evitar una nueva invasión.

Volvió la mirada hacia Arvice, que se hallaba ya muy por detrás del horizonte. Tenía los ojos encendidos de rabia.

—Podría haber regresado a casa, casarme y tener una familia. Pero ¿habría gozado de la paz y la seguridad de la que disfrutaban todos los demás gracias a mí? De no ser por mis esfuerzos, Sachaka se habría recuperado, se habría hecho poderosa y nos habría atacado otra vez. No. Tuve que renunciar a una vida normal para que los demás pudieran llevar una. ¿Y me lo ha agradecido alguien? —Narvelan clavó la vista en Hanara y después la apartó—. ¡No! ¡Ni una vez! ¡Y ahora están dando al traste con todo lo que he hecho! Tanto trabajo, tantos sacrificios para nada. Van a liberar a los esclavos de las granjas. Dejarán que los sachakanos se casen y engendren a más invasores. Permitirán que vengan aquí —señaló la zona con un movimiento amplio del brazo— y cultiven la tierra de nuevo. El objetivo de dejar que este territorio se convirtiera en un erial era reducir la cantidad de alimentos que podían producir los sachakanos, para que su población se mantuviera en un número pequeño y manejable. Debía ser una barrera protectora más entre Kyalia y Sachaka. Fue mi gran idea, ¡mi visión!

Hanara tendió la vista hacia las granjas y los sembradíos de la zona. Aunque se suponía que estaban abandonados, había señales de que alguien vivía allí y labraba la tierra. La visión de Narvelan solo había llevado a que los bandidos y los ichanis se instalaran ahí. «Tenemos suerte de que no nos hayan atacado», se dijo, pero ahuyentó este pensamiento de inmediato. Narvelan era poderoso. Había utilizado a varios criados como esclavos fuente. Era lo bastante fuerte para vencer a los ichanis, que solo tenían a uno o dos esclavos a quienes extraer energía.

—No culpo al rey por destituirme —dijo Narvelan, con la voz cargada de tristeza y arrepentimiento. Hanara le dirigió una mirada de sorpresa—. No debería haber dejado de asistir a las reuniones. Si me hubiera comportado de un modo razonable, no le habría dado motivos para deshacerse de mí. —Frunció el entrecejo—. Me enfadé porque querían minar los planes a los que había consagrado tanto tiempo. No era consciente de que existía una manera de llevarlos a cabo de todos modos. Una manera más rápida. No se me había ocurrido todavía. Si la hubiera pensado antes..., tal vez me habrían dado la razón. Si mis planes no hubieran sido tan

complicados.

La mirada de Narvelan se perdió en la lejanía. Permaneció callado, con los ojos vueltos hacia Arvice durante largo rato, cavilando. De pronto, devolvió su atención al lugar y el momento en que se encontraba. Respiró hondo, suspiró, sonrió y recorrió lentamente con la vista la llanura, las colinas, las montañas y el monte que acababan de coronar.

—Este es un buen sitio. No sé qué alcance tendrá su poder, pero tendremos que conformarnos con ello. —Miró a Hanara.

El criado se encogió de hombros. Narvelan solía decir cosas incomprensibles como aquella, sobre todo cuando se enfrascaba en uno de sus monólogos. Observó que su patrón abría su mochila y hurgaba en su interior.

—¿Dónde está? Sé que está por aquí. ¡Ah!

Sacó el brazo. Sujetaba algo en la mano cerrada en un puño. Echó un vistazo alrededor y posó la mirada en una roca grande y plana. Se deslizó hacia él y se detuvo frente a sus piernas cruzadas. A continuación, el mago recogió una piedra más pequeña y la sopesó.

—Esto servirá.

Abrió la mano y, con un tintineo musical, un objeto liso y brillante cayó sobre la roca plana. Hanara sintió que su corazón dejaba de latir por un instante.

Era la piedra de almacenaje, la que los elyneos habían dejado en poder de los kyalianos, por si alguna vez volvían a entrar en conflicto con los sachakanos. Narvelan debía de haberla robado. Los otros magos no habrían aprobado que se la llevara.

Narvelan alzó la vista hacia Hanara, y de pronto pareció darse cuenta de algo.

—Ah, perdona, Hanara. No había pensado qué hacer contigo. Supongo que estamos juntos en esto.

Hanara abrió la boca para preguntar por qué.

Entonces, Narvelan levantó el brazo y lo dejó caer. La piedra golpeó la gema de almacenaje. Se abrió una grieta. Hanara tuvo unos instantes para preguntarse por qué esa grieta despedía una luz blanca cegadora.

Después, no sintió ni pensó nada más.

El sendero era angosto y empinado. Serpenteaba por la ladera más abrupta de la montaña, subiendo y bajando para sortear rocas enormes o grandes simas en el suelo. Los cazadores habían advertido a Jayan y Prinan que el paso por el camino era demasiado accidentado para los caballos, y aunque habrían deseado declararlo impracticable para los humanos, en realidad solo costaba un gran esfuerzo recorrerlo.

Jayan envió magia sanadora a sus piernas y notó que el dolor remitía. Había tenido que hacer esto cada vez con menor frecuencia durante los últimos días. «Tal vez me esté poniendo en forma —pensó. Volvió la vista atrás y vio que toda la ropa, la piel y el cabello de Prinan estaban recubiertos de polvo salvo por las manchas más oscuras de sudor que tenía bajo los brazos, en el pecho y la espalda—. Y mi aspecto es igual de lamentable —se dijo—. Dudo que ningún miembro del Gremio nos reconociera, y si lo hicieran se divertirían mucho.»

Prinan alzó la mirada y sonrió de oreja a oreja.

—Ojalá Tessia pudiera verte en este momento. Se daría una buena panzada de reír.

—No me cabe la menor duda —convino Jayan.

Lo invadió un profundo afecto hacia ella, seguido por una ansiedad igual de intensa. «Estará bien —se aseguró a sí mismo una vez más—. Sigue siendo la mejor sanadora del Gremio. De todas las mujeres de Kyalia, o del mundo entero, es la que tiene más probabilidades de sobrevivir al parto.»

Pero era la primera vez que daba a luz.

«Ya, pero ha asistido muchos partos. Sabe qué esperar.»

Tal vez habían esperado demasiado.

«Teníamos muchas cosas que hacer antes. Desarrollar la sanación mágica y enseñarla a otros. Organizar el Gremio y solucionar todos los problemas. Y los magos tenemos indudablemente un don especial para crear problemas...»

Ante él, el camino se elevaba y rodeaba un peñasco. Para evitar enzarzarse en otro debate interno, se concentró en el recorrido. Comenzó a escalar, agarrándose a las rocas salientes para darse más impulso. Sus pantorrillas protestaron. Sus muslos se tensaron. Finalmente llegó a la cima. Se sentó en el suelo, pugnando por recuperar el aliento. Luego alzó la vista y sintió que su cuerpo entero se quedaba helado.

Durante varios latidos, no pudo hacer otra cosa que mirar.

Lo que hacía diez años había sido un paisaje verde y fértil, ahora era un desierto ennegrecido y asolado. Desde el pie de la montaña hasta el horizonte no se divisaba otra cosa que una tierra desnuda y chamuscada. Se le erizó el vello al avistar unas líneas que partían de un punto situado hacia el norte. Estaban formadas por surcos abiertos en el suelo y de troncos de árboles aplastados. Jayan apenas reparó en que Prinan había llegado a lo alto del peñasco y se había detenido junto a él.

—Ah —dijo Prinan—. El páramo. Por más veces que lo vea, no me acostumbro.

—No me extraña. —Jayan levantó la mirada hacia él—. ¿Los magos que investigaron lo ocurrido siguen creyendo que fue obra de la piedra de almacenaje?

—No conocemos ninguna otra cosa capaz de provocar tal destrucción.

—¿Y el responsable fue Narvelan?

—Desapareció unos días antes, en la época en que la piedra fue robada. Además, había intentado convencernos de la necesidad de arrasar el territorio para debilitar Sachaka.

—Pero nunca sabremos con certeza si eso fue lo que ocurrió.

—No. —Prinan suspiró—. Y hemos perdido la última oportunidad de averiguar cómo se fabrican las piedras de almacenaje.

Jayan respiró hondo antes de ponerse de pie.

—Bueno, si esto es lo que las piedras de almacenaje son capaces de hacer, tal vez es mejor que nadie lo averigüe.

Prinan sacudió la cabeza en señal de disconformidad, pero no le replicó.

—En fin, ¿crees que deberíamos construir otro fuerte aquí?

Jayan bajó la vista hacia el camino y reflexionó.

—Tengo que pensar en ello. Este paso no se atraviesa con facilidad ni con rapidez. El fuerte del paso principal solo entorpecería el avance de un ejército, no lo detendría. Si provocamos algunos corrimientos de tierra para hacer desaparecer algunos tramos del camino, tal vez baste con apostar a unos vigías.

Prinan frunció el ceño y luego asintió.

—Supongo que tienes razón, aunque mi padre opinará que cometemos una irresponsabilidad absurda si no erigimos una gran fortaleza de piedra para bloquear el paso.

—Lo entiendo —le aseguró Jayan—, pero, si ha visto esto —Jayan agitó la mano en dirección al páramo—, sin duda sabrá que hay pocas posibilidades de que Sachaka nos invada de nuevo.

Prinan asintió.

—Puede que Narvelan estuviera loco, pero creo que tenía razón al creer que destruir las tierras de Sachaka debilitaría a su pueblo. Lo que mi padre teme son las represalias. Bastaría un puñado de magos sachakanos para sembrar el caos en Kyralia.

—Entonces recomendaré que aposten a un vigía en el lado kyraliano.

—Supongo que es lo mejor que podemos hacer —dijo Prinan. Suspiró y echó un vistazo por encima del hombro—. Ah, no tiene mucho sentido que nos adentremos en Sachaka. ¿Damos media vuelta?

Jayan sonrió y asintió.

—Sí.

«Volveré al lado de Tessia, para esperar a que nazca nuestro hijo. —Hizo un gesto de fastidio—. Y volveré al trabajo y las discusiones interminables del Gremio de los Magos.»

ANIMALES

- Anyi** – mamífero marino con púas cortas
Blinga – criatura parecida a la ardilla que roba comida
Ceryni – roedor pequeño
Cuáneo – molusco poco común
Enka – animal domesticado con cuernos; se cría por su carne
Eyoma – sanguijuela marina
Farén – término general para designar a los arácnidos
Gorín – animal domesticado de gran tamaño, criado por su carne y para tirar de barcas y carromatos
Harrel – animal domesticado pequeño; se cría por su carne
Inava – insecto del que se cree que da buena suerte
Limek – perro salvaje depredador
Mosca de la savia – insecto arbóreo
Muluk – ave nocturna salvaje
Pollillas aga – insectos que se alimentan de ropa
Rasuk – ave domesticada apreciada por su plumaje y su carne
Ravi – roedor, más grande que el ceryni
Reber – animal domesticado; se cría por su lana y su carne
Sevli – reptil venenoso
Yil – variedad de limek domesticado que se usa como animal rastreador
Zill – mamífero pequeño e inteligente que a veces se utiliza como animal de compañía

PLANTAS / COMIDA

- Aguablanca** – licor puro hecho a partir de tugores
Bol – licor fuerte hecho de tugores (también significa «escoria de río»)
Brasi – vegetal verde, de grandes hojas y capullos pequeños
Cabas – verdura hueca en forma de campana
Cascavea – especia que se cultiva en Sachaka
Cepa anívopa – planta sensible a la proyección mental
Costrafresca – corteza con propiedades descongestionantes
Crot – alubia grande y violeta
Curem – salsa suave de frutos secos
Curren – cereal comestible de sabor fuerte
Dall – fruto alargado de carne anaranjada, ácida y con semillas
Dunda – raíz masticable que se emplea como droga estimulante
Flor de crema – flor que se emplea como somnífero
Gan-gan – arbusto floral procedente de Lan
Gotas dulces – caramelos
Iker – droga estimulante, con fama de poseer efectos afrodisíacos
Jerra – judía larga y amarilla
Kreppa – hierba medicinal de olor nauseabundo
Madera de noche – madera noble
Marín – fruto cítrico rojo
Monyo – bulbo
Mostaza silvestre – planta que se cultiva en Sachaka
Myk – droga que nubla la mente

Nalar – raíz de sabor picante

Nemmin – droga que induce al sueño

Pachi – fruto dulce y crujiente con el que se elabora un vino

Pastaconos – pasteles de tamaño bocado

Pemeino – especia parecida a la pimienta

Piorre – fruta pequeña y de forma acampanada

Raíz de hus – hierba que se utiliza para limpiar heridas

Raka / suka – bebida estimulante hecha de grano tostado, originaria de Sachaka

Salsa chebol – salsa densa para la carne hecha de bol

Shem – tallo silvestre comestible

Sumi – bebida amarga

Telk – semilla de la que se extrae aceite

Tenn – cereal que puede cocinarse recién recolectado, partirse en trozos pequeños o molerse para hacer una harina

Tiro – fruto seco comestible

Tugor – raíz parecida a la chirivía

Ukkas – plantas carnívoras

Vare – bayas con las que se elabora la mayor parte de los vinos

VESTUARIO Y ARMAMENTO

Incal – símbolo cuadrado, parecido a un escudo familiar, que se cose en la manga o el puño

Cuana – cuentas pequeñas en forma de disco hechas de concha

Nagua – prenda interior de las mujeres kyralianas

Viero – instrumento de cuerda de Elyne

PAÍSES Y PUEBLOS DE LA REGIÓN

Dúneos – tribus que habitan en el desierto volcánico del norte de Sachaka

Elyne – vecino de Kyralia y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

Kyralia – vecino de Elyne y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

Lan – tierra montañosa poblada de tribus guerreras

Lonmar – tierra desértica donde se practica la estricta religión Mahga

Sachaka – sede del otrora gran Imperio sachakano, la mayoría de cuyos habitantes son esclavos de los más poderosos

Vin – nación isleña famosa por sus hábiles marineros

TÍTULOS Y CARGOS

Aprendiz – persona de Kyralia que recibe formación en magia y que aún no ha aprendido magia superior

Ashaki – hacendado sachakano

Ichani – sachakano libre que ha sido desterrado

Lady – esposa de hacendado kyraliano

Lord – hacendado kyraliano, propietario de un señorío o de una finca urbana

Mago – kyraliano que domina la magia superior (o «lord», si el mago es hacendado)

Amo – sachakano libre

Burgomaestre – plebeyo que tiene a su cargo una comunidad rural (responde ante el lord del señorío)

OTROS TÉRMINOS

Acceso – pasillo principal que conduce a la sala maestra en las casas sachakanas

Alojamiento de los esclavos – zona de las casas sachakanas donde viven y trabajan los esclavos

Gema de sangre – piedra preciosa artificial que permite a su creador escuchar los pensamientos del portador

Kyrima – juego que practican los magos para enseñar y ejercitar sus conocimientos de estrategia militar

Mal del esclavo – enfermedad de transmisión sexual

Piedra de almacenaje – gema capaz de acumular magia en su interior

Sala maestra – estancia principal de las casas sachakanas en las que se recibe a las visitas

Sangre de la tierra – nombre que las tribus dúneas dan a la lava

Agradecimientos

La primera parte de este libro la escribí en un año lleno de estrés y frustración, y la segunda parte, las revisiones y la versión final, en el leve lapso de seis meses. Por ello quiero dar las gracias a Darren Nash y al equipo editorial de Orbit por su comprensión y paciencia, y a Darren y Tim por escucharme con empatía cuando me explayé contándoles la odisea de la ampliación de la casa durante su visita a Melbourne.

También quiero agradecer a Fran Bryson, mi agente, y a Liz Kemp, su ayudante, su apoyo y su estupendo trabajo, así como a los agentes de todo el mundo que hacen llegar mis libros a lectores que hablan idiomas que no son el mío. Otro agradecimiento va dirigido a Phillip Berrie, a quien contraté para que revisara la coherencia del manuscrito, una inversión que valió la pena.

Doy las gracias a Paul, mi compañero, por leer el libro, capítulo a capítulo, en el transcurso de poco más de un año, y por animarme a seguir escribiendo, pese a que estaba tan desmoralizado como yo por los problemas con las obras en casa.

Y a mis amigos y familiares, que me dieron consejos valiosos sobre el libro entero o alguna de sus partes: mamá y papá, Donna Hanson, Fiona McLennan y Kylie Seluka.

Por último, pero siempre con mi mayor afecto, doy las gracias a todos los lectores de mis libros que me han enviado mensajes de correo electrónico encantadores, han escrito mensajes entusiastas en el libro de visitas de mi web, y han recomendado o regalado libros míos a sus amistades y parientes. Vosotros me alegráis el día.

Trudi Canavan vive en Melbourne, Australia. Hasta donde alcanza su memoria, lleva toda la vida inventando historias sobre gente y lugares que no existen. Su primer relato, «Whispers of the Mist Children», recibió el Premio Aurealis al Mejor Relato Fantástico en 1999. Cuando logró recuperarse de la sorpresa, se decidió a terminarlo en forma de novela. El resultado final son los tres tomos de las Crónicas del mago negro: *El Gremio de los Magos*, *La aprendiz* y *El Gran Lord*; todos ellos han cosechado un enorme éxito en el mundo entero, con traducción a dieciocho idiomas. A estas obras siguieron la trilogía Age of the Five, la novela *The Magician's Apprentice* (precuela de las Crónicas del mago negro y ganadora del Premio Aurealis 2009 a la Mejor Novela Fantástica) y la trilogía The Traitor Spy, que escribe actualmente y en la que retoma la historia de Sonea. Biografía

Título original: *The Magician's Apprentice*

Edición en formato digital: enero de 2012

© 2009, Trudi Canavan Publicado originalmente por Orbit, un sello de Little Brown Book Group, Gran Bretaña, 2009

© 2012, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Carlos Abreu Fetter, por la traducción

Diseño de la cubierta: LBBG Peter Cotton

Ilustración de la cubierta: © Steve Stone

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-35333-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com



Collins

conecta

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen



montena

PLAZA JANÉS

ROSA DELS VENTS Editorial Sudamericana

TRUDI CANAVAN

LA MAGA

Por la autora de
Crónicas del mago negro

